UNA EXPLORACIÓN DIVINA.
UN SECRETO MORTAL.

EL SECRETO DEL RÍO

ISABEL IBAÑEZ

Annotation

Inez Olivera, una joven de origen argentino-boliviano, forma parte de la elegante sociedad del Buenos Aires del siglo XIX. Al igual que el resto del mundo, la ciudad está impregnada de la magia del mundo antiguo, aunque, con el tiempo, esta haya ido quedando olvidada. Inez tiene todo cuanto una chica podría desear salvo lo que más anhela: a sus aventureros padres, que siempre terminan dejándola atrás.

Cuando recibe la noticia de su trágica muerte, Inez hereda una enorme fortuna y pasa a tener un misterioso tutor: un arqueólogo que trabaja con su cuñado egipcio. Decidida a encontrar respuestas, la joven viaja hasta El Cairo llevando consigo sus cuadernos de dibujo y un anillo de oro que su padre le envió antes de morir. Pero, a su llegada, la magia vinculada al anillo la arrastra por un camino en el que descubre que la desaparición de sus padres no fue como su tutor le hizo creer.

Con el exasperante y apuesto ayudante de su tutor frustrando sus planes a cada paso, Inez tendrá que confiar en la magia para descubrir la verdad, o arriesgarse a convertirse en el peón de un juego que podría acabar con ella.

ISABEL IBAÑEZ

El secreto del río

Traducción de Leire García-Pascual Cuartango

Urano World Spain

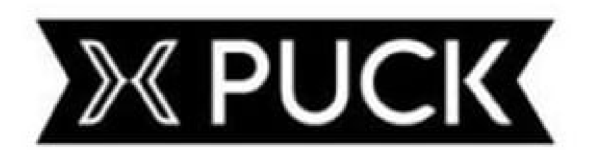
Título Original: *What The River Knows*
Traductor: García-Pascual Cuartango, Leire

ISBN: 9788419936981
Generado con: QualityEbook v0.87

EL SECRETO DEL RÍO

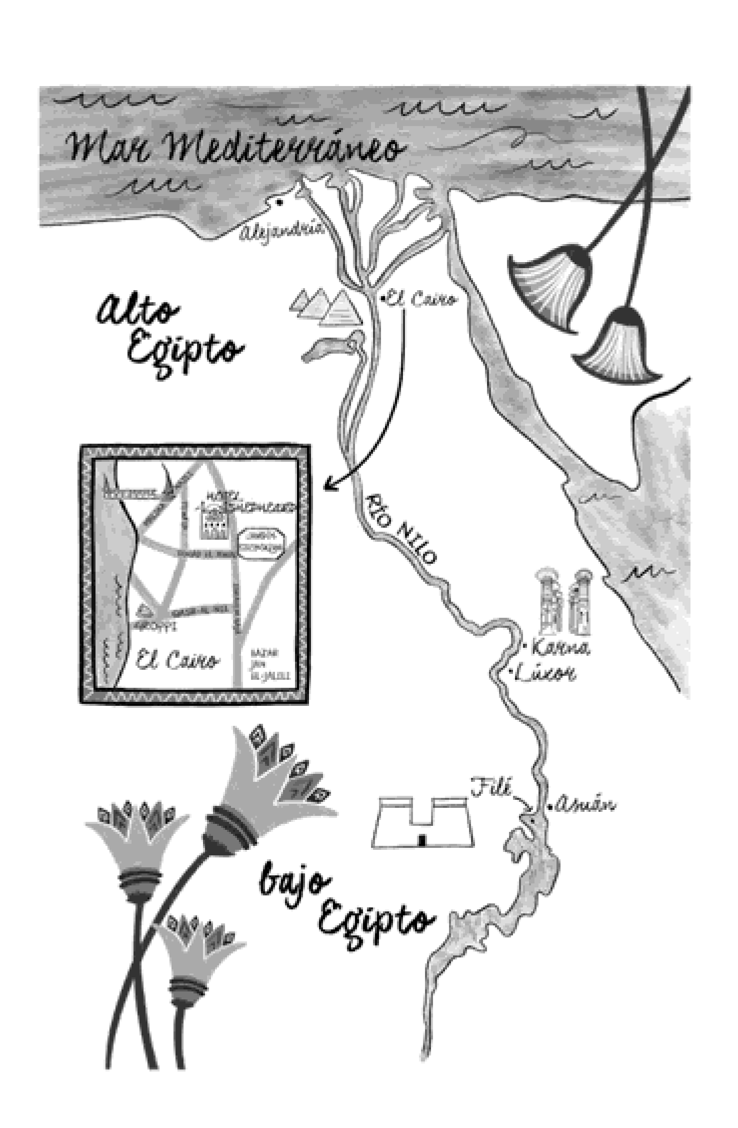
ISABEL IBAÑEZ

Traducción de Leire García-Pascual Cuartango



Argentina —Chile— Colombia —España
Estados Unidos —México— Perú —Uruguay

Para Rebecca Ross:
que se enamoró de Egipto con mi primer borrador,
que me animó, incluso cuando estaba en un callejón sin salida,
y que se enamoró de Whit en cuanto apareció por primera vez.


Mar Mediterráneo
Alejandría
El Cairo
alto Egipto
RÍO NILO
El Cairo
Karna
Lúxor
Filé
Asuán
bajo Egipto

Cronología (general) de Egipto

2675 – 2130 a. C.	Imperio Antiguo
1980 – 1630 a. C.	Imperio Medio
1539 – 1075 a. C.	Imperio Nuevo
356 a. C.	Nacimiento de Alejandro Magno
332 – 305 a. C.	Periodo Helenístico (Imperio alejandrino)
69 a. C.	Nacimiento de Cleopatra VII
31 a. C.	Batalla de Accio (Muerte de Cleopatra y Marco Antonio)
31 a. C.	Fundación del Imperio Romano
639	Conquista musulmana de Egipto
969	El Cairo se convierte en capital
1517	Conquista de Egipto por el Imperio otomano
1798	Campaña napoleónica en Egipto (descubrimiento de la piedra Rosetta)
1822	Champollion descifra los jeroglíficos
1869	Inauguración del Canal de Suez
1870	Thomas Cook realiza el primer crucero por el Nilo
1882	La flota británica bombardea Alejandría y destruye el área de la fortaleza
1922	Abolición del protectorado británico; descubrimiento de la tumba de Tutankamón
1953	Independencia de Egipto

PRÓLOGO

AGOSTO 1884

Una carta me cambió la vida.

Llevaba esperándola todo el día, escondida en el viejo cobertizo del alfarero, lejos de las miradas de mi tía Lorena y de sus dos hijas, a una la adoraba y a la otra no le caía bien. Mi escondite a duras penas se tenía en pie, pues estaba viejo y desvencijado; una fuerte ráfaga de viento podría echarlo abajo. La luz dorada de la tarde se colaba por la sucia ventana. Fruncí el ceño, dándome golpecitos en el labio inferior con el lápiz, e intenté no pensar en mis padres.

Su carta no llegaría hasta dentro de una hora.

Si es que llegaba.

Bajé la mirada hacia el cuaderno de dibujo que tenía apoyado en el regazo y me puse cómoda en la vieja bañera de porcelana. Sobre mi cabeza flotaban los resquicios de magia antigua, aunque ya apenas quedaba nada. Habían lanzado aquel hechizo hacía mucho tiempo, y la bañera la habían utilizado demasiadas personas a lo largo de los años como para que su magia me ocultase por completo. Ese era el problema de la mayoría de los objetos mágicos. Los resquicios del hechizo original se debilitaban y se iban perdiendo con el uso. Pero eso no impidió que mi padre coleccionase tantos como pudo. La casa solariega estaba llena de zapatos desgastados a los que les salían flores de las suelas, espejos que te cantaban al pasar frente a ellos y cofres que escupían burbujas cada vez que se abrían.

En el jardín, mi prima pequeña, Elvira, me llamó a gritos. A mi tía Lorena no le gustaría en absoluto aquel chillido tan poco femenino. Siempre nos estaba pidiendo que bajásemos la voz al hablar, a menos, claro está, que fuese *ella* quien hablase. Solamente ella podía llegar hasta los decibelios más estridentes.

Y normalmente lo hacía al hablar conmigo.

—*¡Inez!* —me llamó Elvira.

Estaba de tan mal humor que no me apetecía hablar con nadie.

Me hundí un poco más en la bañera, con mi prima armando un alboroto al otro lado de la pared de madera, sin parar de llamarme a gritos mientras me buscaba por todo el frondoso jardín, bajo un helecho tupido y detrás del tronco de un limonero. Pero guardé

silencio por si la acompañaba su hermana mayor, Amaranta. Mi prima menos favorita, la que jamás tenía una mancha en el vestido o un rizo fuera de su sitio. Que nunca gritaba ni decía nada en tono chillón.

A través de las rendijas que había entre los paneles de madera pude ver a Elvira pisoteando los inocentes parterres. Y tuve que ahogar una carcajada cuando aplastó una jardinera llena de lilas, gritando una serie de maldiciones que estaba segura de que su madre aborrecería.

Voz baja y nada de palabrotas.

Tenía que salir de mi escondite antes de que destrozase otro par de delicados zapatos de cuero. Pero hasta que no llegase el cartero, sería la peor de las compañías.

Llegaría en cualquier momento con el correo.

Hoy podía ser el día en el que *por fin* recibiese respuestas de mamá y papá. Mi tía Lorena había insistido en llevarme a la ciudad, pero yo había rechazado su oferta y me había quedado escondida toda la tarde por si me obligaba a salir de casa. Mis padres la eligieron a ella y a mis dos primas para que me hiciesen compañía durante sus expediciones, que solían durar meses, y sabía que mi tía tenía buena intención, pero a veces sus férreos modales me ahogaban.

—¡Inez! ¿Dónde estás? —Elvira se adentró en el jardín, y su voz se perdió entre las palmeras.

La ignoré, el corsé me apretaba las costillas como una jaula de hierro, y aferré el lápiz con más fuerza. Entrecerré los ojos, observando la ilustración que acababa de terminar. Los rostros boceteados de papá y mamá me devolvían la mirada desde el papel. Yo era una mezcla perfecta de los dos. Tenía los ojos avellana de mi madre y sus pecas, sus labios gruesos y su barbilla puntiaguda. Mi padre me había dejado su cabello oscuro, rizado e indomable, aunque el suyo se había vuelto completamente gris con el tiempo; y su tez bronceada, así como su nariz respingona y sus cejas. Él le sacaba unos años a mamá, pero era el que mejor me comprendía.

A mi madre era mucho más difícil impresionarla.

No había pretendido dibujarlos, ni siquiera quería pensar en ellos. Porque al hacerlo siempre terminaba contando los kilómetros que nos separaban. Si pensaba en ellos terminaba acordándome de que estaban a un mundo de distancia de aquí, de mí, escondida en un rincón de los terrenos de nuestra casa solariega.

Me terminaba acordando de que estaban en Egipto.

Un país que adoraban, un lugar al que llamaban «hogar» durante medio año. Desde que era pequeña, siempre habían tenido un pie fuera y las maletas preparadas, y sus despedidas eran tan constantes como los amaneceres y las puestas de sol. Me pasé diecisiete años despidiéndome de ellos con una sonrisa, pero cuando sus expediciones

pasaron a durar meses enteros, mis sonrisas fueron desapareciendo poco a poco.

Siempre decían que el viaje era demasiado peligroso para mí. Que el trayecto era demasiado largo y arduo. Pero, para alguien que se había pasado toda la vida atascada en un mismo lugar, sus aventuras anuales parecían algo increíble. Sin embargo, los problemas a los que se tenían que enfrentar por el camino jamás les impidieron comprar un pasaje más, cada año, para cualquier barco de vapor que zarpase del puerto de Buenos Aires rumbo a Alejandría. Pero nunca me ofrecieron ir con ellos.

En realidad, me *prohibieron* ir.

Le di la vuelta a la hoja con el ceño fruncido y me quedé mirando el folio en blanco. Aferré el lápiz con fuerza mientras dibujaba las líneas y formas familiares de los jeroglíficos egipcios. Solía practicar a esbozar los glifos siempre que podía, obligándome a recordar tantos como pudiese, *así como* los valores fonéticos que más se asemejaban al alfabeto latino. Papá se sabía cientos de glifos, y yo no quería quedarme atrás. Siempre que regresaba me preguntaba si había aprendido alguno nuevo y *odiaba* decepcionarle. Había devorado cientos de libros sobre el tema, desde *Description de l'Egypte*, pasando por los diarios que Florence Nightingale había redactado durante su viaje por Egipto, hasta *Historia de Egipto*, de Samuel Birch. Me sabía los nombres de todos los faraones del Imperio Nuevo de memoria, y era capaz de identificar a un gran número de dioses y diosas egipcios.

Cuando terminé, dejé caer el lápiz sobre mi regazo, y le di vueltas al anillo de oro que llevaba en el dedo meñique, distraída. Papá me lo había enviado en su último paquete, en julio, sin ninguna nota, tan solo su nombre y su dirección en El Cairo como remitente. Era muy propio de él haberse olvidado de dejar una nota. El anillo brillaba bajo la suave luz y, al observarlo, me acordé de la primera vez que me lo puse. En cuanto lo toqué, sentí un hormigueo en la punta de los dedos, una corriente que me subió por el brazo, y la boca me supo a rosas.



Al ponérmelo, vi la imagen de una mujer, aunque desapareció en cuanto cerré los ojos. En ese momento, con la respiración entrecortada, sentí una punzada de anhelo, una emoción tan fuerte que, por un momento, llegué a pensar que era *yo* quien la estaba experimentando.

Papá me había mandado un objeto mágico.

Me sorprendió.

Nunca le conté a nadie lo que había hecho o lo que ocurrió. Me había *transferido* magia del mundo antiguo. Era poco común, pero posible, siempre y cuando el objeto no se hubiese utilizado demasiado ni lo hubiesen usado demasiadas personas.

Cuando papá me lo explicó en su momento, lo hizo con estas

mismas palabras: hace mucho tiempo, antes de que la humanidad alzase sus ciudades, antes de que decidiese echar raíces, los antiguos hechiceros de todo el mundo hacían magia con plantas singulares e ingredientes difíciles de encontrar. Con cada uno de sus hechizos, la magia desprendía una chispa, una energía de otro mundo muy *poderosa* que se aferraba a cualquier objeto que encontrase a su alrededor, dejando tras de sí la impronta del hechizo.

El resultado colateral de la magia.

Pero ya nadie hacía magia. Aquellos con los conocimientos necesarios para lanzar hechizos hacía tiempo que habían muerto. Todo el mundo sabía que era peligroso transcribir la magia, por lo que siempre se la había enseñado por vía oral. Pero incluso esa tradición terminó perdiéndose, por lo que las civilizaciones tuvieron que seguir adelante con las creaciones humanas.

Y las prácticas antiguas se fueron olvidando.

Pero toda esa magia que ya existía, ese *algo* intangible, se fue a alguna parte. Esa energía mágica se había arraigado a las profundidades de la tierra, o se había ahogado en lagos y océanos muy hondos. Se había aferrado a objetos, a los más comunes y a los más oscuros, y a veces se transfería de un objeto a otro cuando entraban en contacto, o incluso del objeto a *alguien*. La magia tenía mente propia, y nadie sabía por qué saltaba, o se aferraba a algún objeto o a alguna persona, pero no a otra. En cualquier caso, cada vez que tenía lugar una transferencia de magia, el hechizo se debilitaba poco a poco hasta desaparecer con el tiempo. Podía entender por qué la gente odiaba sostener o comprar objetos que pudiesen contener magia antigua. ¿Y si te hacías con una tetera que infundiese envidia o que conjurase a un fantasma malvado?

Las organizaciones especializadas en rastrear esa clase de objetos mágicos se encargaron de destruirlos o esconderlos, y otros tantos quedaron enterrados, perdidos o, en su mayoría, olvidados.

Al igual que los nombres de las generaciones pasadas, o de los propios creadores originales de la magia. Quiénes eran, cómo vivían y qué hacían. Dejaron su magia atrás, como tesoros ocultos, y la mayoría llevaban años sin utilizarse.

Mamá era hija de un ranchero boliviano y, una vez, me contó que, en su pequeño pueblo, la magia estaba mucho más cerca de la superficie, y era mucho más fácil encontrarla. Estaba atrapada en yeso o en el cuero de unas sandalias desgastadas, en un sombrero ajado. Aquello le había maravillado, el saber que los restos de un poderoso hechizo estaban ahora atrapados en el interior de un objeto de lo más común. Le encantaba la idea de que la gente de su pueblo descendiese de generaciones llenas de hechiceros con mucho talento.

Le di la vuelta a la página de mi cuaderno de bocetos y volví a

empezar, intentando que mi mente no vagase hasta la última carta que les había enviado. En la que les había escrito el saludo con jeroglíficos temblorosos y en cursiva, y después les había pedido *por favor* que me dejasen ir a Egipto. Les había hecho esa misma pregunta en innumerables ocasiones, de cientos de formas distintas, pero la respuesta siempre era la misma.

No, no, no.

Pero quizás esta vez la respuesta fuese diferente. Su carta podría llegar en cualquier momento, *ese día*, y quizá, tan solo quizá, contendría la única palabra que estaba buscando.

«Sí, Inez, por fin podrás venir al país donde vivimos la mitad de nuestras vidas, lejos de ti. Sí, Inez, por fin podrás ver qué es lo que hicimos en el desierto y por qué nos gusta tanto este lugar, mucho más que pasar tiempo contigo. Sí, Inez, por fin entenderás por qué te abandonamos, una y otra vez, y por qué nuestra respuesta siempre ha sido "no"».

«Sí, sí, sí».

—Inez —volvió a llamarme la prima Elvira, y me sobresalté. No me había dado cuenta de que se había acercado tanto a mi escondite. La magia que prevalecía en la vieja bañera quizás ocultara mi figura desde lejos, pero si se acercaba lo suficiente me vería. Esta vez, alzó un poco más la voz y noté un atisbo de pánico—. ¡Tienes una *carta*!

Aparté la mirada corriendo de mi cuaderno de dibujo y me incorporé de un salto.

Por fin.

Me coloqué el lápiz tras la oreja y salí de la bañera. Empujé la pesada puerta de madera, que crujió al abrirse, y me asomé al exterior con una sonrisa tímida. Elvira estaba a menos de diez pasos de distancia. Por suerte, no había ni rastro de Amaranta. De lo contrario, habría hecho una mueca al ver lo arrugada que llevaba la falda y le informaría de mi atroz delito a su madre.

—¡Hola, prima! —la saludé, también a gritos.

Elvira soltó un chillido y dio un brinco. Antes de poner los ojos en blanco.

—Eres incorregible.

—Pero solo contigo. —Bajé la mirada hacia sus manos vacías, en busca de la carta—. ¿Dónde está?

—Mi madre me pidió que viniese a buscarte. Eso es lo único que sé.

Recorrimos el camino empedrado que llevaba a la casa principal, con los brazos entrelazados. Caminé a paso ligero, como de costumbre. Nunca entendí por qué mi tía decía que teníamos que caminar despacio. ¿Qué sentido tenía no llegar rápido a donde uno quería ir? Elvira aceleró el paso, pisándome los talones. Era una

estampa que representaba a la perfección nuestra relación. Siempre estaba intentando seguirme. Si a mí me gustaba el amarillo, ella lo declaraba el color más bonito de la Tierra. Si yo quería cenar carne asada, ella se ponía a afilar todos los cuchillos de la cocina.

—La carta no va a desaparecer —dijo Elvira entre risitas, apartándose el cabello castaño de la cara. Tenía unos ojos cálidos y los labios estirados hasta formar una sonrisa de oreja a oreja. Nos parecíamos bastante, al menos exteriormente, salvo por nuestros ojos. Los suyos eran mucho más verdes, mientras que los míos eran de color avellana, siempre cambiantes, dependiendo de la luz—. Mi madre me dijo que tenía un matasellos de El Cairo.

Mi corazón se saltó un latido.

No le había hablado de la última carta. No le gustaría saber que les había suplicado a papá y a mamá que me dejasen unirme a su expedición. Ni mis primas ni mi tía comprendían por qué mis padres decidían marcharse durante medio año a Egipto. Tanto a mi tía como a mis primas les *encantaba* Buenos Aires, una ciudad glamurosa, con sus edificios con influencia europea, sus amplias avenidas y sus cafeterías. Mi familia paterna provenía de España, y llegaron a Argentina hace casi cien años, tras una ardua travesía, y se labraron una gran fortuna con la industria ferroviaria.

El matrimonio de mis padres se concertó para poder unir el buen nombre de la familia de mamá y la riqueza de la de papá pero, con el tiempo, se transformó en admiración y respeto mutuos y, para cuando nací yo, en un profundo amor. Papá nunca tuvo la familia numerosa que siempre había deseado, pero mis padres solían decir que, de todos modos, ya estaban demasiado ocupados solo conmigo.

Aunque no estoy muy segura de *cómo* podrían estar demasiado ocupados teniendo en cuenta todo el tiempo que pasaban lejos de mí.

La casa se perfilaba en el horizonte, hermosa e imponente, con sus paredes de piedra blanquecina y sus enormes ventanales, con un estilo tanto ornamentado como elegante, que recordaba a una mansión parisina. La finca estaba rodeada por una verja de hierro dorado, que nos enjaulaba en su interior, protegiéndonos de miradas curiosas. Cuando era pequeña, solía escalar hasta la cima de la puerta de la verja, con la esperanza de ver el océano. Pero nunca pude verlo, y siempre me tenía que contentar con explorar los jardines.

Pero la carta podría cambiarlo todo.

Sí o no. ¿Me quedaba o me iba? Cada paso que daba hacia la casa podría ser un paso más cerca de un país distinto. De otro mundo.

Un asiento a la mesa de mis padres.

—Ahí estás —dijo mi tía Lorena desde la puerta del patio. Amaranta estaba de pie a su lado, con un libro grueso encuadernado en cuero en una mano. La *Odisea*. Una elección interesante. Si no me

fallaban los cálculos, el último clásico que había intentado leer le había mordido el dedo. Su sangre había manchado las páginas y el libro hechizado se había escapado por la ventana, para no volver jamás. Aunque a veces seguía oyendo aullidos y gruñidos que procedían de los parterres de girasoles.

El vestido verde menta de mi prima se mecía a su alrededor con la brisa cálida pero, aun así, ni un solo pelo se atrevía a escaparse de su recogido. Era todo lo que mi madre pretendía que fuese yo. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, y sus labios se torcieron hasta formar una mueca asqueada al verme los dedos manchados. El carboncillo de los lápices siempre se me quedaba pegado en las puntas, dejando su marca como el hollín.

—¿Otra vez leyendo? —le preguntó Elvira a su hermana.

Amaranta se volvió hacia Elvira, y su expresión se suavizó. Se acercó a ella y entrelazó sus brazos.

—Es una historia fascinante, ojalá te hubieses quedado conmigo. Te habría leído mis partes favoritas.

Nunca usaba ese tono dulce conmigo.

—¿Dónde te habías metido? Da igual —dijo mi tía Lorena al mismo tiempo que yo empezaba a contestar—. Tienes el vestido manchado, ¿lo sabías?

El lino amarillo estaba lleno de arrugas y manchas espantosas, pero era uno de mis favoritos. El diseño me permitía vestirme sin tener que depender de la ayuda de ninguna criada. Había encargado en secreto varias prendas con botones por delante, algo que mi tía Lorena aborrecía. Pensaba que eso hacía que los vestidos fuesen de lo más escandalosos. Mi pobre tía se esforzaba por mantenerme presentable pero, para su desgracia, se me daba bastante bien arruinar dobladillos y rasgar volantes. Me encantaban mis vestidos, pero ¿por qué tenían que ser tan delicados?

Me fijé en sus manos vacías y reprimí un arrebato de impaciencia.

—Estaba en el jardín.

Elvira me agarró del brazo con fuerza y salió corriendo a defenderme.

—Estaba practicando su arte, mamá, eso es todo.

A mi tía y a Elvira les encantaban mis ilustraciones (Amaranta solía decir que eran demasiado infantiles), y siempre se aseguraban de que tuviese todos los materiales que me hiciesen falta para pintar y dibujar. Mi tía Lorena incluso pensaba que tenía el talento suficiente como para poder vender mis obras a alguna de las muchas galerías que habían surgido por la ciudad. Mi madre y ella tenían toda una vida planeada para mí. Aparte de los innumerables tutores de arte que me habían buscado, también me habían instruido en francés e inglés, ciencias e historia, haciendo especial énfasis, por supuesto, en Egipto.

Papá se aseguró de que leyese los mismos libros que él sobre el tema, y también de que leyese sus obras de teatro favoritas. Shakespeare era uno de sus dramaturgos predilectos, y solíamos recitarnos versos de sus obras el uno al otro sin parar; era nuestro juego, nuestro y de nadie más. A veces incluso hacíamos representaciones para el personal, usando el salón de baile como nuestro escenario particular. Como era mecenas de la ópera, solía recibir de vez en cuando trajes, pelucas y maquillaje de todo tipo, y algunos de mis recuerdos favoritos eran de cuando nos probábamos nuevos conjuntos y planificábamos nuestra siguiente representación.

La expresión de mi tía se suavizó.

—Bueno, ven conmigo, Inez. Tienes visita.

Le lancé una mirada interrogante a Elvira.

—¿Creía que habías dicho que me había llegado una carta?

—Tu visita te ha traído una carta de tus padres —aclaró mi tía Lorena—. Debe de habérselos encontrado durante alguno de sus viajes. No conozco a nadie más que pudiese escribirte. A menos que haya por ahí algún caballero secreto del que no me hayas hablado… —Enarcó las cejas, expectante.

—Te encargaste personalmente de que los dos últimos saliesen corriendo.

—Unos bribones, los dos. Ninguno sabía diferenciar el tenedor de la ensalada del resto de cubiertos.

—No sé ni por qué te molestas en que te los presente —repuse—. Mamá ya ha tomado su decisión. Cree que Ernesto será el marido perfecto para mí.

Los labios de mi tía Lorena se torcieron en una mueca triste.

—No hay nada de malo en tener opciones.

La miré, divertida. Mi tía se opondría hasta a un príncipe si mi madre lo sugiriese. Jamás se habían llevado bien. Las dos eran demasiado testarudas, demasiado tercas. A veces había llegado a pensar que mi tía era el principal motivo por el que mi madre decidió abandonarme. Porque no podía soportar el tener que compartir espacio con la hermana de mi padre.

—Estoy segura de que la riqueza de su familia juega a su favor —comentó Amaranta con desprecio. Reconocía ese tono. Odiaba la idea de tener que casarse por obligación, incluso más que yo—. Eso es lo más importante, ¿verdad?

Su madre la fulminó con la mirada.

—No lo es, solo porque…

Ignoré el resto de la conversación, cerré los ojos y respiré profundamente, con un nudo formándoseme en la garganta. La carta de mis padres estaba aquí, y por fin tendría la respuesta que había estado esperando. Esta noche podría estar frente a mi armario,

haciendo las maletas, tal vez incluso convenciendo a Elvira para que me acompañase en el largo viaje. Abrí los ojos a tiempo para ver la pequeña arruga que se había formado entre las cejas de mi prima.

—He estado esperando noticias suyas —le expliqué.

Ella frunció el ceño.

—¿Es que no estás *siempre* esperando noticias suyas?

Un argumento excelente.

—Les pregunté si podía irme a Egipto con ellos —admití, volviéndome a mirar a mi tía.

—Pero… pero *¿por qué*? —espetó mi tía Lorena.

Entrelacé mis brazos con los suyos y me encaminé hacia la casa. Formábamos un grupo encantador, recorriendo el largo vestíbulo de azulejos, las tres tomadas del brazo, con mi tía conduciéndonos por los pasillos como una guía turística.

La casa contaba con nueve dormitorios, un salón para el desayuno, dos salas de estar y una cocina que no tenía nada que envidiarle a la del hotel más elegante de la ciudad. Incluso teníamos una sala para fumadores, pero desde que papá compró un par de sillones que podían volar nadie se había aventurado en su interior. Habían causado unos destrozos horribles, estrellándose contra las paredes, rompiendo los espejos, agujereando los cuadros. Mi padre todavía seguía lamentando la pérdida de su whisky bicentenario, que había quedado atrapado en el mueble bar.

—Porque es *Inez* —repuso Amaranta—. Demasiado buena para actividades que podría realizar en casa, como coser o tejer, o cualquier otra tarea propia de una señorita respetable. —Me fulminó con la mirada—. Tu curiosidad te traerá problemas algún día.

Bajé la mirada hacia el suelo, dolida. No me *importaba* tener que coser o tejer. Pero no me gustaba hacer ninguna de las dos cosas porque se me daban fatal.

—Esto es por tu cumpleaños —comentó Elvira—. Tiene que serlo. Te duele que no vayan a estar aquí, y lo entiendo. *De verdad*, Inez. Pero volverán, y entonces daremos una gran cena para celebrarlo e invitaremos a todos los solteros apuestos del barrio, incluyendo a Ernesto.

Tenía parte de razón. Mis padres se iban a perder mi decimonoveno cumpleaños. Otro año más sin ellos cuando soplase las velas.

—Tu tío es una influencia terrible para Cayo —resopló la tía Lorena—. No entiendo por qué mi hermano financia todos los planes descabellados de Ricardo. La tumba de Cleopatra, por el amor de Dios.

—¿Qué? —pregunté.

Aquello pareció sorprender incluso a Amaranta. Que abrió la boca, asombrada. Las dos éramos ávidas lectoras, pero no sabía que

hubiese estado leyendo mis libros sobre el antiguo Egipto.

Mi tía Lorena se ruborizó levemente, y se apartó un mechón castaño y rebelde lleno de canas tras la oreja.

—La última aventura de Ricardo. Una tontería que oí discutir a Cayo con su abogado, eso es todo.

—¿Sobre la tumba de Cleopatra? —insistí—. ¿Y a qué te refieres con «financiar», exactamente?

—¿Quién demonios es Cleopatra? —soltó Elvira—. ¿Y por qué no podías haberme puesto un nombre como ese, mamá? Es muy romántico. Y, en cambio, me pusiste *Elvira*.

—Por última vez, Elvira es un nombre regio. Elegante y apropiado. Al igual que Amaranta.

—Cleopatra fue la última reina de Egipto —expliqué—. Papá no dejaba de hablar de ella en su última visita.

Elvira frunció el ceño.

—¿Había... mujeres faraonas?

Asentí.

—Los egipcios eran bastante progresistas. Aunque, técnicamente hablando, Cleopatra no era egipcia. Era griega. Aun así, estaban adelantados a *nuestro* tiempo, en mi opinión.

Amaranta me lanzó una mirada cargada de desaprobación.

—Nadie te ha preguntado.

Pero la ignoré y me volví de nuevo hacia mi tía, enarcando una ceja. La curiosidad me consumía.

—¿Qué más sabes?

—No sé nada más —repuso mi tía.

—No lo dices muy convencida.

Elvira se echó hacia delante y se giró para mirar a su madre de frente, por encima de mi hombro.

—En realidad, a mí también me interesa...

—Pues claro, cómo no. Harías cualquier cosa que Inez te dijese o quisiese —murmuró mi tía, exasperada—. ¿Qué os he dicho de las señoritas entrometidas que no son capaces de meterse en sus asuntos? Amaranta nunca me da tantos problemas.

—Tú eres la que ha estado escuchando conversaciones ajenas a escondidas —comentó Elvira. Después se volvió a mirarme, con una sonrisa traviesa en los labios—. ¿Crees que tus padres te habrán mandado algo en su carta?

Se me aceleró el corazón mientras mis sandalias golpeaban el suelo embaldosado. Su última carta había venido con una caja llena de objetos preciosos, y en los pocos minutos que tardé en abrirla, parte de mi enfado se esfumó al observar el botín. Unas zapatillas amarillas preciosas, con borlas doradas, un vestido de seda de color rosa con delicados bordados y una capa que parecía sacada de un cuento de

hadas, con todo un surtido de colores: mora, oliva, melocotón y un pálido verde mar. Y eso no era todo; al fondo de la caja encontré unas copas de cobre y un platillo para joyas de ébano con perlas incrustadas.

Guardaba con cariño cada uno de sus regalos, cada carta que me enviaban, aunque fuese la mitad de lo que yo les mandaba. No importaba. Una parte de mí comprendía que era todo lo que recibiría de su parte. Habían elegido Egipto, se habían entregado, en cuerpo y alma, a sus expediciones. Y yo había tenido que aprender a vivir con sus migajas, aunque se me asentasen como rocas en el estómago.

Estaba a punto de responder a la pregunta de Elvira cuando, al doblar la esquina, me detuve abruptamente, olvidando mi respuesta.

Un caballero entrado en años, con el cabello canoso y profundas arrugas en la frente de su rostro moreno, aguardaba en la entrada. Era un completo desconocido. Toda mi atención se centró en la carta que llevaba en las manos arrugadas.

Me libré del agarre de mi tía y de mis primas y me acerqué a él a la carrera, con el corazón aporreándome las costillas, como si fuese un ave tratando de escaparse de su jaula. Había llegado el momento. La respuesta que había estado esperando.

—Señorita Olivera —dijo el hombre, con una voz muy grave y profunda—. Soy Rudolpho Sánchez, el abogado de sus padres.

No le escuché. Mis manos ya le habían quitado el sobre. Le di la vuelta con los dedos temblorosos, preparándome para leer su respuesta. No reconocí la letra del dorso. Volví a darle la vuelta, estudiando el sello de lacre rosa que cerraba la solapa. Tenía un diminuto escarabajo, no, un *escarabeo*, en el centro, junto con unas palabras demasiado deformadas como para ser legibles.

—¿A qué estás esperando? ¿Es que quieres que te la lea? —le preguntó Elvira, observando el sobre por encima de mi hombro.

La ignoré y lo abrí rápidamente, con la mirada clavada en la tinta emborronada. Alguien debía de haber mojado la carta, pero no me di cuenta porque, entonces, comprendí lo que estaba leyendo. Las letras se deslizaron sobre el papel al mismo tiempo que se me nublaba la vista. No podía respirar, y la temperatura del vestíbulo cayó en picado.

Elvira soltó un grito ahogado junto a mi oído. Un escalofrío me recorrió la columna, la caricia helada del miedo.

—¿Y bien? —preguntó mi tía Lorena, dirigiéndole una mirada inquieta al abogado.

Me pesaba la lengua. No estaba segura de poder hablar pero, cuando lo hice, la voz me salió ronca, como si me hubiese pasado horas gritando.

—Mis padres han muerto.

PARTE UNO A UN MUNDO DE DISTANCIA

1

NOVIEMBRE 1888

Por el amor de Dios, no veía la hora de bajarme de este barco infernal.

Me asomé a la ventana redonda de mi camarote, pegando los dedos contra el cristal como si fuese una niña pequeña babeando frente al escaparate de una pastelería que se muere por unos buenos alfajores y un bote gigantesco de dulce de leche. No había ni una sola nube en el cielo azul del puerto de Alejandría. Una larga plataforma de madera salía del puerto para saludar al barco, como una mano dándole la bienvenida. Ya habían empezado a extender la rampa de desembarco, y varios miembros de la tripulación entraban y salían sin parar, cargados con baúles de cuero, sombrereras redondas y cajas de madera.

Había llegado a África.

Después de haberme pasado un mes viajando en barco, atravesando kilómetros y kilómetros de corrientes oceánicas, había llegado. Con varios kilos menos, porque el mar me *odiaba*, y tras innumerables noches dando vueltas sobre mi cama sin parar, llorando contra mi almohada y jugando a los mismos juegos de cartas de siempre con mis compañeros de viaje, por fin estaba aquí.

Egipto.

El país donde mis padres habían vivido durante diecisiete años.

El país donde habían muerto.

Le di vueltas a mi anillo de oro con nerviosismo. No me lo había quitado desde hacía meses. Y llevarlo puesto me hacía sentir como si mis padres estuviesen conmigo. Creía que sentiría su presencia a mi lado en cuanto divisase el continente africano. Como si nos conectase.

Pero esa sensación nunca llegó. *Todavía* seguía sin llegar.

Impaciente, me aparté de la ventana, y me paseé como un león enjaulado por mi camarote, agitando los brazos sin descanso. Caminé de un lado a otro, recorriendo cada centímetro cuadrado de mi majestuoso camarote. Los nervios flotaban a mi alrededor, como un torbellino. Aparté mi equipaje de una patada para despejar un poco el camino. Mi bolso de seda descansaba sobre la estrecha cama y, al pasar junto a él, tiré del asa y saqué de nuevo la carta de mi tío.

La segunda frase seguía atormentándome, haciendo que me

ardiesen los ojos por contener las lágrimas. Pero volví a leerla entera. El suave vaivén del barco me complicaba un poco la tarea pero, a pesar de que se me revolvía el estómago, me aferré a la carta y la leí por enésima vez, con cuidado de no rasgar el papel.

Julio 1884
Mi querida Inez:

No sé ni por dónde empezar o cómo escribirte lo que tengo que contarte. Tus padres han desaparecido en el desierto y se les ha dado por muertos. Llevamos semanas buscándolos, pero no hemos encontrado ni rastro de ellos.

Lo siento mucho. Más de lo que nunca podré expresar. Por favor, quiero que sepas que me tienes aquí y que, si necesitas cualquier cosa, solo estoy a una carta de distancia. Creo que lo mejor es que celebres un funeral en su honor en Buenos Aires, para que puedas visitar sus tumbas siempre que lo desees. Conociendo a mi hermana, no me cabe ninguna duda de que su alma ya estará de vuelta allí, contigo, en nuestro país natal.

Y también supongo que ya sabrás que a partir de ahora seré tu tutor legal, así como el gestor de tus bienes y de tu herencia. Como tienes dieciocho años y eres una joven brillante, he enviado una carta al Banco Nacional de Argentina concediéndote permiso para que retires los fondos que necesites, siempre dentro de lo razonable.

Solamente tú y yo tendremos acceso a ese dinero, Inez.

Ten mucho cuidado en quién confías. Me he tomado la libertad de informar al abogado de la familia de nuestras circunstancias y te pido que vayas a verlo si necesitas algo que haya de realizarse de inmediato. Si me lo permites, te recomendaría que contratases a un administrador para que se encargue de supervisar todos los asuntos concernientes a la hacienda, para que así puedas tener tiempo y espacio para llorar esta terrible pérdida. Perdóname por darte estas noticias, y lamento muchísimo no poder estar ahora a tu lado para compartir tu dolor.

Por favor, escríbeme si necesitas cualquier cosa.

Tu tío,
Ricardo Marqués

Me dejé caer sobre el colchón y me tumbé con el abandono impropio de una dama, oyendo a mi tía Lorena regañándome en mi

cabeza. «Una dama debe ser siempre una dama, incluso cuando nadie la ve. Eso significa que nada de andar encorvada ni de decir palabrotas, Inez». Cerré los ojos con fuerza, alejando la culpa que sentía desde que me había ido. Era una compañera de lo más testaruda; sin importar lo lejos que viajase, no lograba aplastarla o asfixiarla. Ni mi tía Lorena ni mis primas habían sabido que me iba a marchar de Argentina. Podía imaginarme sus caras al leer la nota que les había dejado en mi dormitorio.

La carta de mis padres me había roto el corazón. Y estaba bastante segura de que la mía les habría roto los suyos.

Sin carabina. Con diecinueve años recién cumplidos (había celebrado mi cumpleaños en mi cuarto, llorando desconsolada hasta que Amaranta había aporreado la pared), viajando sin nadie que me guiase y sin experiencia, ni siquiera una doncella personal que se ocupase de los aspectos más problemáticos de mi vestuario. Ahora sí que la había liado buena. Pero no me importaba. Estaba aquí para descubrir todo sobre la desaparición de mis padres. Estaba aquí para descubrir por qué mi tío no los había protegido, y por qué habían estado en el desierto los dos solos. Es cierto que mi padre era muy distraído, pero sabía mejor que nadie que no debía llevarse a mi madre a emprender una aventura sin las provisiones necesarias.

Me mordí el labio inferior con fuerza. Aquello no era del todo cierto. Papá podía ser muy impulsivo, sobre todo cuando iba corriendo de un lado a otro. Pero, aun así, la historia que me habían contado tenía lagunas, y odiaba no saber las respuestas. Eran como una puerta abierta que solo quería cerrar a mi espalda.

Esperaba que mi plan funcionase.

Viajar sola fue toda una lección. Descubrí que odiaba comer sola, que leer en los barcos me mareaba y que se me daba fatal jugar a las cartas. Pero también aprendí que se me daba bastante bien hacer amigos. La mayoría eran parejas de ancianos que viajaban a Egipto por el cálido clima. Al principio les incomodó que estuviese sola, pero ya me había preparado para eso.

Fingí ser una joven viuda y me vestí acorde con el papel.

Y, a cada día que pasaba, elaboraba un poco más mi historieta. Dije que me había casado demasiado joven con un hombre mayor que podría haber sido perfectamente mi abuelo. Después de la primera semana ya había logrado hacerme con el cariño de la mayoría de las mujeres, y los caballeros aprobaban que quisiese ampliar mis horizontes viajando al extranjero.

Eché un vistazo a través de la ventana y fruncí el ceño. Sacudí impacientemente la cabeza, abrí la puerta del camarote y eché un vistazo al pasillo. Todavía no podíamos desembarcar. Cerré la puerta y retomé mi paseo nervioso.

Volví a pensar en mi tío.

Le había enviado una carta apresuradamente luego de haber comprado el pasaje. Estaba segura de que me estaría esperando en el muelle, impaciente por verme. En cuestión de unas horas nos volveríamos a ver, después de diez años. Después de una década sin hablar. Ah, y le había mandado algunos de mis dibujos en las cartas que les había enviado a mis padres de vez en cuando, pero solo estaba siendo educada. Además, él *nunca* me había mandado nada. Ninguna carta en mi cumpleaños o cualquier pequeña baratija que pudiesen darme mis padres cuando volviesen a Argentina. Éramos dos extraños, que solo eran familia por compartir el apellido y la sangre. Apenas recordaba la última vez que había viajado a Buenos Aires, pero eso no importaba porque mi madre se había asegurado de que jamás me olvidase de su hermano favorito, aunque fuese su único hermano.

Mamá y papá eran unos narradores fantásticos, que hilaban palabras hasta formar cuentos, tejiendo obras maestras envolventes e inolvidables. Gracias a ellos mi tío Ricardo parecía una persona maravillosa. Un hombre imponente, que siempre iba cargado de libros, que se ajustaba sus finas gafas con montura de alambre sin parar, con sus ojos de color avellana constantemente puestos en el horizonte y gastando un nuevo par de botas cada semana. Era alto y musculoso, algo que no casaba con sus pasiones académicas y sus afanes eruditos. Había prosperado en el mundo académico, se sentía como en casa en una biblioteca, pero era lo bastante fiero como para ganar una pelea en un bar.

No es que yo supiese mucho sobre las peleas de bar o sobre cómo ganar una.

Mi tío vivía por y para la arqueología, una obsesión que había empezado en Quilmes, al norte de Argentina, mientras estaba excavando con su equipo con una paleta en la mano, cuando tenía mi edad. Después de que hubiese estudiado todo lo que pudo, se marchó a Egipto. Aquí se enamoró y se casó con una mujer egipcia llamada Zazi pero, después de tan solo tres años juntos, ella murió dando a luz a su primer y único hijo, que también murió en el parto. Él nunca volvió a casarse ni regresó a Argentina, salvo en una ocasión. Lo que no terminaba de comprender es lo que *hacía* en realidad. ¿Era un saqueador de tumbas? ¿Un estudioso de la historia egipcia? ¿Un amante de la arena y de los días calurosos bajo el sol?

Quizás era un poco de todo.

Lo único que tenía era su carta. Me había escrito dos veces que si necesitaba cualquier cosa solo tenía que hacérselo saber.

Bueno, sí que necesito algo, tío Ricardo.

Respuestas.



Mi tío Ricardo llegaba tarde.

Yo estaba allí, de pie, en medio del puerto, respirando la brisa salada. El sol se cernía sobre mi cabeza en un ataque feroz, el calor me cortaba la respiración. Mi reloj de bolsillo me hizo saber que llevaba dos horas esperando. Tenía mi equipaje apilado precariamente a mi lado mientras buscaba un rostro parecido al de mi madre entre la multitud. Mamá me había dicho una vez que a su hermano se le había ido de las manos su barba, tupida y llena de canas, demasiado espesa para la sociedad educada.

La gente se agolpaba a mi alrededor, recién desembarcados, charlando en voz alta, emocionados por estar en la tierra de las majestuosas pirámides y del gran río Nilo, que dividía Egipto en dos. Pero yo no compartía su emoción, estaba demasiado concentrada en lo mucho que me dolían los pies, demasiado preocupada por mi situación.

El pánico se abrió paso en mi interior.

No podía quedarme allí de pie mucho más tiempo. La temperatura había ido cayendo a medida que el sol se deslizaba por el cielo, a la brisa marina parecían haberle salido dientes, y a mí todavía me quedaban muchos kilómetros por recorrer. Por lo que recordaba, mis padres siempre se montaban en un tren en Alejandría y, unas cuatro horas después, llegaban a El Cairo. Y, desde allí, contrataban a alguien que los llevase hasta el Hotel Shepheard.

Bajé la mirada hacia mi equipaje. Pensé en lo que podía y no podía dejar atrás. Lamentablemente, no era lo bastante fuerte como para llevármelo todo. Quizá podría encontrar a alguien que me echase una mano, pero no sabía hablar su idioma, más allá de alguna que otra frase suelta para poder mantener una conversación, y ninguna venía a decir: «Hola, ¿podría echarme una mano para llevar mi equipaje?».

El sudor había empezado a acumulárseme en la frente, los nervios me hacían juguetear con los dedos sin descanso. Mi vestido de viaje azul marino estaba compuesto de varias capas, junto con una chaqueta cruzada, y en esos momentos se parecía demasiado a la sensación de tener un puño de hierro rodeándome las costillas. Me atreví a desabrocharme la chaqueta, sabiendo perfectamente que mi madre habría soportado ese sufrimiento con entereza. El barullo a mi alrededor aumentó; gente charlando, saludando a familiares y amigos, el sonido de las olas del mar golpeando la costa, la bocina de un barco resonando. En medio de aquella cacofonía de sonidos, alguien gritó mi nombre.

La voz, un barítono grave, se abrió paso entre el pandemónium.

Un joven se me acercó dando grandes zancadas. Se detuvo frente

a mí, con las manos metidas en los bolsillos de sus caquis, como si hubiese estado dando un paseo por el puerto, admirando el mar y probablemente silbando al caminar. Llevaba una camisa azul claro, remetida por dentro de los pantalones y ligeramente arrugada bajo unos tirantes de cuero. Tenía las botas atadas hasta la mitad de la pantorrilla, y me di cuenta de que debía de haber recorrido muchos kilómetros con ellas, porque estaban llenas de polvo, y el cuero, que antaño habría sido marrón, se había vuelto grisáceo.

El desconocido me miró, tensando las comisuras de sus labios. Mantenía una postura relajada y un aspecto despreocupado pero, al observarlo con más detenimiento, me fijé en la tensión que desprendía su mandíbula apretada. Algo le preocupaba, aunque no quería que nadie se diese cuenta.

Analicé el resto de sus rasgos. Una nariz aristocrática bajo unas cejas rectas y unos ojos tan azules como su camisa. Unos labios carnosos con un arco de Cupido perfecto que se prolongaba hasta formar una sonrisa torcida, que contrastaba con su afilada mandíbula. Tenía el cabello espeso y alborotado, a medio camino entre el pelirrojo y el castaño. Y se apartaba los mechones que le caían por el rostro con impaciencia.

—Hola, ¿es usted la señorita Olivera? ¿La sobrina de Ricardo Marqués?

—La misma que viste y calza —le respondí en inglés. Le olía el aliento vagamente a alcohol fuerte. Arrugué la nariz.

—Gracias a Dios —dijo—. Es la cuarta mujer a la que pregunto. —Su mirada bajó hacia mi equipaje y soltó un sonoro silbido—. Espero de veras que se haya acordado de traerlo todo.

No sonaba sincero en absoluto.

Entrecerré los ojos.

—¿Y quién se supone que es usted exactamente?

—Trabajo para su tío.

Eché un vistazo a su espalda, con la esperanza de ver a mi misterioso tío. No había nadie que se le pareciese por ahí cerca.

—Pensaba que iba a ser él quien viniese a buscarme.

Él negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Tardé un momento en comprender lo que me estaba queriendo decir. Al darme cuenta las mejillas se me sonrojaron con violencia, acaloradas. Mi tío Ricardo ni siquiera se había molestado en aparecer. Su única sobrina se había pasado *semanas* viajando y había sobrevivido a los repetidos ataques de náuseas a bordo de un barco. Y él había enviado a un *desconocido* para darme la bienvenida.

Un desconocido que encima había llegado *tarde*.

Y que, si no me equivocaba, por su acento, era *británico*.

Señalé los edificios derruidos, los montones de piedra mellada, los obreros que estaban intentando reconstruir el puerto después de lo que había hecho Gran Bretaña.

—Eso es obra de sus compatriotas. Supongo que estará orgulloso de su triunfo —comenté con amargura.

Él parpadeó, incrédulo.

—¿Disculpe?

—Es inglés —dije rotundamente.

Él enarcó una ceja.

—El acento —le expliqué.

—Sí, lo soy —repuso, marcando cada vez más las comisuras de sus labios—. ¿Es que siempre presume saber lo que está pensando o sintiendo todo aquel con el que se cruza?

—¿Por qué no está aquí mi tío? —repliqué.

El joven se limitó a encogerse de hombros.

—Tenía una reunión con un tratante de antigüedades. No podía posponerla, pero le manda sus disculpas.

Intenté que el sarcasmo no tiñese mis palabras, pero no lo conseguí.

—Ah, bueno, no importa, como me manda sus *disculpas*. Aunque podría haber tenido la decencia de mandármelas a tiempo.

El joven crispó los labios. Su mano se deslizó por su espesa cabellera, retirándose de nuevo los mechones desordenados que le caían por la frente. El gesto le dio cierto aire juvenil, aunque solo fuese por un segundo. Sus hombros eran demasiado anchos, sus manos demasiado callosas y ásperas como para robarle su aspecto de rufián. Parecía el tipo de persona que saldría vencedora de una pelea en un bar.

—Bueno, no todo está perdido —dijo, señalando mis pertenencias —. Ahora me tiene a su servicio.

—Muy amable por su parte —respondí a regañadientes, todavía no había superado que mi tío me hubiese dejado plantada. ¿Es que no quería verme?

—Nada más lejos de la realidad —repuso con pereza—. ¿Vamos? Tengo un carruaje esperando.

—¿Es que vamos directos al hotel? ¿Al Shepheard, no? Allí es donde —se me rompió la voz— se quedaban.

El desconocido transformó lentamente su expresión, observándome mucho más neutral. Me fijé en que tenía los ojos un poco enrojecidos, pero con unas pestañas larguísimas.

—En realidad, soy *yo* quien regresa a El Cairo. Le he comprado un pasaje de vuelta a casa en el barco de vapor del que acaba de bajar.

Pestañeé con fuerza, segura de haberle oído mal.

—*¿Perdón?*

—Por eso he llegado tarde. Había una cola enorme en la taquilla. —Ante mi mirada incrédula se apresuró a añadir—: He venido a despedirla —dijo y casi sonaba amable. O lo habría sido si no hubiese intentado parecer serio—. Y para asegurarme de que suba a bordo antes de marcharme.

Cada palabra que decía se interponía entre nosotros, formando una muralla firme e implacable. No lograba entenderle. Tal vez tenía agua salada en los oídos.

—*No le entiendo*.

—Su tío —empezó a decir lentamente, como si fuese una niña de cinco años— quiere que vuelva a Argentina. Tengo un pasaje con su nombre.

Pero acababa de llegar. ¿Cómo podía mandarme de vuelta tan pronto? Mi confusión dio paso a la ira, cocinándose a fuego lento.

—*Miércoles*.

El desconocido me observó con la cabeza ladeada y me sonrió, perplejo.

—¿Qué tiene que ver el tercer día de la semana con esto?

Sacudí la cabeza. En español sonaba parecido a «mierda», una palabrota que no me dejaban decir. Mamá obligaba a papá a decir «miércoles» en vez de «mierda» siempre que estaba conmigo.

—Bueno, solo tenía que comprarle el pasaje y asegurarme de que embarcase —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos en busca de algo. Sacó un pasaje arrugado y me lo tendió—. No hace falta que me devuelva el dinero.

—Que no hace falta que… —murmuré, sacudiendo la cabeza de lado a lado como si eso fuese a aclararme la mente—. No me ha dicho cómo se llama. —Y entonces me di cuenta de otra cosa—. Entiende español.

—Ya le había dicho que trabajo para su tío, ¿no? —Volvió a sonreír, con esa sonrisa encantadoramente juvenil y que contrastaba con su corpulencia. Tenía aspecto de poder matarme con solo una cuchara.

Sin duda, a mí no me había cautivado.

—Bueno —dije en español—, entonces me entenderá cuando le diga que no pienso irme de Egipto. Si vamos a tener que viajar juntos, lo mínimo es que me diga cómo se llama.

—Usted, señorita, se va a subir de vuelta a ese barco en los próximos diez minutos. No merece la pena que me presente formalmente, ¿no cree?

—Ah —repuse con frialdad—. Parece que, después de todo, no entiende español. No pienso subir a ese barco.

El desconocido no dejó de sonreír, mostrándome sus dientes al hacerlo; se había acabado el ser educado.

—Por favor, no me obligues a subirte a rastras.

Se me heló la sangre.

—No te atreverías.

—¿Ah, no? ¿Eso crees? Con *triunfante* que me siento… —repuso, con su tono lleno de desprecio. Se acercó un paso y alargó el brazo hacia mí, sus dedos lograron rozar mi chaqueta antes de que me apartase fuera de su alcance.

—Vuelve a ponerme la mano encima y gritaré. Me escucharán hasta en Europa, te lo prometo.

—Te creo. —Se apartó y volvió a retroceder, yendo directo hacia una zona donde había una docena de carritos esperando a ser usados. Sacó uno y procedió a apilar mis baúles encima sin que yo le diese permiso. Para ser un hombre que estaba claro que había estado bebiendo, se movía con una gracia perezosa que me recordaba a un gato indolente. Levantó mi equipaje como si estuviese vacío y no lleno de una docena de cuadernos de dibujo, algunos diarios en blanco y pinturas nuevas. Por no mencionar todas las prendas y zapatos que había traído para poder pasar varias semanas aquí.

Había turistas con sombreros de plumas y zapatos de cuero caros por todas partes, observándonos con curiosidad. Entonces caí en la cuenta de que probablemente hubiesen estado observando la tensión que se había forjado entre este irritante desconocido y yo.

Él volvió a mirarme fijamente, enarcando una de sus cejas cobrizas.

No le dije que parase porque me resultaría mucho más fácil mover mis cosas una vez que las hubiese colocado todas en el carrito pero, cuando arrastró todas mis pertenencias hacia el muelle, dirigiéndose directamente a la fila que se había formado para embarcar, abrí la boca y empecé a gritar.

—*¡Ladrón!* ¡Ratero! ¡Ayuda! ¡Me está robando mis cosas!

Todos los turistas elegantemente vestidos me observaron alarmados, alejando a sus hijos del espectáculo. Me quedé mirándolos, boquiabierta, con la esperanza de que alguno me ayudase a derribar al desconocido.

Pero no fue así.

2

Lo fulminé con la mirada, mientras una carcajada se escapaba de entre sus labios como un fantasma travieso. La indignación me invadió, de la cabeza a los pies. El desconocido tenía todas mis pertenencias, salvo mi bolso, en el que llevaba dinero egipcio, varios fajos de billetes y piastras que me había encontrado rebuscando por la casa solariega, y unos cuantos pesos argentinos de oro para emergencias. Que, supongo, era lo más importante. Podía intentar arrebatarle el carrito, pero sospechaba que su fuerza bruta jugaría a su favor. Era frustrante.

Evalué mis opciones.

No tenía muchas.

Podía seguirlo dócilmente de vuelta al barco y Argentina me estaría esperando al final del camino. Pero ¿cómo sería mi vida allí sin mis padres? Es verdad que se pasaban la mitad del año lejos de mí, y que yo vivía esperando a que volviesen. Los meses que compartía con ellos eran maravillosos, llenos de excursiones diarias a yacimientos arqueológicos, visitas a museos y conversaciones hasta bien entrada la noche sobre libros y arte. Mamá era estricta, pero me adoraba, me permitía dedicarme a mis pasiones de manera desenfrenada, y nunca reprimió mi creatividad. Su vida siempre había estado organizada y, aunque se aseguró de que tuviese una buena educación, me dio libertad para que leyese lo que quisiera, para que dijese lo que opinaba sin ataduras y para que dibujase lo que me apeteciera.

Papá también me animó a estudiar a fondo, sobre todo aquello que tenía que ver con el antiguo Egipto, y siempre hablábamos casi a gritos durante la cena de lo que había aprendido ese día. Mi tía me prefería callada, dócil y obediente. Si regresaba, sabía perfectamente cómo sería cada minuto del resto de mi vida. Por las mañanas tendría lecciones sobre cómo ser la señora de mi casa, seguidas de la comida y después la hora del té, el único evento social del día, y de vuelta a las constantes visitas de pretendientes durante la cena. No era una mala vida, pero no era la vida que yo quería.

Quería una en la que estuviesen mis padres.

Mis padres.

Las lágrimas amenazaban con escaparse de mis párpados, pero cerré los ojos con fuerza y respiré hondo unas cuantas veces, tratando de calmarme. Esta era mi única oportunidad. Había llegado a Egipto yo sola, a pesar de todo. Ningún otro país había fascinado tanto a mis padres, ninguna otra ciudad les había parecido un segundo hogar y,

por lo que yo sabía, quizás El Cairo *fuese* su verdadero hogar. Más que Argentina.

Más que yo.

Si me marchaba, jamás entendería qué los había atraído hasta aquí, año tras año. Quería entender quiénes eran en realidad para asegurarme de *no* olvidarlos. Si me marchaba, nunca descubriría qué les había sucedido. La curiosidad se abrió camino hasta mi corazón, haciéndolo latir frenéticamente.

Más que nada, quería saber qué era lo que más les había importado.

Si pensaban en mí. Si me echaban de menos.

La única persona que tenía las respuestas para todas esas preguntas vivía *aquí*. Y, por algún extraño motivo, quería que me marchase. Me estaba echando. Cerré las manos en puños. No volverían a olvidarse de mí, no volverían a dejarme de lado como si no importase en absoluto. Había venido hasta aquí con un objetivo, e iba a asegurarme de conseguirlo. Aunque me doliese, aunque lo que descubriese me rompiese el corazón.

Nada ni nadie iba a volver a separarme de mis padres.

El desconocido se alejó por el muelle, con mis pertenencias a cuestas. Echó un vistazo hacia mí, por encima de su hombro, y sus ojos azules se encontraron con los míos entre la multitud. Señaló con la barbilla hacia el barco, como si ese fuese mi inevitable final, tener que seguirlo como un obediente perrito faldero.

No, señor.

Di un paso atrás y él abrió la boca, sorprendido. Tensó los hombros, casi imperceptiblemente. Empujó un poco más el carrito con mis pertenencias, sin llegar a darle a la persona que esperaba justo delante de él en la cola para embarcar. El desconocido sin nombre me llamó, haciéndome un gesto con el dedo.

Se me escapó una carcajada sorprendida entre los labios.

«No», articulé.

«Sí», me respondió él, también gesticulando.

No me conocía lo suficiente como para saber que, una vez que había decidido algo, ya nada ni nadie podría hacerme cambiar de opinión. Mamá decía que era testaruda, y mis tutores solían decir que era un defecto. Pero yo lo llamaba por su nombre: perseverancia. Entonces pareció fijarse en la decisión que se había dibujado en mi expresión, porque negó con la cabeza, la alarma tensando las comisuras de sus ojos. Me di media vuelta y me fundí entre la multitud, sin preocuparme lo más mínimo por mis pertenencias. Podría reemplazarlo todo, pero ¿esta oportunidad?

Era una oportunidad única en la vida.

Y yo iba a aferrarme a ella con las dos manos.

La multitud me sirvió de guía, alejándome de los remolcadores que bordeaban los muelles. El desconocido me llamó a gritos, pero ya me había alejado lo suficiente como para oír bien lo que me gritaba. Que se ocupase de mi equipaje. Si era un caballero de verdad no se atrevería a dejarlo allí tirado. Y si no lo era… no, no le pegaba no serlo. Había algo en su actitud. Era confiado, a pesar de su sonrisa irreverente. Recto, a pesar de que le oliese el aliento a alcohol.

Tenía cierto aire aristocrático, como si hubiese nacido para decir a los demás lo que tenían que hacer.

Estaba rodeada de gente que mantenía conversaciones en todo tipo de idiomas. Árabe egipcio, inglés, francés, holandés e incluso portugués. Los egipcios vestidos con trajes a medida y sombreros fez se deslizaban entre los turistas, apresurándose hacia sus trabajos. Los otros viajeros cruzaban la enorme avenida, sorteando carruajes tirados por caballos y burros cargados con petates de lona. Tuve cuidado de no pisar los excrementos de los animales que había por toda la calle. El olor a perfume caro y a sudor flotaba en el aire. Se me formó un nudo en el pecho al ver los edificios derruidos y las montañas de escombros, un recordatorio del bombardeo británico que había tenido lugar hacía dos años. Recordaba haber leído que los daños habían sido cuantiosos, sobre todo en la ciudadela, desde donde algunos egipcios habían intentado defender Alejandría.

Pero observar el puerto devastado en persona era muy distinto a leer sobre ello en el periódico.

La muchedumbre salió del puerto y se aventuró hacia un enorme edificio de piedra, adornado con cuatro arcos situados frente a una inmensa vía de tren, que se extendía varios kilómetros. La estación de ferrocarril. Aferré mi bolso y crucé la calle, echando un vistazo por encima del hombro por si el desconocido había decidido perseguirme.

No había ni rastro de él, pero no bajé el ritmo. Tenía el presentimiento de que no me dejaría escapar tan fácilmente.

Un poco más adelante había un pequeño grupo hablando en inglés. Yo lo hablaba mucho mejor que el francés. Seguí a la marabunta hasta la estación, con el sudor haciendo que los mechones se me pegasen a la nuca. Las pequeñas ventanas cuadradas dejaban pasar la suficiente luz en el interior como para fijarse en la discordancia de todo. Había montañas de maletas por todas partes. Los viajeros hablaban a gritos, confusos, llamando a sus seres queridos, o corriendo para montarse en el tren a tiempo, mientras que otros empujaban carritos llenos de baúles y maletas con pereza. Se me aceleró el pulso. Jamás había visto tanta gente en un solo lugar, vestidos con distintos grados de elegancia, desde aquellos ataviados con sombreros de plumas hasta los que llevaban una sencilla corbata. Había decenas de egipcios vestidos con largas túnicas ofreciéndose a

ayudar con las maletas a cambio de propinas.

Sobresaltada, me di cuenta de que había perdido al grupo de ingleses.

—*Miércoles* —murmuré.

Me puse de puntillas e intenté abrirme paso entre la multitud. Uno de ellos llevaba un sombrero de copa... *allí*. Me deslicé entre el gentío, alerta, y el grupo me condujo directamente hasta la taquilla. La mayor parte de las señales y de los carteles estaban escritos en francés y, *por supuesto*, no sabía leerlos con soltura. ¿Cómo se suponía que iba a poder comprar un billete para El Cairo? Mis padres siempre me habían dicho que no hablase con desconocidos, pero estaba claro que necesitaba ayuda.

Me acerqué a ellos y rompí una de las reglas de mamá.



Me recosté contra los asientos acolchados y respiré hondo el aire viciado. Una capa de polvo lo cubría todo, desde los asientos hasta los estantes de encima de los bancos donde se podían colocar las maletas. El tren parecía elegante por fuera; con su carcasa negra adornada con un ribete rojo y dorado, pero hacía décadas desde la última vez que habían renovado el interior. No me importaba. Habría viajado a lomos de un burro a través del desierto si eso hubiese significado que terminaría llegando al Shepheard.

De momento tenía el compartimento para mí sola, a pesar de las decenas de viajeros que se subían a bordo, los efendis que se dirigían a El Cairo por negocios y los turistas que parloteaban a gritos en toda clase de idiomas.

La puerta de madera de mi compartimento se abrió y un caballero con un bigote de lo más espectacular y unas mejillas redondas y sonrosadas se quedó de pie en el umbral. Sostenía en la mano izquierda un maletín de cuero, con las iniciales «BS» grabadas en dorado sobre el material. Se sorprendió al verme allí, pero después esbozó una enorme sonrisa, y me saludó galantemente, levantando su sombrero oscuro. Llevaba un conjunto gris de lo más elegante, con pantalones anchos y una impecable camisa Oxford blanca. A juzgar por sus lustrosos zapatos de cuero y su traje, que parecía hecho a medida, era un hombre adinerado.

A pesar de su cálida mirada, me recorrió un escalofrío por la columna cuando nuestros ojos se encontraron. El viaje hasta El Cairo duraba unas cuatro horas. Demasiado tiempo para estar encerrada en un espacio tan reducido a solas con un hombre. Jamás había pensado que me vería en esta situación. Mi pobre tía se lamentaría del daño que esto le haría a mi reputación. Viajar sola, sin carabina, ya era bastante escandaloso. Si alguien que perteneciese a la sociedad

educada se enteraba de esto, a la mierda mi reputación inmaculada.

—Buenas tardes —dijo, colocando su maletín en uno de los estantes superiores—. ¿Su primera vez en Egipto?

—Sí —respondí en inglés—. Es de... ¿Inglaterra?

Se sentó justo frente a mí, estirando tanto las piernas que las borlas de sus zapatos me rozaron el dobladillo de la falda. Moví las rodillas hacia la ventana.

—De Londres.

Otro inglés. Me tenían rodeada. Me había cruzado con demasiados ingleses desde que había bajado del barco. Soldados y hombres de negocios, políticos y mercaderes.

El hombre del tío Ricardo que quería echarme a patadas del país.

Mi acompañante se volvió hacia la puerta cerrada, esperando sin duda que alguien más se nos uniese y, cuando la puerta permaneció cerrada, se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Viaja sola?

Yo me removí en mi asiento, sin saber muy bien qué responder. Parecía bastante inofensivo y, aunque no *quería* decirle la verdad, lo más probable era que, para cuando llegásemos a El Cairo, ya lo hubiese descubierto.

—En realidad, sí. —Me estremecí ante el tono defensivo que adquirió mi voz.

El hombre inglés me estudió atentamente.

—Perdóneme, no pretendía ofenderla, pero ¿necesita ayuda? Veo que no la acompaña ninguna carabina ni ninguna doncella. Me atrevería a decir que es algo bastante inusual.

El traje de luto que había llevado puesto durante la mayor parte del viaje no me había parecido necesario después de atracar, y me había cambiado a mi elegante traje de viaje. No lo había pensado bien.

—No es que sea de su incumbencia, pero soy viuda.

Su expresión se suavizó.

—Oh, lo siento muchísimo. Perdone mi intromisión, ha sido demasiado invasivo por mi parte. —Se hizo un silencio un tanto incómodo y me costó encontrar una manera de llenarlo. No sabía moverme por El Cairo, y cualquier tipo de información o indicación me sería de gran ayuda. Pero me molestaba tener que dar la impresión de que no podía hacer nada por mí misma.

—Yo perdí a mi esposa —me dijo con voz suave.

Parte de la tensión que se había asentado sobre mis hombros desapareció.

—Lamento oír eso.

—Tengo una hija que debe de tener más o menos su edad —comentó—. Es mi orgullo y me alegría.

El tren dio un bandazo y me giré hacia la ventanilla llena de polvo. La ciudad de Alejandría se extendía al otro lado de las vías, con sus amplias avenidas y montañas de escombros junto a los edificios imponentes. Unos minutos más tarde, dejamos atrás la ciudad y los edificios se vieron sustituidos por extensos y verdes campos de labranza. El inglés se sacó un pequeño reloj de bolsillo de oro.

—Por fin sale una vez a tiempo —murmuró.

—¿Normalmente sale con retraso?

Soltó una suave carcajada, alzando la barbilla con arrogancia.

—Al ferrocarril egipcio todavía le queda mucho por hacer para que alguien en su sano juicio diga que es eficiente. Pero acabamos de hacernos con su gestión, y el progreso ha sido lamentablemente lento. —Se echó hacia delante en su asiento, bajando la voz hasta que no fue más que un susurro—. Aunque sé de buena tinta que la estación va a recibir dentro de poco trenes nuevos procedentes de Inglaterra y de Escocia.

—¿Cuando dice que acaban de «hacerse con su gestión» se refiere a que los británicos son los dueños de la estación?

Él asintió, arrepentido.

—Disculpe, a veces se me olvida que las damas no están al día en temas de actualidad. Tomamos el control del país en 1882…

Toda la compasión que había sentido al enterarme de que se había quedado viudo me abandonó por completo, gota a gota.

—Lo sé todo sobre cómo Gran Bretaña bombardeó Alejandría —repuse, sin molestarme en ocultar mi rechazo—. Gracias.

El hombre hizo una pausa y apretó los labios con fuerza.

—Era necesario.

—¿Ah, sí? —pregunté con sarcasmo.

Él parpadeó, claramente sorprendido por mi tono arisco.

—Estamos remodelando el país de forma lenta pero segura, hasta que sea un lugar mucho más civilizado —repuso, alzando poco a poco la voz, insistente—. Lo estamos liberando del yugo de los franceses. Y, mientras tanto, Egipto es uno de los destinos turísticos más famosos para infinidad de viajeros, como usted. —Las comisuras de sus labios se cayeron hasta formar una mueca—. Y para los estadounidenses. Eso debemos agradecérselo a los cruceros de Thomas Cook.

Papá solía hablarme poniendo el grito en el cielo de todas las formas en las que se estaba *remodelando* Egipto. Gestionado por un país extranjero que despreciaba a los locales, horrorizado ante la audacia de que quisiesen gobernar su propio país. Solía preocuparle que los extranjeros desvalijasen y saqueasen todos los yacimientos arqueológicos antes de que él pudiese visitarlos.

Pero lo que más me molestaba era que ese hombre hubiese supuesto que no estaba al día con la actualidad. Y su tono arrogante a

la hora de hablarme de su horrible visión de Egipto. Hablando de un país lleno de materias primas y recursos como si le *perteneciese*. Mamá seguía echando humo por las orejas al hablar de los españoles minando Cerro Rico, la montaña de plata en Potosí. Que habían vaciado durante siglos.

El pueblo jamás se había recuperado de aquel expolio.

Luché por mantener un tono neutro.

—¿Quién es Thomas Cook?

—Un hombre de negocios de la peor calaña —dijo, con el ceño fruncido con fuerza—. Fundó una empresa que se especializa en cruceros por Egipto, especialmente aquellos que llenan las aguas del Nilo con sus barcos llamativos llenos de estadounidenses borrachos y ruidosos.

Enarqué una ceja.

—¿Es que los británicos no hablan alto ni beben?

—Nosotros no nos comportamos como unos salvajes cuando bebemos —repuso con tono pomposo. Y después cambió de tema de golpe, probablemente tratando de evitar una discusión. Una pena, porque estaba empezando a divertirme—. ¿Qué la trae por Egipto?

Aunque me había estado esperando esa pregunta, y tenía preparada una respuesta, la cambié en el último segundo.

—Hacer un poco de turismo. He reservado un crucero por el Nilo. Se me había olvidado el nombre de la empresa con la que lo había reservado hasta que usted lo mencionó —comenté, con una sonrisa socarrona.

Al hombre se le puso la cara morada, y yo tuve que morderme el interior de la mejilla para no echarme a reír a carcajadas. Abrió la boca, listo para responder, pero decidió quedarse callado cuando sus ojos bajaron hasta mi anillo de oro, con los rayos de sol que se filtraban a través de la ventana sucia de aquel oscuro compartimento reflejándose sobre el metal.

—Que anillo tan poco común —dijo lentamente, echándose un poco más hacia delante para examinarlo de cerca.

Papá no me había contado nada sobre su procedencia. Ni siquiera había dejado una nota en el paquete. Ese era el único motivo por el que no llevaba el anillo escondido. Me picaba la curiosidad por si mi desafortunado compañero me sabía contar algo al respecto.

—¿Por qué es poco común?

—Parece bastante antiguo. Al menos del siglo pasado.

—¿Ah, sí? —le pregunté, con la esperanza de que me pudiese decir algo más. Ya sabía que el anillo debía de ser alguna antigüedad, pero jamás se me ocurrió pensar que pudiese ser un *artefacto arqueológico*. Papá jamás me habría enviado algo así… ¿no? Jamás se habría atrevido a robar algo de un valor incalculable de algún

yacimiento.

Se me revolvió el estómago al pensarlo. Me daba miedo que mis dudas me saliesen por los oídos como volutas de humo.

¿Y si lo había hecho?

—¿Me permite examinarlo más de cerca?

Vacilé, pero terminé alzando la mano, acercándosela a la cara. Él agachó un poco más la cabeza para inspeccionarlo atentamente. Su mirada se tornó hambrienta. Y antes de que pudiese decir nada, me quitó el anillo.

Me quedé boquiabierta.

—Disculpe.

Ignoró mi protesta, observando cada surco y cada detalle con los ojos entrecerrados.

—Extraordinario —murmuró en voz baja. Después guardó silencio, sin atreverse a mover ni un músculo. Podría haber sido un cuadro perfectamente. Entonces apartó la mirada del anillo y la alzó hacia mí. Su enfermiza atención me incomodó.

Escuché a alguien susurrándome al oído el aviso de que tomase mis cosas y me fuese de allí cuanto antes.

—Por favor, devuélvamelo.

—¿De dónde ha sacado esto? —exigió saber—. ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

La mentira me salió sola.

—Elvira Montenegro.

Repitió mi nombre como si lo estuviese considerando. No me cabía ninguna duda de que estaba rebuscando entre sus recuerdos, tratando de hallar alguna conexión con ese nombre.

—¿Tiene familiares aquí?

Negué con la cabeza. No tuve ni que pensar dos veces mi mentira, gracias a Dios ya tenía mucha práctica mintiendo. Había mentido unas cuantas veces a lo largo de mi vida para librarme de tener que pasar la tarde cosiendo o bordando.

—Como le he dicho antes, solo soy una viuda que ha venido a ver el gran río y las pirámides.

—Pero debe de haber conseguido este anillo en alguna parte —insistió.

Mi corazón latía acelerado y con fuerza tras mi corsé.

—Solo es una baratija que compré en un puesto cerca del puerto. ¿Le importaría devolvérmelo, por favor?

—¿Ha encontrado este anillo en *Alejandría*? Qué… curioso. —Cerró la mano alrededor del regalo de mi padre—. Le pagaré diez soberanos por él.

—El anillo no está en venta. Devuélvamelo.

—Me acabo de dar cuenta de que no le he contado a qué me

dedico —comentó—. Trabajo en la Oficina de Antigüedades.

Le dirigí mi mirada más fría y altanera.

—Quiero que me devuelva el anillo, ahora.

—Este anillo sería una incorporación maravillosa para la exposición de joyería egipcia. Ahora, personalmente opino que es su responsabilidad como ciudadana renunciar a tal artículo con el fin de que reciba el cuidado y la atención adecuadas. Los demás también deberían tener derecho a disfrutar de su artesanía en un museo.

Enarqué una ceja.

—¿En el museo, en Egipto?

—Evidentemente.

—¿Y con qué frecuencia suelen animar a los egipcios a que visiten el museo que exhibe el patrimonio de su país? Yo diría que no muy a menudo.

—Bueno, yo *nunca*… —No llegó a terminar la frase y su rostro adquirió el tono exacto de una berenjena—. Estoy dispuesto a pagarle veinte soberanos por él.

—Hace un minuto eran diez.

El hombre enarcó una ceja.

—¿Se está quejando por ello?

—No —respondí con firmeza—. Porque *no* está en venta. Y sé perfectamente a lo que se dedica, así que le agradecería que no perdiese el tiempo en explicármelo. No es mucho mejor que un saqueador de tumbas.

El hombre se sonrojó con violencia. Respiró hondo, tenso, con su pecho tirando de los botones de su impecable camisa blanca al hincharse.

—Alguien *ya* se encargó de robar esto de una tumba.

Me encogí, porque al parecer era cierto. No sabía por qué, pero mi padre había robado algo de un yacimiento y me lo había enviado. Papá me había dejado claro que examinaba cada descubrimiento con muchísimo cuidado. Pero había hecho algo más que examinar. Había actuado en contra de su moral.

Había actuado en contra de la mía. ¿Por qué?

—Mire esto… —Me sostuvo el anillo frente a los ojos para que pudiese inspeccionarlo—. ¿Sabe lo que tiene grabado?

—Es un cartucho —repuse en tono adusto—. Y rodea el nombre de un dios o de alguien de la realeza.

El hombre abrió y cerró la boca. Parecía un pez curioso. Se recuperó de la sorpresa rápidamente y me lanzó otra pregunta.

—¿Sabe lo que pone en los jeroglíficos?

Negué con la cabeza, guardando silencio. Aunque reconocía algunos, no podía leer lo que ponía con fluidez. El alfabeto egipcio antiguo era inmenso y se necesitarían décadas de estudio para

dominarlo.

—¿Ve esto? —Alzó el anillo para examinarlo—. Es un nombre *de la realeza*. Dice «Cleopatra».

La última faraona de Egipto.

Se me puso la piel de gallina al recordar la conversación con mi tía Lorena y con Elvira. Era la última vez que había oído ese nombre, y había sido en una conversación relacionada con mi tío y con su trabajo aquí, en Egipto. El anillo era una pista sobre lo que habían estado haciendo. El qué, o a *quién*, podrían haber encontrado. Me había hartado de ser educada.

Me puse en pie de un salto.

—¡Devuélvamelo!

El inglés se puso de pie, llevándose las manos en puño a las caderas.

—Jovencita...

La puerta del compartimento se abrió y apareció un revisor, con uniforme azul marino.

—¿Billetes?

Rebusqué con rabia en el interior de mi bolso de seda hasta encontrar el billete arrugado.

—Tome.

El revisor se nos quedó mirando, pasando los ojos de uno a otro, con el ceño fruncido.

—¿Va todo bien?

—No —siseé—. Este hombre me ha robado mi anillo.

El revisor se quedó boquiabierto.

—¿Disculpe?

Apunté con el dedo en dirección al inglés.

—Esta persona, porque ni siquiera puedo llamarlo «caballero», me ha robado algo que me pertenece *y quiero que me lo devuelva*.

El inglés se irguió, enderezó los hombros y alzó la barbilla. Estábamos uno frente al otro, los bandos de esta guerra trazados firmemente.

—Me llamo Basil Sterling, y trabajo como tratante de antigüedades para el Museo Egipcio. Solo le estaba mostrando a esta joven una de nuestras últimas adquisiciones, y, como puede ver, se ha emocionado demasiado con ella.

—*Pero qué...* —espeté—. ¡Mi padre me confió ese anillo! Devuélvamelo.

El señor Sterling entrecerró los ojos y entonces me di cuenta del error que acababa de cometer. Antes de que pudiese retractarme y corregirlo, tomó su maletín de cuero y sacó un documento junto con su billete de tren y se los tendió los dos al revisor.

—Podrá comprobar que lo que digo es cierto en ese informe.

El revisor se removió, inquieto.

—Muy bien, señor. Todo parece estar en orden.

La ira me incendió las mejillas.

—Esto es un ultraje.

—Como puede ver, la dama está histérica —intercedió el señor Sterling rápidamente—. Me gustaría cambiar de compartimento.

—¡No hasta que me lo devuelva!

El señor Sterling me sonrió con frialdad, con un brillo astuto en sus ojos claros.

—¿Por qué habría de darle *mi* anillo?

Y dicho eso se encaminó hacia la puerta.

—Espere un momento… —dije.

—Lo siento —se disculpó el revisor, devolviéndome mi billete.

Un segundo después, los dos habían desaparecido, y ese odioso hombre se había llevado lo último que papá me había dado, escondido en lo más profundo de su bolsillo.

Whit

Por el amor de Dios.

Me quedé mirando a aquella tonta, con la frustración aumentando por momentos. No tenía tiempo para perseguir a sobrinas rebeldes, aunque fuesen familia de mi jefe. Mi jefe, que no estaría nada contento cuando se enterase de que no había sido capaz de controlar a una jovencita. Me pasé una mano temblorosa por el cabello, y bajé la mirada hacia los enormes baúles que tenía apilados en el carrito. Se había ido sin ninguna de sus pertenencias.

Muy audaz, Olivera. Muy audaz.

Valoré la posibilidad de dejarlo todo en el muelle, pero mi conciencia protestó, así que suspiré con pesar. Por desgracia, mi madre me había educado mejor que eso. Tenía que admitirlo. Olivera había ganado esta ronda, pero no pensaba volver a dejarla ganar. Eso sería de lo más molesto. No me gustaba perder, así como tampoco me gustaba que me dijesen lo que tenía que hacer.

Hacía tiempo que había dejado esos días atrás.

Y aun así…

Ella había tenido el descaro de vestirse como una viuda. Había cruzado todo un océano y un mar sin carabina. Me había echado la bronca llevándose una mano firmemente a la cadera. Sonreí a regañadientes, observando el botón de latón que le había arrancado de la chaqueta. Brillaba bajo la luz del sol, una aleación de cobre y zinc, primo hermano del bronce. Su expresión indignada me había dado ganas de reír por primera vez desde hacía muchos meses.

Tenía que admitirlo, la chica tenía carácter.

Cerré la mano alrededor del botón, incluso aunque fuese

plenamente consciente de que debería lanzar aquella maldita cosa al mar Mediterráneo. En cambio, me lo guardé en el bolsillo, como un recuerdo. Llevé el carrito de vuelta hasta la carretera donde me esperaba el carruaje que había alquilado, sabiendo perfectamente que había cometido un error.

Pero el botón seguía a salvo de mi buen juicio.

Un fuerte dolor de cabeza me oprimía las sienes, y saqué la petaca que le había robado a mi hermano mayor y le di un largo sorbo al whisky, el ardor del alcohol me calmó al bajar por la garganta. ¿A qué hora había llegado anoche?

No me acordaba. Me había pasado horas sentado en la barra del Shepheard, sonriendo y riéndome a carcajadas, fingiendo que me lo estaba pasando en grande. Dios, cómo odiaba a los tratantes de antigüedades.

Pero unos cuatro dedos de burbon después, descubrí lo que había estado buscando.

Nadie sabía a quién buscaban Abdullah y Ricardo.

Ni un solo susurro.

Ahora, lo único que me quedaba por hacer era lidiar con la muy tonta.

3

El cansancio tiraba de mis piernas como si estuviese caminando por arenas movedizas. Para cuando el carruaje se detuvo frente al Shepheard, mi elegante vestido de lino ya no era elegante ni estaba limpio. Mi camisa planchada ahora estaba llena de polvo y arrugas y, de alguna manera, había perdido un botón de la chaqueta. El enfado me había acompañado durante todo el viaje, haciéndome hervir la sangre. El cochero me abrió la puerta del carruaje y yo me tropecé al bajar los escalones. Él estiró un brazo hacia mí para evitar que me cayese.

—*Gracias* —dije, con voz ronca—. Perdón, quise decir *shokran*. —Me dolía la garganta de tanto gritar. Nadie me había hecho caso cuando había gritado que me habían robado el anillo. Ni el conductor, ni los otros revisores, ni siquiera el resto de los pasajeros. Había pedido ayuda a todo aquel que se me había ocurrido que podría auxiliarme, segura de que la gente que había estado en los compartimentos adyacentes al nuestro habría escuchado nuestra discusión.

Le pagué al cochero y me centré en lo que me rodeaba. El estilo arquitectónico de este lugar era tan parecido al de las enormes avenidas parisinas que bien podría haber estado perfectamente en el corazón de Francia. Infinidad de carruajes dorados iban de un lado a otro por la calle Ibrahim Pachá, que estaba bordeada de frondosas palmeras. Todos los edificios eran de la misma altura, cuatro plantas, y estaban repletos de ventanas arqueadas, cuyas cortinas se mecían con la brisa. Era una estampa de lo más familiar cuando no debería serlo. Exactamente como en Buenos Aires, donde las calles eran tan anchas como las avenidas europeas. Ismail Pachá había querido modernizar El Cairo, y para ello había trabajado con un arquitecto francés y había remodelado ciertas zonas de la ciudad para que se asemejasen a las calles parisinas.

El Shepheard ocupaba casi toda una manzana. Los escalones de la entrada conducían hasta un larguísimo portal cubierto por un delicado tejadillo de metal con preciosas aberturas, dejando pasar los finos rayos del sol de la tarde que acariciaban el suelo de piedra. También había una enorme terraza con docenas de mesas y sillas de mimbre, decorada con árboles y plantas de todo tipo junto a las puertas dobles de madera. El hotel era mucho más elegante y recargado de lo que jamás hubiera imaginado, y la gente que salía y entraba sin parar vestía con ropas y vestidos caros, haciendo juego con la opulencia del

lugar.

Subí los escalones de la entrada, intentando no pensar en mi aspecto desaliñado. Los porteros, que iban vestidos con caftanes que les llegaban hasta debajo de las rodillas, me dedicaron una sonrisa enorme y me dieron la bienvenida. Eché los hombros hacia atrás, levanté la barbilla y esbocé una expresión serena; era la viva imagen del decoro.

Pero perdí por completo esa apariencia al soltar un agudo grito ahogado.

—Oh, cielos.

El vestíbulo rezumaba la grandeza de los palacios europeos más lujosos, sitios de los que solo había oído hablar. Los pilares de granito se alzaban hasta el techo, como las entradas de los templos antiguos que solo había podido ver en los libros. Cómodas sillas de distintos materiales (cuero, ratán y madera) descansaban sobre opulentas alfombras persas. Lámparas de araña hechas de bronce oscuro con motivos florales y un faldón festoneado iluminaban el tenue interior, envolviéndolo todo en una bruma cálida. El vestíbulo daba acceso a otra sala igual de ornamentada, con el suelo embaldosado y rincones oscuros donde había varias personas leyendo el periódico.

Podía imaginarme a mis padres en esta sala, regresando a la carrera después de haber pasado todo el día en el desierto, con ganas de tomarse una buena taza de té y la cena.

Quizás este había sido el último lugar donde los habían visto.

Me tragué con fuerza el nudo que se me había formado en la garganta y tuve que parpadear para contener las lágrimas que me ardían en los ojos. Eché un vistazo a mi alrededor, estaba rodeada de gente de todo tipo de nacionalidades, edades y rangos. Hablaban en distintos idiomas y sus conversaciones quedaban silenciadas por las grandes alfombras que había sobre el suelo embaldosado. Las ancianas inglesas se lamentaban de la odisea por la que estaban teniendo que pasar para encontrar un barco adecuado para recorrer el Nilo mientras se bebían su té de hibisco frío, que era inconfundible por su color púrpura oscuro. Los oficiales británicos se paseaban por el pasillo, vestidos con sus uniformes rojos y con sus sables a la cintura, y entonces recordé que el hotel también servía de cuartel general para el ejército británico. Fruncí el ceño y aparté la vista.

En la sala, un grupo de hombres de negocios egipcios estaba reunido alrededor de una mesa, fumando en pipa y enzarzados en una intensa conversación, con las borlas de sus sombreros fez rozándoles las mejillas al hablar. Cuando pasé a su lado pude captar ciertos retazos de su conversación sobre los precios del algodón. Mi madre solía volver a Buenos Aires siempre con sábanas nuevas bajo el brazo, de una tela tan gruesa que se asemejaba a la seda. Las plantas de

algodón crecían a la orilla del Nilo, y su producción era uno de los negocios más lucrativos de los lugartenientes egipcios.

Me di la vuelta, buscando el mostrador de recepción, al mismo tiempo que un estadounidense pomposo con su maletín robusto y una voz atronadora se colaba a trompicones entre la gente. Oí como alguien gritaba: «¡Burton! ¡Aquí!», y entonces el estadounidense salió corriendo hacia el resto de su grupo, donde le recibieron dándole sonoras palmadas en la espalda. Observé el rencuentro con nostalgia.

El número de gente que me daría la bienvenida después de un largo viaje había disminuido considerablemente.

Los recepcionistas me miraban con suspicacia. Uno de ellos se detuvo al ver que me acercaba. Abrió sus ojos oscuros de par en par y dejó caer el brazo a un costado lentamente. Había estado sellando un libro de registros.

—*Salaam aleikum* —dije, insegura. Su mirada penetrante me estaba poniendo nerviosa—. Me gustaría reservar una habitación, por favor. Bueno, en realidad, supongo que primero debería confirmar que Ricardo Marqués se hospeda en este hotel.

—Se parece muchísimo a su madre.

Se hizo el silencio a mi alrededor.

El recepcionista dejó el sello a un lado y apartó el libro de registros con una pequeña sonrisa.

—Me llamo Sallam —dijo, alisándose el caftán verde oscuro—. Mi más sentido pésame por el fallecimiento de sus padres. Eran de lo más agradables, siempre disfrutábamos de tenerlos aquí con nosotros.

Incluso aunque hubiesen pasado meses desde que me dieron la noticia, todavía no me había acostumbrado a oír a la gente hablando de mis padres en pasado.

—*Gracias. Shokran* —me apresuré a corregirme.

—*De nada* —dijo, y yo esbocé una sonrisa, sorprendida.

—Sus padres me enseñaron unas cuantas frases. —Echó un vistazo a mi espalda y yo me volví para seguir su mirada—. Esperaba que el joven Whit estuviese con usted —repuso.

—¿Quién?

—El señor Whitford Hayes —explicó Sallam—. Trabaja para su tío, quien, por cierto, sí que se está hospedando en este hotel esta noche. Pero ahora mismo no está aquí. Creo que tenía algo que hacer en el museo.

Así que así se llamaba el desconocido al que había abandonado en el puerto. Tomé una nota mental de evitarlo a toda costa.

—¿Sabe cuándo volverá mi tío?

—Tiene reservada una mesa para la cena en nuestro comedor. ¿Usted acaba de llegar a Egipto?

—Esta mañana, a Alejandría. Por desgracia, el tren se averió a

medio camino de El Cairo, de lo contrario habría llegado antes.

Las cejas gruesas y canosas de Sallam se elevaron hasta la raíz de su cabello.

—¿Ha llegado a El Cairo en tren? Creía que Whit tenía más sentido común. Siempre llegan con retraso y no paran de averiarse. Habría tenido un viaje mucho menos movido si hubiese venido en carruaje.

Me tuve que morder la lengua para no contarle a Sallam toda la historia de lo que había sucedido. En cambio, alcé mi bolso y lo coloqué sobre el mostrador.

—Bueno, me gustaría reservar una habitación, por favor.

—No tiene que pagar nada —repuso—. Le daré la suite de sus padres. Tiene todos los gastos cubiertos hasta... —Bajó la mirada hacia su cuaderno—: El diez de enero. Nadie ha entrado en la habitación desde su desaparición, de acuerdo con los deseos de su tío. —Sallam vaciló—. Dijo que él se ocuparía de sus cosas a principios del año que viene.

Me daba vueltas la cabeza. Jamás había pensado que dormiría en su habitación, en la que daba a los jardines Eszbekiya. Papá solía hablar sin parar de su extraordinaria suite, con sus lujosas habitaciones e impresionantes vistas. Incluso a mi madre le encantaba. Ninguno de los dos se había percatado jamás de las ganas que había tenido de verla algún día. Y parecía que ese día por fin había llegado. Este viaje me otorgaría muchas de esas primeras veces, cosas que siempre había pensado que experimentaría con ellos. Se me encogió el corazón, como si alguien me hubiese clavado un puñal.

Mi voz no era apenas un susurro cuando respondí.

—Eso sería perfecto.

Sallam me observó durante unos segundos y después se inclinó sobre el mostrador para redactar una nota rápida en uno de los papeles elegantes del hotel. Después silbó para llamar a un joven que llevaba un fez e iba vestido con unos pantalones verde bosque y un blusón amarillo claro.

—Por favor, entrega esto.

El chico le echó un vistazo a la nota doblada, se fijó en el nombre y sonrió. Después se marchó a la carrera, deslizándose ágilmente entre la multitud de huéspedes del hotel.

—Venga, la acompañaré personalmente a la suite trescientos dos.

Otro recepcionista, vestido con la misma librea verde y amarilla del hotel, se hizo cargo de la recepción, al mismo tiempo que Sallam me tendía la mano, indicándome que caminase a su lado.

—Todavía me acuerdo de la primera vez que sus padres vinieron a Egipto —comentó Sallam—. Su padre se enamoró de la ciudad en cuanto llegó a El Cairo. Su madre tardó un poco más, pero después de

su primera temporada aquí no volvió a ser la misma. Sabía que terminarían regresando. ¡Y mire! Tenía razón. Creo que han pasado diecisiete años desde esa primera visita.

Me era imposible responderle. Aquellos viajes se correspondían con algunos de mis peores recuerdos. Recordaba un invierno en particular con demasiada claridad. Mis padres se habían quedado un mes más de lo esperado en Egipto y yo me había puesto muy enferma. Una epidemia de gripe había asolado Buenos Aires y, sin embargo, mis padres no llegaron a tiempo para ver el peligro que había corrido. Cuando finalmente aparecieron yo ya estaba recuperada y ya había pasado la peor parte. Tenía ocho años. Por supuesto, mi tía tuvo unas cuantas palabras con mi madre al respecto. Después de aquello, mamá y papá se pasaron todos los días a mi lado. Comíamos siempre juntos, salíamos a explorar la ciudad y disfrutábamos de los conciertos y de nuestros frecuentes paseos por el parque.

Siempre estábamos juntos, hasta que dejamos de estarlo.

Sallam me llevó hasta una gran escalera, con una alfombra azul extendida por el centro. El diseño me resultaba familiar, porque mis padres se habían llevado todo tipo de decoración a Argentina. Les encantaban los azulejos turcos, las lámparas marroquíes y las alfombras persas.

Subimos hasta la tercera planta y Sallam me tendió una llave de latón con un disco del tamaño de una moneda que tenía grabado Hotel Shepheard, El Cairo y el número de habitación. Introduje la llave en la ranura y la puerta se abrió, dejando ver una sala de estar que daba acceso a otras dos habitaciones, una a cada lado. Me adentré en la sala, admirando el sofá de terciopelo verde y los sillones de cuero que se agrupaban frente a las ventanas que daban al balcón. Las paredes estaban forradas con paneles de seda y tenían adornos dorados, y había un pequeño escritorio de madera con una silla de cuero de respaldo alto que le daba cierto toque señorial. En cuanto a la decoración, por las paredes había colgados unos cuantos cuadros preciosos, así como un espejo dorado, y tres enormes alfombras azules y verde menta le daban el toque sofisticado a la estancia.

—Aquí era donde dormían sus padres. —Sallam le señaló la habitación que quedaba a la derecha—. La habitación de la izquierda estaba reservada para sus invitados.

Pero jamás estuvo reservada para mí. Su única hija.

—No hace tanto calor en Egipto como se podría creer. Le aconsejo que se ponga un abrigo sobre la chaquetilla —comentó Sallam a mi espalda—. Si tiene hambre, baje a cenar al restaurante. Sirven una comida francesa deliciosa. Su tío la estará esperando allí, estoy seguro.

No pude evitar que el resentimiento tiñese mi voz.

—Lo dudo mucho.

Sallam regresó a la entrada.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

Negué con la cabeza.

—*La, shokran.*

—Bonito acento —dijo con aprobación, inclinó levemente la cabeza y cerró la puerta al marcharse.

Me había quedado sola.

Sola en la habitación donde mis padres habían vivido casi la mitad de mi vida. El último lugar donde habían dormido, con algunos de los últimos objetos que habían tocado. Cada superficie llamaba mi atención, suscitaba una nueva pregunta. ¿Mi madre solía usar este escritorio? ¿Se sentaba en la silla de cuero con el respaldo alto? ¿La última vez que escribió utilizó ese mismo tintero? Rebusqué entre los cajones y me encontré un montón de folios, todos en blanco salvo uno. La hoja que había dejado coronando la pila tenía dos palabras escritas con una caligrafía elegante.

«Querida Inez».

Jamás llegó a terminar de escribir esta carta. Me robaron lo último que me habría escrito mi madre. Respiré profundamente, temblando, hasta llenarme los pulmones todo lo que pude, y después exhalé, luchando por no derrumbarme. Esta era mi oportunidad para examinar la habitación tal y como la habían dejado, antes de que se llenase con mis cosas.

En la papelera había varios folios arrugados, y me pregunté si a mamá le habría tomado varios intentos saber qué escribirme. Un sollozo me subió por la garganta y me aparté rápidamente del escritorio de madera. Tuve que reprimir toda una oleada de emociones, que me invadieron como la más fuerte de las mareas. Después de exhalar de nuevo, logré calmarme un poco más y despejar la mirada. Seguí explorando la habitación, decidida a hacer algo productivo. Me volví involuntariamente hacia la habitación de mis padres.

Asentí y me erguí, echando los hombros atrás.

Respiré hondo, preparándome mentalmente, abrí la puerta de su dormitorio… y solté un grito ahogado.

Todos los baúles de papá estaban abiertos, su contenido desperdigado sobre la cama, su ropa tirada por todas partes, sus zapatos y pantalones apilados en el suelo. Los cajones del precioso vestidor de roble también estaban abiertos, con los objetos del interior revueltos como si hubiesen hecho las maletas a toda prisa. Fruncí el ceño. Aquello no tenía ningún sentido, en su última carta me habían dicho que se quedarían una temporada más en El Cairo. Las sábanas estaban apiladas a los pies de la cama, y la maleta de mamá descansaba en una silla junto a un enorme ventanal.

Me adentré un poco más en el interior, examinando los vestidos que había tendidos sobre el respaldo de la silla. De un estilo que jamás había visto llevar a mi madre en casa. El material era mucho más ligero y con un toque más juvenil, adornado con cientos de volantes y pedrería. Los vestidos que mi madre solía llevar en Argentina, aunque eran de lo más elegantes, jamás eran tan llamativos. Siempre los lucía con modestia, con una sonrisa recatada y buenos modales. Y a mí me había educado para que fuese igual que ella. Dentro del armario me encontré con hileras e hileras de vestidos relucientes y zapatos de tacón hechos de cuero.

Acaricié la tela con curiosidad y me invadió una sensación de nostalgia. Mi madre era una persona que sabía cómo comportarse; siempre hablaba con elocuencia y sabía cómo dar una grandiosa fiesta y contentar a sus invitados. Pero aquí, estas prendas sugerían que era mucho más libre, menos recta y refinada.

Ojalá hubiese conocido esa faceta suya.

Un golpe seco en la puerta de la suite me sacó de mi ensoñación. Probablemente solo fuese Sallam para asegurarse de que me estaba instalando correctamente. Parecía el tipo de persona que les habría caído bien a mis padres. Educado y competente, siempre dispuesto a escuchar y a mantener una conversación inteligente.

Crucé la habitación y abrí la puerta, esbozando una sonrisa.

Pero no era Sallam.

El desconocido del puerto estaba recostado contra la pared de enfrente, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, con mis baúles apilados uno encima de otro a su lado. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me fulminaba con la mirada, con una sonrisa socarrona dibujada en sus labios. Parecía incluso divertido.

—El señor *Hayes*, supongo.

4

El hombre en cuestión se alejó de la pared de una suave patada y se adentró en mi habitación.

—Eres mucho más lista de lo que pensaba —dijo alegremente—. Tomo nota, así que ni se te ocurra volver a intentar ese tipo de mierdas conmigo.

Abrí la boca, dispuesta a replicar, pero el señor Hayes siguió hablando, con una sonrisa divertida dibujada en su rostro.

—Antes de que me regañes por mi lenguaje, me aventuraré a suponer que una joven, que ha cruzado todo un océano haciéndose pasar por viuda, lo más probable es que haya mandado sus buenos modales al infierno. —Se agachó, doblando levemente las rodillas, para que sus ojos azules quedasen a la altura de los míos—. A donde pertenecen, debo añadir.

—No iba a regañarte —repuse con tono severo, aunque sí que lo habría hecho. Mamá siempre me había dicho que debía respetar los buenos modales, sin importar lo que la otra persona pensase. A veces, sin embargo, la rebeldía me llamaba con su canto de sirena, y no podía resistirme.

De ahí que estuviese ahora en esta situación.

—¿Ah, no? —preguntó, esbozando una sonrisa irritante. Después se adentró aún más en la habitación, dejando la puerta abierta a su espalda.

—Bueno, *señor* Hayes —repuse, dándome la vuelta por completo para mantenerlo en mi línea de visión. Parecía ser la clase de persona con la que uno debería encontrarse siempre de frente y de pie. En el puerto no le había dado demasiada importancia, pero ahora había algo distinto en su porte, en su forma de andar. Tal vez por lo corpulento que era o por esa leve sonrisa traviesa que tironeaba de las comisuras de sus labios. Todo en su aspecto gritaba peligro, a pesar de la conversación informal que estábamos manteniendo. Paseó con pereza por la habitación, tomando objetos al azar y dejándolos de nuevo en su sitio sin ningún tipo de cuidado.

—Gracias por traerme mi equipaje. —Y después, sin poder contenerme, añadí—: Ha sido muy amable por tu parte.

Se volvió hacia mí, fulminándome con la mirada.

—Solo estaba haciendo mi trabajo.

—Así que trabajas para mi tío —dije—. Debe ser emocionante.

—Lo es, sin duda —repuso. Su acento elegante contrastaba con su tono afilado e irreverente. Hablaba como un aristócrata pomposo,

salvo por el leve toque hostil que se escondía bajo su tono, y el lenguaje tan colorido que usaba.

Debían de haberlo contratado hace poco. Mis padres nunca lo habían mencionado en sus cartas.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él?

—Un poco —respondió de forma vaga.

—¿Cuánto es un poco?

—Unos dos años, más o menos. —El señor Hayes me miraba de vez en cuando, intentando distraerme para que no me diese cuenta de que no dejaba de toquetearlo todo. Dejé que satisficiera su curiosidad, creyendo que eso podría ablandarlo. Habíamos empezado con mal pie, y si él era la mano derecha de mi tío, y si no quería que *me* arrastrase de vuelta al puerto, como había hecho antes con mi equipaje, entonces lo mejor sería que fuésemos amigos. Pero, sobre todo, tenía cientos de preguntas y estaba bastante segura de que el señor Hayes tendría todas las respuestas.

Señalé el sofá.

—¿Por qué no nos sentamos? Me gustaría que hablásemos sobre lo que haces exactamente en tu trabajo y sobre las últimas excavaciones de mi tío.

—Ah, eso te gustaría, ¿verdad? —El señor Hayes tomó asiento y estiró sus largas piernas sobre el sofá, antes de sacarse con parsimonia una petaca del bolsillo. Le dio un buen trago y después me la tendió.

Yo me senté en uno de los sillones libres.

—¿Qué es?

—Whisky.

—¿En pleno día? —Negué con la cabeza—. No, gracias.

—¿Eso significa que solo bebes por la noche?

—Significa que no bebo, nunca —Tuve mucho cuidado de que la curiosidad que sentía no fuese evidente en mi tono. Mamá nunca me había permitido ni siquiera darle un sorbito a una copa de vino. Aunque eso no significaba que no lo hubiese probado. Me las arreglé para probarlo durante una de sus muchas veladas, justo delante de sus narices.

Él esbozó una sonrisa pícara y volvió a enroscar el tapón.

—Escucha, por muy guapa que seas, no somos amigos, no soy tu escolta y, desde luego, no soy tu niñero. ¿Cuántos problemas vas a darme?

Su pregunta casi me hizo reír, pero me contuve a tiempo. Valoré la posibilidad de mentirle, pero el instinto me decía que me terminaría descubriendo de todos modos.

—No sabría decirte —respondí con sinceridad—. Quizás unos cuantos.

Él soltó una carcajada, sorprendido.

—Se suponía que debías ser una señorita estirada y aburrida. Una dama bien educada, recta, y sin ni una sola arruga en tu vestido.

—*Soy* una dama bien educada.

Él me examinó, lentamente, y su mirada se detuvo en mis botas llenas de polvo y en mi chaqueta de viaje sucia. Por alguna razón, lo que vio pareció molestarle.

—Pero no siempre —murmuró—. Lo cual resulta terriblemente inconveniente, sobre todo para mí.

Ladeé la cabeza y fruncí el ceño, confusa.

—¿Por qué, exactamente?

Esbozó una sonrisa fina y desganada, pero guardó silencio, pensativo, sin apartar la mirada de mi rostro ni un segundo.

Yo me removí en mi asiento, no estaba acostumbrada a que me mirasen de ese modo.

—¿Se supone que he de disculparme? —pregunté al final, con un suspiro exasperado—. No soy tu problema. Deja que mi tío se ocupe de mí.

—En realidad, solo el hecho de que estés aquí ya es *mi* problema. Al menos, tú tío lo verá de ese modo.

—No pienso disculparme por lo que hice.

El señor Hayes se echó hacia delante sobre el sofá, con un brillo diabólico acechando tras su mirada lobuna.

—Ya sabía que no lo harías. De ahí que seas terriblemente inconveniente. Habría sido mucho más fácil si fueses aburrida y estirada.

¿Seguíamos hablando de lo que había ocurrido en el puerto? Una sensación que no supe identificar me recorrió de pies a cabeza.

Podría haber sido un aviso.

—Bueno, dudo que vayamos a pasar mucho tiempo juntos —repuse, cortante—. Pero me doy por advertida. Siempre y cuando no te cruces en mi camino, no tendremos ningún problema.

No pretendía que sonase como un reto, pero me di cuenta al momento de que así era como se lo había tomado. Parecía estar librando una batalla consigo mismo. Su cuerpo se relajó poco a poco. Cuando volvió a hablar, se había cerrado completamente en banda, y por su tono de voz parecía estar a kilómetros de distancia.

—De todos modos te mandará de vuelta a casa dentro de poco; tampoco es que importe.

Se recostó en el sofá como si no le importase en absoluto, o quizás esa era justo la impresión que *quería* dar. Entrecerré los ojos al observarlo. Había cierta franqueza en su mirada, incluso cuando sus ojos enrojecidos se pasearon por la habitación.

—¿Es que vamos a volver a ponernos a discutir sobre eso?

—Por lo que a mí respecta, nunca dejamos de hacerlo —repuso,

mirándome fijamente—. Pero no hay nada que discutir. Tu tío te quiere de vuelta en casita y bien lejos de aquí.

—¿Y eso por qué, exactamente?

El señor Hayes enarcó una ceja y guardó un silencio exasperante.

—¿Qué haces exactamente para mi tío?

—Un poco de todo.

Valoré la posibilidad de darle una patada.

—¿Eres su secretaria?

Él se carcajeó.

Su forma de reír me hizo pararme a pensar.

—¿Tu trabajo es peligroso?

—Puede serlo.

—¿Es legal?

Su sonrisa me dejó perpleja.

—A veces.

—Señor Hayes, sea lo que fuere lo que mi tío y tú estéis...

—Lo que es legal e ilegal en este país no está muy bien definido, señorita Olivera.

—Bueno, *quiero* saber lo que les pasó a mis padres —dije, casi en un susurro—. ¿Por qué estaban en el desierto los dos solos? ¿Qué andaban buscando? ¿Y por qué no estaba mi tío Ricardo con ellos?

—Tus padres eran libres de hacer lo que quisiesen —respondió rápidamente—. Eran ellos quienes financiaban toda la expedición, y nadie les solía decir lo que tenían o no que hacer. La única persona que tenía algo de influencia sobre ellos era Abdullah. —El señor Hayes hizo una pausa—. Sabes quién es, ¿no?

Había oído ese nombre cientos de veces. Abdullah era el cerebro detrás de cada excavación. Era el socio de mis padres, el hombre brillante que sabía todo lo que había que saber sobre los antiguos egipcios. A lo largo de los años, mis padres habían comentado de vez en cuando dónde estaba excavando en ese momento el equipo de Abdullah, pero nunca me habían llegado a contar nada sobre su última excavación.

La que tenía algo que ver con Cleopatra.

—Cuéntame algo más sobre la expedición.

El señor Hayes se puso de pie de un salto, sorprendiéndome. Se acercó al dormitorio de mis padres, donde yo me había dejado la puerta abierta de par en par, y echó un vistazo al interior antes de soltar un silbido grave. Me levanté y me acerqué a él, volviendo a sorprenderme por el desorden que reinaba en el dormitorio.

—No eran personas desordenadas. Bueno, papá es... era increíblemente despistado. Pero creo que esto no tiene nada que ver con eso.

—No, no lo tiene —convino y, por primera vez, sonaba serio—.

Ricardo tampoco es desordenado.

—No tengo modo de saberlo —repuse con frialdad—. Solo lo he visto una vez en toda mi vida, hace diez años.

El señor Hayes no hizo ningún comentario al respecto, pero se adentró en el dormitorio en silencio, recogiendo con cuidado la ropa que había desperdigada por todas partes. No me gustaba ni un pelo que un completo desconocido estuviese toqueteando las pertenencias de mis padres, y estuve a punto de decírselo, pero entonces me di cuenta de algo que hizo que me mordiese la lengua.

Él no era el desconocido en todo esto... *sino yo*.

El señor Hayes conocía una cara de mis padres que yo jamás había visto. Los conocía de formas en las que yo nunca los conocería. Tenía recuerdos con ellos de los que yo nunca formaría parte. Había trabajado a su lado, comido con ellos y dormido en los mismos campamentos.

—¿Habías estado en esta habitación antes?

Él asintió con la cabeza.

—Unas cuantas veces.

Así que tenían algo más que solo una relación laboral. Mis padres sí que habrían invitado a alguien a quien considerasen su amigo a su habitación privada del hotel, pero jamás habrían hecho algo así con un compañero de trabajo.

—¿Has entrado en esta habitación alguna vez desde su desaparición?

Se puso tenso. Se volvió hacia mí y me observó durante unos segundos en completo silencio, evaluándome. Por increíble que parezca, su dura expresión se terminó suavizando.

—Entiendes que ya no están, ¿no?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Quiero que comprendas que no ganas nada con esa clase de preguntas.

Me tragué el doloroso nudo que se me había formado en la garganta.

—Pienso averiguar lo que les ocurrió.

Él dobló con cuidado una de las camisas de papá y la colocó con delicadeza dentro de uno de los baúles.

—Es tu tío quien se gana la vida desenterrando cosas. No tú, señorita Olivera.

—Y, sin embargo, ese es exactamente mi objetivo.

No apartó la mirada de mí ni un segundo y yo tuve que luchar contra el impulso de removerme, inquieta. Si quería intimidarme, tendría que esforzarse más. A pesar de su estatura, el revólver que llevaba colgado al costado estaba suelto. En la empuñadura estaban grabadas las letras «CGG». Antes no me había fijado en ese pequeño

detalle, pero al observarlo de pies a cabeza, desde sus toscas botas de cuero hasta la línea recta que formaban sus hombros, la desagradable verdad me golpeó de lleno en la cara.

—¿Militar?

Él frunció las cejas, amenazador.

—¿Disculpa?

—¿Estás en el ejército británico?

—No —dijo.

—Esas no son tus iniciales. —Señalé el revólver que llevaba en una funda a su costado—. ¿Creía que te llamabas Whitford Hayes?

—Así es. —Y después cambió de tema abruptamente—. Ponte algo con volantes y decente y baja a cenar.

Primero intentaba echarme a patadas de Egipto y ahora me ordenaba que bajase a cenar.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer.

Rodeó la cama y se plantó frente a mí, con un brillo travieso en el profundo pozo de sus ojos azules. El sutil aroma a licor ahumado de su aliento se arremolinó entre nosotros.

—¿Es que preferirías que intentase coquetear contigo?

Su confianza rayaba con la arrogancia y probablemente se debía a que no había recibido un «no» por respuesta en toda su vida. Mantuve una expresión completamente inescrutable.

—Yo que tú no me molestaría.

—Cierto. Porque lo nuestro está prohibido. —Esbozó una sonrisa, con los hoyuelos enmarcándole los labios como dos paréntesis. No me fiaba ni un pelo de esa sonrisa—. Baja y cena conmigo. Por favor.

Negué con la cabeza.

—He viajado hasta aquí fingiendo ser viuda y, aunque probablemente me haya salido con la mía hasta el momento, no puedo seguir con esa farsa. Cenar contigo no sería apropiado, no sin mi tío.

—Está ahí abajo.

—¿Y por qué no lo habías dicho antes?

Salió dando zancadas del dormitorio, gritándome por encima del hombro, sin volverse a mirarme.

—Acabo de hacerlo.

Con un gritito indignado, me apresuré a seguirlo, solo para encontrarme con una sala de estar vacía. Había desordenado todo sin que yo me diese cuenta. Había cambiado cientos de cosas de sitio con sutileza; los cojines del sofá ya no estaban apilados en una esquina, sino en el centro; y la esquina de la alfombra estaba doblada. Como si la hubiese apartado deliberadamente. Solté un gruñido frustrado.

Él ya iba por la mitad del largo pasillo.

—Ah, y ¿señor Hayes? —lo llamé.

Se dio la vuelta con elegancia, sin bajar la mirada a sus pies, y

regresó hacia la suite.

—¿Qué pasa?

Me acerqué a él.

—Me gustaría saber qué es lo que andabas buscando, por favor.

El señor Hayes se quedó quieto como una estatua.

—¿Qué te hace pensar que andaba buscando algo?

Sonaba demasiado despreocupado. Lo fácil que le salían esas palabras dejaba claro que las había pronunciado demasiadas veces, y se comportaba como alguien que sabía lo guapo que era y estaba utilizando esa belleza a su favor. Estaba intentando manipularme sin que me diese cuenta. Y eso me hizo sospechar aún más.

—La alfombra estaba doblada, los cojines movidos.

—¿Y?

Me quedé en silencio, con su mentira colgando entre nosotros, con la tensión palpable en el aire.

Enarqué una ceja y aguardé.

Él no hizo ningún comentario más pero me observó detenidamente. Cuando me quedó claro que no iba a darme una respuesta, solté un largo suspiro frustrado.

—¿Puedes esperar un momento? —le pregunté—. Tengo que cambiarme.

Él bajó la mirada por mi vestido, divertido.

—No recuerdo que *tú* me esperases cuando te lo pedí —repuso, con una sonrisa malvada. Después me *guiñó el ojo* antes de seguir recorriendo el pasillo a zancadas. Esa era exactamente la sonrisa de la que no me fiaba ni un pelo, mi instinto me decía que solo traía problemas. Era la de una persona capaz de encandilarte mientras te robaba todo lo que tenías.

Me di la vuelta y arrastré mi equipaje dentro de la suite, un caballero educado me habría echado una mano con eso, y rebusqué rápidamente entre todos mis vestidos. Por lo que recordaba del Shepheard, su comedor se transformaba en el centro neurálgico de la sociedad al caer la noche. Se llenaba de viajeros adinerados, turistas procedentes de América y de las ciudades más metropolitanas de Europa, que se entremezclaban en el enorme salón. Para este primer encuentro con mi tío debía mimetizarme con el entorno. Debía parecer una dama respetable y capaz.

Tal vez, entonces cambiaría de opinión y me permitiría quedarme.

Elegí un vestido de manga larga a rayas azul marino y crema que se ceñía a la cintura y tenía un pañuelo a juego. Me puse unas delicadas botas de cuero que me llegaban hasta la mitad de la pantorrilla y cuyo único adorno era una hilera de pequeños botones de latón. No tuve tiempo de peinarme ni de echarme un poco de agua en

la cara, y maldije en silencio por ello al molesto señor Hayes. Cerré la puerta de la suite al salir y recorrí el pasillo a la carrera, con cuidado de no tropezarme con la enorme falda. Para cuando llegué al pie de la escalera, jadeaba por el esfuerzo.

Me detuve. No tenía ni idea de a dónde tenía que ir. El hotel ocupaba casi una manzana y, desde el vestíbulo salían infinidad de pasillos que llevaban a quién sabe dónde. Podía acabar en los jardines o en la lavandería.

Eché un vistazo a mi alrededor, buscando a Sallam con la mirada, pero no le encontré por ninguna parte. Entonces me fijé en el estadounidense elegante que había visto antes. Estaba sentado en una salita, absorto en su periódico. Me acerqué a él. Pero no se percató de mi presencia hasta que estuve a un metro.

Entonces alzó la mirada, pestañeando. Echó un vistazo a la izquierda y después a la derecha, inseguro.

—¿Hola?

—*Buenas tardes* —le respondí en español—. Estaba buscando el comedor. ¿Le importaría indicarme dónde está?

Relajó el ceño fruncido. Dobló el periódico y se levantó, antes de ofrecerme su brazo galantemente.

—¡Estaré encantado de ayudarla!

Lo tomé del brazo y él procedió a guiarme a través de uno de los muchos pasillos. Era un hombre alto, pero se mantenía encorvado, y su esbelta figura parecía más bien larguirucha. Debía rondar los treinta años, a juzgar por su rostro sin arrugas y su cabello rubio y espeso.

—Me llamo Thomas Burton —dijo, mirándome de reojo. Un fuerte rubor encendió sus mejillas—. Tiene usted un acento encantador. ¿Puedo preguntarle cómo se llama?

—Elvira Montenegro. —Me sorprendí al oírme decir. Me aclaré la garganta, desconcertada—. ¿Es estadounidense, no?

Él asintió.

—De Nueva York. ¿Ha tenido el placer de estar alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Todavía no.

Me dedicó una sonrisa tímida.

—Quizá nos encontremos allí algún día.

Le devolví la sonrisa, siendo plenamente consciente de que, si alguna vez hubiese venido a nuestra casa, mi tía lo habría recibido con los brazos abiertos. Probablemente mi madre también. Era educado y amable, con unos ojos marrones bondadosos. Y sus prendas denotaban riqueza y éxito.

Cuando llegamos a la entrada del comedor, me soltó delicadamente el brazo y me miró con fijeza. Yo me removí en mi

sitio, con la consternación revoloteando en mi vientre. Reconocía esa mirada.

—¿Le… le gustaría cenar conmigo, señorita Montenegro?

—Gracias, pero me temo que he de declinar su oferta. Debo reunirme con mi familia. —No dejé de sonreír en ningún momento para suavizar el rechazo—. Pero le agradezco que me haya escoltado hasta aquí.

Entré en el comedor antes de que pudiera responder. Estaba decorado del suelo al techo al estilo renacentista. Con sus ventanas arqueadas, que dejaban pasar unos generosos rayos de luz de luna, que bañaba cada mesa de madera de la sala, cubriéndolas como un manto níveo. El techo, pintado de un blanco crema, exhibía un patrón griego que bordeaba las cuatro esquinas de la sala, mientras que las paredes estaban adornadas con paneles de madera de roble y guirnaldas esculpidas.

Casi todas las mesas estaban ocupadas por invitados y clientes que charlaban entre sí, disfrutando de una buena copa de vino y de la comida. Como en el vestíbulo del hotel, la sala estaba llena a rebosar de gente de todo tipo de nacionalidades. Los turistas franceses se maravillaban con la enorme oferta vinícola. Los bajás y beyes vestían con prendas occidentales, con sombreros fez cilíndricos en la cabeza, hablando en árabe egipcio. Los soldados ingleses vestían de uniforme, con sus botones de latón refulgiendo bajo la tenue luz de las velas.

Me adentré en el interior con pasos vacilantes, y la algarabía general se redujo a solo unos susurros. Unos cuantos se volvieron a mirarme con curiosidad, sin duda por mi cabello despeinado y mis ojos cansados. Me acomodé unos cuantos mechones detrás de las orejas. Enderecé los hombros y me adentré un poco más en el comedor, pasando la mirada de una mesa a otra, buscando a mi tío.

Sin embargo, a quien encontré fue al señor Hayes. Estaba sentado junto a uno de los inmensos ventanales. Desde allí podía ver perfectamente su perfil, la dura línea de su mandíbula cuadrada y su mentón regio. Su cabello parecía mucho más rojo que castaño bajo aquella suave luz. Había tres personas más sentadas a su mesa y, aunque no reconocía a dos de los caballeros que tenía a la vista, había algo que me resultaba familiar en la figura del hombre que estaba a su izquierda.

Mis piernas me llevaron hacia ellos por sí solas. Me deslicé entre el mar de mesas y huéspedes del hotel que vestían trajes y vestidos de gala de lo más caros. El camino hasta la mesa se me hizo eterno, con cada paso me sentía como si estuviese escalando hasta la cima de una montaña. La preocupación echó raíces en mi vientre, clavándose con fuerza. Mi tío Ricardo podría negarse a hablar conmigo. Tal vez me echaría a patadas del país delante de toda esta gente, delante del

señor Hayes, que estaba claro que pertenecía a este lugar, mientras que yo no.

Pero seguí adelante.

El señor Hayes fue el primero en verme.

Nuestras miradas se encontraron y apretó los labios con fuerza. Parecía estar a punto de echarse a reír a carcajadas. Los otros dos caballeros me observaron mientras me acercaba y dejaron sus copas a un lado. No se mostraron hostiles, sino más bien sorprendidos. Uno de ellos me recorrió de arriba abajo con la mirada, fijándose en mi cabello despeinado, que contrastaba con los detalles delicados de mi vestido de tarde. Era un caballero mayor, con el cabello y la barba canos; el aire regio que le rodeaba era casi palpable. Llevaba su respetabilidad como un traje hecho a medida. El otro caballero tenía un rostro amable y los párpados caídos. Pero quien de verdad me interesaba no era ninguno de esos hombres, sino aquel cuyo rostro no podía ver.

Él seguía hablando como si nada, con su voz grave y profunda. Se me puso la piel de gallina. Reconocía ese tono, incluso después de tantos años.

—Sir Evelyn, es usted un maldito idiota —dijo mi tío Ricardo con severidad.

Fuera quien fuere sir Evelyn, no podía saberlo. Ni los caballeros ni el señor Hayes le estaban prestando la más mínima atención a mi tío, a pesar de que acabase de insultar a uno de ellos. Los acompañantes de mi tío tenían sus miradas puestas en mí, fascinados porque una joven sin carabina estuviese en un comedor lleno de gente y, sobre todo, porque estaba claro que se había acercado a hablar con ellos.

Y yo ya me había cansado de esperar.

—Hola, tío Ricardo —lo saludé.

5

Mi tío se puso rígido. Sacudió la cabeza por un instante y se volvió hacia mí en su asiento. Entonces alzó la barbilla y me miró. Su mirada, esos ojos avellana que me resultaban tan familiares porque eran los mismos que los de mi madre, me robó el aliento. Me había olvidado de lo mucho que se parecían. Su cabello oscuro y rizado, las pecas que le surcaban la nariz. Tenía muchas más arrugas y más canas que mi madre, pero la forma de sus cejas y la curvatura de sus orejas eran idénticas a las de ella.

Lo que significaba que yo también me parecía a él.

Durante un segundo se hizo el silencio, su enfado quedó visible en su expresión, en sus ojos entrecerrados, en su respiración agitada. Pestañeé y entonces su rostro se transformó por completo, me miraba como si me estuviese dando la bienvenida, esbozando una enorme sonrisa.

Dominaba totalmente sus emociones. Qué habilidad tan útil.

—Mi querida sobrina —dijo con suavidad, poniéndose en pie—. Siéntate aquí, yo me encargo de pedirle otra silla a... Ah, veo que se me han adelantado.

Mi tío Ricardo se acercó un poco más para dejar sitio al camarero que se acercaba a nosotros corriendo, con otra silla en brazos. No podía creer que, después de todo este tiempo, después de haber tardado semanas en llegar hasta aquí, por fin tuviese a mi tío a un palmo de distancia. Se cernía sobre mi cabeza por su estatura y, aunque su edad se reflejaba en cada arruga de su rostro, su porte denotaba una sutil fortaleza.

Sin perder la sonrisa, me dio una suave palmadita en el hombro que casi hasta me pareció un gesto hasta cariñoso.

—Ya no eres la niña que recordaba, con las rodillas sucias y los codos raspados.

—Hace tiempo que dejé de ser esa niña —repuse—. Tienes buen aspecto, tío.

—Y tú —dijo con dulzura— eres igualita a mi hermana.

Se hizo el silencio en la sala. Sentí, mucho más que vi, las miradas de todos los presentes puestas en mí. El señor Hayes y los otros dos caballeros se pusieron en pie, los dos últimos me observaban con descarada curiosidad.

—Su sobrina —dijo uno de los hombres, con un marcado acento francés—. *Incroyable*! Pero entonces esta debe ser la hija de Lourdes. —El francés se quedó callado, y un violento rubor tiñó sus pálidas

mejillas. Su calva cabeza refulgía bajo la suave luz de las velas que iluminaban el comedor—. Lo siento, *je suis désolé*. Lamento profundamente lo que les ocurrió a tus padres.

—Monsieur Maspero, sir Evelyn, permítanme presentarles a mi sobrina, la señorita Inez Olivera. Ha venido para hacerme una visita —me quedé helada, tensa, pero no le contradije—, para disfrutar de estos paisajes. Querida, confío en que ya hayas conocido al señor Hayes.

Como mi tío lo había mandado personalmente a que se asegurase de que regresaba a Argentina, ya sabía que sí. Pero le seguí el juego.

—Sí, *gracias*.

Sir Evelyn inclinó levemente la cabeza como saludo y nos quedamos allí de pie mientras los camareros se apresuraban a traer un cubierto más. Y nos sentamos a la mesa cuando todo estuvo dispuesto para cinco comensales. Mi tío y yo nos sentamos muy cerca el uno del otro a un lado de la mesa, rozándonos con los codos, mientras que el señor Hayes se sentó en la cabecera, justo a mi otro lado. Estaba rodeada por las dos personas que querían mandarme de una patada de vuelta a casa.

El señor Hayes observó el reducido espacio que había entre mi tío y yo.

—Puedo cambiarte el sitio si quieres.

Mi tío Ricardo se volvió a mirarme.

—Yo estoy cómodo, ¿y tú?

Había cierto desafío en su tono.

—*Perfectamente*.

El camarero nos trajo las cartas, que estaban impresas en un papel de color crema, grueso y lujoso. La conversación se interrumpió mientras examinábamos el menú, con solo monsieur Maspero rompiendo el silencio con sus murmullos apreciativos al leer las opciones. Eran platos de lo más extravagantes: lubina hervida, gallina glaseada en vino blanco y arroz con mantequilla, pato salvaje asado acompañado de ensalada de temporada, y café turco de postre, con tarta de chocolate y fruta fresca. Quería probar uno de cada, pero me contuve y pedí el pollo a la portuguesa. Los demás pidieron el pescado, lo que me hizo suponer que sabían algo que yo no. El camarero se marchó después de prometer que traería en un momento unas cuantas botellas de vino francés.

—La próxima vez, pida el pescado —dijo monsieur Maspero—. Lo pescan en el Nilo todos los días.

—Suena delicioso. Lamento si les he interrumpido —comenté—. He llegado justo a tiempo para oír cómo mi tío le insultaba, sir Evelyn.

El señor Hayes soltó una carcajada ahogada. La mirada de monsieur Maspero pasó de mi tío a sir Evelyn. Mi tío Ricardo se cruzó

de brazos, volviéndose a mirarme, con la diversión acechando tras sus ojos avellana. Tan solo podía imaginarme lo que estaría pensando en ese momento, mientras trataba de descifrarme. Pero la verdad era muy sencilla. Odiaba mantener conversaciones insustanciales y estaba claro que mi tío tendría algún motivo para cenar con gente que no parecía caerle del todo bien. No iba a permitir que mi presencia lo distrajese de lo que tenía que hacer.

Eso no me vendría nada bien con mi objetivo.

Antes de que nadie pudiese responder, el camarero llegó con las botellas de vino y lo sirvió en unas copas de tallo largo preciosas. El señor Hayes le dio un buen sorbo a su copa. Por lo visto, no solo le gustaba el whisky. Sir Evelyn se quedó rígido en su asiento, gélidamente silencioso.

—Tiene razón, mademoiselle —repuso monsieur Maspero—. Su tío estaba buscando ofendernos, y al parecer lo ha conseguido. ¿En qué beneficia esto a su causa? No tengo ni la menor idea. Pero quizá solo sea un inteligente engaño para lograr lo que quiere.

—¿Y qué causa es esa, si se puede saber? —pregunté.

—¿Va a responder usted, señor Marqués? —le preguntó sir Evelyn, en un tono glacial—. Se ha pasado toda la velada sin parar de hablar del tema, al fin y al cabo.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada, sin apenas moverse ni para respirar. Yo seguí el ejemplo del señor Hayes y guardé silencio, mientras él jugueteaba con la punta del cuchillo que tenía junto a su plato. Al cabo de unos segundos, mi tío se volvió hacia mí.

—Egipto ha sido invadido por personas que pasan la mayor parte de su vida encerradas en elegantes hoteles, visitando todo tipo de lugares, pero sin molestarse en aprender un idioma nuevo. Han estado observándolo todo, pero que en realidad no han visto nada. Arruinan nuestro planeta al pisotearlo y faltan el respeto a los egipcios al llevarse objetos históricos de un valor incalculable y al vandalizar sus monumentos. Estos dos hombres de aquí tienen los medios que hacen falta para evitar que eso suceda.

—Bueno, tal y como le acabo de decir hace un momento —repuso sir Evelyn—, solo somos dos hombres. ¿Cómo podríamos evitar que destrozasen los yacimientos arqueológicos? ¿Cómo podríamos evitar que robasen artefactos de sus tumbas? Es imposible.

Mi tío Ricardo se recolocó sus gafas con montura de alambre.

—Ciertamente les están dando un buen ejemplo al permitir que se realicen duplicados de esos objetos fuera del país. No están registrando ni estudiando o poniendo a disposición de los ciudadanos de este país apenas nada de lo que encuentran. Miles y miles de objetos que pertenecen a la historia de Egipto desaparecen día tras día en sus narices…

—Ahora, seamos justos —protestó monsieur Maspero—. Yo mismo he recopilado algunas de las piezas del Museo Egipcio...

—Créame, lo sé todo sobre su *sala de ventas* —espetó mi tío—. Me sorprende que las momias que han desenvuelto a lo largo de los años no tengan todas puesta una etiqueta con su precio.

A pesar del tono suave de mi tío Ricardo, de sus sonrisas amables, percibí la profunda aversión que sentía hacia esos dos hombres. Lo noté por la forma en la que agarraba sus cubiertos, en la que las comisuras de sus ojos se tensaban siempre que monsieur Maspero o sir Evelyn hablaban.

Monsieur Maspero se sonrojó con violencia y le tembló el bigote.

—¡Te has pasado, Ricardo!

Lentamente, me incliné hacia el señor Hayes. Su aroma me recordaba a la bruma de la mañana que envolvía los terrenos de nuestra finca: amaderado, con un ligero toque a sal y almizcle. Cuando estuve lo bastante cerca, carraspeé suavemente. Él inclinó la barbilla con levedad, dándome a entender que me había visto pero sin dejar de prestar atención a los hombres, que seguían discutiendo.

—¿Sí? —preguntó en un susurro.

—¿«Sala de ventas»?

Mantuvo su expresión completamente neutra, salvo por la forma en la que tensó la mandíbula.

—Maspero deja que los turistas compren artefactos arqueológicos en su museo. Estatuillas, figuras, joyería, cerámicas y objetos de todo tipo.

Parpadeé, incrédula.

—¿Está vendiendo artefactos arqueológicos?

—Correcto.

—¿A *turistas*?

—Correcto otra vez.

No pude evitar elevar la voz.

—¿Y *a dónde* se supone que va el dinero que saca con eso exactamente?

Los hombres dejaron de discutir de golpe. Los tres se removieron en sus asientos y se volvieron a mirarme. La expresión de mi tío rezumaba una reacia admiración.

—De vuelta al gobierno, por supuesto —repuso sir Evelyn, apretando los labios y apenas moviéndolos al hablar. Cuando me había sentado a la mesa me había observado con curiosidad, pero ahora me fulminaba con la mirada con evidente aversión. Qué rápido había caído en desgracia.

Me erguí en mi asiento, alejándome del señor Hayes con toda la dignidad que pude.

—Y ese dinero termina al final en las arcas inglesas. ¿No funciona

así, sir Evelyn? —preguntó mi tío Ricardo, con un brillo de complicidad en su mirada—. Creo que es evidente que se ha vuelto un hombre muy rico.

Sir Evelyn se quedó blanco como la cera.

Mi tío se carcajeó, pero su risa me sonó rara. Como si aquello no le pareciese gracioso, sino algo muy distinto. Estaba tenso como la cuerda de un arco.

—Dicen que solo son ustedes dos, pero sé que en esa sala varios compradores extranjeros venden innumerables objetos de valor. Aunque no hay nadie peor que el señor Sterling —espetó mi tío Ricardo—. Ese hombre es un canalla deplorable.

Solté un grito ahogado y traté de disimularlo tosiendo con fuerza. Nadie se dio cuenta. Nadie, salvo el señor Hayes.

—¿Se encuentra bien, señorita Olivera? —El señor Hayes se echó hacia delante en su asiento, estudiando mi rostro atentamente—. ¿Ha reconocido el nombre?

Mi tío me tendió un vaso de agua y yo le di un buen sorbo, ganando algo de tiempo para poder pensar con cuidado mi respuesta. ¿Debería admitir que había conocido al vil señor Sterling? Si lo hacía, tendría que confesar lo que había hecho papá. Me había mandado un anillo egipcio, lo había sacado del país ilegalmente y nunca me había explicado el porqué. Mi tío Ricardo no lo aprobaría, ni tampoco Abdullah. Y eso dejando a un lado lo que yo creía que había hecho mi padre. Había perdido la cabeza por completo.

Dejé el vaso sobre la mesa.

—No parece alguien a quien me gustaría conocer.

—Y no deberías conocerlo nunca —repuso mi tío Ricardo—. Ese hombre debería estar en la cárcel.

—Bueno, bueno. Es un amigo mío… —le interrumpió sir Evelyn.

Mi tío soltó un bufido.

—Porque le consigue una cantidad de dinero obscena…

—Que sigue lo que dicta la ley al pie de la letra… —terminó sir Evelyn.

—Unas leyes que ha redactado usted mismo como cónsul general de Egipto —replicó mi tío Ricardo, cerrando la mano en un puño alrededor de la servilleta—. Para supervisar personalmente la economía del país. Es usted quien ha despojado a Egipto de todo el progreso que había logrado Ismail Pachá. Es usted quien ha cerrado las escuelas, quien les ha vetado a los egipcios la oportunidad de acceder a una educación superior y cualquier posibilidad de obtener una educación a las mujeres.

—Me he fijado en que se ha olvidado de mencionar que Ismail Pachá hundió a Egipto en la deuda —repuso sir Evelyn, severo—. Es por su culpa que Europa ha tenido que intervenir en los asuntos de

este país. Egipto tiene que pagar lo que nos debe.

Mi tío se frotó las sienes, su cansancio era evidente en cada arruga que le surcaba la frente.

—No empiece con eso otra vez. Está tergiversando deliberadamente mis palabras.

—Ah, *bien*. ¿Y qué quiere decir exactamente? —preguntó monsieur Maspero.

—Caballeros —empezó a decir mi tío Ricardo después de respirar profundamente—. Lo único que les pido es que pongan a mi cuñado, Abdullah, a cargo del Departamento de Antigüedades. Se merece tener un asiento en la mesa.

—Pero ese es *mi* trabajo —espetó monsieur Maspero.

—No está cualificado para el puesto, señor Marqués —repuso sir Evelyn con frialdad—. ¿Cuándo fue la última vez que su equipo hizo algún hallazgo? Todos los años, Abdullah y usted acuden a nosotros con las manos vacías. Habrá de perdonarme si no estoy muy... receptivo a sus sugerencias.

—Si no hubiésemos establecido una forma legal de excavar y sacar objetos arqueológicos de Egipto, volverían a proliferar las subastas ilegales —reflexionó monsieur Maspero—. Debe admitir que, durante mi mandato, se ha producido una notable disminución en el número de objetos que salen ilegalmente del país. Creo que todos tenemos que aprender a ser un poco más permisivos.

—Pregúntele a mi cuñado cómo se siente al respecto y entonces quizás esté dispuesto a escucharlo —repuso mi tío Ricardo—. Sabe tan bien como yo que es imposible enumerar con seguridad cuántos objetos salen de las fronteras de Egipto, ya que muchos son robados. Y *usted mismo* ha concedido permisos al Fondo de Exploración de Egipto para que así fuera.

—Tienen que *pedir permiso* antes de sacar algo del país —repuso monsieur Maspero, claramente indignado—. Todo queda bajo la supervisión del Departamento de Antigüedades.

Lo que suscitaba una única pregunta: ¿había algún egipcio trabajando para el Departamento de Antigüedades? Me volví a mirar a mi tío, que apretaba los dientes con fuerza. Era como una tetera en ebullición, a punto de ponerse a silbar. Abdullah debería haber estado aquí sentado, defendiendo su postura. Pero comprendí lo que mi tío había querido decir antes, lo frustrado que estaba porque a Abdullah no se le permitiese siquiera sentarse a esta mesa.

—¿Es que se ha olvidado de a qué se dedica, señor Marqués? —le preguntó sir Evelyn—. Es un saqueador de tumbas, como todos esos otros hombres, y además uno terrible. Sangrando dinero mes a mes. He oído hablar de cómo Abdullah y usted gestionan sus excavaciones, pagando unos sueldos desorbitados a sus trabajadores...

Mi tío Ricardo soltó una risa burlona.

—¿Quiere decir que les pago un salario digno? *Nadie* trabaja gratis para mí …

—Es usted un idiota disfrazado de arqueólogo —espetó sir Evelyn, alzando la voz para hacerse oír por encima de mi tío.

Monsieur Maspero soltó un gruñido de protesta. El señor Hayes entrecerró los ojos, observando la escena con una mirada que no auguraba nada bueno. Rozó con los nudillos el mango del cuchillo que había junto a su plato. Yo me removí en mi asiento, con el corazón latiéndome a toda velocidad. Me quedé mirando fijamente a mi tío, su mandíbula tensa, sus manos apretadas. A pesar de lo frustrada que me había sentido antes, a pesar de que no me quisiese en Egipto, solo pude admirarlo un poco más por esto. Estaba de acuerdo con lo que había dicho, e incluso con lo que se había callado.

Todo el mundo se merecía recibir un salario digno. Nadie debería ser tratado como si su trabajo no importase, como si sus elecciones o sus sueños no valiesen la pena.

—No eres un idiota —le susurré.

Mi tío Ricardo se volvió a mirarme, algo sorprendido, como si se hubiese olvidado de que estaba sentada a su lado, con nuestros codos prácticamente pegados.

—Un *idiota* —repitió sir Evelyn, aunque esta vez fue a mí a quien le escupió esas palabras.

Lo fulminé con la mirada y mis dedos buscaron el vaso por instinto. Tenía ganas de lanzárselo a la cara.

—Whitford —advirtió mi tío Ricardo con urgencia.

El señor Hayes soltó el cuchillo y, en su lugar, tomó la copa y se bebió el vino de un trago. Se recostó en su asiento, cruzando las manos tranquilamente sobre su vientre plano, y una expresión serena se apoderó de su rostro, como si no hubiese estado valorando la posibilidad de asesinar a alguien hace menos de un segundo.

Alguien se acercó a nuestra mesa, un anciano egipcio, con porte regio y mirada perspicaz. Mi tío siguió mi mirada y echó un vistazo a su espalda para después levantarse de un salto para saludar al hombre. El señor Hayes siguió su ejemplo un segundo después, pero sir Evelyn y monsieur Maspero permanecieron sentados. No conocía las normas de etiqueta adecuadas, por lo que yo también permanecí sentada.

—Juez Youssef Pachá —lo presentó mi tío Ricardo, con una sonrisa de oreja a oreja. Después bajó un poco la voz y le dijo algo al juez que solo él pudo oír. Intercambiaron unas cuantas palabras más y seguidamente mi tío y el señor Hayes regresaron a sus asientos. El ambiente de la mesa se agrió aún más. El rostro de sir Evelyn estaba rojo como un tomate maduro.

—Ese hombre es un nacionalista —espetó sir Evelyn con

desagrado.

—Soy consciente —respondió alegremente mi tío Ricardo—. Es un fiel lector del periódico que dirige Mustafá Pachá.

—¿Esa es la clase de gente con la que se junta? —preguntó sir Evelyn—. Yo que usted me andaría con cuidado, Ricardo. No querrá encontrarse en el bando equivocado.

—¿Está hablando de guerra, sir Evelyn? —espetó el señor Hayes.

Parpadeé, asombrada. Hasta este momento parecía haber estado de acuerdo con que fuese mi tío quien llevase la voz cantante. Pero ahora su postura tensa irradiaba furia.

Mi tío estiró el brazo, pasándolo por encima de mí, para ponerle la mano en el brazo al señor Hayes.

—Estoy seguro de que sir Evelyn preferiría que todos nos comportásemos como Tewfik Pachá.

Tewfik Pachá, el hijo de Ismail Pachá. No sabía demasiado acerca del actual *khedive*, salvo que apoyaba las atroces políticas de sir Evelyn, desmantelando cualquier progreso que hubiese logrado su padre. Recordaba haber escuchado a papá lamentarse de la mansa sumisión de aquel hombre ante los políticos británicos.

Sir Evelyn tiró su servilleta de lino sobre la mesa y se levantó.

—Ya me he hartado de esta conversación. Y si yo fuera usted, señor Marqués, tendría mucho cuidado con sus ideales. Podría quedarse sin permiso para excavar en ningún lugar de Egipto, ¿no es así, monsieur Maspero?

—Bueno, yo… —titubeó monsieur Maspero.

A sir Evelyn se le abrieron las fosas nasales y se marchó con la espalda erguida y tensa. Sin mirar atrás al salir del comedor.

—Todavía queda mucho trabajo por hacer —dijo monsieur Maspero en voz baja—. Y creo que no todo es negativo. —El francés suspiró y se levantó, antes de irse tras sir Evelyn.

A juzgar por cómo había ido la conversación, esta velada podría tener terribles consecuencias. Al principio no me acordaba, pero ahora recordaba que era monsieur Maspero quien otorgaba las licencias de excavación en Egipto. Y que se las concedía a quien él quería.

Puede que mi tío no obtuviese otra licencia nunca más.

—Pues ha ido muy bien —repuso el señor Hayes con indiferencia.

—¿Te importaría…? —empezó a decir mi tío.

—Por supuesto —murmuró el señor Hayes. Se deslizó rápidamente entre las innumerables mesas y sillas que llenaban el comedor, entre los cotilleos susurrados, y miró de mala manera al resto de huéspedes del hotel antes de desaparecer por el arco de la entrada.

—¿A dónde va el señor Hayes? —pregunté.

Mi tío Ricardo se cruzó de brazos sobre su musculoso pecho y me

observó. En un abrir y cerrar de ojos se desvaneció cualquier rastro de amabilidad. Nos miramos con recelo. Independientemente de lo que había supuesto de mí, no pensaba irme solo porque él me lo dijese.

—¿Estás enfadado? —le pregunté en español.

—Bueno, habría preferido que no me desobedecieras —espetó—. Solo de pensar en el modo en el que has viajado hasta aquí, hasta un *continente distinto*… ¿Qué crees que diría tu madre sobre eso, Inez?

—Estoy aquí por ellos.

Algo cambió en su expresión, como si las comisuras de sus labios se hubiesen alzado levemente. Como si estuviese incómodo.

—Ellos tampoco habrían querido que estuvieses aquí.

Sus palabras se me clavaron en el pecho como un puñal. Toda la cháchara que nos rodeaba parecía haber desaparecido. Me costó encontrar las palabras para responderle, porque se me había formado un nudo en la garganta.

Y entonces su expresión se tornó despiadada.

—En todos estos años que han estado viniendo a Egipto, ¿alguna vez te invitaron a acompañarlos?

Solo pude quedarme mirándolo fijamente. Ya sabía la respuesta.

—No, no lo hicieron —continuó—. En su testamento establecieron que te dejaban bajo mi tutela y, como tu tutor, estás bajo mi cuidado, y pretendo seguir con lo que ellos habrían deseado que hiciera.

—Lo que me escribiste en tu carta no me bastaba.

Enarcó sus oscuras cejas.

—¿Perdón?

—Creo que he hablado bastante claro. ¿Qué les ocurrió? ¿Por qué estaban viajando solos por el desierto? ¿Por qué no los acompañaba ningún guardia ni ninguna ayuda? ¿Un guía?

—Fue una tragedia horrible —repuso, con los labios apretados—. Pero no se podía hacer nada. El desierto se traga a la gente y después de unos días sin agua o sombra o algún medio de transporte fiable, es imposible sobrevivir.

Me eché hacia delante en mi asiento.

—¿Cómo sabes que no tenían nada de eso?

—Es sencillo, Inez —respondió en un susurro—. Si lo hubiesen tenido seguirían vivos.

Dos camareros se acercaron a la mesa, con platos humeantes en las manos. Los distribuyeron, recordando correctamente quién había pedido qué, y nos dejaron solos para que pudiésemos disfrutar de la comida.

—¿Deberíamos esperar al señor Hayes?

Mi tío Ricardo negó con la cabeza.

—Cómete la cena antes de que se enfríe.

Di varios bocados y, aunque la comida estaba deliciosa, apenas la disfruté. El comportamiento de mi tío me dolía. Durante el viaje en barco que me llevó de Argentina a África había soñado con un rencuentro en el que él me recibiría con los brazos abiertos. Era mi *familia*, al fin y al cabo. Juntos, podríamos descubrir lo que les había pasado a mis padres y después él me acogería bajo su protección para enseñarme todo lo que sabía, como había hecho con mis padres. Su rechazo me había dolido. Ni siquiera quería hablar conmigo, no me quería aquí. Le di un sorbo a mi vino, pensando en cientos de cosas a la vez. ¿Cómo podría convencerlo de que respondiese a las preguntas que tenía sobre mis padres?

Pensé en el anillo de oro que me había enviado papá, en la forma en la que lo había observado el señor Sterling, como si fuese un diamante en bruto. Y entonces se me ocurrió una idea, tan brillante como encender una cerilla en medio de la oscuridad.

—Mamá me comentó una vez que tenías un barco.

Mi tío asintió levemente con la cabeza.

—Lo compré hace poco.

—¿Y en honor a qué faraón lo has bautizado?

—Elegí llamarlo *Elefantina* —respondió—. Por una isla que hay cerca de Asuán.

—¡Qué curioso! —comenté, dándole otro sorbo a mi copa. El vino sabía fuerte—. Creía que lo habrías llamado algo como... Cleopatra.

Mi tío Ricardo esbozó una pequeña sonrisa.

—Tengo algo más de imaginación que eso —dijo.

—Un personaje de la historia egipcia de lo más fascinante, ¿no crees?

Él se detuvo, con el tenedor a medio camino de sus labios.

—¿Qué sabes de ella?

Medí mis siguientes palabras con cuidado. Mi idea era algo endeble; un desliz equivocado y seguiría queriendo echarme a patadas del país. Pero si lograba sorprenderlo, demostrarle que conocía la obra de su vida y aludir de algún modo a la idea de que mis padres me habían contado mucho más de lo que creía, tal vez me dejara quedarme.

Le lancé el guante.

—Se enamoró de dos hombres poderosos y les dio hijos. Era una brillante estratega y sabía cómo dirigir un ejército, y hablaba egipcio antiguo cuando ninguno de sus antepasados se había molestado en aprenderlo. —Me eché hacia delante y susurré—: Pero eso no es todo, ¿verdad, tío Ricardo?

—¿De qué estás hablando, querida?

Me acerqué un poco más a él, ladeando la cabeza. Él imitó mi postura, con una mirada divertida. Lentamente, me llevé la mano a los

labios para ocultar mis siguientes palabras de miradas indiscretas y le susurré al oído.

—Estás buscando la tumba de Cleopatra.

Whit

Seguí a esos dos hasta el vestíbulo, con cuidado de mantenerme lo bastante lejos de ellos para que no me viesen, pero lo suficientemente cerca como para no perderlos de vista. Aunque no es que ninguno de los dos hubiese esperado que alguien los siguiera. Se adentraron en la oscuridad de la noche y fueron hasta la terraza abierta del Shepheard, que tenía vistas a la bulliciosa calle de El Cairo. Las berlinas de cuatro ruedas llevaban a los turistas en su interior, recorriendo la noche, mientras que los burros con sus crines teñidas con alheña les abrían camino. Me quedé escondido entre las sombras, junto a la maceta de una palmera, lo bastante cerca como para poder oír su conversación. Ninguno de los dos se percató de mi presencia.

Sir Evelyn chasqueó los dedos y uno de los empleados del hotel se apresuró a acercarse a él. Pidió que le llamasen a un carruaje y el joven salió corriendo a cumplir sus órdenes.

—A cada año que pasa es más intolerable —murmuró sir Evelyn—. No sé cómo puede soportar su arrogancia.

—El señor Marqués suele ser encantador, y no se puede negar que su experiencia, o la de su socio...

—Que es un egipcio inculto.

Monsieur Maspero soltó un suspiro de protesta.

—Creo que ha estudiado en el extranjero...

—No —lo interrumpió sir Evelyn—, no donde importa.

—Querrá decir que no ha estudiado en Inglaterra —repuso monsieur Maspero, con un tono ligeramente desaprobatorio.

El inglés ni siquiera le hizo caso.

—Debería seguir mi consejo y prohibirles trabajar en Egipto. Son imprevisibles y no se los puede controlar. Si hay otra revuelta urabi, tenga por seguro que Ricardo y Abdullah los apoyarán. Ellos y el hipócrita señor Hayes.

Apreté los puños y me concentré en respirar profundamente, aunque me había empezado a hervir la sangre. Los nacionalistas egipcios habían liderado la revuelta, pero habían terminado perdiendo contra Gran Bretaña hace dos años. Y ahora el país estaba bajo el yugo de Inglaterra.

—No puedo prohibirles nada sin un motivo tangible.

—¡Tiene cientos! —espetó sir Evelyn—. Su negativa a cumplir con nuestros métodos, el no haber informado de ninguno de sus hallazgos, sus vagas e insatisfactorias explicaciones sobre los planes de excavación de Abdullah. Es una bala perdida que no sigue nuestras

normas.

—No estoy tan seguro de que sus métodos sean tan inapropiados.

Sir Evelyn se volvió como un resorte hacia su compañero, observándolo con incredulidad. Parecía estar librando una batalla consigo mismo para no ponerse a gritar, abriendo y cerrando la boca sin parar.

—Si necesita pruebas, puedo conseguírselas.

Monsieur Maspero se removió con inquietud sobre sus pies, y le dio vueltas con nerviosismo a su bigote.

—¡Mire! Creo que ya ha llegado nuestro carruaje.

Pero sir Evelyn alargó la mano y lo agarró con fuerza del brazo, con el rostro violáceo por la ira contenida. Era como la acetona acercándose a una llama, listo para explotar. Y lo siguiente que dijo lo hizo a gritos.

—¿Es que no me ha oído?

—Lo he oído —repuso monsieur Maspero en un susurro. Y después dijo algo más que no pude oír por el ruido que hizo otro grupo al salir a la terraza.

—Tengo al hombre adecuado para ese encargo, y ya cuento con unos cuantos agentes en Asuán para que le echen una mano. Él se encargará de recopilar todo lo que necesite —dijo sir Evelyn.

Aquello me puso los pelos de punta. Asuán estaba demasiado cerca de Filé para mi gusto. Salí de mi escondite de entre las sombras, intentando ver mejor la cara del francés. Pero fuera lo que fuere que respondiese, no lo pude escuchar. Avanzaron y bajaron las escaleras de la terraza y, finalmente, se subieron a un carruaje. Sir Evelyn se volvió hacia mí a medio camino, como si por fin se hubiese dado cuenta de que alguien podría estar escuchándolos. Daba igual, tampoco podría verme. Y, además, ya había oído suficiente.

Sir Evelyn tenía a sus órdenes a un espía dispuesto a cualquier cosa.



6

Mi tío Ricardo se dejó caer lentamente contra el respaldo mullido de su asiento, sosteniéndome la mirada. Me ponía los pelos de punta tener toda su atención, haberlo tomado por sorpresa. Mis padres se pasaron cada segundo de sus vidas con él, y yo los había escuchado atentamente cada vez que me hablaban de él. Sobre su carácter indomable, su inquebrantable ética de trabajo y su amor por Egipto. Cada una de sus historias destilaba competencia.

En mi cabeza se había convertido en una leyenda, en una que me enfadaba.

Era quien había atraído a papá y a mamá al otro lado del océano como el canto de una sirena, persistente y peligroso. Pero tras haberlo conocido en persona ya como una adulta, por fin había comprendido por qué mis padres financiaban sus proyectos y lo ayudaban en cada una de sus excavaciones.

Mi tío inspiraba lealtad.

—Crees que estoy buscando a Cleopatra. —Mi tío Ricardo me observó atentamente, en busca de cualquier signo de debilidad. Probablemente pensaba que le había mentido—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Vamos a hablar en serio —dije—. Tú me haces una pregunta y yo te respondo, y viceversa. Creo que es lo más justo. ¿No te parece?

—Soy tu tutor legal —me recordó con amabilidad—. No te debo absolutamente nada, salvo velar por tu bienestar.

La ira me nubló la vista.

—Ahí es donde te equivocas. Me debes mucho más que eso, y lo sabes. Está...

—Oh, gracias a Dios —dijo el señor Hayes al acercarse a la mesa, interrumpiéndome. Lo fulminé con la mirada pero él no se dio ni cuenta—. Me muero de hambre —suspiró, dejándose caer en su asiento, relajado, y se volvió a mirar a mi tío—. Tenías razón.

Mi tío ni siquiera parpadeó al escucharlo.

—¿De veras? Qué interesante.

—Bueno, eso será *para ti* —repuso el señor Hayes—. Para mí significa que tengo más trabajo del que pensaba. —Entonces me señaló—. ¿Qué hace ella aún aquí?

Me crispé ante su comentario.

—*Ella* está aquí sentada y puede hablar por sí misma.

—No podía mandarla de vuelta sin darle de cenar antes —comentó mi tío Ricardo, mesándose la barba canosa—. Inez cree que

estoy buscando la tumba de la última faraona de Egipto.

El señor Hayes se giró como un resorte en mi dirección. Uno de sus mechones cobrizos cayó sobre su ceja.

—¿Ah, sí?

—Dejad de fingir, los dos —dije—. Lo odio, incluso más de lo que odio que me mientan. Tengo información que necesitas, tío. Y estaré encantada de compartirla contigo, pero solo si respondes a algunas de mis preguntas.

La mirada del señor Hayes se volvió de nuevo hacia mi tío.

—Muy bien —repuso mi tío Ricardo.

Por fin seguíamos avanzando.

Saqué una pluma que llevaba en el bolso. Siempre llevaba una encima. Quizá me hubiesen robado el anillo de oro, pero me había pasado meses estudiándolo. Me sabía de memoria cada línea, cada jeroglífico. Podía dibujarlo en cuestión de segundos; el león tumbado, el halcón y la pluma, el cayado, y después el anillo *shen* que rodeaba todos los símbolos, que ofrecía protección eterna a la persona cuyo nombre había escrito en su interior. Podía dibujarlo perfectamente en mi servilleta, así que la tomé de mi regazo donde me la había colocado antes y la dejé sobre la mesa. Tracé rápidamente los símbolos que habían grabado en la superficie de la joya hacía miles de años. Y dejé el dibujo frente a mi tío.

Los dos observaron el cartucho y, como si fuesen una única persona, alzaron después lentamente la vista para mirarme con curiosidad. Mi tío Ricardo estaba asombrado, enarcaba tanto las cejas que casi le llegaban a la raíz del pelo, mientras que el señor Hayes me observó con una expresión que me puso los pelos de punta, antes de soltar una carcajada grave. Sus ojos azules se arrugaron en las comisuras al reírse.



—Joder. —El señor Hayes le dio un trago a su petaca. A mi tío le dio un tic en el ojo.

Empujé el cesto de pan hacia el señor Hayes.

—No bebas con el estómago vacío, come algo de pan.

El señor Hayes ensanchó su sonrisa, apretando los labios con fuerza. Estaba intentando no reírse de mí. Yo aparté la mirada, volviéndome de nuevo hacia mi tío.

—¿Y dónde has visto este anillo exactamente? —me preguntó, maravillado.

—¿Vas a responder a mis preguntas? —le pregunté como respuesta.

Mi tío Ricardo se inclinó hacia mí y me agarró del brazo con fuerza. Su pulgar se me clavó en la piel y, aunque no me hacía daño, sí que me inquietó. Su rostro tenía un brillo febril. Tiró de mi brazo, acercándome a él.

—*¿Dónde?*

Al señor Hayes se le pasó la borrachera de inmediato, y bajó la mirada hacia la mano de mi tío Ricardo. Mi corazonada había sido correcta. El anillo era importante, incluso quizá le había pertenecido a

la mismísima Cleopatra. Y, en vez de dárselo al tío Ricardo, papá me lo había enviado a mí.

Sin que ninguno de los dos lo supiera.

El señor Hayes le dio una patada a la silla de mi tío y él pestañeó, sacudiendo la cabeza, sorprendido, como si estuviese despertándose de un trance. Aflojó su agarre. Yo quería soltarme, pero no me moví, preguntándome qué debería hacer ahora. No quería deshonrar a papá, pero ¿cómo podía esperar que mi tío fuese sincero si yo no lo era?

—¿Tu padre te enseñó un dibujo de este anillo cuando estuvo en Argentina? —preguntó el señor Hayes, rompiendo el silencio, con la mirada clavada aún en la mano de mi tío.

Alcé la barbilla y tomé una decisión.

—Hace unos cuantos meses, papá me mandó un paquete. Dentro solo había un objeto. —Golpeé con el dedo la servilleta de tela—. Este anillo de oro.

Ninguno de los dos mudó su expresión, esperando a que añadiese algo más.

—No creo en las coincidencias. —Respiré hondo y seguí relatando mi historia—. Mi tía mencionó algo sobre Cleopatra, cuando aún creía que mis padres seguían vivos. Me dio a entender que la estabas buscando, tío. Al llegar a Egipto me enteré de que este anillo tenía algo que ver con la mismísima reina del Nilo. —Enarqué las cejas, expectante—. ¿Y bien?

—¿Dónde está el anillo? —preguntó mi tío Ricardo. Me soltó y se dejó caer de nuevo sobre el respaldo de su asiento.

No pensaba responderle, no hasta que me diese más información.

—¿Has encontrado la tumba de Cleopatra?

Mi tío puso los ojos en blanco.

—Pues claro que no. Hay artefactos desparramados por todos los yacimientos. Los saqueadores de tumbas le han hecho un flaco favor al resto del mundo al esparcir sus *tesoros* —escupió esa última palabra—, por diversos mercados. Yo, *personalmente*, he encontrado objetos que pertenecían a una infinidad de familias nobles fuera de sus lugares de descanso final. —Y entonces mi tío fue elevando la voz hasta casi ponerse a gritar—. Tu padre nunca debería haberlo sacado de Egipto, y mucho menos confiar en el servicio postal para hacerlo. ¿Qué habría pasado si ese paquete se hubiese perdido en el mar?

Era una buena pregunta, y lo que había hecho papá no encajaba para nada con lo que sabía de él, tanto que me resultaba desconcertante. Solo podía deducir que debía de haber tenido un muy buen motivo para hacerlo.

—Pero no se perdió —respondí rápidamente—. ¿Dónde crees que encontró el anillo?

—Podría haberlo encontrado en cualquier parte. En otra tumba,

escondido bajo alguna vasija. Podría haberlo incluso comprado en el maldito Jan el-Jalili, no lo sé —repuso, vagamente—. Dios sabe que el bazar está lleno de toda clase de artefactos robados.

Podía sentir el latir de mi corazón en la garganta. Si lo había comprado en el bazar, alguien lo sabría. Alguien podría haber visto a papá, quizás incluso se acordase de él.

—Pero basta ya de preguntas —siguió diciendo mi tío Ricardo—. Cayo debería habérmelo dado a mí en cuanto lo encontró, así que, si no te importa, me gustaría que me lo entregases. Podría ser una pista.

—¿Una pista? —repetí, sentándome un poco más erguida en mi asiento—. ¿De qué?

—Tú no formas parte del equipo, querida —me recordó mi tío Ricardo.

—Podría si me dejases —argumenté—. He estudiado todos los libros que mis padres me dieron. Sé bastante sobre la historia de Egipto y también conozco unos cuantos jeroglíficos. El calor no me importa, ni tampoco la arena o ensuciarme. He viajado hasta aquí yo sola...

—Aunque estoy increíblemente orgulloso de lo que has logrado —empezó a decir mi tío—, mi respuesta sigue siendo la misma. Necesito que confíes en mí, Inez.

—Pero...

—Ya me estoy cansando de todo esto —me interrumpió—. Dame el anillo.

Intenté no demostrar lo frustrada que me sentía en realidad. Si dejaba salir a relucir cualquier emoción lo más probable era que me dijese que estaba histérica o algo igual de ridículo.

—Bueno, yo también me estoy cansando, tío. Tengo muchas preguntas. ¿Por qué estaban mis padres en el desierto? ¿Dónde estabas *tú* cuando más te necesitaban? ¿Por qué me mandó mi padre el anillo? Y quiero saber por qué es una pista para encontrar la tumba. Y seguiré haciendo esas mismas preguntas hasta que tenga todas las respuestas que necesito.

Mi tío Ricardo se frotó los ojos.

—Ahora no es el momento.

—¿Conoces las leyendas sobre la magia?

Mi tío abrió los ojos de par en par.

—*Whitford.*

—Desde luego —respondí rápidamente—. Mi padre me las contó.

—La magia lleva siglos desapareciendo poco a poco, por todas partes —dijo el señor Hayes—. Y aquí, en Egipto, los restos de energía mágica se manifiestan generando curiosos patrones climáticos, hambrunas, tormentas de arena, etcétera, pero también hemos descubierto que algunos objetos, como los fragmentos de una vasija o

una sandalia suelta, también presentan ciertas características de la magia del mundo antiguo. Lo más interesante de todo esto es que nos dimos cuenta de que la magia que poseían los objetos que se habían encontrado en una misma localización se *sentía* igual.

—Creo que te sigo —dije—. Quieres decir que crees que el anillo de Cleopatra poseía magia antigua, y estoy de acuerdo. Desde el primer momento que me lo puse sentí un extraño cosquilleo, o una especie de pulso. Podía *saborearla*. —El señor Hayes enarcó las cejas levemente. Esperé a que dijese algo pero, como se mantuvo en silencio, pensativo, seguí hablando, aunque decidí guardarme para mí que también había visto algunos de sus recuerdos. En su momento me habían parecido como... las entradas de un diario. Una especie de ventana a su alma, algo demasiado privado como para mencionar en voz alta—. Pero sigo sin entender por qué es una pista para encontrar su tumba.

—La magia que se esconde dentro del anillo podría llevarnos a otros objetos con el mismo tipo de hechizo, con magia de aquella misma época. Los objetos con el mismo hechizo, el mismo tipo de magia, se atraen. Por eso es una pista —explicó el señor Hayes—. Y en cuanto a por qué te lo mandó tu padre, no lo sé.

—Ya tienes tus respuestas —repuso mi tío Ricardo—. Ahora quiero ese anillo.

—Ya somos dos. —Respiré hondo—. Porque me lo han robado.



Desde luego, el señor Hayes sí que sabía calmar a mi tío cuando estaba de mal humor. Mi tío Ricardo se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un puñado de monedas que arrojó sobre la mesa antes de levantarse echando humo. Su silla se volcó, llamando la atención de todos los huéspedes al salir hecho una furia del comedor, y nosotros nos apresuramos a seguirlo, intentando imitar sus rápidas y largas zancadas. Me quedé con la mirada clavada en su espalda, erguida y orgullosa, mientras él nos llevaba hasta la tercera planta del hotel.

El señor Hayes se metió las manos en los bolsillos y siguió a mi tío silbando. Cuando llegamos a la puerta de mi suite, mi tío Ricardo ya se había calmado un poco. Tal vez se debiese a la canción alegre que había silboteado el señor Hayes. Y entonces alargó la mano hacia mí.

Sin mediar palabra, rebusqué dentro de mi bolso la llave de latón y se la tendí.

Él fue el primero en entrar.

El señor Hayes se hizo a un lado y me hizo un gesto, señalando la puerta abierta.

—Después de usted, señorita.

Pasé frente a él y me detuve en el umbral al ver cómo mi tío removía los objetos que había en el escritorio. Estaba revolviendo los papeles, examinando los libros. Después se dio la vuelta y clavó la mirada en las puertas del balcón. Y entonces quedó quieto, como una estatua, como si estuviese recordando algo.

—Siempre tomaban el té juntos el día antes de marcharse hacia algún yacimiento —me explicó el señor Hayes en voz baja—. En el balcón.

Entonces me invadieron varias emociones a la vez. Una profunda tristeza por mi tío, que había perdido a su hermana y a su mejor amigo. Sus mayores apoyos y los únicos que creían en el sueño de su vida, que podría ser arqueólogo algún día. Amargura por no poder compartir ese dolor, porque esos recuerdos me excluían. Y rabia hacia mis padres, que decidieron vagar por el desierto para seguir alguna pista que los llevase hacia otro misterio egipcio más.

¿Cómo pudieron ser tan descuidados?

Conocían mejor que nadie los peligros del desierto. Llevaban viniendo a Egipto diecisiete años. No se tomaban el desierto a la ligera, ni las constantes tormentas de arena, ni el riesgo de deshidratación.

Mi tío Ricardo apartó la mirada y se volvió hacia mí, como si comprendiera lo que estaba sintiendo. Bajó la mirada hacia mis dedos vacíos. Frunció el ceño y empezó a pasearse por la habitación. El señor Hayes se dejó caer en uno de los sofás y yo me senté frente a él. Sacó su petaca y le dio un largo sorbo. Se quedó con la mirada perdida y la volvió a cerrar distraído, antes de volver a guardársela en el bolsillo.

—Creo que deberías ver el lado bueno de todo esto —dijo el señor Hayes con suavidad—. El anillo ya no está perdido.

—Whitford, usa la cabeza —espetó mi tío—. Ya sabes cómo es el señor Sterling.

—Lo sé —repuso el señor Hayes con frialdad—. Y puedo ir ahora mismo y…

Mi tío Ricardo negó con la cabeza.

—Ya no lo tendrá encima.

Le presté total atención al misterioso señor Hayes. Había estirado sus largas piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos, y había apoyado la cabeza sobre uno de los cojines mullidos. Estaba tumbado en aquel sofá como si, de un momento a otro, alguien fuese a venir a darle de comer con una cuchara de plata.

—Habrá escondido el anillo en alguna parte —siguió diciendo mi tío Ricardo, sacándome de mi ensimismamiento.

—Es probable —repuso el señor Hayes con pereza.

Los observé en silencio, en parte porque no tenía nada útil que añadir, y en parte porque, cada vez que abría la boca, el señor Hayes me lanzaba una mirada de advertencia. Pero entonces se me ocurrió una idea, y creí que al menos merecía la pena compartirla.

—Puedo presentar una denuncia formal ante la policía. Si podemos hacer que conste por escrito que me robó el anillo...

—El señor Sterling tiene muchos amigos entre la policía. Eso sin mencionar al incorregible sir Evelyn —repuso mi tío Ricardo con impaciencia—. Si te presentases en la comisaría para interponer una denuncia, te echarían a patadas.

—Y probablemente te seguirían en cuanto te marchases —añadió el señor Hayes.

—Y entonces, ¿qué podemos hacer? —pregunté.

—¿Podemos? *¿Podemos?* —preguntó mi tío Ricardo, horrorizado—. Aquí no hay ningún «nosotros», mi querida sobrina. Tú te vas de Egipto mañana mismo.

Se me heló la sangre.

—¿*Sigues* queriendo que me vaya?

Mi tío se volvió para mirarme, con las manos en la cintura.

—Viniste sin mi permiso. Soy tu tutor legal y gestiono todo tu patrimonio. No me importa lo que creas, esto lo hago solo por tu bien. Te compraré un billete de tren con destino a Alejandría en cuanto pueda. Lo más probable es que sea para mañana por la tarde, así que espero que para ese entonces ya hayas hecho las maletas y estés lista para irte. —Respiró hondo, los botones de su camisa almidonada se tensaron sobre su ancho pecho—. Teniendo en cuenta lo que has hecho en el pasado, lo mejor será que te quedes en esta habitación hasta entonces. Es bastante cómoda, y la comida aquí es excelente.

Me quedé sentada en completo silencio, me pitaban los oídos. ¿Es que pretendía *encerrarme* en esta suite?

—¿Inez? —me llamó mi tío.

—Te he oído. Pero me no puedo creer lo que estás diciendo. ¿Es que me vas a dejar aquí presa?

—No seas tan dramática —dijo, restándole importancia con un gesto de la mano—. No conoces la ciudad. No hablas el idioma. Y yo no tengo tiempo ni ganas de hacer de guía turístico. Pero me encargaré de que estés entretenida.

Todo iba demasiado rápido, y el pánico me invadió. Quería hablar a gritos, convencer a mi tío.

—Pero, tío...

Él se volvió hacia el señor Hayes.

—De hecho, tú te encargarás de vigilarla.

El rostro del señor Hayes se ensombreció.

—Por Dios.

—Si tan solo me escuchases… —empecé a decir, desesperada.

Mi tío alzó la mano.

—Creo que ya has hecho suficiente, Inez. ¿No crees? Gracias a ti, un artefacto de un valor incalculable está en manos de un hombre de la peor calaña. Es hora de irse a dormir. Tu doncella vendrá a despertarte por la mañana para ayudarte a vestirte y a hacer las maletas.

—No tengo doncella.

—Pues entonces te buscaré una.

El señor Hayes se levantó, pasó a mi lado sin volverse a mirarme y salió de la habitación sin decir nada. Nos quedamos mi tío y yo a solas.

—Entonces supongo que esto es un adiós. —Me acerqué a él—. Si tan solo me…

Mi tío se inclinó y me dio un beso en una mejilla, antes de repetir el gesto en la otra. Yo me quedé mirándolo, boquiabierta, mientras él se encaminaba hacia la puerta, recorriendo la distancia en tan solo unos segundos con sus largas zancadas.

—Tío…

—Buen viaje, querida sobrina —dijo sin volverse a mirarme, antes de cerrar la puerta con un chasquido. Me quedé mirando la puerta como una idiota, convencida de que volvería dentro de un segundo. El silencio que se hizo en la habitación podría haber sido tan fuerte como un cañonazo. Pasó un minuto.

Extendí las manos frente a mí, atónita y molesta.

—¿Qué *demonios* acaba de pasar?

Pero, por supuesto, allí no había nadie para responderme.

7

Los rayos rosados del amanecer atravesaron la gruesa tela de la mosquitera que cubría mi cama. Las últimas frases de la oración del Fajr se colaron en mi habitación como un susurro a través del balcón que me había dejado abierto. Estaba tumbada bajo una gruesa manta. Salir de debajo de la mosquitera resultó ser un reto para mi paciencia, y me costó los intentos liberarme. Cuando por fin logré escapar, me dirigí hacia mi equipaje. Rebusqué entre varios vestidos de día que me había traído hasta encontrar mi bata de algodón favorita. Me la puse y me encaminé hacia el balcón.

Unas imponentes palmeras verdes se alzaban ante mí, con sus hojas meciéndose al compás de la brisa. El jardín que tenía enfrente parecía haber salido de un cuento de hadas, bañado por los rayos dorados de la mañana, con sus dátiles ámbar y los cuervos revoloteando de árbol en árbol. Un poco más allá, mil minaretes decoraban el antiguo horizonte de El Cairo, hermosos y ornamentados. Y, aún más lejos, se podían discernir las grandes pirámides en la brumosa lejanía. Esta estampa, más que ninguna otra, me recordó lo lejos que estaba de mi hogar. Observando la ciudad, planeé lo que iba a hacer ese día.

A pesar de lo que pensase o quisiese mi tío Ricardo, de ninguna manera me iba a quedar encerrada en esta habitación todo el día. Estaba en un país extranjero, sola, e increíblemente orgullosa de haber llegado hasta aquí. Si solo me quedaba un día más en Egipto, iba a asegurarme de aprovecharlo al máximo. Y, gracias a mi tío, sabía por dónde empezar. Anoche, durante la cena, me había dado una pista: Jan el-Jalili.

No era mucho, pero menos es nada. Si lograba localizar la tienda que le había vendido el anillo a papá, quizá podría hablar con el vendedor, tal vez incluso con el propietario, y podría preguntarles por él. Puede que tuvieran más artefactos que hubiesen pertenecido a Cleopatra, o al menos algún objeto que tuviese la misma clase de hechizo o de magia que el anillo de oro. Y, gracias a mamá, lo sabía todo sobre el legendario bazar. Un destino bastante frecuente para los turistas que querían ir de compras por la ciudad.

Decidido, ya sabía lo que iba a hacer.

Solo tenía un problema.

El insufrible señor Hayes.

Tendría que descubrir cómo escaparme del hotel sin que me viese. Y para lograr algo así tenía que planearlo todo hasta el más

mínimo detalle. Pero no tenía tanto tiempo.

Un suave golpe en la puerta rompió la quietud de la mañana. Eché un vistazo a mi espalda, frunciendo el ceño. Procedía de la sala de estar de la suite. Me ceñí un poco más la bata, ocultando el camisón, y abrí la puerta, para encontrarme con el señor Hayes y una joven a su lado. El primero estaba recostado contra la pared de enfrente, en la misma postura que ayer, y yo tuve que recordarme que era un día distinto. Llevaba un periódico escrito en árabe bajo el brazo, y se había puesto unos pantalones de lana gris oscuro y un chaleco a juego. Su camisa de algodón parecía de un tono azul claro bajo la tenue luz del pasillo, y tenía el cuello desabrochado. Y, al igual que ayer, su ropa estaba terriblemente arrugada y olía ligeramente a alcohol.

—Eres madrugadora —comentó el señor Hayes—. Y tienes un aspecto bastante *deshabillée*.

Un rubor se extendió por mi rostro, calentándome las mejillas, a pesar del enorme esfuerzo que hice por intentar parecer indiferente ante su escandaloso cumplido.

—*Gracias* —repuse—. Y no estoy *desnuda*.

El señor Hayes enarcó una ceja.

—Sabes perfectamente que eso no es lo que quería decir.

—¿Te has acostado siquiera?

Él esbozó una sonrisa traviesa.

—He dormido unas cuantas horas, gracias por preocuparte.

Me volví hacia la joven que había a su lado.

—¿Es que no piensas presentarnos?

Él inclinó levemente la cabeza.

—Esta es Colette. Será tu doncella el día de hoy.

La joven inclinó la cabeza antes de murmurar:

—*Bonjour, mademoiselle.*

Mi francés era horrible, pero me las apañé para devolverle el saludo.

—Ricardo te ha comprado un billete para el tren que parte esta tarde a las cinco de la estación —comentó Whit—. Pasarás la noche en Alejandría, y el barco hacia Argentina zarpará mañana a primera hora. Sigue intentando encontrarte una carabina para que te acompañe el resto del viaje. —Las comisuras de sus labios se curvaron y un brillo travieso refulgió en su mirada azul—. Me temo que tus días de ir vestida de negro y fingir que eres viuda se han acabado.

—Entonces está decidido —repuse, cortante—. Aunque no tenías por qué venir a decírmelo tan *temprano*.

—Ya te lo dije —comentó, mirándose las uñas—. Tomé nota de lo astuta que eres. No pienso correr ningún riesgo contigo.

Agarré el pomo de la puerta con fuerza y apreté los labios hasta

formar una sonrisa terca.

—Colette te ayudará a hacer las maletas y a vestirte, etcétera, etcétera —añadió el señor Hayes, bostezando.

Enarqué una ceja.

—¿Una noche larga?

Una sonrisa tironeó de la comisura derecha de sus labios, encantadoramente retorcida. Probablemente como su conciencia.

—¿Es que no ha oído hablar del bar del Shepheard? Es legendario. Lo mejor de la humanidad se reúne allí para cotillear, trapichear, manipular y emborracharse. —El señor Hayes soltó una risa cínica—. Esa es mi gente.

—¡Menuda aventura! Pero me temo que, como me estáis empaquetando como una caja destinada a mandar por correo, supongo que jamás podré disfrutar de esa experiencia por mí misma.

—Las señoritas no están invitadas —repuso—. Por todos los cotilleos, trapicheos, manipulaciones y borracheras que he mencionado antes. Al parecer, sus sensibilidades no pueden soportar ese nivel de libertinaje.

Me fijé en el sutil sarcasmo de su tono y me resultó de lo más intrigante. Abrí la boca, dispuesta a responderle, pero entonces él se volvió hacia mi nueva doncella. Colette me observó con curiosidad cuando intenté decirle en francés que no iba a necesitar sus servicios. El señor Hayes soltó una carcajada ahogada al escuchar mi terrible pronunciación.

—No necesito una doncella que me ayude a vestirme o a hacer las maletas —repetí—. ¿Por qué molestarme en hacerlo si no voy a salir de esta habitación?

—Colette se queda —estableció el señor Hayes, y después se dio la vuelta y le dijo algo rápidamente en francés. Sonaba como si estuviese recitando un poema, y me *avergoncé* de mí misma solo de pensarlo.

—Hablas francés a la perfección —dije, resignada—. Pues claro que sí. ¿Qué le has dicho?

El señor Hayes me guiñó un ojo.

—Le he advertido de tu tendencia a intentar escaparte.

Colette me rodeó y se adentró en la habitación. La dejé pasar porque no me interesaba lo más mínimo ponerme a discutir en medio de un pasillo lleno de gente. Al parecer, todos los huéspedes del hotel se habían despertado temprano. Y recorrían el pasillo de un lado a otro, disculpándose con educación al interrumpir nuestra conversación.

—Así que ni se te ocurra moverte, Olivera.

¿Cómo era posible que nos hablásemos con tanta informalidad? Mi madre se habría horrorizado. Yo *estaba* horrorizada.

—Odio que me des órdenes.

—Lo sé. ¿Por qué te piensas que lo hago? —Se metió las manos en los bolsillos, sin duda pensando en algo más que pudiese decirme para enfadarme.

—Eres despreciable.

El señor Hayes soltó una sonora carcajada y yo le cerré la puerta en la cara de un golpe.

Un segundo después, volví a abrir la puerta y le robé el periódico, solamente para incordiarlo. Él se rio con más fuerza cuando le volví a cerrar la puerta en la cara. Para cuando regresé a mi dormitorio, Colette ya me había sacado uno de mis vestidos de día de lino. Lo observó y asintió, y después lo sacudió para quitarle las arrugas que se le habían formado durante el viaje en barco. Se movía con confianza. No me había tomado desprevenida que hubiese venido a ayudarme, al fin y al cabo, mi tío me lo había advertido, pero ahora, al observarla, supe que sería muy difícil de sobornar. Parecía la clase de persona que se tomaba su trabajo muy en serio.

Algo admirable por su parte, pero de lo más inconveniente para mí.

Iba a ir a Jan el-Jalili, incluso aunque tuviese que robar un carruaje para hacerlo.

Pero primero tenía que averiguar cómo dejar atrás al señor Hayes y sus exasperantes guiños. Detrás de sus sonrisas desenfadadas se escondía un joven al que no se le pasaba nada, lo que denotaba que era de lo más intuitivo y que se le daba extremadamente bien calar a la gente. Y, tal y como se había encargado de mencionar, había tomado nota de mi habilidad para salir airosa de situaciones de lo más peliagudas.

Colette murmuró algo en francés mientras sacaba varias opciones de zapatos.

—*Merci.*

Ella esbozó una sonrisa.

—*De rien.*

Me apretó el polisón a la cintura y después me abotonó el vestido. Había elegido uno de mis conjuntos favoritos, perfecto para el clima cálido, y no demasiado voluminoso, para poder pasear con él puesto sin problemas. Lo único que odiaba de ese vestido era el cuello, que picaba. No era la primera vez que deseaba poder disfrutar de la libertad de movimientos que les concedían a los hombres sus cómodos pantalones. Mi vestido estaba hecho con una fina tela de lino, de un suave tono azul que me recordaba a un delicado huevo de ave. También tenía una sombrilla a juego, llena de volantes y bastante inútil salvo para protegerme la piel de los rayos del sol. Colette me ayudó a atarme las botas de cuero y después me pidió que me sentase

para peinarme. Como de costumbre, esa parte fue la que nos robó la mayor parte de la mañana. Mis rizos no se dejaban domar y, al final, Colette se decidió por hacerme una trenza gruesa que enrolló hasta formar un moño sobre mi cabeza.

—Creo que está lista, *mademoiselle* —dijo Colette, con voz clara y su acento marcado.

Me tendió un espejo de mano y observé mi reflejo. En algún punto de mi viaje hasta aquí, había madurado. Había huecos bajo mis pómulos. Mis ojos color avellana ya no ocultaban el duelo con el que cargaba. Mis labios hacía meses que no sonreían ni se reían. Se lo devolví, sin ganas de ver más, y me levanté, sintiéndome inquieta, queriendo salir a explorar.

Estaba lista.

Crucé la habitación, con Colette pisándome los talones, y abrí la puerta de mi suite para encontrarme al señor Hayes recostado en una estrecha silla de madera, leyendo un libro. Alzó la mirada cuando me oyó salir.

—Tengo hambre —expliqué—. Se me permite ir a comer algo o a tomar una rebanada de pan, ¿no?

—Pero mira que eres dramática —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Nunca dejaría que me molestases muriéndote. Tengo ciertos escrúpulos.

—Qué sabrás tú de escrúpulos, ¿es que acaso sabes cómo se deletrea?

Él ladró una carcajada.

—Te pediré algo para desayunar y una taza de té. ¿O preferirías un café?

—*Café, por favor.*

—Está bien —suspiró, poniéndose de pie. Echó un vistazo a mi espalda y pasó a hablar en francés. No entendí absolutamente nada de lo que dijo, pero sí que capté ciertas palabras aquí y allá, que me hicieron suponer que le había ordenado a Colette que no me perdiese de vista—. Ahora vuelvo.

Se alejó por el pasillo, silbando alegremente. Cuando desapareció de mi vista, cerré la puerta. Solo tenía unos minutos para escaparme. El corazón me latía acelerado. Recogí mis cosas: mi bolso, lleno de piastras, mis lápices y mi cuaderno de dibujo, la sombrilla y la llave de la habitación. Colette me observó, enarcando tanto las cejas que parecían a punto de salírsele del rostro, y con la boca abierta de par en par mientras se fijaba en lo rápido que me movía. Antes de que pudiese hacer o decir nada, salí de la habitación y la encerré dentro.

Ella aporreó la puerta con fuerza, pero no me di la vuelta.



El vestíbulo estaba atestado de huéspedes que se dirigían hacia el comedor. Pero, por suerte, no había ni rastro de mi carcelero. El señor Hayes probablemente ya estaría dentro, o quizás habría ido directamente a las cocinas para pedirme el desayuno. No me importaba. Me apresuré hasta el mostrador de recepción, tras el que estaba Sallam, atendiendo a una pareja. Él se volvió hacia mí al verme.

—¿Puedo interrumpirles un momento, por favor?

La pareja se hizo a un lado amablemente y yo me acerqué al mostrador, con la llave de mi habitación en alto.

—Sé que esto va a sonar increíblemente raro, pero el cerrojo de mi habitación falla constantemente, y mi pobre doncella se ha quedado encerrada dentro. ¿Le importaría intentar abrir la puerta usted mismo?

—¡Por supuesto! —Sallam se apresuró a rodear el mostrador, con mi llave en la mano.

Shokran!

Él asintió, le dijo algo a un empleado que estaba cerca, y el joven se apresuró a seguir sus órdenes.

Me di media vuelta y corrí por el enorme vestíbulo, atravesando las puertas dobles para salir al exterior. La luz del sol me daba de lleno en la cara, pero no me importaba. Los huéspedes del hotel desayunaban sentados en las mesas que había por toda la terraza, y abajo, a los pies de la escalinata, la calle cairota albergaba todo tipo de actividades. Había burros que pasaban cargados de viajeros y bultos, y caballos que tiraban de todo tipo de carruajes. Tan rápido como pude, bajé hasta la avenida, con la sombrilla balanceándose a mi costado.

Uno de los empleados del hotel, vestido con un kaftán verde, se fijó en mí.

—¿Necesita transporte, *madame*?

Asentí con la cabeza y él rápidamente me consiguió una berlina y me ayudó a subir. El cochero cerró la puerta y aguardó.

—A Jan el-Jalili —le pedí, echando un vistazo a mi espalda, nerviosa.

Una figura que me resultaba de lo más familiar se materializó en el umbral de las puertas del hotel.

El señor Hayes.

Estaba observando la terraza, con las manos cerradas en puños a sus costados. El corazón me latía acelerado, aporreándome las costillas, y me hundí un poco más en los asientos, con la ventana solo ocultándome parcialmente. El cochero asintió, se alejó y el carruaje se balanceó cuando se acomodó en su asiento, chasqueando la lengua. Las riendas resonaron al golpear el lomo del caballo.

Me volví de nuevo hacia el Shepheard.

El señor Hayes tenía la mirada clavada en mí. Y estaba *furioso*.

—¡Vamos, por favor! *Yallah, yallah*! —le grité al cochero— *¡Rápido!*

El vehículo se desplazaba a trompicones, empujándome sobre el respaldo. Avanzamos rápidamente entre el tráfico, cada vez más denso, girando una y otra vez. Miré por la ventanilla, la brisa me agitó los rizos y se me formó un nudo en el estómago.

El señor Hayes nos estaba *siguiendo a la carrera*.

Esquivaba ágilmente burros y carros, y sorteaba a la gente que cruzaba la calle. Cuando saltó por encima de una alta pila de cajas de madera, solté un silbido, impresionada, en contra de mi buen juicio. Ese hombre sí que sabía cómo moverse. Parecía que ningún obstáculo podía con él, ni siquiera los burros obstinados o los perros callejeros, que le pisaban los talones. *Miércoles.*

El señor Hayes se encontró con mi mirada después de casi chocarse con un vendedor de fruta. Me gritó algo, pero no pude entenderle. Le lancé un beso y me reí cuando él me hizo un gesto grosero como respuesta. Solo reconocí el gesto porque había hecho que el hijo de nuestro jardinero me explicase su significado después de haberlo visto usándolo en contra de otra persona.

La berlina volvió a tomar otra curva y se detuvo abruptamente.

Me volví. Había un atasco enorme frente a nosotros.

—Mierda, joder, *mierda*.

Escuché una ristra de maldiciones en árabe. En cualquier momento...

La puerta se abrió de un tirón y un jadeante señor Hayes se plantó en el umbral.

—¡Das —resopló— más problemas —otro suspiro— de los que mereces la pena!

—Eso me han dicho —repuse—. No, ni se te ocurra subir...

El señor Hayes subió a la berlina y se sentó en el asiento de enfrente. El sudor le brillaba en la frente.

—He hablado con tu cochero. Nos va a llevar de vuelta al hotel...

—¡Cómo te atreves!

—¡Es por tu propio bien!

Me fulminó con la mirada y yo lo miré con la misma ferocidad. Me crucé de brazos sobre el pecho, molesta de que ocupase tanto espacio en el estrecho interior de la berlina.

—Bájate. No es propio de una dama soltera...

Su mandíbula chasqueó al abrir la boca de par en par.

—¿Es que ves a alguna dama presente? Si mi hermana se comportase como tú has hecho, mi madre...

—¡Mi madre no está aquí!

El señor Hayes se quedó callado, y todo el color abandonó su rostro.

—No quería decir…

—No soy problema tuyo —seguí, como si no lo hubiera escuchado.

—Por *enésima* vez, tu tío ha hecho que fueras problema *mío*.

Nuestro transporte siguió avanzando lentamente. Le eché un vistazo a la puerta, valoré mis opciones y me levanté de mi asiento.

—Ni se te ocurra bajarte de un carruaje en marcha —ladró el señor Hayes—. Siéntate.

Abrí la puerta, arreglándomelas para que no se me cayese el bolso, y me bajé de la berlina, tropezándome con el bajo de mi falda, y tuve que extender los brazos a mis lados para no perder del todo el equilibrio y caer de bruces contra la calzada polvorienta.

A mi espalda, oí cómo el señor Hayes decía:

—Maldita sea.

Oí, más que vi, cómo se bajaba de un salto y aterrizaba sin dificultad a mi lado. Una mano fuerte y bronceada me agarró antes de que me desplomase de bruces sobre mi larga falda. Me sostuvo mientras yo me recolocaba el vestido, sacudiendo el dobladillo para quitarle el polvo que se había quedado pegado durante mi caída. Y observé cómo mi carruaje se alejaba cada vez más de nosotros, llevándose mi sombrilla consigo.

—Más vale que corras si quieres alcanzarlo —comenté.

—No sin ti —repuso el señor Hayes.

Me libré de su agarre de un tirón y esperé un momento a ver qué hacía. Se quedó a mi lado, pero no me tocó. En cambio, me hizo un gesto, señalándome la acera que bordeaba la calzada. Y yo le hice caso porque era mucho más seguro que seguir bloqueando el tráfico.

Una vez allí, me mantuve firme.

—No voy a volver al hotel.

—Deberías preocuparte un poco por tu reputación —dijo, cerniéndose sobre mí.

—Como si te importase algo mi reputación —le espeté—. Para ti tan solo soy un encargo más.

El señor Hayes ni siquiera pestañeó. Podría haber estado hecho de piedra perfectamente.

—Voy a ir al bazar. Si quieres asegurarte de que esté a salvo, acompáñame. Pero no te molestes en intentar llevarme de vuelta al hotel. —Le clavé el dedo en su ancho pecho—. Puedo ser de lo más escandalosa y molesta cuando quiero.

—Oh, créeme, lo sé. —El señor Hayes estaba que echaba humo, con sus ojos azules inyectados en sangre.

Me di la vuelta y seguí caminando, sin importarme hacia dónde


me dirigía. Pero sentí la mirada curiosa del señor Hayes clavada entre mis omóplatos a cada paso que daba.

8

Estaba terriblemente perdida. El bazar Jan el-Jalili había decidido permanecer escondido y varios de los edificios a mi alrededor me resultaban sospechosamente familiares. Todos eran altos y estrechos, con recovecos esculpidos en sus fachadas que dejaban entrever entradas y porches ornamentados. Había caballeros de piel pálida con sombreros de hoja de palma deslizándose entre la multitud como si el terreno por el que caminaban les perteneciese. Un enorme teatro de la ópera le daba cierto toque de grandeza a la bulliciosa calle. De repente, recordé cuando papá había llevado a mi madre a ver *Aída*, y habían representado la obra para mí en nuestro salón meses después. Mamá no paraba de olvidarse sus frases y papá había intentado valientemente seguir sin ella, y aquello me había hecho desear haberlos acompañado a ver la obra. Lo único que quería era poder compartir más recuerdos con ellos. Al final, los tres nos habíamos sentado en la mullida alfombra frente a la chimenea y nos habíamos pasado la noche hablando.

El dolor era como un guardián de mis recuerdos. Me mostraba instantes que creía olvidados y yo se lo agradecía, aunque me dejase con un hueco en el pecho. No quería olvidarme de esos momentos jamás, sin importar lo mucho que me doliese recordarlos. Me limpié las lágrimas que se me habían acumulado en los ojos, asegurándome de que el señor Hayes no me viese, y me encaminé hacia el bazar.

O, al menos, hacia donde yo me imaginaba que estaba.

El señor Hayes me siguió sin mediar palabra a lo largo de toda una manzana, y después otra. Solo cuando doblé de nuevo una esquina rompió su silencio.

—No tienes ni la menor idea de a dónde vas, estás perdida —dijo alegremente.

—Estoy haciendo turismo. Creo que, en el diccionario, las definiciones de esos dos términos son muy distintas.

—En este caso, ni de coña.

Caminaba a mi lado, manteniendo una distancia prudencial entre nosotros, haciéndole saber de alguna manera a la gente que nos rodeaba que estábamos juntos.

—Puedo ayudarte —dijo después de unos minutos.

—No pienso creerme ni una sola palabra que salga de tu boca.

Se interpuso en mi camino, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. Y aguardó.

—Apártate de mi camino —siseé.

—Vas a tener que confiar en mí —dijo, esbozando una sonrisa seductora.

Yo entrecerré los ojos, mirándolo fijamente.

—¿Quieres ver el Jan el-Jalili o no? —Parte de su enfado había desaparecido, y era evidente por su sonrisa ladeada que se estaba divirtiendo, como si sus comisuras escondiesen un secreto que aguardaba a ser desvelado. Su actitud solo me hizo desconfiar todavía más. Me sentía como si me estuviese *manejando a su antojo* de nuevo. Contentándome solo hasta que se presentase su oportunidad de traicionarme.

No bajé la guardia.

—Pues claro que sí.

El señor Hayes ladeó la cabeza, señalando hacia una calle por la que no habíamos pasado.

—Entonces, sígueme.

Se alejó sin fijarse si lo seguía o no. La suave brisa me acarició las mejillas mientras pensaba en qué hacer a continuación. Me encogí de hombros y fui tras él. Si estaba intentando engañarme, armaría tal escándalo que se arrepentiría de haberlo hecho. Todavía no me había oído gritar de verdad. Él ralentizó el paso para acomodarse a mis cortas zancadas.

—¿Está muy lejos?

—No mucho —dijo, mirándome de soslayo—. Te encantará.

La calle se fue estrechando poco a poco y, a cada paso que dábamos, el señor Hayes parecía irse quitando capa tras capa del porte aristocrático que se pegaba a su cuerpo como un traje hecho a medida. Se movía con mucha más fluidez, como si sus piernas se estuviesen relajando con cada zancada. Cruzamos hacia un callejón estrecho, bordeado por lo que parecían cientos de tiendas. Las casas, altas y angostas, se alzaban sobre los pequeños escaparates; las plantas superiores sobresalían y estaban salpicadas de ventanas con contraventanas de madera con celosías talladas.

—Oh —jadeé.

El señor Hayes esbozó una sonrisa canalla.

—Te lo dije.

Estábamos rodeados por una multitud densa y en constante movimiento, bañada por los finos rayos de sol que se filtraban de vez en cuando entre las vigas que se cernían sobre nuestras cabezas. Los dueños de los distintos establecimientos observaban a la gente pasear por el camino sin asfaltar, gritando de vez en cuando los precios de sus mercancías, y otras veces fumando en silencio. Los turistas hablaban sobre todo inglés, ya fuese con acento británico o estadounidense, pero de vez en cuando también se podían oír algunas frases en alemán, francés y holandés. Estábamos en medio de la

temporada alta en Egipto, y parecía que todo el mundo había decidido reunirse en este mismo callejón.

El señor Hayes me llevó a través de la marabunta, con cuidado de no separarnos ni de que nos aplastase la ruidosa e implacable muchedumbre que recorría el callejón a caballo o a pie. Había mujeres dándoles la mano a sus hijos, guiándolos y abriéndose paso hasta una tienda o algún puesto, y hablando al mismo tiempo sin parar con sus acompañantes. También había unos cuantos soldados británicos, con sus uniformes impecables, abriéndose paso entre el gentío, manteniendo el orden.

Para mi sorpresa, el señor Hayes los miraba con el mismo recelo que yo.

Lo obligué a parar cada pocos pasos, la primera vez para comprarle un vaso de limonada a un vendedor ambulante con una jarra de metal. Este llenó un vaso de latón y me lo tendió. El sabor del líquido agrio me explotó en la lengua. E inmediatamente le compré uno al señor Hayes también.

Él enarcó la ceja, interrogante.

—Por haberme traído aquí —le expliqué—. *Gracias*.

—Así que ahora eres amable.

—Siempre soy amable.

Ante mi comentario, murmuró un «ja» en voz baja. El señor Hayes se bebió su limonada sin mediar palabra y después le devolvió el vaso al vendedor. Entonces me fijé en un hombre que no paraba de mirarme. Llevaba un traje caro y, en la mano izquierda, se apoyaba sobre un bastón. El señor Hayes se volvió hacia él y le lanzó una mirada fulminante. El hombre se acercó un paso hacia mí, con una sonrisa lasciva.

—¿Le gustaría que le clavase mi bota en el estómago? —preguntó el señor Hayes, divertido.

Su tono alegre no me engañaba. El señor Hayes tenía el carácter de un arma explosiva. Se alzaba por encima de todo el mundo, era ancho de hombros y musculoso. El hombre se detuvo, mirándolo con cautela, antes de alejarse con un ademán arrepentido.

Eché un vistazo a los compradores que se reunían en el callejón.

—¿Qué le habrías hecho?

—Le habría dado una paliza —repuso alegremente—. Sigamos.

—La violencia nunca resuelve nada.

Me lanzó una mirada malvada de reojo.

Seguimos recorriendo el callejón y, a medida que avanzábamos, él se fue acercando a mí cada vez más. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz, tan libre. Lejos de los bienintencionados sermones de mi tía Lorena, lejos de una rutina que me aburría mortalmente. Lejos del frío desprecio de Amaranta. A mi prima Elvira le habría encantado

todo lo que tenía que ofrecer este bazar, adoraría cada uno de sus rincones. La echaba tanto de menos que me dolía y, de repente, deseé haberla incluido en mi viaje.

Pero mi tía Lorena y Amaranta jamás me lo habrían perdonado.

Todo el mundo parecía conocer al señor Hayes y, mientras recorríamos el bazar, vendedores, compradores e incluso niños lo saludaban a gritos. Yo me quedé a su lado, en silencio, mientras unos cuantos corrían a su encuentro. Él se vació los bolsillos, dándoles piastras y dulces. En esta zona de la ciudad era una persona completamente distinta. Por lo que intenté precisar esas diferencias.

Para empezar, no había intentado ligar conmigo. Y además, tampoco me estaba dando órdenes constantemente. Pero había algo más. Parecía estar mucho más relajado, y la dureza de su mirada se había suavizado. Y, en lugar de intentar engañarme, me había llevado exactamente a donde quería ir.

Muy amable por su parte, un adjetivo que jamás pensé que encajaría con el señor Hayes.

Me sorprendió mirándolo.

—¿Es que tengo algo en la cara?

Me llevé el dedo hacia la boca y me golpeé suavemente los labios.

—Estoy pensando.

El señor Hayes aguardó.

Y entonces, al fin, lo supe.

—Has perdido el cinismo.

—¿Qué? —Me miró con recelo—. No soy cínico.

Me acerqué un poco más a él y se quedó rígido al verme.

—A mí no me engañas. Ni siquiera por un minuto.

El señor Hayes se apartó y su comportamiento cambió con cada paso que daba. Escondiéndose detrás del muro que utilizaba para mantener a los demonios a raya. Se llevó la mano bronceada a la petaca y le dio un largo trago.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, cariño —dijo, arrastrando las palabras. Esbozó una sonrisa pícara y su mirada azul se enfrió varios grados.

Le señalé los labios.

—Esa sonrisa es tan vacía como ese «cariño».

El señor Hayes se carcajeó, pero su risa sonaba vacía, un tanto forzada.

—¿Sabes? —dije en apenas un susurro—. Lo que te dije antes era una especie de cumplido.

Él enarcó una ceja.

—¿Lo era?

Asentí con la cabeza.

Él puso los ojos en blanco y me empujó hacia un vendedor que

llevaba puesto un turbante y un kaftán largo que le llegaba hasta los pies, calzados con sandalias. Su túnica me dio ganas de sacar un pincel; la tela trenzada era preciosa e increíblemente intrincada. Un fajín bien atado a la cintura completaba su atuendo. Vendía taburetes y armarios preciosos con incrustaciones de nácar. Otro tendero vendía jofainas y bebederos de cobre, bandejas y portainciensos. Quería comprar uno de cada, pero me obligué a comprar lo mínimo posible; a Elvira y a mi tía Lorena les compré unas pantuflas bordadas con cuentas relucientes e hilo dorado, de un vendedor que llevaba colgando varios pares de una vara. A Amaranta le compré un fajín de rubíes, aunque sabía que nunca se lo pondría.

Pero no vi a nadie vendiendo joyas que se pareciesen a la que me habían robado. Me aseguré de examinar todos los puestos con mimo, pero nada me llamó la atención. Me sentía frustrada. Tal vez fuera una tontería intentar siquiera buscar algo parecido. Puede que mi tío hubiese hecho tan solo un comentario sin importancia y no hubiese debido tomármelo en serio. Si incluso había dicho que tal vez papá había encontrado el anillo debajo de una vasija, por el amor de Dios.

—¿Buscas algo en particular? —me preguntó el señor Hayes, observándome.

—Había pensado en comprarme alguna joya para reemplazar el anillo que me robaron. Fue lo último que me regaló papá.

La dura línea de su mandíbula se relajó.

—Es poco probable que encuentres algo parecido. —Se mordió el labio inferior, frunciendo el ceño. Y entonces se le ocurrió una idea—. Sígueme, quizá tenga algo.

Dimos varias vueltas más, descubriendo una red de callejuelas que daba acceso a más tiendas, a más gente, a más burros cargados de turistas. En ese momento pasó una fila de camellos frente a nosotros, maleducados y escupiendo de vez en cuando a sus dueños. Me fijé en que Jan el-Jalili estaba dividido en varios sectores, y que en cada uno se vendían objetos de un mismo tipo. Si querías algo de ferretería, había una sección específica para ello. ¿Una alfombra? Prueba en el callejón de al lado.

El señor Hayes me llevó hasta una zona tenuemente iluminada y que olía a incienso dulce donde vendían joyería de lujo. La calle se fue estrechando poco a poco, hasta que nos fue imposible caminar uno al lado del otro. El señor Hayes iba delante y yo lo seguía de cerca. En un momento dado, extendió el brazo hacia atrás y me dio la mano. Yo bajé la mirada, atónita ante su gesto. Su palma callosa envolvió la mía. Me sorprendió que, en medio de aquel caos, él fuese una presencia firme y tranquilizadora.

Pasamos por delante de un escaparate no muy distinto al resto, pero entonces oí una especie de zumbido. Una ráfaga de energía

potenciada por un elemento sobrenatural. Una corriente eléctrica que me bajó por la columna e hizo que me hormigueasen las puntas de los dedos. Mi cuerpo reconoció el inconfundible sabor de la magia, que me llenó la boca con un regusto a flores.

El señor Hayes notó cómo vibraba mi mano y se detuvo al momento.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé —respondí lentamente—. ¿Qué hay allí?

El señor Hayes se dio media vuelta, siguiendo mi mirada.

—Las mismas baratijas de siempre.

—Me gustaría comprar algo allí.

Me soltó la mano.

—Entonces, después de ti.

La pequeña tienda era poco más grande que un armario abierto con docenas de pequeños cajones. El tendero estaba sentado en un taburete dentro del pequeño espacio, y apenas lograba asomar la cabeza por encima del mostrador. Nos miró, esbozando una enorme sonrisa que me dio ganas de comprarle todo lo que tenía.

Me acerqué y lo saludé.

—*Salaam aleikum.*

—¿Qué estás buscando? —me preguntó el señor Hayes.

Cerré los ojos, sintiendo el pulso de la magia como el tictac de un reloj.

—No lo sé.

El señor Hayes le dijo algo al tendero y él se puso en pie inmediatamente y empezó a abrir todos los cajones, dejando todos los objetos que tenía en venta sobre el mostrador. Había brazaletes, pendientes, tobilleras de filigrana (absolutamente preciosas, no me cabía ninguna duda de que me iba a comprar una de esas), colgantes en forma de búfalo y amuletos de todo tipo. Pero no había ningún anillo de oro en venta, por lo que examiné el resto de las joyas, tratando de identificar de dónde había provenido ese débil zumbido. Me sentía como si estuviese persiguiendo los últimos rayos de sol del día.

El tendero me sostuvo en alto pieza tras pieza, y ninguna de ellas me produjo el más leve cosquilleo.

Y entonces volví a sentirlo. Como una suave llamada.

Debajo de toda la pila de baratijas había una pequeña cajita de madera polvorienta, una especie de viejo joyero. La señalé y el tendero enarcó las cejas y murmuró algo a media voz, antes de dejármela en las manos.

El chisporroteo de la magia me recorrió el brazo.

Y entonces algo encajó en mi interior, una sensación de familiaridad. La boca me sabía como si me hubiese comido un ramo

de flores. Una presencia sombría se cernió sobre mi cabeza, una mujer, que estaba de pie bajo un cielo partido en dos, una mitad estaba cubierta por un millón de estrellas que surcaban el firmamento y un orbe lechoso proyectaba sobre su piel un resplandor plateado; y en la otra mitad refulgía un sol abrasador. Llevaba perlas y olía a rosas, y unas sandalias doradas y adonadas con piedras preciosas decoraban sus pies.

Sentía vagamente la presencia del señor Hayes a mi lado, pero no podía verle la cara. Podría estar hablándome y yo no lo habría sabido. Toda mi existencia se redujo a un mismo punto, tan afilado como la punta de una espada. De alguna manera, la corriente mágica que me había invadido estaba cargada de solo una cosa.

Amor.

El tendero me observó desconcertado cuando alcé mi bolso. El señor Hayes examinó el pequeño joyero, sucio y polvoriento, por encima de mi hombro.

El dueño de la tienda se dirigió al señor Hayes y le habló a la carrera.

—¿Qué te ha dicho?

—Quiere saber si estás segura de que quieres comprar esa baratija. Ya se la han devuelto antes.

—Estoy segura.

El hombre le dijo algo más y el señor Hayes frunció el ceño como respuesta.

Apenas les presté atención. La magia vibraba a mi alrededor, surgiendo del interior del joyero. Me hormigueaba toda la mano, como si mi sangre se estuviese removiendo a un ritmo febril en mis venas. La sensación era sobrecogedora.

Nunca había sentido nada parecido y, sin embargo, me resultaba increíblemente familiar.

El señor Hayes me observó atentamente.

—¿Te encuentras bien?

—*Estoy bien.*

Sus ojos azules estaban clavados en mí, escépticos.

—¿Estás segura de que quieres comprar esta caja polvorienta?

—*Sí* —insistí—, y esa tobillera tan bonita. *Por favor.*

El señor Hayes se encogió de hombros y le preguntó al tendero el precio. Después de pagar al hombre, seguí al señor Hayes a través de la estrecha callejuela, sin apartar la mirada de lo que acababa de comprar. El joyero de madera estaba arañado por todas partes, y parecía haber tenido pintado antaño un diseño en miniatura en la tapa, aunque el paso del tiempo lo había dejado irreconocible. Me cabía en la palma de la mano y, cuando observé uno de los lados, me fijé en que tenía una juntura larga que iba de un lado a otro. Con

cuidado, metí los dos objetos que había comprado en el bolso, con la magia vibrando bajo mi piel.

Después de un rato caminando por la callejuela, logramos regresar a las estrechas calles principales del bazar y, cuando el estómago me gruñó con fuerza, el señor Hayes me lanzó una mirada mordaz.

—Vamos a volver al hotel a comer.

Por la posición del sol supe que debía ser mediodía. No me extrañaba que me gruñese tanto el estómago.

—Ni de broma. Yo me voy al Groppi.

—También sirven té y pasteles en el hotel, ¿lo sabías?

Mis padres siempre me habían hablado maravillas sobre aquel lugar, uno de los favoritos de la sociedad cairota. E iba a comprobar si era tan maravilloso por mí misma.

—¿Pero tienen dátiles cubiertos en chocolate?

El señor Hayes esbozó lentamente una sonrisa, como si estuviese encantado con esta situación, aunque muy a su pesar.

—Tu tío nunca me lo perdonaría si te pasase algo.

—¿Y qué va a hacer? —pregunté—. ¿Mandarme de vuelta a casa?

Entonces me di media vuelta, decidida a encontrar alguna berlina que me pudiese llevar al Groppi. Pero el señor Hayes soltó un silbido largo y agudo, y un segundo después ya teníamos un carruaje dispuesto a llevarnos. Me ayudó a subir y yo enarqué una ceja, esperando a ver qué dirección le daba al cochero.

La mirada del señor Hayes cayó hasta mi mano, que estaba cerrada con fuerza alrededor del pomo de la puerta, dejando claras mis intenciones. Estaba dispuesta a saltar de un carruaje en marcha si no me llevaba a donde quería ir.

—Groppi —suspiró, resignado.

Me recosté contra el asiento mullido y sonreí, triunfante.

El señor Hayes me observó con curiosidad desde el asiento de enfrente.

—No sueles hacer eso.

—¿El qué?

—Sonreír.

Yo me encogí de hombros.

—La mayoría de tus sonrisas son falsas, así que supongo que estamos empatados.

—*¿Falsas?*

—Ya me ha oído, señor Hayes.

—Oh, así que esto tiene que ver con tu teoría de que soy un cínico.

El hombre ni siquiera tuvo la decencia de mirarme a la cara cuando puse los ojos en blanco.

—No es una teoría.

—¿Por qué no te quedas ahí sentadita, en silencio, tan guapa como eres, y te dedicas a admirar el paisaje?

Esperé un momento, con el corazón revoloteándome en el pecho como una bandada de mariposas caprichosas.

—¿Crees que soy guapa?

El señor Hayes me miró como si hubiese dicho una tontería, con los ojos entrecerrados.

—Sabes que lo eres, señorita Olivera.

Lo dijo tan despreocupado, como si fuese un cumplido que soltase a diario. Y no pude evitar preguntarme cómo se sentiría si alguien se lo devolviese.

—Bueno, tú tampoco estás nada mal. Eres bastante apuesto.

Su expresión mudó hasta convertirse en una de recelo, como si fuese una serpiente a punto de atacar.

—Gracias.

—De verdad —repuse, sacudiendo la mano frente a mi rostro—. El corazón me va a mil de lo guapo que eres.

Le dio una patada al banco donde estaba sentada.

—*Para*.

Yo pestañeé rápidamente, siendo la viva imagen de la dulzura.

—¿No era eso lo que querías? Solo te estoy devolviendo el cumplido.

—Y una mierda —espetó—. Dime una tontería más y te prometo que le digo a nuestro cochero que nos lleve de vuelta al Shepheard.

Me dejé caer sobre el respaldo de mi asiento, riéndome a carcajadas, relajada.

El señor Hayes no volvió a dirigirme la palabra durante el resto del viaje.

9

Siempre que mamá volvía a Buenos Aires me llevaba a tomar el té. Solo nosotras dos, sentadas una frente a la otra, mientras los camareros nos traían una tetera humeante y unas tazas de porcelana a juego, junto con pastas espolvoreadas con azúcar y coco rallado. Entonces ella se quedaba mirándome, admirando lo mucho que había crecido y mis buenos modales. Siempre quería saber todo lo que había pasado en el tiempo en el que ella había estado fuera. Los cotilleos, las noticias que tenían que ver con nuestros vecinos y, especialmente, cómo me trataba mi tía.

A lo que yo siempre terminaba respondiendo a regañadientes que era de lo más cariñosa conmigo.

Eran mis momentos favoritos con ella. Sabía que se alegraba de verme, del mismo modo que a mí me encantaba pasar tiempo a su lado. Se reía y sonreía mientras me hablaba de su viaje, y yo podría haberme alimentado de solo escucharla hablar, de sus palabras. Pero, con el paso del tiempo, los días se convirtieron en meses, sus sonrisas fueron menguando poco a poco, y supe que era porque la vida en Argentina, *nuestra* vida, ya no le bastaba.

Echaba de menos Egipto. Los dos lo hacían.

A medida que nos acercábamos a la pastelería, empecé a echar tanto de menos a mis padres que dolía. Habría dado cualquier cosa por poder sentarme frente a mi madre de nuevo, por escuchar su voz, por volver a tener su caballete junto al mío, mientras pintábamos una al lado de la otra.

La majestuosa entrada del Groppi, de piedra gris y cristal impoluto, se alzaba en la esquina de un concurrido cruce. En el interior, azulejos de todos los colores surcaban el suelo, formando un patrón hermoso. El aroma a mantequilla de los cruasanes recién hechos y el olor a café de avellana se me metió en la nariz. El señor Hayes nos consiguió una pequeña mesa que había al fondo del concurrido establecimiento. Algunos de los rostros que había visto en el vestíbulo del hotel me observaron atentamente al pasar. Había un grupo de mujeres inglesas tomándose un helado, y el estadounidense vanidoso del hotel que estaba sentado a solas en la mesita junto a ellas, acompañado únicamente por su fiel maletín. Un grupo de efendis charlaba como si fuesen todos amigos, tomándose unos cafés que tenían pinta de ser bastante fuertes y mordisqueando alguna que otra pasta. Unas cuantas miradas curiosas se volvieron hacia nosotros cuando nos sentamos a la mesa. Yo no llevaba ningún anillo, y

tampoco había ninguna carabina siguiéndome a todas partes como la cola de un vestido de novia.

—¡Mierda! Creo que acabo de ver los restos de mi reputación volando en pedazos.

—Te lo has buscado tú solita. —El señor Hayes alzó el menú y me observó por encima de la carta. Se había sentado frente a mí, de cara a la puerta. Recorrió con la mirada la sala, después la carta que tenía en las manos, la entrada y, por último, los rostros de los otros comensales.

Yo me encogí de hombros.

—No formo parte de este mundo, pero lo sé todo sobre *la sociedad* y sus encorsetadas normas para las jóvenes damas. Puede que los cotilleos crucen el océano y lleguen hasta Argentina, aunque lo dudo mucho. Todavía no formo parte de la sociedad. Y nadie aquí sabe quién soy.

—Es bastante fácil descubrir quién eres —replicó el señor Hayes—. La gente siempre está preguntando discretamente a sus conocidos para enterarse de los mejores cotilleos. Y una carta puede llegar hasta el rincón más remoto del mundo.

—Entonces, permíteme que rectifique mis palabras —repuse en un susurro—. Desde la desaparición de mis padres, mi reputación me importa una mierda.

Él se acomodó en su asiento y me observó en silencio.

—¿Te he dicho ya cuánto lo siento?

Negué con la cabeza.

—Eran buenas personas, y me importaban de verdad. —No había ningún deje oculto en su voz o en su mirada. Me observaba desde el otro lado del muro que había erigido a su alrededor, completamente a mi merced. Jamás habría pensado que llegaría un día en el que sería tan... sincero.

—¿Cuándo fue la última vez que los viste?

Mi pregunta rompió el momento. Él se removió en su asiento, alejándose de mí. Y, cuando respondió a mi pregunta, lo hizo con la voz entrecortada.

—Unos días antes de que desaparecieran.

—¿Qué impresión te dieron?

El señor Hayes se cruzó de brazos.

—¿Por qué te obligas a pasar por este infierno? Se han ido, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Me encogí, como si me hubiese golpeado. Hace menos de un minuto habría esperado esa clase de respuesta. Había estado preparada para mantener una conversación que no me llevase a ninguna parte. Pero después me había dejado entrever al hombre que se escondía detrás de esa sonrisa pícara y encantadora. Había sido

amable y compasivo.

Su cambio brusco me dolió.

—Si fuese tu familia, ¿no querrías saber lo que les pasó?

El señor Hayes bajó la mirada hasta la mesa. Sus pestañas, oscuras y gruesas, le rozaron las mejillas, como unas alas extendidas.

—Sí, querría saberlo.

No dijo nada más. El camarero se acercó a nuestra pequeña mesa y tomó nota del pedido; un café para mí y un té para el señor Hayes. También pidió unos dátiles cubiertos de chocolate y dos cruasanes de mantequilla rellenos de crema chantillí.

El señor Hayes me habló del Groppi. Tenía muchas cosas que contarme sobre el establecimiento, como que todos los empleados hablaban varias lenguas con fluidez o que podías encontrar a pasteleros de fama mundial trabajando en sus cocinas. Me señaló a unos cuantos clientes. Algunos eran políticos egipcios, ministros y cosas por el estilo, y otros eran turistas famosos. El lugar parecía albergar a la alta sociedad cairota: pachás, beyes, efendis, turistas adinerados y dignatarios extranjeros.

Mientras hablaba, no paraba de gesticular con las manos. Se le daba muy bien contar historias, le salía de manera natural, hacía las pausas en los momentos adecuados y siempre terminaba atrapándome en su relato, por mucho que me resistiese. Me quedé mirándolo fijamente, estudiando los huecos y las líneas afiladas de su rostro. Sus mejillas formaban un ángulo pronunciado, y la curvatura de sus labios indicaba que se le daba muy bien mentir. En su conjunto, su rostro dejaba al descubierto una fachada exterior afable que escondía algo mucho más turbio y amargo tras sus ojos pálidos y lobunos.

Saqué mi cuaderno de dibujo del bolso. Me hormigueaban las puntas de los dedos por las ganas que tenía de retratarlo en este mismo momento. El pequeño tamaño del cuaderno me permitía llevármelo a todas partes, y sus páginas estaban llenas de cientos de dibujos que había hecho de mis compañeros de viaje en el barco de vapor y desde el balcón de mi suite del hotel, de los jardines que se podían ver desde allí. En cuestión de segundos, dibujé al señor Hayes que mejor conocía: con su mirada penetrante, fría y azul, con una tormenta escondida tras sus ojos. Utilicé una servilleta de tela para difuminar las duras líneas del carboncillo y suavizar la tensión de su frente.



Cuando terminé, me robó el cuaderno y ojeó las páginas.

—No está mal —murmuró, elevando levemente una de las comisuras de sus labios hasta formar una media sonrisa satisfecha.

—Algo que no estuviese mal era *justo* lo que andaba buscando —comenté.

—Deja de suplicar que te halaguen —dijo el señor Hayes mientras daba un vistazo al resto mis dibujos—. De todos modos, siempre respondes a lo que no tendrías que responder.

Enarqué una ceja, pero él no se fijó en mí. Me sorprendí al darme cuenta de que él estaba constantemente esperando que actuase de una manera concreta y que yo me negase a comportarme de ese modo le molestaba. Por eso juré que seguiría actuando siempre así.

Soltó una carcajada y sostuvo el cuaderno en alto, mostrándome una página en concreto.

—¿Se supone que soy yo? Me has dibujado la mandíbula demasiado afilada.

Clavé la mirada en la dura línea de su mandíbula cuadrada.

—No, qué va.

—No hay ningún dibujo tuyo en todo el cuaderno.

—¿Para qué? Me gusta dibujar a la gente que me parece interesante.

Entonces se quedó callado y yo me di cuenta de lo que acababa de decir. Nerviosa, intenté pensar en alguna manera de poder retirar mis palabras, pero no se me ocurrió ninguna. Lentamente, caí en algo, como si la idea se estuviese deslizando por mi mente, moviéndose como la miel. Había dicho la verdad y, me gustase o no, el señor Hayes me parecía *interesante*. Por todo lo que no decía, por todos los secretos que ocultaba tras esa sonrisa canalla. Muy a mi pesar, me llamaban la atención sus antebrazos musculosos y sus dedos romos, que rodeaban sus fuertes manos. Me llamaba la atención su labio inferior, recto y recortado.

—Así que te parezco interesante.

No le respondí, me moría por saber a qué estaba jugando. Porque siempre estaba jugando a algo.

—¿Qué es *exactamente* lo que te parece interesante? —Un brillo travieso le iluminó la mirada. Se echó hacia delante, doblándose sobre la mesa y ocupando demasiado espacio como para poder ignorarlo. Su cercanía hizo que se me acelerase el pulso—. ¿Has pensado alguna vez en besarme?

Soltó esa pregunta sin inmutarse.

Estaba trazando los frentes de batalla. Disparando a ciegas para que me alejase de él. Me armé de valor. Él había elegido ser encantador y no quitarse la máscara, queriendo irritarme y provocarme. Pero yo no me dejaría enredar en su juego, del mismo modo que él se aseguraba de mantener a todo el mundo lejos. Su estrategia era sencilla y brillante; al coquetear conmigo, evitaba que la conversación derivase hacia algo mucho más importante.

—Por si todavía no te habías dado cuenta —empecé a decir en un susurro—, tengo muchas más cosas en común con mis padres de las que podrías imaginar. Como a ellos, me gusta descubrir la verdad. Las cosas ocultas siempre me han fascinado. Y tú, señor Hayes, tienes un secreto. Uno que lleva mucho tiempo enterrado, pero sé que está ahí. Y, un día, lo descubriré. Recuérdalo.

Él bajó la mirada hacia sus uñas.

—¿Estás segura de que eso es prudente?

—He viajado hasta aquí yo sola —dije—. Le he mentido a todo aquel con el que me he cruzado, he desobedecido a mi tío una y otra vez. ¿Qué te hace pensar que soy una persona prudente?

El señor Hayes alzó la vista hacia mí y me fulminó con la mirada.

—Te estoy diciendo que no te metas en mis asuntos. No te gustará lo que encuentres, te lo prometo.

—Siempre he sido demasiado curiosa para mi propio bien.

—Bueno, entonces supongo que es algo bueno que te marches en cuestión de horas.

Mi humor se agrió y cambié de tema bruscamente.

—¿Qué fue lo que te trajo hasta Egipto? Nunca me lo has contado.

El señor Hayes cerró mi cuaderno y lo deslizó sobre la mesa hacia mí.

—El deber.

Le hice un gesto para que siguiese hablando, pero entonces llegó nuestra comida, y se entretuvo tomando uno de los cruasanes y dejándolo en su plato. Sin mucha ceremonia, lo mordió y soltó un gemido de placer.

—Tienes que empezar probando esto.

Cortó el otro a la mitad y lo puso en mi plato. Le di un mordisco y solté el mismo gemido que él. De alguna forma, el hojaldre era dulce y salado a la vez, cremoso y decadente.

—¿Está a la altura de tus expectativas?

—Todo en este país lo está. Ahora entiendo por qué mis padres nunca tenían suficiente. —Eché un vistazo a mi alrededor, con cierta tristeza, observando al resto de clientes que disfrutaban de un helado o de un enorme trozo de tarta—. Ojalá mi tío me dejase quedarme un poco más. —Le di otro mordisco al cruasán.

—No tiene tiempo que perder. —El señor Hayes se limpió las manos con la servilleta de tela—. Nos vamos esta noche.

Me atraganté al morder un dátil.

—¿Qué?

Él se quedó inmóvil, sopesando su respuesta.

—Tenemos que embarcar en el *Elefantina* después de cenar, esta misma noche —dijo, después de un minuto—. Zarpamos desde Bulaq mañana a primera hora.

—¿Dónde está eso? —Intenté mantener un tono desenfadado, pero la idea de que fuesen a navegar por el Nilo sin mí me dolía. Todavía no había encontrado la tienda donde papá podría haber comprado el anillo de oro. No había descubierto nada sobre la desaparición de mis padres.

—Al otro lado de la ciudad —respondió el señor Hayes, con un tono extrañamente amable—. Venga. No hace falta que pongas cara de cachorrito triste. Siempre puedes volver cuando a tu tío se le hayan bajado un poco los humos. Lo único que quiere es mantenerte a salvo, y no iba a poder tenerte vigilada mientras supervisa a un equipo arqueológico.

Aquello me enfadó.

—¿Por qué insistís mi tío y tú en pensar que corro algún tipo de peligro? ¡Echa un vistazo a tu alrededor! Hay muchos turistas disfrutando de las vistas. El Cairo me parece una ciudad perfectamente segura.

Los ojos del señor Hayes refulgieron, azules y fríos como el hielo.

—¿Ah, sí?

—¿Sabes que sueles hacer una pregunta cuando quieres evitar hablar de un tema?

—¿Ah, sí?

—Sí. Y es de lo más molesto.

El señor Hayes mudó su expresión, hasta que pareció incluso arrepentido, pero a mí no me engañaba ni un pelo.

—Lo siento, señorita Olivera.

Nos quedamos mirándonos fijamente y un silencio gélido se extendió entre nosotros, hasta que él lo rompió a regañadientes.

—El Cairo *es* una ciudad perfectamente segura. No es eso lo que le preocupa a Ricardo. Tiene otros motivos.

—¿Que son…?

—Tendrás que preguntárselo a él.

Todo terminaba regresando a mi tío. No pude apartar la mirada del enorme reloj que colgaba de la pared. Cada avance del minutero era un instante perdido. Solo me quedaban unas pocas horas para planear mi siguiente movimiento. De lo contrario, mi tío Ricardo y su equipo zarparían sin mí. Entonces aparté la vista de mi irritante compañero y observé a las personas que había sentadas a nuestro alrededor, llenando todas las mesas disponibles.

Un hombre en particular me resultó de lo más familiar. Su cabello canoso repeinado hacia atrás, el corte de su abrigo. Me fijé bien en él. El inglés se volvió y se llevó su taza de café a los labios. Su perfil desató una oleada de furia en mi interior. Pasé la mirada a su compañero. Mi cuerpo lo reconoció incluso antes que mi mente, y una profunda sensación de malestar me revolvió el estómago. La ira me hizo hervir la sangre.

El caballero con el pelo cano era sir Evelyn. El hombre a su derecha era el señor Sterling.

Y en el dedo meñique llevaba puesto el anillo de Cleopatra.

10

Podía hacer varias cosas, pero ninguna serviría de nada. Podía levantarme y gritar «ladrón» todo lo alto que pudiera, o acercarme a su mesa y exigirle al señor Sterling que me devolviese el anillo. La lógica me suplicaba que pensase con la cabeza, no quería llamar la atención indebidamente. El señor Sterling nunca llegó a saber mi nombre real, pero si me veía ahora, podría descubrirlo o, al menos, preguntar por mi acompañante.

El señor Hayes era bastante conocido en este mundo.

Observé con disimulo a sir Evelyn y al señor Sterling, con su cara de sapo. Esta tarde sí que parecía uno, con su chaqueta de terciopelo verde y su chaleco a juego. El señor Hayes siguió mi mirada y enarcó las cejas.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —le pregunté en un susurro.

Él se levantó de su asiento.

—Siempre estoy pendiente de lo que me rodea.

—Bueno, no quiero que se fije en mí, así que lo mejor será que nos vayamos.

—De acuerdo. —Dejó unas cuantas monedas sobre la mesa, me tomó del brazo y me llevó rápidamente a través del comedor—. Es hora de volver al hotel.

Nos apresuramos a salir del local y el señor Hayes caminó hasta la calzada, donde soltó un silbido agudo. Un carruaje se detuvo frente a la acera y, después de ayudarme a subir, se acomodó en el asiento de enfrente. Le dio la dirección al cochero y nos pusimos en marcha.

—¿Vas a intentar robarle el anillo al señor Sterling? —susurré.

El señor Hayes tenía la mirada perdida al otro lado de la ventanilla, golpeando distraídamente el marco.

—¿Te has preguntado acaso por qué lo lleva puesto?

Negué con la cabeza.

—Estaba demasiado enfadada como para pensar en nada más. La forma en la que me lo robó, su arrogancia, me nubló la mente. Deberías haberlo oído llamarme *histérica*. Hizo que pareciese que estaba loca.

Él apretó los labios con fuerza.

—Será cabrón.

Me quedé mirándolo fijamente, desconcertada. Poco a poco se había ido convirtiendo en alguien a quien podría considerar un amigo. No estaba muy segura de cómo me sentía al respecto. Sería mucho más fácil si no me gustase en absoluto. Carraspeé.

—No has respondido a mi pregunta.

—Si lo lleva puesto será imposible robárselo. Me preocupa más por qué está *exhibiéndolo* como un trofeo.

No terminaba de entender a dónde quería llegar.

—¿Por qué te preocupa eso?

—Sabe que el anillo es su mejor baza para encontrar la tumba de Cleopatra, porque su magia podría guiarlo hasta ella, ya que la magia atrae y reconoce a sus iguales. El señor Sterling ya le habrá hablado a todo el mundo de su descubrimiento y se habrá asegurado un firmán...

—No sé qué es eso —lo interrumpí.

—Una licencia de excavación. Monsieur Maspero evalúa todas las peticiones de excavación y decide quién puede cavar y dónde. Siempre está amenazando a tu tío con quitarle el suyo para esta temporada.

Sacudí la cabeza, tratando de entender lo que me estaba queriendo decir.

—Pero aunque el señor Sterling tenga el anillo, aun así tendrá que visitar cada yacimiento que haya a orillas del Nilo. Tardaría meses.

—¿Cuánto sabes sobre la vida de Cleopatra? —me preguntó.

—Muy poco —admití—. Lo que he leído en las obras de Shakespeare.

—«Presta atención y verás al tercer pilar del mundo transformado en el juguete de una golfa» —citó el señor Hayes, y yo parpadeé, sorprendida.

—¿Has leído la obra?

Él puso los ojos en blanco y siguió hablando.

—Cleopatra comandó un ejército entero, se enfrentó a insurrecciones, controló la enorme riqueza de Egipto y sobrevivió a diversas hambrunas. Hizo todo eso y la historia se empeña en retratarla como si solo fuese una mujer deseable, una arpía descarada que atraía a los hombres a su perdición. Es una pena que los romanos nunca se molestasen en tratar de entenderla. Ellos tuvieron la culpa de cosas mucho peores. Incitar guerras, saquear todo lo que encontraban y gobernar sin concesiones. —Cualquier atisbo de buen humor desapareció de su semblante, dejando tras de sí una sutil amargura—. Y está volviendo a ocurrir, aquí, en Egipto. Todos quieren algo, los franceses y los holandeses, y Gran Bretaña también.

—Fue horrible leer sobre lo que ocurrió —repuse, al recordar cómo solía leer a escondidas los periódicos que mis padres se traían consigo de sus viajes—. Pero fue mucho peor verlo en persona. Saber algo no es nada comparado con verlo en persona.

El señor Hayes asintió, con su mirada clavada en mi rostro, y entonces sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos.

—¿Acabamos de admitir que estamos de acuerdo en algo?

—Una anomalía, sin duda —repuse, soltando una risita—.

Siempre y cuando no hablemos sobre tus compatriotas, creo que estamos a salvo.

El señor Hayes frunció los labios y el ceño. Estaba tan acostumbrada a ver su sonrisa torcida o de suficiencia, o el brillo travieso apenas oculto tras su mirada, que su expresión de desprecio me sorprendió.

—Son mis compatriotas en el sentido más amplio de la palabra. Seguro que les encantaría despojarme de mi nacionalidad. Tampoco es que me queje —añadió en un susurro.

—¿Y ser un hombre sin país? ¿Sin familia?

Guardó silencio, pero después me dedicó una sonrisa socarrona.

—¿Por qué, es que quieres que me una a la tuya?

Pero me negué a dejar que cambiase de tema con ese comentario tan estúpido. Puede que creyese que eso me distraería, pero acababa de decir algo que había despertado mi curiosidad.

—¿Por qué iban a querer despojarte de tu nacionalidad?

—Quizá fui demasiado temerario.

Observé su camisa arrugada, el cuello desabrochado y el cuero sin pulir de sus botas. Contrastaban con fuerza con el uniforme planchado, el pelo cortado al ras y los zapatos relucientes de un soldado. Pero su musculoso cuerpo, perfeccionado tras años de entrenamiento y actividad, y su rostro curtido por la intemperie no dejaban lugar a dudas. Ni tampoco el revólver que llevaba a la cintura, con unas iniciales grabadas que no le pertenecían. Puede que ya no formase parte del ejército, pero era evidente que había sido un soldado en el pasado.

—Entonces, ¿les desobedeciste?

—Dime —dijo lentamente—. ¿Qué tengo que hacer para que dejes de hacerme preguntas?

—Responderme a una de ellas.

Se carcajeó.

—Tu curiosidad no tiene sentido de la decencia.

Me incliné un poco más hacia delante, y las comisuras de sus labios cayeron ante mi invasión de su espacio. Permaneció completamente inmóvil, relajado, para ver hasta dónde era capaz de llegar.

—No te haces una idea, señor Hayes. ¿Cuánto tiempo estuviste en el ejército?

—Desde los quince años.

—¿Tienes hermanos?

—Dos; yo soy el menor.

—Estabas destinado a ser un soldado.

Había dado en el clavo. Apretó la mandíbula con fuerza.

—Parece que nos hemos desviado del tema —dijo—. Te estaba

hablando de Cleopatra. A menos que quieras seguir haciéndome preguntas invasivas.

Ya había descubierto suficiente. El señor Hayes había sido el que sobraba en su familia, probablemente por partida doble si la amargura que teñía su mirada servía de indicio. Había abandonado el ejército, disgustando así a quienes contaban con él para mantener su buena reputación y cumplir con su deber.

—Según los antiguos historiadores Heródoto y Plutarco, se pasó la mayor parte de su vida en el palacio de Alejandría…

—No sabía que hubiese un palacio en Alejandría —lo interrumpí.

—Porque nadie sabe dónde está —repuso. Me lanzó una mirada socarrona—. Cleopatra podría estar enterrada allí perfectamente. Pero siempre afirmó que era descendiente de la diosa egipcia Isis, esposa de Osiris y señora del cielo. Todavía quedan algunos templos donde se la venera. Lo que quiero decir es que el señor Sterling no tendrá que buscar en *cada* yacimiento.

Y entonces lo entendí.

—Estás diciendo que solo hay unos cuantos lugares donde podría estar enterrada.

Él asintió, desganado.

—Antes ya cabía la posibilidad de que pudiese encontrarla, pero ahora, con el anillo que te robó, lo tiene mucho más fácil. Eso *si* la magia decide aferrarse a él.

El carruaje aminoró la marcha y yo me incliné hacia la ventana. El cochero se detuvo frente a la enorme entrada del Shepheard, cuya terraza estaba llena de huéspedes del hotel tomándose el té de la tarde. La sombra de las palmeras les ofrecía un respiro del sol abrasador.

—El lado positivo de todo esto —me susurró el señor Hayes al oído— es que no es problema tuyo.

Me giré hacia él y lo miré a los ojos.

—Salvo que sí que lo es, y mi tío me está haciendo un flaco favor al mandarme lejos.

Nuestros rostros estaban muy cerca. Los rayos del sol surcaban su cabello cobrizo, entrecruzándose sobre su nariz aristocrática. El azul de sus ojos era del más pálido tono de los acianos. No logré leer su peculiar expresión. Nuestras respiraciones se entremezclaban en el mínimo espacio que separaba nuestros labios. Su aliento olía a whisky. No pude evitar preguntarme qué le hacía llevar su petaca encima en todo momento.

Entonces se apartó, abrió la puerta y se bajó de la berlina de un salto. Se volvió para ayudarme a bajar, y me sostuvo la mano durante unos cuantos minutos.

—Pagaré al cochero e iré a recoger tus compras. Haré que te las

suban a tu habitación.

—*Gracias.*

—*De nada* —dijo tan amablemente que me sorprendió.

Me soltó la mano y yo me encaminé hacia la terraza. El carruaje ya se había empezado a alejar y me quedé mirando la enorme avenida. Ante mí se agolpaban cientos de personas de todas las clases sociales y nacionalidades, en busca de diversión, trabajo, algo que comer, algo que comprar. Había hombres vestidos con sus mejores trajes y lustrosos zapatos de cuero, ricas egipcias cubiertas con velos turcos, niños persiguiendo perros, trabajadores a caballo que se dirigían a las caballerizas anexas al hotel que había usado hasta el propio Napoleón.

Esta podría ser mi última vez en El Cairo.

Aquella idea me formó un nudo en el estómago. No había conseguido casi nada, excepto encontrar un joyero mágico.

El señor Hayes se me unió en la terraza. Las palmeras susurraban una dulce canción con la brisa que surcaba la ciudad. En lo alto, el cielo se había empezado a oscurecer hasta adquirir un color púrpura amoratado y las llamadas a la oración se alzaban rompiendo el murmullo del atardecer. Desganada, me di media vuelta, apartando la mirada de la calle. El señor Hayes se quedó a mi lado, con su cabello ondulado y despeinado, de un tono que mezclaba el castaño y el rojizo, como si no tuviese muy claro qué color prefería. Representando a la perfección al hombre que lo portaba.

Me tendió la mano.

—Bueno, señorita Olivera, ha sido un placer exhibir su belleza por El Cairo.

Le di la mano, su piel era callosa y áspera contra la mía, pero no me importó.

—Algún día van a traerte problemas esos cumplidos tuyos.

—Pero hoy no es ese día —repuso, con una pequeña sonrisa.

Le devolví la sonrisa, incapaz de contenerme. Un brillo extraño recorrió su mirada. Imposible de descifrar. Sus ojos se oscurecieron y entonces se agachó y sus labios me rozaron la mejilla en un beso. Todo terminó antes de que pudiese decir nada, antes de que pudiese parpadear siquiera.

El señor Hayes dio un paso atrás y me hizo un gesto para que entrase en del hotel.

—¿Sigues sin confiar en mí? —Debería estar enfadada, pero tuve que contenerme para no esbozar una sonrisa.

Sus labios se tensaron y sospeché que él también estaba conteniéndose para no sonreír.

—Ni un poquito.

Entramos juntos en el vestíbulo, con varios metros de distancia

entre nosotros. Uno de los empleados del hotel se nos acercó, como si nos hubiese estado esperando.

—¿Señor?

El señor Hayes enarcó las cejas.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Tiene una carta —dijo con acento alemán—. Aquí la tiene.

Si no hubiese estado cerca de él no me habría dado cuenta de lo rígido que se había puesto, cerrando las manos hasta formar puños. Pero se recuperó rápidamente y tomó la carta.

—*Danke schön.*

—*Bitte schön* —respondió el empleado del hotel antes de marcharse a la carrera.

El señor Hayes se volvió hacia mí.

—Espero que sean buenas noticias —comenté.

—Nunca lo son —dijo—. Me temo que esto es un adiós, señorita Olivera. —Señaló a algún punto a mi espalda y yo me volví en esa dirección—. Tu tío está allí, al otro lado del vestíbulo. Yo que tú, me portaría bien.

Cualquier sensación de complicidad que hubiese podido tener con él desapareció por completo. Asentí y él me respondió con un gesto que no supe interpretar. ¿Es que se arrepentía de lo que había ocurrido? Pero antes de que pudiese decir nada, se dio media vuelta y siguió al empleado del hotel. Lo último que vi fue su musculosa espalda desapareciendo entre la multitud.

Me llevé los dedos a la mejilla donde me había besado. Me quedé con la mirada perdida durante unos cuantos minutos, con el barullo que me rodeaba transformándose tan solo en un susurro. Sacudí la cabeza y regresé al presente, centrándome en el problema que tenía entre manos, con la decepción nublándome la vista. Había venido a Egipto con la esperanza de descubrir algo sobre mis padres, sobre su vida aquí. Había venido con la esperanza de averiguar qué les había ocurrido.

Había fracasado. Por completo.

Divisé a mi tío Ricardo de pie junto a varios baúles maltrechos. Estaba mirando su reloj de bolsillo con impaciencia, sin duda esperando al señor Hayes para poder ponerse en marcha.

Sin mí.

Valoré la opción de huir, de salir corriendo del Shepheard, pero la lógica me lo impidió. ¿A dónde iría sin dinero y sin mis pertenencias? Me tragué la rabia y pasé junto a él, con cuidado de que no me viera. La enorme escalera se alzaba frente a mí y, a cada paso que daba, sentía que estaba retrocediendo otro más. Mi tío ya se había despedido de mí. Ya no nos quedaba nada más que decirnos, ningún avance que hacer, al menos no de momento.

No había subido más que unos cuantos escalones cuando escuché que me llamaban. Me volví y me encontré a Sallam corriendo a mi encuentro. Llevaba puesto el uniforme del hotel, verde y dorado, que me recordaba a las palmeras que había a las orillas del Nilo.

—He oído que nos deja —dijo, esbozando una sonrisa triste.

Me costó un esfuerzo titánico no volverme hacia mi tío y fulminarlo con la mirada. Una parte de mí sabía que el cosquilleo que estaba sintiendo en la nuca se debía a su mirada, abriéndose paso entre la multitud, puesta en mí, tanto que me inquietaba. Pero no podía volverme a mirarlo. Me negaba a darle esa satisfacción.

—Por desgracia, es cierto. Se lo puede agradecer a mi tío.

Sallam frunció el ceño.

—Bueno, quería desearle un buen viaje de vuelta a Argentina. Mandaré a alguien para que suba a recoger su equipaje. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una nota arrugada—. Tiene una carta, por cierto.

En el anverso, mi nombre estaba escrito con la elegante caligrafía de mi tía. Justo lo que necesitaba en este momento, una bronca que había cruzado todo un océano.

—Oh, cielos.

—¿Disculpe? —me preguntó.

—Nada. —Le quité la carta, le di las gracias y después subí hasta la suite de mis padres. Me dejé caer en el sofá y me pasé las manos por el cabello, tirando de los mechones. El silencio era opresivo. Sin decir nada, lancé un cojín a la pared de la habitación. Y después otro.

Esto era todo. Ya no me quedaban más opciones. Mi tío se negaba a responder a mis preguntas, se negaba a ayudarme a descubrir qué les había pasado a mamá y a papá, y me mandaba de vuelta a casa.

Como si no le importase en absoluto.

Cerré los ojos con fuerza y pensé. Tenía que haber algo que pudiese hacer. Cuando volví a abrir los ojos, eché un vistazo a mi alrededor, desesperada. Aquí habían *vivido* mis padres. Me levanté, me volví a acercar al escritorio y empecé a buscar. No sabía qué estaba buscando, pero me valdría cualquier cosa que pudiese indicarme qué habían estado haciendo mis padres justo antes de irse al desierto.

Esta era mi última oportunidad.

Rebusqué entre los cajones, examinando cientos de libros y de papeles. Mis padres tenían montañas de cartas sin abrir, y las leí todas, pero no había nada. Solo eran saludos de viejos amigos de Argentina o invitaciones a cenas de hacía meses. Frustrada, me interné en su dormitorio y rebusqué entre sus baúles, lanzando su ropa al suelo hasta formar un montón sobre la moqueta. Quité las sábanas de la cama de un tirón y metí la mano dentro de las dos almohadas.

Nada.

Ni siquiera un cuaderno o un diario, aunque sabía que los dos tenían uno.

Con un gruñido de frustración, me dejé caer de rodillas y miré debajo de la cama. Había una carta bajo uno de los zapatos de papá, con la esquina apenas visible. Tiré de ella y me senté sobre los talones, apartándome el pelo de la cara con un resoplido de impaciencia. Mi mirada se posó en el reverso del sobre cerrado.

Iba dirigido a monsieur Maspero, pero no tenía ningún sello.

El nervioso compañero de cena de mi tío. El director del Departamento de Antigüedades.

Saqué la carta.

Querido monsieur Maspero:

Fue un placer cenar con usted. Permítame que le pida perdón por el sorprendente comportamiento de mi hermano. Espero que sepa que mi marido y yo respetamos sus esfuerzos y su trabajo en el museo, a pesar de lo que Ricardo pueda insinuar. Mucho me temo que se ha involucrado con individuos de dudosa reputación, asociados con actividades ilegales aquí, en El Cairo. Por favor, mire la tarjeta adjunta.

Esto es lo que temo que es, ¿verdad?

¿Sería posible hacerle una visita en su oficina? He de hablar con usted acerca de este asunto. Necesito desesperadamente su orientación y ayuda.

Atentamente, etc.
Lourdes Olivera

Me centré en una frase. Y fue como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Las palabras flotaban frente a mí, y cada una era como un puñal, clavándoseme directo en el pecho.

«...involucrado con individuos de dudosa reputación, asociados con actividades ilegales...».

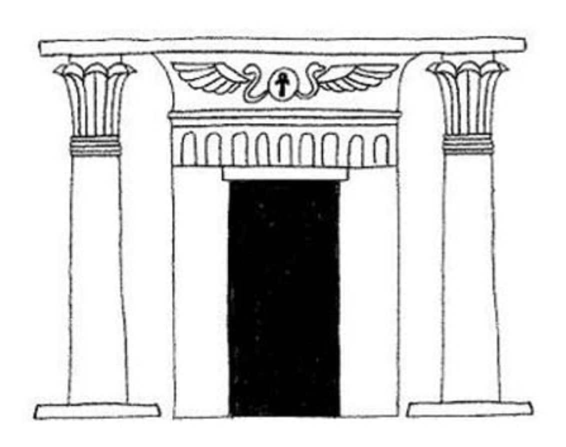
Por Dios, ¿en qué se había metido mi tío? ¿Quiénes eran esos individuos de dudosa reputación? Me dejé caer en el suelo, con las lágrimas anegándome los ojos. Volví a leer la carta y las palabras se emborronaron al mismo tiempo que sacaba la tarjeta cuadrada del sobre, era suave al tacto y gruesa. En un lado había una ilustración de una puerta, estampada sobre el papel caro. Y, en el otro, solo tres frases, escritas con tinta negra.

Gezira Sporting Club

24 de julio

3 de la mañana

Mamá había encontrado esta tarjeta hacía meses. No había oído hablar de aquel club deportivo, pero programar ¿una reunión?, ¿un evento?, tan temprano por la mañana me pareció cuanto menos sospechoso. Le di la vuelta a la tarjeta, volviendo a estudiar el dibujo con atención. Tenía mi cuaderno a mano, y copié rápidamente el boceto de la puerta.



Parecía la puerta de un templo egipcio cualquiera. No lo reconocí, pero eso no significaba que no existiera. Volví a quedarme sin aliento cuando me di cuenta de las implicaciones de lo que había leído.

¿Es que mamá creía que el tío Ricardo era un delincuente?

11

A la mierda el irme de Egipto.

No hasta que descubriese lo que les había ocurrido a mamá y a papá. ¿Mi tío quería deshacerse de mí, enviarme de vuelta a Argentina sin que nadie se enterase, dejar todas mis preguntas sin responder, cuando él estaba involucrado en actividades delictivas? La rabia me invadió como un viento huracanado. ¿Creía que podía mandarme lejos y olvidarse de mí así como así?

No pensaba irme sin hacer ruido.

No, tenía que encontrar un modo de subirme a bordo del *Elefantina*. Preferiblemente antes de que me metiese a rastras en un tren de camino a Alejandría. Lo medité mucho, descartando una idea tras otra, pensando sin parar en lo que me había dicho el señor Hayes. Esta noche embarcarían en la dahabiya, y saldrían del puerto de… fruncí el ceño. ¿Cómo me había dicho que se llamaba el puerto?

Bulaq.

Eso era.

Me puse manos a la obra, pensando sin parar en cualquier cosa que pudiese necesitar para el viaje. Llevarme mucho equipaje probablemente me retrasaría, pero podía meter algo de ropa y algunos objetos de primera necesidad en mi bolso. Me quité el vestido que llevaba y me lo puse encima de otro de repuesto, junto con un par de pantalones turcos debajo de ambas faldas. No era muy cómodo que digamos, pero tendría que cambiarme de ropa en algún momento.

Hecho esto, me centré en mi siguiente tarea.

Colette había hecho bien su trabajo, de eso no cabía duda. Me había hecho la cama y había apilado todos mis baúles uno encima de otro. Y yo solo tardé unos minutos en deshacer todo lo que había conseguido. Me moví rápido, abrí todos los baúles y saqué una bolsa de lona mediana. Cuando preparé lo que me quería traer a Egipto pensé que podría serme útil para quedarme en el yacimiento en el que estuviese excavando mi tío. Si alguien me veía llevándola junto con el bolso tenía preparada la excusa perfecta. Era mi equipaje para pasar la noche en Alejandría.

Salí corriendo hacia el escritorio y tomé un folio en blanco, para redactar una lista rápida sobre todas las cosas que iba a necesitar. A papá y a mí siempre nos había encantado hacer listas.

BOLSA DE LONA:

1. Camisón
2. Mosquitera
3. Cepillo de dientes, peine, pequeño frasco de perfume (quién sabe si habrá alguna bañera en el campamento)
4. Un vestido de día para el barco

PARA LLEVAR DEBAJO DE LA ROPA DE VIAJE

1. Otro vestido de día
2. Pantalones turcos
3. Zapatos de cuero con las suelas gruesas

BOLSO

1. Cerillas y yesca
2. Vela
3. Cuaderno de dibujo y carboncillos
4. Espejo de mano
5. Navaja
6. Cantimplora

Tenía mucho que preparar, y solo esperaba que me cupiese todo. Al revisar las pertenencias de mis padres había visto varios objetos que me resultarían útiles, sin duda estaban pensados para vivir en tiendas de campaña en el desierto. Las cosas que necesitaba estaban desperdigadas por su dormitorio, así que me apresuré a recogerlas todas, metiéndolas en mi bolso, y entonces mis dedos rozaron una superficie rugosa.

El eco de la magia reverberó en mi interior, transformándose en una oleada inmensa e invisible.

Lo que había comprado en el bazar.

Hurgué un poco más y saqué el pequeño joyero, con cuidado de no tocar la madera. Lo balanceé frente a mí y escuché un susurro que me llamaba, atrayéndome hacia él. Pestañeé, incrédula, y después volví a rebuscar en mi bolso para sacar la navaja de papá. Con sumo cuidado, la introduje en la juntura, y la suciedad que el tiempo había incrustado ahí dentro se desprendió fácilmente.

La magia que guardaba en su interior me llamaba y entonces comprendí que estaba buscando algo. Recordaba lo que me había dicho el señor Hayes, cómo la magia reconocía a sus iguales. Respiré hondo, armándome de valor, y seguí desincrustando la suciedad de la juntura. Solo medio centímetro más y…

El joyero de madera se abrió.

Una brisa helada me rodeó, acariciándome la piel. Se me pusieron los pelos de punta. Instintivamente, cerré los ojos para que no se me congelasen. En la más absoluta oscuridad, vi a una mujer. Llevaba un vestido largo de gasa, y unas sandalias le brillaban en los pies, enjoyadas y elegantes. Lentamente, fui captando más retazos de lo que la rodeaba. Un sillón largo en una cámara dorada llena de macetas de flores. Entonces el penetrante aroma a flores me invadió. La mujer se acercó al balcón, que daba hacia un mar increíblemente azul.

Alguien habló a su espalda.

La felicidad la inundó. La mujer se dio la vuelta, tenía un rostro regio y llamativo, aunque no la calificaría como hermosa. Su cabello, largo y oscuro, le caía sobre los hombros al salir corriendo de la habitación.

El momento se desvaneció y el frío se disipó.

El joyero seguía en mis manos, inofensivo. Nada había cambiado; seguía mugriento y ajado. Los grabados casi se habían perdido. Pero había visto algo. Un recuerdo que había pertenecido a una mujer del mundo antiguo. ¿A quién había visto?

Quizá se escondiera algo más en aquella baratija.

Abrí el joyero con impaciencia, pero no había nada. Tal vez hace años hubiese resguardado algo en su interior pero, fuera lo que fuere, hacía tiempo que había desaparecido. Dejé caer los hombros. Pasé un dedo por dentro y pegué un salto. Lo que quiera que hubiese estado guardado allí había poseído una magia poderosa. Me cantaba, como una especie de zumbido, reverberando en mis oídos. Me llamaba. Tenía un regusto familiar. Un sabor que me recordaba a la antigüedad. A los templos que se habían alzado sobre arena ambarina. A una mujer paseándose por su terraza, un halcón siguiéndola de cerca, protegiéndola. El delicioso aroma de un jardín en flor. Flores rebosantes de color. La boca me sabía a rosas.

El anillo de oro me había hecho sentir *lo mismo*.

Cleopatra.

¿De verdad la había visto? Suspiré. Me quedé mirando el joyero de madera, conmocionada, no sabía qué pensar. Quizás el anillo de oro había estado guardado ahí dentro hacía mucho tiempo. Por eso la magia me resultaba tan familiar. Me parecía tan improbable el haber encontrado otro objeto que hubiera pertenecido a la última faraona de Egipto. Y, aun así, eso era justo lo que había ocurrido.

No entendía *por qué*.

Llamaron a la puerta de la suite con un golpe seco, sacándome de mis pensamientos. Pestañeé, y la presencia sombría se desvaneció, dejando tras de sí un rastro persistente, como si se tratase de un perfume. Una mujer que prefería las rosas a las demás flores, que llevaba perlas para decorar su cabello. Me guardé el joyero rápidamente en el bolso. Otro golpe seco. Debía de ser el hombre que Sallam había enviado a ayudarme con mi equipaje. Pero, cuando abrí la puerta, la persona que estaba al otro lado no era un empleado del hotel.

Aferré el picaporte con fuerza y la voz me salió entrecortada.

—Tío Ricardo.

—¿Me permites entrar?

Era tan ancho de hombros que casi llenaba el marco de la puerta. Me sacaba una buena cabeza, cerniéndose sobre mí, y una gran parte de mí tenía ganas de cerrarle la puerta en las narices. No podía sacarme de la cabeza la carta que le había escrito mi madre a Maspero. Ella no confiaba en él. Temía por su seguridad, por lo que podría hacer. Recordé la forma en la que le había hablado a sir Evelyn, cómo había discutido sobre los salarios dignos y luchado porque Abdullah tuviese un sitio a la mesa.

¿Es que todo había sido mentira?

Jamás lo sabría si no hablaba con él.

—Pues claro que puedes entrar —repuse, en un tono mucho más amable.

Él se adentró en la suite y su mirada fue a parar directamente a mi equipaje. No dijo nada, y yo me quedé allí de pie, esperando a que me echase la bronca por haberle desobedecido al pasar todo el día fuera del hotel. Suponía que el señor Hayes ya le habría contado hasta el más mínimo detalle de nuestra excursión. Sentí cómo la tensión me invadía y me preparé para una reprimenda.

—Estás disgustada conmigo —dijo, rompiendo por fin el tenso silencio.

Enarqué las cejas.

Mi tío suspiró y se metió una mano en el bolsillo de su pantalón.

—No sé en qué estarás pensando, pero esto lo hago por ti, Inez. Nunca tuve la oportunidad... no tengo... —No llegó a terminar la frase

y una mueca de dolor le surcó el rostro—. Lo que quiero decir es que no soy padre. Pero sé lo que Lourdes y Cayo habrían querido para ti, y es que estuvieses en casa, lejos de todo esto.

—Pero están muertos —repuse y, por primera vez, no se me rompió la voz al decirlo—. Ahora eres tú el que toma las decisiones.

Esbozó una sonrisa, aunque no le llegaba a los ojos.

—No voy a cambiar de opinión.

—Bueno, pues ya te habías despedido —espeté—. ¿Qué haces aquí?

Parecía perdido y me observó con un brillo extraño en su mirada. Me costaba imaginármelo involucrado en actividades ilegales, de la índole que fueren. ¿Qué hacía durante las horas más oscuras de la noche? No podía imaginármelo haciendo algo que fuese contra la ley. En ese instante se parecía mucho más al tío que recordaba. El de la voz grave y que siempre tenía una sonrisa amable dibujada en el rostro. El cuello de su camisa estaba desabrochado, dejando al descubierto un cuello bronceado, y llevaba el cabello repeinado hacia atrás, recogido bajo un sombrero de cuero. Sus pantalones parecían haber pasado por tiempos mejores, y los llevaba arremangados hasta los tobillos, por encima de unas botas de trabajo desgastadas.

—Te he visto en el vestíbulo. —Echó un vistazo a la habitación de mis padres—. Quería que supieses que te enviaré todas las pertenencias de Lourdes y Cayo en cuanto termine la temporada. Probablemente para principios del año que viene, o eso creo.

Me pasé la lengua por los labios.

—Por favor, tienes que cambiar de opinión, tío.

Mi tío Ricardo se frotó la mandíbula.

—Inez… —Tragó con fuerza. Y las palabras que surgieron de sus labios fueron como una plegaria—. No tengo tiempo para tenerte vigilada. No puedo trabajar si estoy constantemente preocupado por ti. Mira lo que les pasó a tus *padres*. ¿Y si te ocurriese algo mientras estoy ocupado? Nunca podría perdonármelo. —Negó con la cabeza y cambió de tema abruptamente—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

Pensé en todos los objetos que había escondido y asentí. Él echó un vistazo a mi alrededor y fue a recoger mi bolsa de lona. El corazón me dio un vuelco cuando la alzó en alto. Si le daba por ver qué llevaba dentro, encontraría las pertenencias de mis padres. Objetos para sobrevivir en el desierto.

—Te ayudaré a bajar esto.

—No hace falta —dije rápidamente—. Sallam me ha dicho antes que enviaría a alguien para que me echase una mano.

—Ah. —Volvió a bajar la mirada hacia el suelo y carraspeó para aclararse la garganta—. ¿Tienes dinero?

Estuve a punto de volver a asentir pero me contuve a tiempo.

Probablemente no me vendría nada mal tener algo más. No sabía con qué me encontraría de camino al puerto de El Cairo. Mi tío Ricardo rebuscó entre sus bolsillos y me tendió unas cuantas piastras egipcias sin mediar palabra.

—¿A qué hora zarpáis? —le pregunté.

—Nos marchamos mañana por la mañana, pero pasaremos esta noche a bordo del *Elefantina*. Quiero que la tripulación esté reunida para poder zarpar al amanecer. —Jugueteó distraídamente con el puño de la manga de su camisa—. He dispuesto que tu carabina se encuentre contigo en el vestíbulo en diez minutos. Es una señora mayor, pero está encantada de acompañarte y, literalmente, era la única que estaba disponible con tan poca antelación. Al parecer, tiene amigos en Sudamérica y se reunirá con ellos justo después de dejarte en casa. También le he mandado una carta a tu tía con todos los detalles de tu llegada.

—Has pensado en todo. —Hice un último intento por persuadirlo. Me sería mucho más fácil espiarlo si permitía que lo acompañara—. No entiendo por qué estás haciendo esto.

—Algún día lo entenderás —repuso—. Y quizás entonces puedas perdonarme.

Se despidió de mí con una leve inclinación de cabeza y se marchó. Yo me quedé mirándolo fijamente, incapaz de olvidar lo que había dicho, su sinceridad me sorprendía. Me mordí el labio inferior, pensativa.

Pero por mucho que me quedara pensando en lo que había dicho, seguía sin comprender qué había querido decir.



Nunca fui una niña fácil. Siempre me escondía cuando no quería que me encontrasen, explorando cuando debería haberme quedado quieta. Al principio, lo hacía sobre todo cuando mamá y papá estaban en casa. Creía que si veían la niña tan salvaje en la que me estaba convirtiendo, decidirían quedarse un poco más. Pero a papá le encantaba lo independiente que era, y siempre me había animado a adquirir aficiones de todo tipo. Era mamá quien me mantenía a raya, recordándome constantemente lo que esperaba de mí. Y esperaba muchas cosas. Por lo que aprendí a comportarme como una señorita pero, cuando regresaban a Egipto… mis tendencias rebeldes se disparaban.

Di gracias a Dios por ello.

El camino hasta el vestíbulo me dio tiempo de sobra para planear cada uno de los movimientos y contrataques de mi precipitado plan. Por fuera, no dejé que mi expresión desvelase absolutamente nada de lo que estaba pensando, esperando que nadie notase mi nerviosismo.

Para cuando llegué a la planta principal tenía las manos resbaladizas por el sudor.

¿Y si fracasaba?

El Shepheard estaba lleno de huéspedes elegantes, esperando a entrar en el comedor. Estaban reunidos en pequeños grupos y sus respectivas conversaciones hacían eco en el abarrotado vestíbulo. Las damas llevaban vestidos de noche recargados y los caballeros, algunos de ellos fumando, iban vestidos con unos trajes impecables, zapatos lustrosos y corbatas anudadas a la perfección. Los egipcios charlaban ociosamente, con las borlas de sus sombreros fez meciéndose de un lado a otro con su animada conversación. Podría haber fácilmente entre cien y doscientas personas socializando en ese vestíbulo, bloqueándome el camino hasta la entrada.

Entre el gentío, sobresaliendo por encima del resto, estaba el señor Hayes, vestido mucho más elegante de lo que jamás podría haber imaginado. Su traje negro contrastaba con su rostro bronceado, con su ropa pulcra y planchada a la perfección. Sin una sola arruga. Estaba hablando con mi tío, con el ceño fruncido y gesticulando sin parar. Y yo tuve que contener un gruñido. Lo más probable era que me estuviese delatando en ese mismo instante. Sinceramente, tampoco me extrañaría. Y, mientras tanto, mi tío Ricardo lo escuchaba en silencio.

Entonces la mirada errante de mi tío se encontró con la mía desde el otro lado del vestíbulo.

El señor Hayes se dio la vuelta hacia mí, siguiendo la mirada de mi tío. Se irguió al verme, sus ojos azules se clavaron en mi rostro y después bajaron lentamente hacia mi pulcro vestido de viaje y las maletas que llevaba en la mano. Apretó la mandíbula con fuerza y se volvió, le dijo algo a mi tío y se adentró en el comedor dando zancadas.

Por alguna extraña razón, se me revolvió el estómago al ver que se marchaba. Me encogí de hombros, tratando de librarme de esa sensación con una sacudida. Mi tío Ricardo se acercó a mí, fijándose en mis maletas.

—Se las puedes dar a Sallam. Él se encargará de llevarlas con el resto de tus pertenencias.

Creía que me gritaría. Que estaría furioso.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Ya te he dicho todo lo que tenía que decirte —dijo.

Fruncí el ceño.

—No, me refiero a… —Y entonces lo supe. El señor Hayes no le había hablado sobre nuestra tarde juntos.

Había supuesto mal. La sorpresa me invadió. Esa sensación tan extraña regresó, una mariposa revoloteando en lo más profundo de mi

vientre. Aparté la mirada deliberadamente del comedor.

—¿Te refieres a...?

—Soy perfectamente capaz de llevar mis cosas yo solita —repuse, respondiendo a su anterior pregunta—. No me importa.

—Muy bien —dijo—. Ven, voy a presentarte a tu acompañante.

Se moría de ganas de librarse de mí de una vez por todas. Me guio entre la multitud, llevándome hacia una mujer mayor, que parpadeó al verme, confusa. Llevaba un vestido de seda a rayas de lo más elegante, con su polisón característico. Si tuviese que adivinar su edad diría que rondaba los ochenta años. El corsé acentuaba su cintura estrecha y de su muñeca colgaba una sombrilla a juego. Parecía una persona amable, aunque un tanto distraída. Tenía unos ojos enormes y profundas arrugas en las comisuras, probablemente por todos los años que se habría pasado riendo.

Me cayó bien en el acto. Era una pena que tuviese que engañarla.

—¿Señora Acton? —la saludó mi tío, sonriendo—. He venido a presentarle a su protegida.

—¿Mi protegida? Ah, cierto, tú debes de ser la joven Irene, ¿no?

Mi tío ahogó una risa.

—Inez. ¿Tiene todo lo que necesita? ¿Dinero y los pasajes?

Ella parpadeó, mirándolo con los ojos abiertos de par en par y sus labios formando una «O» perfecta.

—Joven, es increíblemente *vulgar* hablar de esos temas en público.

—Lo siento —repuso mi tío Ricardo, y esta vez no pudo contener la risa—. Pero ¿tiene los pasajes? Se los deberían de haber entregado en recepción.

—Sí, sí. Son tan pequeños que apenas puedo leer lo que pone. —Se palpó el cuerpo, como si estuviese buscando algo, y yo le señalé el pequeño bolsito de seda que llevaba colgado de la muñeca.

—Lo tiene ahí —dije, y entonces se me ocurrió una idea. No podía leer lo que ponía en los pasajes porque la letra era demasiado pequeña. Me mordí el labio, intentando mantener un rostro neutral—. Gracias por acompañarme.

—¿Y está lista para partir? —insistió mi tío.

La señora Acton asintió, rebuscando distraídamente en su bolso.

—Ya tengo todo preparado.

—Excelente. —Mi tío se volvió hacia mí—. Tengo que irme. Buen viaje, querida sobrina. Te escribiré, lo prometo.

Y entonces se marchó sin mirar atrás, dejándome con una completa extraña.

—Bueno, Irina, creo que nos lo pasaremos muy bien juntas —comentó la señora Acton. Lo dijo con la voz entrecortada, como si estuviese a punto de echarse a reír—. ¿Te presento a mis amigos?

Están en el salón, justo allí, haciendo un puzle. Les gustan mucho esa clase de tonterías. Creo que aún nos quedan unos minutos antes de que tengamos que irnos, y me encantaría poder tomarme una taza de té.

Había llegado el momento del engaño.

Fruncí el ceño con fingida confusión.

—Tiene todo el tiempo del mundo, señora Acton. Si quiere, puede sentarse e incluso unirse a su juego.

La perplejidad se apoderó de su expresión. Me recordó a una almohada de seda arrugada.

—Pero tenemos que partir hacia la estación. El tren sale dentro de una hora, o eso creo.

—¡Oh! Señora Acton, creo que se ha equivocado con las fechas de nuestro viaje. No partimos hasta mañana. —Le tendí la mano—. Mire, déjeme, se lo mostraré. ¿Me podría dar los pasajes, por favor?

Los sacó de su bolso y me los tendió.

—Pero si ya he hecho las maletas. Su tío me dijo que nos teníamos que reunir hoy.

—Creo que solo quería presentarnos —dije, restándole importancia—. ¿Ve? Lo pone aquí. Nos vamos mañana. Qué suerte que ya tenga todo preparado. Yo todavía no he empezado a hacer las maletas.

—¿No? —jadeó la señora Acton—. Bueno, a mí me gusta hacerlas con antelación. Siempre me ha funcionado, así no me dejo nada. Puedo pedirle a mi doncella que vaya a darle una mano. Es un cielo.

Negué con la cabeza.

—Mi tío ya se ha encargado de conseguirme una doncella, pero le agradezco la oferta. Bueno, me alegro de que vaya a poder disfrutar tranquilamente de esa taza de té. Salude a sus amigos de mi parte.

La señora Acton me observó, con el ceño todavía fruncido por la sorpresa. La empujé suavemente en dirección a sus amigos. En cuanto me dio la espalda, salí del hotel y me adentré en las calles de El Cairo.

Libre, libre, libre.

Intenté no sonreír al pensarlo.

Whit

Ricardo bajó la mirada hacia su reloj de bolsillo y frunció el ceño. El hombre con el que habíamos quedado no se había presentado a la cena. Guardé silencio y no pude evitar recorrer el comedor con la mirada, calculando el número de personas que había en la sala y quién podría suponer una amenaza para mí o para mi jefe. Eran demasiados y deslicé la mano lentamente hacia donde solía llevar enfundado mi revólver. Los gerentes del hotel no aprobaban que sus huéspedes llevasen armas en el comedor. Le di vueltas al whisky en mi

vaso, antes de tomar un largo sorbo, escuchando la desaprobadora voz de mi padre al mismo tiempo que el licor se abría paso por mi garganta. El hombre solo bebía té y limonada muy dulce. Padre decía que solo los hombres débiles bebían alcohol.

—Llega tarde —gruñó Ricardo.

—¿Estás seguro de que lo necesitamos?

—No, pero ya pensé una vez que tenía todo bajo control y está claro que me equivoqué. No puedo permitirme cometer más errores. Es una especie de seguro. —Me miró de soslayo—. ¿Mi sobrina te ha dado algún problema?

Un camarero se acercó, con una bandeja llena de copas de vino blanco y rojo en la mano. Le quité una, sin siquiera fijarme en cuál, y me bebí su contenido de un trago. Recordé lo que había pasado antes, cuando había acompañado a la señorita Olivera a dar una vuelta por El Cairo. Estuve a punto de contarle a Ricardo lo que había hecho, lo tenía en la punta de la lengua. Pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. En cambio, me acordé de su mirada triste cuando estábamos en la terraza, con el ruido de la ciudad enredándose a nuestro alrededor. Ni siquiera me llegaba a los hombros, y para sostenerme la mirada tenía que alzar la barbilla y echar la cabeza hacia atrás casi del todo.

Unos rizos oscuros enmarcaban su rostro, y un puñado de pecas salpicaban su nariz, sus mejillas y sus párpados. Me había quedado mirando fijamente esos ojos cambiantes, verdes, marrones y después dorados, una mirada que contenía magia alquímica, y no pude evitar que una idea arraigase en mi mente.

Oh, mierda.

Había sido muy estúpido por mi parte el inclinarme y darle un beso. Era exasperante seguir sintiendo la suave curvatura de su mejilla en mis labios, recordar su dulce perfume en mi nariz.

Gracias a Dios que iba a marcharse.

—¿Y bien?

Parpadeé, tratando de ahuyentar el recuerdo. Y me aseguré de mantener el rostro inexpresivo al mentirle a la cara.

—No me ha dado ningún problema.

Ricardo gruñó, y clavó la mirada en algún punto a mi espalda. Seguí su mirada y me topé con un hombre corpulento de pelo claro y ojos azules que se acercaba a nosotros, con una mujer menuda y joven pisándole los talones. Vestía a la última moda, con la cintura de su vestido ceñida y el cuello adornado con encajes extravagantes, me recordaba a una hembra marcando su territorio. Nuestras miradas se encontraron, en sus ojos había un brillo divertido, y sus labios rosados esbozaron una sonrisa tímida. Me miró como si fuese su próxima presa.

El señor Fincastle y su hija habían llegado.

12

Las piastras tintinearon con fuerza en el interior de mi bolso cuando salí corriendo del Shepheard, con la bolsa de lona golpeándome en el muslo. Recorrí la calle con la mirada, buscando a algún empleado del hotel al que pudiese convencer de que no revelase a dónde iba en caso de que alguien preguntase pero que me pudiese conseguir transporte. Estaba más que dispuesta a pagar lo que me pidiesen por su silencio. Un adolescente, que tendría unos trece años más o menos, me sonrió de oreja a oreja cuando me acerqué a él y me llevé la mano al bolso.

—¿A dónde?

—A Bulaq, por favor —dije—. Y te agradecería si no le dijeses a nadie a dónde me voy.

Él frunció el ceño.

—Pero...

Le dejé dos monedas más en la palma de la mano y se calló de golpe.

—Por favor, no te preocupes.

El joven empleado me consiguió un cochero con reticencia, pero se embolsó el dinero y después me ayudó a subir al carruaje, antes de darle al cochero las indicaciones del puerto. Durante el día, El Cairo estaba lleno de turistas recorriendo sus calles, comprando baratijas y comiendo en algunos de los restaurantes que ofrecían comida tradicional. Pero, por la noche, la ciudad vibraba con un pulso muy distinto, llena de música en directo, con los lugareños fumando en sus porches, comiendo en carritos donde los vendedores ambulantes vendían una especie de pan caliente en forma de disco. Cada barrio por el que pasábamos era completamente distinto al anterior, con vida propia y un ritmo muy distinto al del que habíamos dejado. Apoyé las manos contra el cristal, casi sin poder respirar del asombro. La luna plateada se alzaba sobre el río, y la corriente se mecía de un lado a otro, reflejando su luz.

Quería explorar cada recoveco de este El Cairo.

Esta era la noche egipcia.

Nos fuimos acercando poco a poco al Nilo, oscuro e imponente sin importar dónde mirases. Como el resto de la ciudad, esta zona también vibraba, llena de vida, con energía propia. Me bajé de la berlina y contemplé, asombrada, la estampa que se abría ante mí. Cientos de barcos y dahabiyas estaban amarrados a los muelles, meciéndose en silencio con la corriente. Había egipcios por todas

partes, hablando en árabe, y vestidos con largas túnicas blancas y sandalias cómodas. También había algún que otro turista, intentando que algún capitán local les alquilase un barco. Los niños egipcios corrían de un lado a otro, jugando con perros callejeros y vestidos con la misma clase de túnicas de manga larga que los adultos, con la prenda llegándoles hasta los tobillos. La correa de la bolsa de lona se me clavaba en el hombro por el peso, y yo me removí, intentando encontrar una postura en la que no me hiciese daño.

Había llegado el momento de pasar a la parte de mi plan de la que menos segura me sentía.

¿Dónde *demonios* estaba el barco de mi tío?

Con un suspiro, me acerqué a un anciano con una sonrisa amable. Al verme, se le iluminó la mirada, probablemente porque creyó que querría contratarlo para que me diese un paseo por el Nilo. Lamenté tener que decepcionarlo.

—¿El *Elefantina*? —pregunté—. Por favor.

Él se me quedó mirando fijamente, confuso, y después me señaló un barco llamado *Fustat*. Yo negué con la cabeza y le susurré *shokran* antes de seguir mi camino por los muelles; fui leyendo los nombres pintados en los costados de todos los barcos con los que me cruzaba, prestando atención por si oía a alguien hablar en inglés. Me acerqué a otra persona preguntando por el barco de mi tío, pero tampoco tuve éxito. De reojo, me fijé en un niño que no me quitaba la vista de encima, pero seguí con mi búsqueda como si nada. Tras dos intentos más, estaba sudando la gota gorda por el calor. Había cientos de barcos amarrados en este puerto. ¿Cómo iba a poder encontrarlo? Eché un vistazo a mi espalda, y vi que el niño seguía detrás de mí. Me di la vuelta y me acerqué a otro grupo, que hablaba en susurros a la luz de la luna. Me miraron con recelo.

—¿Estoy buscando el *Elefantina*?

Negaron con la cabeza y me dijeron que me marchase.

Suspiré y seguí adelante. Y entonces, por fin, lo oí. A alguien hablando un idioma que entendía. Me giré para ver quién lo estaba hablando y me topé con el mismo niño que me había estado siguiendo.

Se dio cuenta de que lo estaba mirando y se acercó, esbozando una sonrisa radiante que dejó al descubierto sus hoyuelos.

—¿Eres «inglizeya»?

—No, pero hablo inglés. Estoy buscando una dahabiya.

El niño asintió.

—¿El *Elefantina*? —Me sorprendí y él se encogió de hombros y sonrió, subiendo y bajándolos con un grácil movimiento—. Te he estado siguiendo, *sitti*.

Fruncí el ceño, no sabía qué significaba eso último.

—Honrada dama —tradujo el niño, sin rastro de ironía en su voz—. Te oí preguntarle acerca del *Elefantina* al primer *reis*.

Otra palabra que tampoco conocía.

—*¿Reis?*

—Capitán —me explicó. Su voz me recordó al más suave crujido, como las hojas acariciando la roca—. Formo parte de la tripulación del *Elefantina*.

Me quedé boquiabierta.

—¿De verdad?

Él asintió, con la luz de la luna haciendo brillar sus ojos oscuros.

—Ven, te llevaré.

Dudé; el chico parecía sincero, pero tenía que asegurarme.

—¿Cómo te llamas?

—Kareem. ¿Vienes?

No me quedaba otra opción, pero me quedé donde estaba. La bolsa me pesaba y la correa se me clavaba en la piel.

—¿Cómo se llama el hombre para el que trabajas? ¿El dueño del barco?

—Ricardo Marqués —respondió Kareem rápidamente.

Cualquier duda que tuviese desapareció en cuanto dijo el nombre de mi tío. Kareem decía la verdad y tal vez pudiese ayudarme con el siguiente paso de mi plan.

—Mi tío Ricardo no sabe que voy. Es una visita sorpresa. Sé que si me ve con un vestido puesto sabrá inmediatamente que soy yo. Me gustaría poder cambiarme de ropa y ponerme algo un poco más parecido a lo que llevas tú para que mi plan funcione. ¿Podrías ayudarme a encontrar dónde comprar algo así?

Kareem me miró con escepticismo.

—Te recompensaré por tu ayuda. —Metí la mano en mi bolso y saqué un puñado de piastras. La mirada de Kareem bajó hacia las monedas y, antes de que pudiese pestañear, me las quitó de las manos. Refulgieron un segundo a la luz de la luna tan solo para desaparecer un instante después en el interior de su manga. Si no me hubiera fijado bien, podría haber jurado que se habían desintegrado en el aire.

—Ah —dije—. ¿Me podrías enseñar a hacer eso también?

El niño sonrió con picardía y después señaló con la barbilla hacia unos pequeños puestos que había frente al puerto. Vendían toda clase de objetos, incluso había un puesto dedicado por completo a las especias que despertó mi curiosidad. Había especias de las que nunca había oído hablar: cardamomo y cúrcuma, comino y curry. Kareem me ayudó a comprar una túnica larga llamada galabiya, que ocultaba casi por completo mis botas de cuero. Después señalé su sombrero fez y Kareem se encargó de encontrarme uno idéntico.

Me cambié de ropa detrás de una manta de lana que Kareem me

sostuvo en alto, junto a un viejo edificio con el tejado en ruinas, y juntos caminamos hacia la orilla este del río, donde estaba amarrado el *Elefantina*. Mi vestido de viaje casi no me cabía en la bolsa de lona y me sorprendió lo mucho que ocupaba en comparación con la ligera túnica que llevaba ahora. Me había deshecho del corsé, pero conservé la combinación y las medias.

La libertad de movimiento era *extraordinaria*.

Kareem se quedó a mi lado cuando subimos al *Elefantina*. Parecía una barcaza plana y, aunque tenía pinta de ser de lo más robusta, se me revolvió el estómago al verla. Otro barco, otro viaje navegando. Esperaba no marearme tanto como la última vez, que no pude salir de mi camarote durante días. Era lo peor que lo había pasado en mi vida. El resto de la tripulación corría de un lado a otro, llevando cestos enormes llenos de comida, telas y herramientas de todo tipo. Mantuve la cabeza gacha y el cabello recogido debajo del fez. La luna brillaba en lo alto del firmamento, y las estrellas refulgían sobre las oscuras aguas del Nilo. El río se extendía a ambos lados a lo largo de kilómetros, haciéndome sentir tan diminuta como un grano de arena.

—¿Te gustaría hacer una visita? —me preguntó Kareem.

Eché un vistazo a mi alrededor, nerviosa, convencida de que me encontraría a mi tío dando órdenes a diestro y siniestro con su voz atronadora.

—Todavía no ha llegado. Pero llegará pronto.

—Muy bien —accedí—. Una visita rápida. ¿Hay algún sitio donde pueda dejar mis cosas?

Él asintió.

—Se puede quedar con el sexto camarote. Lo hemos estado usando como almacén.

Lo seguí mientras él me hacía una visita por el barco. Nunca había visto nada parecido. Era largo y estrecho, con el fondo plano y dos mástiles, uno a proa y otro a popa. Los camarotes estaban situados bajo el casco, y el techo formaba la cubierta superior. Cada dormitorio tenía una pequeña ventana y una cama estrecha, un lavabo fijo y un perchero de ganchos. Además, había dos cajones debajo de la cama para poder guardar más cosas. Kareem me dijo qué camarote sería el mío y escondí allí mis pertenencias lo mejor que pude.

En cuanto dejamos atrás el pasillo con la hilera de camarotes, Kareem me llevó hasta un gran salón que medía unos seis metros de largo y cuyas paredes se curvaban al llegar al techo. Los paneles de madera blancos le daban un aspecto clásico y contrastaban con las cortinas de terciopelo oscuras que colgaban a ambos lados de cuatro enormes ventanales. Una claraboya proporcionaba iluminación adicional y, en cada espacio disponible, había estanterías de madera que contenían docenas de libros, sombreros y… pistolas.

Enarqué las cejas, confusa. Mis padres detestaban las armas y me extrañó que las hubiesen permitido a bordo.

Kareem tiró de la manga de mi túnica y me pidió que lo acompañase hasta un horno de carbón situado entre la proa y el mástil mayor, el espacio designado a la cocina. Había ollas y sartenes colgadas de ganchos de hierro sobre los cestos llenos de provisiones. No tenía tiempo para examinarlo todo porque Kareem se deslizaba por el barco a toda velocidad, señalándome al resto de la tripulación: el *reis*, el patrón, el cocinero, los timoneles y remeros, y un puñado de camareros. El propio Kareem era ayudante del cocinero jefe.

En su conjunto, el *Elefantina* parecía más bien una casa de tamaño medio con un servicio de doce personas y mucho espacio para moverse.

—¿Dónde duerme la tripulación?

—En esterillas, en la cubierta superior —dijo Kareem, llevándome de vuelta hacia allí. Una lona tendida encima hacía las veces de techo, y mi tío había amueblado la zona con una alfombra enorme y algunos sillones. Parecía un salón de cuento, al aire libre, con la suave y fresca brisa acariciando cada mueble como la mano de un amante. Algunos miembros de la tripulación ya estaban desenrollando sus esterillas, preparándose para esperar a mi tío. Todo parecía estar en orden. Me acomodé en el suelo, junto a otros miembros de la tripulación, y esperé a que llegase mi tío. Pasé el tiempo con la mirada perdida en la pintoresca estampa que se desenvolvía ante mí, con cientos de barcos flotando en calma sobre las aguas del gran río, listos para su siguiente aventura.

Y entonces, por fin, llegó mi tío, con el señor Hayes pisándole los talones, y bebiendo de vez en cuando de su petaca como si estuviese en medio de una fiesta. Examinó a la tripulación con una mirada experimentada. Había sustituido su traje y los impecables zapatos por su característica camisa arrugada, los caquis y esas botas ajadas que le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla. Los dos subieron sus baúles y maletas por la pasarela, donde los recibió inmediatamente el *reis*, un hombre llamado Hassan, y después desaparecieron los tres juntos por las estrechas escaleras que daban acceso al largo pasillo lleno de camarotes, que se repartían a cada lado, y sus voces desaparecieron con ellos.

Me volví hacia Kareem y le sonreí.

Él me devolvió la sonrisa, con la luz de la luna reflejándose en sus grandes ojos oscuros.

Una vez que terminó con sus tareas, el resto de la tripulación se nos unió en la cubierta y todos empezaron a desenrollar sus esteras. Me senté entre ellos, vestidos con túnicas de manga larga y sobreros similares. El barco se meció suavemente en el agua y la sensación me

recordó que había logrado lo imposible. Ahora solo tenía que permanecer en el anonimato, como si solo fuese un miembro más de la tripulación. Mi tío y el señor Hayes se acercaron a nosotros, saludando al patrón y al cocinero en el proceso. Contuve el aliento y me quedé de espaldas a ellos, encorvando los hombros para mimetizarme con los demás tripulantes.

Pero podía oír todo lo que decían.

—¿Todo en orden? —preguntó mi tío Ricardo.

Alguien respondió afirmativamente.

—Parece que tenemos un nuevo miembro de la tripulación —repuso el señor Hayes lentamente—. ¿No eran solo doce?

Me quedé helada y se me cortó la respiración. Esperé a que me reconociese, a escuchar su voz insolente diciendo mi nombre. Pero no llegué a oír tal cosa.

—No importa. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir —repuso mi tío Ricardo con impaciencia—. ¿Estamos todos? Quiero zarpar al alba.

—Sí, sí.

Mi tío le dio las gracias a quienquiera que le hubiese respondido. El sonido de sus pisadas se perdió cuando abandonaron la cubierta. Suspiré lentamente, entrelazando las manos en mi regazo. Entonces me permití relajarme un poco. Debieron de haberse alejado, probablemente habían bajado a sus respectivos camarotes. Pero entonces oí que una voz familiar, perezosa, comentaba:

—Es curioso que nadie te haya dicho nada sobre añadir a alguien al equipo.

—A Abdullah no le vendrán nada mal un par de manos más —repuso mi tío Ricardo—. Al final no me llegaste a contar lo que ocurrió esta tarde.

Me arriesgué a volverme hacia ellos, observándolos con los ojos entrecerrados. Kareem estaba sentado a mi lado. Y mi tío y el señor Hayes se apoyaban en la barandilla de la cubierta superior.

—Te puedo confirmar que Sterling tiene el anillo y lo lleva puesto en público —comentó el señor Hayes.

—Pero no pudiste recuperarlo.

Contuve el aliento mientras esperaba a ver qué respondía. ¿Le diría a mi tío cómo me había escapado del hotel?

—El local estaba… lleno de gente, por desgracia.

—Maldita sea —siseó mi tío Ricardo.

Me quedé boquiabierta. Aquello confirmaba que el señor Hayes no me había traicionado. Todavía no terminaba de comprender por qué me estaba guardando el secreto. Apenas toleraba mi presencia, y se podría haber metido en muchos más problemas con mi tío por ello. Pero también cabía la posibilidad de que lo hubiese hecho porque

creyese que no merecía la pena contárselo, teniendo en cuenta que yo estaba de una pieza y me había ido para siempre. Exhalé lentamente, soltando todo el aire por la nariz, tal y como papá me había enseñado. Él siempre había sabido cómo tranquilizarme, sobre todo después de mis habituales discusiones con mi madre.

El señor Hayes ladeó la cabeza, observando a mi tío con ojo avizor.

—Eso no es lo único que te preocupa, ¿verdad?

Mi tío apartó la mirada.

—No sé qué quieres decir.

—Sí —respondió el señor Hayes sin rodeos—. Sí lo sabes.

Apreté los dedos de los pies dentro de las botas. Después de unos minutos de silencio, mi tío por fin le respondió.

—Deberías haber visto cómo me miraba, como si me despreciase.

—Me atrevería a decir que se le pasará.

—No la conozco lo suficiente como para saberlo. —Mi tío Ricardo fulminó al señor Hayes con la mirada—. Y tú tampoco.

El señor Hayes apretó los labios con fuerza, como si estuviese tratando de contener una sonrisa.

—Ciertamente es… valiente.

—Su curiosidad es de lo más irritante.

—Estaba claro que iba a tener preguntas sobre tu historia.

—Si Cayo no me hubiese mentido, todavía seguiría con vida —replicó mi tío Ricardo, frustrado—. Fue un necio mentiroso que sabía que era mejor no interponerse en mi camino. —Agachó la cabeza, apretando su mandíbula, dura e implacable—. Todo esto es culpa suya.

—No deberías insultar a los muertos.

—Puedo, cuando se lo merecen. —Tuve que ahogar un grito al oírle decir aquello. Me reprimí sin piedad, mordiéndome el labio con fuerza. Estaba hablando de mi padre. Me ardían los ojos. ¿Qué demonios estaba pasando? Recordé la carta de mi madre. El pánico se apoderó de mí y traté de seguir respirando con tranquilidad.

Parecía que mi madre había tenido razón al preocuparse. El tío Ricardo sonaba furioso, y estaba claro que buscaba algo.

Y mi padre se había interpuesto en su camino.

PARTE DOS RÍO ARRIBA

13

Me desperté con el estruendo del Nilo volviendo a la vida. Me sabía la boca a pescado, barro y cocodrilos, del aroma tan penetrante y agudo que desprendían sus aguas. Kareem me dio una suave patada en el muslo, con un fardo de cuerda en las manos. Con sumo cuidado, me senté, aunque se me habían dormido las piernas durante la noche. Sentía las rodillas endebles al ponerme en pie, tanto que tuve que alargar la mano hacia la barandilla del *Elefantina* para sostenerme. Todo el mundo parecía haberse despertado hacía un rato, e iban corriendo de un lado a otro de la cubierta. Algunos llevaban provisiones mientras que otros se ocupaban de recoger las esteras. En lo alto, el cielo azul intenso de la mañana egipcia se extendía en todas direcciones.

Pero no pude disfrutar de nada. Había pasado una noche larga y miserable, sin poder parar de pensar en lo que había oído. Mi mente tenía muchas piezas del rompecabezas, pero ninguna parecía encajar. Me había pasado la noche pensando en mi tío, y mi imaginación lo había terminado convirtiendo en un villano de la peor calaña. Una sabandija que había hecho… *¿qué?* Y después no había podido parar de pensar en el señor Hayes, en sus sonrisas rápidas, en sus halagos vacíos y en la petaca que siempre tenía al alcance de la mano. En mi cabeza, se habían convertido en un par poco fiable con motivos ocultos.

Lo mejor sería que me mantuviese lejos del señor Hayes.

Y sin embargo…

Había habido momentos en los que había podido vislumbrar algo detrás de su máscara implacable. Sus labios, acariciándome la mejilla. No le había contado que me había escapado a su *jefe*, y había mantenido nuestra excursión en secreto. Me había acompañado a explorar la ciudad, y me había hecho sentirme segura a su lado, sin notar que me estaba vigilando. Me había sentido protegida, pero no como si me estuviese controlando. A pesar de todo, había llegado a admirar lo ingenioso que era y sus ojos sinceros. Había podido ver ese atisbo de amabilidad y lealtad que se escondía tras su mirada. O quizá fuera que solo había visto lo que quería ver.

—*Allah yesabbahhik bilkheir* —dijo Kareem, sacándome de golpe de mi ensimismamiento. Reconocí el saludo porque ya lo había escuchado unas cuantas veces desde que llegué a Egipto.

—Lo mismo digo —respondí.

—¿Cuándo tiene previsto darle la sorpresa a su tío?

Todavía seguíamos amarrados en el puerto, pero supuse que el revuelo generalizado significaba que nos estábamos preparando para partir, por lo que tendría que esperar hasta que mi tío no pudiese dar marcha atrás para descubrirme.

—Al menos no hasta mañana —dije—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Kareem ladeó la cabeza, observándome con los ojos bien abiertos.

—Hay muchas cosas que hacer.

—Me gustaría ayudar —repetí.

—Puede echarme una mano en la cocina. Tengo que preparar el desayuno para todo el equipo y la tripulación.

En casa, nunca me habían dejado pisar la cocina, ni siquiera para poner a hervir agua.

—Estoy segura de que puedo echarte una mano con eso —dije.

—Su madre también intentó ayudar una vez.

Me quedé helada.

—¿Qué?

—Creo que solo estaba intentando matar algo de tiempo muerto. Parecía sentirse muy sola.

Eso no tenía ningún sentido. Mamá siempre estaba con mi padre, eran inseparables.

—¿Mi madre se sentía sola?

Kareem asintió.

—Su padre se pasaba los días estudiando sus libros, o ayudando con la planificación. Siempre estaba haciendo algo. La dejaba sola la mayor parte del tiempo.

—¿A quién ayudaba? ¿A mi tío?

Kareem asintió.

—¿Alguna vez viste a mi tío discutiendo con mi padre?

Kareem negó con la cabeza, aunque no parecía haberle sorprendido mi pregunta. Su expresión se relajó y su mirada expresiva se clavó en la mía, como si pudiese ver lo que escondía en mi interior.

—Se parece a ella —dijo Kareem—. Siento mucho que ya no estén.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Pero me alegro de que esté aquí —añadió.

Seguí al chico hasta la cocina, limpiándome las lágrimas con disimulo. Tenía cientos de preguntas. Quería saber lo que había pensado Kareem de mamá y papá, si habría pasado tiempo con ellos y cuánto. Egipto me recordaba todo el tiempo de sus vidas que me había perdido. Seguía sin entender por qué siempre me habían prohibido acompañarlos.

Llegamos a la cocina y eché un vistazo a mi alrededor, observando el funcional espacio. Sobre una delgada encimera de

madera había cuencos llenos de huevos y frijoles, junto a tarros con toda clase de especias. Nunca había visto nada parecido. Había limones y botellas de aceite de oliva alineadas sobre un estante que no podía medir más de medio metro de ancho.

—Yo me encargo de cocinar los frijoles —dijo Kareem—. Usted se ocupa de machacarlos.

—¿Qué vamos a cocinar?

—*Ful* con *tahini* —respondió, al tiempo que encendía el hornillo. Después tomó una sartén que colgaba de uno de los ganchos—. Son frijoles mezclados con comino, cilantro, limón y aceite. Al equipo le encanta desayunarlo con huevos.

—Suena delicioso. ¿Quién te enseñó a cocinar?

Kareem sonrió.

—Mi hermana mayor —dijo.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mi tío?

—Unos años. A todos nos entrenó Abdullah, el socio de su tío. —El muchacho se volvió a mirarme fijamente y, por un momento, parecía mucho mayor de lo que había pensado en un primer momento—. ¿Le importaría cortar el limón a la mitad?

—Eso sí sé hacerlo —dije. Tomé el cuchillo que me tendía y corté la fruta—. Esta es la primera vez que trabajo con mi tío, y tengo curiosidad por saber en qué está trabajando. No me ha contado mucho sobre el último yacimiento en el que está excavando Abdullah. Habrás visto cosas de lo más interesantes.

Kareem echó una cucharada de *ghee* en la sartén y rompió varios huevos, que chisporrotearon al entrar en contacto con la grasa. Mi estómago se despertó. No había comido nada desde ayer en el Groppi.

—A su tío no le gusta que hablemos del yacimiento —respondió por fin Kareem.

—¿Por qué?

—Porque, *sitti* —dijo Kareem—, Abdullah y él nunca le cuentan a nadie lo que encuentran.



Kareem bajó la mirada hacia el pan sin levadura que yo había quemado. Apretó los labios y tuvo que contener una risa. Ya le había avisado que esto pasaría. Me había enseñado todos los utensilios de la cocina que tenían todavía algún que otro resquicio de magia de los antiguos hechizos que les habían echado. Un cuenco que nunca se quedaba sin sal, una taza que siempre estaba limpia sin importar lo que le echasen. Cuchillos que enfriaban la comida, cucharas que, cuando removían algo, lo cocinaban. Y, aun así, me las había apañado para liarla.

—¿Por qué no sales a la cubierta? Creo que estamos a punto de

zarpar.

Por el tono con el que lo dijo no parecía una sugerencia.

Me acerqué a la borda, con cuidado de permanecer oculta entre los barriles de suministros, lejos de la atenta mirada del señor Hayes, que estaba de pie en el otro extremo de la dahabiya. Mi tío estaba inmerso en una conversación con el *reis* Hassan y casi no había salido del comedor en toda la mañana.

Pude echarle un último vistazo libremente a la bulliciosa estampa del puerto de Bulaq. Había hombres vestidos con sus finas y holgadas túnicas regateando precios, marineros egipcios que sudaban la gota gorda bajo el sol abrasador, cargando enormes baúles a bordo de los barcos que había amarrados junto al nuestro. Los turistas pululaban en todas direcciones, hablando a gritos para que se les pudiese oír por encima del sonido del agua verdosa del Nilo al golpear los cascos de las embarcaciones y los muelles.

Dos personas más subieron a bordo, un hombre de hombros anchos y de cabello rubio y ralo, y una joven que debía rondar más o menos mi edad. Llevaba un lujoso vestido de seda con muchos adornos y un sombrero de ala ancha. Tenía un porte regio, pero su mirada se deslizó inquieta por el *Elefantina*. El viento le enredaba los mechones de su cabello rubio como la miel frente a su delicado rostro. Si mis padres habían mencionado alguna vez a esos dos, no me acordaba.

La chica se volvió hacia mí de repente y me escondí corriendo detrás de uno de los barriles. Por alguna razón inexplicable, su presencia me inquietaba. Quizá se debía a que, aunque estaba claro que tenía más o menos mi misma edad, a ella sí que la habían estado esperando y era bienvenida a bordo, cuando conmigo ese no había sido el caso.

Me picaba muchísimo la curiosidad. Quería saber quién era y qué estaba haciendo a bordo del barco de mi tío.

Permanecí oculta hasta que izaron las velas para atrapar el viento del norte y partimos, dejando atrás las pirámides y la ciudad de los mil minaretes. La afilada brisa me revolvió el pelo, soltando los mechones del apretado moño que llevaba debajo del fez. Me agarré con fuerza a la barandilla, convencida de que en cualquier momento alguien me llamaría por mi nombre. Pero lo único que pude oír fueron los ruidos de aquello que me rodeaba, la cháchara y las canciones que tarareaba la tripulación mientras la corriente tiraba de nosotros. El *Elefantina* se deslizó río arriba, yendo hacia el sur, rodeado de docenas de faluchos, pequeños barcos de madera con velas puntiagudas en forma de triángulo. Estaban por todas partes, llevando a otros viajeros que zarpaban en busca de aventuras.

Bajé a buscar mi cuaderno de dibujo y después regresé a la

cubierta, donde me senté detrás de unos barriles, escondida mientras dibujaba el barco de memoria.



Entonces recordé a la otra pasajera y me volvió a picar la curiosidad. Su presencia era todo un misterio, incluso los miembros de la tripulación parecían tan sorprendidos como yo de verla a bordo del *Elefantina.*

Volví a sentirme desconcertada. Se paseaba por el barco como si le perteneciera y estaba claro que podía hacer lo que quisiera. La chica incluso se ofreció a ayudar, sacando algunas de las pertenencias que habían traído y llevándolas a sus distintos camarotes, mientras que yo tenía que permanecer oculta, sin dejar que nadie me viese y, desde luego, tampoco era bienvenida ni estaba siendo útil en absoluto. Aunque confiaba en que mi disfraz funcionase, tan solo lo hacía si estaba con el resto de la tripulación. La gente veía lo que esperaba ver, y jamás habrían podido imaginar que había una joven escondida entre ellos, a menos que me estuviesen *buscando* específicamente.

Mi tío creía que estaba a bordo de otro barco completamente distinto. Y en cuanto al señor Hayes… tan solo tenía que evitarlo un día más. La tensión me abandonó y me permití bajar la guardia.

No me descubrirían.

Lentamente, saqué el joyero de mi bolso. La madera era cálida contra mi piel, a veces incluso vibraba, como si la magia que contenía en su pequeño interior estuviese esperando el momento oportuno para estallar. Aquello demostraba que la magia podía sobrevivir hasta en los más delicados objetos. Aquel joyero hablaba de un pasado muy antiguo, de un nombre que la humanidad seguía recordando. Cleopatra.

Me asaltó un nuevo recuerdo y tuve que ahogar un grito, hundiéndome en un instante que había ocurrido hacía siglos. La última reina del Nilo estaba de pie ante una mesa con cientos de cuencos poco profundos llenos de ingredientes y jarras de cerámica. Tenía la mirada perdida en un papiro cubierto de símbolos y dibujos de lo más curiosos; tan solo podía ver el boceto de una serpiente mordiéndose la cola y una estrella de ocho puntas. Sus ágiles dedos estaban mezclando, triturando y picando los ingredientes. Pude reconocer la miel y la sal, los pétalos de rosa secos y las hierbas, junto con dientes y grasa animal. Llevaba puesto un vestido largo y semitransparente, y joyas de lapislázuli, granate, perlas, oro, turquesa y amatista adornaban su garganta, así como sus tobillos y zapatos.

Frente a ella, en el lado opuesto de la mesa, había dos mujeres vestidas con elegancia, aunque empalidecían ante el porte de Cleopatra. Eran como una especie de reflejo de su gracia y belleza. Supe al momento que eran sus sirvientas.

Una de ellas le formuló una pregunta, la antigua lengua me hizo estremecer. Deseé poder entenderla.

Cleopatra no dejó de trabajar pero asintió.

La sirvienta más baja le hizo otra pregunta.

Cleopatra le respondió, con voz firme. No vaciló ni suavizó el tono. Era la clase de voz que podía tranquilizar e inspirar, que sabía dar órdenes y coaccionar.

La escena se desvaneció, como si alguien hubiera pasado la página. Regresé al presente poco a poco, con el ruido de la tripulación tarareando alguna canción trayéndome de vuelta. Durante unos segundos solo pude respirar, mientras el horror de lo que había visto hacía eco en mi mente.

Cleopatra sabía cómo hacer magia, la dominaba. Lo que había presenciado era a ella haciendo magia, mezclando los ingredientes que necesitaba para lanzar un hechizo. Solté un gruñido, deseando saber qué era lo que había estado haciendo. Se había movido con seguridad, sabiendo perfectamente lo que hacía. Sabía cómo elaborar una poción.

Sentí un cosquilleo en la nuca. Alguien me estaba observando. Se me puso la piel de gallina. Me guardé el pequeño joyero de nuevo en el bolso, el corazón me latía acelerado. Me di la vuelta, pasando la mirada por la cubierta. Estaba escondida detrás del mástil, rodeada por viejos barriles, pero la alarma no paraba de resonar en mis oídos.

No había nadie.

Ni los miembros de la tripulación, que estaban trabajando en sus puestos, ni el *reis* o mi tío, que por fin habían salido del salón. Me cambié de sitio y eché un vistazo al otro lado desde detrás del mástil. El señor Hayes estaba en la proa de la dahabiya, apoyado perezosamente sobre la barandilla del *Elefantina*. Observando con

añoranza la ciudad de El Cairo que se iba haciendo cada vez más pequeña.

Me pregunté si se arrepentiría de haberme dejado atrás.

Menuda *estupidez*. Tampoco importaba si se arrepentía o no. Sacudí la cabeza, alejando esa pregunta de mi mente. Me di la vuelta y me volví a dejar caer en el suelo. La suave brisa me adormecía y se me cerraron los ojos. Cuando volví a abrirlos, una sombra me resguardaba del penetrante resplandor del sol.

Kareem me observó, con un cuenco lleno de comida en la mano.

—¿Tienes hambre?

Asentí y él me tendió la comida, dos huevos y el *ful*, que no sabía ni por asomo tan salado como el que había hecho yo. El sabor del comino y del ajo me calentó por dentro. Me moría por comerme otro plato, pero no lo pedí. En cambio, lo seguí de vuelta a la cocina y lo ayudé a lavar los platos dentro de un cubo enorme, lleno de agua con jabón.

Él se aseguró de mantenerme ocupada el resto del día, preparamos pescado empanado con limones y berenjenas asadas con una salsa densa y salada para acompañar, y después también ayudé con la limpieza. A medida que pasaban las horas, la tensión que sentía se fue desvaneciendo, como si el viento del norte se la llevase consigo poco a poco. Cuanto más nos alejábamos de El Cairo, más improbable era que mi tío decidiese dar la vuelta si me descubría. Aunque todavía no tenía muy claro cuándo o cómo debía dejar de lado mi disfraz.

Se pondría furioso, sin importar cuándo o cómo me descubriese.

El miedo me invadió. ¿Qué haría entonces? Me había centrado tanto en subir a bordo que no había imaginado lo que pasaría después. Lo había oído hablar enfadado sobre cómo papá se había interpuesto en su camino. Y aquí estaba yo ahora, desobedeciéndole.

Sin nadie en quien pudiese confiar para que me ayudase.

—¿Quieres ayudarme a servir la cena en el salón? —me preguntó Kareem, sacándome de mis pensamientos.

Mi primer instinto fue negarme, pero la curiosidad terminó ganando la partida. Todos estarían en el salón, comiendo y hablando sin restricciones. Quizás incluso podría volver a ver a esa chica misteriosa. Me daría la oportunidad de escuchar su conversación, escondida a plena vista, y tal vez así pudiese llenar algunas de las lagunas sobre lo que mi tío hacía en realidad. Supuestamente mis padres le habían estado ayudando en sus excavaciones, y quizá pudiese descubrir qué habían estado haciendo los días antes de su desaparición.

Kareem me miró fijamente, esperando a que le respondiese. Se había pasado todo el día ayudándome a pasar desapercibida, incluso con el resto de la tripulación. Y, aunque no me lo había dicho, me

pregunté si lo haría por mis padres.

—Yo me encargo —dije.

Kareem se adentró en el salón vacío delante de mí, con dos fuentes llenas de *koshary*, un plato con base de lentejas y pasta con salsa de tomate y arroz. Yo llevaba una jarra enorme de limonada a la menta, que había podido probar antes y podía confirmar que era tanto refrescante como deliciosa. Dejamos los platos en el centro de la mesa y después seguí hasta Kareem a un costado del salón; nos quedamos allí de pie a una distancia prudencial de la mesa, junto al resto de camareros. Mantuve la cabeza gacha mientras otro miembro de la tripulación se encargaba de llenar los vasos del equipo.

El grupo entró en el salón en ese momento, hablando en voz baja, y se sentaron a la mesa; eran todos hombres excepto la joven que había visto antes. De los cuatro que formaban el grupo, solo conocía a dos. Mi tío estudiaba detenidamente una carta mientras que el señor Hayes se enzarzaba en una tensa discusión con el caballero fornido que había subido a bordo junto con la joven. Kareem me pidió que me quedase detrás de un camarero especialmente alto, pegada a la pared. Quedaba prácticamente oculta, y agradecí enormemente que nadie más que Kareem supiese quién era en realidad. Clavé la mirada en las puntas de mis botas de cuero, que apenas se podían entrever por debajo del dobladillo de mi larga túnica.

—Bueno, no nos tengas en ascuas —dijo el señor Hayes—. ¿Qué dice la carta?

—¿Es de su capataz? —preguntó el hombre fornido con un marcado acento inglés. Eclipsaba a los otros comensales, con sus brazos y piernas largos y su enorme cuerpo. Su postura delataba su afición por seguir las normas y la rectitud. Sus movimientos al servirse eran exactos y precisos. La figura esbelta de la joven parecía frágil como los pétalos de una flor en comparación. Como si una ráfaga de viento fuerte pudiese derribarla.

Y, sin embargo, sus ojos pálidos no parecían perderse ni un solo detalle. Pasaron de la mesa a los ventanales que recorrían la pared curva y de vuelta a sus compañeros de mesa. Estaba algo inquieta.

—No, es de Abdullah —dijo mi tío Ricardo—. Han conseguido encontrar otra entrada a la antecámara. Sin embargo, está bloqueada por los escombros. —Frunció el ceño, sin apartar la mirada de la carta —. Lo que probablemente significa que el lugar a donde quiera que lleve esa entrada ya ha sido descubierto y también habrán saqueado todo objeto digno de mención. Solo podemos esperar a que no hayan dañado los bajorrelieves.

—Lo dudo mucho —repuso el hombre enorme—. Los saqueadores

ya han descubierto cuánto dinero pueden sacar por ellos. Sobre todo los egipcios pobres.

—No le pago por sus opiniones —espetó mi tío Ricardo, con un tono tan cortante como el filo de un cuchillo.

El hombre se encogió de hombros, raspando ruidosamente su plato con los cubiertos. El movimiento produjo un chirrido horrible y el señor Hayes hizo una mueca de dolor al mismo tiempo que llenaba su copa con el whisky que llevaba en su fiel petaca. Tenía ganas de llenarle el plato de pan para que pudiese absorber todo el alcohol que chapoteaba en el interior de su estómago.

—Podríamos encontrar dentro de esa cámara otra entrada que todavía no haya sido descubierta —repuso mi tío Ricardo—. Pero, te lo dije, Whit, tendríamos que habernos marchado mucho antes. Si lo hubiésemos hecho quizás ahora estaríamos descubriendo algo importante.

—No fue posible —dijo el señor Hayes con amabilidad—. Y fuiste tú quien concertó la cena con sir Evelyn y Maspero. No puedes permitirte no obtener una licencia para la próxima temporada, Ricardo. Piensa en lo que dirá Abdullah si fracasas.

Mi tío guardó silencio.

—Solo para aclarar —dijo el fornido británico—. *No* discutió con Maspero y sir Evelyn, ¿verdad? Porque *mi* contrato era por el resto de esta temporada y la que viene.

Me volví como un resorte hacia el hombre, cuyos movimientos rígidos habían ido disminuyendo a medida que progresaba la cena. Clavó la mirada en una de las paredes del salón, donde colgaba una larga hilera de rifles. Casi podía imaginarme el peso de esa clase de arma en las manos de aquel hombre. Un escalofrío me recorrió la columna. El señor Hayes se quedó mirando al hombre con una expresión cuidadosamente vacía. Su comportamiento no tenía nada que ver con cómo había actuado hasta ahora. No le hizo ningún caso a la chica que estaba sentada a su lado. Ni siquiera para pedirle que le pasase la sal. Se limitó a inclinarse hacia delante y la tomó como si ella no estuviese allí sentada.

—Claro que discutió con ellos —murmuró el señor Hayes, echándose sal en su plato—. Ricardo no puede evitarlo.

—Esa discusión había que tenerla y lo sabes —repuso mi tío Ricardo—. Dicen demasiadas estupideces como para seguir pasándolas por alto.

—¿Cómo dice, señor? —le preguntó el caballero fornido—. Eso no, Isadora, es demasiado picante para ti.

La joven alzó la mirada, apretando los labios con fuerza, antes de echarse una buena cantidad de la salsa rojiza en su comida. Se comió tranquilamente el primer bocado al mismo tiempo que el hombre

suspiraba con fuerza. Tuve que reprimir una sonrisa. Quizá fuera mucho más interesante de lo que pensaba.

—Me temo que su madre le da demasiada rienda suelta —comentó el hombre, como si su hija no estuviese sentada a menos de medio metro de distancia. Isadora entrecerró su mirada clara, pero su expresión se suavizó con lentitud, como si aquello la aburriese soberanamente. Me sentí identificada con ella de inmediato.

Mi tío volvió a prestarle atención al hombre fornido.

—Para responder a su pregunta, puedo confirmar que ni monsieur Maspero ni sir Evelyn saben qué demonios estamos haciendo aquí.

—Que Dios nos asista si algún día lo descubren —comentó el señor Hayes.

—Justo por eso *me* ha contratado —repuso el hombre corpulento.

El señor Hayes escrutó al británico. Rezumaba sospecha por todas partes, desde sus hombros tensos hasta la forma en la que agarraba el tenedor y el cuchillo.

Me volví de nuevo hacia mi tío.

Él parecía tan inquieto como el señor Hayes, pero en vez de decir en voz alta lo que le preocupaba, dijo:

—Espero que nunca tengamos que usar sus servicios, señor Fincastle.

—Exacto —repuso el señor Hayes, cortante.

—Ya es una pena que hayamos tenido que contratarlo para empezar —comentó mi tío.

—¿Lo dice por la muerte de sus mecenas?

—Sí, sus muertes fueron un golpe demoledor.

—Bueno, no todo está perdido —dijo el señor Fincastle—. Ahora es un hombre rico. —Hizo girar el tenedor, señalando la dahabiya.

—Eso ha sido un comentario de lo más cruel —siseó mi tío.

El señor Fincastle esbozó una sonrisa gélida.

—Pero cierto, a pesar de todo.

Se me heló la sangre. ¿Es que mi herencia había costeado todo esto? Entonces caí en la cuenta de otra cosa, que fue como un golpe bajo en el estómago. «Mecenas». La cabeza me daba vueltas. Estaban hablando de mis padres, ellos habían financiado toda esta expedición. Se me nubló la vista. ¿Por qué no lo había pensado antes? Me flaquearon las rodillas y tuve que apoyarme en la pared para mantenerme en pie.

Gracias a la muerte de mis padres, mi tío tenía todo el dinero del mundo a su disposición.

14

A la mañana siguiente, el viento siguió impulsándonos, para alivio de los remeros. Las velas se hincharon, parecían una persona con el estómago lleno, llevándonos a través de las aguas del Nilo, mientras dejábamos atrás monumentos extraordinarios, dorados y medio derruidos. A cada lado del *Elefantina* se extendía el desierto, un pergamino interminable lleno de pintorescas estampas, con sus templos antiguos y pescadores sentados en sus barcazas, echando las redes. Kareem me fue diciendo el nombre de todos los pueblos por los que pasábamos.

Algunos estaban amurallados con barro, rodeados de pantanos, y otros parecían mucho más señoriales, con edificios achaparrados que observaban el intenso verde del agua. El río recorría el terreno como una vena, y entonces comprendí por qué lo veneraban tanto en Egipto. Era su fuente de vida y sustento, te llevaba a correr aventuras y a descubrir un mundo nuevo, pero también te traía de vuelta a casa. Kareem me enseñó los nombres de los dioses que se solían asociar con el Nilo: Hapi, el dios de la inundación anual; Sobek, el dios cocodrilo y creador del Nilo; Anuket, diosa de las cataratas del Nilo.

—Sabes mucho sobre la religión egipcia antigua —comenté.

—Solo por Abdullah —repuso—. Él es el estudioso del equipo.

Kareem me alejó de la barandilla para que pudiésemos ponernos a trabajar. Yo me puse a fregar la cubierta, con la cabeza gacha y los oídos bien abiertos por si oía a mi tío Ricardo o al señor Hayes. Su otro acompañante, el señor Fincastle, no me miró dos veces, así que tampoco me preocupé por seguir todos sus movimientos. Para mediodía, paramos para cocinar y para que Kareem pudiese bajar a tierra para usar uno de los hornos públicos para hacer pan. Descubrí que el plato principal consistía en trozos de pan sin levadura tostado bañados en aceite de oliva y condimentados con sal y pimienta, mezclados con lentejas hasta que todo se convertía en una especie de sopa espesa. De postre nos tomamos unos cuantos dátiles, y algunos miembros de la tripulación disfrutaron de una taza de café y algo de tabaco.

Después de comer seguí fregando hasta que llegué a la popa del barco, abriéndome camino hasta el mástil. Me dolían los dedos de agarrar el cepillo de cerdas, y la espalda me aullaba de dolor por haberme pasado la mayor parte del día encorvada y arrodillada. Seguí adelante a pesar del dolor y disfruté de lo mucho que había mejorado la cubierta con mi trabajo. Una buena pasada y toda la suciedad que

impregnaba los hermosos tablones de madera desapareció.

Alguien gritó algo que no pude discernir por el viento furioso que se había levantado. Alcé la vista y se me empezaron a salir los mechones del recogido de debajo del sombrero. Cientos de papeles salieron volando por los aires y tuve que agacharme para que no me diesen de lleno en la cara.

—¡No! —gritó el *reis*—. ¡Atrápalos, idiota!

El capitán miró a su alrededor, señalando en todas direcciones, claramente desesperado.

La escena se desencadenó como una carrera acelerada, varios miembros de la tripulación salieron corriendo por la cubierta, intentando atrapar los papeles que revoloteaban por el aire como caprichosos copos de nieve. Me levanté de un salto y atrapé dos que flotaban sobre los tablones. Entonces vi otro, que se elevó y pasó por encima de la barandilla...

Me lancé hacia allí, con un brazo estirado y las manos bien abiertas. La dahabiya se balanceó y el agua del río se onduló bajo la embarcación. Entonces fui aterradoramente consciente de mi error. No tenía nada a lo que aferrarme, me había echado demasiado hacia delante y, cuando la proa del barco se sumergió, salí despedida y caí de bruces al río.

No tuve tiempo ni de gritar.

El agua caliente me envolvió, golpeándome las palmas de las manos al caer. Se formaron unas columnas de burbujas a mi alrededor, que bailaban una danza vertiginosa. Parpadeé y me enderecé, pataleando con fuerza. Salí a la superficie jadeando.

—¡Hombre al agua! ¡Hemos perdido a uno! —gritó alguien en la cubierta.

Tosí más agua y luché con todas mis fuerzas para no volver a hundirme. La corriente tiraba de mí con una fuerza titánica, empeñada en ganarme. Algo se deslizó junto a mi pierna y me hizo soltar un grito aterrado. Nunca había nadado en un río, y la profundidad avivó mi más descabellada imaginación. ¿Qué acechaba bajo la superficie? El agua estaba demasiado oscura como para ver nada con claridad, y se enroscaba a mi alrededor como una mano aterradora. Eché la cabeza hacia atrás, levanté la vista y me topé con la mirada divertida y azul del señor Hayes. Estaba cruzado de brazos sobre la barandilla y sus apuestos rasgos se contraían hasta formar una sonrisa divertida, y su cabello caoba refulgía como el ámbar pulido a la luz del sol.

—¿Has venido hasta aquí nadando, Olivera?

—Muy gracioso.

—Hace muy buen día para darse un baño, ¿no crees?

—Señor Hayes —dije, tosiendo más agua, indignada—. Apreciaría

enormemente su ayuda.

Él bajó la mirada hacia sus uñas.

—No sé. ¿Qué gano yo con eso?

—Creía que tenías escrúpulos.

—Si no sé ni cómo deletrear esa palabra —respondió, cortante, sin perder ni un segundo.

Eso me habría sacado una sonrisa si no hubiera estado chapoteando e intentando mantener la nariz en la superficie.

—No se me da bien nadar —dije, incapaz de ocultar el pánico que tiñó mi voz.

En solo un segundo su expresión pasó de divertida a aterrada.

—¿Qué has dicho?

—No tenía *previsto* meterme en el río.

—Maldita sea. —Se dio media vuelta y regresó con una cuerda. Me lanzó un extremo, que se hundió a unos pocos metros de mí. No me había dado cuenta de que el río me había arrastrado tan lejos del barco.

—¿Llegas?

Luché contra la corriente para nadar hacia allí, impulsándome lentamente de vuelta al *Elefantina*. Pero el río volvió a arrastrarme hacia atrás; siseé una maldición, seguí pataleando sin parar y al final logré acercarme a la cuerda.

—Creo que puedo arreglármelas sola.

—Tú y yo tenemos que hablar —repuso el señor Hayes, severo, preparándose para saltar—. Largo y tendido.

—Me muero de ganas —dije y después escupí otra bocanada de agua del río.

—Mierda. —Sus ojos se abrieron de par en par al ver algo detrás de mí—. *¡Inez!*

Volví la cabeza y me encontré con una cresta de obsidiana que surcaba la superficie del río, una enorme sombra que se deslizaba por el agua como una bala. El terror se apoderó de mi cuerpo y dejé de nadar, paralizada.

Un cocodrilo del Nilo. A menos de diez metros y acercándose a toda velocidad.

Oí un revuelo que provenía de la cubierta superior, alguien hablando a gritos, pero parecía proceder de algún lugar a millones de kilómetros de distancia; el ruido podría haber venido de la luna perfectamente. No aparté la mirada del depredador que se acercaba nadando hacia mí. Recobré el sentido y nadé con torpeza hacia la dahabiya. Vi algo moverse de reojo, cerca de mí, un cuerpo cayendo al río a mi lado. El señor Hayes volvió a salir a la superficie y sacudió la cabeza, con su cabello caoba oscuro y empapado, pegándosele a la cara. Llegó hasta mí en un par de brazadas y me agarró con fuerza de

la mano.

—Oh, no; oh, no —balbuceé.

—No pienso dejar que te pase nada, nunca —dijo, calmado—. Respira hondo.

Apenas acababa de abrir la boca para respirar cuando me arrastró bajo el agua.

No podía ver nada de lo que tenía delante, mi visión estaba nublada por el agua turbia del río. Pero supe que estábamos hundiéndonos cada vez más, nadando hasta llegar al lecho del río. Las algas, con sus largos tallos, se extendían a nuestro alrededor, amenazando con dejarnos atrapados en las profundidades. La áspera mano del señor Hayes envolvió la mía, su enorme figura enroscándose a mi alrededor. Como un nudo inquebrantable que luchaba contra la corriente. La arena flotaba en torno a nosotros y me empezaron a arder los pulmones. Intenté nadar de vuelta hacia la luz, pero el señor Hayes me retuvo y negó con la cabeza.

Me envolvió el rostro entre sus ásperas manos y tiró de mi cabeza con suavidad hacia él, hasta que nuestros labios se encontraron. Ninguno de los dos cerró los ojos, y el contacto desencadenó una corriente eléctrica que sentí en cada centímetro de mi cuerpo. Noté cómo el aire pasaba de su boca a la mía. La presión que sentía en el pecho disminuyó y me di la vuelta enseguida, antes de robarle más aire. Esperamos tres segundos más, con los dedos entrelazados, y entonces nos impulsó de vuelta hacia la superficie valiéndose del lecho arenoso del río, nuestras piernas se rozaron mientras nadábamos hacia la luz.

Salimos a la superficie y me sequé el agua de los ojos a tiempo para ver cómo el señor Fincastle nos apuntaba con su rifle y después disparaba al agua desde lo alto de la dahabiya. Sus furiosas balas llovieron frente a nosotros. Su hija, Isadora, se le acercó y se quedó de pie a su lado como una delicada flor silvestre. El viento le sacudía el cabello cuando desenfundó una elegante pistola. Parecía de lo más delicada en su mano enguantada.

Con total calma y aplomo, apretó el gatillo.

El respeto que le había tenido antes aumentó notablemente cuando, junto a su padre, disparó al depredador.

—¿Despejado? —gritó el señor Hayes.

—Eso creo —respondió el señor Fincastle también a gritos. La tripulación del *Elefantina* estaba a su alrededor. Al escucharle decir aquello, aplaudieron con ganas, incluso Isadora aplaudió. Incluso desde allí, flotando en las aguas del Nilo, podía ver su sonrisa satisfecha.

—Sí, por favor, celebrad algo que podría haberse evitado perfectamente —murmuró el señor Hayes. Se volvió hacia mí,

entrecerrando los ojos. Me atrajo hacia su cuerpo. Al hablar, la voz le salió entrecortada—. ¿Estás bien?

Solté una carcajada temblorosa, intentando no quedarme mirando fijamente una gota que se deslizaba por uno de sus pómulos.

—No ha estado tan mal.

—Ah, sí, claro, ha sido súper divertido —repuso el señor Hayes, y sonó tanto como un aristócrata inglés al decirlo que tuve que pestañear para ver que no estaba soñando. Su camisa azul clara era del mismo color que sus ojos y se le quedaba pegada a sus hombros musculosos, resaltándolos. Él fue el primero en apartarse, poniendo distancia entre nosotros, y después señaló el barco.

—Después de ti, Olivera.

Nadé con él a mi lado, con el viento aullando sobre nuestras cabezas y meciendo el *Elefantina* de forma peligrosa. La cuerda que me había lanzado antes seguía colgando de un costado. Arrojaron otra para él y la enrolló alrededor de su puño. Entonces se volvió hacia mí.

—Átate la otra alrededor de la cintura. Ellos se encargarán de subirte.

Tras un incómodo momento en el que la tripulación tiró de mí con fuerza hacia la cubierta, pude respirar hondo por primera vez desde que caí al río. Fui plenamente consciente del momento en el que todo el mundo descubrió lo que era en realidad. La tripulación me rodeó, con los ojos desorbitados y boquiabiertos, las curvas de mi cuerpo quedaban completamente a la vista bajo la túnica blanca que llevaba. Me crucé de brazos sobre el pecho.

El señor Fincastle se plantó frente a mí, con sus pantalones caqui y sus botas altas, y el arma apoyada en el hombro.

—Parece que tenemos una polizona. ¿Y quién es usted?

La brisa me sacudió la ropa mojada y me castañearon los dientes.

—I-Inez Emilia O-Olivera. En-encantada de conocerlo. Gracias por habernos salvado.

El señor Hayes me observó contrariado. Supongo que también debería haberle dado las gracias a él.

Con un movimiento preciso, el señor Fincastle me apuntó con el arma.

—¿Y por qué estabas en nuestro barco? ¿Para espiarnos?

Me quedé mirando el cañón del rifle, con el corazón latiéndome acelerado en el pecho. Isadora soltó un grito ahogado y me volví hacia ella.

—¿Qué *demonios* crees que estás haciendo? —dijo el señor Hayes, poniéndose delante de mí—. Es la sobrina de Ricardo, maldito imbécil. Baja el arma.

Pero no lo hizo. El señor Fincastle me observó con frialdad, como si fuese una amenaza para cualquiera que estuviese a bordo de este

barco. Su hija me lanzó una mirada discreta y apenada. Su padre se acercó un paso a mí. Si apretaba el gatillo, sería imposible que sobreviviese al disparo. Quería arremeter contra él, pero comprendí que si movía un solo musculo, me dispararía sin pensarlo dos veces.

—Te digo que bajes la puta arma —siseó el señor Hayes. No intentó ocultar la amenaza en su voz.

—¿Respondes por ella?

—Sí.

Isadora enarcó las cejas y pasó la mirada entre nosotros con interés.

El señor Fincastle se metió el arma bajo el brazo y levantó las manos.

—Nunca se tiene demasiado cuidado.

Y después se alejó, como si no hubiese acabado de amenazarme con matarme unos segundos después de haberme salvado la vida.

Isadora se quitó su chaqueta de muselina y me la tendió.

—Para que se tape.

Me sonrojé con violencia y me la puse rápidamente.

—*Gracias*. Quiero decir, muchas gracias.

Esbozó una pequeña sonrisa y, después de echarle un último vistazo al señor Hayes, se marchó tras su padre, metiéndose la pistola en el bolsillo de su falda.

—Pueden volver a sus tareas —les dijo el señor Hayes al resto de nuestros espectadores.

Toda la tripulación se dispersó por la cubierta. Él se apartó el pelo empapado del rostro. De repente, la alarma le brilló en la mirada, se palpó los bolsillos, desesperado, y después siseó una maldición. Casi no lo oí, tenía la mirada clavada en la tela de su camisa, que se le pegaba al torso, marcando los surcos de los músculos, delineándole el plano vientre. El algodón húmedo de los pantalones se le quedaba pegado a sus musculosas piernas. Tanto, que bien podría haber estado desnudo.

Me obligué a apartar la mirada, la cabeza me daba vueltas con una sensación de lo más extraña.

—¿Has perdido algo?

—La petaca de mi hermano. Le tenía mucho cariño.

Lo más probable es que ahora la tuviese un cocodrilo.

—Probablemente sea lo mejor.

Me fulminó con la mirada y después empezó a deshacerme el nudo de la cuerda que me rodeaba la cintura, rozándome el vientre con sus dedos. Sentí cómo algo cálido se acumulaba en mi bajo vientre, y se me sonrojaron las mejillas con violencia. La boca se me quedó seca, mucho más seca que las arenas doradas del desierto que nos rodeaban. Se agachó levemente, concentrado en deshacer el nudo,

con la cara a escasos centímetros de la mía. Unas pestañas oscuras y erizadas por la humedad enmarcaban sus ojos azules. Un cálido rubor me encendió la piel y me hizo temblar. El señor Hayes se quedó quieto como una estatua y alzó la mirada hasta encontrarse con la mía. Me enfadaba que me pareciese tan apuesto cuando sabía que no podía confiar en él. Me mordí el labio inferior y él siguió el movimiento con la mirada, entrecerrando levemente los ojos.

Su expresión se suavizó y su mirada se caldeó.

—¿Estás segura de que estás bien?

La sincera preocupación que impregnaba su voz fue como beberme un sorbo de algo caliente y reconfortante. Nos quedamos mirándonos fijamente, con la respiración entrecortada. Era plenamente consciente de que estábamos bailando una danza demasiado peligrosa. Un paso en falso y me encontraría en terreno desconocido.

El señor Hayes carraspeó para aclararse la garganta y volvió a bajar la mirada hacia la cuerda, centrándose en deshacer el nudo.

—Menudo conjunto llevas puesto —dijo con suavidad, despreocupado—. ¿Lo has comprado hace poco?

—Me había traído una túnica y me pareció un desperdicio no usarla.

Tiró de la cuerda y el nudo se soltó. Un brillo peligroso acechaba tras sus ojos azules.

—Tienes la cara quemada. ¿Dónde demonios te has dejado el sombrero?

—Llevaba puesto uno.

—Llevabas puesto un fez cuando te caíste por la borda, que no te protege en absoluto. El sol puede ser mortal a esta hora del día.

—Es que el otro no me pegaba con el conjunto —repuse—. El disfraz tenía que ser práctico.

—Por Dios, *eras* tú —dijo, maravillado—. La que nos sirvió la cena. Me pareció oler a vainilla.

—*¿Qué?*

—Tu jabón —comentó, imperturbable—. Debería haberlo sabido. Pero pensé que era imposible…

—Deberías hacerle más caso a tu intuición. No se suele equivocar.

El señor Hayes esbozó una mueca de dolor, como si lo hubiese golpeado. Se alejó de mí rápidamente.

—¿Qué pasa?

Él negó con la cabeza y esbozó una sonrisa, aunque no era una de las de verdad. Era una sonrisa dura, hecha de piedra.

—Ven conmigo, señorita Olivera.

—No, paso. *Gracias*. —Hice un gesto para señalar mi ropa empapada—. Tengo que cambiarme de ropa.

Apoyó el codo en la barandilla y me lanzó una mirada gélida.

—Tendrás que enfrentarte a tu tío tarde o temprano.

Me agaché y retorcí el dobladillo de la larga túnica.

—Lo haré cuando esté lista. ¿Qué te parece dentro de unos días?

El señor Hayes soltó una carcajada seca.

—¿Qué te hace pensar que no se enterará antes?

El miedo me recorrió la columna. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un aliado. No confiaba en el señor Hayes, en absoluto, pero había saltado al Nilo para salvarme sin pensárselo dos veces, incluso después de haber visto el peligro que corría en esas aguas. No quería tener que enfrentarme a mi tío sola.

—¿Te quedarás conmigo?

El señor Hayes entrecerró los ojos. Me observó atentamente, entreviendo lo que estaba tan desesperada por ocultar.

—¿Por qué estás nerviosa?

—Porque se pondrá furioso. Sería de mucha ayuda si te pusieras de mi parte.

Me miró horrorizado.

—Ni de broma.

Nerviosa, pensé en algo que pudiese darme más tiempo.

—Después del día que pasamos juntos en El Cairo pensé que éramos amigos.

—Yo hace mucho tiempo que no tengo amigos —estableció el señor Hayes con seriedad—. ¿Por qué demonios pensabas eso?

Un ardiente rubor me caldeó las mejillas.

—Acabas de salvarme la vida. Comimos juntos. ¿Me diste un beso de despedida?

—Fue tu error interpretar mi comportamiento como algo más. Trato a todo el mundo por igual. Y si pensabas que éramos *amigos*, no deberías haberme mentido, fingiendo ser otra persona en este jodido barco.

Una vergüenza abrasadora me recorrió las venas. Recordaba haberlo perseguido con la mirada como una idiota después de que desapareciese en el interior del hotel, acariciándome la piel que sus labios habían besado.

—Así que besas a todo aquel con el que te encuentras.

Esbozó una sonrisa canalla.

—¿Es una pregunta, Olivera?

—Bueno, ¿y entonces por qué lo hiciste?

—¿Y por qué no? —Se encogió de hombros, indolente—. No todo tiene que significar algo. Fue solo un beso.

—Ten cuidado. Se te nota el cinismo.

—No tiene sentido esconder algo que has visto desde el principio.

—Suspiró. Sin alterar su pose aparentemente despreocupada, estiró la mano hacia mí, atrapando mi muñeca con fuerza entre sus dedos. Sonrió al entrever mi sorpresa—. Acabemos con esto de una vez. ¿Voy a tener que arrastrarte o vas a acompañarme tú solita?

Alcé la barbilla, orgullosa, apreté la mandíbula, y luché por ignorar que el calor que emanaba de su piel estaba causándole estragos a mi corazón, que latía acelerado.

—Como tú quieras.

—Buena chica —murmuró, antes de soltarme.

Caminamos uno al lado del otro, el señor Hayes me llevó de alguna manera hasta el salón sin ponerse delante de mí ni volver a tocarme en ningún momento. Poseía la clase de presencia que imponía obediencia. Pero, por algún extraño motivo, me dio la impresión de que rechazaba cualquier oportunidad de liderazgo.

Se volvió a mirarme.

Tragué con fuerza y clavé la mirada al frente con gesto adusto, sin querer mostrar lo nerviosa que me sentía en realidad. El sudor se me acumuló en las palmas de las manos. Tenía que exponer bien mi caso para que me dejasen quedarme.

El señor Hayes se hizo a un lado cuando llegamos a la entrada del salón.

Me incliné hacia él, lo que hizo que quedara lo bastante cerca como para poder ver con claridad cada una de las pequeñas arrugas que le surcaban la frente al fruncir el ceño, la forma en la que entrecerraba los ojos con sutileza.

—Si mi tío decide dar la vuelta y mandarme de una patada a casa, quiero que sepas algo.

Él me observó con recelo.

—¿El qué?

Sabía perfectamente lo que tenía que decir para desconcertarlo.

—Quería darte las gracias por haberme salvado la vida. Y, sin importar lo que creas, yo sí que te considero un amigo, *Whit*.

Él pestañeó, sorprendido, y contuvo la respiración sin hacer ningún ruido, tan rápido que, si no hubiese estado a solo un paso de él, probablemente me lo habría perdido. Lo que había dicho era cierto. Había saltado al río para salvarme, tal y como habría hecho un amigo. No confiaba en él, o en su papel en los planes de mi tío.

Pero Whit me había salvado la vida.

Pasé junto a él, con el corazón aporreándome las costillas. Mi tío estaba sentado a la mesa redonda, estudiando unos documentos, con una taza de café solo junto al brazo. No paraba de escribir algo en su diario y murmurar para sí mismo en español. Nos oyó acercarnos, pero no levantó la mirada.

—¿A qué demonios se debía todo ese revuelo, Whitford? ¿Es que

al señor Fincastle ahora le ha dado por disparar a los cocodrilos?

—Algo así —repuse.

Mi tío se quedó quieto como una estatua.

Sentí, más que vi, la presencia de Whit. Estaba detrás de mí, recostado contra la pared, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. El silencio más absoluto se extendió por la sala, cargándose de tensión. Mi tío Ricardo aferró el bolígrafo con fuerza y después relajó su agarre. Lentamente, alzó la mirada, y sus labios se apretaron hasta formar una línea fina y pálida. Me miró horrorizado y sorprendido a la vez, y su mirada cayó por la túnica larga que se pegaba como un guante a mi esbelto cuerpo, goteando sobre la alfombra del salón.

—¿Por qué estáis empapados?

—Tuvimos un encontronazo con un cocodrilo —repuso Whit.

—*Jesucristo*. —Mi tío cerró los ojos con fuerza y después los volvió a abrir, esos ojos avellana, iguales a los míos—. Me has desobedecido —dijo, maravillado—. ¿Te haces una idea de lo que acabas de hacer?

—No, porque tú no...

Mi tío Ricardo se puso de pie de un salto y su silla salió despedida.

—¿La has ayudado a subir a bordo, Whitford?

Whit le lanzó una mirada mordaz.

Mi tío extendió las manos sobre la mesa, enfadado y exasperado a partes iguales.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó, volviéndose a mirarme.

Alcé la barbilla.

—Era la única manera.

Mi tío abrió la boca y después la volvió a cerrar lentamente. Parecía que le daba miedo preguntarme qué quería decir con eso, pero mi intuición me decía que sabía perfectamente por qué había venido. Quería saber la verdad, quería respuestas. Y las conseguiría fuera como fuere.

Tragué con fuerza. El sudor me impregnó la frente.

—Ve a buscar a Hassan —dijo mi tío Ricardo lentamente.

Parpadeé, confusa, es que pretendía que... No, se lo había dicho a Whit, y él seguía quieto como una estatua, apoyado contra la pared, con las manos metidas en los bolsillos. Podría haber estado posando para que le sacasen una foto perfectamente.

—Déjala que se quede —dijo Whit—. Creo que se ha ganado el derecho a formar parte del equipo.

Me volví como un resorte hacia él, con los labios entreabiertos. Pero él no me miró. Seguía con los ojos clavados en mi tío.

—¿Es que has perdido la cabeza? —le preguntó mi tío Ricardo.

—No podemos dar la vuelta, y lo sabes —repuso Whit—. Ha encontrado un modo de subirse a bordo ella solita, sin que ninguno de nosotros la ayudase; acaba de sobrevivir a un chapuzón en el Nilo. Es su *hija*.

—No me importa. Trae a Hassan.

—Si nos damos la vuelta ahora perderemos días que no podemos permitirnos perder. ¿Estás seguro de que quieres arriesgarlo todo por esto?

Mi tío barrió de un manotazo todo lo que había sobre la mesa. Los objetos cayeron al suelo con un estrépito. Respiró con dificultad y los botones de la camisa se tensaron sobre su pecho. Tenía las manos cerradas en puños apretados y los nudillos blancos.

Retrocedí de un salto, ahogando un grito. Nunca había visto a nadie con un temperamento tan violento. Mi padre había sido un hombre apacible, siempre hablando con amabilidad y dispuesto a escuchar. Mi madre era la gritona, pero nunca lanzaba nada cuando estaba furiosa. Mi tío se paseó por el salón, tirándose de la barba.

Y después se detuvo frente a Whit, con una mirada calculadora.

La comprensión surcó rápidamente el rostro del señor Hayes.

—No —suspiró—. No pienso hacerlo.

—Te pago mucho dinero para que hagas lo que te pido —dijo mi tío—. Te la llevarás de vuelta después de que desembarquemos.

Whit se apartó de la pared.

—Necesitas a la tripulación y yo no puedo manejar el *Elefantina* por mi cuenta. Debes considerar que no se rendirá nunca, y a menos que la acompañe de vuelta hasta Argentina...

Mi tío Ricardo echó la cabeza hacia atrás, pensativo y boquiabierto. El pánico se apoderó de mí. No me gustó ni un pelo su expresión. Y a Whit tampoco.

—De ninguna manera —espetó Whit—. Te has pasado. No acepté este trabajo para hacer de niñera.

Me estremecí.

La desesperación formó profundas arrugas en la frente de mi tío.

—No puede quedarse.

Carraspeé para aclararme la garganta.

—Puede que sí que tenga que hacerlo, aunque solo sea para ayudarte.

Mi tío respiró hondo, tratando de mantener la calma.

—Mi querida sobrina...

Pero Whit lo interrumpió, entrecerrando los ojos al mirarme fijamente.

—Explícate.

Me volví de nuevo hacia mi tío.

—Cuando mi padre me envió el anillo, tuve una reacción

inmediata al ponérmelo. Fue como una chispa que pude sentir por todo mi cuerpo. Y después la boca me supo a rosas.

Whit cerró los ojos y soltó una carcajada seca.

—Rosas —dijo mi tío Ricardo con voz hueca—. ¿Estás segura?

—¿Qué significan las rosas? —pregunté. Ninguno me respondió. El enfado y la frustración me invadieron. No íbamos a llegar a ninguna parte si no empezaban a confiar en mí—. Sin el anillo de oro, necesitarás mi ayuda para encontrar la tumba de Cleopatra.

—No lo sabes seguro —repuso mi tío Ricardo, pero no parecía del todo convencido. La duda se había apoderado de él y me observaba con la cabeza ladeada.

—Parte de la magia del anillo se aferró *a mí*. A veces puedo *sentirla*. Como si estuviese viendo un recuerdo privado que le perteneciese solo a ella. Es inmensa, y está oculta entre las sombras, pero puedo ver un lazo blanco recogiéndole el cabello, sus mechones decorados con perlas. Sus pies siempre relucen por las gemas que adornan sus sandalias doradas. La magia me recuerda a las plantas en flor. —Hice una pausa—. A las rosas.

—Es imposible —murmuró mi tío—. *Imposible*. Todos podemos sentir los restos que la magia deja tras de sí cuando tocamos un objeto capaz de guardarla en su interior. —Frunció el ceño, valorando lo que le había dicho por un momento—. El anillo debe albergar una cantidad increíble de energía mágica para que seas capaz de ver… de verla. No deben de haberlo utilizado demasiadas personas desde que le lanzaron el hechizo. Y eso no significa necesariamente que sea capaz de llevarte hasta su cámara funeraria.

Whit soltó otra carcajada seca y sin gracia, después se dio la vuelta, sacudiendo los hombros con violencia al reír. Le clavé la vista en la espalda, siendo plenamente consciente de que él sí que sabía lo que no había dicho en voz alta. Al fin y al cabo, había estado conmigo cuando compré el joyero. La magia me había guiado directamente hasta él.

Que no le contase lo que había ocurrido ese día a su *jefe* me confundía. Era como si me estuviese protegiendo de alguna manera que no terminaba de comprender.

Mi tío Ricardo vaciló, abriendo y cerrando los puños sin parar.

Whit volvió a darse la vuelta y su mirada se clavó en el cuerpo inmóvil de mi tío. Nadie se atrevió a decir nada; yo casi no me atreví ni a respirar. No sabía por qué mi padre me había enviado el anillo. Tan solo había descubierto aquellas respuestas que estaban a mi alcance.

—Muy bien —repuso mi tío en un susurro resignado—. Estás dentro, Inez.

La euforia se apoderó de mí e hizo que me temblaran las manos.

Pero entonces sus palabras calaron hondo.

«Estás dentro».

¿Qué había querido decir con eso?

No me importaba. Solo quería saber lo que les había ocurrido a mis padres. Y jamás podría haberlo conseguido desde Argentina, ni siquiera desde El Cairo. Nada me importaba más que descubrir la verdad.

—Asígnale el camarote que usamos como almacén —repuso mi tío Ricardo—. Inez, te presentaré al resto del equipo. Pero primero deja que yo me encargue de todo. ¿Entendido? —Cuando asentí, se relajó, toda la tensión abandonó sus hombros con un suspiro—. Hallaré una manera de explicarle por qué estás aquí al señor Fincastle. Tenemos que seguir manteniendo las apariencias por el bien de tu reputación.

—¿Qué reputación? —murmuró Whit.

—Inez, ¿por qué no vas a instalarte? —dijo mi tío Ricardo en voz alta—. Ve directamente al camarote que hay al final del pasillo a la derecha.

—Yo puedo llevarla —repuso Whit.

—En realidad —dijo mi tío—, tengo que hablar contigo un momento.

Whit se irguió, con los hombros tensos. No apartó la mirada de mi tío. Yo salí del salón, asegurándome de hacer resonar mis pisadas por el pasillo. Y después volví sobre mis pasos de puntillas, escondiéndome entre las sombras y prestando atención a su conversación.

—¿Tengo que preocuparme por ti? —preguntó mi tío Ricardo.

Whit no respondió a su pregunta, a menos que lo hubiese hecho en un susurro que no pude escuchar. Me pegué más a la pared. Mantuve la respiración constante y calmada, pero el pulso me iba a toda velocidad.

—No puedo permitir que te distraigas. Hay demasiadas cosas en juego, y tienes un trabajo que hacer.

—Del que me estoy encargando. Averiguaré algo más en cuanto atraquemos en Asuán.

—¿Cómo? —preguntó mi tío Ricardo.

—Mi contacto me ha asegurado que pararán allí para aprovisionarse. No me costará mucho trabajo averiguar lo que necesitamos. Solo hay unos cuantos sitios que los tratantes frecuenten en una ciudad tan pequeña como Asuán.

¿Tratantes? El único tratante al que conocía era el odioso señor Sterling. En cualquier caso, parecía que a Whit le habían asignado la tarea de conseguirle información a mi tío. Recordé lo que me había respondido cuando le pregunté si todos los trabajos que le encargaba

mi tío Ricardo eran legales.

«A veces».

—Te refieres al Bar Catarata —dijo mi tío.

—Tal vez —respondió Whit con frialdad—. También conozco otros lugares que debería comprobar. Dondequiera que estén, te aseguro de que estoy al tanto, y no hay por qué preocuparse por ninguna *distracción.*

—Venga ya —soltó mi tío Ricardo—. Me he fijado en cómo la miras.

—Bueno, hay que admitir que tiene cierto encanto —dijo Whit, cortante—. Sobre todo cuando te miente a la cara.

—Whitford.

—Su belleza no va a hacerme perder la cabeza, créeme. No tengo ninguna intención de cortejarla.

—Inez está totalmente prohibida —insistió mi tío—. Es mi sobrina, ¿lo entiendes? Sus padres están muertos, los dos. No entra en mis planes que se cree algún tipo de vínculo entre ella y tú. Ni siquiera una amistad. No quiero ser grosero, pero *jamás* lo permitiría.

—Créeme cuando te digo —respondió Whit, sin rastro de ironía— que está completamente a salvo de mí.

—Dame tu palabra.

—La tienes.

—Bien —repuso mi tío—. Quizá nos sea mucho más útil de lo que habíamos pensado.

15

Me alejé corriendo del marco de la puerta, con las mejillas sonrojadas. La vergüenza que sentía me hacía hervir la sangre. Cuando conocí a Whit, había creído que no era más que un ligón molesto. Desde entonces, había pasado a considerarlo un amigo... No. Tenía que ser sincera conmigo misma. Una pequeña parte de mí se había pasado todo este tiempo luchando contra la atracción que sentía por él desde nuestro día en el bazar.

Whit había dado la cara por mí. No me había abandonado en ese salón. Nos habíamos enfrentado a mi tío juntos. «Déjala que se quede». Jamás comprendería lo mucho que habían significado esas palabras para mí. Cuando todo el mundo se empeñaba en decirme que no, que él me hubiese defendido había sido como un cálido abrazo.

Pero estaba claro que él no me consideraba su amiga.

Lo que probablemente era lo mejor. No podía olvidarlo. E incluso nuestra amistad tenía sus límites. Había una carta de mi madre que no podía enseñarle. Una tarjeta cuadrada con una puerta ilustrada por la que no podía preguntarle. Sentía una desconfianza hacia su jefe que él jamás compartiría.

No podía confiar en Whit.

Trabajaba para mi *tío*.

Para cuando llegué a mi camarote, o más bien al almacén, ya había conseguido serenarme. De ahora en adelante tenía que concentrarme en lo que me esperaba. Quería descubrir lo que les había pasado a mis padres. Si iba a husmear por el campamento, no me podía permitir que nadie sospechase de mí o me siguiese. Y desde que la magia del anillo se había aferrado a mí, también sentía curiosidad por Cleopatra. La había visto, y ahora iba directa hacia el que probablemente fuera el lugar donde la habían enterrado. El deseo de encontrarla casi me abrumaba.

Para lograrlo, no podía permitirme ninguna *distracción*.

Saqué mi bolsa de lona de debajo de la cama e hice inventario. Eché un vistazo a todos los objetos que había a mi alrededor y me di cuenta de que la mayoría servían para montar un campamento. Había tiendas de campaña y mosquiteras, ropa de cama áspera y almohadas finas. Junto a los enseres había una enorme bolsa de cuero. Eché un vistazo en su interior y me encontré unos cuantos botes llenos de medicinas, junto con botellas de vinagre y, sorprendentemente, también cremor tártaro.

Un sonoro golpe en la puerta me hizo detenerme mientras

luchaba por acomodar los edredones en la estrecha cama. Probablemente fuera mi tío, y mi anterior enfado regresó al recordar lo que había dicho.

Quería utilizarme como si solo fuese una especie de peón en su juego.

Mi tío Ricardo creía que podía controlarme pero yo jamás lo permitiría.

Otro golpe en la puerta me sacó de mi ensimismamiento. Suspiré y la abrí, frunciendo el ceño con fuerza.

Pero no era mi tío.

Whit me observó divertido, con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa fácil y familiar tironeando de sus labios. Se apoyó en el marco de la puerta y bajó el rostro hacia el mío, demasiado cerca. Si no lo hubiera oído hablar de mí con mi tío, jamás habría creído que él también pretendía utilizarme.

Me miró por encima del hombro.

—¿Te estás poniendo cómoda, cariño?

Y así, sin más, todo el sentido común me abandonó. Lo miré con impotencia, con la furia ardiéndome en las venas. Lo que había dicho antes resonó dentro de mí. «Su belleza no va a hacerme perder la cabeza».

—Te aconsejaría que tuvieses algo más de cuidado antes de dirigirte a una dama con tanta familiaridad. Alguna joven desafortunada podría llevarse un mensaje equivocado.

Él echó la cabeza atrás y se carcajeó con ganas.

—Si alguna dama pensase que le profeso sentimientos mucho más profundos solo por mis palabras, bueno, le diría que es una idiota redomada. —Me observó con pereza, con los ojos entornados—. Ahora, si llamase a dicha dama por su nombre de pila, entonces sería una historia completamente distinta.

Me quedé helada y el suelo bajo mis pies se tambaleó.

—¿Te importaría explicarte?

—La verdad es que no me apetece.

Alcé la mirada hacia sus ojos azules.

—Antes me has llamado por mi nombre de pila.

Él entrecerró los ojos.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba en peligro de muerte.

El alivio le invadió el rostro. Suavizó esas líneas apretadas que se habían formado en las comisuras de su boca.

—Ah, bueno, eso es distinto.

—¿Por qué?

—Porque estabas en peligro de muerte.

Me froté los ojos, estaba exhausta. El susto que me había llevado

en el río me había dejado destrozada.

—¿Qué quieres, Whit?

Él se sorprendió al oírme decir su nombre.

—No me llames así.

—*Lo siento*, ¿prefieres que te llame Whitford?

—Solo tu tío me llama así.

—Whit, entonces. ¿Quieres algo?

Él me observó detenidamente.

—¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Cepillo de dientes? ¿Almohada? ¿Manta?

—Sí, me las apañé para colar algunas cosas que podían serme útiles de contrabando cuando me subí al barco.

—Seguro que es una historia de lo más emocionante.

Recordé cómo me había puesto la túnica junto a aquel edificio medio derruido, preocupada por que alguien me viese, aterrada por si no lograba subir al barco a tiempo.

—Sí que tuvo sus momentos.

Nos quedamos los dos en silencio, con solo los sonidos que provenían del Nilo rompiendo la quietud. La tenue luz que iluminaba el camarote, filtrándose por la pequeña ventana, bailó sobre su rostro. Su expresión seria me robó el aliento.

—Me alegro de haber llegado hasta ti a tiempo —dijo en apenas un susurro.

—Yo también.

Se alejó de la puerta y una sonrisa canalla se dibujó en sus labios.

—Buenas noches, cariño.



Revisé mi armario, pensando en qué podía ponerme. Mis opciones estaban increíblemente limitadas; dos vestidos de día, un par de pantalones turcos, una blusa crema arrugada y solo un par de zapatos. Decidí no ponerme el atuendo más cómodo, y terminé poniéndome el vestido de muselina amarilla, lo bastante cálido para las noches frescas y lo bastante femenino para ser apropiado para una dama. No me había peinado desde hacía días y lo que conseguí al hacerlo fue aterrador. Los rizos salvajes flotaron frente a mi rostro, negándose a dejarse domar; cada mechón parecía tener vida propia. Me recogí la mitad del cabello con un lazo. El espejo me mostró mi desastroso resultado; apenas había conseguido peinarme decentemente, tenía la ropa arrugada y las mejillas estaban mucho más hundidas que antes.

Suspiré. Era lo mejor que iba a poder conseguir yo sola.

La luz de la mañana se filtró a través de la única ventana de mi camarote mientras me lavaba la cara antes de salir al salón. Cuando llegué, ya estaban todos sentados alrededor de la mesa, y dejaron de

hacer lo que estaban haciendo en cuanto me oyeron acercarme. Isadora me dedicó una pequeña sonrisa de ánimo por encima del borde de su taza al mismo tiempo que su padre me echaba una mirada un poco menos amistosa. Probablemente estaría examinándome con la mirada en busca de algún arma escondida entre los pliegues de mi falda. El señor Hayes le lanzó un vistazo hostil. Kareem les estaba sirviendo café y me hizo un gesto para que tomase asiento en la silla vacía. Mi tío mantuvo su rostro oculto detrás del periódico que estaba leyendo, negándose a mirarme.

—Buenos días —dije.

Whit alzó su taza en una especie de saludo irónico antes de darle un buen sorbo. Tenía los ojos enrojecidos, parecía agotado, y sus hombros estaban visiblemente más caídos de lo que recordaba.

—¿Una noche larga? —le pregunté.

Las comisuras de sus labios se elevaron hasta formar una pequeña sonrisa pícara, y enarcó una ceja para completar el gesto. Tenía cierto brillo travieso escondiéndose en lo más profundo de su mirada, y supe que se estaba conteniendo a duras penas para no responder a mi pregunta con algo de lo más inapropiado. Pero no lo diría, al menos no en voz alta y en esta compañía.

—He dormido perfectamente —repuso con voz ronca.

Me sonrojé y aparté la mirada.

—Me temo que no hemos sido debidamente presentados —dijo el señor Fincastle con el mismo acento que Whit. Me impresionó de nuevo lo grande que era, todo músculo, y con un espeso bigote que le cubría su severa mueca. Había matado al cocodrilo con solo tres disparos, desde la superficie, desde un barco que no paraba de balancearse.

—Soy la señorita Olivera —dije—. Ese hombre que está intentando esconderse detrás del periódico es mi tío.

Maldita sea, mira que me habían dicho que tenía que comportarme.

—Señorita Olivera, es un placer. Hoy tiene un aspecto mucho más seco —repuso el señor Fincastle con frialdad.

Mi tío Ricardo bajó el periódico con un suspiro dramático. Lo dejó a un lado con cuidado y me observó desde el otro lado de la mesa mientras yo tomaba asiento.

Isadora carraspeó con fuerza para aclararse la garganta y su padre le dedicó una mirada mordaz.

—Me disculpo por haberle apuntado con un arma —siguió diciendo el señor Fincastle un tanto a regañadientes. Estaba claro que su hija le había echado una buena bronca antes del desayuno. Y en ese momento le sonreía de oreja a oreja mientras él le daba otro sorbo a su café.

Pero todo el color había abandonado el rostro de mi tío Ricardo, que abría y cerraba la boca sin parar, balbuceando varias palabras ininteligibles.

—¿Apuntó con un *arma* a mi sobrina? ¡Solo es una niña!

—Me paga por mis servicios —repuso el señor Fincastle, señalándome—. Y se ha recuperado estupendamente desde entonces. Creo que lo que deberíamos hacer es felicitarla.

—Felicidades —me dijo el señor Hayes alegremente.

Mi tío le lanzó una mirada asesina al señor Fincastle, que se entretuvo untándole mantequilla a su tostada.

—Me temo que todavía no tengo muy claro quién es, ni cómo ha pasado a formar parte del equipo de su tío.

—Está aquí sobre todo para hacerme compañía —repuso mi tío Ricardo, y entonces señaló al hombre fornido—. Inez, este es el señor Robert Fincastle, se encarga de nuestra seguridad, y su hija, Isadora. Acaban de llegar de Inglaterra.

Eso explicaba la fascinación que tenía el señor Fincastle por las armas que había colgadas en la pared. Probablemente las habría traído él mismo. Y eso también explicaba por qué Isadora había estado ayer a su lado, disparando con su propia pistola. Parecía que, sin importar adonde fuese, me iba a ver rodeada por británicos. Entrecerré los ojos al observar al señor Fincastle. ¿Por qué mi tío pensaba que íbamos a necesitar tanto armamento en un yacimiento? Me removí en mi asiento, inquieta. Era de lo más inusual.

—Al señor Hayes ya le conoces —añadió mi tío Ricardo, como si se le hubiese olvidado mencionarlo antes.

—Cierto, pero todavía no sé qué es lo que hace exactamente para ti —insistí.

—Un poco de todo —repuso mi tío Ricardo, ambiguamente—. Es un hombre de lo más emprendedor.

—Gracias —dijo Whit, con fingida seriedad.

—Ricardo, esto es de lo más extraño —dijo el señor Fincastle—. Creo que deberías enviarla de vuelta a casa. Su constitución débil no podrá soportar las exigencias del viaje.

Aquello me enfureció.

—¿Mi constitución débil?

El señor Fincastle le restó importancia con un gesto de la mano.

—Un rasgo característico de las mujeres que siempre han vivido bajo la protección de otros, sin que nada ni nadie pueda hacerles daño, como usted.

Su hipocresía me hizo hervir la sangre.

—Usted se ha traído a su hija —siseé entre dientes.

—Cuando su tío y yo negociamos mi contrato, él mismo aceptó todas mis condiciones —comentó el señor Fincastle—. Mi hija no es

nada delicada. *Tampoco* se ha subido a bordo de este barco sin permiso, y ella sí que sabe comportarse.

—Eso no quiere decir que no habría hecho exactamente lo mismo que ella si me hubieses dejado atrás —dijo Isadora, guiñándome un ojo.

Entreabrí los labios, sorprendida de que le hubiese contestado.

—Da igual —repuso el señor Fincastle con voz gélida—. Me encargué de prepararme para cualquier imprevisto y, de repente, ahora tengo a otra persona más a la que cuidar. Eso te saldrá más caro, Ricardo, si es que insistes en que nos acompañe.

Me recosté en mi asiento y junté las manos sobre mi regazo. Una vehemente protesta me subió por la garganta. Las implicaciones de lo que el señor Fincastle había dicho sobre mi carácter me indignaron. Me consideraba imprudente y débil. Pero mi tío no me había dejado otra opción. Si hubiese sido sincero conmigo desde el principio no habría tenido que llegar a tal extremo para hallar respuestas.

—Por el momento, no podemos evitarlo —dijo mi tío Ricardo. Cuando el señor Fincastle volvió a protestar, él alzó la mano, apretando la mandíbula con fuerza—. No veo por qué he de incluirle en esta decisión.

El señor Fincastle guardó silencio, pero pude percibir la profunda desconfianza que sentía hacia mí y hacia mi tío. Kareem trajo varios platos al salón. El aroma dulce y salado de la comida llenó la sala y me hizo salivar.

—¿Ha estado antes en Egipto, señorita Olivera? —preguntó el señor Fincastle.

—Nunca. Mis padres adoraban este país, y pensé que sería una buena idea descubrirlo por mi cuenta. —En mi cabeza añadí: «Y descubrir qué fue lo que les pasó». Me volví de nuevo hacia mi tío, cuya presencia parecía llenar por completo el pequeño salón. Cuanto más tiempo pasaba con él, más difícil se me hacía verlo como un delincuente. Parecía que le apasionaba su trabajo, y su amor por Egipto, su historia y su cultura daba la impresión de ser genuino.

¿Era posible que mi madre se hubiera equivocado?

Mi tío debió de sentir mi mirada clavada en él, porque se volvió hacia mí. Nuestros ojos de color avellana se encontraron, los suyos mucho más cálidos y especuladores, los míos plagados de dudas.

Kareem y otro camarero trajeron el último plato y colocaron toda la comida en el centro de la mesa. Había infinidad de platos sencillos y deliciosos, llenos hasta arriba con comidas que no había visto jamás.

Whit me hizo un recorrido por la mesa.

—Los pasteles se llaman *feteer*, y son exquisitos con un buen chorro de miel. Pero los puedes combinar también con huevos y queso blanco salado. —Me señaló un cuenco que tenía una comida en forma

de bola mediana bien firme—. Eso son falafeles y son mis favoritos. Están hechos con garbanzos y son bastante salados. ¿Has probado alguna vez el queso feta? También está delicioso con un buen chorro de miel encima. —Hizo una pausa, lanzándome una mirada arrepentida—. Si estás pensando que me encanta la miel, estás en lo cierto. El resto de los platos deberías poder reconocerlos tú sola.

Y así era; estaba el guiso de habas que había ayudado a preparar el día anterior, con un resultado desastroso. Para mi sorpresa, el señor Hayes tomó mi plato y me sirvió un poco de todo. Isadora lo observó con curiosidad. El resto de los comensales permanecieron inmóviles. Podía sentir sus miradas desaprobatorias clavadas en mí.

—¿Hasta qué punto se conocen? —preguntó el señor Fincastle.

—Nos conocimos hace unos días —repuso el señor Hayes con su inglés imperturbable—. Así que tampoco mucho.

—Ya veo —comentó el señor Fincastle—. ¿Por qué se coló como polizona en el *Elefantina*, señorita Olivera?

Hice un gesto para quitarle importancia con mi tenedor y decidí responder con la verdad.

—No me gusta que me dejen atrás. Y me hacía muchísima ilusión hacer algo de turismo.

—¿Hacer turismo? —repitió el señor Fincastle en apenas un susurro—. Querida, si lo que quería era explorar las pirámides debería haber contratado los servicios de Thomas Cook. Podría haberse unido a los otros cientos de turistas que llenan el Nilo de basura. —Giró todo su fornido cuerpo hasta quedar de cara a mi tío—. ¿O es que ahora también vamos a añadir las visitas a atracciones turísticas a nuestro itinerario y no me había avisado?

—Pues claro que no —respondió mi tío Ricardo—. Vamos a ir directos a Filé.

Esa nueva información me llamó la atención. La isla era famosa por su legendaria belleza y su historia. La emoción me puso la carne de gallina.

—¿A qué distancia estamos, tío?

—Está cerca de Asuán, donde pararemos para aprovisionarnos antes de ir directos hacia allí.

Como no sabía dónde estaba exactamente esa ciudad, su explicación tampoco me sirvió de mucho. Siempre tan complaciente, o quizá porque se fijó en la confusión que probablemente se había dibujado en mi semblante, el señor Hayes acudió en mi ayuda.

—Asuán está cerca de la primera catarata —comentó—. Y allí hay varios yacimientos arqueológicos.

—¿Catarata?

—Por Dios —murmuró el señor Fincastle.

—Inez —dijo mi tío, exasperado—. Creía que te habían instruido

sobre Egipto. ¿Qué sabes del Nilo?

—Es la primera vez que vengo y mi *educación* no abarcó toda la geografía egipcia —repuse, avergonzada. Me deleité al darme cuenta de que ahora sabía algo que antes desconocía. Me habían dicho un destino. Otro sitio que mis padres solían frecuentar, en el que solían vivir y explorar.

Me habían entregado otra pieza del rompecabezas.

¿Era posible que esa isla fuese el último lugar donde los hubiesen visto con vida?

De nuevo, fue el señor Hayes quien me respondió.

—El Nilo se divide en seis cataratas, y la mayoría se encuentra en Egipto. Pasar por una de ellas es muy peligroso, porque el nivel del agua puede ser demasiado bajo, las rocas que forman el lecho rompen la superficie y la corriente se mueve muy rápido. Para poder llegar a nuestro destino, tendremos que cruzar una de ellas. Por suerte, pararemos allí y no iremos más allá.

—Los enormes bancos de arena y las gigantescas rocas que normalmente están sumergidas suelen ser un problema —añadió el señor Fincastle—. Dependiendo del movimiento de la corriente, pueden desplazarse y moverse de sitio. Eso hace que navegar por estas aguas se vuelva más complicado de día y peligroso de noche.

Nadie me había hablado de aquello. Hasta ahora, el viaje río arriba había sido lento y sin sorpresas, salvo por el desastre del día de ayer. Pero eso había sido culpa mía.

—Oí que el año pasado naufragó una dahabiya. Los pasajeros tuvieron que arrastrarse para salir por las ventanas con solo sus camisones encima —dijo Isadora y aquello me sorprendió. No sabía por qué había asumido que esta también era su primera vez en Egipto. Descubrir que no era así me hizo sentir como si todavía tuviese mucho que aprender, muchas más cosas con las que ponerme al día—. Una empresa peligrosa, teniendo en cuenta qué más habita las aguas del Nilo.

—Eso sí que lo sé —comenté, cortante, recordando mi roce con la muerte del día anterior.

—¿Todavía te alegras de haber venido? —preguntó con ironía mi tío Ricardo.

Alcé la barbilla, orgullosa.

—¡Por supuesto! Será una aventura. Tan solo piensa en todos los dibujos que podré hacer para llenar mi cuaderno.

El señor Fincastle me observó con interés.

—¿Es artista?

—Me *gusta* dibujar, no estoy muy segura de que eso me convierta en artista.

—Pues claro que sí —ladró mi tío.

Me sorprendí ante su apasionada respuesta, y aquello me dejó sin palabras. Era lo más bonito que me había dicho nunca. Se me sonrojaron las mejillas e intenté ocultarlo dándole otro sorbo a mi café.

—Oh, ahora lo entiendo todo —repuso el señor Fincastle—. Ya veo lo que pretendes, Ricardo. No pudo contratar un fotógrafo nuevo después de haber perdido al anterior y, en cambio, tendremos a su sobrina en nuestro equipo para asegurarse de mantener un registro adecuado de lo que encontremos. Sin duda es una suerte que decidiese incluirse ella solita en sus planes.

—En realidad —dijo mi tío Ricardo—, sí que tenemos una nueva fotógrafa. La nieta de Abdullah, Farida, es quien se ha estado encargando de sacar las fotos de lo que hemos descubierto hasta ahora. Pero no se quedará con nosotros esta temporada. Así que tener a Inez para reproducir con todo lujo de detalles los vibrantes colores y las estructuras de los templos será toda una ventaja...

Me recosté en mi asiento. No se me había ocurrido esa posibilidad hasta ahora. Hasta que no le oí decirlo en voz alta no me di cuenta de las ganas que tenía en realidad por hacer algo así. Sería la excusa perfecta. Una forma de ver todo lo que pudiese en la isla. Una manera de serle útil al equipo de Abdullah.

Antes de que mi tío pudiese decir nada más, me giré en mi asiento y me enfrenté directamente al hombre fornido.

—Muy inteligente, señor Fincastle. Esa es la razón *exacta* por la que mi tío debería haberme pedido que formase parte de su equipo.

Mi tío se quedó callado y perplejo, como si no pudiese creer cómo me había entrometido a la fuerza en sus planes, y el señor Hayes se rio por lo bajo. Se había comido todo lo que se había servido en el plato y ahora se estaba comiendo el pastel que tenía en el mío. Como si no pudiese servirse otra cosa de los cientos de platos que había en el centro de la mesa. Estaba claro que sus modales eran desastrosos.

—Eso significará que tendrás que dormir en una tienda de campaña durante mucho tiempo y renunciar a los lujos de la dahabiya —me advirtió mi tío Ricardo—. Así como explorar salas oscuras y polvorientas bajo un sol abrasador.

Una expresión soñadora se dibujó en el rostro de Isadora. Su cabello del color de la miel estaba perfectamente recogido en un moño sobre su cabeza, y su vestido estaba a la altura de la última moda europea, ceñido y rodeando su estrecha cintura y con una cola que caía alrededor de su silla. Parecía la damisela en apuros de una novela romántica, esperando a que alguien viniese a salvarla. Salvo que no podía quitarme de la cabeza la imagen de ella disparando aquella pistola.

—¿No preferiría sentarse a dibujar desde la seguridad del

Elefantina? —preguntó el señor Fincastle—. Una dama como usted no está acostumbrada a lo incómodo que puede resultar esa clase de viajes.

El señor Hayes soltó un bufido.

—Podré soportarlo, se lo aseguro.

—Bueno, pues decidido —repuso mi tío Ricardo—. Creo que conseguirá sorprendernos a todos. Siempre y cuando prometa no meterse en líos.

—Eso sí que puedo hacerlo. —No me quedaba otra opción. Era la mejor manera de conseguir vagar a mis anchas por Filé. Una forma de descubrir la verdad sobre mi tío, de registrar su tienda de campaña sin que me descubrieran.

Haría lo que fuese necesario para lograrlo, incluso aunque tuviese que ayudarles a encontrar la tumba de Cleopatra.

Mi tío no respondió, y el resto del grupo siguió desayunando. Él no me perdió de vista, con esos ojos avellana tan parecidos a los míos y a los de mi madre. No dijo ni una sola palabra más pero, a pesar de todo, entendí perfectamente lo que no estaba diciendo. Oí sus palabras como si las hubiera pronunciado en voz alta.

«No hagas que me arrepienta».

Espera a descubrir lo que soy capaz de hacer con un carboncillo.

16

Después de desayunar, el señor Fincastle e Isadora salieron a dar un paseo por la cubierta, él con su rifle apoyado en el hombro, por supuesto. Ella se quedó a su sombra, con el brazo entrelazado con el suyo, el cariño que se tenían era evidente. El dolor me cortaba la respiración, atrapado en mi pecho. Papá y yo solíamos dar largos paseos alrededor de nuestra finca, hablando sin parar y caminando sin rumbo fijo. Era un hombre fácil de querer, y no necesitaba mucho para ser feliz. Sus libros, una taza de café fuerte, su familia a su lado y Egipto, eso era todo lo que necesitaba. Deseé haberle hecho más preguntas sobre sus padres y sobre cómo eran, y si había tenido una buena relación con ellos en el pasado. Yo no había llegado a conocerlos, y ahora había perdido la oportunidad de descubrir cómo había sido mi padre de niño.

Cada día descubría algo nuevo que sus muertes me habían arrebatado.

Tuve que pestañear con fuerza para contener las lágrimas, mientras todavía seguía mirando fijamente a padre e hija. Ellos se asomaron por la borda, observando el río; probablemente estuviesen buscando otro cocodrilo al que disparar. Cuando se alejaron lo suficiente como para que ya no pudiese verlos a través de la ventana, me volví de nuevo hacia mi tío. Había sacado un libro de una de las estanterías que había repartidas por el salón y se había inmerso de inmediato entre sus páginas.

Me sorprendió el poco tiempo que habíamos pasado juntos hasta ahora. Mi tío era un hombre con tantos secretos que dudaba de que pudiera ser capaz de descubrirlos todos alguna vez.

Pero siempre había algún lugar por donde empezar.

Whit se topó con mi mirada y esbozó una sonrisa, con una expresión sorprendentemente amable. Se sirvió otra taza de café, la alzó en mi dirección a modo de saludo, y después vocalizó un «buena suerte» antes de ponerse en pie y marcharse. Me quedé mirando fijamente su espalda, incrédula, su buena intuición me desconcertaba. ¿Por qué no podía actuar *siempre* como un canalla? Como un granuja musculoso que solo se preocupaba por sí mismo.

Así me sería mucho más fácil perdonarlo.

Me sacudí la inquietante sensación de estar cayendo en un pozo del que no podría salir, y volví a centrarme en mi tío, que se escondía tras la tapa dura de su libro.

—Tío —lo llamé—. ¿Te importaría dejar de leer diez minutos?

—¿Qué quieres, Inez? —me preguntó, distraído.

Me senté en la silla que había junto a él.

—Apenas hemos hablado desde que llegué, más allá de para que me dijeras que tenía que irme del país.

—De poco me sirvió —repuso, esbozando una pequeña sonrisa y dejando el libro a un lado. Se recostó en su asiento, se cruzó de brazos sobre su vientre plano y me observó atentamente, fijándose en lo hundidas que tenía las mejillas, en el ángulo de mi mandíbula. Me dio la impresión de que estaba buscando cualquier rasgo que le recordase a su hermana.

Una hermana que creía que era un delincuente.

—Echo de menos a mis padres —dije en apenas un susurro—. Estar aquí me ayuda a aferrarme a su recuerdo.

Su rostro contaba infinidad de historias: las arrugas que escondían relatos llenos de aventuras que jamás se habían contado, cicatrices que mostraban todos los peligros por los que había tenido que pasar, las gafas que necesitaba después de haberse pasado años y años encorvado sobre las páginas de un libro. Todo junto, contaba un relato plagado de secretos y dedicación académica, eran los rasgos de un explorador.

—¿Qué quieres saber?

Se me formó un nudo en la garganta, ahogándome. ¿Tendría otra oportunidad como esta en el futuro? ¿Un momento en el que estuviésemos los dos solos? Cuando llegásemos a Filé, toda su atención y su tiempo podrían verse arrastrados en cientos de direcciones distintas.

—Pasaron diecisiete años en Egipto. ¿Eran felices aquí?

Mi tío Ricardo dejó escapar una suave carcajada.

—¿Sabes por qué los invité a venir?

—Porque necesitabas dinero —expuse rotundamente.

Me dedicó una sonrisa arrepentida.

—Me había quedado sin todos mis ahorros y me negaba a aceptar financiación de la clase de instituciones que me exigían que les entregase aquellos artefactos que encontrase a cambio. Zazi y yo no sabíamos qué más hacer, y entonces me propuso que escribiese a Cayo y a Lourdes. Creía que era la única forma de que los tres pudiésemos seguir adelante con algo de dignidad. El trabajo de su hermano Abdullah fue lo que nos unió... pero entonces ella falleció. —Una pena inmensa se dibujó en su rostro y quise acercarme a él para tomar su mano entre las mías, para consolarlo. Pero me quedé quieta, sabiendo que dejaría de hablar si le mostraba algún tipo de compasión.

Y no quería que dejase de hablar.

—Aun así les pedí el dinero porque creía en la misión de Abdullah, y porque sabía que Zazi no habría querido que su hermano

tuviese que seguir adelante por su cuenta. —Sus labios se relajaron, como si estuviese recordando algo—. Tu padre aceptó encantado desde el principio, pero Lourdes tardó un poco más en enamorarse de Egipto. Sin embargo, cuando lo hizo, se enamoró con fuerza. Al poco tiempo se convirtió también en un miembro indispensable de nuestro equipo. Era tan organizada que confiaba plenamente en ella para que se encargase de pagar las nóminas de todos los miembros del equipo, porque siempre hacía un seguimiento exhaustivo de las horas que cada uno pasaba trabajando. Era la favorita de todos, siempre haciéndolos reír con sus bromas y chistes. Con el tiempo, se terminó labrando una vida aquí.

—¿Solía gastarle bromas al equipo en el campamento? No es algo propio de mamá.

Mi madre siempre sabía cómo comportarse, siempre sabía qué decir en cada ocasión, y era una de las favoritas dentro de los círculos de la alta sociedad de Buenos Aires.

—Aquí era tal y como solía ser de joven —dijo él en un susurro—. Egipto sacaba esa faceta suya. Recuerda que se casó cuando todavía era demasiado joven, mucho más que tú ahora, y con un hombre mucho mayor que ella. Mis padres eran muy rígidos y esperaban mucho de su única hija y, mientras que nuestra familia tenía una buena reputación, no teníamos dinero. Tu padre se labró su fortuna trabajando duro, invirtiendo con cabeza y triunfando en la industria ferroviaria. Formaban una buena pareja; sin embargo, aquí los dos podían respirar. Ser quienes de verdad querían ser.

—Pero, aun así, gastar *bromas*… —No llegué a terminar la frase. La idea me resultaba tan inaudita como ver a mi madre llevando un vestido de gala rojo intenso. Jamás se había permitido ser tan libre conmigo. El dolor me estrujó el corazón e intenté no pensar en lo mucho que podríamos habernos reído si hubiese sido ella misma.

—Tenía un viejo pañuelo de seda que podía encoger cualquier cosa que cubriera al tamaño de una moneda. —La tristeza tiñó su sonrisa—. Ni siquiera puedo decirte cuántos zapatos míos hizo desaparecer.

Por fin logré deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Bueno, sí que puedo imaginármela dando órdenes a todo el equipo.

—Para disgusto de Abdullah. A él le encanta mantener las cosas en orden, pero tu madre siempre se interponía en sus decisiones. Tuve que meterme varias veces entre ellos. —Sacudió la cabeza con pesar —. Entre los dos, nunca tuve ninguna duda sobre quién hacía qué y cuándo. A qué hora llegaba todo el mundo para empezar a excavar o cuánto tiempo trabajaba cada miembro del equipo en realidad. Ella lo

gestionaba todo y también llevaba el registro de todos nuestros descubrimientos.

—¿El registro?

—Sí, ella… —Vaciló, y después decidió no terminar la frase—. Para ella era importante llevar un registro.

—¿Dónde guardaba esos registros?

—Eso es algo que no necesitas saber. Pero, como estamos hablando del tema, te voy a repetir que debes tener mucho cuidado al hablar de lo que veas mientras estés con nosotros. Si te importa aunque sea un poco el trabajo de mi vida, no le contarás a nadie lo que veas o lo que descubras. Hazlo por tus padres, si no por mí.

—Puedes confiar en mí.

—Ojalá pudiera —repuso, con verdadero pesar tiñendo cada una de sus palabras—. Pero no con algo así. Puede que seas parte de mi familia, Inez, pero para mí eres una completa desconocida, al menos en lo que de verdad importa, y no pienso arriesgar todo lo que he logrado hasta ahora solo porque quepa la posibilidad de que hiera tus sentimientos.

No me conocía lo suficiente como para juzgarme con tanta dureza. No se había tomado el *tiempo* para conocerme. Éramos dos extraños porque él así lo había querido, no yo.

—Bueno, tú tampoco has demostrado ser alguien digno de confianza.

Él se quedó tenso ante mi observación.

—Sé que me estás ocultando algo —lo acusé. No había previsto decirle nada de esto, pero ahora que había empezado, no podía parar—. Te oí hablar con el señor Hayes sobre mamá y papá, así que no te molestes en negarlo. ¿Qué fue lo que les pasó en realidad? ¿Qué es lo que no me estás contando, tío?

—¿Es que ahora escuchas conversaciones ajenas a escondidas, Inez? Eso no es nada propio de una dama con tu educación.

Alcé las manos sobre mi cabeza.

—Bueno, no tendría por qué hacerlo si no te empeñases en *mentirme*.

Él se puso de pie, en guardia.

—Has contratado al señor Fincastle, que ha traído rifles y pistolas para armar a casi un ejército. ¿Por qué necesitas que te protejan en un yacimiento arqueológico, tío? A mis padres no les habría gustado tener tantas armas aquí.

—No conocías a tus padres.

Sus palabras retumbaron en mi cabeza.

Retrocedí un paso, como si me hubiese dado una bofetada. Pero nada de lo que había dicho era mentira, y quizá por eso me dolió tanto. Ni en un millón de años me habría esperado que mis padres

fuesen tan temerarios, poniendo en peligro sus vidas y vagando por el desierto sin las precauciones adecuadas. No, a menos que tuviesen un buen motivo.

—¿Estaban buscando algo? —pregunté, cuando se me ocurrió una idea.

—¿Qué?

—¿Estaban —dije, lentamente, impregnando la rabia que sentía en cada una de mis palabras— buscando algo? ¿Fuiste tú quién los mandó ahí fuera?

Una emoción parpadeó detrás de sus ojos avellana. Podía haber sido culpa. Pero mi tío guardó silencio, incluso aunque el corazón me latiese acelerado. Se recolocó las gafas y apartó la mirada. Se me encogió el corazón. Así que era eso.

Mi tío los había enviado en una búsqueda descabellada y ellos habían muerto por su culpa.

—Háblame de su último día, dime qué estaban haciendo. —Se me rompió la voz—. ¿Por qué no estabas con ellos?

—*Ya basta*, Inez —dijo, alejándose de la mesa—. Pensar en esa clase de cosas tan solo te provocará más dolor. ¿Por qué no te vas a descansar?

—Acabamos de empezar a...

—Tú y yo podremos seguir hablando cuando te tranquilices.

Y entonces se marchó, y yo me quedé mirando su espalda fijamente, furiosa, con él y conmigo misma por mi incapacidad de controlar mi temperamento. Kareem entró en el salón, con una jarra de café recién hecho en la mano. En silencio, me sirvió otra taza.

—*Shokran* —le dije. Y después alcé la vista hacia él—. ¿Cuánto has oído?

Kareem esbozó una pequeña sonrisa.

—Es un barco pequeño.

Sí que lo era. Mi tío no podría evitarme para siempre.



Me encontré a Whit escribiendo en su diario, sentado en uno de los sillones que había por la cubierta. Tras él, el Nilo se deslizaba sin descanso, formando patrones verdes, marrones y azulados. Y las palmeras salpicaban el paisaje a intervalos regulares. La belleza que me rodeaba no alivió lo frustrada que me sentía. Me dejé caer en el sillón que había junto a él. Suspiré con fuerza, apartándome los mechones rebeldes de la cara, y mi mirada fue a parar directa a la página de su diario. Alcancé a ver unos cuantos confusos garabatos numéricos y algún que otro dibujo suelto antes de que lo cerrase.

Él me miró fijamente.

—¿Qué tal ha ido la charla con tu tío, *cotilla*?

Me sonrojé.

—He perdido los papeles.

Él chasqueó la lengua.

—Creo que mis padres fueron a buscar algo en el desierto, alguna clase de artefacto, lugar o... no lo sé. *Algo* —dije, observándolo atentamente—. Mi tío también está desesperado por encontrarlo. ¿Sabes lo que podría ser?

Whit se encogió de hombros, indolente.

—¿En Egipto? Todos estamos buscando algo.

Había cierto deje en su tono que me hizo dudar. ¿Es que él también estaba buscando aquello que mi tío quería? Pero la melancolía que teñía su voz me hizo pensar que lo que él buscaba era algo intangible. No algo que pudiese sostener entre sus manos o que tuviese un precio.

—No lo entiendo. —Me enfurecí—. No entiendo por qué toma las decisiones que toma, su comportamiento. Ni por qué no quiere hablar conmigo.

—Tu tío siempre tiene una razón para todo.

Detecté cierto deje desaprobatorio en su voz. Algo que me pedía a gritos que le preguntase.

—Whit... ¿confías en él?

Me lanzó una mirada mordaz que no encajaba en absoluto con su sonrisa perezosa.

—Señorita Olivera, solo confío en dos personas en todo el mundo.

—¿Tan pocas? —Lo observé, apartándome el pelo de la cara. La brisa había arreciado considerablemente—. En tu familia, supongo. ¿En tus padres?

Apretó los labios con fuerza.

—En mi hermano y en mi hermana.

—¿Pero en tu padre y en tu madre no?

—No confiaría en ellos ni para salvarme de un incendio —repuso, con una sonrisa tensa.

No lo entendía. No sonaba para nada molesto, pero sus labios se habían crispado hasta formar una mueca triste, como si supiese que no podría mantener la fachada arrogante para siempre. Una parte de mí sí que lo entendía. Estaba empezando a comprender por qué no confiaba en mis propios padres. Era difícil hacerlo cuando me habían guardado tantos secretos. Me querían, pero no habían compartido sus vidas con su única hija. Me resultaba difícil aceptarlo, imaginármelo. Otra ráfaga de viento se interpuso entre nosotros, y el barco se tambaleó con fuerza.

Me sobresalté y eché un vistazo a mi alrededor, alarmada.

Whit se incorporó de golpe.

—Eso no ha sido...

La cubierta del *Elefantina* gruñó al balancearse bruscamente.

—¿Eso es normal? —dije, cada vez más inquieta.

Tiró de mí para levantarme del asiento, nos acercamos juntos hasta la barandilla y me señaló el oscuro río, que se agitaba mientras el viento soplaba a nuestro alrededor, como si estuviésemos en medio de una tormenta. La corriente se volvió tumultuosa, subiendo y bajando entre los enormes salientes rocosos.

—Tengo que encontrar al *reis* Hassan —dijo, sombrío.

—¿Todo irá bien? —Pero ya no me estaba escuchando, su atención estaba puesta en el río. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, erizándome el vello de los brazos. Lo agarré de la camisa con una mano—. *Whit*.

Él bajó la mirada hacia mí, con los labios entreabiertos por la sorpresa. La fuerza de su mirada azul se encontró con la mía. Me acarició la mejilla con una mano, vacilante y lentamente. Algo gélido brilló tras sus ojos y dejó caer la mano enseguida. Eché de menos su contacto en cuanto se alejó. Con suavidad, me fue soltando los dedos con los que aferraba su camisa y se apartó, cerrando su rostro a cal y canto como si fuese una puerta por la que se negaba a dejar pasar a nadie.

El barco volvió a hundirse y algo se arrastró por debajo, rasgando la barriga del *Elefantina*.

—¿Qué ha sido eso?

—Vuelve a tu camarote. —Me dejó sola en la cubierta—. Lo digo en serio, Olivera.

El barco se tambaleó hacia la derecha, haciéndome tropezar, pero alargué el brazo para recuperar el equilibrio. Di otro paso hacia delante, vacilante, y después otro más, pero el barco volvió a hundirse y a mí se me cayó el corazón a los pies. Regresé al salón. El resto de la tripulación pasó corriendo a mi lado, hablando en árabe a toda velocidad. Todos tenían cara de pánico.

—*Sitti*! ¡Debe ir a su habitación! —dijo Kareem, pasando junto a mí—. ¡No es seguro!

—En cuanto encuentre a mi tío —repuse.

Pero él ya se había alejado. Salí corriendo hacia el salón y me encontré a mi tío enrollando un mapa que había extendido sobre la mesa. Algo se estrelló contra las ventanas y me di la vuelta, soltando un grito ahogado.

—¿Eso es *arena*? —pregunté.

Mi tío Ricardo llegó hasta mí con solo dos zancadas.

—Estamos en medio de una tormenta de arena que viene directa del desierto.

El barco volvió a gruñir y algo golpeó con fuerza el fondo. Su rostro empalideció, y después se volvió hacia mí y me empujó hasta

mi camarote.

—Quédate aquí hasta que te diga que es seguro salir, Inez. Si volcamos, sal a través de la ventana. Deja todo atrás. ¿Lo has entendido?

Aturdida, asentí y e hice justo lo que me había dicho que hiciera, con el corazón en la garganta. Cerré la puerta a mi espalda y me senté en el suelo, llevándome las rodillas al pecho. Pero no, quedarme sin hacer nada en una situación como esta era increíblemente estúpido. Y si volcáramos, ¿entonces qué?

Eché un vistazo a mi alrededor, examinándolo todo.

¿Qué podría permitirme perder?

Ninguna de las cosas de mis padres. No eran objetos especiales para nadie más que para mí, pero les habían pertenecido a ellos, por eso no tenían precio. El barco se sacudió y gruñó después de que otra fuerte ráfaga de viento golpease el casco. El viento aullaba al otro lado de mi ventana con hambre asesina. Me puse de pie, con las piernas y los brazos temblorosos, y me acerqué con cuidado hasta los cajones que había debajo de mi cama.

Una sonora maldición me hizo detenerme.

Parecía mi tío.

Salí corriendo hacia la puerta y eché un vistazo alrededor del corto pasillo. Una de las puertas que había al otro lado estaba entreabierta, meciéndose al ritmo de los balanceos del barco. Los goznes crujían con fuerza. Salí al pasillo y me quedé boquiabierta.

A través del hueco entre el marco y la puerta vi a mi tío. La puerta se cerró, bloqueándome la vista, y después volvió a abrirse. Me acerqué un poco más, intentando no hacer ningún ruido. Me pareció ver algo que me resultaba familiar...

Mi tío Ricardo estaba rebuscando con rapidez entre sus cosas, algo parecido a lo que yo había estado haciendo tan solo unos segundos antes. Pero en sus manos tenía un cuaderno con peonías exuberantes pintadas en la portada. Eran las flores favoritas de mi madre. Reconocería su diario en cualquier parte.

Yo misma había pintado esas flores, por delante y por detrás.

Mi tío se arrodilló frente a su baúl y sacó unas cuantas hojas sueltas, las leyó por encima y después las dobló a la mitad rápidamente, antes de introducirlas entre las palabras que había escrito mi madre. Mi intuición se despertó, y el impulso de entrar corriendo en su camarote y exigirle que me entregase su diario, lleno de los pensamientos más privados de mamá, casi me abrumó. Pero me quedé donde estaba, pensándolo dos veces por primera vez en mi vida. Si entraba allí en este momento, lo más probable era que me mintiera, y después se aseguraría de esconderme las pertenencias de mi madre en el futuro.

Mejor esperar hasta que se fuese de su camarote.

Mi tío Ricardo salió a la carrera de su cuarto unos minutos más tarde, doblado hacia delante como si fuese un toro a punto de embestir. Cuando desapareció por las escaleras, corrí por el estrecho pasillo y me adentré en su camarote, cerrando la puerta a mi espalda.

Había dejado el espacio completamente limpio y organizado, y el baúl cerrado con candado. Murmuré una maldición y me dejé caer de rodillas frente al baúl, antes de quitarme una horquilla del pelo. Sabía cómo forzar una cerradura gracias a la fascinación de mi padre por perfeccionar todo tipo de talentos. Él era capaz de contener la respiración bajo el agua durante tres minutos, y sabía hacer y deshacer unos cuantos nudos marineros distintos y, durante unos meses, se obsesionó con los ladrones.

Introduje la punta de la horquilla en el candado e hice palanca hacia un lado y, cuando eso no funcionó, lo intenté hacia el otro, dándole las gracias en silencio a mi tía por todas las veces que me había encerrado en mi cuarto cuando me portaba mal. El candado se abrió al mismo tiempo que el barco se sacudía de nuevo, y levanté la tapa del baúl.

El diario de mamá estaba encima de una pila de mapas enrollados.

Necesitaría mucho tiempo para leer cada una de las entradas del diario, pero no podía permitirme ese lujo. Solo tenía esta noche, mientras el resto de los tripulantes luchaban por mantener el *Elefantina* a flote. Con ese pensamiento, regresé a la carrera a mi camarote. Recogí mi bolso y mi bolsa de lona y me senté justo bajo la ventana, al mismo tiempo que la arena impactaba contra el cristal. Si el barco iba a zozobrar, lo mejor sería que estuviese cerca de un lugar por donde pudiese salir.

Entonces empecé a leer.

Y en la última página encontré aquello que lo cambió todo.

Mi hermano y yo no podemos volver a actuar como si nada hubiese pasado. Él ha escogido su camino y yo no pienso seguirlo, pero no soporto la idea de tener que denunciarlo ante las autoridades. Ay, ¿pero cómo puedo escribir algo así? ¡Debo hacerlo! ¡Debo hacerlo! Sus amenazas me aterran. La última vez que discutimos, cuando me levanté del suelo me dolía todo el cuerpo. Ricardo dijo que no pretendía hacerme daño, pero me lo hizo.

Incluso ahora, sigo teniendo moratones por todas partes.

Temo por mi vida. Temo por la vida de Cayo.

No sé qué debería hacer. Es mi hermano.

Pero es un asesino.

Al principio no les encontraba ningún sentido a sus palabras. Y después todas las piezas del rompecabezas encajaron.

Amenazas.

Moratones.

Asesino.

Mi madre había temido por su vida. Me desabroché el cuello del vestido, jadeante, me costaba respirar. Había vivido *aterrada* por lo que su hermano podría hacer. Cada una de sus palabras rezumaba miedo y desesperación, ahora todo tenía sentido. Como si la niebla que antes había llenado mi cabeza se hubiese disipado, y por fin pudiese ver lo que me habían estado escondiendo. ¿A quién había asesinado mi tío Ricardo?

Y, si ya lo había hecho una vez, sería capaz de hacerlo de nuevo.

Todo este tiempo mi tío se había negado a darme los detalles con respecto a sus muertes. Y por fin sabía por qué. La respuesta había estado en mis narices desde el principio. Al otro lado de la ventana, la tormenta se embraveció. Una tempestad que reclamaba lo que se le debía. Volví a leer la entrada del diario y se me nubló la vista al empezar a comprender lo que mi intuición llevaba gritándome desde el principio. Todas las pistas estaban ahí. Mi tío no me había querido en Egipto. Había involucrado a Whit en actividades ilegales. Se negaba a contarme lo que les había ocurrido a mis padres. La nota de mi madre a monsieur Maspero, suplicándole que la ayudase. La curiosa tarjeta con la ilustración de la puerta, con una hora, un lugar y una fecha manuscritos al otro lado. Y ahora esa entrada del diario en la que mi madre explicaba cómo mi tío le había puesto las manos encima. Golpeándola con la suficiente fuerza como para dejarle marcas.

La verdad era como un puño de hierro, cerrándose en torno a mi corazón, apretando con fuerza.

Mi tío había asesinado a mis padres.



Tenía que salir del *Elefantina*. Tardé unos segundos en hacer las maletas. Fuera de mi camarote, el pasillo estaba desierto. La tripulación, mi tío, Whit y estaba segura de que el señor Fincastle también, estaban en la cubierta. Nadie se fijaría en mí si me llevaba mi pequeña bolsa de lona hasta la barandilla. Nadie se daría cuenta de que había una persona menos en la dahabiya. Abrí la puerta de un tirón y eché un vistazo a ambos lados, antes de salir al estrecho pasillo sin hacer ningún ruido. Los tirabuzones de arena que flotaban por el

viento tormentoso se estrellaban contra mis mechones, dejándome el cabello arenoso y duro. Arriba, los gritos de la tripulación se alzaban por encima del fuerte viento. Llegué hasta la barandilla, con la correa de mi bolsa clavándoseme en la palma de la mano.

A mis pies, el agua del río se sacudía con fuerza.

Recordé la forma en la que la corriente me había arrastrado bajo la superficie. Cómo se había aferrado a mí. Temblorosa, extendí una mano hacia la barandilla, el miedo retorciéndose en mis entrañas con fuerza. Las dudas se cernían sobre mí y, por un momento, dejé caer el brazo.

Saltar era una estupidez.

Mis posibilidades de sobrevivir eran más bien escasas. Si me quedaba a bordo, mi destino pintaba igual de sombrío. Me quedé con la mirada perdida en las profundidades del río, con el miedo subiéndome por la garganta. Ahí fuera había cocodrilos y serpientes, una corriente malvada y vientos huracanados.

Pero en el *Elefantina* había un asesino.

Cerré los ojos con fuerza, respirando con dificultad. Podía saborear la arena en mis labios, y la falda de mi vestido se agitaba con violencia alrededor de mis piernas. Incluso aunque sobreviviera a la tormenta, aunque sobreviviera al Nilo, ¿qué haría después? ¿Cómo llegaría hasta Filé?

Abrí los ojos de golpe.

La pregunta me sorprendió. Mi cuerpo gritaba que saliese del barco cuanto antes, del río, de Egipto. Y, sin embargo, había una parte de mí que no quería renunciar a mis padres. Y, si me marchaba, jamás descubriría cómo habían muerto en realidad. Jamás sabría por qué mi tío los había asesinado. La razón se impuso por fin, haciendo retroceder al miedo. Hasta ese momento, mi tío no me había amenazado ni me había hecho daño. Solía ser de lo más cortés y, aunque había perdido los estribos el día que descubrió que había estado viajando como polizona en el *Elefantina*, no me había pegado.

Mientras no descubriera que sabía la verdad, no intentaría hacerme nada.

Me alejé lentamente de la barandilla. Me di la vuelta y me colé en su camarote, para dejar el diario de vuelta donde lo había encontrado. Después regresé al mío en una especie de trance. Lograría salir de esta.

Fuera como fuere.

Whit

La cuerda me quemó la palma de la mano. Bajo mis pies, la cubierta se hundía y se sacudía, y tuve que doblar las rodillas para no caerme por la borda. El resto de la tripulación se encargó de las velas,

intentando usar el viento para ayudarnos a navegar la tormenta sin sufrir ningún daño. Reis Hassan gritaba órdenes sin parar, pero el sonido quedaba ahogado por los rápidos latidos de mi corazón, que me aporreaba tras las costillas.

El barco se sacudió. La madera se resquebrajó y gruñó, pero no solté la cuerda. Cada ráfaga de viento nos acercaba un poco más a los bancos de arena. Estaba seguro de que en cualquier momento las rocas del lecho del río nos harían encallar. Me acordé de los libros de química que mi hermana me había enviado, los que no tendría tiempo de salvar si el agua nos terminaba sepultando. Me habían unido a ella. Ella, que siempre había sabido lo mucho que adoraba las ciencias y que conocía mi deseo de saber cómo funcionaba el mundo en realidad. Tiré con más fuerza de la cuerda, no quería perder esa conexión con mi hermana.

La tripulación corría de un lado a otro, formando un torbellino borroso, con el ceño fruncido y expresiones preocupadas.

La imagen fugaz de Olivera me cruzó la mente. Le había prometido que no permitiría que le ocurriese nada malo. La frustración me hizo esbozar una mueca irritada. No tenía por qué hacerle ninguna promesa.

La única chica en la que tenía derecho a pensar de ese modo estaba en Inglaterra.



17

Llamaron a la puerta horas más tarde. Me había pasado toda la noche paseando por mi camarote, incapaz de sentarme, dormir o descansar. *Mi tío era un asesino*. No había podido dejar de pensar en ello, era como estar escuchando en bucle el estribillo de una canción que no quería volver a escuchar. Una parte de mí deseaba no haber leído nunca el diario de mi madre. Mi mente había creado una pesadilla sobre los últimos minutos de vida de mis padres. No podía dejar de pensar en cómo podrían haber seguido a mi tío mientras él los adentraba en el desierto, confiándole sus vidas. Sin sospechar ni por un momento que los abandonaría allí, para que muriesen bajo el sol abrasador.

Era lo único que tenía sentido. Mamá y papá eran demasiado inteligentes como para haberse aventurado en el desierto por sí solos.

Volvieron a llamar a la puerta.

Whit estaba al otro lado de la madera, con su habitual estado desaliñado, aunque quizás incluso un poco más que de costumbre. Todo su cuerpo pareció suspirar aliviado al verme. Me examinó de arriba abajo, minuciosamente; su mirada me recorrió como si quisiese asegurarse de que estaba sana y salva. Sabía exactamente lo que estaba viendo: ojos cansados, mandíbula tensa, hombros caídos.

La tormenta había sido horrible. Pero lo que había descubierto anoche era lo que de verdad me había destrozado.

Él se agachó hasta quedar a mi altura para mirarme a los ojos.

—¿Estás bien? Pareces agotada.

—*Estoy bien* —grazné, sorprendiéndome a mí misma al poder hablar. Había estado gritando contra la almohada, sobrepasada por la traición de mi tío.

Me había pasado toda la noche llorando. Cuando salió el sol, me dije que no derramaría otra lágrima hasta que hubiese descubierto la verdad sobre sus muertes.

Y entonces, fuera como fuere, arruinaría al tío Ricardo.

—Te llaman —dijo Whit sin preámbulos.

—¿Se acabó? —Más graznidos—. ¿Estáis todos bien?

—Hemos estado mejor, pero sí.

Me dejé caer contra el marco de la puerta. Al menos todo había terminado.

—El *Elefantina* ha sobrevivido a la tormenta sin ningún problema mayor —dijo, con voz curiosamente amable—. Estamos llegando a Asuán. Mientras la tripulación compra provisiones, vamos a ir a tomar

algo al Hotel Old Cataract. Sirven el mejor té de hibisco del desierto. Te encantará. Abdullah y su nieta nos estarán esperando allí. Ya has oído hablar de ella antes. Es la fotógrafa. ¿Te acuerdas? Creo que te llevarás bien con Farida, tampoco se calla nunca lo que opina. Las vistas del Nilo desde la terraza son espectaculares y te recomiendo que te lleves tu cuaderno de dibujo, Olivera.

Iba gesticulando con las manos al hablar, y entonces me fijé en algo.

—Whit —murmuré—. Tus manos. —Estaban enrojecidas y tenía unas cuantas ampollas bastante feas en las palmas.

Alargué las manos hacia ellas, pero él se las metió en los bolsillos y se alejó, poniendo una distancia mayor entre nosotros. Fruncí el ceño, sin comprender por qué de repente no quería respirar el mismo aire que yo, por qué de repente parecía que no quería ni acercarse a mí.

—Estate lista en diez minutos —dijo—. Por favor.

—¿Estás siendo amable conmigo? —pregunté, atónita.

Él se alejó por el pasillo sin responder.

—Supongo que no —murmuré, parpadeando al observar su ancha espalda mientras desaparecía por el pasillo y lo perdía de vista. No se volvió a mirar atrás ni aminoró la marcha. Me di la vuelta, recogí mis cosas y después subí a la cubierta, allí me encontré con todo el equipo y la tripulación reunidos junto a la barandilla, contemplando algo en silencio.

Seguí sus miradas y ahogué un grito. Sin darme cuenta, me acerqué a ellos como en un trance, hasta quedar junto a mi tío Ricardo. La ciudad de Asuán se perfilaba en el horizonte, con sus enormes dunas y sus majestuosas palmeras, con las hojas enroscándose como un dedo, como si me estuviesen invitando a su casa y, a medida que nos acercábamos, la arena daba paso al granito. Desde donde me encontraba podía ver fácilmente la primera catarata, cruzando el río, con las rocas salpicando la corriente como setas creciendo en el suelo de un bosque.

—Es precioso —murmuré.

Mi tío bajó la mirada hacia mí.

—Y todavía no has visto nada.

Asesino. Asesino. Asesino.

Me tensé al tenerlo tan cerca y, un segundo después, me obligué a relajarme. Pero la sonrisa que esbocé no me salió natural.

—¿Qué más me puede quedar por ver? —le pregunté.

Nuestras miradas se encontraron.

—Mucho más.



—Ahí está la isla de Elefantina —señaló mi tío Ricardo mientras esperábamos a que llegase algún carruaje que pudiese llevarnos al Hotel Old Cataract—. Siempre me ha encantado.

Hice un ruidito para darle a entender que lo había oído y me alejé de él. Cada palabra que salía de su boca me ponía nerviosa. Encontré a Whit con la mirada.

Estaba de pie al lado del equipaje y, aunque seguía siendo amable y servicial, se negaba a mirarme. Debía haber hecho o dicho algo malo. Pero ¿el qué? Todas nuestras interacciones habían sido normales. Bueno, lo que era normal para nosotros. Tuve que luchar contra el instinto que me decía que había hecho algo malo, y me recordé que él tenía trabajo que hacer y que yo solo era una tarea más en su larga lista de responsabilidades.

—Si nos disculpa, mi hija y yo pasaremos la noche fuera —dijo el señor Fincastle al mismo tiempo que una berlina se detenía frente a nosotros—, tenemos un compromiso previo al que no podemos faltar.

—Pero quería que conocieran a Abdullah —protestó mi tío—. Nos está esperando en la terraza del hotel con su nieta. ¿Por qué no lo cancelan?

El señor Fincastle apretó los labios con fuerza. Me dio la impresión de que no le gustaba en absoluto que lo pusieran en su sitio.

—Me temo que conocer a su capataz…

—A mi socio —lo corrigió mi tío, estudiándolo con los ojos entrecerrados—. Aunque ya lo sabe.

—Las presentaciones tendrán que esperar hasta mañana —repuso el señor Fincastle, como si mi tío no hubiese dicho nada.

—Pero estoy segura de que podemos sacar un hueco para saludarlo, papá. —Isadora se limpió el polvo de las faldas de su vestido.

—Ya llegamos tarde —dijo el señor Fincastle, con un tono que no dejaba lugar a réplica.

La joven guardó silencio, agarrando con fuerza la correa de su bolsa de viaje. Deseé haberme esforzado más por conocerla cuando estábamos a bordo del *Elefantina*. Pero ella nunca se alejaba de su padre. Él siempre estaba agarrándola del brazo o llevándosela hacia el camarote que compartían, inmersos en alguna profunda conversación. Jamás parecía estar sola.

—El *Elefantina* zarpará rumbo a Filé mañana por la mañana —dijo mi tío Ricardo—. Nos reuniremos en el vestíbulo del Old Cataract. Por favor, asegúrese de llegar puntual.

El señor Fincastle apretó los labios con fuerza, pero asintió, antes de arrastrar a su hija hacia el carruaje que los estaba esperando.

Nosotros nos montamos en otro y los dos cocheros nos llevaron por calles abarrotadas hasta un edificio de estilo victoriano de lo más

pintoresco, con la fachada pintada del mismo color que una puesta de sol. Se alzaba en medio de un acantilado de granito, mirando hacia la isla de Elefantina. La exuberante vegetación que lo rodeaba le daba cierto aire refinado. Whit fue el primero en bajar de la berlina, y después se dio la vuelta para ayudarme, tendiéndome la mano.

Me debatí internamente entre ignorarlo o no, pero si lo ignoraba me estaría comportando como una niña pequeña, así que terminé aceptando su ayuda. Sus dedos callosos se cerraron alrededor de los míos durante un segundo, y un cosquilleo me subió por el brazo desde donde nuestras manos se rozaban, robándome el aliento.

Me soltó la mano en cuanto mis pies tocaron el suelo.

—*Gracias* —dije en apenas un susurro—. ¿Qué te pasa, Whit?

Él enarcó las cejas.

—Nada, Olivera. —Esbozó una sonrisa, pero parecía forzada. La clase de sonrisa que yo solía usar con mi tío.

Whit se acercó al cochero para ayudarle con el equipaje. Los botones del hotel salieron corriendo a saludarnos y nos llevaron hasta un enorme vestíbulo decorado en oro y granate, con puertas arqueadas y muebles de madera tallados; su elegancia rivalizaba con la del Shepheard. Apenas tuve tiempo de apreciar los detalles antes de que nos llevasen directamente hasta la terraza con vistas al Nilo.

—¡Abdullah! —llamó mi tío a un hombre mayor que iba vestido con un traje informal, bien confeccionado, pero sin ostentaciones. Su piel morena contrastaba con fuerza con el crema de su camisa de lino, y una joven estaba inclinada frente a él, ajustándole los botones del cuello. Ella llevaba un vestido de día que parecía de lo más cómodo y útil, sin florituras. Un ligero chal le caía sobre los hombros, ondeando con la brisa fresca, y también llevaba unas robustas botas de cuero. Era preciosa, con su piel luminosa y sus cálidos ojos marrones que refulgían bajo la luz del sol, llenos de inteligencia.

Abdullah y Farida.

Whit se acercó a ella de inmediato, con una sonrisa de oreja a oreja, y ella se levantó para saludarlo con una sonrisa igual de grande. Abdullah le dio la mano a mi tío y nos hizo un gesto para que tomásemos asiento a la mesa. Antes de sentarme, me acerqué a Abdullah.

—Señor —dije—, es un placer conocerlo por fin. Soy la hija de Cayo y Lourdes Olivera...

—Sé exactamente quién es —me interrumpió—. Siento muchísimo su pérdida, señorita Olivera.

Tragué con fuerza, parpadeando para contener las lágrimas que me anegaron los ojos, y después tomé asiento junto a la joven sin pensármelo dos veces, y ella inclinó la cabeza hacia mí a modo de saludo.

—Tú eres la fotógrafa —dije.

Farida se carcajeó.

—Eso suena maravilloso. Estoy aprendiendo fotografía, pero no soy fotógrafa profesional. Todavía. —Su voz era cálida y dulce, y me señaló la caja de madera que había sobre la mesa, con una lente circular en el centro, y una bolsa de cuero junto a ella—. Estaba sacándole una foto a mi abuelo.

Me quedé boquiabierta.

—¿Eso es una *Kodak*?

Farida asintió.

—Mi abuelo me la compró en uno de sus viajes. Puedo sacar hasta cien fotos con solo apretar un botón.

—¿*Cien*? Maravilloso —exclamé, acariciando la caja con el dedo. Una chispa invisible me recorrió la piel, como si acabase de encontrar una corriente oculta. Abrí los ojos como platos y mi mirada voló directa hacia la joven, que me guiñó un ojo como respuesta.

Me quedé mirando fijamente la cámara portátil, asombrada. La habían construido con un objeto mágico. Farida la alzó y sacó una foto y, durante la siguiente media hora, estuvimos sacándoles fotos a mi tío y a Abdullah, a Whit, que no paraba de reírse y de hacer poses tontas, y al reluciente río Nilo, que se curvaba alrededor del acantilado rocoso. Disfrutamos de una comida deliciosa a base de falafeles, hummus y una cremosa salsa de *tahini*, y bebimos té de hibisco azucarado. Whit tenía razón, me encantó.

Abdullah se limpió la boca con una servilleta de lino.

—Odio sacar el tema, pero ¿dónde está tu nuevo empleado, Ricardo?

—Al parecer tenía planes —dijo mi tío Ricardo, poniendo los ojos en blanco—. Pero él y su hija se reunirán con nosotros mañana por la mañana en el vestíbulo.

—¿Y los dos han jurado guardarnos el secreto?

Me giré como un resorte hacia Abdullah. A pesar de haber estado disfrutando de una bebida tan refrescante, de repente se me quedó la boca seca. La tarjeta cuadrada que llevaba escondida en la bolsa se me vino a la mente.

—¿El secreto?

—Ella aún no sabe lo que hacemos —repuso Ricardo.

—¿No se lo has contado? —le preguntó Abdullah, sorprendido.

Me agarré con fuerza al borde de la mesa, pasando la mirada de un hombre a otro. ¿Es que todos estaban al corriente de las actividades ilegales de mi tío? ¿Y me iban a contar lo que hacían en realidad exactamente? ¿Ahí fuera, en medio de la terraza, bajo el sol abrasador y rodeados del resto de los comensales? ¿Con Farida sacando fotos de todo?

Ricardo le dio un sorbo a su café expreso.

—En un principio no había previsto involucrarla en nuestros planes y, además, es tu reino, Abdullah. Yo solo trabajo en él. Creí que sería mucho más prudente que fueses tú quien se lo contase. Inez tiene un talento que podría sernos de lo más útil. —Los dos intercambiaron una mirada cargada de significado, pero no logré interpretarla. Farida alzó la Kodak y apretó el botón.

—¿Qué clase de talento? —preguntó Abdullah.

—Soy artista —dije, frunciendo el ceño—. Puedo replicar con mis ilustraciones la arquitectura de Filé con bastante facilidad, o eso creo.

Farida asintió con aprobación.

—Será un bonito añadido a las fotografías que he sacado.

—Exacto —repuso mi tío Ricardo—. ¿Tú qué opinas, Abdullah?

—Teniendo en cuenta la muerte de sus padres, creo que merece saberlo —respondió.

—Estoy de acuerdo. —Whit apartó su plato. Se puso de pie, dedicándonos una mirada de disculpa—. Perdonadme, pero tengo que hacer algunas tareas antes de que nos marchemos mañana por la mañana. Ha sido una comida maravillosa.

Con un pequeño gesto de despedida, se alejó, al mismo tiempo que yo me removía en mi asiento. Él formaba parte del secreto. Del nefasto secreto. La confirmación despertó en mi interior una tristeza inexplicable.

—Entonces te sugiero que solo le cuentes lo que necesite saber —dijo mi tío, retomando el hilo de la conversación—. No puedo prometerte que vaya a quedarse durante mucho tiempo.

Apreté los labios con fuerza. Sabía lo que estaba insinuando mi tío. Él dirigía mi vida, y en cualquier momento podía decidir mandarme de vuelta a Argentina. No tenía sentido que me lo contasen todo, incluso aunque tuviese derecho a saber qué estaban tramando. Al fin y al cabo, mis padres financiaban toda la expedición.

—Desde hace una década he estado dirigiendo un equipo arqueológico que ha excavado en varios yacimientos con la esperanza de poder comprender la historia de mis compatriotas —empezó a decir Abdullah—. A lo largo de los años, hemos hecho algunos descubrimientos increíbles.

Fruncí el ceño.

—Pero yo no he oído hablar de ninguno de esos descubrimientos.

—Sería imposible que lo hubieses hecho —respondió Abdullah—. Porque después de cada uno de ellos siempre he dado la orden de cubrir nuestras huellas. En realidad fue idea de mi hermana Zazi, antes de que falleciera, y ella se encargó de pedirnos a Ricardo y a mí que siguiésemos haciendo lo mismo. Ningún integrante de mi equipo tiene permitido llevarse nada o hablar de lo que ha visto. Llevamos

desde el principio con el mismo equipo, que es leal a nosotros, y nuestro objetivo es poder registrar todo lo que encontremos para que las futuras generaciones puedan aprender de nuestra historia.

Farida estiró el brazo hacia él y le tomó la mano. El cariño que se profesaban refulgía como las estrellas en el firmamento nocturno.

¿Este era el nefasto secreto? Había estado esperando... Sacudí la cabeza, consciente de que todas las miradas estaban puestas en mí.

—Creo que es una labor encomiable —repuse lentamente—. Y me alegro de formar parte de este equipo, por poco que pueda hacer.

—Bienvenida a Egipto, Inez —me dijo Abdullah, con una sonrisa de oreja a oreja.

Cerré las manos en puños sobre mi regazo, sin prestar atención a lo que estaban diciendo. Mi tío trabajaba para Abdullah porque era lo que su esposa había querido. Él se encargaba de lidiar con los horribles burócratas en El Cairo, se pasaba todo el día excavando bajo un sol abrasador, y trabajaba mano a mano con su cuñado... todo por el amor que le profesaba a su difunta esposa.

Ojalá nunca lo hubiese sabido.

Porque en ese momento, cuando alcé la vista hacia él y nuestras miradas se encontraron, mi tío Ricardo esbozó una cálida sonrisa, y entonces supe la verdad.

Nadie en esta mesa sabía que mi tío era un asesino.

Nadie excepto, quizá, Whit.

Whit

El burdel estaba abarrotado. Me quedé recostado contra la barra, dándole vueltas al whisky de mi vaso una, dos veces. El incienso flotaba por el ambiente y su aroma se me pegaba a la ropa. Mi informador me había dicho que los tratantes de Sterling estarían por aquí. Solían frecuentar este establecimiento.

Dejé el vaso en la barra sin darle ni un trago. Debía tener la cabeza despejada.

Por fin, dos hombres hicieron a un lado la cortina de terciopelo que hacía las veces de entrada y me erguí, alerta. Eran exactamente como me los habían descrito: de piel pálida y ojos claros, e ingleses. Sus camisas estaban almidonadas y con los cuellos bien planchados. Y ya iban borrachos.

Brillante.

Fueron directos hacia la barra y se plantaron a menos de medio metro de mí. Uno de ellos pidió las bebidas mientras que el otro echaba un vistazo a su alrededor, como si estuviese buscando algo. Cualquier cosa que pudiese darles problemas. El camarero se puso manos a la obra, gritando por encima de su hombro:

—¿Basil no viene esta noche?

El tratante más bajo negó con la cabeza.

—Se ha quedado atrapado en El Cairo por un asunto de lo más desagradable.

—A Blanche le decepcionará mucho cuando se entere —repuso el camarero, con la voz teñida de sarcasmo.

Bajé la mirada hacia mi vaso. Reconocí el nombre de la famosa paloma francesa. De cabello cobrizo y ojos marrones como el whisky, con pecas salpicándole los hombros, recorriéndole la clavícula. Debería haber sabido que Basil era su patrocinador.

—¿Es que no te ha gustado? —me preguntó el camarero con voz ronca. Era nuevo, extranjero a juzgar por su acento. Alemán, supuse.

Negué con la cabeza, distraído, prestándole total atención a la madama, que estaba de pie a un lado del salón, pegada a la pared, observando su reino con una mirada impasible. Su camisón de seda brillaba a la pálida luz de las velas, una suavidad que contrastaba con la fuerte línea de su espalda.

Si quería ver a Blanche, tendría que ganarme a la madama.

Empujé mi bebida sobre la barra, pagué al camarero y me acerqué lentamente a ella. La madama me divisó en cuanto percibió lo que pretendía, siguiendo mi lento caminar mientras me abría paso entre la multitud. Me sonrió, una sonrisa afilada y cargada de interés. Me estaba poniendo un cebo, atrayéndome.

Pero yo quería que me cazase.

—Buenas noches —le dije, esbozando una sonrisa despreocupada.

—Lo he visto aquí antes —murmuró con voz grave.

—Necesito a Blanche.

Frunció el ceño oscuro.

—¿Ya la ha tenido antes?

—¿Está disponible esta noche? —pregunté, asegurándome de mantener una expresión neutral.

—No —dijo la madama, contrariada. No me lo creí ni por un segundo—. Pero puede volver mañana, quizá...

—Tiene que ser esta noche —dije, y le puse en la mano un montón de piastras egipcias—. Estoy dispuesto a hacer que le salga rentable.

La madama bajó la mirada hacia el dinero, sopesando visiblemente su decisión. Con reticencia, me lo devolvió.

—Me temo que no será posible.

Su perfume se enroscó a mi alrededor como un puño apretado. Deliberadamente, le volví a dejar el dinero en la palma de la mano, y añadí unas cuantas monedas más.

—Media hora.

La madama echó un vistazo a su alrededor, buscando a alguien en medio del gentío con la mirada. La tensión me agarrotó los hombros

mientras esperaba, y me llevé la mano de vuelta al bolsillo de mi chaqueta. Le había dado casi todo el dinero que llevaba encima solo por ver a Blanche. Pero entonces ella asintió y me señaló la escalera.

—Media hora —aceptó—. No hagas que tenga que ir a buscarte.

—Puedo trabajar de lo más rápido cuando estoy extremadamente motivado —dije, guiñándole un ojo, alejándome, mareado por el triunfo y pensando en Blanche. Cuando llegué a la puerta de su dormitorio, llamé rápidamente y esta se abrió, dejando al descubierto a la mujer esbelta conocida por toda la ciudad por ser capaz de atraer hombres al burdel a tropel. El camisón le caía por el hombro, dejando al descubierto una constelación de pecas que salpicaba su pálida tez. Por alguna extraña razón, recordé otro par de hombros muy distintos, como un destello fugaz. Unos que eran estrechos, siempre erguidos, desafiantes.

Aparté ese pensamiento inoportuno. No tenía cabida en esta habitación.

Blanche abrió un poco más la puerta, sus ojos cálidos recorrieron mi rostro, al mismo tiempo que una sonrisa se dibujaba en el suyo. Le gustaba lo que veía. Con una sonrisa coqueta, me hizo un gesto para que la siguiese al interior. La anticipación me hacía hervir la sangre, me mareaba. El aroma a lavanda se ondulaba a su paso, una esencia intoxicante, pero que me recordó a otro olor muy distinto, mucho más dulce.

Cerré la puerta a mi espalda, clavando la mirada en Blanche. Estaba de pie junto a la estrecha cama, con la cadera ladeada, y empezó a desabrocharse el nudo que cerraba su camisón, dejando al descubierto las cimas de sus pechos. En la planta baja reinaban el desenfreno y el consumismo. La gente conversaba a gritos y la música era ensordecedora. Pero nada de eso se colaba en esta habitación. En el dormitorio reinaba la tensión, el silencio estaba cargado de anticipación.

Blanche se acercó a mí con el camisón entreabierto, dejando al descubierto sus largas piernas. Alzó la mano y la llevó hasta mi nuca, acercándose lo suficiente como para que pudiese ver cada una de sus pestañas cubiertas de hollín. Lentamente, acercó su rostro al mío, sus labios a tan solo unos centímetros de mi boca, sus ojos azules clavados en los míos.

La oleada de deseo que debería haber sentido en ese momento nunca llegó, ni siquiera aunque la estuviese esperando con ansia. Debería estar ahogándome en esta mujer, y sin embargo… la frustración me invadió al tiempo que alzaba mis manos hacia las suyas para apartarla.

—No hace falta ir más lejos, mademoiselle.

Blanche se detuvo, con sus delicadas cejas fruncidas. Me alejé de

ella y me acerqué a la cama, sintiendo que podía respirar de nuevo. Dejé caer las piastras que me quedaban sobre el colchón y después me volví de nuevo hacia ella. Deliberadamente, le volví a subir el camisón por los hombros, cubriendo cada centímetro de piel.

—Necesito que me des algo muy distinto.

PARTE TRES LA JOYA DEL NILO

18

El agua del río acariciaba suavemente el casco del *Elefantina*, y yo me incliné sobre la barandilla, con la mirada perdida en el profundo verde del Nilo. Whit se acercó a mí y me rodeó el brazo con su cálida mano, tirando suavemente de mí hacia atrás. Le lancé una mirada interrogante. Tenía los hombros tensos y unas profundas ojeras.

—No estoy de humor para tener que salvarte si te caes.

Enarqué una ceja al oír su tono cortante.

—¿Tienes hambre o solo estás cansado? ¿O tal vez borracho?

Su gesto desconcertado me hizo reír.

—No estoy borracho. Si lo estuviese, lo sabrías. Sin embargo, sí que estoy hambriento y cansado, y tengo calor y, en líneas generales, estoy enfadado.

—No estas teniendo una buena mañana —comenté.

Me lanzó una mirada desganada.

Y yo me volví hacia él y lo observé con los ojos entrecerrados.

—¿Qué hiciste anoche?

—Eso —dijo en apenas un susurro— no es *asunto tuyo*.

—Inez —me llamó mi tío Ricardo—. No te lo pierdas.

Aparté la mirada justo a tiempo para ver cómo Filé se perfilaba en el horizonte, a contraluz bajo la luz de la mañana, suave y lejana. Unas palmeras majestuosas se alzaban por encima del agua, con sus hojas meciéndose delicadamente en la suave brisa que surcaba el río. Unas columnatas altas e imponentes, hechas de rocas de color dorado, se cernían sobre el *Elefantina*, una especie de puerta inmensa que les daba la bienvenida a los viajeros a otro mundo, a otra vida. A ambos lados se alzaban montones de rocas, antiguas y formidables, sólidas y fuertes, y enmarcadas por un fondo de colinas púrpuras y amoratadas. A su alrededor se repartían otras islas mucho más pequeñas, los rocosos y formidables guardianes de la joya del Nilo. Los pilones del templo se volvieron más altos a medida que nos acercábamos. Nunca había visto algo tan hermoso en toda mi vida.

Isadora y su padre estaban uno al lado del otro en la cubierta, hablando animados mientras observaban Filé desde el punto de vista de la seguridad.

—Hay demasiados sitios donde podrían atracar los barcos —comentó el señor Fincastle.

—Quizá podríamos pedirles a algunos miembros de la tripulación que se quedasen a montar guardia —sugirió Isadora.

Me volví hacia ellos.

—¿Montar guardia para qué exactamente?

—Para evitar a los visitantes no deseados, por supuesto —repuso el señor Fincastle.

—Ya me lo imaginaba. —Apreté los dientes—. ¿Quién espera mi tío que venga?

—Los turistas cotillas —dijo—. Solo es por precaución.

Entonces se marchó, esbozando una sonrisa gélida. Isadora se quedó atrás, sus delicados rasgos bañados por la luz dorada de la mañana.

—Puede ser bastante exasperante, lo sé. Pero tiene buenas intenciones. Se toma su trabajo muy en serio.

—Ojalá supiese por qué lo contrató mi tío —admití.

Isadora echó un vistazo a su espalda y después se volvió de nuevo hacia mí. Sus ojos eran muy azules, del mismo tono que los de su padre.

—Creo que lo contrató por lo que les pasó a sus padres.

Vaya, vaya. Así que su padre no la controlaba tanto como había pensado.

—Eso había supuesto, pero *¿por qué?*

—Porque sus muertes suscitaron un gran revuelo en la sociedad de El Cairo.

Me acerqué un poco más a ella.

—¿Qué quiere decir?

Ella enarcó una ceja.

—Su tío no le cuenta muchas cosas, ¿verdad?

—Por desgracia, no.

Isadora dejó escapar un murmullo pensativo.

—Supongo que no es la clase de hombre a la que se le puede preguntar directamente.

—De momento ninguna de mis tácticas ha funcionado.

—Entonces, yo que usted reevaluaría su estrategia.

Decía las cosas tal y como eran, sincera y sin complejos. A pesar de lo joven que era, me dio la impresión de que veía su situación desde una perspectiva hastiada y agotada del mundo. Me preguntaba cómo habría cambiado su vida, a dónde habría viajado, cuánta gente habría conocido. Me pregunté por qué habría tenido que idear sus propias estrategias para lograr lo que quería en primer lugar.

—Esta es una conversación de lo más extraña —dije, soltando una carcajada—. ¿Qué me recomendaría que hiciera?

Ella se encogió de hombros levemente, alzando las comisuras de sus labios hasta formar una pequeña sonrisa.

—Siempre hay un modo de conseguir lo que queremos, pero requiere cierta sutileza que hay que aprender a dominar.

No pude ocultar el deje desaprobatorio que tiñó mi voz.

—Se refiere a la manipulación.

—Cuando la situación lo exige. —Isadora soltó una carcajada encantada—. Veo que a lo mejor la he ofendido. Bueno, no importa. Disfruto de *su* compañía, señorita Olivera.

—Gracias. —Fruncí el ceño—. ¿Creo que el sentimiento es mutuo?

Soltó otra carcajada.

—Le diré lo que su tío no quiere decirle. El señor Marqués se sintió presionado por el Departamento de Antigüedades para proporcionarle una protección mucho más estricta a su equipo de excavación. Sus padres eran dos de las personas más queridas en Egipto y su trágica desaparición suscitó toda clase de preguntas. La reputación de su tío sufrió un golpe enorme y oí que casi perdió su puesto y su buena relación con monsieur Maspero. ¿Conoce a ese hombre?

Asentí. La cena que habíamos compartido parecía haber sucedido hacía años, pero recordaba con claridad la tensión que se había podido palpar entre los tres hombres. La información que me acababa de dar Isadora encajaba perfectamente con lo que ya sabía.

—¿Me está queriendo decir que a su padre lo contrataron tan solo para guardar las apariencias? ¿No por un motivo de peso?

Ella se encogió de hombros levemente.

—No perder la buena reputación de uno me parece un motivo bastante de peso, señorita Olivera. Yo también lucharía por mantener mi nombre fuera del fango. Una buena reputación es demasiado útil como para perderla.

Tenía una mentalidad de lo más pragmática al respecto.

—¿Dónde oyó que mi tío casi perdió su puesto?

Isadora se metió un mechón rebelde de su cabello dorado tras la oreja.

—Mi padre suele invitar a empleados de los museos y del gobierno a nuestras suites de hotel. Le gusta mantener abiertas todas las vías de comunicación posibles, y la gente habla. A veces, incluso lo hacen delante de mí, como si no estuviese presente. Algo bastante estúpido por su parte.

Apreté los labios. Cuanto más descubría sobre su padre, menos me gustaba. De hecho, mi opinión había pasado de reticente a directamente no caerme nada bien. Parecía un mercenario. Ella debió de fijarse en mi expresión porque soltó una carcajada.

—Créame, señorita Olivera. Mi padre tiene su propio criterio. Nunca hace nada sin un buen motivo o sin asegurarse antes de sacar alguna clase de beneficio a cambio.

—Me está queriendo decir que el señor Fincastle no actúa bajo las órdenes de nadie.

—*Bueno* —repuso lentamente, alargando la palabra—, trabaja para su tío, ¿no? Mi padre no debe de haberles prestado demasiada atención a los cotilleos. —Hizo una pausa, pensando en lo siguiente que quería decir, y después sacudió lentamente la cabeza, como si estuviese descartando una idea.

—¿Qué? —le pregunté—. Estaba pensando en algo.

—Ah —dijo ella—. No era nada importante.

Isadora se alejó de la barandilla, pero yo estiré la mano hacia ella y la agarré del brazo, lo que le hizo enarcar las cejas, curiosa.

Había una pregunta que me moría por hacerle y la hice sin pensármelo dos veces.

—¿Me enseñaría a disparar?

—¿Le gustaría aprender a disparar? Llevará horas y horas de práctica, y mucho trabajo aunque solo sea para que aprenda a hacer un disparo decente.

—No me importa el esfuerzo que tenga que hacer, y no me achanto ante un buen desafío.

Ella me sonrió y se le marcaron los hoyuelos.

—Te enseñaré, pero solo si puedo llamarte Inez.

Ya sabía yo que me caía bien por algo.

—Me alegro de tener una amiga, Isadora.

—Lo mismo digo —repuso con una sonrisa, antes de alejarse para unirse a su padre al otro lado del barco.

Me volví de nuevo hacia el templo. El edificio tenía miles de años de antigüedad y me hacía ser plenamente consciente de mi mortalidad. Porque seguiría aquí incluso mucho después de que yo me fuera. En ese momento me di cuenta de que ese pensamiento no me daba miedo, sino que me hacía sentir honrada. Cuando por fin pude apartar la mirada, me encontré a mi tío midiendo mi reacción. Se había colocado a mi lado y no lo había oído acercarse. Esbozó una pequeña sonrisa al observarme. Mi reacción debía de haber pasado su examen. La isla me había encandilado lo suficiente.

—Bienvenida, Inez, a la cuna del antiguo Egipto. —Señaló el tramo del río en calma—. Este es el sur del valle del Nilo, la cuna de la civilización. Aquí podrás encontrar las primeras obras de arte que se tallaron sobre las rocas, la primera ciudad y el primer templo. En la isla podrás ver los últimos jeroglíficos egipcios que se escribieron y los últimos resquicios de la religión pagana de Egipto, de antes de que Filé se convirtiese en un santuario cristiano.

Me protegí los ojos del sol abrasador con la mano.

—¿Cuándo fue eso?

—Unos cuatrocientos años después de la muerte de Cristo. —Me giré de nuevo hacia la isla, tan pequeña y remota en medio de la enorme franja del Nilo—. Solía haber un obelisco, era pequeño y un

tal señor Bankes pensó que podía llevárselo si le apetecía —siguió diciendo—. Lo envió a Inglaterra, y ahora mismo decora su finca.

Imagina contemplar un monumento de siglos de antigüedad y pensar que sería un bonito «adorno de jardín».

—Eso es espantoso.

—En este caso, ayudó de una forma inconmensurable a descifrar todos los jeroglíficos —repuso.

Apreté los labios hasta formar una fina línea.

—Aun así, eso no hace que esté bien.

—No, es cierto. —Se volvió a mirarme, con sus ojos avellana penetrantes—. No te olvides de lo que me prometiste. Nunca debes hablar de lo que veas durante tu tiempo aquí.

—No lo haré, tío. —Observé las columnas de Filé—. ¿Nos vamos a quedar en la isla?

Mi tío Ricardo asintió.

—Tenemos un campamento en la zona este. Te puedes quedar en el *Elefantina* si prefieres ahorrarte la experiencia de tener que dormir en una especie de campamento improvisado.

Cerré las manos alrededor de la barandilla con fuerza. Ya habíamos tenido esta misma conversación.

—Con tener un techo bajo el que dormir, me parece perfecto.

Mi tío se limitó a encogerse de hombros antes de marcharse con el resto del equipo para hacer todos los preparativos para el desembarco. Uno de ellos preguntó por Whit y mi tío Ricardo respondió:

—Ha tenido una noche muy larga. Dejadlo descansar.

Me di la vuelta y me lo encontré recostado en una de las tumbonas. Tan solo podía ver su perfil, con sus largas pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas angulosas.

Era un joven de lo más apuesto.

Uno en quien no podía confiar. El hecho de que, aun así, quisiese hacerlo, me seguía atormentando. Tenía mucho que perder si depositaba mi confianza en la persona incorrecta. El señor Hayes respondía ante mi tío, pero una pequeña parte de mí deseaba que estuviese en *mi* equipo. Que removiese cielo y tierra para ayudarme a salir del lío en el que me había metido. Tal vez pensase así por lo sola que me sentía, pero tenía la sospecha de que, en realidad, era porque Whit me gustaba, y yo también quería gustarle.

Me aparté de mi sitio en la cubierta y bajé a mi camarote para preparar el equipaje y mi bolso, con la intención de estar lista para cuando llegase la hora de irse.

No volvería a quedarme atrás.



Me quedé mirando fijamente la que sería mi casa durante todo lo que quedaba de la temporada arqueológica. Era una estructura en ruinas, con la planta rectangular, y carecía de techo o de puertas. Estaba dividida en seis estrechas habitaciones, cada una de las cuales no podía medir más de metro y medio de ancho. Mirándolo de frente, parecía una especie de peine con las púas anchas, con las habitaciones encajadas entre cada huso.

—¿Vamos a dormir aquí?

—Así es —dijo Whit.

Observé todo al detalle: no había ni lavabos ni retretes. Ni una cocina ni cualquier espacio donde poder descansar después de una larga jornada de trabajo, que presumiblemente estaría dedicada a excavar sin parar. Ni tampoco había un lugar donde poder guardar la ropa.

—¿Te estás empezando a arrepentir? —preguntó, esbozando una sonrisa traviesa.

Me volví hacia él y le sostuve la mirada.

—¿Tienes un orinal de sobra?

Su sonrisa desapareció de golpe. Se dio media vuelta, pero no antes de que pudiese entrever cómo un leve rubor teñía sus mejillas. Lo había avergonzado. Nunca pensé que algo así sería posible. Lo observé con más detenimiento, fijándome en que sus ojos parecían sorprendentemente claros. Menos enrojecidos y mucho más despiertos. Había perdido su petaca en las aguas del Nilo, pero había bebidas más que de sobra a bordo del *Elefantina*. Aunque no debía de haber estado consumiéndolas.

Entonces lo comprendí todo, como si una flecha se me hubiese clavado en el pecho. No bebía para disfrutar, bebía para olvidar. Y este era el primer paso en una dirección muy distinta.

No pude evitar preguntarme de qué estaría huyendo.

—Este edificio es todo lo que queda de los dormitorios que pertenecían a los sacerdotes de Filé —dijo Whit después de un segundo—. Las paredes son de piedra caliza, austeras, sin ningún tipo de decoración, por lo que tu tío pensó que podríamos usarlo tal y como los sacerdotes lo hicieron en su día. —Señaló la zona que hacía las veces de techo—. Hemos extendido una enorme lona por encima y, como puedes ver, también han colocado algunas cortinas frente a cada uno de los cuartos a modo de puertas. Tu tío, Abdullah y yo tenemos cada uno una habitación propia, mientras que el señor Fincastle y su hija compartirán una.

—Espacio de sobra para mí —concluí, eligiendo una de las habitaciones vacías—. Si no hubiese habido tanto espacio, sospecho que me habríais dejado atrás en el *Elefantina*. ¿Quién más durmió aquí?

—Tus padres —respondió, observándome atentamente—. Dormían en estas mismas habitaciones.

No conseguía librarme de esa sensación como si me hubiesen lanzado por un acantilado en cuanto alguien mencionaba a mamá o a papá. La sensación de que no podía respirar lo suficiente. Siempre me sentiría de esta manera. El dolor siempre formaría parte de mi vida. Como mis brazos, mis piernas o mis orejas. Su muerte era una verdad que me resultaba tan extraña como profundamente normal. Todos los días moría alguien. Unos parientes lejanos con buena intención me dijeron que algún día lo superaría. Pero había viajado miles de kilómetros solo para descubrir que no podía dejar atrás este nuevo peso con el que tenía que cargar.

Mis padres se habían ido para siempre, pero yo los llevaba conmigo allá donde fuera. Por eso lucharía lo que hiciese falta para descubrir lo que mi tío había hecho. No sería capaz de seguir adelante con mi vida si no lo hacía. Y una parte de mí quería terminar lo que ellos habían empezado, ayudar a encontrar a Cleopatra. Quizá no hubiesen querido que me involucrase en esto, pero ahora que estaba aquí... haría que se sintiesen orgullosos.

—¿Quieres ver el cuartel general? —me preguntó Whit, sacándome de mi ensimismamiento.

Parpadeé.

—Claro.

Se volvió y dio dos enormes zancadas hacia la izquierda de nuestro campamento, extendiendo los brazos a los lados.

Había otro edificio al lado, con un muro medio derruido hecho de piedra dorada. De alguna manera, lo había pasado completamente por alto, demasiado preocupada por dónde se suponía que tendría que dormir. Junto a la pared había una enorme mesa de madera llena de todo tipo de instrumentos: cepillos y escalpelos, velas, espejos de mano y montones de cuerda. Había varias cajas de madera repartidas por el suelo, llenas de lo que parecía ser basura. Espejos de mano rotos, zapatos desparejados y usados, cintas rasgadas. Nada que mereciese la pena salvar a primera vista, pero algo me decía que cada uno de esos objetos guardaba en su interior algo de magia antigua. La electricidad de la magia zumbaba por el ambiente, como si alguien hubiese golpeado un lago en calma con el dedo y las ondas se extendiesen sin parar por la superficie. Sentí las suaves vibraciones deslizándose por mi piel.

—Siempre intentamos encontrar objetos que no hayan sido usados demasiado. Objetos olvidados que llevan años con el polvo acumulándose encima, escondidos en un ático y cosas así —dijo Whit —. Por eso puedes sentir cómo la magia antigua zumba por el aire. Esa sensación se irá perdiendo cuanto más usemos esos objetos.

La tripulación del *Elefantina* también formaba el equipo de excavación, y levantaron su propio campamento a unos quince metros de los dormitorios, rodeando una enorme hoguera. Nuestro campamento estaba bastante cerca del yacimiento arqueológico, a tan solo quince minutos andando o así, y resguardado bajo un palmeral.

Whit rebuscó entre los enormes mapas que había extendidos por la mesa y después me tendió uno.

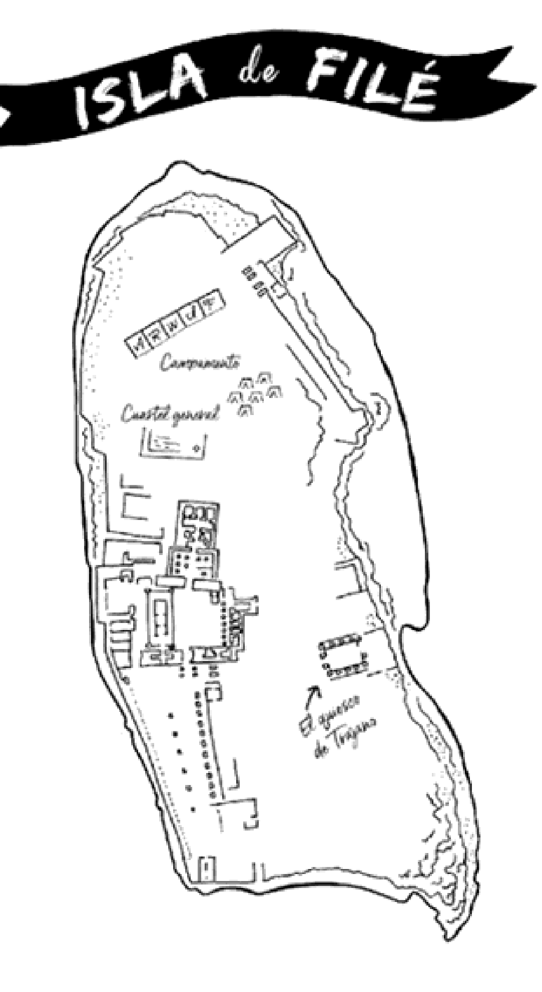
—Toma, es un mapa de Filé, por si quieres echarle un ojo.

Lo estudié, fijándome en el tamaño de la isla. Parecía ser bastante pequeña, y decidí incluir ese detalle en mi cuaderno de dibujo. Regresé a mi cuarto, con Whit pisándome los talones.

—¿Qué vas a hacer?

—Quiero copiar el mapa en mi cuaderno —expliqué—. Solo tardaré un momento.

Él aguardó pacientemente mientras yo recopilaba todos mis útiles de dibujo y tomaba asiento en una de las esteras del campamento para dibujar la isla. En cuanto terminé, se acercó por mi espalda y observó atentamente mi trabajo.



Me adentré en mi habitación y me sorprendió que era mucho más espaciosa de lo que me había parecido en un principio. Podía estar de pie cómodamente, e incluso estirar los brazos a ambos lados y no llegar a tocar las paredes.

Whit asomó la cabeza por la puerta.

—¿Y bien?

Eché un vistazo a mi espalda.

—Tengo una idea.

Él me observó preocupado.

—¿Te he dicho alguna vez que vivo con miedo por culpa de tus ideas?

—Qué grosero.

Pero mi idea resultó ser un éxito. Whit encontró una alfombra enrollada para mi habitación, un puñado de libros que me servirían como mesilla de noche y una palangana con la que poder lavarme.

—Cuando hayas terminado de decorar, te enseñaré el templo —

dijo Whit mientras llevaba todos los objetos tratando de mantener el equilibrio por el terreno arenoso.

Con «decorar» quería decir desenrollar la alfombra; que cubrió todo el suelo de mi dormitorio, uno de los lados incluso se enroscaba contra la pared porque era mucho más ancha de lo que cabía en realidad. Ya había traído un saco de dormir de más y algunas sábanas y mantas, y uno de los miembros de la tripulación se había encargado de traerme todas mis pertenencias. Whit me entregó la pila de libros; su mano rozó la mía y me sobresalté por la corriente eléctrica que me recorrió el brazo. Él abrió y cerró la mano sin parar mientras yo colocaba los libros junto a mi cama improvisada. Y juntos pusimos la palangana encima de los libros. Aunque el espacio parecía oscuro, tenía muchas cerillas y velas a mi disposición por si las necesitaba.

Todo junto, incluso parecía acogedor.

Salí y me encontré a Whit esperándome.

—¿Dónde duermes tú?

Señaló el cuarto que había justo al lado del mío.

Noté cómo una corriente cálida me recorría de pies a cabeza.

—Oh.

Whit esbozó una sonrisa traviesa.

—Espero que no ronques.

—No sabría decirte —murmuré.

Él se apiadó de mí y no hizo ningún comentario más al respecto.

—¿Estás lista para ir a ver el templo?

Salí tras él, imitando sus pasos por el terreno arenoso de la isla. El templo se alzaba imponente y sólido a nuestra izquierda, resguardándonos bajo la fresca sombra que proyectaba. Éramos meras hormigas en comparación con su tamaño y grandeza. A la derecha había un edificio sin techo sobre una plataforma. Con catorce columnas macizas que parecían palmeras y que creaban una planta rectangular.

—El quiosco de Trajano. Fue un emperador romano. Probablemente lo construyeron hace unos dos mil años —dijo Whit—. Los lugareños lo conocen como la cama del faraón.

—Es precioso.

—Nunca se llegó a terminar de construir.

Me detuve, sintiendo un cosquilleo en la garganta.

—Sigue siendo un misterio —dijo Whit, entrecerrando los ojos para protegerse de la luz del sol—. ¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida.

Asentí, pero me sentía incómoda. Me asaltó una punzada aguda, como si alguien me estuviese ahogando. Quería luchar contra esa sensación, era como si un muro se estuviese cerrando a mi alrededor.

—Sigamos.

Whit me hizo caso y me condujo a la parte delantera del templo, donde se abría un patio amplio y descubierto. Unas columnas cubiertas rodeaban la forma irregular, y una serie de piedras toscas, colocadas a la manera de un panal, se extendían de un extremo a otro. El primer pilón, una especie de puerta, se erguía en lo alto, bloqueando parte del cielo azul. La estructura era afilada e implacable; supongo que debía ser así para sobrevivir a los estragos del tiempo. Un poco más allá del primer pilón había otro patio y otra enorme puerta. En las paredes había bajorrelieves de dioses y diosas egipcios, increíblemente detallados e intrincados.

No éramos los primeros en llegar aquí. Alguien se había encargado de destruir varios jeroglíficos y bajorrelieves, secciones enteras completamente arruinadas para siempre. Era difícil de comprender, difícil de observar sin sentir una profunda sensación de pérdida.

Whit siguió mi mirada y apretó los labios hasta formar una línea sombría.

—Eso es obra de los romanos, que convirtieron el templo en una iglesia cristiana. Pero, si lo miras bien de cerca, también podrás ver que uno de los equipos arqueológicos que estuvieron aquí antes que nosotros se encargó de esculpir el año en el que descubrieron el templo, 1841.

—¿Los excavadores *esculpieron* en la pared del templo? —Ladeé la cabeza para examinar los imponentes muros, donde varios exploradores habían dejado sus huellas a su paso. Los toscos grabados estaban a varios metros de altura—. No lo entiendo, ¿cómo pudieron llegar hasta ahí arriba? ¿Por qué no grabaron sus nombres y las fechas en algún punto mucho más cerca del suelo, a la altura de los ojos?

—Porque, cuando los grabaron, sí que *estaba* a la altura de los ojos —explicó Whit—. Toda la parte inferior de la estructura estaba completamente enterrada. Los distintos años de erosión del terreno terminaron revelando el templo al completo, pero en aquel entonces el suelo estaba mucho más alto, por lo que los viajeros pudieron grabar sus nombres en la piedra caliza con la que se construyó la parte superior.

—No fueron los únicos. Napoleón también constató su llegada en 1799 —dijo alguien a mi espalda.

Me sobresalté y me di media vuelta como un resorte; no había oído a mi tío acercarse. Estaba ahí de pie, con las manos en las caderas y una bolsa de cuero colgada del hombro. Con unos cuantos mapas enrollados sobresaliendo de su interior.

—Tío Ricardo. El señor Hayes me estaba haciendo una visita guiada del templo.

—¿Ah, sí? —Mi tío se volvió hacia el señor Hayes—. ¿Y bien?

Whit negó con la cabeza.

—Todavía nada.

Los miré a los dos alternativamente, mientras ellos entablaban una conversación silenciosa.

—¿Tío?

—¿Has sentido algo de magia? —me preguntó mi tío.

Me removí, inquieta. Sí que había sentido algo, aunque no era exactamente la misma clase de magia que habían irradiado el joyero o el anillo de oro.

—Todavía no.

—Sigue intentándolo, Inez.

—Lo haré. —Me puse a pensar. Mis padres habían estado excavando aquí, este había sido el último yacimiento donde los habían visto con vida. Papá *podría* haber encontrado aquí el anillo. Si eso era cierto, entonces tendría que haber alguna especie de conexión entre el anillo y el joyero de madera con la isla de Filé, algo que apuntase hacia Cleopatra—. Pero todavía no habíamos visto el interior del templo.

Mi tío se hizo a un lado.

—Por favor, entra.

Pasamos por debajo de un segundo pilón y nos topamos directamente con un pórtico. Me quedé boquiabierta ante el techo pintado. La columna estaba repleta de toda clase de colores, pinturas que llegaban hasta los capiteles, tallas en forma de flores de loto, palmeras y papiros. Los colores eran pálidos, unas pinturas en tonos pastel de verde y coral. Como turista, estaba asombrada; como artista, inspirada. El espacio se abría en el centro, dejando pasar un cuadrado de luz solar que teñía el resto de la sala de un resplandor dorado. Me hormigueaban las puntas de los dedos de las ganas que tenía de capturar cada detalle, cada línea y cada curva que habían trazado hace miles de años otros intrépidos artistas.

Pero así como había belleza, también había ruina. Algunas partes del empedrado habían sido arrancadas, y el suelo estaba repleto de pequeños fragmentos de una cornisa que alguien había destrozado. Un recordatorio constante de que, durante milenios, los saqueadores de tumbas de todas partes del mundo se habían pasado sus vidas robando en los yacimientos egipcios.

—¿Algo? —preguntó mi tío.

Negué con la cabeza, fijándome en una esquina del pórtico que estaba especialmente derruida. Lo único que saboreaba en la lengua era el regusto amargo de la pena. Nos deslizamos un poco más hacia el interior del templo, adentrándonos en una enorme sala que daba acceso a varios pasillos más. Whit estaba de pie a mi lado y, por primera vez, me fijé en un lunar muy pequeño que tenía sobre los

labios. Una larga sombra marcaba la afilada línea de su mandíbula. Quizás incluso pudiese hacerme sangre si la recorría con el dedo. Su mirada azul cayó hacia la mía, como si hubiese notado la fijeza con la que estaba estudiando cada curva de su rostro.

Apartó la mirada bruscamente.

Mortificada, me obligué a centrarme en estudiar lo que me rodeaba. Las paredes del templo estaban cubiertas de hollín negro, los restos de algún descubridor que no había tenido ningún tipo de cuidado y había encendido una antorcha allí dentro. La cámara daba acceso a un pasillo pero, cuando me dispuse a entrar a explorarlo, mi tío me detuvo agarrándome del brazo.

—Intenta ver si notas algo de magia aquí. —Me retuvo en la sala principal, observándome atentamente mientras recorría el espacio poco iluminado.

—No puedo ver casi nada —comenté.

Mi tío Ricardo se llevó la mano hacia la bolsa de cuero y sacó una vieja sandalia. Cerró las correas y la punta del zapato se prendió, con una llama azulada.

Me quedé boquiabierta.

Había visto objetos de lo más comunes con resquicios mágicos que soltaban pequeñas chispas. Pero el zapato permaneció encendido, y la sala quedó bañada en su luz azulada.

—Toda una pieza de coleccionista —dije.

—Tenemos unos cuantos como este —repuso mi tío Ricardo—. Tu madre se encargó de traer todo lo que pudiese sernos útil desde Buenos Aires. Encontró todo tipo de cosas que la gente tiraba sin más. El campamento está lleno de ellas, algunas son útiles y otras no.

—¿Te acuerdas de cuando te encogió las gafas? —preguntó Whit entre risas—. Te las dejó encima de tu cuaderno y pensaste que eran una araña.

—Oh, no —dije, sonriendo a pesar de lo mucho que me dolía el corazón al imaginarme esa escena—. ¿Qué pasó?

—Lo que les pasa normalmente a las arañas cerca de Ricardo —respondió Whit—. Que les grita por existir y después las aplasta bajo la suela de su bota.

—Ese maldito pañuelo —murmuró mi tío Ricardo—. Era mi par de gafas favorito.

Aguardé, con la esperanza de que siguiesen hablando de ella. Quería recordarla todo lo que pudiera. Y cada migaja de su vida en Egipto me parecía todo un festín.

—¿Aún nada? —me preguntó Whit.

Se recostó contra la pared, cruzando los brazos sobre su vientre plano, con los tobillos cruzados uno encima de otro. Los dos estaban esperando a que les dijese que había notado alguna clase de energía

mágica.

Pensé en mentirles. Quería ser útil. Si mi tío pensaba que no lo era, me preguntaba cuánto tardaría en sugerir que volviese a Argentina. Pero contarles una mentirijilla no era una opción. Terminarían descubriendo la verdad. En cambio, eché un vistazo a las paredes, a los bajorrelieves que había esculpidos en la piedra. Aunque me costaba distinguir los pequeños detalles de los jeroglíficos desde allí.

—¿A quién está dedicado este templo?

Whit abrió la boca para responderme, pero mi tío se le adelantó.

—Creemos que a Isis. Aunque Hathor también sale representado en algunos bajorrelieves. ¿Ves a esa mujer con cabeza de vaca? Es ella, a veces se la conocía como la diosa del amor y de la música.

Dejé caer los hombros.

—No noto nada. Pero todavía me queda mucho por explorar.

Mi tío se llevó las manos a la cintura y clavó la mirada en sus botas. Tenía los hombros tensos y rígidos. Y, cuando volvió a alzar la vista, sus ojos avellana se encontraron con los míos.

—Necesito que te esfuerces más, Inez. Estás aquí por un motivo. No te olvides.

—Tío —empecé a decir, un tanto confundida y alarmada por la fría furia que teñía su voz.

—Lleva aquí solo media hora —dijo Whit—. Dale tiempo.

—No *tenemos* tiempo. ¡Ya *sabes* por qué! —exclamó mi tío Ricardo. El sudor le impregnaba la frente mientras se tiraba con fuerza de las mangas de la camisa de algodón. Con movimientos frenéticos y bruscos—. Jamás habría accedido a dejarte venir si hubiera sabido que no podrías servirnos de nada, Inez.

Un escalofrió me recorrió la columna.

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿Qué no me estás contando?

Mi tío me ignoró y se volvió hacia Whit, enarcando una ceja. Otra de sus conversaciones silenciosas. El señor Hayes asintió una vez. Casi por instinto, se metió las manos a los bolsillos, y después debió de recordar que estaban vacíos. Apretó la mandíbula con fuerza, como si estuviese librando una batalla contra un demonio invisible. Se fijó en que me había quedado mirándolo y su rostro se transformó por completo, eliminando todo rastro de esa lucha interna.

Mi tío se marchó hecho una furia. Aguardé a que Whit me explicase qué demonios acababa de pasar. Pero él se limitó a señalarme la entrada. Salimos del templo de Isis, o de Hathor, con la preocupación adherida a mi piel como la savia.

La desesperación de mi tío me inquietaba. Su advertencia me sentó como una bofetada.

Me recordó a mamá y a lo preocupada que había estado. Por su

propia vida.

La desesperación volvía peligrosa a la gente.

19

Salimos al patio iluminado por el sol, con Whit abriendo camino. Por lo general, siempre acompasaba sus pasos a los míos. Al parecer, hoy no. La marcada curvatura de su espalda terminaba en unos hombros fuertes y orgullosos. Recordé el momento en el que me había insuflado aire, con sus labios pegados a los míos, para salvarme la vida en lo más profundo del Nilo. Sentí cómo se alzaba una bandada de mariposas en mi vientre al recordar el beso que me había dado en El Cairo, la suave caricia de sus labios contra mi piel. Cómo se había deleitado en ese beso durante unos segundos, quedándose cerca de mí, con su cálido aroma envolviéndome; olía ligeramente a la biblioteca de mi hogar, a libros viejos, a whisky y a cuero.

A veces lo sorprendía observándome cuando creía que no estaba mirando.

No pude evitar preguntarme si él se sentiría tan confuso como yo. Luchando contra la atracción que tiraba de nosotros. Hechizado, pero intentando no estarlo. Me pregunté si le incomodarían estos sentimientos tanto como a mí. ¿Quizás ese era justamente el motivo por el que mantenía una actitud distante? La pregunta que me moría por hacerle se me escapó antes de poder pensarlo dos veces.

—Supongamos que mi tío hubiese logrado lo que pretendía. ¿Te habría dado pena despedirte de mí para siempre?

—Me habrías dejado desolado —dijo divertido, sin volverse a mirarme—. No sé qué habría hecho sin ti.

—¿Es que no puedes tomarte nada en serio?

Se medio volvió en mi dirección.

—¿Es que la pregunta iba en serio?

Sí, pero ahora me arrepentía de haberla hecho.

—Ya no importa, el momento se ha esfumado.

Whit se volvió de nuevo hacia el frente.

—Probablemente sea lo mejor.

Ahí estaba, usando mis propias palabras en mi contra. Era irritante. No dijimos ni una sola palabra más hasta que le hice una pregunta sin importancia mientras caminábamos bajo los pilones.

—¿Qué vas a hacer el resto del día?

—Ayudar a Abdullah. ¿Qué opinas de él?

—Me cae bien —dije. Un deje de amargura se filtró en mi voz. Si mis padres hubiesen querido, podría haberlo conocido hacía años—. Ojalá lo conociese mejor. Apenas estoy al tanto de la historia de cómo entraron en contacto mi tío y Abdullah.

—Al principio se odiaban. —Whit fue ralentizando el paso, recortando sus zancadas—. Ricardo era un arqueólogo joven, que usaba las herramientas y prácticas que le habían enseñado en Argentina. A Abdullah solo le hizo falta echarles un vistazo a sus métodos para ponerse a corregirle cada uno de ellos.

Aquello me hizo reír.

—Supongo que eso no le gustó ni un pelo a mi tío.

—Lo odiaba. Pero excavar en el desierto es totalmente distinto a mover rocas de un lado a otro. Aprendió mucho de Abdullah, sobre cómo excavar correctamente en Egipto. Después se casó con la hermana de Abdullah, Zazi. ¿Llegaste a conocerla? —Whit se quedó callado—. Ya apenas hablan de ella, pero adoraba la historia del antiguo Egipto. Tiene sentido que tu tío y ella se casaran, y el porqué él sigue hoy aquí, haciendo lo que a ella le hubiese gustado hacer. Tu tío es una persona muy leal a los suyos.

—Mi madre dijo una vez que su muerte lo cambió. —Fruncí el ceño, recordando la conversación que había escuchado a escondidas en la última (y única) visita de mi tío a Buenos Aires—. Dijo que lo había vuelto imprudente, voluble.

Whit asintió, pensativo.

—Es cierto. Pero Abdullah se encarga de mantenerlo a raya.

—¿Y tú? —Intenté conservar un tono indiferente al hablar.

Él se volvió a mirarme.

—No forma parte de mi trabajo.

—¿Cuál *es* tu trabajo exactamente?

—Ya te lo dije, ayudar…

Negué con la cabeza.

—No, estoy hablando de tus otras obligaciones.

Su rostro se tornó pétreo.

—Soy su secretario…

—¿Un secretario que tiene que llevar pistola? ¿Que sigue a la gente fuera de los comedores? ¿Que se queda hasta altas horas de la noche fuera haciendo Dios sabe qué?

Whit se detuvo y me lanzó una mirada severa.

—No vas a parar, ¿verdad?

Volví a negar con la cabeza.

—Le consigo cosas —respondió, cortante—. A veces información. A veces algo que ha perdido.

Sus labios fruncidos y apretados hasta formar una línea severa me dejaron claro que no iba a responder a ninguna pregunta más. Pero ya había descubierto bastante. Whit hacia aquello que mi tío no se atrevía a hacer por sí mismo. No sonaba del todo legal y la dureza de su voz me daba a pensar que lo más probable era que tampoco fuese un trabajo demasiado seguro. Me moría por hacerle más preguntas.

Quería saber si le gustaba su trabajo, quería saber por qué arriesgaría su vida por mi tío, un hombre que estaba involucrado con delincuentes.

Como el propio señor Whitford Hayes.

Se volvió a dar la vuelta y retomó su camino, hablando en un tono amable y agradable, como si fuese el anfitrión de una cena. Se pasó todo el rato hablando como si la conversación que acabábamos de tener hace tan solo unos segundos jamás hubiese ocurrido. Era su forma de distraerme. Como si así fuese a ser capaz de olvidar el motivo real por el que estaba aquí en primer lugar. Pero ya lo conocía lo suficiente como para saber que presionarlo en este momento sería inútil.

—La mayoría del equipo lleva trabajando con nosotros unos diez años —comentó—. Y prácticamente todos han tenido ofertas para unirse a otros arqueólogos, pero se niegan a trabajar para nadie más. Tu tío les paga un muy buen salario, gracias a las contribuciones tan generosas de tu familia, pero también trabaja codo con codo con ellos. Te sorprendería saber cuántos arqueólogos se niegan a mancharse las manos.

Aquello me enfadó.

Ahora mi tío tenía acceso ilimitado y sin ninguna clase de control a mi fortuna. La frustración se apoderó de mí. Mi cabeza me gritaba que todo esto había tenido algo que ver con la muerte de mis padres.

El miedo se apoderó de mí.

—¿En qué estás pensando?

Parpadeé, despertando del trance en el que me había sumido sin darme cuenta.

—Estabas poniendo una cara de lo más extraña —explicó Whit.

Por un momento tuve ganas de contárselo. Para poder compartir mis sospechas, para dejar de estar sola. Pero eso sería demasiado imprudente por mi parte. No tenía a nadie que estuviese de mi lado. Esquivé la pregunta al cambiar de tema.

—¿Qué suele hacer el equipo cuando se acaba la temporada?

—Vuelven con sus familias, trabajan en sus granjas y cosas así. Hoy estás de lo más preguntona. Qué sorpresa —murmuró.

Ignoré la indirecta.

—Entonces, ¿en qué ayudas exactamente a Abdullah?

—Llevo el registro de quién hace qué, asegurándome de que todo el mundo cobre lo que le corresponde y a tiempo. También ayudo de vez en cuando a excavar, sé cómo manejar un pico y el resto de las herramientas. Además, también registro con todo lujo de detalles aquello que descubrimos. Tu madre solía llevar un registro perfecto, y ahora soy yo quien se encarga de la mayoría de las tareas de las que solía ocuparse ella.

Dejé que la tristeza me invadiera y siguiera su curso. El miedo se acumuló en mi vientre, robándome el aliento. Solté todo el aire que había estado conteniendo en un suspiro y el momento se volvió mucho más soportable. No estaba del todo bien, pero podía tolerarlo.

Whit frunció el ceño.

—¿Preferirías que no hablase de ellos?

Esa intuición suya. Juro que algún día me metería en problemas. No quería descubrir todas las cosas que me gustaban de él.

—No importa —repuse, después de aclararme la garganta—. Ver dónde solían dormir y descubrir en qué estaban trabajando me hace sentir que todavía están a mi lado, algo que jamás habría podido sentir si me hubiese quedado en Buenos Aires.

Doblamos la esquina y nos topamos de bruces con mi tío. Parecía agobiado, como si se quisiese poner a trabajar pero tuviese que hacer un millón de cosas antes. Se acercó a nosotros a la carrera, con un bulto bajo el brazo.

—¿Tío? —le pregunté.

—Whitford, me gustaría hablar un momento a solas con mi sobrina —le pidió. Esperó hasta que Whit se marchara y después me prestó total atención—. Quería disculparme. Por lo de antes. He perdido los papeles y no quería ser tan duro contigo. Perdóname.

Bajé la mirada hacia el material de pintura que sostenía.

—Pensé que querrías empezar a dibujar y a pintar.

¿Es que había rebuscado entre mis cosas? Tragué con fuerza, tratando de deshacer el nudo que se me había formado en la garganta, por la maraña de emociones que sentía. Mi tío no tenía ningún derecho a hurgar en mi cuarto. Como si eso también le perteneciera. Había escondido todas las cartas incriminatorias de mi madre entre las mangas de una de mis camisas almidonadas. La tarjeta con la ilustración de la puerta la había metido en uno de los bolsillos de mis pantalones.

¿Las habría encontrado?

Su rostro era ilegible, como si estuviese a kilómetros de distancia, estoico. El sol se cernía sobre mi cabeza, pero su calor no impidió que sintiese cómo un escalofrío me recorría la columna.

—Quiero que dibujes las pinturas del templo, *por favor*. Te he traído tus lápices y unas cuantas pinturas. —Mi tío Ricardo me las tendió al mismo tiempo que se volvía para gritar—: Whitford, cuida de ella. —Se metió las manos en los profundos bolsillos de su chaleco y sacó una sandalia desgastada. Con cuidado, cerró las correas y una llama azulada prendió la punta del zapato.

Whit tomó el zapato transformado en vela.

—Lo haré.

Mi tío Ricardo le lanzó a Whit una mirada cargada de significado,

jugueteando sin parar con el pañuelo que llevaba al cuello. En el diseño destacaba un estampado de cuadros escoceses que no casaba en absoluto con el resto de su tosca indumentaria.

—Y necesito que después me informes, no te olvides.

—No lo he olvidado. —Whit asintió y después mi tío Ricardo se marchó.

—¿Que le informes *de qué*? —pregunté.

—¿Por dónde quieres empezar? —me preguntó Whit, quitándome los materiales de las manos.

Que se negase a contarme nada estaba empezando a molestarme. Pero lo dejé pasar; era una isla pequeña, terminaría descubriéndolo tarde o temprano. De momento, parecía que tenía trabajo que hacer. Jamás habría esperado que mi tío me dejase copiar ninguno de los magníficos bajorrelieves o de las pinturas egipcias. Era sorprendente y... curioso. Se había pasado días haciendo todo lo posible para que no me sintiese cómoda aquí, ¿y ahora me traía mis materiales para que pintase? No lo entendía... salvo si había entrado en mi cuarto con el único propósito de husmear entre mis cosas y esta era su tapadera.

Lo que podría significar que sospechaba de mí. Por lo que yo sabía, podría estar preguntándose si mis padres me habían contado algo más sobre su estancia aquí de lo que él sabía.

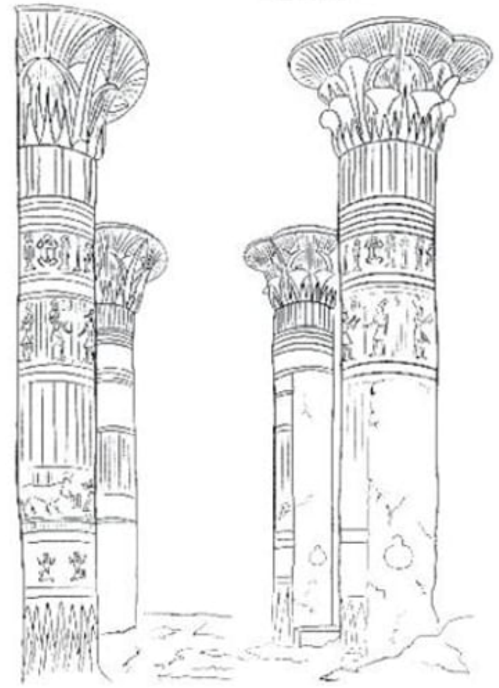
Razón de más para colarme en *su* habitación.

—Quiero pintar el pórtico —dije.

Regresamos al templo y me puse cómoda.

Me apoyé el enorme cuaderno de dibujo sobre las rodillas y empecé a bocetear las columnas, que estaban rematadas por lo que parecían hojas de palmera. Los colores, aunque apagados, me permitieron saber cómo habrían sido recién pintadas. Los vibrantes rojos, verdes y azules de antaño ahora reducidos a colores pastel. Whit se sentó a mi lado, estirando sus piernas todo lo largas que eran y cruzándolas a la altura de los tobillos, con la espalda apoyada en un murete. Fue observando mi dibujo a medida que pintaba.





—Es impresionante —dijo cuando terminé el primer boceto.

—¿Sabes dibujar?

—Nada de nada —dijo, alargando las palabras—. Mi hermana es la artista de la familia.

Guardó silencio y yo aparté la mirada de mi dibujo para observarlo. Había bajado un poco la voz, como si quisiese proteger ese recuerdo. Como si fuese capaz de hacer cualquier cosa con tal de mantener a su hermana a salvo.

—Ahora es cuando me hablas de ella —dije, mezclando unas cuantas pinturas en una hoja suelta.

—¿Ah, sí?

Aguardé, ya me había acostumbrado a sus tácticas de distracción, y enarqué una ceja.

Él soltó una carcajada.

—Se llama Arabella, cotilla.

Mantuve las cejas enarcadas.

—Es maravillosa. Increíblemente curiosa, como tú —dijo Whit, poniendo los ojos en blanco—. Tenemos muy buena relación. A ella le encanta pintar con acuarelas. Creo que prefiere quedarse en el campo a pintar que tener que sufrir la alta temporada londinense.

—He oído hablar de eso. —Hice una pausa, pensativa—. Los bailes parecen divertidos.

—No lo son, ni por asomo. Llenos de ropa almidonada, conversaciones deplorables y madres decididas a conseguir que sus queridas hijas terminen embaucando a alguno de los solteros de oro del país. Y las cuadrillas no tienen nada de interesante.

Arrugué el gesto al pensarlo.

—Lo dices como si fuese un corte de carne. —Al fijarme en su expresión confusa, añadí—: En Argentina siempre suelo pedir un filete de cuadril, es mi corte de carne favorito.

—Ah, bueno, en Inglaterra una cuadrilla es un baile increíblemente aburrido.

—No sabría decirte, nunca lo he bailado.

—Creo que preferirías el filete. Confía en mí.

Aquello me recordó otra cosa.

—No, no puedo.

Entrecerró los ojos, con sus pestañas acariciándole las mejillas, y me lanzó una mirada inescrutable.

—Chica lista.

Los dos contuvimos el aliento, el ambiente se cargó con una corriente eléctrica que zumbaba entre nosotros. Sus ojos cayeron hasta mis labios. El calor se extendió por mis mejillas. Me asaltó el deseo de alzar la barbilla, de acercar mis labios a los suyos. Pero me quedé donde estaba, con los latidos acelerados de mi corazón resonándome en los oídos. Whit apartó la cara rápidamente, apretando la mandíbula, tenso.

El momento había pasado, la decepción se estrelló contra mi pecho como un ariete. Confiar en Whitford Hayes era una idea terrible y absurda. Trabajaba para mi tío. Sabía muchas cosas sobre mis padres, verdades que no había querido contarme. Bebía demasiado, y probablemente también coqueteaba con todas las mujeres con las que se cruzaba. Era difícil sentirse especial si no eras más que una gota en su inmenso océano.

Pero me había salvado la vida. Se había preocupado por que estuviese cómoda. Se había puesto de mi lado en las discusiones que había tenido con mi tío.

Whit se apartó, cerrándose en banda de nuevo.

—Supongo —comencé a decir, no quería que se alejase tanto de mí como para que dejara de hablarme. Alcé el pincel y comencé a pintar el capitel de una de las columnas de un verde suave y exuberante que me recordaba al mar—, que debes de ser uno de los *solteros* más cotizados de toda Inglaterra, por lo que estarás harto de que las madres manden una y otra vez a sus hijas a embaucarte, con la esperanza de conseguir que te comprometas con alguna de ellas.

Whit me observó en silencio durante unos segundos. Después hizo una mueca asqueada.

—Antes he dicho «de oro», ¿te acuerdas? Creo que me estás confundiendo con mi hermano mayor.

—También tienes un hermano.

—Así es. —Esbozó una mueca exasperada—. Porter.

—Así que, entonces, ¿no hay ninguna joven dama que te llame la atención? —insistí.

—¿Te han dicho alguna vez que eres increíblemente entrometida?

—Suelen decirme que soy increíblemente curiosa.

Él se carcajeó.

—Muy bien, Olivera. A los quince años me alisté en el ejército, aunque mis padres se aseguraron de que esa plaza fuera mía cuando aún estaba en la guardería. Hace años que no veo a una mujer inglesa. —Apartó la mirada de mi dibujo y se encontró con la mía, escrutándolo fijamente—. ¿Y tú? ¿Tienes algún pretendiente cortejándote?

—En realidad no, pero supongo que *sí* que hay alguien dispuesto a cortejarme si yo quiero que lo haga.

Whit se quedó rígido y apretó ligeramente los labios. Una reacción de lo más interesante, que me emocionaba y me aterraba a partes iguales.

—¿Y eso? —Su tono era indiferente, pero a mí no me engañaba.

—Mis padres se encargaron de elegir por mí al hijo de un cónsul. Ernesto Rodríguez. Es exactamente la clase de persona que mi madre aprobaría. Cortés y bien educado, con conexiones en las altas esferas y de una antigua familia argentina de renombre.

—Bien por él.

—No sé si estás siendo sarcástico o no —dije.

—No lo soy —respondió, como era de esperar.

—Mentiroso.

—Te lo repito, Olivera. No te creas nada de lo que digo. —Entonces apartó la mirada. Yo retomé mi dibujo, observando una de las columnas con los ojos entrecerrados para intentar discernir los jeroglíficos que había grabados, pero los bajorrelieves estaban demasiado lejos. Me puse de pie y le tendí mi cuaderno, con cuidado de no emborronar la pintura. Me sacudí el polvo del vestido y me acerqué a los bajorrelieves que había esculpidos sobre la roca, con el ceño fruncido. Había cientos de símbolos que no había visto jamás, dibujos de gente con toda clase de ropajes.

—Olivera.

—¿Sí?

—¿Puedes venir aquí?

—Dame un momento.

—Ahora.

Bueno, ahora sí que no pensaba ir allí hasta dentro de diez

minutos.

—Estoy ocupada, Whit.

—Ya van dos veces —repuso él. Se puso de pie y se acercó a mí, con mi cuaderno de dibujo abierto entre sus manos. Por algún extraño motivo parecía estar preparándose mentalmente para algo, como si se estuviese armando de valor para oír algo que no quería escuchar.

—¿Has estado contando cuántas veces te llamo por tu nombre?

—Me he fijado porque no te he dado permiso para dirigirte a mí de una manera tan informal.

Bajé la mirada desde los botones desabrochados del cuello de su camisa por el resto de la prenda, arrugada y suelta, pasando después a su cabello desgreñado y alborotado.

—No puedes decirlo en serio.

—Creía que habías dicho que nunca hablaba en serio.

—Así que *sí* que me prestas atención. No estaba segura de si se debía a que mi tío te pagaba para que lo hicieras o no. Aunque sí me he fijado en cómo me miras.

—Suelo *mirar* a muchas jóvenes hermosas, Olivera. No le des tanta importancia —repuso, pero lo dijo demasiado serio, sin su habitual tono sarcástico.

—Desde luego, ya me lo has advertido unas cuantas veces.

Entrecerró sus ojos azules.

—No me gusta ese tono. ¿Qué estás insinuando?

—Me parece que ese caballero promete demasiado.

—Maldita sea —suspiró—. Shakespeare otra vez.

—¿Qué querías, Whit?

Se le tensó la mandíbula.

—Quiero que me expliques *esto*. —Me señaló uno de los dibujos de mi cuaderno.

El dibujo de la puerta.

Me crucé de brazos.

—Es la puerta de un templo.

—Sí, lo es. —Whit entrecerró los ojos—. ¿Dónde has visto esto?

Sacudí la mano junto a mi cabeza, restándole importancia.

—En un folleto de viajes, creo. No estoy muy segura.

Apretó los labios con fuerza. La luz del atardecer suavizaba sus rasgos. Su pelo adquirió un tono cobre bruñido bajo la acogedora penumbra.

—Prueba otra vez.

—Sinceramente, no me acuerdo. —Me sentía increíblemente orgullosa de mi tono despreocupado—. Por si no te has dado cuenta, todo mi cuaderno está lleno de esa clase de dibujos. Sé que debería tomar notas de qué es lo que estoy dibujando, pero siempre se me olvida. ¿Por qué te interesa tanto esa puerta?

—No es una que se vea muy a menudo.

Había medido todas y cada una de las palabras de su respuesta al milímetro, pero a mí no me engañaba.

—Pero ya la habías visto antes. En alguna parte.

—Yo no he dicho eso.

—Sí que lo has hecho —repliqué.

—Bueno, no puedo impedir que pienses eso —espetó—. Inez, esto es importante. Dime dónde has visto *esta* puerta.

—Solo si tú me dices por qué es tan importante.

Whit apretó la mandíbula con fuerza.

—No puedo.

—Porque mi tío no quiere que lo sepa.

—¿Crees que es por eso? —me preguntó, sus cejas caoba enarcándose por su frente—. Menuda suposición.

Nos sostuvimos la mirada, con la distancia imponiéndose entre nosotros. Había dado con algo importante, lo sabía. Lo que todavía no sabía era cómo se sentía Whit al respecto. Si pretendía que descubriese yo sola algo que mi tío me estaba ocultando deliberadamente o no.

Entonces caí en la cuenta de algo.

—Ya veo —dije en apenas un susurro—. No vas a desobedecer a mi tío.

—¿Es que alguna vez se te ha ocurrido que tal vez lo único que quiera sea protegerte? Quizá no te guste lo que descubras. —Se tiró con fuerza de sus mechones rebeldes, como si le estuviese costando un mundo saber qué decirme y qué no—. La verdad sigue siendo la misma, Olivera. Tus padres ya no están, y nada de lo que descubras podrá cambiar ese hecho.

—Así que la puerta tiene algo que ver con mis padres. —Apreté los dientes, frustrada. El enfado fue creciendo en mi interior, poco a poco. Whit tenía un trabajo que hacer pero, ahora mismo, se estaba interponiendo en mi camino para hallar las respuestas que tan desesperadamente quería… *No*, que necesitaba. Se trataba de mi familia, de saber lo que les había ocurrido en realidad.

Cómo habían *muerto*.

—¿Siempre se te da tan bien seguir órdenes? —pregunté con amargura.

Se irguió y se alejó de mí, sus ojos azules brillaban con una ira que no había visto jamás.

—De hecho, no.

—Me cuesta creerlo.

—No sabes nada sobre mí. Me he encargado de que así fuera.

—Sé lo suficiente —repliqué.

—Escucha, idiota…

—Hace menos de treinta segundos me estabas diciendo que era inteligente.

—No sabes nada sobre mí —repitió, furioso, alzando la voz como si pretendiese hablar por encima de mí—. No sabes todas las cosas que he hecho. Me preguntaste una vez si estaba en el ejército, no lo estoy. —Se inclinó y su rostro quedó a tan solo unos centímetros del mío—. ¿Quieres saber por qué no?

Guardé silencio, obstinada.

—Me expulsaron con deshonor —dijo, con una frialdad que no lograba comprender. Lo había visto exasperado, impaciente, furioso y distante. Pero nunca había sonado tan frío y lejano. Ni siquiera una vez—. Sabes cómo volver al campamento, ¿no?

—Whit...

—Señor Hayes, si no te importa —me interrumpió, con algo de su anterior aspereza—. Vamos a asegurarnos de seguir las normas de etiqueta.

—Si es lo que quieres.

—Lo es.

—Bien.

—*Bien* —repuso.

—Por cierto —dije, alzando la barbilla—. Ya estamos en paz.

Whit se quedó helado.

—Has dicho mi nombre dos veces.

—Eso no hace que estemos en paz. ¡Solo nos convierte en dos idiotas! —gritó Whit. Se pellizcó el puente de la nariz y tomó aire profundamente, luchando por recuperar el control de sus emociones. Y se aseguró de medir sus siguientes palabras—. Bueno, no volverá a ocurrir, eso te lo aseguro. —Se alejó, hecho una furia, tenso y con la espalda erguida.

Agh, agh, *agh*. Me masajeé la frente con fuerza, intentando deshacer la maraña de ideas que se me había formado en la cabeza. Pero nada tenía sentido.

¿Qué tenía que ver esa puerta con la muerte de mis padres?

Whit

Joder, necesitaba una copa. Echaba de menos el ardor del alcohol al bajarme por la garganta, la manera en la que nublaba mis recuerdos. ¿Por qué había dejado de beber? Lo había hecho sin darme cuenta. Pero quería olvidarme para siempre de esta conversación.

La muy tonta no sabía nada de mí.

Estaba cansado de sus suposiciones. Cansado del dolor que podía atisbar en su mirada cambiante cada vez que le hablaba en tono cortante. De todas formas, ¿por qué demonios me importaba? Aceleré mis pasos, quería alejarme de ella tanto como fuera posible. Ricardo

podía ocuparse de ella el resto del día. Me comprometí a hacer muchas cosas por él cuando me ofreció el trabajo. A proteger sus intereses. A poner mi vida en peligro. A pasar largas noches en vela e incontables horas aguardando y vigilando entre las sombras. A apretar el gatillo de mi pistola para que él no tuviera que apretar el suyo.

Pero no me había comprometido a tener que lidiar con su sobrina.

Estaba empezando a aborrecer que fuese capaz de ver a través de mi fachada. El ejército había hecho tambalear mi fe en la humanidad, pero me había otorgado una manera de protegerme. Aprendí a enterrar mis emociones, a no permitirme sentir nada, nunca. Dejé de hacer amigos cuando empecé a perder a los que ya tenía. Había sido testigo con mis propios ojos del horror que los hombres dejaban a su paso. Recordaba más de lo que me gustaría, y también me acordaba de los interminables días de después, con mis minutos llenos de aliento con olor a whisky, puños ensangrentados y noches difusas. Antes de que Ricardo me encontrase en un callejón de El Cairo, maltrecho y magullado por otra pelea sin sentido en un bar, empuñando una pistola que no me pertenecía.

—Deberías utilizar mejor esos músculos que tienes —me había dicho. Me había ayudado a asearme hasta que mi cabeza se aclaró lo suficiente como para darme cuenta de que podía elegir. Estuve muchos días sobrio y, con el tiempo, logré superar la prueba de Ricardo y pasé a formar parte de su equipo.

No quería echar a perder el tiempo que me quedaba en Egipto.

Y tendría que volver a casa muy pronto si no daba con lo que andaba buscando. Es curioso que mi destino hubiese quedado reducido a un simple papiro.

Encontré a Ricardo en el cuartel general del campamento, inclinado sobre el mapa, recorriéndolo con el dedo como si quisiese borrar algún error. Levantó la vista cuando me oyó acercarme. La frustración seguía revolviéndome el estómago.

—¿Por qué no estás con Inez?

—Necesitaba un descanso —murmuré.

Ricardo me lanzó una mirada compasiva.

—Comprensible.

No me había entendido, pero yo tampoco me molesté en corregirlo. No le gustaría en absoluto lo que había querido decir en realidad.

—Sé por qué Basil Sterling está buscando a Cleopatra.

Ricardo se enderezó lentamente, se le pusieron los hombros tensos, como si se estuviese preparando para lo peor.

—¿Por qué? —preguntó entre dientes—. ¿Por la gloria? ¿Por el dinero?

Asentí.

—Sí, pero hay algo más.

—Mierda —gruñó—. ¿Qué demonios quiere de ella?

Hice una mueca de disgusto, no quería tener que decirlo en voz alta.

—Quiere su cuerpo, su momia. Cree que tiene propiedades mágicas. Se dice que Cleopatra dominaba la magia —le recordé—. No tenemos pruebas de que en realidad fuese capaz de hacer hechizos, pero es una conjetura basada en todos los relatos que se escribieron sobre ella.

El color abandonó el rostro de Ricardo.

—¿Y?

Suspiré.

—Quiere descuartizar su cuerpo y pulverizarlo. Se rumorea que la magia es capaz de curar cualquier enfermedad. —Hice una pausa—. Corre el rumor de que está enfermo de tisis.

Ricardo cerró los ojos con fuerza.

—Mierda.

—¿Qué quieres que hagamos?

Abrió los ojos, llenos de rabia y decididos.

—La encontramos nosotros primero y después nos aseguramos de que nunca caiga en sus manos.

20

Con un suspiro, me volví a dejar caer en el suelo y terminé la ilustración, hasta que me dolió la espalda de la posición y tuve los dedos acalambrados. Estuve trabajando hasta que la luna se alzó en el firmamento, con su luz plateada colándose por el hueco rectangular que había en el techo. Cuando por fin terminé, me puse de pie, y estiré mis músculos agarrotados. Me moría de ganas por entrar en la habitación de mi tío para registrarla, pero sería una estúpida si lo hiciese en mi primer día aquí. Tendría que ser estratégica y hacerlo cuando Whit no estuviese cerca.

Eché un último vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no me dejaba nada, pasé junto a los dos pilones y salí al enorme patio exterior. No había nadie a la vista, todo estaba en completo silencio salvo por el suave zumbido del Nilo, que fluía rodeando la pequeña isla. La canción del río me hizo compañía mientras regresaba al campamento.

Cuando pasé frente al quiosco de Trajano, sentí un hormigueo peculiar en los dedos. El mismo que había sentido antes. La sensación iba en aumento a medida que me acercaba al inmenso edificio. Estaba sola y el camino estaba iluminado por cientos de estrellas titilantes que me guiaban a cada paso que daba. La escena que se abría ante mí era antigua e inmortal. La magia me zumbaba en la sangre. Di otro paso adelante, y después otro, hasta que estuve lo bastante cerca como para tocar la plataforma de la cama del faraón. Mis dedos se deslizaron sobre la piedra caliza.

La boca me supo a rosas.

El recuerdo me invadió por completo. Ahí estaba Cleopatra, navegando con sus extravagantes galas, flotando sobre un río azul intenso en una barcaza de popa dorada e inmensas velas púrpuras. En su mano, llevaba una carta. Una citación de parte de Marco Antonio para que respondiese por su mal comportamiento. Era la primera vez que se iba a reunir con el gran general, y estaba frustrada, nerviosa y molesta.

Un escalofrío me recorrió la piel cuando lo que Cleopatra sentía me invadió.

Me aparté de golpe, respirando una bocanada de aire con fuerza. La magia me zumbaba en la sangre, recorriendo todo mi cuerpo, y me reverberaba en los oídos. Jamás la había oído tan alto, ni la había sentido con tanta fuerza. Y entonces lo supe, un rugido triunfante resonó en mis oídos. ¿Cómo me había podido atraer la magia tan

rápido? Y lo que era más importante, *¿por qué* lo había hecho? Barajé una idea tras otra. Estaba claro que Cleopatra había creado un hechizo para preservar sus recuerdos, que sabía fuerte y dulce como las rosas, los efectos de esa magia se habían anclado al anillo de oro, y en cuanto yo me había puesto el anillo, algunos rastros de ese hechizo se habían aferrado a mí, ya sabíamos que era capaz de hacerlo. Y la magia que se había aferrado a mi cuerpo, que me corría por la sangre, reconocía como a una igual a la que el quiosco de Trajano había albergado en su interior todo este tiempo. ¿Quizás estaba por toda la isla? Era como si Cleopatra hubiese dejado sus huellas aquí, una mujer que había vivido hace más de dos milenios. Podía sentir su presencia y sus emociones por todas partes. Era seductora y terrenal, una mujer que sabía cómo provocar, que sabía cómo liderar.

La historia también la recordaba como una mujer versada en lo oculto.

Me alejé de la plataforma, con el corazón aporreándome erráticamente tras las costillas. La sensación se disipó y pude volver a respirar. Tenía ganas de entrar en el templo corriendo, pero me contuve. Detrás de mí, los ruidos del equipo, reunidos para cenar, llenaban la noche cada vez más oscura: conversaciones en voz baja, el crepitar de la lumbre y risas suaves.

—¿Inez? —me llamó mi tío.

Mis piernas se negaban a moverse. El quiosco de Trajano se alzaba ante mí, como una silueta oscura contra el firmamento, iluminado a la luz de la luna. Por algún extraño motivo, el apoyar la mano en la piedra me recordó a mi padre. Él había estado en este mismo sitio, como yo. Se había sentido atraído por la misma magia. La estampa en mi cabeza estaba borrosa y enmarañada, pero estaba empezando a ver cómo todo estaba conectado.

La muerte de mis padres.

Mamá temiendo por su seguridad.

La tumba de Cleopatra.

Papá y el anillo de oro, viéndose atraído por la misma magia que se había aferrado a mi piel.

—¡Inez! —El tono impaciente de su voz me hizo estremecer.

Me di la vuelta a regañadientes y me acerqué a nuestro campamento, caminando sobre el terreno arenoso y rodeando edificios antiguos. El clima se había vuelto gélido, y me encorvé para protegerme de la brisa nocturna. Mi tío me estaba esperando, iluminado a la luz de la hoguera que ardía con fuerza a sus espaldas. Me observó con los ojos entrecerrados mientras me acercaba, con los hombros tensos y una postura erguida.

—¿Qué estabas haciendo?

El sudor se me acumulaba en las palmas de las manos. Me aseguré

de mantener un tono despreocupado al hablar. El instinto me gritaba que no le contase lo que había descubierto hasta que supiese a qué estaba jugando. Un paso en falso y me lanzaría por la borda.

—Solo quería verlo un poco más de cerca. Es un edificio magnífico.

Mi tío Ricardo se acercó un poco más y yo me quedé helada. Se inclinó hacia mí, examinando de cerca mi rostro. Me quedé quieta y luché para que mi expresión no me delatase.

—¿Has sentido algo?

—Nada. —Me pasé la lengua por los labios—. ¿Es posible que la conexión con la magia se desvanezca?

Mi tío no dijo nada, pero tampoco apartó la mirada, estudiando mi expresión atentamente, y después por fin se apartó.

—No lo sé. ¿Quizá? Ven, es hora de cenar.

Suspiré, aliviada.

Me llevó junto con el resto del equipo, que estaban sentados sobre rocas o sobre esteras y mantas estrechas. Tomé asiento junto a mi tío, el calor que emanaba de la hoguera combatía el aire gélido que nos envolvía como un abrigo grueso. Whit estaba sentado frente a mí, y la tensión de nuestra anterior discusión seguía flotando por el aire como un invitado indeseado. Sus dedos se deslizaban distraídamente sobre el mango de su pistola. Un gesto nervioso que ya le había visto hacer antes, con su pulgar recorriendo las iniciales grabadas sobre el acero. Se volvió en mi dirección, con sus ojos azules refulgiendo como zafiros, y el estómago me dio un vuelco. Entonces apartó la mirada deliberadamente, girándose para hablar con un miembro del equipo que estaba sentado a su derecha.

Mi tío me tendió una taza.

—Creo que necesitas beber algo caliente.

Le di las gracias en un murmullo y bebí un largo sorbo. Todas las miradas se posaron en mí. Era la recién llegada, la desconocida. Incluso el señor Fincastle parecía tranquilo entre toda esta gente, recostado sobre una estera, con una de sus pistolas al alcance de su mano. Isadora estaba sentada a su lado con elegancia, con la espalda recta y un plato sobre sus rodillas dobladas. Me dedicó una sonrisa mientras continuaba hablando tranquilamente con su padre.

Me costó resistirme al tirón de la magia esta noche.

La misma magia que me llamaba desde el quiosco de Trajano, reclamándome sin parar, y me concentré en los desconocidos que estaban sentados a mi alrededor. Esa sensación de extrañeza volvió a invadirme. Estaba muy lejos de casa, y aquellos con los que más me habría gustado compartir esta experiencia ya no estaban para poder sentarse alrededor del fuego conmigo. Noté las miradas de compasión que me echaban todos los miembros del equipo, pero estaba sola, sin

siquiera mi tío podía evitar que me sintiese así. Había sido una estúpida al pensar que Whit era mi amigo. Su lealtad a mi tío era tan inamovible como las grandes pirámides, y protegería sus secretos e intereses tan ferozmente como una esfinge. Le di un sorbo a mi té para hacer algo con las manos.

Abdullah estaba sentado a mi otro lado, con una sonrisa afable dibujada en su rostro.

—Tu padre era un cuentacuentos maravilloso. Siempre sabía cómo hacer reír a la gente. ¿No te parece algo increíble? Me he fijado en que ya te has terminado tu té. ¿Te gustaría tomar un poco más? —Hablaba rápido, gesticulando sin parar con las manos. Asentí, perpleja, y entonces él alargó la mano por encima de mí y desató el pañuelo que mi tío llevaba anudado al cuello—. Mi magia favorita.

—¿Qué es? —Ya me había fijado antes en ese mismo pañuelo, cuando mi tío lo llevaba al cuello, una prenda que no encajaba en absoluto con el resto de su atuendo. Hecho de un tejido a cuadros escoceses, de vibrantes rojos y verdes.

Abdullah me indicó que sostuviese la taza vacía en alto. Lo hice y observé maravillada cómo colocaba el pañuelo encima. Entonces esta empezó a llenarse de agua caliente, y el vapor se enroscó a mi alrededor.

—Es extraordinario —murmuré.

Kareem se acercó a la carrera con una bolsita de té y le di las gracias. Las comisuras de los labios de mi tío se curvaron hacia arriba, divertidas, al tiempo que Abdullah sacudía el pañuelo hacia atrás. Cuando le devolvió la prenda a mi tío, ya estaba completamente seca. Y mi tío Ricardo se lo volvió a atar alrededor del cuello.

—Hay mucha más magia en una caja de madera que hay en el cuartel general —dijo Abdullah—. Objetos de lo más útiles para cavar e investigar. No dudes en echarle un vistazo si te apetece.

—Oh, sí, lo haré. *Shokran*, me muero de ganas de ponerme manos a la obra.

—¿Te gustaría excavar con nosotros? —me preguntó Abdullah, esbozando una sonrisa burlona.

Mi tío me miró de soslayo.

—Es un trabajo muy duro, Inez. Llevo haciéndolo más de una década y no se vuelve más fácil con el tiempo.

—Sé que no es lo mismo —dije—, pero siempre me ha gustado encontrar cosas, tío. Me temo que me parezco demasiado a mis padres en ese aspecto, o incluso a ti. Si quieres enseñarme cómo excavar, estoy segura de que podré hacerlo bien.

Mi tío negó con la cabeza.

—Prefiero que te dediques a dibujar y a pintar todo lo que puedas.

Le di un sorbo a mi té en vez de responderle. Podía decirme cómo debía pasarme mis días, pero no tenía ningún derecho a decirme cómo debía ocupar mis noches. Recordé ese momento en la dahabiya, cuando lo había visto con el diario de mi madre en su baúl. ¿Qué otros objetos me estaría escondiendo? Me moría por descubrirlos todos.

Quería averiguar algo más sobre la misteriosa puerta.

Pero, primero, necesitaba una palanca.



Me adentré en la noche sin hacer ningún ruido, con mis ojos adaptándose poco a poco a la oscuridad, y descubrí un camino escondido que llevaba hasta el quiosco de Trajano. El Nilo chocaba con la costa rocosa de la isla, y el susurro del agua del río al rozar las rocas me tranquilizaba. Llevaba encima varios objetos que habían pertenecido a mis padres: cerillas y una vela, la navaja de papá, una cantimplora llena, mi cuaderno de dibujo y unos cuantos carboncillos. La brisa nocturna me acariciaba la piel, y deseé llevar encima el zapato hechizado de mi tío. Así podría ver por dónde pisaba.

Por lo que podía ver, el camino a mi espalda estaba vacío. Avancé a través del terreno arenoso y llegué hasta la cama del faraón sin hacer ni un solo ruido, tan rápido como pude. La magia me llamó en cuanto me acerqué, rugiendo tan fuerte como un león orgulloso. Di un paso adelante, pero se me erizó el vello de la nuca y se me puso la piel de gallina. Me temblaron las rodillas cuando me di la vuelta, conteniendo el aliento, esperando encontrarme con alguien que me hubiese seguido.

Pero solo me encontré con una enorme extensión de tierra.

Me quedé helada durante unos cuantos segundos más antes de girarme de nuevo hacia el quiosco. Pero la sensación de que alguien me estaba observando persistió, y no me dejaron de temblar las manos hasta que decidí internarme en el templo.

Solo entonces me permití prender una cerilla y encender la vela.

La pequeña llama apenas lograba iluminar la grandiosa estancia. La mitad superior de la estructura dejaba al descubierto enormes columnas, que cubrían varios pisos de altura, mientras que la mitad inferior del templo estaba llena de bajorrelieves. Me acerqué un poco más a ellos, examinando cada uno de los grabados, buscando cualquiera que hiciese referencia a la diosa Isis. La magia zumbaba a mi alrededor, como el latido constante de un corazón.

—¿Has encontrado algo interesante?

Pegué un salto y, de alguna manera, logré ahogar el grito que estuve a punto de soltar.

—*¡Whit! ¡Por el amor de Dios!*

Como de costumbre, se recostó contra el marco de la entrada, con

los tobillos cruzados uno encima del otro. Me miró perplejo, aunque un tanto divertido.

—Estoy intentando tratar de descubrir la razón por la que estás fuera de tu cama a estas horas, Olivera, pero no logro dar con ella. ¿Es que te has perdido?

Lo fulminé con la mirada.

—¿No? Eso creía.

—Estoy segura de que mi tío no espera que me tengas vigilada a todas horas.

—Eso sería de lo más escandaloso —repuso, esbozando una pequeña sonrisa canalla.

—Creía que estabas enfadado conmigo.

—No me importas tanto como para sentir nada, ni bueno ni malo —espetó—. Ahora, ¿por qué no me cuentas qué estás haciendo aquí fuera a estas horas?

Dios, era un mentiroso. Me fijé en el brillo furioso que refulgía en su mirada antes de que desapareciese, en la línea tensa y afilada de su mandíbula al apretar los dientes con fuerza. Sí que sentía algo, aunque no quisiese admitirlo.

—¿A ti te parece que estoy corriendo un peligro de muerte?

Él entrecerró los ojos.

—Todavía me estoy pensando si tu mera existencia es un peligro para ti misma.

—¡Serás maleducado!

—Te voy a repetir la pregunta. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Explorar este edificio sin tener a mi tío respirándome en la nuca. —Levanté mi cuaderno de dibujo—. ¿Es que no te has enterado? Mi tiempo aquí es extremadamente limitado. Se me ocurrió que quizá podría dibujar el interior.

Él se dobló entre risas.

—*¡Ssshhh!* ¡Vas a despertar a todo el mundo!

Whit dejó de reír y se adentró en el templo.

—Por Dios, mientes fatal.

Me quedé helada.

—No es cierto.

Las comisuras de sus labios se elevaron hasta esbozar una sonrisa canalla.

—¿Quieres decir que no sientes cómo te está llamando la magia? ¿Que no estás intentando descubrir de dónde viene esa conexión?

Me giré hacia él, enfadada. No tenía sentido seguir mintiendo.

—Pues claro que sí que la siento.

Había esperado que se diese la vuelta y se marchase, lejos del quiosco de Trajano, que me gritase que volviese a la cama, pero no hizo nada de eso. Se limitó a entrar un poco más en la estancia y a

sentarse en un rincón, con las piernas estiradas.

—No tienes por qué quedarte —le dije un momento después.

—¿Ah, no?

Lo fulminé con la mirada y su expresión se suavizó.

—Solo me voy a quedar para asegurarme de que nadie te moleste.

—¿No vas a intentar convencerme de que me marche?

—Llevo intentando convencerte de que te marches desde que te conocí. —Whit se encogió de hombros—. He descubierto que, haga lo que haga, no servirá de nada.

—Ah. Bueno, ¿tienes alguna idea de lo que se supone que debería de buscar?

Él esbozó una sonrisa traviesa.

—He dicho que te protegería, pero en ningún momento he dicho que fuese a ayudarte, Olivera. A tu tío no le gustaría. Al fin y al cabo, sigo teniendo *órdenes que seguir*. —Un deje enfadado teñía su voz. Lo suficiente como para que me volviese a mirarlo. Su rostro seguía igual de encantador que siempre, los hoyuelos que le enmarcaban los labios al reír, y sus ojos azules, que se arrugaban en las comisuras. Lo único que delataba lo frustrado que se sentía en realidad era su mandíbula apretada.

—He sido muy injusta contigo al sugerir…

—¿Que no puedo pensar por mí mismo? —preguntó, y esta vez no intentó ocultar su enfado—. ¿Que no puedo tomar decisiones yo solo, independientemente de lo que me hayan pedido que hiciera?

—Sí. Eh, eso. Lo siento. —Hice una pausa—. Así que te expulsaron del ejército con deshonor. ¿Quieres hablar del tema?

Él me observó, ligeramente indignado.

—De ninguna manera.

Me volví a dar la vuelta y seguí examinando las paredes.

—Así que tu plan es quedarte ahí sentado y vigilarme… Espera un momento. —La magia saltó a mi encuentro, una sensación que hizo que me diese un vuelco al corazón. Me acerqué para examinar más de cerca la pared y no vi nada que me llamase la atención, pero seguí bajando la mirada lentamente hacia el suelo. Algunas zonas estaban llenas de polvo y cubiertas por pequeñas piedras y montones de tierra. Pero había algo que llamaba a la magia que se había aferrado a mi interior. Me dejé caer de rodillas, la calidez de una hoguera me empapó la piel de sudor, incluso en medio de esa noche tan gélida. Con cautela, pasé los dedos sobre el suelo de piedra, moviéndolo todo, buscando algo que sabía que estaba allí, incluso aunque no supiese qué era en realidad lo que buscaba.

Mis dedos se deslizaron sobre una franja donde la roca estaba llena de surcos. Aparté la arena y las piedras que había encima hasta dejar al descubierto un cartucho en el que se podía leer «Isis». Al

descubrirlo, me invadió una emoción embriagadora, me hizo estremecer, y no quería dejar de sentirla jamás.

—Whit.

Llegó a mi lado en menos de un segundo.

—Sabía que lo encontrarías —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y no podrías haberme echado una mano?

—En realidad, no.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Se volvió a dejar caer en el suelo junto a mí.

—Desde la muerte de tus padres, tu tío solo deja que sea Abdullah quien lo acompañe al empezar la jornada. El resto tienen que esperar para entrar en el túnel después de que ellos lo hayan despejado.

—A ti tampoco te deja acompañarlo. ¿No confía en ti?

—Tengo problemas con la autoridad, ¿te acuerdas? —repuso sarcásticamente.

—¿Y qué hay del señor Fincastle?

—Confía en él hasta cierto punto, creo. Imagina lo que debe de sentir al no poder confiar plenamente en el hombre que ha contratado para proteger al equipo —respondió—. Es poco probable que lo involucre al cien por cien en sus asuntos a menos que sea absolutamente necesario.

—Hablando de seguridad, ¿dónde está ahora? ¿No deberían tener vigilado este lugar? Esperaba que lo estuviera.

—¿Y aun así viniste sola?

—Tan solo limítate a responder a mi pregunta, Whit.

—Señor Hayes.

—No. Me he ganado el derecho a llamarte por tu nombre.

Él enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Eso crees?

Enumeré todas mis razones con los dedos.

—He sido más lista que tú al menos en dos ocasiones. Me has enseñado personalmente El Cairo, me has hablado de tu familia y de tu secreto…

—Que tampoco es un secreto —murmuró.

—Me salvaste la vida aquel día en el río. Hemos sobrevivido a un casi naufragio del *Elefantina*…

—Eso es una exageración.

—Y ahora estamos desafiando las órdenes de mi tío juntos. Es agradable tener a un compañero en ese aspecto.

—Me alegro de poder satisfacer tus necesidades —dijo, con cierto deje de sarcasmo, pero pude entrever un brillo divertido en su mirada —. No lo tienen vigilado porque eso le dejaría claro a todo el que pasase por aquí que el quiosco es un lugar importante.

—Ah, supongo que tiene sentido. —Entonces por fin comprendí

algo que había dicho antes. Bajé la mirada hacia el suelo—. Espera, ¿hay un túnel?

—Sí. Lo encontraremos enseguida. —Whit también bajó la mirada al suelo y pasó las manos por la piedra—. Me pregunto qué pasaría si presionaras… —Lo hizo, pero no ocurrió nada.

Le coloqué una mano en el brazo.

—¿Podrías levantarla? Hay bastante hueco alrededor de esa losa en comparación con las que la rodean.

Él hizo lo que le pedía, levantando y tirando con fuerza de la losa, alzándola sobre las otras.

Eché un vistazo a lo que había debajo.

—Bueno, ¿qué te parece esto?

Whit dejó la losa a un lado con delicadeza y siguió mi mirada. Un pequeño cilindro se elevó desde el suelo, de no más de unos centímetros de alto. Alargué la mano e intenté girarlo, pero este permaneció inamovible. En la parte superior había una inscripción un tanto borrosa.

—¿Qué tal se te da leer jeroglíficos?

—Bastante bien —repuso Whit, entrecerrando los ojos—. Ten cuidado de no gotear cera encima.

Enderecé la vela.

—¿Sabes leerlo?

—Solo en parte —murmuró—. Pero no tan bien como Abdullah o tu tío. Creo que es otro cartucho de Isis, pero este está rodeado de otros símbolos que no conozco.

—Qué interesante. ¿Sus protectores, quizá?

Whit soltó un gruñido para darme la razón.

—¿Cuán grande es la entrada del túnel?

—No muy grande, yo siempre tengo que entrar de lado.

La magia que resguardaba en mi interior amenazaba con estallar de un momento a otro. No tenía ni idea de cómo se movía esa clase de magia, o de cómo elegía a dónde ir. Pero la sentía deslizándose por mis venas como un río embravecido. Desesperada, pasé los dedos alrededor del cilindro y noté una zona donde la piedra estaba rugosa.

—Ahí —murmuré—. Lo he encontrado.

Presioné esa zona con fuerza y un pequeño hueco rectangular cedió frente a mí, deslizándose hacia abajo lentamente, con el rechinar de las piedras al rozarse entre ellas retumbando por toda la sala. La losa que teníamos enfrente también se deslizó, descendiendo unos centímetros y formando una especie de depresión rectangular.

—Ahí está, Olivera —dijo Whit, sonriendo de oreja a oreja. Se puso de rodillas y, con cuidado, introdujo la losa suelta en una apertura que se había abierto justo detrás, descubriendo una estrecha escalera que descendía hacia la más profunda oscuridad.

—¿Quieres ir tú primero o voy yo?
Todo mi cuerpo zumbaba de emoción.
—Yo.
Whit sonrió e hizo un gesto con la mano, invitándome a entrar.
—Después de ti, entonces.

21

Respiré profundamente antes de pisar el primer escalón de la estrecha escalera. Después, lentamente y con muchísimo cuidado, empecé a bajar, con la llama de la vela como mi única fuente de luz, iluminando justo lo suficiente para que pudiese ver un par de escalones por delante. El corazón me latía acelerado, la magia zumbaba en mi sangre al ritmo de mis latidos. Las paredes estaban llenas de polvo y parecían estar hechas de tierra compacta. Whit me siguió de cerca. Su respiración en mi nuca me calmaba, como el susurro del oleaje en la costa de Argentina.

—¿Estás bien? —susurró.

—Por supuesto —repuse.

—A la mayoría de la gente le dan miedo los espacios oscuros y estrechos.

—Oh, créeme, a mí también me dan miedo los espacios oscuros y estrechos —admití—. Pero por nada del mundo me perdería algo así. Por nada.

Llegué al último escalón, me encontraba en una especie de sala cuadrada y pequeña. Moví la vela a mi alrededor y entonces me fijé en una pequeña abertura con el borde dentado, como si alguien la hubiese volado por los aires.

—¿Dinamita? —supuse.

Whit negó con la cabeza.

—Sería demasiado peligroso, podría causar daños estructurales. No, tan solo una pequeña cantidad de pólvora para detonar un área concreta.

Dejé escapar un silbido, asombrada.

—¿No sigue siendo *demasiado* arriesgado?

Whit esbozó una pequeña sonrisa.

—No si sabes lo que haces.

Me volví hacia él como un resorte.

—¿Lo hiciste *tú*?

Él asintió levemente con la cabeza, esbozando una enorme sonrisa irreverente.

Me quedé mirándolo fijamente, boquiabierta.

Whit carraspeó para aclararse la garganta, bajando la mirada hacia el suelo. Si no le conociese, diría que estaba avergonzado.

—Es una sencilla reacción química. Hasta un niño podría hacerlo.

Este hombre se pasaba sus días odiándose a sí mismo, poniéndose en peligro y siendo un cínico. Sabía cómo manejar unos explosivos.

—No, no creo que un *niño*…

—¿Seguimos? —dijo Whit, y nuestras miradas se encontraron—. Ricardo descubrió este lugar junto con tus padres y Abdullah y, poco después, entramos en la siguiente cámara volando parte de la pared. Te puedes imaginar lo decepcionados que estaban cuando descubrieron que el interior era más bien soso.

Así que tenía razón. Mi padre *había* estado aquí.

Clavé la mirada en la apertura; me hormigueaban los dedos, suplicándome que rozase los bordes dentados.

—Siento que hay algo más que no me estás contando.

—Tus sentidos son dignos de admiración —dijo con ironía—. Los antiguos egipcios solían construir laberintos en sus sepulturas para confundir o despistar a los saqueadores de tumbas. Por eso, creemos que esta sala solo es una tapadera.

Señalé la abertura irregular.

—¿Entramos?

—Como quieras.

Me abrí camino por la sala, sorteando un montón de rocas, con Whit pisándome los talones. En cuestión de segundos, estábamos de pie en medio de otra cámara de lo más sencilla. Esta olía mucho más a moho y a humedad, pero también daba acceso a otra habitación. Whit me indicó que siguiese adelante con un gesto de la mano, hasta que estuvimos de pie en medio de una tercera sala, tan sencilla y ordinaria como las otras dos. Me acerqué a las paredes, pero no había ninguna clase de decoración, ni ningún rastro que denotase que allí había habido alguna vez decoración de ningún tipo. La presencia imperturbable de la magia era mi única guía.

Podía sentirla más allá de las paredes.

—Otra tapadera —murmuré—. Pero y si… —No llegué a terminar la frase. Por lo poco que podía ver, mi tío y su equipo estaban trabajando en el lado derecho de la habitación. Había media docena de palas de punta redonda y cuadradas, picos y cascos apoyados contra la pared de roca.

—¿Y si *qué*? —dijo Whit, observándome de cerca—. ¿Sientes algún hormigueo? ¿Alguna vibración? ¿Un mísero zumbido parecido al de un mosquito molesto?

—Yo no diría *molesto*… espera un momento. —Así era justo como siempre sentía la magia. Entrecerré los ojos y me volví a mirarlo, y me sorprendí cuando caí en la cuenta de una posibilidad que hasta ese momento no había contemplado—. ¿Lo habías sentido antes?

—*Yo* personalmente, no.

—¿Entonces, quién?

—Tu padre.

Me acerqué a él, desesperada por que me diese más información.

—Cuéntamelo todo.

—No hay mucho que contar —dijo—. Siempre era de lo más reservado en ciertos aspectos, tu padre. Pero entonces, ese día, encontró algo...

—¿Qué era?

—Bueno, en ese momento no lo sabía, pero *ahora* creo que podría ser el anillo que te envió. Tu padre también dijo que era capaz de saborear la magia, pero nunca dijo que le supiese a rosas.

Le di vueltas sin parar a lo que me acababa de contar, tratando de unir todas las piezas del rompecabezas. Me acordé de lo que había escuchado a escondidas la noche en la que me subí al *Elefantina*.

—¿Mi tío sabía lo que mi padre podía hacer?

Whit hizo una pausa antes de responder.

—Sí.

Abrí la boca, dispuesta a decir algo al respecto, pero Whit alzó la mano, interrumpiéndome.

—Basta ya de preguntas, es tarde, y nos queda mucho por explorar aún. No me apetece que tu tío nos encuentre aquí abajo.

Parpadeé. Me había olvidado por completo del mundo exterior, y de la gente que dormía plácidamente ahí arriba, sin saber qué estábamos haciendo a tantos metros bajo tierra. El ser consciente de ello me hizo estremecer de emoción. ¿Esto era lo que sentían los arqueólogos al hacer un nuevo descubrimiento?

Whit se metió las manos en los bolsillos.

—¿Y bien? ¿Sientes algo?

Pero todavía tenía una pregunta más que hacerle.

—¿Mi tío cree que ha encontrado la tumba de Cleopatra?

Whit vaciló y frunció el ceño. Cada músculo de su mandíbula estaba tenso. Aguardé, pero él permaneció obstinadamente callado, su brújula moral se negaba a señalar a cualquier otro punto que no fuese el norte.

Salvo cuando le resultaba oportuno.

—No puedes responderme a eso, ¿verdad?

Esbozó una sonrisa con pesar.

—No puedo hablar de *ninguna* de las excavaciones de tu tío. ¿Notas algo en esta sala?

Confiar el uno en el otro no estaba resultando una tarea fácil; de hecho, tenía la intuición de que lo único que haríamos sería dar vueltas, sin llegar a ninguna parte, a menos que uno de los dos terminase cediendo. Podría hacer esto sola, volver mientras él durmiese, pero estaba cansada de tener que cargar en silencio con esta magia tan extraña. Era demasiado grande, demasiado poderosa como para cargar con ella yo sola. Señalé la pared que había a mi izquierda y le dije una única verdad.

—Sí, y siento tener que decir que mi tío está buscando en el sitio equivocado. Hay algo al otro lado de esa pared. Allí es donde debería estar excavando.

—¿Estás segura?

Asentí.

Whit sonrió con aprobación.

—Buen trabajo, Olivera.



Me quedé con la mirada perdida en la lona, que crujía suavemente al chochar contra las ruinosas paredes de mi dormitorio improvisado. Todo lo que había descubierto confirmaba mis sospechas sobre el extraño comportamiento de mi tío: estaban muy cerca de encontrar la tumba de Cleopatra.

La cabeza me daba vueltas. Un hallazgo así haría tambalear los cimientos de la sociedad de El Cairo, y cientos de extranjeros vendrían a Egipto solo por la posibilidad de ver con sus propios ojos un pedazo de la historia. El Departamento de Antigüedades se haría con el control de la isla de Filé y de la excavación, y eso era lo último que querría mi tío. Pero todavía no sabía qué tenía todo esto que ver con mis padres. ¿Por qué los había conducido deliberadamente hacia el desierto?

¿Tal vez los había llevado hasta el templo con la puerta que había encontrado dibujada y los había dejado allí para morir?

Me senté sobre mi saco de dormir, la mosquitera me rodeaba como el velo de una novia. Las lágrimas calientes me picaban en los ojos, luchando por escaparse, y me las limpié enfadada. Una parte de mí deseaba no haber venido nunca a Egipto. Así nunca habría descubierto esta horrible traición. Nunca habría creído posible que los miembros de una misma familia pudiesen volverse los unos contra los otros con tanta crueldad.

Había sido ingenua y testaruda.

Pero ahora sabía la verdad.

Lo que necesitaba era un plan. Tendría que registrar a fondo su camarote en la dahabiya y su habitación del campamento. Lo más probable era que se hubiese traído consigo cualquier objeto de valor, así que empezaría por lo fácil. Colarme en su dormitorio no debería ser un problema. Sabía cómo trabajaba mi tío. Le gustaba ensuciarse las manos, así que no se quedaría descansando mientras el resto excavaba. Lo que me daría muchísimo tiempo para registrar su cuarto, gracias a que yo solo me tenía que encargar de dibujar y pintar las ruinas.

Pero había cometido un error de lo más estúpido esta noche.

Le había revelado demasiado a Whit y no estaba segura de que no

fuese a contarle a mi tío Ricardo lo que habíamos hecho esta noche a la primera de cambio. Y eso no podía permitirlo.

Suspiré, hice a un lado la mosquitera y me levanté.

Las cortinas que separaban los cuartos no eran demasiado gruesas, y la luz de la luna se filtraba en la estancia a través del tejadillo suelto. Descorrí la cortina y me dirigí al exterior. El aire frío me envolvió y la brisa me sacudió los mechones que se me habían escapado de la trenza. La hilera de dormitorios improvisados se abrió ante mí. Whit se había metido en la habitación que había junto a la mía después de que regresásemos del quiosco de Trajano. Me quedé de pie frente a su cuarto, sin saber muy bien qué estaba a punto de hacer.

Nunca, en toda mi vida, había pasado tanto tiempo con un hombre sin algún familiar cerca. Pero desde que había llegado a Egipto, había pasado muchísimo tiempo a solas con Whit. Había disfrutado de mucha más libertad de la que me habían permitido jamás. Me habían dado los primeros sorbos de ese vaso lleno de agua fría y deliciosa, y ahora estaba sedienta por seguir bebiendo.

Pero ¿colarme en el dormitorio de un hombre en plena noche?

Me había metido en el saco de dormir con solo los pantalones turcos y una camisa de algodón que me estaba grande. Iba cubierta de la cabeza a los pies, pero nada de eso importaba. Esto era algo que jamás me habría imaginado haciendo.

Pero tenía que hacerlo.

No podía dejar que Whit le contase a mi tío lo que había descubierto. Quizás eso permitiese que me quedase por el momento, pero también significaría que mi tío sabría que había descubierto que me había estado mintiendo. Necesitaba más tiempo. Un día más para poder investigar.

Respiré hondo, hice a un lado la cortina y me adentré en el cuarto de Whit. La densa oscuridad llenaba el estrecho espacio…

Una mano fuerte me tapó la boca. Me retorcí contra la brutalidad que me retenía, pero bien podría haber estado forcejeando contra una de las pirámides. El brazo que me rodeaba la cintura apretó su agarre y entonces me dio la vuelta y me derribó de espaldas sobre un saco de dormir. Todo el aliento me abandonó los pulmones en un jadeo. Un enorme peso me aplastó el pecho. El aliento cálido de mi atacante me golpeó el rostro.

—¿Quién eres? —me gruñó alguien al oído. Sobresaltada, me di cuenta de que era Whit. Su voz sonaba demasiado áspera y grave, nada que ver con su habitual tono encantador.

—Soy yo —susurré—. Inez.

Él se quedó helado sobre mi cuerpo, rígido.

Un largo y tortuoso silencio tenso se extendió entre nosotros, ninguno se atrevía a moverse ni un palmo ni a respirar. Bien

podríamos haber estado los dos solos en toda la isla de Filé. Tenía los brazos apoyados a cada lado de mi cabeza, su pecho musculoso me inmovilizaba contra el saco de dormir. Un miedo inocente me invadió. No por *él*, sino por la intimidad que estábamos compartiendo. Su aliento, furioso y agitado, me acariciaba el rostro. Whit se alejó de un salto y se tambaleó hacia atrás. La cortina seguía abierta de par en par, y los rayos de luz de luna iluminaban su cuarto. Se arrodilló en el suelo junto al saco de dormir, con la expresión retorcida por la ira. En silencio, se acercó hacia una caja de madera que había en una esquina y encendió una cerilla. Sin mucha ceremonia, prendió una vela y la luz de la llama iluminó al completo la habitación.

Estaba muy bien organizada, mucho más recogida que la mía. No tenía muchos objetos personales: unas cuantas latas con pasta de dientes, un peine y una cuchilla, y una pequeña pastilla de jabón cuadrada de color verde menta junto a la palangana. Un diario de cuero descansaba encima de una pila de libros, con los títulos estampados con pan de oro en los lomos: *Manual básico de química, Lecciones sobre química elemental: inorgánica y orgánica* y *Guía sobre la química*.

Whit se deslizó delante de la pila, bloqueándome la vista.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —me preguntó, con la voz a medio camino entre un grito y un susurro—. Podría haberte hecho daño.

La luz plateada bañaba su rostro, las afiladas líneas de sus pómulos y su mandíbula, la postura furiosa de sus hombros. No sabía que le interesaban las ciencias. No encajaba con el Whit que conocía, el antiguo soldado, el granuja pícaro que bebía demasiado. Esta era una faceta suya que me había mantenido oculta, pero entonces me acordé de cómo me había hablado sobre la pólvora. «Una sencilla reacción química». Ardía de curiosidad, me moría por hacerle cientos de preguntas. Pero me las tragué con fuerza y me obligué a recordar por qué había venido.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Y no podías esperar hasta mañana?

—No, no podía arriesgarme a que le hablases a mi tío sobre lo que ha pasado esta noche. Eres curiosamente noble cuando quieres.

—Y una mierda que lo soy.

Deseché su comentario con un gesto de la mano.

—¿Quién creías que era? ¿Por qué has reaccionado de esa manera tan violenta?

—¿Crees que eso ha sido violento? —Soltó una risa grave y amarga—. Tienes razón. Debería haber invitado al desconocido que entraba en mi cuarto a escondidas en mitad de la noche a tomar el té. ¿Cómo me atrevo a defenderme?

Pero había algo más. Podía percibir la tensión que irradiaba su figura. Estaba furioso, pero también asustado. Algo lo había llevado al límite. Había estado esperando un ataque, que alguien se colase en su cuarto en mitad de la noche.

—¿Qué pasó? —le pregunté en un susurro.

Whit se quedó helado, rígido.

—Está claro que te pasó *algo*.

—¿Por qué no quieres que tu tío lo descubra? —me preguntó, cambiando de tema, cortante.

—¿Qué te hace pensar que se puede confiar en él?

—Que me salvó la vida, Olivera.

—¿Qué? —pregunté, olvidándome de susurrar por un momento.

Whit me lanzó una mirada curiosa, se levantó corriendo y se acercó a la entrada. Abrió un poco la cortina y echó un vistazo fuera. Un momento después, volvió a dejar caer la lona y se sentó en el suelo frente a mí, mirándome con recelo.

—No pienso irme hasta que me cuentes qué fue lo que pasó.

—Puedo obligarte a que te vayas.

—No me vas a volver a tocar.

Whit apartó la mirada y apretó los labios con fuerza. Por fin, cuando volvió a hablar, lo hizo en un susurro, como si le costase un infierno pronunciar cada palabra.

—Fue justo después de que me echasen del ejército. Las cosas que vi… —No llegó a terminar la frase y se estremeció. Después de unos segundos, volvió a empezar—. Estaba hundido, me pasaba más tiempo borracho que sobrio, y siempre terminaba apaleado en una esquina. Ricardo me sacó de ahí, y ha estado a mi lado desde entonces. ¿Satisfecha?

Sabía que eso no era todo, pero me había contado lo suficiente como para comprender por qué Whit le era tan leal a mi tío. Estaba en deuda con él.

—Prométeme que no se lo dirás a mi tío —le pedí, en vez de responder a su pregunta.

—No puedo hacer eso.

—*Dame un día más*.

—¿Por qué quieres un día más?

—Whit.

—Señor Hayes —me corrigió—. Te pedí que nos ciñésemos a las normas de etiqueta. No suelo ser yo el que le tiene que recordar a la otra persona las normas y me estoy empezando a cansar.

Me puse de rodillas y gateé hacia él. Whit permaneció inmóvil, alerta. Nuestros rostros estaban a tan solo unos centímetros de distancia.

—No puedes fingir que tú no lo sientes también. Lo que hay entre

nosotros.

—Escucha, no hay *nada*…

Me incliné hacia delante y presioné mis labios contra los suyos. Una descarga eléctrica me hizo estremecer. Whit no me devolvió el beso, pero tampoco se apartó. Nos quedamos congelados en el tiempo y, por un momento, me pregunté si sería porque ninguno quería romper la conexión. Lentamente, moví mis labios sobre los suyos, y sentí cómo se rendía poco a poco. Un sutil cambio en su postura, sus labios se relajaron contra los míos, deslizándose con una delicadeza infinita contra mi boca durante un segundo. Su lengua acarició la mía con suavidad. Profundicé el beso… Whit se puso rígido y se apartó de un salto.

Tenía la respiración agitada y la voz le salió ronca.

—Como te he dicho, señorita Olivera. —Mantuvo una expresión neutra y reservada—. No hay nada entre nosotros. Nunca podrá haberlo.

Me dejé caer sobre mis talones, respirando con dificultad. Todavía con su sabor en mis labios.

—Me voy a casar.

Parpadeé, sorprendida.

—*¿Qué?*

—Estoy prometido —dijo con voz gélida, con los puños apretados con fuerza contra sus piernas.

Aquella palabra cayó como un jarro de agua fría entre nosotros. «Prometido».

Me sonrojé con violencia mientras me ponía de pie, me daba la vuelta y me tambaleaba hacia la salida, desesperada por poner algo de distancia entre nosotros. Habría preferido alejarme kilómetros de él, pero me conformaría con regresar a mi cuarto. Había cometido un terrible error, cómo podía haber sido tan tonta como para…

—Señorita Olivera —me llamó en un susurro.

Me detuve en mis pasos, agarrando con fuerza la rugosa tela de la cortina.

—Te guardaré el secreto un día más —dijo—. Después, si no le dices tú dónde tiene que cavar exactamente, lo haré yo.

Whit

Maldita sea.

22

Salí corriendo a mi habitación, con el corazón latiéndome a toda velocidad, aporreándome las costillas. Fruncí el ceño en medio de la oscuridad. La llama de la vela se había apagado, la luz de la luna apenas iluminaba en pequeño espacio rectangular. Me adentré en su interior, con la sangre zumbándome por lo que acababa de pasar. Whit estaba prometido. Se iba a casar. No me lo podía creer, no quería creerlo o imaginarme a la persona a la que algún día llamaría «su mujer».

Una sombra se movió en un rincón.

Me quedé helada, con un grito atrapado en el fondo de mi garganta. Una voz, suave y familiar, me habló en un susurro. Una voz que pensé que jamás volvería a escuchar. El sonido no fue más que un murmullo silencioso, urgente, con cierto deje de pánico en cada palabra. Se me puso la piel de gallina.

—Siéntate, Inez.

Me fallaron las rodillas.

Me dejé caer sobre la alfombra raída y el áspero tejido me raspó la piel. La sombra se acercó y el contorno de alguien vestido con ropas oscuras se hizo mucho más nítido a medida que mis ojos se adaptaban a la oscuridad. Oí cómo prendía una cerilla y entonces apareció una llama, titilante e insegura.

Encendió la vela con calma, pero le temblaba la mano, y después cerró la cortina y se sentó a mi lado. No podía ver con claridad quién era, incluso aunque una chispa de esperanza hubiese florecido en lo más profundo de mi pecho. Lentamente, la sombra alargó una mano hacia mí y me acarició la mejilla húmeda. No me había dado cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas silenciosas se deslizaban por mi rostro, empapándome la ropa al caer. Me acerqué a ella y sus brazos me rodearon en un fuerte abrazo. Mi cuerpo temblaba sin parar y ella me aferró con fuerza, susurrándome para que me calmase.

—Mamá. —Me aparté, secándome el rostro con la manga de mi camisa—. *Mamita.*

Su aroma me envolvió, y me era tan familiar que no pude evitar tener que ahogar un sollozo.

—*Ssshh* —me dijo—. No pasa nada. Estoy aquí.

Apenas podía hablar.

—¿Estoy soñando?

Ella se llevó un dedo a los labios, pidiéndome que guardase silencio. Y habló tan bajo que apenas pude escucharla.

—Más bajito. Whitford tiene el sueño ligero.

Pestañeé, confusa, y después eché un vistazo a su espalda, con la esperanza de encontrarme a mi padre detrás. Pero había venido sola. Me aferré a sus brazos con fuerza y mi corazón lo supo mucho antes que mi cabeza. Mi madre estaba viva.

Viva.

Fue como si volviese a estar en el Nilo, nadando a contracorriente y desorientada. No confiaba en mi capacidad de saber hacia dónde tenía que ir. Me froté los ojos, tenía las pestañas empapadas. Había pasado casi un año desde la última vez que la había visto. El tiempo había hecho estragos en su rostro juvenil. Una serie de nuevas arrugas surcaban la suave piel de su frente. Me había olvidado de lo mucho que nos parecíamos. Los mismos ojos color avellana, la misma tez bronceada y las mismas pecas. Yo era su vivo reflejo.

—No me puedo creer… —Se me formó un nudo en la garganta y tuve que tragar con fuerza para deshacerlo—. Estás aquí. *Viva*. Después de todo este tiempo… —Se me quebró la voz. Tenía una segunda oportunidad para estar con mi familia; no me lo podía creer. No sabía qué había hecho para merecer tal extraordinario milagro—. ¿Dónde está papá? ¿Él también va a venir?

—Inez. —Mi madre cerró los ojos con fuerza y usó el dobladillo de su camisa para limpiarse las mejillas empapadas—. Se ha ido.

Me llevé un puño a la boca para ahogar un grito. El suelo pareció ceder bajo mis rodillas. Lloré con más fuerza, mientras la oía pedirme que guardase silencio en susurros. Por un momento pensé que todo mi mundo había vuelto a la normalidad.

—El dolor de perderos me ha roto el corazón —dije entre hipidos —. Pensé que nunca volvería a verte. ¿Cómo es posible?

Mamá me acarició la mejilla lentamente.

—Yo también pensé que jamás podría volver a verte. He estado soñando con este momento durante mucho tiempo, aunque creía que sería imposible. Has crecido tanto, hijita…

Sus palabras se clavaron en mi pecho, una a una. ¿Había creído que jamás volvería a ver a su única hija? ¿Es que estaba intentando decirme que había decidido quedarse en Egipto para siempre? ¿Por eso me había dejado pensar que estaba *muerta*?

—Te he echado tanto de menos —susurró—. No sabes cuánto.

El dolor que había sentido desapareció de golpe, y algo parecido a la ira me hirvió la sangre.

—¿Dónde has estado?

—Inez —volvió a decir mamá, alargando la mano hacia mí, pero yo me aparté.

—¿Dónde estabas? —le pregunté en un susurro enfadado—. Todo este tiempo, *¿dónde estabas?*

—Inez…

Me hervía la sangre en las venas.

—¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué no volviste *a casa*?

—No podía —dijo—. Era demasiado arriesgado. Hay muy poca gente en la que confíe de verdad, y no podía estar segura de que no leerían la carta que te enviase. —Me apartó unos mechones rebeldes que me caían sobre el rostro—. Estaba muy preocupada por ti. Me mataba el tener que estar lejos de ti.

—Demasiado arriesgado —repetí—. ¿El escribirle a tu propia hija? *Lloré tu muerte*. Todavía sigo llorando el haberte perdido.

Mi madre cerró los ojos, resignada.

—Te pido por favor que hables más bajo. —Suspiró y después volvió a abrir los ojos, atormentada y aterrorizada—. No tenemos mucho tiempo, tesoro. Cuando te vi llegar, pensé que era un espejismo. ¿Qué estás haciendo en Egipto?

—¿Qué quieres decir? Vine a descubrir qué os había pasado.

—Debería haberlo supuesto. —Hizo una mueca de dolor—. Lo siento. No sé cómo podrás perdonarme. Pero no lo habría hecho si no hubiese sido importante.

Entonces comprendí las implicaciones de lo que acababa de decir.

—Espera un momento. ¿Me *viste* llegar a la isla?

—Estoy acampando en una zona apartada de Filé, lejos del templo. —Vaciló antes de seguir hablando—. Unas cuantas mujeres me han ayudado a permanecer oculta.

—No lo entiendo —repuse lentamente—. ¿Has estado en esta isla todo este tiempo?

—No todo —dudó—. Me he estado escondiendo.

Me aferré a su brazo con más fuerza.

—¿Escondiendo? ¿Del… del tío Ricardo?

Se quedó boquiabierta.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Saber el qué?

Ella se inclinó hacia mí y me tomó el rostro entre sus manos.

—¿Te ha hecho daño, Inez?

Negué con la cabeza.

—Encontré tu carta.

—¿Mi carta? —Frunció el ceño—. ¿Qué carta?

—La que nunca llegaste a mandarle a monsieur Maspero. La encontré en vuestra suite del hotel y la leí. Mamá, ¿por qué le tienes miedo a tu hermano?

Su rostro empalideció de golpe, fundiéndose con la tenue luz de la luna que iluminaba la habitación.

—Inez, tienes que volver a Argentina, *por favor*. Esto es demasiado peligroso.

—Sí, regresaremos juntas y…

—No, tienes que volver sin mí. No puedo… *no me iré* de aquí hasta que termine lo que he empezado.

—¿Y qué es? Cuéntame qué está pasando. Llevo viviendo con miedo desde que puse un pie en Egipto. ¿Es que el tío Ricardo te hizo daño alguna vez? ¿Hizo daño a papá?

Me limpió las lágrimas que me caían por las mejillas con el dorso de la mano.

—Inez, tu tío está involucrado con el contrabando ilegal de artefactos egipcios. He intentado detenerlo, pero está demasiado bien protegido. Ha cambiado, está mucho más desesperado y… —Se le quebró la voz—. No es el mismo hermano que conocía. Cambió y yo solo pude quedarme mirando. —Hizo una mueca de dolor—. Le he *dejado* cambiar sin hacer nada al respecto. Es culpa mía.

La cabeza me daba vueltas. Recordaba el miedo que había visto reflejado en el rostro de Maspero cuando hablaron sobre el regreso de las subastas ilegales. Pero al parecer no solo habían regresado, sino que la compraventa de artefactos robados se había disparado. Mi madre emitió un pequeño gruñido frustrado y parecía sentirse tan culpable que me rompía el corazón.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunté en un susurro—. Es un hombre adulto.

Apartó la mirada de mí, su pecho subía y bajaba con su agitada respiración. Jamás la había visto tan abatida, alterada o nerviosa. Mi madre nunca permitía que sus emociones la controlasen, al menos no en lo que tenía que ver conmigo.

—Inez, en Egipto yo… —Cerró los ojos con fuerza—. Me he estado comportando de manera distinta y me he permitido ser mucho más libre de lo que jamás habría podido ser en Buenos Aires.

En ese momento supe perfectamente de qué estaba hablando. Recordaba los vestidos mucho más juveniles que había encontrado en su habitación del hotel. Me había preguntado de quién serían, cuando en realidad le pertenecían a una madre que nunca había llegado a conocer.

—Lo sé —dije en un susurro.

—Tu padre y yo nos distrajimos demasiado, y yo me dejé llevar por la aventura —dijo, haciendo una mueca—. Sabía que mi hermano estaba caminando sobre la cuerda floja, pero él me aseguró que tenía todo bajo control, que jamás se vería involucrado con la clase de gente que se rumoreaba que estaba metida en actividades ilegales. Debería haberle prestado más atención. Debería haber hablado más con él, haberle dicho que pidiese ayuda. Tu padre y yo no sabíamos qué hacer, así que no hicimos nada. —Alzó la mirada hacia mí. El cabello le caía alrededor del rostro en mechones sucios, enmarcándole una

cara delgada y hueca—. No sé si puedo protegerte. Tienes que volver a casa, Inez.

—No pienso dejarte aquí. No lo haré.

Mamá cerró los ojos, resignada.

—Por qué nunca he sido capaz de domar tu terquedad, nunca lo sabré. Inez, esto no es Argentina. Allí te di ciertas libertades, pero no pienso hacer lo mismo ahora.

Le tomé la mano entre las mías.

—Creía que te había perdido para siempre. Déjame ayudarte.

Abrió los ojos, valorando qué responder.

—¿Sabes a quién espera encontrar tu tío en Filé?

Asentí.

—A Cleopatra. Cree que puede estar enterrada bajo el quiosco de Trajano; es allí donde están excavando.

—¿Y entiendes lo importante que sería un descubrimiento como ese? Encontrar a la última faraona de Egipto sería como encontrar el Santo Grial. Es el sueño de cualquier arqueólogo. Uno de los descubrimientos más importantes de la historia, tal vez solo superado por descubrir la tumba de Alejandro Magno o la de Nefertiti. Los objetos que halle en su tumba valdrán millones en el mercado negro. No podemos dejar que tu tío venda objetos tan valiosos en la Puerta del Comerciante.

—¿La puerta? ¿Qué puerta? ¡Ah! Te refieres a la tarjeta —jadeé—. La que encontré en tu habitación del hotel. Tenía la ilustración de una puerta en un lado.

—Es un lugar de intercambio ilegal de artefactos —dijo en voz muy baja—. La mayoría de las veces, los conservadores, como se los conoce a los comerciantes, realizan una subasta con los compradores. Pero la metafórica *puerta* siempre está cambiando de sitio, y es muy difícil asistir a una de esas subastas a menos que te inviten.

—Y eso es lo que has estado haciendo tú —dije—. Intentando localizar esa puerta errante, intentando evitar que el tío Ricardo participe en alguna de esas subastas.

Mamá asintió. Me metió un mechón detrás de la oreja.

—Esto es demasiado peligroso para ti. Si te pasara algo…

—Pero no puedes detenerlo tú sola —la interrumpí, en un susurro cortante—. Está demasiado cerca de encontrarla, lo sé. Puedo sentir su magia.

Mamá frunció el ceño.

—*¿Magia? ¿Qué magia?*

—Del anillo de oro que me mandó papá.

Ella guardó silencio, mirándome fijamente, confusa. Su sorpresa se transformó en una profunda conmoción.

—¿Un anillo? —repitió, como si estuviese en un trance.

—El que me envió papá por correo —insistí—. ¿El que pertenecía a Cleopatra?

—Claro. —Relajó el ceño fruncido y asintió—. Ese. Me había olvidado de que te lo había enviado para que lo guardases. Eso fue hace meses, poco antes de que… Debía de saberlo… —No llegó a terminar ninguna frase, como si solo fuesen una serie de pensamientos inconexos que estuviese diciendo en voz alta. Negó con la cabeza, como si tratase de darles sentido—. ¿Qué pasa con él?

—Bueno, la primera vez que me lo puse, pude sentir cómo su magia se aferraba a mí. Me transfirió parte de ella. He descubierto que la propia Cleopatra le lanzó un hechizo para preservar sus recuerdos. Los resquicios mágicos reconocen a cualquier otra magia afín a ellos y al hechizo. Creo que el anillo era el objeto más poderoso de todos, el que conservaba más magia intacta.

Esbozó una mueca pensativa.

—¿Qué ocurre?

—Quizás haya una forma de detenerlo —susurró, como si estuviese hablando consigo misma—. Pero para ello tendría que ponerte en peligro. Tu tío te estará vigilando de cerca, y no estoy segura de que sea prudente involucrarte en esto.

—Ya es tarde para eso —repuse—. Ya estoy involucrada.

—Lo sé —dijo, sonando increíblemente triste.

—Había planeado registrar su cuarto, intentar encontrar alguna pista de lo que os había podido pasar. Pero quizás haya algo más que pueda buscar. ¿Algo que pueda ayudarnos? —Entonces lo supe—. ¿Sabías que tiene tus diarios?

Se le tensó un músculo de la mandíbula.

—No lo sabía, pero tampoco me sorprende. Estará buscando cualquier cosa que pueda comprometerlo. No se puede permitir perder el firmán.

—Razón de más para registrar su dormitorio.

Ella negó con la cabeza.

—No puedes llamar la atención. Prométeme que no registrarás su cuarto. Hay demasiadas cosas en juego.

—Pero…

Esta vez, al hablar, sí que sonó mucho más como la madre que conocía. Severa e inflexible.

—Prométemelo.

Asentí a regañadientes.

Satisfecha, se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla, después me envolvió entre sus brazos y noté lo mucho que le dolía soltarme.

—Aunque me aterre que estés aquí, me alegro de verte, querida. Te he echado de menos.

—Yo también —dije, conteniendo las lágrimas—. Me rompe el corazón lo que le pasó a papá. No me puedo creer que no vaya a poder volver a verlo.

Me secó las lágrimas con los pulgares.

—*Yo tampoco, hijita*. Lo quería tanto, y sé que tú eras todo su mundo. Nada lo habría hecho más feliz que tenerte aquí y, si las cosas hubiesen sido diferentes, te habríamos traído con nosotros. Espero que lo sepas. Tu tío lleva mucho tiempo recorriendo lentamente este camino tan peligroso. —Se encogió de hombros, con impotencia—. Llevábamos mucho tiempo sin entendernos, siempre estábamos discutiendo sin parar. No quería que tú vivieses así también.

—De todos modos, ojalá me hubieseis traído con vosotros.

—Quizá fue un error no haberlo hecho. —Sus ojos recorrieron mi rostro, cada línea y cada curva—. Has crecido mucho, Inez. Veo tanto de tu padre en ti…

—Pero todo el mundo me dice que me parezco a ti.

Esbozó una sonrisa, casi con nostalgia.

—Lo veo en tu mirada inteligente, en tu mandíbula testaruda y en tu cabello despeinado. Te pareces mucho más a él que a mí. Siempre queriendo aprender algo nuevo, siempre tan curiosa. Cada año, por tu cumpleaños, siempre pedías un libro nuevo, otro cuaderno de dibujo, frascos de tinta o un billete de tren para ir a otro país. Estás aquí ahora porque eres hija de tu padre, Inez.

Mi madre se puso en pie y se envolvió la cabeza con un pañuelo grueso y oscuro.

—Vendré a verte de nuevo cuando sea seguro, y cuando haya ultimado un plan. Hasta entonces, ten mucho cuidado, y no le hables a nadie de esto.

—No lo haré —prometí.

—Y, pase lo que pase, no le digas a Whitford que me has visto.

—Tal vez si tú le contases lo que sabes del tío Ricardo, te creería.

Ella vaciló, insegura, y se quedó congelada en sus pasos. Con reticencia, negó con la cabeza.

—No, Inez. Júrame que me guardarás el secreto.

Asentí.

Se dirigió a la entrada, enredando los dedos en la cortina. Entonces se volvió y me habló en un susurro, y yo tuve que esforzarme por oírla.

—Hay algo más que necesito que hagas por mí.

—¿El qué?

—Tienes que fingir que quieres a tu tío de verdad.

Me tambaleé, incapaz de contener el escalofrío que me recorrió.

—Pero…

—Quiérelo, Inez —dijo—. Trabaja para ganarte su aprobación.

Esfuérzate por conocerlo sin revelarle nada sobre ti. Utilizará cualquier debilidad que descubra en tu contra. Trátalo como lo tratarías si solo fuese tu tío, tu familia. No debe sospechar jamás que sabes la verdad.



El sol de la mañana tiñó las esplendorosas aguas del Nilo. Rayos de color lavanda surcaban el río de un extremo a otro, anunciando el amanecer. Las garcetas salpicaban las orillas mientras los pescadores salían con sus barcazas en busca de la captura del día. Bostecé con fuerza, limpiándome las legañas. No había podido dormir bien en toda la noche. Corrí la cortina y me estiré, disfrutando de la brisa fresca de la mañana.

Todos los demás se habían despertado temprano.

La mitad del equipo se había despertado para rezar con los primeros rayos de la mañana, una estampa que ya me resultaba de lo más familiar desde mi primera mañana en El Cairo, con el repicar de las campanas de las mezquitas llamando a la oración, al *adhan*, cinco veces al día. La otra mitad del equipo eran cristianos coptos, y se deslizaban sin hacer ningún ruido, preparándose para la larga jornada de trabajo que les esperaba.

Me abrí camino hasta la hoguera, frotándome las manos para luchar contra el frío de la mañana. Uno de los miembros del equipo tomó una elegante pluma estilográfica y la sacudió sobre el fuego, derramando gotas de tinta que cayeron en su interior levantando pequeñas llamas e hicieron bailar las cenizas por el aire a su alrededor. Mi tío Ricardo estaba dando buena cuenta de su bebida, observando a los demás y evitando mirar en mi dirección. Una de las mujeres que nos servía puso en mis manos una taza de café caliente, y yo le di un pequeño sorbo a la fuerte bebida, con mi cuaderno de dibujo bajo el brazo. Whit salió de su cuarto, su mirada azul se encontró inevitablemente con la mía. Me miró con expresión distante y reservada. Lo reconocí por lo que era. Su armadura, regresando a su posición original, un caballero de brillante armadura defendiendo una fortaleza vulnerable.

Su compromiso era el foso que la rodeaba.

No sabía en qué momento había empezado a desear tener algo más que una amistad con Whit. Ahora tendría que olvidarme de lo que había empezado a sentir por él y centrarme en lo que más me molestaba. Era prepotente y exasperante, reservado y cerrado. Anoche me había dejado claro lo que sentía.

Pero no podía olvidar la sensación de sus labios contra los míos.

Aparté la mirada, acordándome de lo que me había pedido mi madre. Lo mejor sería que pusiese distancia entre nosotros. Tan solo

me gustaría que mi corazón lo entendiese también. No podía confiar en él, me recordé por enésima vez. Él siempre acabaría ciñéndose a las órdenes de mi tío, y se aseguraría de mantenerme cerca y vigilada con su coqueteo sin importancia y sus guiños pícaros.

Al fin y al cabo, era la mano derecha de mi tío.

Mi tío Ricardo me señaló el asiento vacío a su lado con un gesto de la mano, y yo me senté sobre la estera.

—*Buenos días, tío* —dije. El corazón me latía acelerado, y estaba segura de que sería capaz de ver a través de mis falsas intenciones. El enfado mezclado con el miedo que intentaba esconder. No era un hombre respetable o decente. Era un mentiroso y un ladrón.

—¿Has dormido bien? —me preguntó mi tío Ricardo.

—Sí. —Saqué mi cuaderno de dibujo y lo abrí por lo que había hecho ayer, diciéndome que tenía una misión que cumplir—. ¿Esto es lo que andabas buscando?

Mi tío Ricardo bajó la mirada hacia el dibujo, con la mitad inferior de su rostro cubierta por una barba espesa y revuelta. Sus ojos de color avellana se abrieron como platos al mismo tiempo que me quitaba el cuaderno con sus manos ajadas. Había capturado a la perfección las enormes columnas, los fantasmas de los vibrantes colores que solían decorar los capiteles, los jeroglíficos que había grabados por todo el fuste. Me había pasado horas pintándolo, pero ni siquiera me había dado cuenta del paso del tiempo.

—Es precioso —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Por fin me hacía un cumplido, debería apuntar la fecha del día de hoy entre las páginas de mi diario. Mi tío se fijó en que el resto del equipo observaba el cuaderno con curiosidad y, para mi sorpresa, se lo pasó para que lo vieran mejor. Isadora fue la primera en sostenerlo y estudió detenidamente todos mis dibujos.

—¡Por Dios, esto es extraordinario! Yo no podría dibujar una mísera línea recta ni aunque alguien me ofreciese todo un reino a cambio. Tienes que enseñarme a dibujar, Inez.

—Solo es cuestión de práctica —repuse.

—Tonterías —dijo ella—. Si eso fuese cierto, sería capaz de coser con los ojos cerrados, pero me temo que no sé ni enhebrar una aguja.

Sonreí y ella le tendió el cuaderno a su padre. El señor Fincastle apenas le echó un vistazo, pero Abdullah se maravilló con todos los detalles y yo sentí cómo el orgullo me invadía por dentro. Me senté mucho más erguida y tuve que luchar para no sonrojarme. Cuando mi cuaderno fue a parar a manos de Whit, él se lo tendió a un miembro del equipo de excavación sin siquiera mirarlo, dándole un sorbo a su taza.

—Yo vi cómo lo dibujaba —le explicó Whit a Abdullah, que lo observaba asombrado.

—Hablando de eso —dijo mi tío Ricardo—. Inez, me gustaría que esta vez pintases el interior del templo de Isis.

—Me muero de ganas.

—Whitford te acompañará.

—Solo me distraerá —repuse, asegurándome de que mi voz no revelase todo lo que sentía por dentro. No podía soportar el volver a tener que quedarme a solas con Whit—. De todos modos, trabajo mucho más rápido sin tener a alguien respirándome en la nuca mientras dibujo. Te prometo que estaré a salvo y que no saldré de allí hasta que haya terminado.

—Aun así, me quedaré mucho más tranquilo sabiendo que Whit está contigo —dijo mi tío, frunciendo el ceño.

No pude evitar volverme a mirar a Whit. Tenía la vista clavada en el interior de su taza, y apretaba los labios con fuerza. Estaba claro que él tampoco quería disfrutar del placer de mi compañía.

—Yo te acompaño —dijo de repente Isadora, pasando la mirada de uno al otro.

Le dediqué una sonrisa, agradecida.

—Te vas a llenar de polvo —repuso el señor Fincastle.

Isadora se encogió de hombros, restándole importancia.

—Creo que a nadie le importará que se me llene de polvo el dobladillo de la falda.

—A mí desde luego, no —comenté—. Me *encantará* disfrutar de *tu* compañía.

Si no hubiese estado mirando en su dirección, no habría visto cómo Whit ponía los ojos en blanco. Pero se aferró a su taza, hasta que los nudillos se le pusieron blanquecinos.

Mi tío me miró de soslayo, como si no lograse comprender lo que estaba pasando.

—¿Me avisarás si descubres cualquier cosa?

Me esforcé por mantener el rostro impasible al mismo tiempo que le mentía a la cara.

—Por supuesto, tío.

Isadora nos observó con un brillo cómplice en su mirada. Y entonces lo supe. Puede que hubiese engañado a mi tío, pero a ella no. Se había fijado en la tensión que se podía palpar entre Whit y yo, y había acudido a rescatarme. De algún modo también sabía que le había mentido a mi tío. Isadora seguía recopilando información sobre mí mientras que, para mí, ella era aún todo un misterio. De repente, me di cuenta de que me estaba exponiendo demasiado, le estaba desvelando todos mis puntos débiles.

Si no tenía más cuidado, terminaría descubriendo mi mayor secreto.

23

Whit se quedó fuera, trabajando junto al equipo de excavación, mientras que Abdullah y mi tío Ricardo gritaban órdenes a diestro y siniestro, con sus manos tan sucias como las del resto. Todos trabajaban mano a mano, hablando de todos los años que habían pasado excavando juntos, y parecían entenderse sin necesidad de hablar. Bajaron palés llenos de pólvora a los túneles bajo el quiosco de Trajano, junto con más palas y picos. Isadora y yo nos encargamos de recogerlo todo después del desayuno, lavando los platos y las tazas en un barril enorme lleno a rebosar de agua con jabón. En cuanto terminamos de lavar los platos, lo tapamos. Cuando lo volví a abrir, el agua sucia había sido reemplazada por agua limpia por arte de magia. Toda una maravilla aquí, en el desierto.

Incluso deseé caber dentro para poder bañarme en él.

Isadora debió de pensar lo mismo, porque al volverme hacia ella me la encontré mirándolo con anhelo. Pero ella tenía un aspecto cuidado y pulcro, con su cabello perfectamente trenzado y recogido en un moño. Nadie podría decir que se había pasado la noche durmiendo en una tienda de campaña improvisada, con las paredes derruidas y una lona sobre la cabeza.

—¿Vamos? —me preguntó, señalando el templo de Isis.

Llevamos mi cuaderno de dibujo, junto con unos cuantos lápices y las pinturas, metidos en mi bolsa de lona, que iba llena hasta los topes, con todos mis útiles de pintura, una pequeña cantimplora y la comida que Kareem nos había preparado. Nos sentamos en el interior del templo, rodeadas por las columnas y los bajorrelieves, y yo me pasé unas cuantas horas pintando mientras Isadora exploraba un poco. Parecía nerviosa, inquieta, como si estuviese pensando en algo sin parar y estuviese aguardando a encontrar el momento adecuado para decirlo en voz alta. *Sentí* que sabía que yo había mentido.

Cuando se dio la vuelta, se dejó caer en el suelo a mi lado, doblando las rodillas recatadamente bajo su cuerpo y cubriéndose los tobillos con su falda de lino. Poseía los modales y la modestia que a mi madre tanto le gustaban. Mi ropa ya se había llenado de una buena capa de polvo y tenía los dedos manchados de carboncillo.

—¿Has avanzado algo? —me preguntó Isadora.

Giré mi cuaderno de dibujo hacia ella para enseñárselo.

—El señor Marqués estará encantado, no me cabe duda. Al menos, eso espero. Parece ser un hombre al que es difícil contentar. —Me dio un suave golpe con el hombro—. Pero al menos es fácil de

engañar.

Me quedé boquiabierta, sorprendida.

—Una observación de lo más interesante. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

Isadora enarcó una ceja.

—La próxima vez que mientas, no juntes las manos.

Cerré la boca de golpe y la fulminé con la mirada al mismo tiempo que ella estallaba en carcajadas.

—No te preocupes. Te ha creído —dijo, limpiándose las lágrimas de los ojos, aunque todavía riéndose—. Pero ahora me pica la curiosidad. ¿De qué se supone que tienes que avisarle?

—De mi progreso —dije, pegando las manos a las rodillas, relajadas—. Quiere ir más rápido y le da miedo que lo retrase.

—Mmmm. —Ladeó la cabeza—. Eso me hace preguntarme por qué tiene tanta prisa.

—No me lo quiere contar. ¿Te acuerdas?

—Es de lo más molesto —repuso Isadora, asintiendo—. Vuestra relación no es como había esperado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, antes de seguir dibujando.

Ella frunció el ceño.

—Me dijeron que os llevabais muy bien.

Me observó con interés, y entonces me di cuenta de lo mucho que había echado en falta el tener algo de compañía femenina. Echaba de menos a Elvira, ella siempre era capaz de hacerme reír. ¿Qué pensaría ella de lo que había hecho mi madre? ¿La perdonaría?

Yo no estaba del todo segura de haberla perdonado.

Pero quería hacerlo. Desesperadamente. Me habían dado una segunda oportunidad, y sería una tonta si desaprovechaba la ocasión de pasar más tiempo con mamá.

Isadora guardó silencio, esperando a que respondiese. Me gustaba eso de ella. No muchos tenían la paciencia necesaria como para guardar silencio tanto tiempo.

—Mis padres pasaron mucho tiempo aquí —expliqué—. Así que ellos lo conocían mejor que yo. Todavía estoy intentando encontrar mi sitio aquí, por así decirlo. Y es un hombre muy difícil de conocer.

—¿Te está gustando esto?

—Mucho más de lo que esperaba —admití—. Es muy diferente leer sobre ello que vivir aquí. Durante muchos años, lo único que quería era venir con mis padres, pero nunca me dejaron. Creo que una pequeña parte de mí le guardaba cierto resentimiento al país.

—¿Y ahora?

Eché un vistazo a mi alrededor, a las inmensas columnas, a los jeroglíficos que se desplegaban por todas partes, entradas de diarios y registros grabados por las paredes que habían sobrevivido al paso de

los años.

—Ahora entiendo a qué venía tanto alboroto.

—Háblame de tu madre —me pidió de repente—. Yo casi no veo a la mía. No le gusta viajar con mi padre.

—Mi madre era... diligente —dije—. Nos era leal hasta la extenuación, creo, y estaba decidida a criarme para que fuese una señorita bien educada y digna. No siempre estoy a la altura del nivel que ella me impuso, claro está. ¿Por qué a tu madre no le gusta viajar con tu padre?

—A él le encanta decirle lo que tiene que hacer y cómo comportarse —dijo Isadora, esbozando una sonrisa cansada—. Se pasan los días discutiendo, y a veces creo que a mi madre le encanta tener su propio espacio sin el dolor de cabeza constante que es mi padre.

—Parece un tipo difícil.

—Puedo manejarlo a mi antojo —repuso, sonriendo con picardía —. Si no no estaría aquí en Egipto, ¿verdad?

Le devolví la sonrisa. La entendía perfectamente. Me había pasado gran parte de mi vida intentando aprender a manipular a quienes estaban encargados de mi protección.

Me volví a poner manos a la obra y, con el paso de los minutos, los dibujos cobraron vida sobre el papel, detalle a detalle. Trabajé con confianza y las líneas me salieron perfectas, gracias a los esfuerzos de mi profesor de dibujo.

Este momento siempre había sido mi favorito, en el que creaba lentamente algo que no había estado ahí antes. Era en parte la razón por la que sentía tanta afinidad con este templo, con las obras que había plasmadas en sus paredes. La obra siempre debe sobrevivir a su creador. Mientras pintaba, intenté imaginarme a los artistas que habían trabajado en el pasado bajo el sol incesante, pintando minuciosamente cada pétalo y cada rostro.

Admiraba su dedicación. Me asombraba su talento. No quería que aquello que se habían esmerado tanto en crear cruzase las fronteras de Egipto para no regresar jamás.

Mi réplica empalidecía en comparación con las obras originales, pero estaba bastante orgullosa de haber podido capturar algo tan hermoso. Cuando terminé mi primer dibujo, me puse en pie, estirando los músculos agarrotados.

—Creo que es precioso —comentó Isadora. Debió de fijarse en el modo en el que observaba hasta el más mínimo detalle de la estancia —. Mucho mejor de lo que yo habría podido hacer. Si hubiese tenido que pintarlo yo, el resultado habría sido como el dibujo de un niño pequeño sosteniendo un pincel por primera vez en su vida. —Se puso de pie y se estiró—. Creo que voy a volver al campamento, ¿estarás

bien sola?

Se dio la vuelta, encaminándose hacia la salida, pero antes de marcharse se volvió a mirarme una última vez.

—Inez.

—¿Mmm?

—Puedo averiguar por qué tu tío tiene tanta prisa. Quizá crea que el equipo está a punto de descubrir algo importante.

Se me quedó la boca seca y me di cuenta de lo estúpida que había sido. Hasta donde yo sabía, no todos estaban al tanto de que estábamos buscando a Cleopatra. Por eso no quería hablarle de la magia que se había aferrado a mí.

—Tal vez.

Se despidió de mí con un gesto de la mano y se marchó.

Yo regresé al trabajo, aunque cada vez que oía aunque fuese el más mínimo ruido tenía la esperanza de que, al volverme, me topase con mi madre, emergiendo de entre las sombras. Pero no vino nadie mientras terminaba de pintar el resto del pórtico. Supuse que todos estarían demasiado ocupados trabajando, desenterrando otra entrada del túnel. O lo que *esperaban* que fuese otra entrada a otra nueva cámara bajo el quiosco de Trajano.

Si Whit mantenía su promesa, seguirían buscando en el lugar equivocado. Entonces se me ocurrió una idea. Quizás hubiera un modo de evitar que mi tío descubriese la tumba de Cleopatra. Podría guiarlos en la dirección equivocada...

—Ahí estás.

Me sobresalté y casi se me cae el pincel sobre el papel, pero lo atrapé a tiempo.

Whit se acercó a mí dando zancadas, con la sandalia prendida en una mano, rodeándola con sus ásperos dedos.

—Una pequeña advertencia no habría estado de más —dije, cortante.

Se detuvo frente a mí, con la punta de sus botas rozando las mías.

—Tenemos que hablar, Olivera.

Su voz sonaba grave e impaciente, y una capa de frustración se acumulaba sobre cada una de sus palabras, alzándose a su alrededor como una muralla.

—¿Sobre?

Él me fulminó con la mirada.

—Sobre anoche.

—Anoche —repetí. Se cruzó de brazos sobre el pecho. Yo me puse de pie, cayendo en que quizás esta conversación sería mejor tenerla de pie—. ¿Sobre qué de anoche?

¿Es que había oído a mi madre? ¿O quería gritarme por haberlo besado?

Esperaba que fuese lo último. De eso, al menos, sí que podía hablar.

Me fulminó con la mirada.

—Ya sabes sobre qué. Déjate de evasivas, no me gustan.

—No necesito que me aclares nada más sobre tu estado civil —repuse.

—Fantástico —dijo—. Porque no estaba hablando de eso.

—Ah. —Tragué con fuerza—. ¿No?

Él negó lentamente con la cabeza, un brillo peligroso refulgía tras sus profundos y gélidos ojos azules.

—¿Quién demonios estaba anoche en tu cuarto?

Toda la sangre me abandonó el rostro de golpe. Habíamos tenido cuidado, hablando en susurros, tanto que incluso a mí me había costado escucharla, a pesar de haber estado a menos de medio metro de distancia la una de la otra.

Mamá tenía razón. Whit tenía el sueño ligero. Fruncí el ceño. ¿Cómo sabía eso ella?

—Me voy a quedar aquí esperando hasta que se te ocurra una explicación plausible. —Me miró fijamente—. Probablemente otra mentira.

Retrocedí un paso más. Whit se quedó quieto como una estatua, furioso. Tenía los brazos cruzados con fuerza sobre su musculoso pecho. Siempre se me olvidaba que me sacaba más de una cabeza, su mera presencia ocupaba tanto espacio que no podía ver nada que no fuese a él.

—No había nadie en mi cuarto anoche.

Apretó los labios con fuerza, hasta formar una línea blanquecina.

—Y una mierda.

—Incluso aunque hubiese habido alguien, no te incumbe.

Se clavó los dedos en los brazos.

—¿Por qué estás aquí, Olivera?

Su pregunta me tomó desprevenida. Pensé en cientos de respuestas y me empezaron a sudar las manos. No sabía por qué me había hecho una pregunta así. Sonaba desconfiado, como si fuese yo la que tuviese algo que ocultar y no al revés.

Me esforcé por mantener la calma.

—Estoy aquí para descubrir qué fue lo que les pasó a mis padres. Estoy aquí porque quiero encontrar la tumba de Cleopatra.

—¿Eso es todo?

Asentí.

Whit se acercó un paso más.

—Creo que nos estás ocultando algo.

La ira que sentía me hacía hervir la sangre, acelerándome el pulso. ¿Cómo se atrevía a arrinconarme de este modo cuando él

guardaba cientos de secretos *como si se dedicase a ello*? Sabía que mis padres no se habían perdido en el desierto, así como sabía que mi tío era tan corrupto como los tratantes de antigüedades a los que supuestamente odiaba. La hipocresía de todo esto me horrorizaba. Me pasé los dedos por los mechones enredados de mi cabello. Me cabreaba tener que permanecer en silencio cuando lo único que quería era gritar. Las palabras que quería soltar me ardían en la punta de la lengua. Cedí a las llamas, al insistente rugido de mi interior que me exigía que *hiciese* algo, y me alejé de Whit.

Él me siguió.

—¡Joder, Olivera! Esta conversación no ha terminado.

Rodeé una columna ágilmente con la intención de perderlo y me interné en una pequeña sala que daba acceso a otra aún más pequeña. En cuanto puse un pie en su interior, el sabor a rosas me estalló en la boca. Me detuve bruscamente, y Whit se chocó conmigo. Me tambaleé hacia delante por el impacto, pero él me rodeó por la cintura con un fuerte brazo para sostenerme.

—¿Estás bien? —Me soltó y me colocó con delicadeza las manos sobre los hombros, dándome la vuelta para que quedásemos cara a cara. Bajó la mirada hacia mi rostro, examinándolo en busca de alguna herida—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ocurre? Te has quedado blanca.

Ni siquiera podía fingir delante de él. El zumbido que sentía bajo mi piel era débil, como si la magia perteneciese a una tierra lejana, llamándome de vuelta a casa. Cambié mi peso de un pie a otro bajo su atenta mirada y avancé lentamente por la sala, echando la cabeza hacia atrás, tratando de percibir cualquier sutil cambio en la corriente mágica que zumbaba por mis venas.

—Creía que no notabas nada en el templo —dijo Whit—. Estás temblando. ¿Qué *demonios* está pasando?

—Nunca me había adentrado tanto. No llegué a entrar hasta esta sala la primera vez. Es muy leve. —Él me observó pestañeando sin parar. Lo que estaba diciendo no tenía ninguna clase de sentido. Solté un suspiro exasperado—. Whit, puedo *sentir* la magia.

Se quedó boquiabierto.

—Entonces, tiene que haber algo aquí.

Juntos, comenzamos a buscar, examinando cada esquina, estudiando cada una de las piedras. Pero no encontramos nada. Ni rastro del cartucho de Isis grabado en las paredes.

—Mierda, Olivera. Ven a ver esto.

La intrincada pintura de un banquete me hizo detenerme. Ojalá supiese leer más jeroglíficos.

—Para que quede claro, ¿dirigirte a mí por mi apellido es seguir lo que dictan las normas de etiqueta? ¿Y soltar palabrotas?

—¿Podrías acercarte, por favor? Preferiblemente con menos sarcasmo. Gracias —añadió, al ver que iba hacia él.

—Así mucho mejor.

Él parpadeó, incrédulo.

—¿Por qué, exactamente?

—Esta versión de ti mismo, que sospecho que se acerca mucho más a cómo te comportabas antes.

—¿Antes *de qué*?

—Antes de que te expulsasen con deshonor.

Me miró fijamente, indignado. Sus labios formaban una mueca contrariada.

—Eres tan...

—¿Sincera? —lo ayudé.

—*Exasperante*.

Ser exasperante era mucho mejor que ser indiferente. Pero claro, se suponía que aquello no debería importarme, por su estado civil y todo eso.

—¿Qué era lo que querías enseñarme?

Me señaló una columna solitaria que había en la pequeña sala, de un metro de grosor y que llegaba hasta el techo.

Asentí, comprendiendo de inmediato en qué estaba pensando. A mí también me había llamado la atención.

—Es la única sala en todo el templo que tiene una columna así.

—Exacto. —Golpeó suavemente la columna con el dedo—. Este jeroglífico simboliza el sol, y el que hay grabado al lado simboliza la luna.

—Bastante comunes. Esos símbolos deben de estar en las paredes de todos los templos de Egipto.

—Cierto —repuso—. Pero sabemos que a los gemelos que tuvo con Marco Antonio Cleopatra los llamó Helios y Selene, los dioses griegos del *sol* y la *luna*, por eso me han llamado la atención. Sobre todo en un templo dedicado a Isis, con quien se suele identificar a Cleopatra.

—A mí no tienes que convencerme. Sé que esa columna es importante. Puedo *sentirlo* —dije en un susurro—. Tú encárgate de examinar la parte superior de la columna y yo me encargo de la base.

—¿Disfrutas dándome órdenes? —me preguntó, un tanto divertido.

—¿Te parece que lo disfruto? —repliqué. Pregunta por pregunta, tal y como le gustaba.

Su respuesta solo me dio la razón.

—Sabes que darme órdenes no sirve para nada, ¿no?

Sin perder ni un segundo, le respondí:

—Estás aquí, ¿no?

—¿Cómo es posible que hace unos minutos quisiese estrangularte y ahora solo tenga ganas de reír?

—Forma parte de mi encanto.

—Nuestra conversación de antes aún no ha terminado.

—Oh, me muero de ganas. Me encanta cuando me interrogas —repuse, sarcásticamente.

Whit se rio entre dientes al mismo tiempo que empezaba a examinar atentamente la columna. La zona que yo tenía que investigar consistía en docenas de bajorrelieves, con unas cuantas letras del alfabeto egipcio grabadas sobre la roca. Mientras estudiaba cada una de ellas, no pude evitar que me hormigueasen los dedos por las ganas que tenía de pintar algo que mereciese la pena proteger algún día, algo que me sobreviviera. Acaricié con los dedos la base de la columna, buscando cualquier pliegue o hendidura inusual, sin dejar de prestarle atención a la ardiente magia que me corría por las venas. Y entonces lo sentí, un zumbido extraño.

—Whit —susurré.

Él se arrodilló a mi lado.

—Lo veo.

Juntos, empujamos hacia abajo una pequeña sección en la base de la columna. La parte frontal se deslizó hacia delante con un chirrido, formando una gruesa puerta en el fuste de la columna. La piedra tan solo se había desplazado unos centímetros, lo suficiente para poder tirar de ella. Los dos nos pusimos de pie de un salto. Su respiración acelerada llenaba aquella pequeña estancia. Yo respiraba igual de rápido. Como si me hubiese pasado kilómetros corriendo.

La emoción me invadió, tirando de mí hacia delante, y alargué la mano hacia la puerta. La magia surgía de su interior formando una fuerte corriente, y a mí no me quedó más remedio que cabalgarla. Estaba indefensa ante su poder.

—Juntos, Whit.

Al unísono, tiramos de la puerta y el ruido de la piedra al deslizarse reverberó por toda la sala. No se abrió con facilidad, y tuvimos que volcar todas nuestras fuerzas para poder abrirla lo suficiente como para que pudiéramos pasar. En el interior de la columna había una escalera estrecha de caracol. Di un paso adelante, pero Whit me detuvo, agarrándome del brazo.

—De ninguna manera —repuso—. Yo voy delante.

La magia que había en mi interior rugió en señal de protesta.

—Pero...

—Ve a buscar tu vela y la cantimplora.

—No te atrevas a dar ni un solo paso más sin mí —le advertí—. No te hará feliz lo que consigas con ello.

—Llevo sin ser feliz mucho tiempo, Olivera.

Me di la vuelta para mirarlo de frente.

—¿Podemos hablar de ese tema?

—*No*. —Whit puso los ojos en blanco—. Ahora ve y recoge tus cosas.

Todo estaba junto a mis materiales de pintura, abandonados al lado del dibujo que había estado haciendo. Cuando regresé a la pequeña sala, Whit estaba exactamente donde lo había dejado. Una parte de mí había creído que seguiría adelante sin esperarme, sobre todo después de lo que había dicho sobre la felicidad. O, más bien, sobre su infelicidad. No lo había dicho desolado, al menos no del todo, sino más bien tristemente resignado.

Pero había mantenido su palabra.

Prendió las velas y abrió la marcha, descendiendo por las escaleras. Le coloqué una mano en el hombro para bajar, y la oscuridad nos fue envolviendo poco a poco, cuanto más descendíamos. La escalera era estrecha y tuve que luchar contra el miedo que aquello me provocaba unas cuantas veces. Whit tuvo que bajar de lado para poder entrar en el hueco de la escalera. El único ruido que se oía en ese pequeño espacio era el sonido de nuestras respiraciones.

Por fin llegamos al final, después de haber tenido que bajar dieciséis interminables escalones, pero un grueso muro nos impedía seguir avanzando. Whit lo empujó con fuerza.

—¿Y bien?

Gruñó.

—¿Cede algo?

Me fulminó con la mirada.

—Creo que vamos a tener que empujar los dos juntos.

Me coloqué a su altura y juntos empujamos el muro, pegando nuestros costados contra la piedra, con su larga pierna junto a la mía. No había espacio para poner ningún tipo de distancia entre nosotros.

—¿Por qué siempre terminamos en espacios oscuros y estrechos, Olivera? —murmuró Whit.

—¿La emoción de la aventura?

Él soltó una risa amarga y colocó una mano sobre la pared, yo imité el gesto.

—¿Lista?

—Sí— dije. Empujamos, gruñendo y jadeando, pero el muro no cedió. No podíamos dejar las velas en el suelo y usar las dos manos, no sin apagarlas. Al cabo de un segundo, paramos y respiramos hondo, el aire me sabía antiguo, llenándome los pulmones y el vientre —. Tengo una idea —jadeé.

—Te escucho.

—Nos apoyamos en la pared de enfrente y empujamos con los pies. El espacio es lo bastante estrecho como...

Whit ya se había puesto en marcha. Apoyó los pies contra el muro, y yo hice lo mismo. Juntos, empujamos con fuerza y la pared cedió, poco a poco. No paramos hasta que la puerta fue lo bastante grande como para que pudiésemos entrar los dos. Una ráfaga de aire caliente nos abofeteó el rostro, silbando al subir por la escalera. Se me erizó el vello de los brazos. La luz de las velas tan solo iluminaba unos metros más allá, pero no importaba. Podíamos ver lo suficiente. Habíamos encontrado algo.

A nuestro alrededor había tesoros de un valor incalculable que llevaban escondidos allí abajo desde hacía dos mil años.

Whit me atrajo hacia él y, medio abrazados, nos reímos como dos idiotas. Su musculoso cuerpo envolvió al mío, su alta figura pegada a la mía, mucho más baja y delgada. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas, y tuve que pestañear unas cuantas veces para contenerlas, no quería perderme ni un minuto de esto. La esencia de Cleopatra se arremolinaba a mi alrededor, y supe que en esa sala había muchos más objetos que le habían pertenecido en el pasado, con la misma clase de hechizo que el anillo dorado.

—Necesitamos más luz —dijo Whit con voz ronca.

—Es *increíble* que la sandalia de mi tío no sea suficiente para iluminar todo esto —repuse, con la respiración entrecortada.

Nos reímos con más ganas, con las lágrimas cayendo descontroladas por nuestros rostros.

Alzó el zapato prendido, y yo hice lo mismo con la vela, y juntos nos maravillamos ante la magnitud de lo que iluminaba la luz de las pequeñas llamas. Bañaban la sala con su luz y esta refulgía con un tenue resplandor dorado al incidir sobre los innumerables objetos que decoraban el espacio. Estaban organizados por semejanza y tamaño. Había un enorme cofre junto a la pared izquierda, y justo enfrente estaba lo que parecía ser una *cuadriga* de madera.

Las paredes estaban decoradas con hermosas pinturas, que habían ido perdiendo el color a lo largo de los años, ya que los pintores originales las hicieron sobre las paredes de piedra. Había escenas de Cleopatra cenando en una mesa ornamentada, llena de platos de oro; de ella en medio de un desfile, rodeada de cientos de sus fieles. Un precioso sillón descansaba en el centro de la sala, esculpido en bronce y con incrustaciones de marfil y nácar. Toda la estancia refulgía gracias a las baldosas de turquesa que revestían las paredes, reflejando la luz de las llamas. Había alfombras de felpa bien enrolladas, apoyadas en las esquinas, e, incluso desde donde me encontraba, podía ver el intrincado patrón de rosas bordadas que las decoraba. Me hormigueaban las puntas de los dedos, ansiando dibujar cada detalle.

—Parece la antecámara —murmuró Whit—. La sala que se encuentra justo delante de la cámara funeraria, y está claro que la han saqueado antes.

Me volví a mirarlo, sorprendida.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Estamos rodeados de un caos de lo más organizado —repuso—. Originariamente es imposible que dejasen su cámara así. Más bien...

—Se acercó de vuelta a la escalera y alzó la vela para examinar la curvatura de la entrada. Al cabo de un minuto, emitió un gruñido satisfecho—. Aquí se puede ver dónde reforzaron la puerta al menos una vez.

Lo seguí mientras acercaba la vela a varias estatuillas, algunas eran tan pequeñas que me cabían en la palma de la mano, otras eran tan grandes que me llegaban a la cintura. Clavé la mirada en una entrada que daba acceso a otro espacio. La magia me zumbó por las venas. El pulso se me aceleró y me adentré en su interior, con Whit pisándome los talones. La luz de la llama proyectaba figuras monstruosas sobre las paredes ornamentadas.

La siguiente cámara era mucho más pequeña y, al principio, pensé que estaba revestida por completo de oro.

—*Joder* —dijo Whit.

Me quedé anonadada ante tanta belleza. Miles de objetos refulgían a mi alrededor: relicarios de oro coronados con estatuillas de las deidades, maquetas de barcos y barcazas, y varias cuadrigas más. Whit se fijó en los rollos de pergamino que había apilados en una esquina. Los observó con avidez, pero después se dio cuenta de que lo estaba mirando y se dio media vuelta, antes de dirigirse hacia una enorme estatua que nos daba la bienvenida a la sala, coronada por la figura de un chacal descansando, y decorada con detalles en pan de oro.

—Anubis —dijo.

Nos quedamos mirándola fijamente, maravillados y en completo silencio, hasta que Whit lo rompió, cargándose el momento.

—Tengo que ir a buscar a Abdullah y a Ricardo.

Toda la euforia que había sentido desapareció de un plumazo. Dios, ¿qué había hecho? Sentí cómo si la sala se cerrase a mi alrededor, dejándome sin aire, como un puño férreo.

—*¡No!* —Grité sin poder evitarlo, con vehemencia. Y la orden reverberó en aquel pequeño espacio.

Whit me miró boquiabierto.

—¿No? ¿Qué quieres decir con *no*?

Había cometido un terrible error. Esto no debería estar pasando, y mucho menos con Whitford Hayes cerca. La gravedad de lo que acababa de hacer me puso los pelos de punta. Mi madre se horrorizaría cuando se enterase. La sensación de fracaso me sabía agria en la lengua.

—¿Podemos fingir que no la hemos encontrado? ¿Por favor?

—¿Es que has perdido por completo la cabeza? Llevan buscando a Cleopatra desde hace años, Olivera. ¿De verdad quieres robarles este momento?

—Bien, pero solo a Abdullah. No confío en mi tío.

Me miró boquiabierto.

—¿No confías en Ricardo?

Negué con la cabeza.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Tiene algo que ver con quien estaba en tu habitación anoche?

—No.

Whit me fulminó con la mirada.

—No pienso hacer como si no hubiese oído nada.

El pánico me invadió de la cabeza a los pies, poniéndome los pelos de punta. Había arruinado los planes de mi madre, su deseo de mantener a Ricardo alejado de todo esto, para que no pudiese desmantelar y destruir el lugar de descanso final de Cleopatra.

—No puedo explicártelo —susurré—. Por favor, dame un poco más de tiempo...

—¿Para hacer *qué*, exactamente?

Una serie de pasos resonaron a nuestras espaldas, alguien estaba bajando por las escaleras que había escondidas en el centro de la columna. Los dos nos quedamos paralizados.

—Whit —dije, en un susurro aterrado—. Viene alguien.

Whit salió corriendo de vuelta a la entrada de la antecámara, conmigo pisándole los talones. Se detuvo tan abruptamente que me choqué con él, y tuvo que estirar un brazo para sostenerme. Cuando intenté rodearlo, me bloqueó el camino. Nos quedamos dentro de la cámara llena de tesoros, pero con la escalera todavía a la vista. Whit desenfundó su pistola y apuntó hacia el último escalón. Yo dejé la vela en la sala contigua. La oscuridad llenó la antecámara.

—Muy lista —repuso Whit en un susurro.

Alguien estaba bajando por las escaleras, el sonido de su respiración acelerada se volvía más audible a medida que descendía cada vez más. Contuve el aliento, con miedo de hacer algún ruido. Un pequeño resplandor azul apareció por la escalera, acercándose cada vez más a nosotros, junto con el suave roce de las suelas de unos zapatos al deslizarse sobre los escalones de piedra. Lo primero que apareció fueron las puntas de unas ajadas botas de cuero. Después, unas largas piernas enfundadas en unos pantalones holgados llenos de polvo y mugre, luego una cintura delgada y, por último, un rostro canoso y curtido, que me resultaba tan familiar como temible.

Mi tío Ricardo.

Lo había llevado directamente hasta Cleopatra. Mi madre estaría destrozada, horrorizada cuando se enterase. Le flaquearon las rodillas y se tambaleó hacia atrás cuando se fijó en la antecámara. Le temblaban tanto las manos que apenas podía sostener la antorcha.

—Dios —murmuró. Pero después se irguió y gritó preso del miedo—: *¡Inez!*

Rodeé a Whit, con la luz siguiendo mi movimiento. Estaba temblando, recordando el papel que se suponía que debía desempeñar.

—Estoy aquí, tío.

Mi tío se volvió en mi dirección, siguiendo mi voz, con los ojos entrecerrados. Whit me rozó con el brazo cuando volvió a enfundar su pistola. Al verme, mi tío se acercó a nosotros, aunque se detuvo de golpe cuando vio a Whit junto a mí. Sus cejas oscuras se juntaron al fruncir el ceño con fuerza.

—Explícate —le ordenó con severidad.

Whit respiró hondo y abrió los labios, dispuesto a darle una explicación, pero yo me adelanté, dándole la vuelta a la tortilla.

—¿Nos estabas espiando? —exigí saber.

Whit se llevó una mano a los ojos y soltó un gemido frustrado.

—¿Espiándoos? —preguntó mi tío Ricardo con voz gélida—. No, no os estaba espiando. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Cuánto tiempo lleváis aquí abajo?

—Acabábamos de encontrar este sitio —lo interrumpí. Whit soltó un suspiro exasperado que resonó tan fuerte en el interior de la sala como una señal de alarma. Mi tío Ricardo se puso rígido, pero al menos toda su atención estaba puesta *en mí*—. Cuando me adentré un poco más en el templo, sentí el tirón de la magia. Era sobrecogedor. Lo seguí y al señor Hayes no le quedó más remedio que ayudarme.

—No le quedó más remedio —repitió mi tío en un susurro.

Levanté las manos sobre mi cabeza.

—No ha sido culpa suya.

—No necesito que me defiendas —gruñó Whit.

—Eso es lo que hacen los *amigos*.

Mi tío Ricardo me miró fijamente. Respiró hondo, tensando los botones de su camisa con el gesto.

—No vuelvas a bajar a un túnel, a una tumba o a una caverna oscura sin mí nunca más, Inez. ¿Me has entendido?

—Está bien.

—Whitford, ¿podrías ir a buscar a Abdullah? Sé discreto, por favor.

Me quedé mirando a Whit mientras se marchaba, pero él no se volvió a mirarme. Desapareció por la escalera oculta, llevándose mi vela consigo. Mi tío y yo nos quedamos donde estábamos, a tan solo unos metros de distancia el uno del otro, con la luz de su antorcha iluminando el espacio que nos separaba. Solo nos habíamos quedado unas cuantas veces a solas. Se me puso la piel de gallina. Me pregunté lo peligroso que sería en realidad, aunque no era la primera vez que me hacía esa pregunta.

Pero... cuando habló parecía aliviado.

—La has encontrado —murmuró.

—En realidad, todo ha sido gracias a la magia del anillo de oro. —Me removí, inquieta, echando un vistazo a la antecámara, tenuemente iluminada. Allí no había la misma cantidad de artefactos que en la otra sala, mucho más pequeña, y que Whit había bautizado como la cámara del tesoro, pero sí que había unos cuantos objetos de valor incalculable. Figurillas y mobiliario, tarros de miel y joyeros. Y entonces me di cuenta de algo; la verdad se cernió sobre mí, como una ola imponente, cortándome la respiración.

Mi tío me observó con perspicacia.

—Veo que acabas de llegar a la misma conclusión que yo.

Estaba sin aliento.

—Papá encontró esta sala antes de… morir. Debió de hacerlo, porque se llevó algo que le pertenecía a Cleopatra y me lo envió por correo.

—El anillo de oro. Por eso fuiste capaz de encontrar este sitio. Debería habérmelo entregado a mí.

La tensión se extendió entre nosotros, envenenando el ambiente. El miedo susurraba en mi interior. Estaba sola, bajo tierra, sin nada con lo que defenderme, frente a un hombre al que apenas conocía.

Escuché unas suaves pisadas bajando por las escaleras. Otras fuentes de luz iluminaron la sala, y Abdullah apareció con una sonrisa emocionada dibujada en su rostro. Se coló por la pequeña abertura, seguido muy de cerca por Whit, los dos sosteniendo delgadas antorchas en la mano.

Abdullah se quedó boquiabierto y las lágrimas anegaron sus oscuros ojos. Mi tío se acercó a él y se abrazaron, riéndose y hablando a toda velocidad en árabe.

Me confundía ver cómo mi tío tenía completamente engañado a su cuñado. Era una serpiente al acecho, aguardando a tener la oportunidad perfecta para atacar. Traicionaría a Abdullah, tal y como había hecho con mis padres.

Whit se acercó a mí.

—¿Estás bien? He vuelto corriendo.

Me volví a mirarlo; me fijé en su cabello revuelto, con un mechón empapado en sudor cayéndole por la frente. La tensión que me había invadido antes desapareció.

—¿Has vuelto corriendo? —murmuré.

Él se encogió de hombros.

—Es lo que hacen los amigos.

Abdullah y mi tío Ricardo examinaron la antecámara, maravillándose con cada pequeño detalle. No tocaron nada, se quedaron ahí, de pie, examinándolo todo, cada grabado, cada estatuilla. Me hormigueaban los dedos, exigiéndome que dibujase la escena. Quería capturar las pinturas que había por las paredes, quería

dibujar todos los objetos que estaban repartidos por la sala. Una parte de mí quería sentarse en el lujoso sillón, pero seguí el ejemplo de Abdullah. Se aseguraron de mantener las distancias, sin querer mover nada de sitio.

—La han saqueado antes —repuso Abdullah.

—Probablemente —comentó mi tío.

No necesitaba volverme a mirar a Whit para saber que estaba esbozando una sonrisa engreída.

—Mirad esto —exclamó mi tío, estudiando una de las paredes. Nos reunimos a su alrededor y seguimos su mirada. Era una pintura de lo más interesante, que retrataba a un ejército con sus armas en alto.

—La batalla de Accio —dijo Whit.

Abdullah le puso una mano en el hombro.

—Así que sí que me prestas atención cuando te hablo. Tienes razón. Fue la batalla en la que Cleopatra lo perdió todo: su familia, su rango, su trono, a su amante y su vida.

—Cuando perdieron Alejandría a manos de Octavio, el protegido de Marco y el heredero de César —explicó mi tío Ricardo—. Marco Antonio pereció bajo su espada, y Cleopatra falleció tan solo unos días después.

Abdullah señaló algo en la pared.

—Aquí están los dos retratados, uno al lado del otro, junto con sus hijos: los gemelos, Cleopatra Selene y Alejandro Helios, y su hijo menor, Ptolomeo Filadelfo. Selene se casó, su gemelo fue asesinado, y nunca más se supo nada de su hermano menor, relegado a la oscuridad.

—Tras la batalla —dijo mi tío Ricardo—, Octavio pasó a llamarse Augusto y prohibió que ningún ciudadano romano pudiese usar jamás los nombres Marco y Antonio juntos. Todo rastro de lo que había logrado, cualquier mérito o reconocimiento, fue borrado de la historia romana. Murió como un traidor.

—Pero aquí se conmemora a Marco Antonio —susurró Whit.

Había cierto deje en su voz que hizo que me volviera a mirarlo. Tenía una expresión extraña, una que no supe descifrar. Me acerqué a la pared, embelesada por la estampa de la familia maldita. A mi espalda, Abdullah emitió un sonoro grito de asombro. Se había adentrado en la sala contigua, en la cámara del tesoro. Whit seguía a mi lado, contemplando la pared, anonadado.

—«Al hombre sobrevive el mal que hizo; el bien se entierra con el cuerpo a veces» —citó.

—¿Por qué siempre terminamos citando a Shakespeare?

Apartó la mirada de la imagen de Marco Antonio. Entonces caí en la cuenta de que Whit probablemente se sentiría identificado con ese soldado, que había vivido, luchado y amado hace más de dos mil

años. Un hombre que se había vuelto contra el país que lo había visto nacer. Borrado de la memoria colectiva de su patria y de su historia, todos sus logros voluntariamente olvidados.

No quería sentir compasión por él, pero la sentí. No importaba cuántas veces me dijese que se iba a casar, que le era leal a mi tío, que nada de lo que le dijese estaría a salvo, *todavía* sentía ese molesto tirón de la atracción.

Me di la vuelta, apartando la mirada, y me uní a mi tío y a Abdullah en la otra sala. Oí, más que vi, a Whit seguirme. Una presencia silenciosa que, de alguna manera, siempre lograba calmarme e inquietarme a partes iguales.

Esa era la paradoja de Whitford Hayes.

Creía que me encontraría a los dos hombres igual de maravillados que antes pero, en cambio, los dos tenían la mirada puesta en una misma pared, adornada con cientos de mosaicos que refulgían, llena de vívidos lapislázulis, cuarzos rosados y turquesas. Me dolía estar junto a mi tío Ricardo, sobre todo cuando lo único que quería era alejarme todo lo que pudiese del hombre que había destruido a mi familia. Sus palabras se repetían incesantemente en mi cabeza, no podía parar de darles vueltas, como si fuesen un acertijo que tenía que resolver.

Desde luego, una cosa había que admitir, sabía cómo interpretar bien su papel.

—Mira esta preciosa escena —dijo Abdullah, señalando los bajorrelieves que representaban a gente llevando cuencos de frutas en brazos—. Están recogiendo uvas. Y ahí se puede ver cómo sellan los botes.

—¿Crees que los encontraremos ahí dentro? —pregunté, sorprendida—. ¿Uvas de dos mil años de antigüedad?

—Probablemente a estas alturas ya sean vino —comentó Whit, sonriendo de oreja a oreja, y acercándose un poco más a la pared—. Sí, mira, aquí han grabado la vendimia.

—Fascinante —suspiró mi tío—. Esta tumba parece tanto egipcia como griega. Incluso el texto grabado en las paredes está en ambos idiomas. —Recorrió la escritura con los dedos, murmurando entre dientes—. Mira esto, Abdullah, pinturas que hablan de la muerte de Osiris y del rapto de Perséfone.

—También hay grabados muchos escarabeos —comentó Whit, estudiando las tallas.

—¿Qué significan? —pregunté—. Los he visto por todas partes. En amuletos, por las paredes, los pilares, en estatuillas e incluso bordados en la ropa.

—Simbolizan el renacer y la regeneración, y sirven como protección en el más allá —respondió mi tío Ricardo—. Los

escarabajos también se suelen asociar con el dios egipcio del sol, quien, por supuesto, moría y renacía cada día. Él…

—Ricardo, no te distraigas. Tiene que haber una puerta por alguna parte —dijo Abdullah, colocando su antorcha en un soporte de hierro que había a la entrada de la cámara del tesoro.

—Yo también lo creo, ¿por qué si no dejarían las paredes despejadas? —comentó mi tío.

—No querían bloquear la entrada —respondió Abdullah—. Pero es curioso, ¿no querrían disuadir a los saqueadores de tumbas?

—A menos que así pudiesen capturarlos —dijo Whit—. Supongamos que los saqueadores entran y los descubren mientras intentan robarlo todo. Los antiguos egipcios habrían reforzado la puerta de la escalera y, de ese modo, condenado a los ladrones. Y, desde que la sellaron, nadie ha vuelto a abrir la tumba. Probablemente no sería fácil colarse en Filé sin ser visto, ya que fue un lugar sagrado y de culto durante muchos siglos.

—Es una teoría plausible —dijo Abdullah.

Los cuatro nos quedamos mirando fijamente la puerta, y supe la respuesta un segundo después. Quizá se debiese a la magia que me corría por las venas, o a la imagen de los hijos de Cleopatra que no me podía quitar de la cabeza.

—Algunas de esas baldosas tienen estampados los símbolos del sol y la luna —dije.

Mi tío y Abdullah murmuraron lo mismo a un tiempo:

—Selene y Helios.

—Otras baldosas tienen grabado el cartucho de Cleopatra. Y aquí hay otra que representa a Marco Antonio —señaló Whit—. Es curioso que no haya ninguno para Julio César.

—Quizás no sea *tan* curioso —murmuró Abdullah—. Ricardo, ¿qué crees que hay al otro lado de esta pared?

—Su cámara funeraria —dijo mi tío Ricardo—. Ya veo por dónde vas, *sahbi*. Te estás preguntando si no representaron a César a propósito, para que no pudiesen enterrarlo con Cleopatra.

—¿Con quién podrían haberla enterrado? —pregunté, la cabeza me daba vueltas. Jamás había pensado que podrían haberla enterrado con alguien. ¿Es que las baldosas daban una pista de quién más se escondía detrás de esa pared?

—Cleopatra le suplicó a Octavio que no le separase de Antonio —comentó Whit—. ¿Es posible que cumpliese lo que le pidió?

—Es bastante improbable —respondió mi tío Ricardo lentamente—. Cleopatra era como un grano en su trasero. ¿Por qué habría de acceder a lo que le pedía?

—Para complacer a los egipcios —repuso Abdullah—. Su faraona acababa de ser vencida. Pero la gente la amaba, y era la única reina

griega que se había molestado en aprender egipcio. Lo mínimo que habrían querido era que se respetase su última voluntad.

Di un paso adelante y presioné una baldosa turquesa con el dibujo del sol. Esta se hundió por completo, fusionándose con el resto de la pared. El mismo hormigueo de antes me recorrió las puntas de los dedos. Ya éramos viejos conocidos. Después hice lo mismo con otras de las baldosas grabadas. Todas y cada una de ellas funcionaban como botones.

Whit chasqueó los dedos.

—Como la columna.

—Encontramos los símbolos de Selene y Helios arriba. Por eso supimos que teníamos que examinar el pilar —le conté a Abdullah. Todavía me estaba costando demasiado mirar a mi tío. Cada vez que lo hacía, veía a mi madre en su rostro. A la hermana a la que había traicionado.

No debería estar ayudándoles, pero tampoco me podía ir ahora. Mi madre querría saberlo todo, y yo no podía permitirme volver a fallarle.

—Creo que deberíamos probar a presionar las baldosas grabadas en distintos órdenes —dijo Whit—. Solo hay ocho, si excluimos las que representan a Marco Antonio. Él no estaba representado en la columna.

Todos aceptamos la idea y cada uno se colocó delante de dos baldosas.

—A la cuenta de tres —dijo mi tío Ricardo—. Empiezas tú, Whitford.

—*WaaHid, itnein, talaata* —dijo Abdullah.

Whit presionó las baldosas, yo hice lo mismo después, luego le llegó el turno a mi tío Ricardo y, por último, a Abdullah.

No ocurrió nada. Probamos con todas las secuencias que se nos ocurrieron, hasta que solo nos quedó probar una, la más obvia.

—Dios mío —murmuró mi tío Ricardo—. Quizá Marco *sí* que está enterrado con ella.

Incluimos las baldosas correspondientes al soldado en la secuencia, pero no pasó nada.

Mi tío soltó un gruñido, frustrado.

Abdullah soltó un grito de sorpresa y se agachó, señalando una pequeña baldosa que había cerca del suelo, con la imagen de un halcón grabada.

—Es *Horus*.

—El hijo de César y Cleopatra… ¡Cesarión! —dijo mi tío Ricardo —. A veces se lo asociaba con el hijo de Isis.

—Cleopatra, Cesarión y Marco Antonio —murmuró Abdullah—. Son ellos quienes descansan al otro lado de esta pared. Solo tenemos

que presionar esas tres baldosas.

Mi tío asintió, resignado. Pero después de presionarlas en distintos órdenes, el muro seguía sin ceder.

—¿Y si probamos a presionarlas todas a la vez? —sugerí—. Como los enterraron a los tres juntos...

Abdullah asintió, accediendo, y se me encogió el corazón.

—Juntos. A la de tres.

—*WaaHid, itnein, talaata* —dijo Whit.

Presionamos las baldosas a la vez y un sonoro chasquido precedió al gemido de una puerta que llevaba dos milenios sin abrirse. Apareció el contorno en la pared y los bordes de la puerta cuadraban con la forma que dibujaban las baldosas. Abdullah le dio un último empujón y el panel se deslizó con un gemido hacia delante. Una corriente de aire nos golpeó el rostro, retorciéndose a nuestro alrededor en un cálido abrazo. Las llamas de las velas titilaron, pero aguantaron el envite.

Clavé la mirada en Abdullah, no parecía sorprendido. Era como si hubiese estado esperando que ocurriese justamente eso. Quizás era lo que solía pasar cuando se abría por primera vez una sala que llevaba más de dos mil años sellada.

Mi tío Ricardo se acercó a la entrada, tomó la antorcha y se la tendió a Abdullah, que fue el primero en ingresar a la sala, seguido de cerca por mi tío. Whit me hizo un gesto para que los siguiese.

Respiré hondo y me adentré en la tumba.

25

Nos encontramos con otra barrera más. Me mordí el labio inferior, frustrada; me moría de ganas por saber qué había al otro lado, pero me daba miedo seguir avanzando. Ni Abdullah, ni mi tío Ricardo parecían preocupados por el grueso muro de piedra que se alzaba frente a nosotros. Era macizo, unas puertas dobles con más jeroglíficos grabados en el centro. Cada puerta tenía una manilla de cobre, y las dos manillas estaban atadas con una gruesa cuerda en espiral.

—Está hecha de fibra de papiro —comentó Abdullah.

—Tenemos que romper el sello para descubrir quién se esconde al otro lado —dijo mi tío Ricardo, parecía más emocionado que nunca. Se sacó una navaja del bolsillo e iba a cortar la cuerda, pero se detuvo en el último momento. Negó con la cabeza y se apartó de las puertas, antes de entregarle el cuchillo a Abdullah.

—¿Ya has entrado en razón? —dijo Abdullah—. Pensé que te había enseñado mejor.

Ricardo puso los ojos en blanco.

—Deberías ser tú quien hiciese los honores.

—Piensa, Ricardo —le pidió Abdullah—. Siempre vas corriendo como un pollo sin cabeza. —Guardó silencio durante unos segundos, pensativo—. Inez tiene que dibujar el sello primero. Entonces, una vez que lo hayamos registrado para la posteridad, podremos romperlo. Pero *no* abriremos el sarcófago ni lo sacaremos de la cámara.

Suspiré, aliviada. Mi madre y yo tendríamos tiempo más que suficiente para trazar un plan.

—Tengo todos los materiales arriba. Puedo empezar dibujando las otras salas antes, si os parece bien.

Abdullah asintió.

—¿Y qué hacemos con el equipo?

—¿Quieres que bajen aquí? —preguntó mi tío Ricardo.

Abdullah lo consideró, antes de negar con la cabeza.

—Aún no. Lo mejor será que sigan trabajando en las salas que hay bajo el quiosco de Trajano. —Un brillo emocionado refulgía en sus cálidos ojos marrones—. Ahora que ya sabemos lo que se esconde debajo del templo de Isis, me pregunto si los dos podrían estar conectados mediante pasadizos subterráneos.

La emoción que sentía me hacía hervir la sangre. Esa debía de ser la magia que había sentido debajo del quiosco.

—Concuerdo —dijo mi tío Ricardo—. Whit, mientras Inez dibuja,

nosotros nos encargaremos de registrar cada objeto que encontremos en estas habitaciones. —Después se volvió hacia mí—. ¿Puedes ocuparte de eso?

—Pues claro —repuse.

—*Bien, bien* —dijo mi tío Ricardo—. Creo que deberíamos pedirle al señor Fincastle que vigilase la entrada de la escalera.

—Yo ayudaré a registrar todos los artefactos —dijo Abdullah.

Mi tío asintió levemente y, uno a uno, regresamos hacia las otras salas y hacia las escaleras, cada cual con una tarea que hacer.



Mi madre vino a visitarme esa noche mientras el resto del campamento dormía. Me senté sobre mi saco de dormir, jugueteando nerviosa con las sábanas hasta que su silueta se perfiló al otro lado de la cortina, iluminada tan solo por la tenue luz de la luna. Hizo a un lado la tela y se coló en mi cuarto. Iba vestida con ropa oscura de nuevo, un vestido negro que le llegaba hasta los tobillos y una chaqueta abotonada que ocultaba su esbelta figura. Se había envuelto la cabeza con un pañuelo, cubriéndose el cabello y la mayoría del rostro.

Me puse de pie y me llevé el dedo índice a los labios. Después señalé hacia la habitación de Whit. Ella comprendió lo que quería decir de inmediato y me pidió en silencio que la siguiese fuera. Sin mediar palabra, me llevó hacia el Nilo. La luna se cernía sobre nuestras cabezas, iluminándonos el camino. El señor Fincastle era quien se ocupaba de vigilar la isla, pero incluso él se había ido a dormir. Y tan solo nos detuvimos cuando llegamos a la orilla del río.

Entonces se dio media vuelta y me envolvió en un abrazo. Olía diferente, no a su habitual perfume floral que siempre me recordaba a ella. Aquí, en Egipto, olía mucho más a tierra. Todavía no podía creerme que estuviese viva, y que me hubiese encontrado. No me creía mi suerte. Me habían dado una segunda oportunidad, cuando ya había perdido toda esperanza.

—Hoy ha pasado algo —murmuró—. Estuvisteis demasiado tiempo dentro del templo. ¿Por qué?

Me pasé la lengua por los labios resecos.

—Mamá, ha sido culpa mía. Sentí la magia, era abrumadora, intensa. Y los llevé directos hasta su tumba.

Mi madre se quedó helada ante mis palabras.

—Han encontrado a Cleopatra.

Asentí, decepcionada.

Ella se volvió hacia el Nilo, observando su lenta corriente. Millones de estrellas recortaban el firmamento nocturno, reflejándose sobre la superficie del río.

—¿Sabías que los antiguos egipcios solían arrojar sus objetos de valor al río?

Asentí.

—Durante la temporada de inundaciones, como ofrenda a Anuket.

Mamá se agachó y metió la mano en el agua.

—Imagínate todo lo que habrá visto en estos siglos.

Era un pensamiento sobrecogedor. El Nilo lo sabía todo, había visto lo peor y lo mejor de Egipto.

—Traerían a Cleopatra a Filé desde Alejandría, por el río, en una procesión funeraria sin parangón. —Se puso de pie, con el rostro pálido—. Tu tío destruirá su tumba. Conseguirá millones vendiendo los artefactos que ha encontrado en la Puerta del Comerciante.

—Mamá, ¿cómo podemos detenerlo? ¿Qué podemos hacer? —Dejé que la pregunta llenase la fría noche antes de seguir hablando—. Deberíamos volver a El Cairo, esta noche. Podemos subirnos en un barco de vuelta a Argentina y dejar todo esto atrás.

—¿Y cómo lo haríamos? No podemos llevar el *Elefantina* las dos solas, y desde luego tampoco podemos volver nadando a El Cairo. Estamos en una isla, rodeadas por un río lleno de cocodrilos.

—Pero tú llegaste aquí por tu cuenta —señalé.

—A duras penas —dijo, con un deje burlón—. Vine con un grupo de turistas. Podríamos hacer lo mismo, pero aún quedan semanas para que llegue mi amigo. Y estoy aquí por una razón, Inez. Mi hermano me ha hecho daño, *nos* ha hecho daño.

—Entonces deberíamos avisar a las autoridades —insistí—. Es lo correcto.

Ella negó con la cabeza.

—Tenemos que actuar, *ahora*, Inez. No sé cuánto tiempo podré seguir haciéndome pasar por muerta. Ha llegado el momento de enfrentarnos a Ricardo, nunca se lo esperará.

—Pero sí que se lo espera, sino no habría contratado al señor Fincastle.

Ella le restó importancia con un gesto de la mano.

—Lo hizo para protegerse de sus competidores.

Miércoles. ¿Había *más* gente a la que temer?

De repente, me moría de ganas por salir de esta isla. Dejar todo este horrible asunto atrás.

—¿Por qué no podemos dejarlo todo atrás? Ya te has pasado diecisiete años de tu vida en Egipto. —Recordé los seis meses al año que me pasaba sin mis padres en Argentina, y en lo mucho que me había dolido que siempre me dejasen atrás. Se habían perdido cumpleaños y celebraciones, innumerables horas que ya jamás recuperaría. Ahora mi padre ya no estaba, y lo único que quería era aferrarme a mi madre. El miedo me invadió. No quería perderla a ella

también por Egipto—. ¿Es que no te ha robado ya suficiente?

Mamá soltó un suspiro entrecortado. Un sollozo que me rompió el corazón.

—*No puedo*. Creía que lo entendías.

—¿El qué? ¿Qué no estoy entendiendo?

—*Ricardo asesinó a tu padre*. —Hizo una pausa tras cada palabra —. Murió en mis brazos.

Me pitaban los oídos. No podía respirar, la presión se acumulaba en mi pecho, mareándome. La desesperación me invadió, me puso la piel de gallina.

—¿Qué?

—Tu tío se deshizo de él.

Me estremecí y me llevé las manos a la cara. Mamá se acercó y me abrazó con fuerza.

Su voz cobró un tono feroz al susurrarme al oído.

—No pienso dejar que se salga con la suya. Quiero que sepa que fui *yo* quien lo arruinó. La persona a la que subestimó, la hermana que pensó que era insignificante y no lo bastante inteligente como para entender su trabajo.

Una punzada de inquietud me puso los pelos de punta. Nunca la había visto actuar así. Siempre estaba tan serena, tan contenida. Me sequé las lágrimas con la manga, sobrecogida por la pena y el dolor. Odiaba tener que ver a mi madre así, pero comprendía su ira, su rabia.

Ella se alejó de mí para mirarme a la cara.

—¿Me ayudarás, Inez?

No había ninguna duda. Estaba viva y yo haría lo que fuera porque siguiese siendo así. Lo que quiera que viniese después lo afrontaríamos juntas. Recé por que fuese suficiente para mantenernos a las dos con vida. Las balas de mi tío no acabarían con nosotras, con Abdullah o con el resto del equipo. Tenía mucho que ganar con este descubrimiento monumental. Asentí y ella me acarició el cabello rizado, tan parecido al de mi padre. No se merecía lo que le había pasado.

—Sí —dije—. Pero creo que deberíamos avisar a Abdullah. Tiene que saber la verdad sobre el hombre con el que está haciendo negocios.

Toda la sangre abandonó de golpe el rostro de mi madre.

—¿Es que no has oído lo que te he dicho? —Me agarró del brazo con fuerza, con sus uñas clavándoseme en la piel. El miedo teñía sus palabras—. Tu tío es un asesino. ¿Qué le pasará a Abdullah si se interpone en su camino?

—No...

—Lo matará —susurró mamá—. Inez, no... no puedo...

—¿Qué, mamá?

—No puedo perder a nadie más. Abdullah es mi amigo, y no pienso dejar que lo pongas en peligro. Inez, me tienes que jurar que lo mantendrás a salvo y que *no le dirás nada.*

—Lo juro —jadeé.

No me soltó hasta pasados unos segundos, como si se estuviese asegurando de que no pondría a Abdullah en peligro, que mantendría mi promesa y no haría que mi tío se volviese en su contra. Le sostuve la mirada y ella asintió lentamente.

Mamá me soltó y suspiré, luchando contra el impulso de frotarme la piel de gallina.

—¿En qué puedo ayudar?

—Tengo una idea que podría funcionar. —Se mordió el labio—. Pero tendrás que ser valiente, Inez.

Le puse mala cara.

—¿Es que no te he contado cómo llegué a Egipto?

Esbozó una sonrisa, la primera sonrisa de verdad que había visto desde que descubrí que estaba viva. Mamá se sacó un largo pañuelo de seda del bolsillo y me lo tendió. Era suave y tenía unas flores bordadas.

—Tú y tus flores —murmuré—. ¿Echas de menos alguna vez tu jardín?

—Me he pasado la última década viviendo la mitad de mis días en Egipto —repuso—. Después de ver tanto desierto, pues claro que echo de menos el verdor del jardín. Echo de menos muchas cosas siempre que me marcho de Argentina. El té de mate, las empanadas. El aroma del océano filtrándose en mi dormitorio. —Alzó la mirada, con esos ojos que eran idénticos a los míos. Unos ojos que cambiaban de color constantemente—. A ti.

Una sensación cálida me invadió. No sabía lo mucho que había deseado escuchar esas palabras hasta que las dijo.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté.

—La magia es antigua, quienquiera que haya lanzado el hechizo original debía ser muy poderoso. Este pañuelo encogerá cualquier cosa que pueda cubrir por completo...

—Como las gafas de tu hermano.

Se encogió de hombros, esbozando una pequeña sonrisa traviesa.

—Es posible. Solo lo he usado en ocasiones muy especiales.

—Seguro que sí —comenté—. ¿Para gastarle una broma a tu hermano?

—Es que me lo pone demasiado fácil —dijo, sonriendo. Lentamente, la calidez que había inundado su rostro desapareció, como si estuviese recordando lo que nos había hecho. La vida que le había robado a nuestra familia.

Carraspeé, quería sacarla de esos pensamientos.

—Así que quieres que…

—Encojas todos los artefactos que puedas mientras trabajas —dijo, con voz seria y sombría—, sin que nadie se dé cuenta.

Se me secó la boca.

—Por la noche, podrás dármelos y yo me ocuparé de protegerlos.

—El tío Ricardo se dará cuenta si falta algo —protesté.

—Habla bajo —dijo, echando un vistazo a nuestro alrededor, nerviosa—. Tendrás que planear bien lo que te lleves. Busca réplicas, todas las tumbas las tienen. Joyas, estatuas o cajitas repetidas. Dudo que mi hermano memorice todos los objetos. No será capaz de mantener todo a salvo, pero si trabajas rápido, creo que podremos robarle unos cuantos artefactos de sus codiciosas manos.

Mamá se inclinó hacia mí y me colocó las manos en los hombros.

—Ahora, escúchame, Inez, lo que te voy a decir es muy importante. —Aguardó a que asintiese—. Tienes que encoger todos los papiros que encuentres, cualquier rollo o pergamino, lo primero.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? ¿Segura de que el tío no irá primero a por las joyas? Podría sacar mucho dinero por ellas.

Mi madre negó con la cabeza.

—No si encuentra este papiro en concreto.

—¿*Qué* papiro? —le pregunté—. Si me dices qué aspecto tiene, tal vez pueda centrarme en buscarlo.

Mamá lo pensó por un momento, pero después negó con la cabeza de mala gana.

—No, sería mucho más sospechoso que estuvieses buscando ese papiro en particular.

Aquello me hizo preguntarme otra cosa. Seguíamos rodeadas por el Nilo, lo bastante lejos de Asuán como para que fuese un problema.

—Pero, aunque lo consiga, seguimos atrapadas en esta isla.

—No, tengo un amigo que va a venir a ayudarme. Me ha dicho que llegará un poco antes de Navidad. Nos ayudará a cargar todo en su dahabiya. Cuando lo tengamos todo cargado, nos iremos a El Cairo.

Me daba vueltas la cabeza por toda aquella información.

—¿Y qué hay de los socios del tío Ricardo? Supongo que les contará lo que hemos descubierto.

Asintió, pensativa.

—La mayoría está ahora mismo en Tebas, así que, si podemos llegar a El Cairo antes de que vengan a Filé, estaremos a salvo. Les costará mucho más robar los objetos si están en el Museo Egipcio, bajo la atenta mirada de monsieur Maspero.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Me he pasado mucho tiempo espiando a mi hermano y leyendo su correspondencia. —Se enrolló el pañuelo alrededor de la cabeza—.

Yo iré a verte, Inez. Por favor, no me busques. Es demasiado arriesgado, para las dos.

—¿Funcionará?

Respiró hondo y suspiró.

—Tiene que funcionar. Tu padre habría querido que hiciésemos todo lo que fuese posible para salvar esos artefactos. Supongo que se alegrará de que estemos trabajando juntas en algo que amaba tanto.

Lo que tenía que hacer no sería fácil, pero ayudaba saber que estaba trabajando contra el hombre que me había arrebatado a mi padre.

Mamá me acarició la mejilla.

—Ten cuidado. Recuerda lo que te he dicho, compórtate como una sobrina ejemplar y complaciente.

Después se alejó de la orilla y desapareció en la noche.



El silencio reinaba en la antecámara, ahogándome. El sudor se me acumulaba en la nuca mientras dibujaba una estatuilla tras otra, todo un desfile de dioses y diosas egipcios que llenaban las páginas de mi cuaderno. Abdullah o mi tío se acercaban de vez en cuando, con Whit pisándoles los talones, catalogando cada objeto. Era un trabajo tedioso.

También me impedía usar el pañuelo de seda de mi madre. Me limpié la frente y eché un vistazo a mi espalda. Los tres hombres estaban reunidos frente a la entrada de la cámara del tesoro, agachados sobre el grueso diario de cuero que Whit llevaba en las manos. Hablaban en susurros, con Abdullah señalando los artefactos con gestos airados.

El miedo me invadió.

Una parte de mí odiaba este plan, pero la otra no quería que mi tío tuviese éxito. Había asesinado a mi padre y creía que se podía ir de rositas. Observé a Abdullah.

Y ahora iba a traicionar a su cuñado.

Respiré profundamente y alargué la mano hacia mi bolsa, apoyada junto a mi pierna. Nadie me estaba mirando. Saqué el pañuelo y lo dejé en mi regazo. Después examiné los artefactos que había a mi alrededor. Los escuché hablar en susurros mientras entraban a la cámara del tesoro.

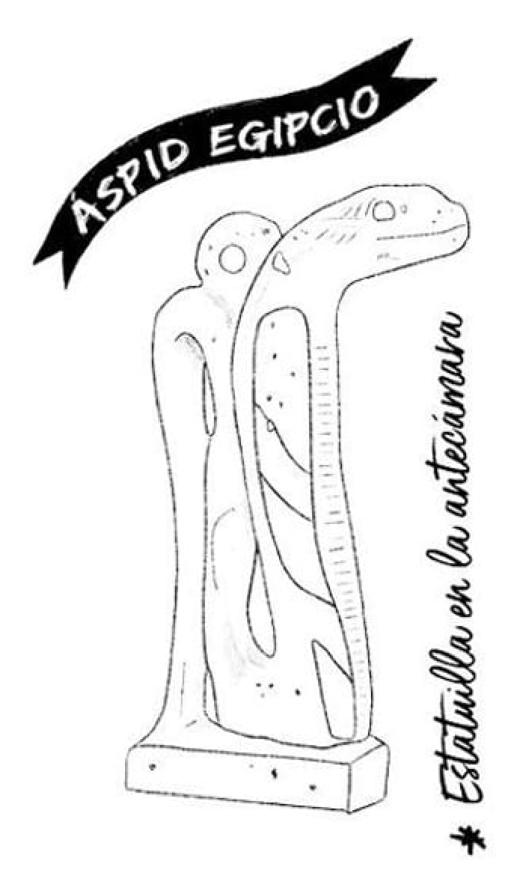
Suspiré y dejé caer el pañuelo cuadrado sobre una estatuilla de Anubis. Oí un ligero chasquido y el pañuelo cayó al suelo. La estatuilla se había reducido hasta el tamaño de un pequeño amuleto. Volví a echar un vistazo a mi espalda. Seguían en la otra sala.

Encogí otras tres estatuillas, una tras otra. Con cuidado, las metí en mi bolsa, con el sudor cayéndome por las mejillas. Estaba librando

una batalla conmigo misma, odiando el tener que sacar aquellas obras de arte de su lugar de descanso original, pero sabiendo que con mi tío les esperaba algo mucho peor. Al menos así estos objetos quedarían fuera de su alcance, y mi madre se sentiría orgullosa de lo que había logrado. Pasé la mirada sobre los cientos de artefactos relucientes que había por todas partes en aquella sala, hasta que me fijé en una estatuilla azul de un áspid, que era aproximadamente del tamaño de la palma de mi mano. Examiné de cerca el intrincado tallado y reconocí el singular tono azulado de la loza egipcia antigua.

Se me vinieron a la cabeza los versos de Shakespeare mientras estudiaba la víbora venenosa.

—«Ven, ser mortal; deshaz con tus colmillos este nudo inextricable de la vida. Pobre venenoso, enójate y acaba» —murmuré. Se me puso la piel de gallina. Según la leyenda y los historiadores romanos, Cleopatra había muerto por la mordedura de una serpiente como aquella. Parecía apropiado que incluyesen una estatuilla como esa en su cámara funeraria. Rápidamente, dibujé la figurilla en mi cuaderno de dibujo.



Cuando terminé, lo cerré. Volví a observar la estatuilla

atentamente y le acaricié la cabeza con el dedo. La magia zumbó a mi alrededor y aparté la mano rápidamente.

Demasiado tarde. El recuerdo me invadió y supe que había encontrado otro de los objetos hechizados por Cleopatra. Ahí estaba ella, doblada sobre sí misma, con las lágrimas cayéndole descontroladas por las mejillas mientras sollozaba, llena de dolor y miedo.

Desesperada.

Lloraba como si alguien hubiese muerto.

Su llanto me puso los pelos de punta. ¿Estaba presenciando el momento en el que descubrió que Antonio había muerto? Cleopatra se dejó caer en el suelo y se golpeó el pecho.

El peso de su tristeza me aplastó. Jadeé, luchando por librarme de ese recuerdo y, un segundo más tarde, regresé al presente. A la antecámara, que estaba sumida en un completo silencio, al peso de mi cuaderno de dibujo sobre mi regazo. Tenía los dedos manchados y respiraba con dificultad, con los pulmones ardiéndome al tomar aire.

Sin pensármelo dos veces, dejé caer el pañuelo sobre la serpiente. Queriendo alejarme de ella todo lo que pudiese. No quería volver a sentir su dolor. Era como si alguien me hubiese clavado un puñal en el pecho.

—¿Qué tal vas?

Solté un grito agudo y me llevé la mano al pecho por instinto. Alcé la mirada y me encontré a Whit, cerniéndose sobre mí, con una montaña de pergaminos dentro de un cajón de madera en brazos. Su mirada bajó hasta el cuaderno que seguía en mi regazo, y después se deslizó hacia el pañuelo que había caído al suelo junto a mis rodillas.

—¿Te han dicho alguna vez que es increíblemente grosero acercarte a alguien con tanto sigilo?

Me miró con curiosidad.

—En el ejército lo recomiendan.

—¿Es que estamos en guerra? No tenía ni idea.

—Gran Bretaña está en guerra con todo el mundo. —Se empezó a alejar, pero se detuvo—. Bonito pañuelo.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—*Gracias.*

Whit se marchó y se unió a mi tío y a Abdullah en la otra cámara. Podía sentir los latidos de mi corazón en la garganta. ¿Sospecharía algo? ¿Se acordaría de que ese pañuelo solía pertenecerle a mi madre? Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis ideas. No habría dicho que era un pañuelo bonito si lo hubiese reconocido. Suspiré lentamente. Con cuidado, lo recogí, dejando al descubierto el pequeño áspid, lo tomé y lo metí en mi bolsa. Después, seguí examinando el resto de los cientos de objetos que había en la antecámara.

Tenía mucho trabajo que hacer.



Esa noche le entregué veintinueve estatuillas de un valor incalculable a mi madre. Ella las tomó todas y las envolvió con cuidado con otro pañuelo, antes de meterlas en su enorme bolsa de cuero.

Me humedecí mis labios resecos.

—Hay cientos más. Apenas he sacado nada.

—Cada granito ayuda, Inez —murmuró—. Estamos haciendo lo correcto. —Hizo una mueca—. Incluso aunque nos parezca que no. Preferiría dejar todos estos objetos históricos en su sitio. Odio haberte tenido que pedir que hicieras algo así.

—Yo también —dije, con la esperanza floreciendo en mi pecho. Quizá podría hacer que cambiara de opinión. Tenía que haber otro modo de detener a mi tío...

—Recuerda que solo tienes hasta Navidad para sacar todo lo que puedas. ¿Has podido encoger alguno de los pergaminos?

Asentí y ella me dio un beso en la mejilla, antes de regresar por donde había venido, tomando un sendero estrecho que llevaba a alguna parte lejos del templo.

Sus palabras deberían haberme reconfortado. No quería perturbar la tumba, como yo. Debería haberme ayudado saber que sentíamos lo mismo, que estábamos en el mismo bando. Pero mientras la observaba desaparecer en la oscuridad, no pude evitar sentir que nuestro plan solo estaba empeorando las cosas.

Para todo el mundo.

26

Pasaron dos semanas y todavía no habíamos abierto la tumba. Después de otra reunión en el cuartel general, Abdullah y mi tío Ricardo decidieron que lo mejor era catalogar y dibujarlo todo antes de romper el sello. El equipo de excavación siguió trabajando bajo el quiosco de Trajano, despacio pero con buena letra, abriéndose camino hasta el templo de Isis. Había todo un laberinto bajo nuestros pies, y Whit se pasaba más tiempo en los túneles que en la superficie, ayudando a despejar el paso con sus explosivos. Cuando no tenía una bolsa llena de pólvora en las manos, estaba conmigo en la antecámara, registrando meticulosamente cada artefacto en su diario de cuero, bastante parecido a mi cuaderno de dibujo. Parecía tan interesado en aquellos objetos como Abdullah y mi tío, recorriendo la sala constantemente con la mirada como si estuviese buscando algo en particular. Si era así, nunca me dijo lo que buscaba.

Incluso habían conseguido arrastrar a Isadora a este tedioso trabajo, pero nunca se quejó de lo monótono que era todo. A veces, incluso llegaba antes que yo, y me la encontraba doblada sobre un cuaderno, anotando minuciosamente cada artefacto de su sección.

Las jornadas de trabajo eran largas. Whit trabajaba a mi lado, pero en cuanto salía de la antecámara, sacaba el pañuelo y encogía cualquier cosa que refulgiese o estuviese hecha de oro.

Esa era, de lejos, la peor parte de mi día.

Pero cada vez que Ricardo se paseaba por las cámaras, observándolo todo con mimo, la culpa que sentía se desvanecía. Solía alzar algunas joyas, con gemas incrustadas, y entonces se me revolvía el estómago, preguntándome si las estaría examinando para ponerles un precio. Por suerte, Abdullah siempre lo sorprendía y le gritaba que dejase de hacer estupideces.

Las comidas siempre estaban llenas de cháchara, con Abdullah entreteniéndonos con las historias de sus hijos y de sus nietos. Por la noche, mi madre y yo nos reuníamos a la orilla del río, escondiéndonos detrás de las altas plantas de papiro. A lo largo de dos semanas logré encoger cerca de doscientos artefactos. Intenté seleccionar los objetos que todavía no habían registrado o aquellos que era fácil pasar por alto, por dónde se encontraban o por su tamaño.

Pero seguía dándome miedo que me descubriesen, y era incapaz de ocultarle mi preocupación a mamá. Le di lo que había logrado sacar ese día, odiándome profundamente, y ella me rodeó la mano con

las suyas.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

Me había olvidado de que para ella era como un libro abierto.

—Ojalá hubiese otra manera de proteger estos objetos que no fuese esta —murmuró—. El tío Ricardo está supervisando el registro de todos los artefactos. ¿Por qué haría algo así si planea robarlos?

—Inez, piénsalo bien —me dijo—. Cualquier cosa que se haya escrito se puede tachar, reescribir, o incluso puede arrancar la página. ¿Quién guarda los registros al acabar el día? ¿Tu tío?

Pensé en el diario de cuero, que solían tener Whit o Isadora. Pero, al acabar el día, siempre se lo daban a mi tío y no a Abdullah. ¿Dónde lo guardaba hasta la mañana siguiente, cuando se lo devolvía a Whit para que retomase el trabajo? Mi tío podía manipular fácilmente los registros, ¿pero Whit no se daría cuenta de algo así? Isadora también parecía ser una persona demasiado observadora como para no fijarse en cualquier cambio inusual.

Salvo que… había literalmente *cientos* de estatuillas de piedra caliza, y barcos, y joyas. Ni siquiera yo me daría cuenta de si borrasen o tachasen algunas en el libro de registro.

Mamá tenía razón.

—Mi amigo llegará mañana, Inez —susurró mi madre, dándome un apretón de manos—. ¿Estás lista para irte?

Negué con la cabeza.

—Todavía no, haré las maletas esta noche.



A la mañana siguiente, todas mis pertenencias volvían a estar metidas en mi bolsa de lona. Eché un vistazo alrededor de mi estrecha habitación, fijándome en la alfombra ajada y en la caja de madera vacía que había hecho las veces de mesilla de noche, junto a mi fino saco de dormir. Me había pasado casi un mes en esa isla, trabajando mano a mano con el equipo, formando parte de él. Conocía a todo el mundo por su nombre.

Y, cada día, se me rompía un poco más el corazón al saber que mi tío iba a traicionarlos. Quería advertirlos, pero mi madre me había recordado que no sabíamos en quién podíamos confiar. Quizás algunos miembros del equipo trabajaran para los mismos delincuentes que mi tío. El saqueo de tumbas era una profesión centenaria en Egipto.

Salí de mi cuarto, con la falda y la chaqueta de lino que, aunque limpias, dejaban claro que me había pasado unas cuantas horas bajo tierra. Me acerqué al campamento, frotándome los brazos para luchar contra el frío de la mañana. Whit me saludó alzando su taza. Podía oler el aroma a café desde aquí. Me dejé caer sobre una de las esteras

libres, consciente de la mirada de mi tío, clavada en mí.

Le di las gracias a Kareem en un susurro por la taza de té que me dio. Mi mente se negaba a pensar en otra cosa que no fuese en que este sería mi último día en Filé.

Todas las emociones que había estado conteniendo amenazaban con desbordarse. Bajé la mirada hacia mi taza de té, conteniendo las lágrimas y asegurándome de que nadie se fijase en mis ojos acuosos. Pero me sentía aliviada de por fin dejar atrás a mi malvado tío. Aliviada, también, al saber que había logrado salvar unos cuantos artefactos delante de sus narices. Monsieur Maspero se aseguraría de que estuviesen protegidos en el nuevo museo que iban a abrir en El Cairo. Y después mandaría a unos cuantos tratantes del Departamento de Antigüedades a examinar la isla de Filé, lo que desbarataría por completo los planes de mi tío.

Pero una pequeña y silenciosa parte de mí se rebelaba ante la idea de dejar a Whit atrás.

Me recordé por enésima vez que se iba a casar. Lo más inteligente y menos doloroso que podía hacer era seguir adelante con mi vida. No podía salir nada bueno de enamorarme de alguien que no estaba disponible.

Isadora se sentó a mi lado, dejándose caer con gracia de rodillas mientras sostenía una taza llena de té caliente. Ni siquiera derramó una gota con el movimiento.

—Tienes muy buen aspecto, sobre todo para haber estado durmiendo en una tienda de campaña improvisada.

—Tengo mucha práctica. —Esbozó una sonrisa—. ¿Sabes? Eres bastante escurridiza. Con tantos secretos.

—¿Eh?

—Nunca dices su nombre.

La cháchara a nuestro alrededor pareció desaparecer. Me aseguré de mantener una expresión neutra, a pesar de que el rubor que me había teñido las mejillas probablemente me delatase.

—¿El de quién?

Ella enarcó una ceja rubia.

—El del señor Hayes.

—Lo que pasa es que no suele salir mucho en las conversaciones —repuse después de un segundo.

—No creo que sea eso.

Me volví a mirarla de frente, doblando las rodillas para no rozar su voluminosa falda. Ella le dio un sorbo a su té, con la diversión brillándole en la mirada. Que aquello le hiciese tanta gracia me molestaba. No me gustaba pensar que mis sentimientos fuesen tan evidentes, sobre todo, para empezar, porque me frustraba sentir lo que sentía.

—¿Y entonces por qué crees que es?

—¿Te has fijado en cómo te mira? Como si… si le pertenecieses.

—Se va a casar —expuse, como si no me importase—. Da igual cómo me mire.

—Es una pena —dijo—. No es tan aburrido como la mayoría de los hombres.

—Y tú escondes mucho más de lo que parece, Isadora —repuse, bajando la mirada a propósito por su impoluta vestimenta. Pero ahora sabía que utilizaba su aspecto como un arma.

—Tú también —replicó.

De repente, oímos un estruendo que provenía de un barco que acababa de atracar en el extremo más alejado de Filé.

—*Dios*, ¿y ahora qué? —gruñó mi tío Ricardo, sacándome de mi ensoñación.

Whit estaba sentado frente a mí, revisando los registros de su diario. Al oír el arrebato de mi tío, alzó la vista y nuestras miradas se encontraron. Esbozó una pequeña sonrisa.

Me volví hacia mi tío, que estaba fulminando con la mirada al grupo de gente que se acercaba remando en pequeñas barcas hacia el banco de arena. Uno de los hombres a bordo me resultaba familiar. A mi tío solían desesperarlo los turistas que llenaban el río. La isla de Filé, aunque estaba bastante lejos del resto de las atracciones turísticas de Tebas, era uno de los destinos favoritos de los turistas. Por algo se la conocía como la joya del Nilo.

—Un grupo de mujeres que viene a hacer turismo. —El señor Fincastle se cubrió los ojos para protegerse de los rayos del sol con una mano, y llevó la otra a su revólver—. Y unos cuantos caballeros. Todos estadounidenses, de eso no me cabe duda.

—Y a mí no me cabe duda de que no son bienvenidos —murmuró mi tío.

Escuché más atentamente. ¿Era posible que alguno de esos caballeros fuese el confidente de mi madre?

Los turistas no se dieron cuenta de que no eran bienvenidos en la isla, y se acercaron a nosotros alegremente, hablando a gritos. Mi tío Ricardo le lanzó una mirada de súplica a Whit, que sonrió de oreja a oreja al verla, cerró su diario de golpe y se puso en pie. Fue al encuentro del grupo antes de que llegasen a nuestro campamento.

Whit hizo gala de su encanto y a varias jóvenes damas se les iluminó la cara, encantadas al verlo. Sacudí la cabeza, enfadada. Esa era la máscara que el *señor Hayes* llevaba para los demás. Cuando me volví a mirarlo de soslayo, me topé con su mirada, observándome atentamente. Desvié la vista hacia una de las bellas damas y enarqué las cejas.

Él se encogió levemente de hombros, despreocupado, y aquello

me hizo reír, aunque solo fuese para intentar ocultar lo mucho que aquello me rompía el corazón. Whit se negaba a hablar conmigo de los años que había pasado en el ejército, y tampoco me hablaba demasiado de su familia, pero existía cierta camaradería entre nosotros. Él siempre quería estar conmigo cuando tenía algo de tiempo libre. Yo contaba con que me trajese la cena cuando se me hacía tarde y perdía la cuenta del tiempo dibujando algo en particular, al igual que yo siempre me aseguraba de que tuviese una taza de café caliente esperándolo por la mañana. No era mucho, pero eran esos pequeños detalles los que hacían que todo pareciese real.

Me puse de pie, sacudiéndome el polvo que se había quedado pegado a mi falda de lino, y me encaminé hacia el templo, como solía hacer siempre después de comer. Cuando pasé al lado de mi tío Ricardo, alzó la mirada en mi dirección.

—Inez, ¿cuánto te queda para terminar?

Me esforcé por responderle con un tono agradable. Cada día me costaba más y más. Vivía con miedo de que descubriese mi secreto. Apenas podía controlar el dolor o la ira que sentía cuando estaba cerca de él.

—Ya he terminado de pintar la antecámara, y también he terminado el boceto de la cámara del tesoro y le he echado la imprimación. Solo me queda añadir el resto de los detalles.

—Bien —repuso.

—¡Ricardo! —lo llamó Whit.

Mi tío gruñó, llevándose la taza a los labios. Con un suspiro exasperado, se puso de pie y se arrastró hacia el grupo de turistas. Estos lo observaron fascinados, un arqueólogo en su elemento, con su cabello despeinado, sus pantalones ajados y sus altas botas desgastadas, con el rostro lleno de arrugas y bronceado por el sol incesante. Era una estampa digna de ver, rodeado de monumentos antiguos, y comprendí por qué más de una señora empezaba a abanicarse al verlo.

Estaba a punto de seguir con mi camino hacia el templo cuando mi tío se dio media vuelta y regresó con nosotros hecho una furia, con el ceño bien fruncido. Se volvió a dejar caer, airado, en la roca que había estado utilizando como silla improvisada. Tenía dos cartas en su puño bronceado.

La curiosidad me hizo quedarme donde estaba.

—¿Qué son?

Abdullah sonrió, divertido.

—¿Una invitación?

Mi tío Ricardo valoró la respuesta, frunciendo un poco más el ceño a cada segundo que pasaba. Si a alguien le encargaran hacerle una escultura, esa sería la expresión que tallarían. Mi tío en su estado

natural, con el ceño bien fruncido.

—Odio cuando me hablas así de engreído —refunfuñó mi tío.

Me senté en una roca a su lado.

—¿De quién es la invitación?

—Es para el baile de Año Nuevo anual del Shepheard —dijo Abdullah, divertido—. Tu tío nunca va.

—¿Por qué no quieres ir? —le pregunté.

Mi tío se estremeció.

—Porque, Inez, para eso tendría que irme de aquí, y tenemos mucho trabajo que hacer. No pienso anunciar a los cuatro vientos lo que hemos descubierto, *jamás*, y aunque confío en la mayoría del equipo, sé que sería estúpido por mi parte pensar que este hallazgo pudiera pasar desapercibido para siempre. Es imperativo que registremos todo lo que hemos encontrado con objetividad y meticulosidad *antes* de que los caballeros incompetentes que se hacen llamar arqueólogos lleguen a Filé. Idiotas, todos ellos.

Casi me convenció de lo que decía. Pero entonces recordé la cara que ponía cuando hablaba de papá, recordé cómo me había hecho creer que mis padres habían muerto, perdidos en el desierto.

Mi tío debería estar actuando sobre un escenario. Ganaría una fortuna.

—Nadie vendrá buscando nada durante el baile —comentó Abdullah, metiéndose en la conversación—. Y creo que te estás olvidando de que yo me quedaré aquí para asegurarme de que todo está en orden. A mí nunca me invitan.

—Repito. Idiotas —dijo mi tío Ricardo—. La mayoría no son más que saqueadores de tumbas glorificados, que se dedican a robar cualquier cosa que puedan mover. Y sí, me refiero a cualquier cosa: sarcófagos y momias, obeliscos, esfinges. Literalmente *miles* de artefactos. A muy pocos les interesa de verdad mantener un registro apropiado de lo que descubren, solo a aquellos que comprenden por qué es necesario conservar y proteger el pasado de Egipto.

—Pero esos arqueólogos suelen ser egipcios y, como a mí, los suelen excluir de esa clase de celebraciones —repuso Abdullah, tratando de contener su enfado—. Y hasta que los egipcios con el mismo nivel de estudios que esos otros arqueólogos no estemos en igualdad de condiciones, no compartiremos nada de lo que encontremos con el Departamento de Antigüedades.

Se me rompió el corazón al oírlo. El engaño de mi tío lo destrozaría.

—Ricardo. —Abdullah le tendió la mano—. Dámela, por favor.

Sin mediar palabra, mi tío le tendió a Abdullah la segunda carta, y él la leyó dos veces, como si no se lo pudiese creer.

—No lo entiendo —dijo Abdullah—. ¿Maspero ha revocado tu

firmán? Pero ¿por qué?

La rabia transformó el rostro de mi tío.

—Sospecho que sir Evelyn ha tenido algo que ver, el muy cabrón.

—*Tienes* que ir a esa fiesta —dijo Abdullah—. Y arreglar esto. Sabes lo que está en juego.

—Zazi odiaba la sociedad de El Cairo —protestó Ricardo.

—Sí —convino Abdullah.

—Pero siempre me acompañaba.

Abdullah ya estaba negando con la cabeza.

—Que yo te acompañase tan solo empeoraría las cosas. Ya lo sabes.

—Pero...

—Conozco a mi hermana, y ella te diría que fueras.

Ricardo soltó un gruñido.

—Podemos cubrir...

—No bastará para engañar a un arqueólogo con algo de trayectoria. —Abdullah se inclinó hacia delante, frunciendo el ceño—. Piensa en lo que Zazi querría, Ricardo.

Mi tío se quedó mirando en silencio a su cuñado. Pero, poco a poco, se fue ablandando bajo el peso de la mirada firme de Abdullah.

—Vale, iré. El día después de Navidad.

De alguna manera, se me había olvidado por completo que ya casi era Navidad. Mi familia no solía celebrarlo en el día que correspondía. Mis padres siempre estaban en Egipto, así que intercambiábamos los regalos cuando regresaban. La última vez que habíamos celebrado nuestra «Navidad» había sido también la última que pasaría con mi padre. Ojalá lo hubiera sabido. Había estado tan seria, tan huraña, enfadada por celebrar esa fiesta durante el *invierno* como si fuese un premio de consolación, cuando el resto de la gente de Buenos Aires celebraba la Navidad como era debido, en nuestro verano en Diciembre.

Cuando papá me preguntó si quería jugar al ajedrez, le había dicho que no.

Recogí mis cosas y me puse de pie, preparada para volver al trabajo por fin. Whit seguía enredado en medio de una conversación con las atractivas turistas y yo me aseguré de no volverme a mirarlo.

—Inez —me llamó mi tío Ricardo cuando pasé a su lado. Me detuve y enarqué una ceja. Él no apartó la mirada de su taza, aferrando el asa con fuerza—. Mañana, a primera hora, romperemos el sello.

De alguna manera, me las apañé para que mi rostro no delatase todo lo que sentía, porque el que me hubiese incluido en ese plan hizo que un escalofrío me recorriese de pies a cabeza. Mi tío alzó la mirada hacia mí, observándome con curiosidad, y yo me removí ante su

atento escrutinio. Frunció levemente el ceño. Entonces caí en que lo más probable fuese que mi falta de reacción lo confundiese, teniendo en cuenta lo mucho que me había esforzado en persuadirlo para que me dejase unirme a su equipo.

Esbocé una sonrisa forzada, intentando ocultar lo que sentía en realidad.

Yo ya estaría muy lejos de aquí para cuando abriesen esa tumba.



Whit me encontró horas después, reclinada sobre mi pintura, capturando con todo lujo de detalles un joyero con incrustaciones de perlas y turquesas. Se cernió sobre mí, observando atentamente mi obra.

—Lo has pintado demasiado grande —dijo.

Alcé la vista hacia él y lo fulminé con la mirada.

—No es cierto.

—¿Por qué frunces el ceño?

—No estoy frunciendo nada —repuse, odiando el tono en el que lo dije—. ¿Por qué no estás con tus nuevas amigas?

—Porque se han ido ya —dijo—. Pero sí que me han pedido que te entregase una carta. La trajo cierto caballero y parecía bastante molesto cuando no le quise decir dónde encontrarte.

Enarqué las cejas.

—No conozco a ningún caballero aquí.

Whit me miró fijamente.

—Me pidió que te dijera que la cena que te propuso en El Cairo seguía en pie.

Hice memoria y entonces abrí los ojos de par en par.

—Debía ser el señor Burton; se alojaba en el Shepheard.

—Mmmm. ¿Y de qué lo conoces?

Le observé con atención.

—Me acompañó al comedor.

—Al comedor —comentó—. Qué amable de su parte.

—¿Te molesta?

Él se encogió de hombros.

—No, Olivera. ¿Por qué habría de molestarme?

Podría aparentar que aquello no le importaba todo lo que quisiera, pero me fijé en la forma en la que apretaba los labios. Y no pude evitar quedarme boquiabierta.

—Estás celoso.

Soltó una carcajada rota.

—Ni de coña.

—Tengo que admitirlo, no paras de sorprenderme —dije—. ¿O acaso creías que no me daría cuenta de que no puedes apartar los ojos

de mí?

—Tu tío me pidió que te vigilase de cerca —espetó Whit—. Si te miro, es solo para asegurarme de que no te metas en problemas.

—Sé cómo comportarme —repuse, un tanto ofendida.

—Ja —murmuró.

Nos quedamos mirándonos fijamente durante unos cuantos minutos, su frustración palpable. Enarqué una ceja y lo reté con la mirada a que se explicase. Pero guardó silencio, obstinado, durante otro largo e insoportable minuto. Y después, mucho más calmado, preguntó:

—¿Quieres tu carta o no?

Le tendí la mano.

Solo había dos personas que supiesen dónde encontrarme en Egipto y podía suponer cómo se sentirían al haberme marchado sin decir adiós. Les había dejado una nota, pero tan solo me quedaba suponer lo que mi tía habría pensado de aquello. La culpa me carcomía por dentro, y aunque no me sentía mal por haber engañado a mi tía, sí que odiaba haber tenido que dejar a mi prima atrás. Pero si le hubiese contado a Elvira mis planes, habría querido acompañarme. Y, si hubiese venido conmigo, mi tía habría hecho cualquier cosa para obligarla a volver. No podía arriesgarme.

—Dámela.

Whit se metió la mano en el bolsillo y sacó dos sobres. Los observó y después me tendió el que llevaba mi nombre, el otro volvió a metérselo en el bolsillo con el ceño fruncido. La letra elegante de mi tía recorría el dorso del sobre. Nunca había llegado a leer su primera carta y, francamente, tampoco sabía dónde la había guardado. No la había visto desde hacía semanas, desde que me había marchado de El Cairo. Me estremecí y guardé el sobre entre las páginas de mi cuaderno de dibujo.

Whit enarcó las cejas.

—¿De quién es?

—¿Cómo sabía el señor Burton dónde encontrarme?

—Probablemente los empleados del Shepheard diesen por sentado que estarías con Ricardo. ¿De quién es?

—La leeré después.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—No te incumbe, Whit.

—¿Y si es importante? —insistió.

—Confía en mí, no lo es. —Entrecerré los ojos al mirarlo—. Creía que no hablábamos de temas personales.

Él puso los ojos en blanco y se sentó a mi lado, con las piernas dobladas para no tirar nada sin querer.

—Y no lo hacemos, a menos que te disgusten.

—No estoy disgustada.

—Sé perfectamente cuando algo te disgusta, Olivera —dijo Whit—. Se te nota en la cara.

—Entonces, deja de mirarme —repuse.

Whit abrió la boca, pero después la volvió a cerrar.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada que debiese —murmuró.

—Te diré de quién es si tú me dices de quién es la tuya —dije—. Cotilla.

Bajó la mirada hacia su bolsillo.

—Es de mi padre.

—Ah. —No solía hablar de su familia. Una pequeña parte de mí me gritaba que ojalá no le hubiese preguntado nada, porque ahora tendría que responder a sus preguntas. Whit no dijo nada más, así que carraspeé y dije—: La mía es de mi tía. Debe de estar furiosa.

Whit apretó los labios con fuerza.

—Probablemente solo quiera que vuelvas a casa.

—Seguro que tu familia quiere lo mismo.

Abrió y cerró las manos, la tensión crecía a nuestro alrededor, como el vapor de agua con el agua hirviendo. Nos quedamos allí sentados, en silencio, y yo retomé mi trabajo cuando me quedó claro que no diría nada más.

—Vamos a abrir su tumba mañana —dijo Whit de repente—. ¿Te lo ha dicho tu tío?

Apreté los labios hasta formar una línea fina y blanquecina, y asentí.

—¿Por qué no te hace más ilusión?

Debería hacérmela. El tiempo que había pasado en Egipto me había ablandado, el lugar me había enamorado, con sus extensos desiertos llenos de templos con millones de secretos escondidos bajo la arena dorada. La gente aquí era cordial, amable e increíblemente acogedora. Me había convertido en parte del equipo, y la sensación de trabajar todos juntos por un mismo objetivo era embriagadora, me llenaba de un modo que jamás habría esperado. Quería quedarme aquí con ellos para abrir la tumba de Cleopatra.

Pero era imposible. Carraspeé para aclararme la garganta e intenté sonar despreocupada. Entonces caí en que esta era probablemente la última vez en la que estaría a solas con el señor Whitford Hayes. Nuestras miradas se encontraron, y no respondí su pregunta porque no podía soportar tener que volver a mentirle. Estaba harta de secretos, de ocultarme, del peso que tenía que soportar.

Quería decirle la verdad, tanta como pudiese, y quería hacerlo bien.

Y entonces podría dejarlo todo atrás.

Todo habría acabado incluso antes de empezar.

—Whit, te voy a decir algo, y necesito que no digas nada al respecto. No quiero saber lo que opinas o lo que tu dirías en este caso. Solo quiero decirte la verdad. ¿Vale?

Él me observó con los ojos entrecerrados.

—No me va a gustar lo que me tienes que decir, ¿verdad?

—Probablemente no —admití.

—Pues no me lo digas.

—Me arrepentiré si no lo hago.

Whit apretó los labios y sus hombros se tensaron, como si estuviese preparándose para el golpe.

Respiré hondo y me obligué a mirarlo a los ojos. Esos ojos tan increíbles y fríos. Me estremecí.

—Me gustas, Whit. Más de lo que esperaba. —«Como algo más que un amigo», tuve que tragarme esas palabras. Todavía me quedaba cierta dignidad y me negaba a soltar algo así—. No existe ningún futuro para nosotros, ni siquiera tenemos un hoy. Pero quería que supieras cómo me siento. Incluso aunque no sientas lo mismo.

Se me quedó mirando sin decir nada, callado mientras yo me ponía de pie y recogía mis cosas en silencio. Solo cuando empecé a alejarme, con las piernas temblorosas, habló, rompiendo el silencio.

—Inez —susurró, con la voz ronca—. A mí también me gustas.

Me detuve, tensa, con ganas de lanzarme a sus brazos. De rendirme a lo que los dos queríamos. Pero lo nuestro era imposible. Él se iba a *casar*. Apreté la mandíbula, salí de la cámara y subí por las escaleras, con el corazón latiéndome con más fuerza cuanto más me alejaba.

En solo unas horas me marcharía de aquí con mi madre, llevándonos cientos de artefactos a El Cairo, lejos de las codiciosas manos de mi tío Ricardo.

Debería sentirme aliviada. Pero no podía dejar de pensar en que había cometido un error al confesarle cómo me sentía.

Whit

Maldita sea.

La luz de la antorcha proyectaba sombras titilantes en la pared mientras Inez se alejaba, con su dulce aroma siguiéndola y volviéndome loco poco a poco. Se mantuvo erguida, con todo el peso del mundo sobre sus hombros. Todo habría sido mucho más fácil si no me lo hubiese confesado, y yo había sido un idiota al decirle lo que le dije. Habría sido mejor mentir. Con las manos temblorosas, saqué la carta de mi padre y la leí lentamente, con un nudo en la garganta.

Whitford:

Me estoy cansando de tener que escribir lo mismo una y otra vez. Tu madre ya no puede más. No sé cuánto más podrá aguantar. Esta será la última carta que te envíe antes de ir a buscarte personalmente.

No te gustará que vaya a hacerte una visita, te lo prometo.

Vuelve a casa.

—A

Se me formó un dolor intenso en el pecho, amenazando con consumirme. No había encontrado el papiro a pesar de llevar semanas buscándolo. Había sido un deseo inútil y desesperado. Ya nada podía retenerme aquí más tiempo. Me puse de pie, con la calma apoderándose de mí, y me acerqué a una de las antorchas.

Le prendí fuego a la carta.



27

El reflejo de la luna bailaba sobre la superficie, con la canción del Nilo susurrando a mi alrededor. Las ranas croaban, los pájaros piaban y, de tanto en tanto, el susurro de las olas al chocarse con la orilla marcaba el ritmo de su canción. Estaba de pie en la orilla, con los brazos cruzados sobre mi pecho tembloroso, y mi enorme bolsa de lona a los pies. El frío se filtraba a través de mis prendas de lino y un escalofrío me recorrió la columna.

Mamá surgió de entre las sombras, su delgada figura entrecortándose en la noche. Me saludó y yo le devolví el gesto. Dejé caer la mano al costado cuando me fijé en que otra figura la acompañaba. Era un hombre, vestido con un traje de diario y con el cabello oscuro enredado por el viento de la noche. Poseía una mirada amable y una sonrisa cautelosa.

—Inez, este es el amigo del que te he hablado.

Él me tendió la mano.

—Encantado de conocerte. Tu madre me ha hablado mucho sobre ti.

Aparté la mano. Había cierta familiaridad entre ellos, y su actitud relajada consiguió deshacer el nudo de tensión que se me había formado entre los omóplatos. Pero mi cabeza estaba llena de preguntas. ¿Cuándo se habían conocido? ¿Qué tenía él que ver en nuestra situación? ¿Por qué confiaba mamá en él? ¿Sabía lo de Cleopatra, lo de mi tío o lo de mi padre?

Mamá señaló mi bolsa antes de que pudiese hacer ninguna pregunta. Me mordí la lengua, consciente de que tendría mucho tiempo para hacerle todas esas preguntas de camino a El Cairo. Ahora teníamos que ser rápidos.

—¿Has traído más artefactos? —preguntó mamá.

Asentí rápidamente, echándole un vistazo a su amigo. A él no parecía haberle sorprendido su pregunta.

—He conseguido sacar seis más. —Me agaché y rebusqué entre mis pertenencias, y extraje todas las joyas que había logrado esconder envueltas con cuidado en una de mis camisas. Le tendí el paquete a mi madre.

—Mi barco está justo allí —dijo el hombre, señalando un punto con la barbilla. Seguí la dirección en la que me indicaba con la mirada y me encontré con un barco estrecho, escondido entre unos altos arbustos. Recogí mi bolsa y los seguí, con el corazón acelerado.

Ya estaba.

En la mañana de Navidad, mi tío Ricardo y Whit, junto con el resto del equipo, no podrían encontrarme. Sería como si me hubiese desvanecido, como si hubiese desaparecido en otro mundo, como en un cuento de hadas. Había pensado en dejarle una nota a Whit para despedirme, pero al final descarté la idea. Ya le había dicho todo lo que quería decirle. No podía contarle a dónde iba, o con quién, ni qué planes tenía. No tenía sentido dejarle un mensaje.

Ese capítulo de mi vida pronto habría acabado.

El amigo de mamá fue el primero en llegar al barco y metió las pertenencias de mi madre con cuidado. Mamá se sacudió el polvo de la ropa y frunció el ceño. Se dio media vuelta y bajó la mirada hacia el suelo, como si estuviese buscando algo.

—¿Has perdido algo? —le pregunté.

—Sí, un pequeño bolsito de seda. Donde guardo mis medicinas para la jaqueca —dijo—. Nunca viajo sin él.

Nos arrodillamos y empezamos a rebuscar entre los guijarros. No encontré nada, por lo que decidí volver atrás. Eché un vistazo, nerviosa, hacia el campamento. En cualquier momento, estaba segura de que oiría a mi tío llamándonos a gritos. Vería a Whit corriendo hacia nosotras, con la decepción dibujada en su rostro.

—Tal vez se me ha caído antes —susurró mamá, caminando tan solo unos pasos detrás de mí.

—Ya voy yo a buscarlo —dije—. Nos vemos en el barco.

Mamá asintió y se dio media vuelta, regresando sin hacer ni un ruido con su amigo. Yo recorrí toda la orilla del río, agachada, rebuscando entre los guijarros. Unas cuantas plantas me obstaculizaban la vista, pero busqué sin descanso. Finalmente, encontré una bolsita, que brillaba bajo la plateada luz de la luna. La tomé y regresé por donde había venido, tropezándome con una roca. Me las apañé para no perder el equilibrio y, para cuando llegué a la orilla, estaba jadeando. Busqué a mi madre con la mirada, pero no vi a nadie.

La zona estaba extrañamente silenciosa.

Recorrí la zona donde había visto por última vez a mamá y a su amigo, pero no había ni rastro de ellos. Al principio no podía comprender lo que veía. La orilla estaba completamente vacía, solo sus huellas indicaban que habían estado allí. El miedo me invadió. ¿Es que mi tío los había descubierto? ¿O el señor Fincastle? Pero habría oído algún revuelo si los hubiesen descubierto. Recorrí la orilla de arriba abajo, con mi miedo aumentando por momentos. Me costaba respirar.

Y entonces lo supe.

El barco se había ido. Mi madre se había marchado para siempre.

Me volví hacia el Nilo y se me formó un nudo en la garganta.

Podía vislumbrar la silueta difusa del barco, tan lejos que tenía que entrecerrar los ojos para poder verlo. Se deslizaba sin hacer ni un ruido por la corriente.

Llevándose a mi madre donde solo el río sabía.



Era Nochebuena.

El día de antes de Navidad. Y mi madre me había vuelto a abandonar.

No sé cuánto tiempo estuve allí de pie, contemplando el Nilo, con la esperanza de que todo hubiese sido un error, de que hubiesen perdido el control del barco. Incluso me habría creído que un cocodrilo se los hubiese llevado consigo.

Nada más lejos de la realidad.

Me picaban los ojos y sentía una presión oprimiéndome el pecho. Me dejé caer sobre la arena, con los pequeños y afilados guijarros clavándoseme en las rodillas. Pero no sentí dolor. Recordé las últimas dos semanas, una escena horrible tras otra. Nada tenía sentido. ¿Por qué me había dejado aquí? ¿Es que no quería que la ayudase con los artefactos?

Estaba helada, asustada y carcomida por la culpa. Mi cabeza no paraba de gritarme que había sido una tonta. Tomé el bolsito de seda de mi madre y rebusqué en su interior, con la esperanza de encontrar...

Mis dedos se toparon con una pequeña nota doblada. Estaba demasiado oscuro como para leerla, así que me tambaleé y regresé al campamento. La vergüenza me revolvía el estómago, un dolor tan físico que era como si hubiese bebido veneno. Cuando llegué, me aseguré de caminar sin hacer ningún ruido, acordándome de que Whit tenía el sueño ligero.

Prendí una cerilla y encendí una vela cuando estuve a salvo en mi cuarto vacío. La alfombra y la caja de madera eran los únicos objetos que había decidido dejar atrás. Desdoblé la nota con los dedos temblorosos.

Querida Inez:

Esto es un adiós. Sé que habría sido mucho mejor si te hubiese dejado creer que estaba muerta, pero cuando llegaste a Filé, tuve que involucrarte en mis planes. Te pido por favor que te marches de Egipto. Olvida lo que has visto y oído, sigue con tu vida. Te espera un futuro brillante. Cásate con el hijo del cónsul, ten tu propia familia y vuelve a empezar.

No vengas a buscarme. No te gustará lo que descubras, Inez.

Mamita

Tuve que ahogar un fuerte sollozo. Me llevé la mano a la boca, intentando acallar mi llanto. La confusión y el dolor libraban una batalla en mi interior. No comprendía por qué me había abandonado, por qué me había hecho creer que nos iríamos juntas.

—¿Olivera?

Me quedé helada, con las lágrimas cayéndome descontroladas por las mejillas. Whit estaba al otro lado de la cortina, podía ver los dedos de sus pies descalzos. Me mordí el labio inferior, intentando guardar silencio.

—Olivera, puedo oírte —dijo en un susurro—. ¿Estás bien?

Luché por que mi voz no reflejase lo que sentía, pero fracasé.

—Vete, Whit.

Hizo la cortina a un lado y se adentró en mi habitación, parpadeando rápidamente para acostumbrarse a la tenue luz. Su mirada cayó hacia el suelo, hacia donde estaba sentada, hecha un ovillo sobre la alfombra. Whit se dejó caer de rodillas a mi lado y me acercó a él, envolviéndome entre sus brazos. Con sus fuertes piernas pegadas a las mías.

—Inez —susurró—. Si quieres que me marche, me iré, pero antes tengo que saber que estás bien. ¿Estás herida?

—Creo que tengo el corazón roto —murmuré.

Él me abrazó con más fuerza y me dibujó círculos en la espalda con el pulgar. Sus caricias aflojaron el nudo que se me había formado en el pecho lentamente. Mi respiración se calmó y poco a poco dejé de llorar. Whit nunca había sido tan dulce conmigo. Tan paciente. Aguardó, sin presionarme. Aquella era una faceta suya que no sabía que existía. El aliento no le olía a whisky y tenía la mirada despejada. Hacía semanas que no lo veía beber, no desde que había perdido su petaca en el río.

Sus últimas palabras se cernían sobre nuestras cabezas.

«A mí también me gustas».

Una corriente parecida a la de la magia más antigua me recorrió por dentro. Me dediqué a disfrutar de este momento. Porque sabía que en cuanto abriese la boca todo cambiaría. La verdad siempre terminaba encontrando una manera de cambiar las cosas. Lentamente, deslicé mis manos por su pecho, maravillándome en los latidos constantes de su corazón bajo mis manos.

Iba a deleitarme un minuto más en esa sensación antes de apartarme. Pero entonces él me tomó la barbilla entre sus dedos y me

obligó a chocarme con su mirada bajo aquella tenue luz blanquecina. Sus ojos azules cayeron hasta mis labios y me hicieron estremecer. Iba a besarme, y yo no pensaba detenerlo, aunque debiese impedirlo. Me odiaría después, pero al menos tendría un recuerdo de otro momento perfecto. Cerró los ojos y exhaló con fuerza y, cuando volvió a abrirlos, sus manos me apartaron un poco más de él, poniendo distancia entre nuestros cuerpos.

—¿Me vas a contar qué es lo que te ha hecho llorar así?

—Quiero hacerlo —dije—. Pero me da miedo.

—A mí no tienes por qué tenerme miedo —comentó—. Nunca.

Whit aguardó, observándome atentamente.

—He cometido un terrible error —dije—. No sé cuánto sabes, cuán involucrado estás... con todo esto, pero estoy cansada de guardar secretos. De mentir. —Me humedecí los labios resecos con la lengua, con la mirada puesta en mi regazo—. Hace dos semanas, la noche en la que oíste a alguien en mi cuarto, descubrí que mi madre seguía viva.

Whit se quedó helado.

—Me contó que mi tío Ricardo estaba metido en un contrabando ilegal de artefactos egipcios. Que vendía en la Puerta del Comerciante.

—Eso es mentira —sentenció en un susurro.

—¿Cómo lo sabes?

Vaciló y yo seguí contándole mi historia.

—Le creí —dije, encogiéndome de hombros, decaída—. Es mi *madre*. ¿Por qué me mentiría?

Whit apartó la mirada, con la mandíbula apretada.

—¿Qué más te dijo?

—Me pidió ayuda. Mi madre, a quien yo creía muerta, me pidió que la ayudase. —Me humedecí los labios—. Así que lo hice.

Whit habló en un susurro, temiendo lo que estaba a punto de decirle.

—¿Qué has hecho, Inez?

Cerré los ojos con fuerza, con miedo de enfrentarme a su mirada.

—Estas últimas semanas he estado encogiendo artefactos de la tumba de Cleopatra para dárselos. El plan era llevarnos todo a El Cairo y confiárselos al Museo Egipcio. Íbamos a involucrar al Departamento de Antigüedades, y esperaba que ellos le parasen los pies a mi tío.

Whit cerró los puños con fuerza.

—Hice las maletas —susurré—. Y me reuní con ella junto al río esta misma noche. Y entonces me dejó aquí, y se llevó todos los artefactos. Me dejó una carta —se la tendí—, pero ahora... me dices que me ha mentido.

—Porque lo ha hecho —siseó.

Leyó la carta, con la otra mano todavía cerrada en un puño y presionada con fuerza contra su pierna. Cuando terminó de leer, dobló la nota y me la devolvió.

—¿Eso es todo? —Sonaba tenso, como si estuviese intentando controlar su temperamento.

Negué con la cabeza.

—Me dijo que mi tío Ricardo había asesinado a mi padre.

—*¿El qué?*

Me estremecí.

—Lo oí hablando sobre papá, la primera noche que pasé en la dahabiya de polizona. Me pareció entender que habían discutido.

—Sí que discutieron, pero tu tío no mató a tu padre.

—Y entonces, ¿*quién* lo hizo? —exclamé—. Me quedó muy claro que mi tío me ha estado mintiendo desde el principio. Inventándose una descabellada historia sobre cómo mis padres se perdieron en el desierto. No sabía qué pensar, a quién creer. Todavía no sé si puedo confiar *en ti* siquiera. En El Cairo me encontré una carta que mi madre le había escrito a monsieur Maspero, pidiéndole ayuda, porque creía que su hermano se había vuelto un delincuente.

Whit se sentó con las piernas cruzadas frente a mí.

—Tu tío no está metido en el contrabando de arte robado, Inez. —Respiró hondo—. Hay una organización llamada La Compañía, y a sus miembros se los conoce como conservadores. Son los que controlan la Puerta del Comerciante, y tu madre se encarga de llevarles las obras para subastar.

Intenté entender lo que me estaba queriendo decir, uniendo las piezas del rompecabezas poco a poco.

—Mi madre es una conservadora —repetí.

Whit asintió.

—Ricardo lo sospechaba, pero también creía que tu padre estaba involucrado. —Me miró fijamente a los ojos, con cuidado y cautela—. ¿Me estás queriendo decir que no lo estaba?

—Según mi madre, no —susurré—. Dice que *está muerto*.

Whit empalideció y se tiró del cabello con fuerza.

—Tienes que saber algo, Inez. Tu madre estaba... teniendo una aventura. Me enteré por accidente y ella me hizo prometer que no le diría nada a nadie. Me juró que había sido un error, que lo iba a dejar. Pero después me di cuenta de que pasaba mucho tiempo fuera. Que ni siquiera le escribía a tu padre. Y entonces pensé que quizá seguiría con su amante.

Me pitaban los oídos.

No podía creer lo que Whit me estaba contando. Todo estaba mal, como una noche sin luna o el lecho seco de un río. Negué con fuerza, pero el zumbido en mi cabeza se volvió cada vez más fuerte.

Cuando volví a hablar, tenía la voz rota.

—Parecía tan contenta de volver a verme.

—Quizás eso fuese real —dudó—. ¿Cuántos objetos pudo robar?

Solté una risa amarga.

—Cerca de trescientos artefactos, desde joyas, barcos funerarios y estatuas de piedra caliza.

Una expresión extraña cruzó su rostro, como si acabase de caer en algo horrible.

—¿Y algún rollo de pergamino? ¿Un papiro especial?

Enarqué las cejas.

—Mamá también me preguntó por un papiro. *Sabía* que estabas buscando algo. ¿Qué es?

—Debería tener el dibujo de una serpiente mordiéndose la cola. Un uróboros. ¿Te suena?

Negué con la cabeza.

—También debería contener texto escrito en griego, otros dibujos y algunos diagramas —insistió Whit—. Como si fuesen instrucciones.

—*No* —repuse—. No encontré nada parecido. ¿Qué es?

—Alquimia —dijo.

—¿Alquimia? —repetí.

—Ahora ya no importa. Lo único que importa es Lourdes.

Cierto. Mi madre, la ladrona.

—Todavía hay algo que no entiendo. ¿Qué hay de la carta que le escribió a Maspero?

—¿La que encontraste en su suite del hotel? Lo más probable es que dejase esa pista falsa ella misma. Piénsalo, ¿por qué, si no, no la mandó?

Recordé el sobre. El peso y su textura, la carta arrugada que había dentro. No lo habían sellado. Quería discutir su argumento, defenderla, pero no podía. Cada instante que había compartido con ella estaba mancillado, arruinado por sus engaños. Y yo, como una niña ilusa, la había ayudado a robar obras de arte de un valor incalculable y de una importancia histórica monumental. Mi tío se sentiría destrozado cuando descubriese la verdad.

Mamá había pensado en todo.

—Quería que encontrase esa carta, quería que sospechase de su hermano. He sido una idiota —dije—. Me ha estado manipulando todo este tiempo.

Whit me colocó la mano en el hombro con delicadeza.

—Se aprovechó de tu cariño. Es despreciable. Yo también le habría creído si fuese mi madre.

La vergüenza me absorbió, como si fuesen arenas movedizas. No me merecía su compasión, su perdón. Lo que había hecho era imperdonable y estúpido.

—No tienes por qué ser tan bueno conmigo.

—Y tú —repuso Whit con severidad— no tienes que ser tan dura contigo misma. Al menos, no por esto.

Lo escuché, pero no podía aceptarlo. Había cometido un terrible error y mi cabeza me gritaba que tenía que arreglarlo.

—¿Qué puedo hacer ahora?

—Irte a dormir —dijo, con dulzura—. Por la mañana hablaremos con Ricardo.

Me dio un vuelco al corazón.

—No tienes por qué acompañarme.

—Lo sé. Pero lo haré. —Whit apartó la mano y yo, al instante, eché de menos sentir el calor de su piel contra la mía—. Intenta dormir, Inez.

Se dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—Whit —lo llamé.

Él se quedó de pie en la entrada.

—¿Qué?

—Eres muy buena persona —dije—. Aunque finjas no serlo.

—Guárdame el secreto, ¿quieres? —repuso, esbozando una sonrisa traviesa. Y después se marchó.

Me dejé caer sobre mi saco de dormir, con la mente en blanco. Lo único que se me ocurría para arreglar todo esto era detener a mi madre.

Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

28

Me desperté la mañana de Navidad aterrada. Me metí bajo la manta, con el dolor que sentía flotando por la habitación como la niebla en la zona industrial de Buenos Aires. En solo unos minutos tendría que enfrentarme a mi tío y contarle que los había traicionado, delante de sus narices. Después de lavarme la cara y vestirme, salí de mi cuarto, con las manos sudorosas. Whit estaba apoyado en el marco de piedra, con una taza de té en las manos.

Sin mediar palabra, me la tendió y yo la acepté con una pequeña sonrisa.

—Está junto a la hoguera —murmuró—. Con Abdullah.

Me encogí de dolor. Pues claro. No podría tener esta conversación solo con mi tío, lo que había hecho también afectaba a Abdullah, e incluso más. La mayoría del equipo ya se había puesto manos a la obra, y mi tío y Abdullah estaban examinando un diario que habían colocado frente a ellos. Probablemente estarían hablando sobre la apertura de la tumba. Se me revolvió el estómago al pensarlo.

Les había arruinado este momento.

Whit y yo caminamos uno al lado del otro y tomamos asiento frente a ellos, sobre las esteras que había libres, con nuestros cuerpos pegados. Era un buen amigo, uno de los mejores que había tenido.

Mi tío Ricardo no apartó la mirada del diario.

—¿No deberías estar ya en la cámara del tesoro trabajando en los últimos bocetos?

Junté las manos con fuerza sobre mi regazo.

—Tengo algo que contaros, a los dos.

Al unísono, se volvieron hacia mí y clavaron sus miradas en mi rostro. Apenas había podido dormir, y el cansancio me hizo dejar caer los hombros y bajar la voz hasta que no fue más que un susurro.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi tío, impaciente. Abdullah le posó una mano en el brazo, como si con ese gesto le estuviese pidiendo en silencio que mantuviese la calma. Era el único que sabía cómo tranquilizarlo. Una habilidad muy útil para un socio, pero más con la familia.

Whit me miró de soslayo. El silencio se extendió entre los cuatro. No podía hacerlo, las palabras se me quedaron trabadas en la garganta. De reojo, vi cómo se acercaba un poco más a mí. Su mano rodeó la mía. Le dio un leve apretón y después me soltó.

Respiré hondo, armándome de valor, y les conté todo. Tuve que luchar por contener las lágrimas y por hablar con calma. Ninguno me

interrumpió, pero cuanto más avanzaba en mi relato, más horrorizados estaban. Mi tío Ricardo se quedó de piedra. Apenas respiraba. Whit se quedó a mi lado, apoyándome sin decir nada. Cuando terminé, el silencio que se cernió sobre nosotros era pesado y opresivo.

—Voy a detenerla —dije, con la voz ronca—, aunque sea lo último que haga.

Mi tío se levantó, tambaleándose, y se alejó de nosotros dando tumbos. Le oí soltar un grito, aunque no furioso. Más bien sonaba angustiado. Me abrumó la necesidad de ir con él. Estaba segura de que ahora mismo no querría ni verme, pero tenía que intentarlo. Fui a levantarme, pero Whit me puso una mano en el brazo, deteniéndome.

—Dale un minuto.

—Pero...

Mi tío le dio una patada a la arena. Si fuese una tetera, ahora mismo estaría humeando. No era una llama, era todo un incendio, reduciendo a cenizas todo lo que se interponía en su camino.

—Puede que más de un minuto —comentó Abdullah, volviéndose hacia mi tío—. Déjalo que se enfade. No le suelen durar mucho sus berrinches. Volverá cuando esté listo.

Regresó diez minutos después, acalorado y con el cabello canoso despeinado. Lo había visto tirándose del pelo y me preocupaba que se hubiese hecho daño. Mi tío volvió a tomar asiento, respirando con dificultad. Y después clavó la mirada en mí.

—Está decidida a arruinarme —dijo, conteniendo a duras penas su rabia.

Asentí.

—Quiere hacerme parecer un ladrón. Un *asesino*.

Volví a asentir.

—Y tú le creíste —terminó.

—Ricardo —le cortó Abdullah—. Tenemos que centrarnos en el tema de los artefactos.

—Ya no están —soltó mi tío Ricardo, decaído—. No podemos recuperarlos. Lourdes ya está de camino a El Cairo y, cuando llegue, le entregará todos los artefactos a su amante. Él se asegurará de que nadie vuelva a ver esos objetos hasta que se subasten en la Puerta del Comerciante.

—Y cuando caigan en manos de los coleccionistas —comentó Abdullah lentamente—. Cuando terminen en un museo o en manos de los historiadores, alguien descubrirá de dónde vienen. Es solo cuestión de tiempo que todo el mundo se dé cuenta de a quién hemos encontrado.

—Pero mamá tardará días en llegar a la ciudad —repliqué—. Todavía tenemos tiempo para alcanzarla, tenemos tiempo para

advertir a las autoridades. Tenemos los nombres y una ubicación. Deberíamos hacer las maletas cuanto antes e irnos, ya.

—Hoy vamos a abrir la tumba —dijo Abdullah—. No podemos dejar a Cleopatra desatendida, y hemos llegado demasiado lejos como para tener que estar cubriendo nuestras huellas ahora. Mucha gente viene y se marcha de Filé todos los días.

Mi tío valoró la situación, roto. Me di cuenta de que tenía ganas de salir corriendo en busca de mi madre, recuperar lo que le habían robado, pero lo que había dicho Abdullah tenía sentido. Intenté llamar su atención, pero se negaba a mirarme. Todo lo que hubiese avanzado con nuestra relación, acababa de perderlo de un plumazo. Había confiado en mí, y yo lo había traicionado; que ahora se alejase de mí era solo culpa mía.

Era como si se hubiese abierto un enorme desierto entre nosotros.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo por fin mi tío.

—Abrimos la tumba y registramos todo lo que podamos —repuso Abdullah.

—Y después Whit y yo regresaremos a El Cairo para ver qué podemos hacer para recuperar los artefactos robados.

—Así perderíamos mucho tiempo —dije—. Tenemos que irnos ahora y...

—Estamos metidos en este lío por lo estúpida que has sido —espetó mi tío—. Y aquí no hay ningún «nosotros» que valga. En cuanto abramos la tumba, tú te quedarás aquí para terminar con tus dibujos.

Aquello me hizo perder los papeles.

—Tal vez si hubieses sido sincero conmigo desde el principio...

Mi tío me fulminó con la mirada, apretando la mandíbula con fuerza.

Whit tiró suavemente de la manga de mi vestido, haciéndome saber en silencio que no dijese nada más. Mamá se iba a escapar por mi culpa. No podía quedarme aquí sentada sin hacer nada. No podía dibujar.

—Tío Ricardo, por favor...

—Ni una sola palabra más —dijo, volviendo a ponerse de pie de un salto—. No tengo tiempo para seguir escuchando ninguna más de tus idioteces.

Whit lo fulminó con la mirada.

—Es su *madre*.

Mi tío Ricardo soltó un gruñido disgustado y se marchó hecho una furia. No había dado ni veinte pasos antes de que se topase con el señor Fincastle y con Isadora. Se habían quedado cerca todo este rato, observándonos con interés. Mi tío me señaló y después se marchó. Isadora se acercó a nuestro pequeño grupo al mismo tiempo que su padre seguía a mi tío adonde quiera que fuese. Ella llevaba puesto un

vestido azul de lo más pulcro, con su estrecha cintura ceñida con un lazo grueso. Su cabello dorado le caía formando ondas sobre los hombros.

—Buenos días. —Sonrió—. ¿Supongo que habréis descansado?

Nadie respondió.

—Abriremos la tumba después de comer —repuso Abdullah—. Estad listos para entonces. —Se puso en pie, con una mueca triste dibujada en su rostro—. Al fin y al cabo, hoy es un día de fiesta, ¿no? Feliz Navidad.

Se alejó y a mí se me rompió el corazón al verlo marchar.

Lo había arruinado todo. Debería haberlo sabido, debería haberlo sospechado. La pena silenciosa de Abdullah se me clavó en el pecho como un puñal. Habría preferido mil veces que me gritase, como mi tío. Su decepción me dolía incluso más, pero ¿es que él no tenía también parte de culpa? Sus mentiras y sus secretos habían jugado en nuestra contra. Ojalá hubiese...

Whit me dio un suave golpe en la rodilla con la suya.

—Para.

Me sobresalté.

—¿Qué?

Él se inclinó hacia mí, hablando en voz baja para que Isadora no pudiese oírlo.

—Sé lo que estás haciendo. No puedes cambiar lo que ha ocurrido o lo que has hecho. Intenta no ser tan dura contigo. Tu madre te traicionó. Si hay alguien a quien no puedas perdonar, que sea a ella.

Las lágrimas me anegaron los ojos.

—No sé si puedo hacerlo.

—Inténtalo —repuso en un susurro amable. Se puso de pie y me tendió la mano—. Ven conmigo, Olivera. Tengo algo que enseñarte.

—¿Todavía quieres aprender a disparar? —lo interrumpió Isadora. Casi se me había olvidado que estaba ahí—. Puedo enseñarte ahora, si quieres. Sería mi regalo de Navidad.

Whit frunció el ceño.

—Yo puedo enseñarte a disparar.

Me puse de pie de un salto. De repente, la idea de volar algo por los aires me resultaba de lo más atractiva.

—Vamos.

—Olivera... —empezó a decir Whit. Isadora enarcó las cejas al darse cuenta de cómo pronunciaba el joven mi apellido.

—Si quieres aprender, puedo enseñarte ahora —dijo.

—Estoy en buenas manos —le dije a Whit—. Ya has visto cómo dispara Isadora, ¿no?

—Está bien, pero ven a buscarme cuando hayas acabado. Al quiosco de Trajano. Y, por el amor de Dios, no te hagas daño.

Isadora me alejó del resto y juntas nos acercamos al río, a un claro enorme, rodeado de árboles y rocas. La seguí hasta la orilla y se me llenaron los zapatos de la arena caliente de las dunas. Algo se deslizó frente a mí y solté un gritito.

La joven se dio la vuelta y echó un vistazo a mi espalda.

—Un escorpión. Menos mal que no te ha picado.

Me estremecí mientras veía al insecto subir por la colina. Se detuvo y se subió a una roca lisa. Yo me giré y fui en busca de Isadora.

—Creo que lo mejor será que, de momento, disparemos al agua. Después ya podremos practicar a disparar a algunos objetos, cuando te acostumbres al rebote de la pistola.

—*Gracias* —murmuré, aunque no podía dejar de pensar en la cara de decepción de mi tío Ricardo. Tenía su expresión furiosa grabada en la cabeza. Jamás la olvidaría, no hasta que muriera.

—¿Estás bien? —me preguntó Isadora—. Estás blanca.

—Mi tío y yo hemos discutido —dije, porque si podía evitar tener que volver a mentir, lo haría. Estaba harta de las mentiras—. Ha sido culpa mía. Bueno, *la mayoría* ha sido culpa mía.

—¿Te has disculpado?

Solté una carcajada amarga.

—Sí, aunque no ha servido de mucho.

Isadora se mordió el labio inferior.

—Todos cometemos errores.

—Aunque sea cierto, no me hace sentir mucho mejor —dudé—. Confié en la persona equivocada.

—Eres una persona de lo más confiada —comentó—. Quizá demasiado.

Parpadeé, sorprendida por su comentario. La ira me invadió, haciéndome hervir la sangre.

—No me conoces en absoluto.

Isadora desenfundó su pistola, brillante y elegante a la luz del sol. La alzó y me apuntó directamente al corazón. Algo refulgió en su mirada. Algo que no supe identificar. El mundo que me rodeaba se difuminó y se redujo tan solo al cañón de su pistola.

—Sé que eres la clase de persona que abandonaría la seguridad del campamento con una desconocida, a sabiendas de que lleva un arma encima.

Retrocedí un paso.

—¿A qué estás jugando? Bájala.

Isadora puso los ojos en blanco.

—Así que ahora tienes miedo. Demasiado tarde, Inez. —Apuntó hacia el escorpión, que descansaba sobre la roca. Respiró hondo y apretó el gatillo.

La bala voló en pedazos al insecto, levantando guijarros y arena

con el impacto.

Sin mediar palabra, me tendió la pistola.

—Te toca.

29

Me acerqué al quiosco de Trajano, con el sol brillando en lo alto del cielo azul. En el antiguo Egipto, el dios Ra reinaba sobre el sol y el cielo, dando calor y vida. Y en la isla de Filé, aislada de la mayoría de las comodidades modernas, me era muy fácil imaginarlo guiando mis pasos mientras bajaba hacia las profundidades de la cama del faraón. Mi clase con Isadora había ido muy bien y, aunque no ganaría ningún premio por mis disparos, sí que estaba bastante orgullosa de mi puntería.

Isadora y su vena temeraria. Después de apuntarme con la pistola, se comportó como si nada hubiese pasado. Observadora y reflexiva, alegre y competente, dejando a la vista de todos sus hoyuelos al sonreír. Actuó como si no acabase de apuntarme con un arma. Pero quizás ese había sido justo su objetivo.

¿Me estaba diciendo que tuviera más cuidado?

—¿Olivera?

Regresé al presente. Oí unos pasos acercándose y una luz titilante apareció por la escalera, seguida de la figura musculosa de Whit.

—Veo que sigues de una pieza —comentó, bromeando, aunque me fijé en que lo dijo un tanto aliviado.

—Es una buena profesora.

—¿Qué opinas de ella? —me preguntó.

Pensé en qué responder a aquello.

—Me cae bien —dije lentamente—. No encaja dentro del molde de una belleza típicamente inglesa, educada y refinada, pero creo que ese es justo su atractivo. Es astuta, estratégica y encantadora... cuando quiere. Nunca había conocido a nadie así. ¿Y tú?

—Es muy difícil de leer, y más complicada de descifrar.

—Isadora es como... tú.

Pensé que se ofendería pero, para mi sorpresa, asintió.

—Exacto.

—Así que por eso no te gusta. Por eso no confías en ella.

—Olivera, no puedo confiar ni en mí mismo.

Me guio a través de los túneles, internándonos en una nueva sala que habían descubierto hacía poco, a juzgar por el olor a pólvora y el polvo que flotaba por el aire. Sobre nuestras cabezas, el techo se alzaba imponente y oscuro. Habían apilado unas enormes rocas junto a la escarpada pared. La cámara era estrecha y tuve que toser para aclararme los pulmones por el aire tan viciado. Él aseguró la vela entre dos rocas y lanzó su chaqueta sobre una piedra un poco más

alta, antes de volverse para mirarme.

El polvo le manchaba las mejillas, y la luz de la llama proyectaba sombras en su rostro, oscureciendo sus facciones. Solo el azul de su mirada refulgía con fuerza bajo la tenue luz.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Digamos que es tu regalo de Navidad —dijo, esbozando una pequeña sonrisa. Me hizo un gesto para que me acercase a un enorme montón de cuerda que había enrollado en el suelo, con uno de los extremos alzándose hacia el techo y desapareciendo entre las sombras.

—Mi regalo de Navidad —repetí mientras me ataba el otro extremo de la cuerda alrededor de la cintura. Su aliento me acarició las mejillas mientras trabajaba en silencio. Alcé la barbilla y me quedé mirando fijamente su rostro, aunque él estaba completamente centrado en el nudo.

Cuando terminó, sacó la sandalia encantada de mi tío del bolsillo de su chaleco y me la tendió.

—Abróchala —me pidió.

Lo hice, y la punta del zapato se prendió al momento, con una llama furiosa y azulada. Entonces, sin más preámbulo, se encaramó sobre las rocas, subiendo cada vez más alto, hasta que lo perdí de vista en medio de la densa oscuridad que llenaba la sala.

—¿Whit? —lo llamé.

—Estoy aquí —dijo. Su voz provenía de muy arriba—. ¿Estás lista?

—Qué remedio.

Soltó una suave carcajada divertida.

—Agárrate con fuerza a la cuerda con la mano libre, Olivera. Y no grites.

—Que no... *¡ah!*

Un fuerte tirón me lanzó volando hacia el techo. Whit pasó a mi lado en su descenso, y apenas pude captar un destello de su sonrisa antes de llegar hasta el techo, impulsada por su peso, al mismo tiempo que él aterrizaba en el suelo. La llama azul iluminó las paredes de la cueva y, cuanto más alto estaba, más lisas se volvían las paredes. Whit ralentizó mi ascenso.

—¿Lo ves? —me gritó desde el suelo.

Entrecerré los ojos y eché un vistazo a mi alrededor, usando mis piernas para darme la vuelta.

—No. ¿Qué se supone que...? *¡Miércoles!*

Y entonces lo vi, una serie de pinturas en colores azules, verdes y rojos. Una mujer hecha de estrellas, que acababa de tragarse el sol y la luna, que viajarían a través de su cuerpo para renacer al amanecer.

—Es la diosa Nut —susurré. El sudor me caía por la frente por el calor de la sala, y tenía las manos resbaladizas, pero no me importaba.

Estaba frente a algo tan increíble que, por un momento, me había hecho olvidarme de mi tristeza. Me había vuelto ingrávida, como si flotase en el aire, con solo la cuerda que llevaba atada a la cintura para recordarme que estaba sola.

Whit le dio un suave tirón a la cuerda y yo bajé la mirada hacia el suelo. Casi no podía verlo. Silbé y él me bajó, lentamente y con mucho cuidado. Cuando mis pies llegaron abajo, me desató el nudo de la cintura. Sus manos eran firmes y seguras, y yo me moría por que explorasen mi cuerpo.

—Eso ha sido precioso. —Carraspeé, abrumada—. *Gracias*.

Él esbozó una sonrisa. Una de las de verdad.

—*Feliz Navidad, Inez.*

Me aclaré la garganta.

—Yo también tengo algo para ti.

—¿Ah, sí?



Sin mirarlo, me agaché, recogí mi bolsa y rebusqué algo en su interior. Saqué mi cuaderno de dibujo y lo abrí a la mitad. Había arrancado una única página, con un boceto de Whitford Hayes. Pero no era el que había hecho en el Groppi, hacía tantas semanas. Este representaba al Whit que yo siempre recordaría. Con su mirada directa y sus emociones escondidas justo bajo la superficie.

Sin mediar palabra, se lo di.

Él se limpió las manos en los pantalones y lo tomó con cuidado.

Entonces alzó la mirada hacia mí. Se quedó boquiabierto, aunque cerró la boca rápidamente. Como si no se atreviese a expresar lo que estaba sintiendo en realidad.

—Gracias —murmuró con voz ronca—. Pero no lo has firmado.

—Oh —dije—. Creía que sí, ¿tienes una pluma? ¿O un lápiz?

Él asintió, distraído, con la mirada clavada en el dibujo.

—En el bolsillo de mi chaqueta.

Me acerqué a donde la había dejado y rebusqué entre sus bolsillos. Tenía toda clase de cosas en esa chaqueta. Tapas de plumas, un pañuelo, algunas monedas egipcias y una navaja. Whitford Hayes siempre iba preparado para cualquier cosa.

Seguí rebuscando entre sus bolsillos.

—¿Por qué llevas cerillas?

—Por si necesito volar algo por los aires.

Solté una risa y seguí con mi búsqueda. Mis dedos se toparon con algo pequeño y suave. Por curiosidad, lo saqué, y me sorprendí al reconocer el botón que creía perdido. El que pensaba que había desaparecido aquel día en el puerto.

Cuando conocí a Whit.

En silencio, lo alcé para enseñárselo.

—¿Por qué tienes esto?

Él alzó la mirada y se quedó helado al momento. Se le sonrojaron las mejillas con violencia.

—Llevo mucho tiempo buscándolo —dije, rompiendo el silencio cuando me quedó claro que no me iba a responder—. ¿Por qué te lo llevaste?

—Estaba suelto —repuso, un tanto a la defensiva.

Aguardé, porque sentía que esa historia escondía algo más.

Él se mesó el cabello, nervioso, y me lanzó una mirada ligeramente molesta.

—No lo sé —admitió al final—. Tu madre siempre estaba hablando de ti, de los libros que leías, de las bromas que les gastabas a tu tía y a tus primas. De tu comida favorita, de lo mucho que te gustaba el café. Ese día, en el puerto, tuve la sensación de estar conociendo a alguien a quien, en realidad, ya conocía, y aun así me sorprendiste. Me entraron unas ganas inmensas de echarme a reír cuando huiste, con esa sonrisa traviesa y orgullosa dibujada en tu rostro.

Una sensación cálida me invadió.

—No pude tirar el botón… —suspiró, y después añadió en un susurro—: Ni devolvértelo.

Me sonrojé, consciente de lo mucho que le había costado abrirse tanto. Demostrar que sentía algo por mí. Sin pensar, fui a meterme el botón en el bolsillo de mi falda, pero Whit extendió la mano, con la

palma hacia arriba.

Solté una carcajada incrédula.

—¿Quieres quedártelo?

Asintió en silencio.

Se lo devolví. Y después, con cuidado, le dio vueltas entre sus dedos antes de guardárselo en el bolsillo, con las manos un tanto temblorosas.

—Feliz Navidad a ti también, Whit.

Lo que sentía por él había cambiado, se había vuelto mucho más profundo, a pesar de lo mucho que hubiese intentado evitarlo. Me ponía enferma no haberle confesado la verdad de cómo me sentía cuando tuve la oportunidad. Tuve que luchar contra todos mis impulsos para no volverlo a besar. La decepción me invadió. Ahora era demasiado tarde. Estaba prometido. Tenía a alguien esperándolo en casa. Y aunque lo que sentía por él era algo más que una simple atracción, lo que él sentía por mí, no.

Y la atracción no se parecía en nada al amor.

Carraspeé, me ardían los ojos y sentía las mejillas acaloradas.

—Deberíamos irnos.

Pero ninguno de los dos se movió. El silencio se cernió sobre nosotros. Como si fuésemos las únicas dos personas en Filé. En todo el mundo.

—Llevo comprometido desde los diez años —dijo en un susurro —. Mi familia lo concertó. Nos hemos visto solo dos veces.

—¿Por qué me lo cuentas?

Él apartó la mirada, clavándola en las puntas de sus botas. Entonces suspiró y la alzó de nuevo hacia mí.

—Tienes razón. No importa, nunca ha importado.

Solté todo el aire que había estado conteniendo inconscientemente en un largo suspiro. ¿Debería sentirme aliviada? Tal vez.

—Siempre seremos amigos, Olivera.

Me tomó de la mano con firmeza. Su palma callosa y áspera contra la mía. Enredó sus dedos con los míos y me estremecí. Sus ojos cobraron un brillo abrasador mientras, despacio, muy despacio, se llevaba mi mano a los labios.

Me dio un beso suave y largo en la cara interna de la muñeca.

Pude sentir su caricia por todo mi cuerpo. Whit me soltó la mano y después me sacó de los túneles y me llevó de vuelta a la luz.

Su regalo tan solo había conseguido hacerme sentir peor.



Me reuní con el resto del equipo para comer en cuanto terminaron de rezar sus oraciones del mediodía y, por una vez, la

conversación fue escasa e incómoda. El equipo pareció percibir la tensión que había entre mi tío y yo, más de la habitual. El calor hacía que mi vestido de lino se me pegase a la piel, arrugado y manchado de pintura y polvo. Ese era el vestido que me ponía para trabajar, lo que significaba que lo llevaba puesto prácticamente cada día. Había intentado sin éxito limpiar las peores manchas por la noche, pero no se podían borrar las huellas del desierto tan fácilmente.

Elvira se quedaría *horrorizada* si me viese.

La echaba tanto de menos que dolía, y terminaba pensando en ella más a menudo de lo que esperaba. Sabía cómo eran sus días, a pesar de estar a un mundo de distancia. El desayuno temprano, pero sin café, seguido de las clases. Un descanso para tomar un almuerzo ligero y después tocaba visitar a los vecinos. Una cena tardía y luego a la cama. Pero yo siempre me las apañaba para escaquearme de la rutina de alguna manera, y Elvira me seguía todas y cada una de esas veces.

Juntas, esa pequeña sombra que siempre estaba riéndose y siguiéndome a todas partes y yo, vivíamos nuestras pequeñas aventuras.

Ojalá me hubiese traído algo suyo, tan solo para sentirla cerca. Para recordar su sonrisa o el sonido de su voz.

Cuando terminamos de comer, mi tío y Abdullah hablaron en privado con el señor Fincastle e Isadora y, después de un momento, nos pidieron a Whit y a mí que nos uniésemos a su pequeño grupo, a poca distancia del campamento.

—¿Tenéis todas vuestras cosas? —preguntó mi tío sin ninguna emoción cuando me uní a ellos. Señalé mi bolsa, donde guardaba mi cuaderno de dibujo, los carboncillos y las pinturas.

—¿El equipo sospecha algo de lo que vamos a hacer? —preguntó Whit.

—Se suponía que tenía que ser un secreto —repuso Abdullah—. Así que, evidentemente, a estas alturas, todo el mundo lo sabe.

—Pídanles que se vayan —dijo una voz ronca. El señor Fincastle estaba de pie entre dos de las columnas que rodeaban el patio, medio escondido entre las sombras. Dio un paso adelante, con un rifle entre las manos, y lanzó una mirada inquieta hacia la entrada del templo—. No deberían confiar en ellos.

Abdullah, que siempre estaba sonriendo, lo miró tenso, con los hombros rígidos.

—¿Y eso por qué, señor Fincastle?

—No responda —espetó mi tío Ricardo—. Como ya le he dicho en varias ocasiones, no me importa su opinión. Lo he contratado para que hiciera su trabajo, y no pienso tolerar que le falte el respeto a ningún miembro del equipo. ¿Le ha quedado claro?

Isadora se puso tensa ante el afilado tono de mi tío. Se llevó la mano instintivamente hacia el bolsillo. Sabía lo que llevaba ahí guardado.

—Están haciendo mi trabajo mucho más complicado —repuso el señor Fincastle, antes de marcharse dando enormes zancadas hacia el primer pilón, con la espalda erguida y tensa. Bien podría haber estado marchando hacia el frente de guerra, preparado para dar su vida por Dios y su país.

Su devoción me descolocó.

—Nunca ha fracasado en nada —dijo Isadora—. Se le da bien lo que hace. Deberían dejarlo hacer su trabajo. —Se alejó con seguridad hacia su padre. Como si quisiese que quedara claro que no estaba huyendo de nosotros.

—Nunca debería haberte permitido que lo contrataras, Ricardo —comentó Abdullah cuando Isadora se alejó lo suficiente.

Mi tío se quedó mirando al señor Fincastle.

—Sabes por qué lo hice.

Whit me miró de soslayo. Por mi madre, la delincuente y contrabandista, y su desafortunada implicación con la Compañía.

La vergüenza me invadió, dejándome un sabor amargo en la boca.

Sentí, más que vi, el ceño fruncido de mi tío al mirarme, emanando rechazo. Sin mediar palabra, siguió adelante y desapareció en el interior del templo, abrochando la sandalia al entrar. Saltó una chispa y el zapato se prendió, con las llamas azuladas engullendo la punta. Los demás lo seguimos al interior y después le pidió a Abdullah que descendiese él primero por las escaleras. Bajamos los escalones en completo silencio y recorrimos la antecámara y la cámara del tesoro en fila india.

Y entonces oímos a un joven gritar.

Me di la vuelta y me encontré con el señor Fincastle levantando a Kareem por el cuello de su túnica larga y blanquecina. El chico no paraba de patalear, intentando golpearlo en la entrepierna, pero su baja estatura no le daba ninguna ventaja.

—Suéltelo —ladró Abdullah.

—Los estaba siguiendo…

—No es peligroso. Suéltelo. —Mi tío se acercó a ellos y señaló a Kareem, que se removió con violencia bajo el agarre férreo del señor Fincastle.

—Donde vaya uno, los demás lo seguirán —repuso el señor Fincastle, pero después soltó a Kareem con una sacudida. Le lanzó una mirada furiosa a mi tío y luego desapareció por las escaleras.

—Es una amenaza —dijo Abdullah asqueado—. Ven, Kareem, puedes venir con nosotros.

—Pero compórtate —le advirtió mi tío Ricardo—. Y, por el amor

de Dios, no rompas nada.

Kareem asintió y sus ojos marrones brillaron de emoción. Se limpió las manos en su larga galabiya y después me sonrió. Whit no pudo evitar esbozar una sonrisa divertida al verlo y después le hizo un gesto a Kareem para que fuese delante de él. Juntos, apretamos las baldosas sueltas y la puerta oculta se abrió con un gruñido que resonó por toda la silenciosa sala. Ante nosotros, la ancha pared bloqueaba nuestro camino, con sus altas puertas cerradas y selladas por una gruesa cuerda que rodeaba ambos pomos de cobre. Sentí que nos estábamos entrometiendo en algo que no deberíamos. Estábamos perturbando algo que debería permanecer oculto, a salvo de las miradas curiosas.

Deberíamos dejarlos descansar tranquilos y en paz.

Le lancé una mirada a Abdullah, que observaba las puertas con la misma expresión de desasosiego.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Ricardo, observando a su cuñado atentamente—. ¿Has cambiado de opinión?

—Ya hemos hablado de esto —repuso Abdullah, con un deje irritado—. Preferiría no tocar nada, pero sé que habrá otros que no piensen lo mismo. Me temo que me arrepentiré si no lo hacemos, si no registramos y estudiamos todo lo que encontremos antes de que alguien destruya este lugar sagrado. —Abdullah respiró hondo—. No me lo vuelvas a preguntar. Seguimos adelante.

Ricardo se hizo a un lado.

—Entonces, retira la cuerda.

Abdullah dio un paso adelante y empezó a retirarla. Whit me dio un suave golpe en el brazo para llamar mi atención y señaló dos estatuas, colocadas una a cada lado de las puertas. No me había fijado en ellas hasta ahora. Eran dos mujeres altas, vestidas con túnicas largas que parecían más griegas que egipcias, al menos en mi opinión, y que estaban talladas con todo lujo de detalles. De inmediato, pensé en Shakespeare.

—¿Eira y Carmión? —adiviné—. ¿Las sirvientas de Cleopatra?

Mi tío Ricardo asintió.

—Protegiéndola incluso ahora, en el más allá.

—«Con el tiempo, lo que se teme suele odiarse» —cité—. Carmión tiene las mejores frases.

—No es verdad —repuso Whit—. «Termina, Majestad. El claro día se apaga y vamos a las sombras». Me sentí mal por las dos.

Sabía por qué. Dos jóvenes, condenadas a morir con su reina, su propia lealtad conduciéndolas hacia el más allá, hacia un futuro sin más días brillantes y lleno de oscuridad.

Whit me miró atentamente.

—¿Crees que las tres murieron por la mordedura del áspid o

envenenadas?

Pensé en todo lo que sabía sobre Cleopatra, en todo lo que había aprendido gracias a los libros de Plutarco y los recuerdos que ella misma me había mostrado con su magia.

—Era toda una estratega y planeaba todo al milímetro, no creo que le confiase su destino a un animal salvaje. ¿No se conoce a las víboras áspid por ser especialmente lentas? —Negué con la cabeza—. No, creo que ella misma organizó su muerte.

—Entonces, tuvieron que morir envenenadas con cicuta —repuso Whit—. Estoy de acuerdo, pero tienes que admitir que morir por la mordedura de un áspid es mucho más dramático, sobre todo al ser el emblema real de Egipto.

La sala se había quedado curiosamente en silencio y, cuando me di la vuelta, esperando ver las puertas abiertas, me topé con Abdullah y mi tío Ricardo, que nos miraban a Whit y a mí alternativamente, divertidos.

—¿Ya habéis finalizado con vuestra discusión morbosa? —preguntó mi tío Ricardo, cortante.

Me sonrojé y aparté la mirada de Whit. Abdullah terminó de retirar la cuerda y se la tendió al joven. Después, se volvió hacia mi tío y, juntos, cada uno empujó una de las puertas, que se abrieron hacia delante, dejando al descubierto otra sala sumida en una penumbra asfixiante. El aire cálido me golpeó la cara, sacudiéndome el pelo. Sabía a algo antiguo, a secretos enterrados hacía mucho tiempo y a habitaciones oscuras hechas de piedra.

Las llamas de todas nuestras velas titilaron y se apagaron. La oscuridad nos engulló. Kareem soltó un grito ahogado y yo tendí la mano hacia él, topándome con sus delgados hombros. Le di un suave apretón para hacerle saber que no estaba solo. Aunque lo pareciese. Alguien se acercó un poco más a mí, una figura alta y musculosa que olía a sudor y a cuero.

Whit.

Me rozó los dedos con los suyos y yo relajé la mandíbula, que había apretado inconscientemente.

—Que no cunda el pánico —dijo Abdullah—. Ricardo, ¿la sandalia?

Oí a mi tío rebuscando entre sus cosas. Una llama azulada iluminó la sala y yo suspiré, aliviada. Los hombres prendieron unas cuantas cerillas y volvieron a encender las velas, al mismo tiempo que yo me agachaba hacia Kareem.

—¿Estás bien?

Él asintió y esbozó una sonrisa avergonzada. Le volví a dar un delicado apretón en sus delgados hombros. Y entonces, todos juntos, nos adentramos en la sala, con nuestras diversas fuentes de luz en la

mano. Se me cortó la respiración y el corazón me latía acelerado, aporreándome las costillas. Durante dos milenios, esta sala había permanecido en la oscuridad. Su majestuosidad oculta bajo la roca y la arena.

Pero ya no.

Estaba de pie en un lugar donde una vez estuvieron los antiguos egipcios. Estaba respirando el mismo aire viciado que ellos, podía sentir las cuatro paredes encerrándonos en su interior. Parpadeé para acostumbrarme a la tenue luz y observé lentamente la sala que se abría ante mí; la negrura se disipó poco a poco. Frente a mí había un estrado elevado sobre el que descansaba un sarcófago, con otros dos flanqueándolo. El sabor a rosas me explotó en la boca, y entonces supe, sin tener que acercarme, quién descansaba en el centro.

La última faraona de Egipto.

Cleopatra.

—Plutarco se equivocaba. No la incineraron… Marco Antonio está a la izquierda —dijo mi tío Ricardo con voz ronca.

—Cesarión a la derecha —comentó Abdullah. El sarcófago del primer hijo de Cleopatra y César tenía algunos grabados y, tras él, se alzaba una imponente estatua. Sobre la cabeza de la estatua estaba Horus, en forma de halcón, con las alas desplegadas como si estuviese en pleno vuelo.

—Augusto fue muy amable al permitir que los enterraran juntos —dijo Whit con ironía.

—No fue cuestión de amabilidad —se mofó mi tío Ricardo—. Sino de estrategia. No quería enfrentarse a una guerra civil en Egipto, y a Cleopatra, en su época, se la consideraba una diosa. Eso sin olvidar que Augusto todavía tenía que enfrentarse a sus hijos.

—Ellos también salen representados en las paredes —dijo Abdullah—. Extraordinario.

No podía asimilar lo bastante rápido lo que estaba presenciando. Había hermosos escarabeos decorando las paredes, con las alas desplegadas. Cientos de estatuas rodeaban los tres sarcófagos, algunas representaban a animales de lo más extraños, e incluso había once enormes remos apoyados contra una de las paredes.

—Para el barco solar —dijo Whit, siguiendo mi mirada—. Para que la llevasen a ella y a su familia al más allá.

—¡Mira esto! —exclamó Kareem.

Todos a la vez, nos volvimos en su dirección. El rostro de mi tío se retorció, horrorizado. Kareem estaba de pie junto a una vasija, con la tapa en una mano y, la otra metida dentro para sacar lo que quiera que hubiese en su interior. Sus dedos estaban impregnados con un líquido espeso y oscuro.

Kareem se los llevó a la boca.

—*¡No!* —gritó Abdullah.

Demasiado tarde, Kareem ya estaba saboreando el líquido pegajoso. Se quedó pensativo y después esbozó una sonrisa de oreja a oreja, antes de volver a tapar la vasija.

—Solo es miel.

—Esa miel tiene *más de dos mil años* —dijo mi tío Ricardo—. No me puedo creer que te hayas comido algo así.

Kareem se encogió de hombros.

—Olía bien.

Whit tembló de la risa que estaba intentando contener y se volvió hacia mí, con una sonrisa divertida tironeando de sus labios. No pude evitarlo y me eché a reír. Abdullah le revolvió el pelo a Kareem, carcajeándose.

—Se te ha acabado la miel por hoy —le dijo con cariño—. Anda, ve a ayudar al resto del equipo.

Kareem se marchó, con sus sandalias deslizándose sobre el suelo de piedra.

Mi tío negó con la cabeza, murmurando algo para sí mismo. Y después volvió a centrarse en lo que de verdad importaba. Escuché atentamente mientras Abdullah y él señalaban quiénes estaban representados por las paredes. En el muro norte, Cleopatra con la diosa Nut. En el muro oeste, el Libro del Amduat y sus doce horas y, en el este, el primer hechizo del Libro de los Muertos. Y, por último, en el muro sur, Cleopatra estaba rodeada de varias deidades del antiguo Egipto: Anubis, el dios de los muertos, con su cabeza de chacal girada hacia un lado, Isis y Hator.

Y, alrededor de su sarcófago, habían grabado la batalla de Accio, el día en el que la Reina de Reyes lo perdió todo. Cleopatra estaba de pie en la proa de un barco de guerra hexere mientras que sus soldados remaban hacia su última batalla contra Octavio. Tras esa victoria fue cuando se lo rebautizó como Augusto.

Todos los artefactos de esa cámara tenían algo hecho de oro. Mi madre habría querido ponerle las manos encima y robar todo lo que pudiese. El tiempo se nos estaba agotando, y la distancia entre nosotras tan solo se hacía más grande a cada minuto que pasaba. Quería salir corriendo de allí y perseguirla.

—Inez, tienes mucho trabajo que hacer —dijo mi tío Ricardo, observándome con perspicacia, adivinando en lo que estaba pensando —. Lo mejor será que empieces cuanto antes.



Al final del día casi no podía ni doblar los dedos de mi mano derecha. Los tenía acalambrados y doloridos, pero me sentía bastante orgullosa de mis bocetos de la cámara funeraria. Entré dando tumbos

a mi cuarto, llena de polvo y suciedad, con los ojos vidriosos, demasiado cansada incluso para comer. Dejé la vela encendida sobre la pila de libros que había junto a mi saco de dormir y me acerqué de inmediato a la palangana. Me lavé la cara, el cuello y las manos y me dejé caer sobre las mantas, prometiéndome que no me movería hasta mañana.

Aunque el momento solo me duró unos minutos.

Se me formó un nudo de preocupación en el estómago. Recorrí la habitación de un lado a otro, agitando las manos. No me podía creer que mi tío quisiese dejarme atrás cuando todo esto era culpa mía. Me sentía tan desesperada por arreglar las cosas entre nosotros que me costaba hasta respirar. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, para distraerme. Pensé en ir al cuarto de Whit, pero me obligué a quedarme donde estaba.

No podía ir a buscarlo.

Eché un vistazo por mi habitación y mi mirada se posó en la carta de mi tía Lorena, sobre el cajón de madera. No debería ser tan cobarde. ¿Qué podría haber escrito que fuese peor que lo que había vivido hoy?

Con un gruñido, tomé la carta. Había esperado encontrarme varios papeles en su interior, pero solo había dos, doblados a toda prisa. Fruncí el ceño y me senté con la espalda erguida, entrecerrando los ojos para poder leer las cartas bajo la tenue luz de la vela. Desdoblé la primera misiva.

Querida Inez:

No sé por dónde empezar. No me has respondido a mi última carta, lo que probablemente significa que se perdió en el trayecto. No es fácil escribir esto.

Elvira ha desaparecido.

Ya no sé qué más hacer. No sabemos nada y las autoridades tampoco nos han sido de mucha ayuda. Vuelve a casa. Te lo ruego.

Vuelve a casa.

Lorena

Los segundos siguientes transcurrieron en medio de una neblina; sus palabras flotaban a mi alrededor, pero no tenían ningún sentido. ¿Cómo era posible que Elvira hubiese desaparecido? Mi tía tenía que estar equivocada, ella... Pestañeé para contener las lágrimas, acordándome de la primera carta que me había enviado, la que había

recibido poco después de mi llegada a Egipto. Rebusqué desesperada por toda mi habitación, lanzando los libros por todas partes, buscando dentro de mi bolsa de lona y maldiciendo sin parar. La carta no apareció. ¿Cómo había podido ser tan descuidada?

Y entonces me acordé de la segunda misiva que había dentro del sobre. Con las manos temblorosas, la saqué y la leí de principio a fin.

Inez:

Mi hermana nunca habría sido tan insensata de no haber sido por ti. Le advertí que escaparse de Buenos Aires tan solo le traería problemas. Todavía no ha vuelto a casa, y todo es culpa tuya, por mostrarle hacia dónde tenía que ir. Tememos que la hayan secuestrado… o algo peor.

Si a Elvira le pasa algo, nunca te lo perdonaré.

Y puedes contar con que me pasaré el resto de tus días atormentándote.

Amaranta

—¡Joder! —grité.

—¡Por Dios! —exclamó Whit desde su habitación—. ¿Qué demonios pasa ahora?

Me di media vuelta, asustada. Él hizo a un lado la cortina y frunció el ceño al verme.

—¡Whit! Tengo que ir a buscar a mi tío.

Él se adentró en mi habitación.

—¿Qué ha pasado? Estás muy pálida.

—¿Dónde está mi tío?

Me estrechó delicadamente entre sus brazos y yo me retorcí contra él, desesperada por ir en busca de mi tío Ricardo. Acababan de cenar, lo más probable era que siguiese despierto.

—¡Tengo que irme!

—Tranquila, Inez —murmuró contra mi cabello—. ¿Ir a dónde?

—¡A Buenos Aires!

Él se puso rígido y se apartó lo suficiente como para mirarme a la cara, con la preocupación escrita por todo su hermoso rostro.

—¿Te…? —No pudo terminar la frase, boquiabierto—. ¿Te vas de Egipto?

Suspiré con fuerza y luché contra el miedo que me carcomía por dentro, como buitres hambrientos.

—Mi prima Elvira ha desaparecido. Mi tía ha intentado ponerse en contacto conmigo dos veces y, como soy una imbécil, ignoré sus

cartas.

—Espera. ¿Es posible que sea una trampa?

Parpadeé, incrédula.

—¿Una qué?

—¿Es posible que tu tía te haya mentido? Quizá te esté engañando para que vuelvas a casa.

No se me había ocurrido esa posibilidad pero, en cuanto lo pensé, supe que no era posible. Negué con la cabeza.

—Jamás haría algo así. No después de lo que pasé cuando supe lo de mis padres. No se inventaría algo así sobre Elvira. —Cerré los ojos con fuerza. Aunque lo había dicho en voz alta, apenas podía creer que esto estuviese pasando.

Whit me condujo suavemente fuera de mi estrecho dormitorio. Para cuando encontramos a mi tío, que estaba leyendo un libro sentado sobre su saco de dormir, volvía a estar temblando, con las lágrimas cayéndome descontroladas por las mejillas.

Él lanzó el libro a un lado y se puso de pie de un salto.

—*¿Qué pasa?* ¿Qué ha ocurrido?

—Es Elvira —empecé a decir. Apretó los labios con fuerza mientras me escuchaba contarle todos los detalles y después le tendía la carta arrugada.

Mi tío me observó, serio, con una profunda arruga formándose por su ceño fruncido, y después leyó la carta, dos veces. El miedo se apoderó de mí. ¿Y si no se creía que esa carta era de mi tía? ¿Y si no *me* creía?

Le había mentido antes. Traicionado.

Ahora se negaba a dejarme que lo acompañara. Podía llamarme mentirosa, tonta. Ambas serían ciertas.

La tensión se cernía sobre nosotros mientras yo contenía la respiración y aguardaba.

—Te llevaré de vuelta a El Cairo —dijo en un murmullo—. Haz las maletas.

Whit

Inez se marchó, con su falda ondeando a su alrededor. Me di media vuelta para encarar a Ricardo. Que Inez se fuese a marchar a El Cairo me daba la oportunidad perfecta para hablarle de algo que me había estado atormentando. No quería sacar el tema, pero tenía que hacerlo. Había llegado el momento.

Ricardo se pasó una mano por el rostro, agotado.

—Vaya desastre.

—Lo sé.

Bajó la mirada hacia el libro de registro donde había estado apuntando todos los artefactos. Frunció el ceño al observar con

atención una página especialmente marcada. Todas sus pertenencias estaban desperdigadas por su estrecha habitación, formando un gran caos. Solía lanzar algo cuando no podía gritar.

—Ha estado justo aquí, todo este tiempo —dijo.

—¿El qué?

—Las pruebas del engaño de Inez —repuso. Clavando el dedo en la página—. Tuvo cuidado de llevarse solo artefactos repetidos, pero no siempre. Falta la serpiente azul. Valdrá una fortuna, una réplica perfecta del áspid que supuestamente mató a Cleopatra. La única serpiente en toda su tumba.

—Sigues enfadado con ella.

—No habrá un día en el que no lo esté —dijo, cansado—. ¿Por qué tú no estás furioso?

Me dejé caer contra la pared, cruzando las piernas a la altura de los tobillos, y me encogí de hombros.

—¿Cuánto crees que conocía de verdad a su madre?

—Eso no es excusa.

—Yo creo que sí —repuse en un susurro—. Lourdes se aseguró de ser una completa desconocida para su propia hija. Inez no sabía que aquí era otra persona muy distinta, con otra vida, no sabía lo buena mentirosa que era su madre. Y no te olvides de que Inez creía que estaba muerta. Nosotros también lo pensamos cuando no pudimos encontrarla. Tú habrías hecho cualquier cosa por ella, ¿te acuerdas de lo que pasó cuando creíste que los otros conservadores la habían asesinado?

—Eso fue antes de saber que me había traicionado —dijo Ricardo, cerrando el cuaderno de golpe—. ¿Qué querías?

—Tengo que regresar a casa —dije.

Él se volvió a mirarme, boquiabierto.

—¿Ahora?

Antes, había estado buscando otra vez el papiro, pero no lo había encontrado. No podía seguir ignorando a mi familia, no sin un motivo de peso, y no tenía ninguno.

—Mi familia me ha escrito demasiadas cartas. No puedo seguir fingiendo que no las he leído.

Ricardo guardó silencio, pensativo.

—¿Esto no tiene nada que ver con que Inez se vaya a ir de Egipto?

—No —repuse. Desde el principio había sabido que llegaría un día en el que tendría que volver. Incluso si hubiese conseguido encontrar lo que había venido a buscar.

—A tu contrato todavía le queda tiempo para expirar.

Asentí. Había estado esperando que lo comentase.

—Me devolviste a la vida, Ricardo. Siempre estaré en deuda

contigo. Pero no puedo quedarme más tiempo. Mi hermana me necesita.

—Está bien —repuso, en tono gélido—. Entonces, te buscaré un sustituto cuando lleguemos a El Cairo.

Apreté los dientes. Él sabía que prefería quedarme.

—Bien.

—Bien.

Me di media vuelta para marcharme, con la espalda erguida y un nudo horrible formándoseme en el estómago. No estaba listo para ponerle fin a mi vida aquí. No estaba listo para lo que me esperaba. Sería el marido de una desconocida. Tendría que tener hijos con ella.

—Whitford.

Me detuve y me volví a mirarlo. Ricardo se acercó y me puso la mano en el hombro.

—Has hecho un buen trabajo todo este tiempo. Me alegro de que hayas rehecho tu vida.

—Aunque mi vida no sea realmente mía, ¿verdad?

Ricardo esbozó una sonrisa triste.

—Todavía puedes elegir.

—No, no puedo.

Suspiró y me dio un suave apretón.

—Sé que le has tomado cariño a Inez. Gracias por haberla dejado ir.

Me marché antes de tener que volver a mentir.

PARTE CUATRO PERDIDO ENTRE MIL MINARETES

30

Fiel a su palabra, mi tío lo preparó todo para que partiésemos con los primeros rayos del amanecer a la mañana siguiente. Había pasado una noche horrible, dando vueltas sin parar, rezando por que encontrasen a Elvira. En algún punto de la noche, Whit había aparecido en mi puerta, como si lo hubiese invocado. Sin mediar palabra, me había tendido una taza de metal llena de brandy.

Yo la había aceptado, consciente del camisón fino que llevaba puesto y que se enredaba a mi alrededor. Él no había apartado la mirada de mis ojos. Le había dado un trago y el licor me había ardido al bajar por mi garganta y al llegar a mi estómago.

—Te he oído —me había dicho en un susurro—. No podías dormir. Pensé que esto podría ayudarte.

Le había dado otro trago y después le había devuelto la taza.

—No me gusta.

Él se había quedado mirando lo pequeña que era la taza de metal en su enorme mano, maravillado.

—A mí tampoco. Ya no.

—¿No lo echas de menos?

—Solo cuando quiero olvidar —había dicho un segundo después —. Pero no puedo seguir huyendo. Quédatela y bébetelo. Te ayudará a dormir, Olivera. —Y se había dado media vuelta antes de que pudiese decir nada. Había tantas cosas que había querido decirle. Pero me mordí la lengua y me volví a dejar caer sobre las mantas. El brandy me había calmado lo suficiente como para que pudiese pensar en lo que estaba ocurriendo con algo de lógica. El correo tardaba varias semanas en llegar desde Sudamérica a África. Mi tía debía de haber escrito las cartas una detrás de la otra. Incluso hasta era posible que Elvira ya hubiese regresado a casa sana y salva.

Pero entonces, ¿por qué mi tía Lorena no me había vuelto a escribir?

Era posible que sí que lo hubiese hecho y la carta no hubiese llegado aún. Quizá para cuando atracásemos en el puerto y regresásemos al Shepheard habría otra carta esperándome.

Aquella posibilidad me animó.

Kareem vino a ayudarme con mis maletas y, cuando salí de mi dormitorio, probablemente por última vez, localicé a Whit ayudando a mi tío con su equipaje. Me miró de reojo, tenía tan mal aspecto como yo, y sus ojos me recorrieron el rostro. Su mirada bajó desde mis ojos cansados hacia la curva de mis labios, y después frunció el ceño. Mi

tío lo llamó desde el quiosco de Trajano y Whit se dio media vuelta y corrió a echarle una mano.

Me despedí del resto del equipo, y después de Abdullah e incluso del señor Fincastle, cuyo brusco adiós tan solo confirmó lo mal que me caía aquel hombre. Isadora me sorprendió al darme un cálido abrazo.

—Recuerda, no confíes en nadie —me susurró—. No siempre estaré ahí para enseñarte cómo disparar. Te acuerdas de cómo se hacía, ¿no?

—No podría olvidar esa clase ni aunque quisiera —repuse, cortante.

—Escríbeme —me pidió—. Ya sabes dónde encontrarme.

Le prometí que lo haría. Antes de que me llamase mi tío, salí corriendo hacia el templo de Isis, levantando arena a mi paso. Dentro del templo todo seguía igual, era yo la que había cambiado. Esta sería mi última oportunidad de ver el lugar de descanso final de Cleopatra, antes de que el mundo entero lo descubriese. Este momento era solo nuestro, suyo y mío, el sabor a rosas en mi boca, la magia zumbando bajo mi piel.

Cuando por fin llegué a la cámara funeraria, las lágrimas me anegaban la mirada. Los objetos y artefactos relucían como el oro bajo la suave luz de la llama de mi vela. No quería olvidar ninguno de los detalles pero, sobre todo, no quería olvidar lo que se sentía al haberla encontrado.

Me alegraba que estuviese rodeada de su familia. Me alegraba también que todo lo que le habían dejado sus súbditos en la cámara para su viaje hacia el más allá hubiese quedado registrado. Dentro de unos años, los registros de Abdullah servirían de guía para quienes estudiasen cómo habían sido sus últimas horas en la Tierra. Los minutos siguieron transcurriendo y aparté la mirada del sarcófago de Cleopatra con reticencia. Observé la cámara del tesoro, deseando poder devolver el anillo a donde pertenecía.

El anillo que lo había empezado todo.

Papá me lo había enviado por alguna razón. Quizá nunca la descubriera y solo pensar en ello me rompía el corazón. Era como si estuviese despidiéndome de él una y otra vez. ¿Qué le habría ocurrido?

Ojalá supiera la respuesta.

Volví a pensar en Elvira, y supe que había llegado la hora de irme. Pasé junto a Kareem de vuelta al campamento. Lo llamé con un rápido gesto de la mano.

—Me marcho, pero quería despedirme. Ha sido un verdadero placer conocerte.

Él esbozó una sonrisa.

—No estés triste, *sitti*. Volverás.

Pestañeé para contener las lágrimas. Esperaba que fuese cierto, pero todo dependía de lo que le hubiese pasado a Elvira. Y también dependía de mi tío.

—*Ma’ es-salama* —me dijo.

Me dirigí hacia el río, donde el *Elefantina* me esperaba. Todas nuestras pertenencias estaban apiladas en la orilla, y mi tío Ricardo y Whit estaban enfrascados en una conversación. El primero parecía serio, y el segundo frustrado. Entonces mi tío se subió a bordo de la dahabiya y yo me acerqué a Whit. Tenía peor aspecto que nunca, con la camisa arrugada y suelta, las botas ajadas y sucias, sin que nadie las hubiese pulido desde hacía mucho tiempo, y su cabello revuelto, con los mechones despeinados cayéndole por la frente.

Nos quedamos mirándonos fijamente, Whit con las manos metidas en los bolsillos y yo juntando las mías, nerviosa, a mi espalda.

—¿De qué estabais hablando? —pregunté, rompiendo el silencio. Desde lejos no había parecido una conversación demasiado amistosa.

Él bajó la mirada hacia mí.

—No entraba en mis planes que sintieses nada por mí —dijo—. Lo siento mucho.

—Yo no —repuse.

—Voy a ir con vosotros a El Cairo.

Me dio un vuelco al corazón, prácticamente alzó el vuelo, como un pájaro desplegando sus alas. Pero Whit se fijó en la alegría que había quedado reflejada en mi rostro y negó con la cabeza.

—Tengo que volver a Inglaterra.

La euforia desapareció.

—¿Te vas?

—Después de que me echasen del ejército, estaba hecho un lío. Tal vez todavía lo esté, aunque solo en parte. Ricardo me dio un trabajo, un propósito. Me guio. Eso me ayudó a levantar cabeza. Pero no puedo seguir ignorando mis responsabilidades. Mis padres pensaban que volvería a casa hace un año. Y ya no puedo seguir *posponiéndolo*.

Su matrimonio. Íbamos a estar a un mundo de distancia el uno del otro, yo en Argentina y él en Inglaterra. Y él tendría una *esposa*. Sus días en Egipto siempre habían estado contados. Los remordimientos me invadieron al pensar en el tiempo que habíamos pasado juntos en esta isla. La forma en la que habíamos trabajado mano a mano, catalogando cada descubrimiento, sin importar lo pequeño que fuera. Habíamos formado un buen equipo y ahora ya no seríamos nada. Ni siquiera amigos.

—Siento mucho que no hayas encontrado lo que viniste a buscar —dije en un susurro—. ¿Qué era?

Él guardó silencio durante unos minutos más y después se encogió

de hombros.

—Cleopatra tenía una antepasada, que *también* se llamaba Cleopatra, a quien se la conoce por ser una famosa alquimista y hechicera. Estaba buscando un papiro que escribió antes de morir.

Sus palabras me hicieron recordar algo. Un momento borroso y escurridizo.

—¿Qué ponía en el papiro?

Él soltó una carcajada amarga.

—Solo estaba buscando una leyenda, Olivera. Probablemente ni siquiera exista o, si existió en algún momento, lo habrían destruido hace mucho tiempo.

—¿Qué ponía en el papiro? —repetí, el recuerdo estaba cobrando nitidez en mi memoria. Cleopatra preparando algo, leyendo… ¿era un pliego? ¿O solo había una hoja? No conseguía recordarlo.

—Es hora de irse —nos gritó mi tío Ricardo desde la dahabiya.

Todos los recuerdos sobre Cleopatra y su antepasada se desvanecieron. Ninguno de los dos se acercó al otro. No me vi capaz, con la decepción nublándome la vista. Whit también permaneció en silencio, como si no pudiese decir nada más.

Juntos, subimos a la cubierta, con la distancia interponiéndose entre nosotros, como si ya se hubiese marchado.



Llegamos a El Cairo una tarde soleada, el último día de diciembre. El resto del viaje había sido lento, y habíamos tenido algunos problemas con el *Elefantina*, lo que nos había retrasado unos cuantos días. Me había pasado muchas tardes sola. Mi tío se había encerrado en sí mismo, escribiendo cartas sin parar, y las envió cuando paramos en Tebas para aprovisionarnos. Whit era amable conmigo cuando estábamos juntos, pero nunca me buscaba para hablar y a menudo se retiraba a su camarote después de cenar. Sabía que era lo mejor. Pero seguía teniendo el corazón roto y las emociones a flor de piel. Me moría de ganas de irme, de ir a buscar a Elvira. Estaba desesperada por quedarme y ayudarlos a encontrar a mi traidora madre. Me prometí a mí misma que arreglaría todo este embrollo, y ahora iba a marcharme.

El péndulo del reloj oscilaba de un lado a otro, poniéndome nerviosa.

—Voy a comprarte un pasaje de vuelta a Buenos Aires —dijo mi tío en cuanto subimos por las escaleras que llevaban hasta la entrada del Shepheard. La terraza estaba tan llena como el primer día. Con viajeros disfrutando de una taza de té y poniéndose al día con sus viejos amigos. La calle bullía con su habitual actividad, las berlinas iban de un lado a otro por la avenida principal.

Echaría de menos El Cairo y la pena me asfixiaba, como un vestido demasiado apretado alrededor de mis costillas.

Estaba haciendo lo correcto. Elvira me necesitaba. Pero una parte de mí no me permitía olvidar lo mucho que les había fallado a… *a todos*.

—¿Te gustaría enviar un telegrama? —me preguntó mi tío, sacándome de mi ensimismamiento—. Llega antes que el correo postal.

—*Sí, por favor* —le respondí en español. Me había acostumbrado a hablar con mi tío en inglés, pero ahora que iba a volver a Argentina, mi cabeza ya había cambiado de idioma—. ¿Cuándo crees que podré irme a Alejandría?

—Eso depende de ti —dijo—. ¿Quieres esperar a recibir noticias de tu tía? Es posible que ya hayan encontrado a Elvira.

—Yo también lo he pensado —repuse, esperando a que mis ojos se adaptasen a la tenue iluminación del vestíbulo del Shepheard. La gente se arremolinaba a nuestro alrededor, formando pequeños grupos y charlando alegremente, mientras que otros estaban sentados en los diversos sofás que había junto a las paredes. Los pilares de granito se alzaban altos e imponentes, recordándome a los de Filé. Echaba de menos la pequeña isla, era como si un dolor me desgarrase desde dentro, cortándome la respiración, clavándoseme en el corazón. No tenía ninguna forma de saber si regresaría a esa isla algún día—. Quizá tengan alguna carta para mí.

Nos apresuramos hacia la recepción del hotel y la familiar sonrisa de Sallam nos dio la bienvenida.

—Hola, señor Marqués, señorita Olivera y señor Hayes. Es fantástico volverlos a ver, y justo a tiempo para el baile de Año Nuevo además.

Señaló a unos cuantos empleados del hotel, que llevaban sendos jarrones en brazos, con hermosas flores en su interior, hacia el salón de baile. Eran de toda clase de colores, rojos, rosas y morados brillantes. Lo más probable es que me perdiera la fiesta de esta noche, pero le devolví la sonrisa.

—Sallam, ¿hay alguna carta para mí?

Empezó a revisar los cajones del mostrador de inmediato, rebuscando entre los montones de papeles y cartas. Después de haberlo mirado todo, volvió a comprobarlo y luego alzó la vista hacia mí.

—No tengo nada para usted. ¿Es que estaba esperando recibir algo?

Mi tío me apoyó una mano en el hombro, consolándome. Whit me lanzó una mirada llena de compasión. La preocupación me invadió. Había estado esperando saber algo más sobre mi prima, descubrir que

estaba bien. Pero el silencio hablaba por sí solo: todavía no habían encontrado a Elvira.

—¿Sería posible que Inez mandase un telegrama? —preguntó Whit.

—Por supuesto —dijo Sallam, frunciendo ligeramente el ceño—. Señorita Olivera, ¿le gustaría sentarse? Está muy pálida.

—No, estoy bien, por favor, tan solo envíele...

—¡Inez! —me llamó a gritos alguien a mi espalda.

El suelo cedió bajo mis pies y tuve que agarrarme con fuerza al mostrador, con las piernas temblorosas. Me di la vuelta justo a tiempo de que unos brazos me envolviesen. Unas plumas azules me hicieron cosquillas en la nariz y tuve que dar un paso atrás, con los ojos llorosos.

—*¡Elvira!* Estás *aquí*...

Se me rompió la voz. No había desaparecido, no estaba en peligro.

No había perdido a nadie más.

Noté cómo la presión aumentaba en mis ojos cuantas más lágrimas los anegaban. Elvira se carcajeó y me dio otro fuerte abrazo. Olía a orquídeas, como el jardín de casa.

—Llegué hace unos días.

Le devolví el abrazo con fuerza y después me aparté, entre aliviada y mosqueada.

—Recibí una carta de tu *madre*, ¡cree que has desaparecido! Me mandó dos cartas, Elvira, aterrada. ¿En qué estabas pensando?

—¡Le dejé una nota! —exclamó—. Igual que *tú*. No debe de haberla visto. —Esbozó una mueca desconcertada—. Al menos, *creo* que le dejé una nota.

—*Por el amor de Dios* —murmuró Ricardo. Se acercó a nosotras, cansado y molesto—. ¿Supongo que esta es tu prima?

Elvira se volvió de inmediato hacia mi tío Ricardo.

—Ya nos conocemos, señor. ¿Es que no se acuerda?

Las comisuras de sus ojos color avellana se tensaron.

—Que Dios me libre de las mujeres descarriadas. Os compraré un pasaje a cada una...

—No, no puedes —grité, pensando rápido—. Podría quedarme y ayudar...

—Tu prima no puede volver sola —repuso mi tío—. Tendrás que acompañarla.

El ruido que llenaba el vestíbulo se convirtió en un estruendo ensordecedor, pero lo único que podía oír era la voz de mi tío repitiendo esas mismas palabras con una voz espeluznante.

—Sigues queriendo mandarme lejos. Incluso después de... todo.

—Por tu prima —repuso mi tío lentamente, como si estuviese

hablando con una niña obstinada—. Puedes agradecérselo a ella.

Elvira tuvo la decencia de parecer avergonzada.

—Me temo que no pensé en qué hacer una vez que te encontrase en El Cairo. Pero no tenemos por qué regresar tan pronto a casa.

—Yo debo volver al trabajo —dijo mi tío Ricardo, cortante—. No tengo tiempo para ocuparme de vosotras dos.

La frustración me invadió y tuve que luchar por no echarme a temblar. Aunque había estado preocupada y angustiada, él había sido amable y atento conmigo, intentando ayudarme. Pero ahora, su anterior enfado había regresado. Todavía no me había perdonado. Con solo una frase, mi tío había reducido todo lo que había logrado, todos esos dibujos y bocetos tan detallados, a absolutamente nada.

Pero claro, este era mi último castigo. La mirada de mi tío Ricardo estaba puesta en mí. Un brillo desafiante refulgía tras sus ojos avellana, confirmando mis sospechas.

Elvira se había vuelto hacia el hombre fornido que estaba con nosotros. Estudió a Whit, y sus ojos verdes refulgieron al fijarse en su belleza. Él hizo una reverencia irónica, ese Whit era al que había conocido en el muelle de Alejandría, tantas semanas atrás, con su actitud desvergonzada. Era su máscara, y dudaba mucho que volviese a dejar ver lo que se escondía debajo.

—Tengo que encontraros una carabina a las dos —siguió diciendo mi tío—. Me ha quedado bastante claro que no puedo confiar en que os comportéis cómo unas señoritas.

Me temblaba el ojo derecho. Como si le importase lo que dictasen las normas de etiqueta. La ira bullía en mi interior y tuve que luchar por no fulminar a mi prima con la mirada. Si no hubiese sido por ella, al menos seguiría en Filé.

—Voy a mandarle un telegrama a tu tía —prosiguió mi tío con brusquedad—. Nos vemos aquí abajo a las ocho y media. Os acompañaré personalmente a cenar. Whit, me gustaría hablar contigo un momento.

Se alejaron juntos, como si estuviesen deseándolo.

Elvira tiró de la manga de mi vestido con impaciencia.

—Hay tantas cosas que quiero contarte.

Pero yo no quería escucharlas.

—¿Por qué estás aquí, Elvira?

Su sonrisa desapareció al fijarse en mi expresión.

—He venido para estar contigo —dijo—. Habría venido contigo si me lo hubieses pedido. —Había cierto deje acusatorio en sus palabras —. Está claro que me necesitas. ¡Mira tu ropa!

Bajé la mirada, sorprendida. Mi atuendo estaba bastante deteriorado: los pantalones turcos tenían manchas que no había logrado sacar, pero al menos estaban lo bastante limpios como para

ponérmelos, y la camisa que antes había sido blanca ya no lo era. Mis botas de cuero estaban tan desgastadas como las de mi tío, y no necesitaba mirarme en un espejo para saber que el sol le había dado un tono rosado a mi piel bronceada.

En comparación, Elvira tenía el aspecto de una joven dama de la alta sociedad, con su resplandeciente vestido de día que complementaba su cabello oscuro y sus ojos. Llevaba todas las cintas bien atadas y ni un solo pelo suelto en su elaborado recogido.

—Nos tenías a todos preocupados —dije finalmente.

—¿Te tenía *a ti* preocupada? —Soltó una carcajada. Al darse cuenta de que yo no me reía, su risa se apagó en sus labios pintados—. ¿Y qué hay de lo que tú hiciste? —repuso, enfadada—. ¿Cuántas veces me senté a tu lado a lo largo de todos estos años porque tus padres te habían dejado atrás, otra vez? Tus padres murieron y tú te marchaste, sin decirle nada a nadie. Sin decírmelo *a mí*.

Tenía razón. Me había portado fatal. Estaba siendo muy injusta, ella no sabía que su llegada había puesto mi vida del revés.

—Elvira, lo siento mucho. *Perdóname*.

—Pues claro que te perdono. He venido hasta aquí solo para que no estuvieras sola. —Me agarró la mano entre las suyas—. Me tuve que escapar, porque mi madre jamás me hubiese dejado venir.

Por un segundo, comprendí cómo se había sentido mi tío con mi llegada; del mismo modo en el que yo me había sentido al verla, sola, en una ciudad que no conocía.

—No me puedo creer que hayas venido hasta aquí tú sola…

—Tuve algo de ayuda —repuso—. Tu doncella lo organizó todo, como hizo contigo. Incluso me vistió completamente de negro para el viaje. De verdad, fue muy fácil, sobre todo cuando actué como lo harías tú. Me pasé todo el viaje preguntándome: ¿qué haría Inez? —Esbozó una pequeña sonrisa—. Al parecer, muchas cosas.

—Tienes que escribirle a Amaranta —dije—. Está furiosa, y me ha amenazado con atormentarme el resto de mis días si algo te ocurría.

Elvira empalideció.

—Dios, sí que da miedo cuando se enfada.

—Oh, lo sé. Solía esconderme debajo de la cama cuando se enfadaba conmigo.

Ella soltó una carcajada.

—Eso no es verdad.

—No —admití—. Pero sí que pensé en hacerlo más de una vez. —Volví a abrazarla—. Y dime, ¿ya tienes una habitación aquí?

—Bueno, algo así —repuso y, por primera vez desde que nos habíamos reencontrado, parecía nerviosa—. Cuando llegué le dije a ese amable caballero de recepción que era familia tuya y que esperaría a que regresases. Me dio tu habitación, o la habitación de tus padres,

supongo. ¿Te importa?

Negué con la cabeza.

Elvira suspiró, aliviada.

—Oh, menos mal. Estaba preocupada por si te molestaba. —Enredó su brazo con el mío—. Bueno, vamos arriba. Tengo algo que creo que tienes que ver.

—¿El qué?

Se mordió el labio inferior.

—Una carta de tu padre.

31

Elvira tenía su propia llave de latón y la usó para abrir la puerta. Me adentré en el interior de la suite, nerviosa y aterrada a partes iguales por leer la carta. Las últimas palabras que me había escrito mi padre. Me romperían el corazón, sin importar lo que pusiese. Mi prima se dio cuenta de la vorágine interna de sentimientos contra la que estaba luchando y encendió en silencio y con eficiencia todas las velas de la habitación, bañándolo todo con el resplandor dorado y tenue del fuego.

Abrió la puerta de la antigua habitación de mis padres y tuve que ahogar un grito. Lo había organizado todo, sus cosas ya no estaban desperdigadas por todas partes. Su equipaje estaba todo guardado junto al sillón, sus baúles uno junto al otro, y toda su ropa estaba doblada perfectamente. Sus diarios y cartas estaban amontonados sobre una mesita. Incluso había hecho la cama y había dejado apilados por categorías varios objetos sobre la colcha.

Mi prima me observó, jugueteando con las manos.

—Quería ayudar.

Aquello era mucho más de lo que yo había hecho.

—Elvira —suspiré, sobrecogida—. *Gracias*.

Se dejó caer con delicadeza en una de las sillas que había frente al sofá y sonrió, aliviada. Después estiró la mano hacia la mesita y tomó una carta del montón, antes de tendérmela. Yo me senté en el sillón que había a su lado, miré la carta con recelo, y la tomé.

—Está fechada en julio. —Vaciló—. ¿Te gustaría estar sola?

Valoré su pregunta, pero su presencia me resultaba familiar, como si hubiese vuelto a casa.

—*No, gracias*.

Respiré hondo, abrí el sobre y saqué la carta.

Mi querida niña:

Si has encontrado esta carta, eso significa que eres mucho más como yo de lo que jamás podría haber soñado, y quiero que sepas que me siento increíblemente orgulloso de ti. A estas alturas lo más probable es que ya hayas descubierto el engaño de tu madre. Si no lo has hecho, te ruego que sigas haciendo preguntas, que sigas buscando la verdad. Tu curiosidad y terquedad te ayudarán en la tarea.

Tu madre es muchas cosas horribles, pero lo peor de todo es que es desleal. Por favor, ten mucho cuidado con ella, no caigas en su trampa como hice yo. Rezo para que seas más lista que yo en ese aspecto.

Mi relación con Lourdes ha llegado a su inevitable final. Ojalá me hubiese dado cuenta antes de cómo era en realidad. Quizá, de esa forma, podríamos habernos salvado los dos. Pero ahora tengo que proteger todo lo que me importa, alejarlo de sus viles manos. Esa es una de las razones por las que te envié el anillo de oro, querida. Gracias a él pude descubrir algo en Filé que le he intentado mantener oculto a todo el mundo, especialmente a tu madre. Pero creo que podría haber fracasado en mi intento. Encontrar a gente en quien poder confiar me ha sido sumamente difícil, todo por culpa de tu madre.

Debo terminar aquí esta carta, pero te ruego que hagas una cosa más por mí.

Por favor, nunca dejes de buscarme.

Te ama,

Tu papá

La carta terminaba abruptamente, con la caligrafía de mi padre formando un tirabuzón extraño. Era ese garabato final lo que más me aterrorizaba.

—¿Dónde la has encontrado?

—Estaba sellada, guardada junto con el resto de su correspondencia. Debió de mezclarse con todas las otras cartas que nunca llegaron a mandar. ¿O quizá se le olvidó meterla en uno de los paquetes que te mandó? Ya sabes lo despistado que era.

No podía parar de pensar en cientos de posibilidades al mismo tiempo. Lo que estaba claro era que papá había encontrado la tumba de Cleopatra, por la magia que zumbaba alrededor de los objetos: el anillo y... *el joyero*. Al igual que me había pasado a mí. Se había llevado el anillo de la antecámara, sabiendo que si alguien lograba dar con el joyero de madera en el bazar, podría llevarlos hasta aquel majestuoso descubrimiento. Y sabiendo quién y cómo era mamá en realidad, intentó mantener a Cleopatra lejos de sus garras. Pero mi madre había hallado un modo de acceder a Filé y me había usado para robar los artefactos.

La amargura me invadió. Sacudí la cabeza, intentando aclararme las ideas, llevándome la carta y lo que mi padre me estaba intentando decir al pecho.

¿Qué le había ocurrido después de escribirla? El miedo me

invadió. Tal vez mi madre había descubierto su paradero y lo tenía secuestrado en alguna parte, o algo peor, lo había asesinado. Pero también cabía la posibilidad de que hubiese huido y se estuviese escondiendo, y de que todavía no hubiese perdido la esperanza de que yo lo encontrase. Me aferré a la carta y no pude parar de darle vueltas a la última frase, que se me había quedado grabada en la piel.

Nunca dejaría de buscarlo.

—¿Inez? —me llamó Elvira—. ¿Estás bien?

Le tendí la carta y me puse de pie de un salto, sin poder parar de pensar. Empecé a recorrer la suite de un lado a otro, esperando con impaciencia a que mi prima acabase de leerla.

Cuando terminó, alzó la mirada hacia mí, con el desconcierto visible en su rostro.

—No lo entiendo.

Le expliqué rápidamente todo lo que había pasado desde que llegué a El Cairo. El anillo de oro que me robó el desgraciado señor Sterling, cómo había encontrado el joyero en la zona antigua de El Cairo, y cómo me había tenido que subir a bordo del *Elefantina* haciéndome pasar por un miembro de la tripulación. Le hablé de mi tío, sobre la magia que me había llevado a descubrir los túneles que había debajo del quiosco de Trajano, y después le hablé de la escalera oculta que había en el templo de Isis. Por último, le hablé de mi madre, de lo que había hecho. La vergüenza que sentía me quemaba por dentro al decirlo en voz alta. La única persona a la que no mencioné fue a Whit.

Seguía teniendo los sentimientos demasiado a flor de piel como para hablar de él.

Ella me escuchó atentamente, sin decir nada, y cuando terminé mi relato se echó hacia delante en su asiento y se mordió el labio inferior con fuerza.

—Te han pasado toda clase de cosas desde que te marchaste de Buenos Aires.

Solté una carcajada rota.

—Unas cuantas.

—Tenemos que avisar a las autoridades —dijo Elvira—. Ahora. Nos podemos saltar la cena y...

Negué con la cabeza y su voz se fue apagando.

—No es una opción. ¿Te acuerdas del señor Sterling del que te acabo de hablar? Es una de las personas más importantes de la sociedad de este país y tiene conexiones con toda clase de miembros del gobierno. No confío en él. No confío en nadie, salvo en ti, y tal vez en Whit... —No llegué a terminar la frase, por un momento me había olvidado de que no quería hablar de él.

Elvira, por supuesto, se dio cuenta de mi error.

—¿Whit? ¿Quién es Whit? ¿Qué clase de nombre es *Whit*?

—Se llama Whitford Hayes, y trabaja para mi tío Ricardo —dije—. Es el hombre fornido que no podías dejar de mirar antes, el que nos acompañaba en el vestíbulo.

—¿Y lo llamas por su nombre de pila? Mi madre se horrorizaría si se enterase. —Esbozó una sonrisa traviesa—. Me encanta. Cuéntame más.

—Trabajamos juntos. —Tuve que reconducir la conversación hacia un tema un poco más seguro—. Nos hemos hecho buenos amigos, así que, por favor, no empieces a pensar lo que no es. No eres Emma Woodhouse, por mucho que te cueste creerlo.

Le restó importancia con un gesto de la mano.

—Una cosa te voy a decir: si fuese real, seríamos las mejores amigas. Mi objetivo en la vida es emparejar románticamente a al menos una pareja. Y, hablando del tema, ¿qué te parece si juntase a mi madre y a tu tío?

Hice una mueca asqueada.

—Qué horror.

—No están emparentados. —Se mordió el labio, pestañeando rápidamente—. Y creo que mi madre se siente demasiado sola.

No podía imaginarme a mi tía en esa situación. Siempre parecía tan hermética, como una fortaleza que jamás se derrumbaría.

—Creo que deberías escribir historias de amor. Eres muy buena escritora, Elvira.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Cómo puedes saberlo?

Le guiñé un ojo.

—Sé dónde escondes tu manuscrito, querida. —Se dio media vuelta, tomó un cojín y me lo lanzó a la cabeza. No me dio por solo unos centímetros—. ¡Como si tú no hubieses leído mi diario!

—No me puedo *creer* que hayas leído… —Pero no llegó a terminar la frase, jadeante—. ¿De verdad piensas que soy buena?

—Sí —dije, cruzando la habitación para darle un fuerte abrazo—. La mejor. Tienes que terminar de escribir esa historia, Elvira. Prométemelo.

Su mirada se nubló, como si se hubiese perdido en un sueño.

—¿Te imaginas que algún día puedo ver una de mis historias encuadernada en cuero y en la estantería de una librería?

—Sí que me lo imagino —susurré—. La *terminarás* de escribir.

—Lo prometo. —Dio un paso atrás—. ¿*Whit* estará en el baile?

Asentí.

—Por favor, borra esa sonrisa engreída de tu cara. Está prometido.

—Pero todavía no está casado —repuso, ensanchando la sonrisa

—. Tal vez tu futuro te depare un beso a medianoche.

Puse los ojos en blanco. Whit no volvería a besarme.

—Yo que tú no me emocionaría tanto, no nos han invitado al baile. Mi tío nos deja cenar con él. Y, desde luego, cenar no es lo mismo que bailar.

Elvira pestañeó con inocencia.

—¿Estás segura? Porque, si es así, vas a tener que explicarme por qué tengo esta invitación. —Con un gesto fluido, sacó una tarjeta pequeña de papel grueso del bolsillo de su vestido, y me la enseñó con una floritura.

Me quedé boquiabierta y le eché un vistazo.

—Ya sabes lo que te vas a poner, ¿verdad?

—Pues claro —repuso—. Soy hija de mi madre. También he elegido algo para ti.

Me quedé mirando a mi prima fascinada mientras ella rebuscaba en el baúl que había dejado atrás antes de marcharme y después en el que ella había traído. Al final, sacó un vestido de gala envuelto en papel de seda y lo extendió con cuidado sobre mi cama.

—No sabía qué traer, así que he traído dos de cada —comentó—. Creo que este te quedaría precioso.

Estaba de acuerdo con ella. La tela de seda plateada tenía flores doradas bordadas y el dobladillo estaba cubierto de delicadas enredaderas de encaje color crema, como si el propio vestido estuviese creciendo del suelo de un bosque. Los hombros quedaban enmarcados por un tul rosa, que caía a los costados creando una especie de manga casquillo que caería delicadamente sobre mis brazos.

—¿Estás segura de que no quieres llevarlo tú?

Elvira esbozó una sonrisa traviesa y desenvolvió con cuidado su vestido. No pude evitar soltar una carcajada. Era idéntico al mío, salvo que en vez de ser de seda plateada, el suyo era de un suave tono dorado.

—Vamos a parecer gemelas —dije entre risas.

—Tú necesitas darte un baño —repuso, mirándome atentamente —. Pediré que te preparen uno. Y te recomiendo que te laves bien el pelo, dos veces.

La bañera se encontraba en una pequeña salita que había pegada a la antigua habitación de mis padres y, en cuanto estuvo llena hasta arriba con agua caliente, me metí, suspirando profundamente. Me había encantado pasar tanto tiempo en Filé, pero estaría mintiendo si dijera que no había echado de menos unos cuantos lujos modernos. Tal y como me había recomendado mi prima, me lavé el pelo dos veces con un jabón con olor a rosas que ella misma había traído de Argentina y, cuando salí de la bañera, tenía el cabello impecable y la piel reluciente, aunque un tanto quemada por el sol en algunas zonas.

Nos preparamos lentamente, ayudándonos entre nosotras con los corsés infernales y los polisones, y después con las enormes colas de nuestros vestidos. Cuando mi pelo ya estaba completamente seco, Elvira me lo trenzó y lo enrolló formando un precioso recogido en mi cabeza, sujetándolo todo con horquillas de perlas. Y yo la ayudé a recogerse el cabello usando una cinta de encaje.

Elvira prendió una cerilla y después se delineó los ojos con el hollín, y yo la imité. Nos aplicamos crema de rosas en la piel, dejándola suave e hidratada, y cera de abeja en los labios. La familiaridad de esta rutina me calmó, recordándome a los cientos de bailes para los que nos habíamos preparado juntas. Nos miramos en el espejo y después me volví hacia mi prima.

—¿La tía Lorena se avergonzaría de mí?

—Ni un poquito.

Entrelazó su brazo con el mío y juntas bajamos a reunirnos con mi tío.

Aquella era mi última noche en Egipto.

Whit

Cerré mi baúl de cuero con un golpe al mismo tiempo que el ruido de alguien llamando a la puerta de mi habitación rompía el solemne silencio, interrumpiendo mi lista mental de cosas que tenía que preparar para mi partida. Ya habían enviado mi billete para volver a Inglaterra, y había dejado instrucciones estrictas de que quemasen mi uniforme militar en cuanto me marchase del Shepheard. No sabía por qué no lo había hecho todavía. No, mentira.

Lo había hecho por el general.

Volvieron a llamar.

—Whit, sé que estás ahí dentro. Probablemente ahogándote en burbon.

Abrí la puerta y me encontré con Ricardo.

—Llevo sin beber ni una gota de alcohol desde hace mucho tiempo.

Él soltó un gruñido y se abrió paso hacia el interior de mi habitación, estudiándola con la mirada. Más allá de mi uniforme, no iba a dejar nada que me perteneciese atrás.

—Necesito que hagas algo más por mí antes de irte —dijo Ricardo —. ¿Cuándo te vas?

—No hasta dentro de un par de días —respondí, cerrando la puerta—. Tengo que atar algunos cabos sueltos antes.

En primer lugar, tenía que asegurarme de que nadie fuese a seguirme hasta Inglaterra. Me había labrado unos cuantos enemigos en El Cairo y, aunque puede que su alcance no llegase hasta Inglaterra, todavía tenía que atar esos cabos sueltos. Y que pagar

algunas deudas.

Ricardo sacó un sobre y me lo tendió.

—Esto debería bastar, y para que te sobre algo de dinero.

El pago por mis servicios.

—¿Qué necesitas que haga?

—Mi hermana se fugó con cientos de artefactos en su poder y, si es inteligente, que ambos sabemos que lo es, querrá venderlos lo más rápido posible. Cuanto más tiempo tenga esa clase de mercancía, más riesgo corre. Quiero que descubras si está en El Cairo.

—Fantástico —dije, sin entusiasmo—. A estas alturas ya habrá desaparecido, pero puedo preguntar por ahí.

—Sí, estoy seguro de que tus amigos conservadores de la Compañía estarán encantados de verte —dijo, deslizándose hacia la puerta.

—Los que no quieren matarme, por supuesto —murmuré—. Puede que mis preguntas los lleven hasta ti.

—Pues asegúrate de que no. Haz lo que sea necesario. —Rodeó el pomo de la puerta con la mano y después se volvió a mirarme—. No vuelvas a perderte, Whit.

No tenía las agallas necesarias para decirle que ya estaba perdido. Que en cuanto pusiese un pie en Inglaterra, Whitford desaparecería para siempre, y se vería reemplazado por mi título. Pero dicho eso se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

Suspiré. Todavía me quedaba una última aventura.



Siempre me habían encantado las calles abarrotadas de El Cairo. Me ofrecían una forma lo bastante sencilla de volverme invisible. Algo que necesitaba para poderme colar en cierto edificio rodeado de fumaderos de opio y burdeles. Esta zona de la ciudad ofrecía toda clase de entretenimientos para los turistas que habían venido en busca de algo más que solo templos y tumbas. Mis aficiones habían seguido derroteros parecidos antes de que Ricardo me encontrase, endeudado hasta las orejas.

Me deslicé junto a un edificio en ruinas, metiendo los dedos entre las grietas, y después me impulsé por la pared para colarme por una ventana abierta. Si lo que recordaba de Peter seguía siendo cierto, estaría escondido en la trastienda fumando hachís, delegando sus tareas en otros mientras disfrutaba de un largo descanso del reparto de artefactos robados.

El pasillo apestaba a sudor y a aire viciado, pero eso no me frenó y les eché un vistazo a las habitaciones que había a ambos lados del pasillo. Una columna de humo dejó al descubierto al hombre que andaba buscando. Estaba sentado, relajado y cómodo en una

banqueta, rodeado de cojines polvorientos, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos sobre una alfombra turca, desgastada y sucia. A su alrededor se amontonaban cajones de madera por doquier, algunos estaban etiquetados y listos para enviar hacia Bulaq, pero la mayoría no tenían ninguna clase de etiqueta. Y me apostaría una buena cantidad de dinero a que estaban llenos de artefactos a la espera de ser subastados.

Egipto atraía a toda clase de oportunistas. Peter Yardley, otro inglés, trabajaba como tratante del Departamento de Antigüedades y secretario del cónsul. Pero antes de llegar a Egipto había sido mercenario, comerciando con toda clase de secretos, drogas y antigüedades.

—¿Quién anda ahí?

Me adentré en la sala y cerré la puerta tras de mí de una patada.

—Hola, Peter.

Él soltó una suave carcajada.

—Ya nadie me llama así, solo tú.

El humo se disipó, dejando al descubierto la delgada silueta de Peter. Sus mejillas hundidas y sus ojos inyectados en sangre dejaban a la vista lo agotado que estaba. Su ropa hacía tiempo que no había visto una pastilla de jabón, y apestaba a sudor y a licor fuerte. Una sensación incómoda me revolvió el estómago. Yo no había tenido mucho mejor aspecto que él hace unos años.

—Tienes un aspecto terrible.

Él esbozó una sonrisa y me hizo un gesto para que tomase asiento en un sillón bajo que tenía enfrente. Yo me quedé donde estaba, pendiente de los ruidos que provenían de la planta baja. Conté tres, quizá cuatro, hombres que estaban allí trabajando.

La sonrisa de Peter desapareció y dejó caer la mano a un costado.

—¿Supongo que no has venido solo a ver a un viejo amigo?

Negué con la cabeza. Había conservadores que se dedicaban específicamente a proporcionar bienes ilegales a la Puerta del Comerciante. Peter dirigía una de las subastas y, una vez, mientras jugábamos a las cartas, me habló de alguien que conocía a otro alguien que conocía a una dama que solía vender toda clase de artefactos robados. Yo se lo había contado después a Ricardo y, en aquel momento, ya nos habíamos preguntado si esa mujer misteriosa podría ser Lourdes.

—¿Has oído hablar de algún cargamento grande que haya llegado hace poco a El Cairo?

Él se dejó caer contra un cojín, entrecerrando sus ojos oscuros.

—Siempre hay algún cargamento. ¿Te vas a sentar?

—No.

—Entonces por qué no me cuentas dónde has estado estos últimos

meses. Ya nunca vienes a jugar, Whit.

Porque no podía soportar el tener que jugar a las cartas, incluso aunque fuese la mejor manera de recabar información.

—Me quedé sin suerte. —Saqué el sobre que llevaba en el bolsillo interior de mi chaqueta y lo dejé sobre la mesita redonda que tenía junto a él—. Hablando de ese tema, creo que esto bastará para saldar mi deuda.

Peter pasó el dedo por la esquina del sobre.

—Se me ocurre otra idea, ¿por qué no te quedas con este dinero y trabajas para mí? Nunca llegué a entender por qué no quisiste hacerlo desde el principio.

—Me marcho de Egipto.

—Una pena.

—Todo termina, tarde o temprano. —Me di media vuelta, dispuesto a retirarme, y cuando alargué la mano hacia el pomo, dije en un susurro—: Ten cuidado en el almacén de Bulaq, Peter.

—Quieto.

Me quedé helado bajo el marco. Lentamente, me di la vuelta hacia Peter, que se había puesto de pie de un salto y me apuntaba con una pistola.

—¿Cómo sabes lo del almacén?

—Baja el arma.

—Hayes —dijo Peter, moviendo levemente la pistola—. ¿Cómo?

Le di una patada a una pila de cajas de madera que tenía cerca. La caja que encabezaba la pila estaba llena de botellas de whisky y ron, que tintinearon al entrechocarse con el movimiento, pero señalé las dos que formaban la base de la pila. Escrita en una etiqueta que había pegada a un lado estaba la dirección de un almacén cerca de los muelles.

—Está escrito aquí, idiota.

—Mierda. —Peter no bajó la pistola—. Creo que al final sí que vas a tener que tomar asiento. Tenemos que hablar.

Sin querer, me había topado con algo que no debería haber visto.

—No me vas a disparar, ¿verdad, Peter? —le pregunté en voz baja.

—No si haces lo que te digo. Solo tienes dos opciones. Parece que al final sí que vas a trabajar para mí a partir de ahora. A menos que elijas la alternativa, morir.

Solté una carcajada seca y negué con la cabeza.

—De eso ni hablar.

—Siéntate en la maldita...

Le lancé una de las botellas de whisky a la cara. Por instinto, Peter le disparó. Las esquirlas de cristal y el licor salieron volando por los aires, manchando las paredes y empapando la alfombra. El fuerte

olor me mareó. Peter ya estaba volviendo a cargar su pistola, gritando, pero yo ya había desenfundado mi revólver, y pasé el pulgar por unas iniciales que no me pertenecían.

Apuntar y disparar.

La fuerza del disparo le echó la cabeza hacia atrás. Le brotó sangre a borbotones del hueco que le había dejado la bala al impactar entre sus cejas y se quedó boquiabierto por la sorpresa. Había estado pidiendo ayuda a gritos y, si sus hombres hubiesen acudido, ahora sería yo quien estaría muerto. ¿Qué importaba dejar un cadáver más tras de mí?

Había visto docenas.

Me marché sin mirar atrás, con el sonido de los gritos de la planta baja desapareciendo a mi paso.

Mirara donde mirara, todo brillaba. Cortinas doradas que refulgían a la luz de las velas, banderines de papel atados con cintas larguísimas que flotaban con la suave brisa que se filtraba a través de las ventanas abiertas. Todo el hotel estaba decorado con sus mejores galas navideñas, preparado para darle la bienvenida al Año Nuevo. Mi tío nos llevó hacia un comedor completamente decorado, donde un camarero nos guio hasta nuestra mesa, recubierta con un mantel plateado. Las alfombras persas adornaban el suelo embaldosado, y sobre la mesa nos esperaba una vajilla de lo más elegante y un jarrón lleno de flores hasta rebosar. Elvira examinó todo con ojo crítico y tan solo su mirada bien abierta la delató. Le encantaba lo que veía.

Se nos unieron unas cuantas parejas, las damas llevaban vestidos de seda o satín preciosos, que refulgían bajo la tenue iluminación, mientras que los hombres iban vestidos con chaqués sin una sola arruga, oscuros y de lo más elegantes.

Mi tío apareció con un traje gris liso, con una expresión inescrutable dibujada en su rostro y los labios apretados. Ni siquiera se había molestado en peinarse. Si no me diese un poco de miedo, diría que aquel aspecto le iba como un anillo al dedo. Estaba de pie en medio de un mar de caballeros elegantemente vestidos, repeinados con demasiada cera. El ambiente olía a una mezcla de perfume caro, champán y jarrones en flor.

—Eso es un vestido Worth —susurró Elvira al mismo tiempo que una dama se sentaba frente a mí—. Me apostaría todo mi dinero a que sí.

—Tú nunca apuestas, y tampoco tienes dinero —le respondí también en un susurro.

—Le he mandado una carta a tu madre —nos interrumpió mi tío Ricardo, disolviendo nuestra conversación—. De nada.

Elvira se sonrojó y logró responderle un simple «gracias» en un murmullo. Aunque se recuperó rápidamente de la sorpresa y cambió de tema.

—Señor Marqués, hábleme de lo que ha estado haciendo en Filé.

Le di una patada a mi prima por debajo de la mesa al mismo tiempo que mi tío me lanzaba una mirada furiosa.

—Oh, cielos, ¿qué he hecho ahora? —preguntó Elvira, con una mueca de dolor—. ¿Es que ya no puedo ni preguntar?

—No hables del trabajo de mi tío... —siseé.

—¿Ha estado en Filé todo este tiempo? —preguntó uno de los

hombres que había al final de la mesa, con acento francés—. Pero si allí no hay nada. No es más que un antiguo lugar sagrado que ya han excavado infinidad de arqueólogos.

Mi tío se encogió de hombros.

—El resto de los sitios ya estaban ocupados.

El hombre asintió lentamente, creyéndose a pies juntillas la respuesta despreocupada de mi tío.

—Es una pena que mis compatriotas no lo tengan en más consideración, creo.

—Me llevo bien con monsieur Maspero —respondió mi tío, quitándole importancia. Después se volvió de nuevo hacia mí y me preguntó—: ¿Qué te parece el menú, Inez?

Bajé la mirada hacia la carta y leí unos cuantos platos, traduciendo mentalmente lo que ponía en francés, salivando. Para empezar, estaba la crema de champiñones y cebolla, seguida de una ensalada de temporada con todo un surtido de verduras asadas. Lo que más ganas tenía de probar era el plato principal: cordero asado con salsa de menta, acompañado de espárragos bañados en mantequilla y un cremoso de patata.

—Tiene una pinta increíble —dije, sabiendo perfectamente que solo me había preguntado para alejar la conversación de lo que había estado haciendo en Filé. Cuando el camarero se acercó a nuestra mesa, mi tío pidió una botella de vino para los tres y después se puso a hablar con el caballero sentado a su derecha.

Aquella fue la última vez en la que hablamos durante el resto de la cena.

No lo culpaba por estar enfadado conmigo, por estar frustrado porque hubiese pensado tan mal de él. Porque hubiese creído que podía ser un asesino. Incluso yo estaba decepcionada conmigo misma por haberme creído las mentiras de mi madre.

Si yo misma no podía perdonarme, comprendía por qué mi tío tampoco podía hacerlo.

Pero odiaba que, después de todo, siguiese queriendo mandarme de vuelta a Argentina, que me robase mi oportunidad de arreglar las cosas. Una parte de mí sabía que me arrepentiría de ello durante el resto de mi vida.



El baile empezó poco después de la cena y, sorprendentemente, ni a mi prima ni a mí nos faltaron parejas de baile en ningún momento. Mientras que las manecillas del reloj se acercaban a la medianoche, yo bailé sin parar por todo el salón, dando vueltas al ritmo de la música moderna de la época. Elvira bailó con un caballero rubio que me resultaba vagamente familiar. La perdí entre la multitud unas cuantas

veces, pero siempre terminábamos encontrándonos junto a la mesa de bebidas, llena de cuencos de limonada y vino blanco bien frío.

—Ese último ha sido horrible —dijo Elvira, cojeando hacia mí, abriéndose paso entre la horda de jóvenes damas que esperaban junto a la pista de baile—. Me ha pisado los pies. Dos veces.

—Mi última pareja solo hablaba holandés —la consolé—. Y pensaba que éramos gemelas.

Elvira soltó una carcajada mientras le daba un sorbo a su limonada.

—A mí también me lo han dicho antes. —Recorrió la multitud con la mirada—. Hay muchos extranjeros aquí. Al menos un estadounidense me ha hablado con desprecio.

La observé atentamente, esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Y qué le has respondido?

Ella se encogió de hombros.

—Lo he insultado amablemente en español, tanto que pensaba que le estaba diciendo un cumplido.

Aquello me hizo reír con ganas.

—Esa es mi chica.

Elvira abrió los ojos como platos.

—Bueno, por fin ha llegado.

Muerta de curiosidad, me di la vuelta y observé la multitud en busca de mi tío, su alta figura y su cabello despeinado. Lo encontré inmediatamente, junto a un hombre de hombros anchos, cabello cobrizo y brazos musculosos. Vestía de negro de pies a cabeza y el traje le quedaba como un guante. Como si fuese un caballero oscuro con un corazón de oro.

Whit.

—¿No te parece que tiene aspecto de poder ganar cualquier pelea? —dijo, como si le pareciese encantador.

—No me gusta la violencia —repuse, con un tono demasiado agudo.

Elvira enarcó una ceja.

En el otro lado del salón de baile, Whit se alejó de mi tío, frunciendo el ceño con fuerza. Su mirada azul escrutó la sala hasta toparse con la mía. Bien podríamos haber sido los dos únicos presentes en esa sala. Con paso decidido, se abrió paso hacia mí entre la multitud, sin dejar de mirarme por un segundo.

—Te has metido en un buen lío —me susurró Elvira.

El hombre en cuestión llegó hasta nosotras y nos hizo una leve reverencia a modo de saludo.

—Hola, Whit. Permíteme presentarte formalmente a mi prima, la señorita Elvira Montenegro. Elvira, este es Whitford Hayes.

—Lord —dijo él, esbozando una pequeña sonrisa—. Lord

Whitford Hayes.

—¿Eres un *lord*? —le pregunté, asombrada.

Él asintió levemente con la cabeza y después se dirigió a mi prima.

—Ya la han encontrado. Hubiera querido felicitarla antes por lo que ha hecho.

—Felicitaciones aceptadas —repuso ella—. Es un verdadero placer conocerlo, *lord* Hayes.

Los ojos azules de Whit se volvieron hacia mí, divertidos. Yo me crucé de brazos sobre el pecho, furiosa por que no me hubiese mencionado antes que era un *par del reino*. Ahora ya sabía por qué tenía que volver a casa cuanto antes. Su futura esposa probablemente debía ser una duquesa o una princesa.

—¿Y de qué conoce a mi prima? —le preguntó Elvira—. ¿Y por qué lo llama por su nombre de pila? ¿Por qué no había oído hablar de usted?

Whit observó a mi prima con una expresión de lo más peculiar, que dejaba en evidencia que aquello lo divertía, molestaba e insultaba a partes iguales.

—Hemos estado trabajando juntos —empezó a decir, cortante—. Me llama por mi nombre de pila porque se lo ha ganado y —me dirigió una mirada de fastidio— no sé por qué no le ha hablado de mí. Somos compañeros, por así decirlo.

No comprendía a qué venía el ligero énfasis que había puesto al decir que éramos «compañeros».

—¿A qué estás jugando ahora, Whit? —le pregunté, incapaz de contener mi enfado.

—No estoy jugando a nada —replicó Whit—. Solo aclarando las cosas. Baila conmigo.

—¿Es una pregunta? —repuso Elvira—. No me ha parecido que lo fuera. Inez, ¿te importaría aclararme si estamos a favor o en contra de lo que pretende el señor Hayes?

Antes de que pudiese responder, Whit lo hizo por mí.

—Estoy aquí como amigo. Creía que, al menos, eso éramos.

—Lo somos —murmuré.

—Qué aburrido —añadió Elvira—. Pero acabo de ver que tu tío viene hacia aquí y no parece contento. Supongo que ahora tendré que *pedirle* que baile conmigo. Me lo puedes agradecer luego con un vaso de ponche.

Dicho eso, desapareció entre el mar de tul y encaje, yendo directa hacia mi tío.

Whit ladeó la cabeza y me miró fijamente.

—¿Me concederías este baile, Olivera?

Me tendió la mano y yo la tomé. Jamás sería capaz de negarle un

baile. Él me acercó a su pecho y, por primera vez, me fijé en que sus iris tenían un anillo de un azul un poco más oscuro a su alrededor. Su piel, bronceada por el sol, refulgía bajo la luz dorada de las velas. La música aumentó de volumen y ritmo al mismo tiempo que Whit deslizaba su mano por mi espalda, deteniéndose en mi cintura. Alcé la barbilla para mirarlo a la cara, y su aliento cálido me recorrió las mejillas.

—Así que eres un lord.

Whit valoró visiblemente qué responderme antes de tomar una decisión.

—Mi padre es un marqués.

Fruncí el ceño mientras él nos hacía girar sin parar por todo el salón, guiándonos con agilidad entre las otras parejas de baile. No me importaba que tuviese un título o que viniese de una familia con una gran fortuna. Lo único que me importaba era que aquel era otro secreto que no había querido compartir conmigo. Tenía demasiados secretos, y me dolía ser consciente de que jamás los descubriría todos.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? Creía que eso me lo había *ganado*.

—¿Qué importancia habría tenido?

—Mi vida es un desastre —dije—. He sido vulnerable y me he avergonzado contigo. Mi madre es una delincuente, mi padre probablemente esté muerto. Me has visto en mi peor momento. Y, aun así, todavía no sé tu nombre.

Sus brazos se aferraron a mí con más fuerza.

—Sí, lo sabes.

Negué con la cabeza.

—No el que viene con tu título.

—Es Somerset —dijo en un susurro, su aliento rozándome las mejillas—. Pero no quiero que me llames así, nunca.

Me obligué a mantenerme firme, a no derretirme bajo sus brazos. No quería ceder. No quería hundirme más de lo que ya me había hundido. Yo le había contado tantas cosas, me había mostrado tal y como era en realidad con él, pero Whit siempre mantendría partes de sí mismo lejos de mi alcance.

—Inez —me llamó—. Estaba intentando mantenerme lejos de ti, y no quería que me conocieses, ni yo quería conocerte a ti.

Entrecerré los ojos, tratando de ocultar lo decepcionada que me sentía.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

Me tomó la mano y la llevó a su pecho, justo sobre su corazón. Podía sentir su latido constante y firme bajo mis dedos, y aquello me hizo estremecer.

—Porque quiero recordar este momento, bailando contigo. Quiero

algo que sea solo mío antes de que nos tengamos que despedir para siempre…

Mis hombros se relajaron. Sus ojos azules se clavaron en los míos y noté cómo cedía ante su mirada poco a poco. Me miró con una ternura infinita, y casi se me rompió el corazón al darme cuenta de que nunca más me volvería a mirar de ese modo.

—Algo que me pueda llevar conmigo de vuelta a casa —continuó en un susurro.

Tragué con fuerza, toda mi reticencia anterior desapareció de un plumazo, y me pegué un poco más a su cuerpo.

Sus labios me rozaron la sien.

—Sé que estoy siendo egoísta, y espero que puedas perdonarme por ello.

Yo también quería conservar este recuerdo.

—Te perdono —susurré.

Whit me hizo girar por toda la pista de baile, abrazándome con fuerza, con su aroma mentolado y limpio que hacía que la cabeza me diese vueltas. Las parejas se arremolinaban a nuestro alrededor, cuchicheando y cotilleando, y contando los minutos que faltaban para el Año Nuevo. Me soltó lentamente la cintura y se alejó un paso de mí.

—Gracias por el baile.

De reojo, vi un rostro que me resultó familiar. Toda la sangre me abandonó el rostro de golpe. Había pasado un mes desde la última vez que lo había visto, pero lo reconocería en cualquier parte.

—¿Olivera? Inez, ¿qué pasa?

Whit me miró con urgencia, pero yo no podía apartar la mirada del hombre que estaba fulminando con la mirada a mi tío mientras bailaba con Elvira. Tenía una copa de champán en la mano y la aferraba con fuerza, y el anillo de Cleopatra refulgía en su dedo meñique.

—Es el señor Sterling —susurré—. Está aquí, y no para de mirar a mi tío. Parece furioso.

Whit se volvió en su dirección sin soltarme, con un gesto despreocupado que no pudo ocultar el modo en el que apretó la mandíbula al verlo, tenso.

—¿Crees que forma parte de la Compañía? ¿Que vende artefactos robados en la Puerta del Comerciante?

—Eso sospechamos —me susurró al oído—. Hemos estado intentando encontrar a tu madre, pero tu tío también quiere que recupere el anillo.

En la parte delantera del salón de baile, la banda empezó a tocar otra canción, avisando a todos los invitados de que la cuenta atrás para la medianoche acababa de empezar.

—¿Por qué te ha pedido mi tío que lo recuperases cuando ya

hemos encontrado a Cleo…? —No llegué a terminar la frase porque Whit me cortó, fulminándome con la mirada. Rápidamente, cambié lo que iba a decir, y en tono mucho más comedido pregunté—: ¿Por qué quiere recuperar mi tío el anillo? Ya no necesita encontrarla.

No lo necesitaba, porque me tenía *a mí*.

Whit guardó silencio, con los brazos a la espalda.

—¿De verdad no se te ocurre ningún motivo por el que tu tío podría querer recuperar el anillo?

Y entonces, por la forma en la que lo preguntó, lo supe. El señor Sterling podría utilizar el anillo para llegar hasta la tumba de Cleopatra. Si formaba parte de la Compañía, con el anillo podría hallarla. Y, si alguna vez lograba encontrar su tumba, ¿qué sería de ella? ¿Dejarían su sarcófago en Egipto? ¿Sus posesiones terminarían exhibiéndose en países extranjeros?

No me gustaba en absoluto ese posible desenlace.

—Quizá ya no importe —repuse, midiendo mis palabras—. Puede que la magia ya se haya aferrado a él. No necesitaría el anillo para descubrir dónde está su tumba.

Él negó con la cabeza.

—No creo que eso haya ocurrido, si no ya estaría en Filé. La magia se transfiere a una persona dependiendo de la fuerza del hechizo o simplemente porque quiere. Piensa en todas las personas que se habrán puesto ese mismo anillo desde que Cleopatra lo hechizó. Docenas de personas. Antes de que alguna de ellas lo dejase de vuelta en su tumba.

—Y después se lo puso mi padre, luego yo y, en último lugar, el señor Sterling —señalé—. Así que ¿cómo piensas robárselo? Esa joya está atascada en su dedo.

—Tengo mis métodos.

Mi tío se iba a asegurar de que mi prima y yo nos subiésemos en el siguiente tren que saliese hacia Alejandría, pero antes, quería hacer algo para ayudarlo, para enmendar mis errores. Papá me había confiado ese anillo a mí, y el señor Sterling me lo había robado directamente del dedo.

—Déjame ayudarte.

Whit negó con la cabeza.

—Tengo contactos en la ciudad que pueden ayudarme. Tú solo serías un estorbo, Inez. Y además… te vas a ir.

—Puedo hacer algo antes de irme —repuse, desesperada—. He cometido un terrible error y eso me está matando, pero sobre todo me duele que tengáis que encargaros solos de enmendar mis errores mientras que yo ni siquiera estaré *aquí*.

Me estaba matando saber que tal vez nunca descubriese lo que le había ocurrido a papá. No quería dejar de buscarlo, pero ¿cómo

podría seguir con su búsqueda desde otro continente?

Whit me miró fijamente y me llamó la atención lo cansado que parecía. Se le marcaban las ojeras debajo de su mirada azulada.

—No hay nada que puedas hacer. Piensa en Elvira. ¿Sería justo que pasases tus últimos días aquí ignorándola? Esto ya no es problema tuyo, Inez.

Desvié la mirada hacia el reloj ornamentado que había a la entrada del salón.

—Quedan dos minutos para la medianoche.

—Sí —repuso—. Esto es un adiós.

El minutero siguió avanzando.

—Solo un minuto más —jadeé.

Whit estaba taciturno y serio mientras que todos a nuestro alrededor aplaudían y vitoreaban, los caballeros lanzaron sus sombreros hacia el techo, las damas hacían girar sus pañuelos en el aire. Yo permanecí completamente inmóvil, atrapada bajo la mirada ardiente de Whit. Él se inclinó lentamente hacia mí y me susurró al oído:

—Feliz Año Nuevo, Inez.

—*Feliz Año Nuevo*, Whit.

El ruido a nuestro alrededor fue aumentando por segundos al mismo tiempo que sus labios me rozaban la mejilla, dándome un suave beso. Después se enderezó y se alejó, fundiéndose con la multitud alborotada.

33

Elvira y yo subimos a nuestra habitación, con el sabor a champán todavía en nuestros labios y la música resonando en nuestros oídos. Con cada paso, mi corazón se rompía un poco más. Y algún día me tocaría volver a juntar los pedazos yo sola.

Pero esta noche no podía escaparme de mi miseria.

Ya nunca volvería a ver a Whitford Hayes.

—¿Lo has besado?

Pestañeé, incrédula.

—No me creo que me estés intentando interrogar después de que haya bebido tanto.

—Pareces triste —comentó—. Pensé que él podría ser el motivo.

—Como te he dicho antes, se va a casar. —Carraspeé para aclararme la garganta—. Yo también podría preguntarte si has besado a alguno de los hombres con los que has bailado esta noche.

Elvira se sonrojó con violencia.

—Voy a desayunar en la terraza mañana con uno de ellos.

Enarqué las cejas.

—Necesitarás una carabina.

—No lo dices en serio —dijo.

—Elvira.

Se encogió de hombros levemente.

—¿De verdad voy a necesitar una? Estoy en un país distinto...

—Lleno prácticamente de británicos que tienen normas de etiqueta muy parecidas a las de la sociedad de Buenos Aires. Muchos de los cuales, he de añadir, viajan a Argentina asiduamente por negocios o por placer.

Elvira frunció los labios hasta formar una línea testaruda.

—Suenas igual que tu madre. —Me quedé helada y ella se llevó la mano a la boca inmediatamente—. Que mi madre. Quise decir *mi madre*. Ay, Inez, lo siento mucho. *¡Lo siento!* —Alargó la mano hacia las mías y me dio un suave apretón—. ¿Me perdonas?

—No importa —dije, aunque se me hubiese revuelto el estómago. Sus palabras habían sido como una bofetada. Sabía que no había querido decir eso, pero aun así me dolió—. Estoy cansada, me voy a ir a dormir.

Juntas, entramos en la suite, con nuestros vestidos arrugados, el cabello revuelto y un par de flores marchitas entre los mechones. Elvira se dejó caer en el sofá, bostezando. Le lancé una mirada divertida mientas me quitaba una a una las horquillas, liberando mi

pelo salvaje, y luchaba por mantener un tono tranquilo al hablar.

—Elvira, arriesgándome a sonar como *tu* madre, prométeme que me despertarás antes de irte a esa cita. Te acompañaré... No, no me pongas esa cara. Es lo que hay que hacer y lo más seguro.

—Vale, *vale*.

—¿Por qué te importa tanto?

Elvira se removió en su asiento, con los ojos bien abiertos, suplicantes.

—Inez, nunca he estado sola antes. Solo quiero hacer algo con mi tiempo que no haya planeado o aprobado previamente mi madre. Algún día me casaré con un perfecto extraño. Alguien que hayan elegido para mí. Pero mañana podré pasar tiempo con alguien a quien yo haya elegido. ¿No lo entiendes?

Era increíble lo fácilmente que nos terminábamos comportando de la misma manera. Elvira siempre me estaba siguiendo a todas partes, confiando en mí para que la llevase a vivir una gran aventura. Y era mi responsabilidad cuidar de ella. Protegerla de cualquier cosa que pudiese hacerle daño. Como cuando nos quedamos atrapadas en un árbol cuando teníamos seis años, o aquella vez en la que nos perdimos por el centro de Buenos Aires. Ella confió en mí para que volviéramos a casa sanas y salvas.

Pero, en cuanto regresásemos a Buenos Aires, nuestras vidas dejarían de pertenecernos, las programarían y conducirían hacia un futuro que mi tía aprobase. Estos eran nuestros últimos momentos de libertad sin tapujos.

—Lo entiendo —dije—. Disfruta de tu cita de mañana. —Después me agaché sobre ella y le di un beso en la mejilla—. Pero aun así pienso acompañarte. No te olvides de quitarte el maquillaje antes de acostarte.

Elvira puso los ojos en blanco antes de levantarse del sofá y ayudarme a salir de los apretados confines de mi vestido de baile. Tiró un poquito de más de los lazos de mi corsé y solté un gritito. Cuando me puse el camisón, le devolví el favor, y después cada una se metió en su habitación. Sin las cosas de mis padres desperdigadas por todas partes, aquel dormitorio podría haberle pertenecido a cualquiera.

No sabía si aquello me hacía sentir mejor o no.



Me desperté con alguien aporreando la puerta de la suite. Me froté los ojos y me senté sobre el colchón, adormilada, mientras los golpes en la puerta no hacían más que aumentar. Protestando, hice a un lado la mosquitera, salí de la cama y me puse mi bata blanca antes de dirigirme dando tumbos hacia el salón de la suite. Los golpes no cesaron y abrí la puerta de un tirón.

A quien no esperaba encontrarme detrás de la madera era a Whit.

Pero ahí estaba él, con el puño alzado. Dejó caer el brazo a un costado y se hundió contra el marco de la puerta.

—Estás aquí.

Eché un vistazo a mi alrededor, sin entender qué estaba pasando.

—¿Dónde iba a estar si no?

—Tengo que entrar —dijo Whit.

Me hice a un lado y lo dejé pasar, cerrando la puerta a su espalda. Parecía más cansado de lo habitual, iba vestido con su característica camisa abotonada y pantalones caqui, y las botas de cordones desgastadas que le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla y, sin embargo, miraba a su alrededor nervioso. Tenía los ojos desorbitados y la respiración entrecortada, como si hubiese venido corriendo. Y entonces se me ocurrió un porqué. ¿Y si había cambiado de opinión sobre lo nuestro? Me pasé la lengua por los labios para humedecerlos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Está Elvira?

Al principio no entendí su pregunta. Después sus palabras disiparon la neblina mental que tenía después de una noche de sueño profundo. El miedo me invadió.

—*Debería* estar aquí.

Whit se quedó de pie en medio del salón, con las manos metidas en los bolsillos, y los labios apretados en una línea fina.

—Compruébalo, Inez.

Pero antes de que lo dijese, ya me dirigía hacia la habitación de invitados y, cuando abrí la puerta, una cama vacía me recibió con descaro. Solté un gruñido exasperado. Le había dicho que me despertase, que no bajase sin mí. Me di media vuelta, con las manos en la cintura.

—¿Dónde la has visto? —exigí saber—. Seguro que disfrutando de un buen desayuno en la terraza con su cita de esta mañana...

—¿Con quién? —me interrumpió Whit.

—El hombre con el que bailó anoche. No sé cómo se llama. —Entreabrí los labios, disgustada, tampoco le había preguntado. Había supuesto que lo descubriría esta mañana cuando bajase con ella.

Whit estaba haciendo un esfuerzo considerable por no apartar la mirada de mi rostro, pero, cuando me moví, la bata se entreabrió, revelando el camisón que llevaba debajo. Él se dio la vuelta como un resorte y se sentó en uno de los sillones, que no tenía las pertenencias de mis padres encima.

—No la he visto con mis propios ojos —me dijo, con voz grave y seria—. He bajado al vestíbulo esta mañana para tomarme un café y un empleado del hotel me ha dicho que había visto a alguien que se parecía a ti subirse a un carruaje a las once de la mañana.

—No es posible —dije—. No es tan estúpida como para haber hecho algo así. Tiene que haber sido algún error.

—Muy bien —repuso Whit—. ¿Y dónde está?

—Ya te lo he dicho, desayunando en la terraza.

—Pues yo no la he visto —comentó Whit con cuidado.

Me pitaban los oídos.

—Deja que me vista.

—Por favor —murmuró Whit.

Me encaminé hacia mi habitación y cerré la puerta a mi espalda, escogí un vestido de día a rayas verde menta y crema, y entonces me di cuenta de que tenía un problema. Ese vestido solo podía ponérmelo con un corsé y un polisón debajo, y aunque el último me lo podía poner yo sola, para el primero necesitaba ayuda. Solté un gruñido. El día ya empezaba fatal. Abrí un poco la puerta y asomé la cabeza.

—Whit, eres mi amigo, ¿verdad?

—Sí —respondió Whit, impaciente—. ¿Por qué demonios estás tardando tanto?

Nadie comprendía la urgencia de este momento más que yo. Mi cabeza no paraba de darles vueltas a los cientos de posibilidades de dónde podría estar Elvira en estos momentos, porque *sabía perfectamente* que ella jamás se montaría en un carruaje con un desconocido así como así.

—¿Entonces no te importará abrocharme el corsé?

Whit dejó caer la cabeza contra sus manos.

—Joder, Olivera.

Guardé silencio.

—Iré a buscar a alguien que te ayude —dijo, desesperado, poniéndose de pie.

Yo negué con la cabeza.

—Perderíamos mucho tiempo. Por favor, solo tienes que atar las cintas. Será un momento y no volveremos a hablar de ello jamás.

Whit me fulminó con la mirada, y esperé pacientemente a que se diese cuenta de que esto solo podía terminar de una forma. Soltó una palabrota por lo bajo y se acercó a mí, con sus fríos ojos azules clavados en mi rostro.

—Date la vuelta —me ordenó entre dientes.

Yo obedecí en silencio, siendo plenamente consciente de que, si me reía de él, empezaría a soltar improperios sin parar. Estaba preocupada por Elvira pero, por un momento, me permití esbozar una sonrisa.

—Deja de sonreír —me reprochó, cortante.

—No estoy sonriendo.

Tiró de los lazos con fuerza, robándome el aliento.

—Eres una mentirosa. —Me ató el corsé rápidamente, sus dedos

rozándome de forma accidental la espalda.

—Ya has hecho esto antes —comenté, con indiferencia—. Es evidente. A juzgar por lo rápido que…

—Silencio —me cortó Whit.

Volví a esbozar una sonrisa traviesa.

—Ya está —dijo él, con su aliento haciéndome cosquillas en la nuca—. Ahora, ve a ponerte tu vestido…

Me di media vuelta, con una sonrisa de disculpa.

—El vestido tiene dos docenas de botones en la espalda. Tienes que ayudarme.

Whit me lanzó una mirada asesina. Yo me puse rápidamente el polisón y después el vestido, metiendo los brazos en las mangas. Regresé al salón, ocultando lo mucho que me divertía aquello. La expresión de Whit no había cambiado ni un ápice. Se colocó a mi espalda y empezó a abrochar los botones.

—Este vestido es ridículo.

—Estoy de acuerdo. Preferiría llevar lo que llevas puesto tú.

Whit soltó una carcajada amarga.

—La sociedad jamás te permitiría ser tan progresista.

—Tal vez aún no —dije, quitándole importancia, pero una corriente maravillosa me recorrió la columna por el calor de sus dedos, que podía sentir a través de la tela de mi vestido—. Pero algún día.

Tuve que recordarme que estaba prometido.

Whit se alejó de mí, como si lo hubiese quemado.

—Ya he terminado. A menos que también quieras que te peine el maldito pelo y te lo trence.

—¿Sabes cómo…?

—*No*.

Me hice una trenza rápida, tomé un sombrero y lo seguí fuera de mi suite, intentando alcanzarlo. Llegamos al vestíbulo y dimos una vuelta, recorriendo el exterior con la mirada, la terraza, y después adentrándonos en unas cuantas habitaciones que había conectadas al vestíbulo del hotel. Elvira no estaba en el comedor, ni en el salón de baile. El reloj estaba a punto de dar las doce del mediodía.

—Whit —dije, preocupada, con el pánico apoderándose de mí poco a poco—. ¿Dónde está?

—Vamos a hablar de nuevo con Sallam —repuso—. Intenta mantener la calma. Tal vez se haya encontrado con un antiguo conocido.

—No conoce a nadie aquí —protesté, mientras me llevaba hasta recepción. El vestíbulo estaba lleno de gente, y tuvimos que abrirnos paso entre los huéspedes para llegar.

—No te olvides que muchísima gente visita El Cairo en esta época

del año —dijo—. Echa un vistazo a tu alrededor, quizá se haya encontrado con un viejo amigo.

Sallam nos recibió con una sonrisa.

—Buenas tardes, señor Hayes y señorita Olivera. Me alegro de verlos juntos. El señor Marqués se acaba de ir hace tan solo unos minutos, a una reunión de negocios. Supongo que los esperará allí. ¿Les pido una berlina?

—Ahora mismo no —dijo Whit—. ¿Podría decirnos si ha visto a la señorita Montenegro esta mañana?

Sallam parpadeó y se mesó la barba canosa.

—Ahora que lo pienso, me pareció haberla visto a usted, señorita Olivera, subiéndose a un carruaje esta misma mañana, pero con un vestido distinto. Supongo que debo de haber visto a su prima.

Me quedé completamente helada, me negaba a creer que mi prima hubiese sido tan tonta.

—¿Qué clase de carruaje? ¿Vio con quién estaba?

Sallam negó con la cabeza.

—Tan solo los vi de reojo, me temo, pero el caballero se parecía a su tío. Alto y de hombros anchos. De hecho, supuse que sería Ricardo.

—¿Mi tío? ¿Mi tío Ricardo se la ha llevado a alguna parte? —repetí, entrando en pánico. Ahora ya entendía por qué se había montado en el carruaje. Sí que conocía a su acompañante, pero no era mi tío con quien se había marchado. Me volví hacia Whit—. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos encontrarla?

Whit me colocó una mano en el brazo, tratando de tranquilizarme, y cuando íbamos a alejarnos del mostrador de recepción, Sallam nos detuvo.

—Esta mañana ha llegado una carta para usted, señorita Olivera. —Rebuscó entre los cajones del mostrador y sacó un sobre cuadrado y pequeño, con mi nombre escrito en una caligrafía que me resultaba vagamente familiar.

Tomé la carta y le di las gracias, y la abrí mientras seguía a Whit por el vestíbulo. Dentro tan solo había un papel, junto con dos billetes: uno con un asiento asignado en un tren que partía hacia Alejandría a la mañana siguiente, y otro para un barco de vapor con destino a Argentina. Impaciente, saqué a carta y leí lo poco que había escrito.

Después volví a leerla, con el corazón latiéndome a toda velocidad, aporreándome contra las costillas como un animal enjaulado. Ni siquiera me di cuenta de que Whit se detenía y me quitaba la carta de las manos.

La leyó rápidamente y apretó con fuerza la mandíbula. Bien podría haber estado hecha de hierro en ese momento.

—*Mierda.*

Tenía el pulso acelerado y me estaba mareando. No me fijé en lo

que me rodeaba al tiempo que Whit me llevaba de vuelta hacia la planta superior, por el largo pasillo y dentro de la suite que compartía con mi prima.

Elvira.

Elvira, a quien habían secuestrado.

—Dame la carta —exigí, acorralando a Whit—. Tiene que ser un error.

Él me la devolvió sin mediar palabra, le ardía un fuego abrasador tras los ojos al tiempo que yo bajaba la vista hacia la carta, para volver a leer lo que había escrito en esa caligrafía descuidada.

> *Querida Inez*:
>
> *Me temo que he tenido que tomar medidas drásticas para asegurar tu seguridad. Tendrás que olvidarte de Elvira y, aunque estoy segura de que nunca podrás perdonarme por ello, espero que, con el tiempo, lo comprendas. Quizá cuando tengas una hija.*
>
> *Debes marcharte de El Cairo esta noche.*
>
> *Solo será cuestión de tiempo que descubran que se han llevado a la chica equivocada a los muelles y vayan a por ti.*
>
> Lourdes

Me temblaban las manos con violencia y la carta se me cayó al suelo. Mi madre había sacrificado a Elvira. A la hermana que nunca había tenido. Su egoísmo me dejó perpleja. A mamá solo le importaba que esa gente nunca descubriese *su punto débil*. Que sus socios nunca pudiesen usarlo en su contra. Su debilidad.

A mí.

Whit se agachó y la recogió, pensativo.

—¿Qué? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Nada, es que...

—Suéltalo. —El pánico se estaba apoderando de mí. No sabía dónde podría estar mi prima en estos momentos, en esta ciudad que yo misma apenas conocía. Parte de ese miedo debió de quedar reflejado en mi rostro, porque Whit se agachó para quedar a mi altura. No intenté ocultar lo aterrada que me sentía.

Guardó silencio, preocupado por algo.

—Suéltalo —le volví a exigir.

—Me estaba preguntando si tu madre se referiría a los almacenes que hay en los muelles del puerto de Bulaq —dijo lentamente—. Sé

que han estado haciendo los intercambios allí porque Ricardo me hizo investigarlos para ver qué tramaba tu madre.

—Whit, voy a pedir un carruaje. Tengo que ir tras ella.

Whit pocas veces gritaba pero, cuando lo hacía, gritaba con fuerza.

—¡De ninguna manera!

—Me quieren *a mí* —espeté—. ¿Es que no lo entiendes? Vuelve a leer la carta de mi madre. Debe de haber hecho que alguno de sus socios pensase que Elvira era yo. Anoche llevábamos vestidos prácticamente idénticos. Cualquiera podría habernos confundido. —Entonces caí en la cuenta de algo horrible—. El hombre con el que estuvo bailando… debía de trabajar para mi madre… —Se me entrecortó la voz. Agarré a Whit por la solapa de su chaqueta—. Está en peligro, pero la que debería estar en peligro soy yo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Ocupar su lugar? —preguntó Whit—. Podrías morir.

Negué con la cabeza.

—No lo creo. Mi madre terminará enterándose de lo que ha pasado y vendrá a buscarme. Soy su debilidad. Mira hasta dónde ha llegado para advertirme.

—¿Tu *madre*? ¡No seas ingenua! —volvió a gritar Whit—. Lourdes piensa dejar que maten a tu prima. Es probable que haya asesinado ella misma a tu padre y después te haya mentido sobre ello también. No tiene corazón, es despiadada y manipuladora. ¿Por qué crees que sus enemigos han tenido que recurrir al secuestro? Debe de haber hecho algo imperdonable y quieren intercambiar lo que quiera que haya *robado* por tu vida.

—Estás hablando de los artefactos.

Él apretó los dientes.

—Me apuesto cada libra que tengo a que los ha traicionado.

—Quizá mi madre sea capaz de dejar que Elvira muera por mí, pero yo no. Yo no soy mi madre.

Whit me agarró con fuerza de los brazos, aterrado y desesperado.

—No puedo dejar que lo hagas.

—No respondo ante ti.

—No respondes ante nadie, eso es parte del problema —espetó Whit.

—No sabía que tenía problemas.

—Pues claro que los tienes, todo el mundo los tiene.

—Bueno, ¿y cuáles son los tuyos? —le pregunté—. En realidad, no hace falta que me respondas. Ya los sé.

—No me cabe ninguna duda de ello —gruñó—. No me he molestado en escondértelos. —Me soltó, frustrado, y se mesó el cabello revuelto—. Tenemos que decírselo a tu tío. Tiene que saberlo.

—Bien —dije, suspirando profundamente—. Vete y déjale una nota en recepción.

El alivio suavizó el miedo que había grabado en su rostro. Asintió y me dio la mano.

—Te prometo que haremos todo lo que sea posible por traerla de vuelta sana y salva.

Esbocé una sonrisa forzada.

—Te creo.

Whit me dio un suave apretón de manos y se marchó, cerrando la puerta a su espalda. Conté hasta diez y después lo seguí, con cuidado de mantener las distancias. Estaba segura de que mi tío intentaría salvar a mi prima, pero los socios de mi madre me querían *a mí*. No me quedaba otra opción.

De reojo, vi a Whit acercarse al mostrador de recepción. Atravesé el vestíbulo todo lo rápido que pude y bajé corriendo los escalones de la terraza con la mano en alto, pidiendo un carruaje.

Whit estaba equivocado. Mi madre me había comprado esos dos billetes para ayudarme a salir del país. No me dejaría morir, y ni todo el dinero del mundo podría cambiar eso. En el fondo, sabía que le importaba lo suficiente como para que sus enemigos me considerasen su punto débil.

Apostaría mi vida en ello.

34

Cuando llegué al puerto, el contorno de las pirámides era una especie de sombra contra el cielo oscuro. Cientos de faluchos y dahabiyas se mecían con suavidad al ritmo de la corriente del río. A mi espalda se alzaba un edificio con la fachada de piedra y con un cartel que se había descolorido con el paso de los años. Montones de ratas se cruzaban en mi camino cuanto más me acercaba al chapoteo del río. Los lugareños charlaban animadamente con los turistas, anunciando sus servicios como pilotos y timoneles por el Nilo.

Eché un vistazo a mi alrededor, inquieta. El puerto estaba lleno de almacenes, una serie de edificios que me resultaban familiares y que recordaba haber visto la última vez que había pisado el puerto de Bulaq. No tenía forma de saber en cuál de todos se encontraba mi prima. Todos parecían abandonados. Algunos incluso tenían las ventanas rotas. Recorrí la primera calle de almacenes mordiéndome el labio inferior. Me sentía relativamente segura allí gracias a toda la gente que pululaba por los muelles. ¿Quién me iba a hacer daño delante de todas esas personas?

Intenté no pensar en lo que diría Whit.

La puerta del primer almacén estaba cerrada con llave. Comprobé el siguiente y ese también estaba cerrado, con una larga cadena que impedía la entrada. Pasé frente a tres almacenes más, doblé la esquina y seguí buscando alguna pista que me llevase hasta el paradero de mi prima. Por el camino, me topé con enormes pilas de cajas de madera y barriles vacíos, que se alzaban sobre mi cabeza. Cuanto más me alejaba del cauce del río, el ruido de la multitud que llenaba el puerto se reducía poco a poco a tan solo un suave murmullo. Todas las puertas con las que me cruzaba estaban cerradas con llave.

Y entonces, de reojo, vi algo que se movía. Eran dos hombres, vestidos con pantalones de traje y chaquetas de doble solapa, que merodeaban frente a uno de los edificios. Los dos eran enormes y hablaban en voz baja, a tan solo unos metros de mí, pero estaban vigilando atentamente sus alrededores.

Estaba a punto de llamarlos cuando alguien me tapó la boca. Una mano fuerte se cerró alrededor de mi cintura y tiró de mí hacia atrás, estampándome contra una superficie dura. Luché por liberarme y le di una patada al desconocido, que impactó en su espinilla.

—Por el amor de Dios, Inez —siseó Whit en mi oído.

Dejé de luchar contra su agarre de inmediato, al mismo tiempo que él nos llevaba detrás de una montaña de cajas de madera.

—Eres la persona más irritante que he tenido el disgusto de conocer —gruñó Whit—. Ahora mismo, podría estrangularte con mis propias manos.

—Tengo que hacer esto —repuse, firme—. No tenías por qué seguirme.

—Y una mierda que no. —Whit me tomó de la mano e intentó arrastrarme de vuelta por donde había venido, pero yo me resistí.

—¡Te estoy diciendo que no pienso irme!

—¿Y si no puedo salvarte? —me preguntó Whit, con los ojos desorbitados y llenos de pánico—. Por favor, no me hagas esto.

—No puedo irme…

—Vámonos antes de que nos descubran. Tienen hombres patrullando…

Oímos el chasquido de una pistola al cargarse.

—¡*Whit!*

Nuestro atacante se había deslizado en silencio a nuestras espaldas y estaba apuntando con el cañón de su pistola directamente a la cabeza de Whit. Esbozó una sonrisa, con sus ojos azules ardiendo en mitad de la noche, y sus dientes brillando bajo la luz de la luna. Whit me soltó y se agachó, barriendo la pierna por el suelo para desestabilizar a nuestro atacante. El hombre cayó y disparó al aire, el sonido reverberó en mis oídos. A lo lejos, la gente empezó a gritar.

Whit saltó sobre el hombre y le asestó un puñetazo. La pistola salió volando, deslizándose por el suelo. Se detuvo con un gran estrépito a mis pies, por lo que, instintivamente, me agaché y la tomé.

—¡Inez, corre! —me gritó Whit al mismo tiempo que los dos hombres que había visto antes lo rodeaban, con los puños en alto. Whit esquivó el primer golpe y bloqueó el siguiente con el antebrazo. Le asestó un fuerte puñetazo a uno de los hombres en la cabeza, haciendo que le castañeasen los dientes por el impacto—. ¡Inez! —volvió a gritar mientras golpeaba al segundo hombre—. Te he dicho… —Whit esquivó el gancho derecho del tercer atacante por los pelos—. ¡… que corrieras!

—¡Cuidado! —grité, horrorizada y, sin pensar, alcé el arma y disparé. Whit no se inmutó, pero el otro atacante sí, y aprovechó la distracción para lanzarle otro puñetazo.

El tercer hombre se puso de pie de un salto, desenvainó un puñal y se lo lanzó a Whit, que lo esquivó por los pelos. El puñal cortó el aire hasta clavarse en uno de los barriles.

Whit desenfundó su revólver y disparó al tercer hombre, que logró esquivar que el disparo le diese en el estómago por poco. El ruido de una pistola al cargarse resonó en mi oído. De reojo, pude ver el pequeño cañón del arma y el destello del metal plateado apuntándome directamente a la sien.

—Suéltala —gruñó un hombre.

Dejé caer la pistola.

—Dale una patada.

Hice lo que me pedía.

Entonces, en voz más alta, mi atacante gritó:

—Levántate y deja de luchar contra mis hombres o tu chica morirá.

Whit se puso de pie, con el rostro pálido y respirando con dificultad. Dos de los hombres contra los que había estado luchando yacían inconscientes a sus pies.

—Llevadme a mí en su lugar.

—¡Whit! *No*.

Pero él me ignoró y clavó la mirada en mi atacante.

—Lánzame tu arma —le dijo mi atacante.

Whit no lo dudó. Se la lanzó, y esta resonó al deslizarse sobre los adoquines, estrellándose contra nuestros pies, con las iniciales que tenía grabadas en el mango a la vista. Los ojos me ardían por las lágrimas que se habían acumulado tras mis párpados. Nunca me había llegado a contar a quién pertenecía esa pistola, pero sabía lo mucho que significaba para él.

—Estoy aquí por Elvira. Por favor, liberadla —solté rápidamente —. Iré con vosotros sin resistirme, pero no le hagáis daño a ella o a mi amigo.

A mi espalda, una voz rompió el silencio, afilada y familiar.

—Subidlos a bordo, a los dos.

El hombre que me apuntaba con la pistola se abalanzó sobre mí, cubriéndome la nariz y la boca con un trapo sucio. El olor químico me provocó arcadas y me lloraron los ojos. Oí a Whit soltar un rugido furioso. Luché contra los brazos que me aprisionaban, pero se me empezó a nublar la vista.

Pestañeé y el mundo se oscureció poco a poco.

Cerré los ojos y todo se volvió negro.



Me habían metido en una tumba.

Las paredes que me rodeaban eran irregulares, del color anaranjado de un acantilado. El espacio era estrecho y estaba abarrotado de cajas de madera y barriles. Una única vela iluminaba la pequeña habitación. Luché por liberarme, pero no podía mover las manos; algo áspero me raspaba la delicada piel de las muñecas. Me habían atado los brazos a la espalda, con fuerza.

—¿Whit? —lo llamé.

—Estoy aquí —respondió, rodeando una pila de cajas de madera. También tenía los brazos atados a la espalda, un enorme moratón se

había empezado a formar en su mejilla izquierda y tenía un corte en el labio que no dejaba de sangrar.

—Estás herido —dije.

Él se arrodilló frente a mí.

—Tú llevas horas inconsciente —repuso, con la respiración agitada y la urgencia tiñendo su voz—. ¿Cómo te encuentras?

—Mareada. Sedienta. Pero creo que estoy bien. ¿Qué me han hecho?

—El trapo estaba empapado en cloroformo —dijo, con la ira que sentía rompiéndole la voz—. *Goteaba* cloroformo. Estaba aterrado de que te hubiesen expuesto a una dosis demasiado alta.

—Estoy bien —dije, deslizándome hacia él hasta que nuestras rodillas se tocaron—. ¿Tienes algo en los bolsillos que nos pueda servir?

—Me los han vaciado antes —expuso, resignado—. La pistola. Incluso me han quitado el botón.

Solté un gruñido.

—Por favor, dime que llevas una navaja escondida en alguna parte.

Whit negó con la cabeza, desolado.

—Me han quitado la que llevaba en la bota.

—Malnacidos —siseé—. ¿Has visto a Elvira?

Volvió a negar con la cabeza.

—Lo primero que hice cuando nos dejaron aquí fue buscarla. He comprobado cada rincón de esta maldita tumba. Ni rastro de Elvira, ni ninguna pista de que haya estado aquí en algún momento.

Se me formó un pesado nudo en el estómago.

—Dios, espero que esté… —No llegué a terminar la frase al escuchar el sonido de unas pisadas acercándose a nosotros.

En la puerta de la tumba aparecieron cuatro hombres, vestidos con prendas oscuras y máscaras negras cubriéndoles el rostro. El del medio me resultaba familiar, aunque no sabía por qué. Era alto y de cintura estrecha. Los otros tres quizá fueran los que habían estado peleando con Whit antes en el puerto, porque cojeaban.

—Levantaos —ordenó el hombre alto.

Temblorosa, me puse de pie. Whit hizo lo mismo, pero los tres hombres se acercaron a mí de inmediato, arrastrándome con ellos.

Whit pataleó y luchó, pero lo único que consiguió con ello fue que le asestasen un puñetazo en la cara. Se dobló sobre sí mismo por el impacto, jadeando. Los hombres lo rodearon y le dieron patadas en el estómago y en las costillas. Sus gruñidos de dolor retumbaron en mis oídos. Uno de los hombres desenfundó un puñal y le rajó el brazo que se había colocado para protegerse la cabeza. La sangre empezó a manar de la enorme y profunda herida.

—Parad —grité—. ¡Parad!

—Para evitar más malentendidos, me gustaría saber cómo te llamas —me dijo el hombre alto, con calma. Su voz me resultaba familiar y me puso los pelos de punta. Esa noche, en Filé, todo había estado demasiado a oscuras. No había podido vislumbrar bien su rostro, pero recordaba ese cabello rubio, brillando como la plata bajo la luz de la luna. Y su voz grave.

Se me secó la garganta. No me acordaba de la última vez que había bebido algo.

—Inez Olivera.

—Ya veo —soltó, calmado. Como si hubiese estado preguntándome por mi salud. Se me erizó el vello de los brazos—. Entonces, ¿no eres Elvira Montenegro? La otra joven insiste en que *te* llamas así, pero podría estar mintiendo.

Negué con la cabeza, con el estómago revuelto. Desde que había puesto un pie en Egipto había dicho que me llamaba como mi prima en más de una ocasión. Un error de lo más estúpido por mi parte.

—Es a mí a quien queréis. Por favor, dejad que Elvira se vaya.

—¿Dónde está tu madre?

—No lo sé.

Alzó la mano y me abofeteó con fuerza. El sonido reverberó por las paredes de la tumba. Y saboreé la sangre en mi boca.

Whit le asestó un codazo al hombre que lo estaba sujetando y se puso en pie de un salto, con los ojos desorbitados.

—Vuelve a ponerle un dedo encima y te prometo que acabaré con tu miserable vida.

—¿Crees que estás en posición de ir soltando amenazas? —le preguntó el hombre alto, despreocupado. Le hizo un gesto con la cabeza a uno de sus acompañantes, y este desenfundó una pistola y me la clavó al pecho.

Whit se quedó helado, con el ceño fruncido. Y, de nuevo, los tres hombres lo redujeron.

El hombre alto se volvió de nuevo hacia mí.

—Voy a volver a preguntártelo. ¿Dónde está tu madre?

Me pasé la lengua por los labios secos y agrietados.

—No lo sé.

Me asestó un puñetazo en el estómago, robándome todo el aire de los pulmones. Me doblé de dolor, con las lágrimas anegándome los ojos. Whit soltó un gruñido, forcejeando de nuevo para liberarse.

—Te lo voy a preguntar solo una vez más —dijo el hombre, midiendo cada palabra, tranquilo—. Si no me dices donde está, sellaré la tumba. Piénsalo bien antes de responder. ¿Dónde está tu madre?

Me erguí y me limpié la sangre de la boca usando la tela que me cubría los hombros.

—No lo sé.

Los ojos del hombre refulgieron a la luz de las velas. Eran marrones, cálidos, del mismo tono que el cuero desgastado.

—Muy bien. Pero quiero que sepas que esta… prima tuya correrá tu misma suerte.

—¡Suéltala! —grité—. Ella no sabe nada, acaba de llegar. *Por favor*.

El hombre alto me ignoró, al mismo tiempo que los otros tres soltaban a Whit, que se dejó caer al suelo, con el rostro ensangrentado y amoratado. El ruido de la piedra raspando al deslizarse contra el suelo de roca reverberó a nuestro alrededor, y la sala se fue oscureciendo poco a poco.

Y entonces llegó el silencio.

Estábamos atrapados.

35

Me dejé caer junto a Whit, tirando de las cuerdas que me ataban las manos, pero no pude liberarme. Él soltó un gruñido, con la cara pegada al suelo lleno de polvo, tumbado de lado y con las piernas pegadas al pecho. Cuando abrió los ojos lentamente, me fijé en que los tenía inyectados en sangre.

—¿Cuánto te duele?

—Mucho —resolló.

—¿Puedes sentarte?

—Ahora mismo no.

Me acerqué a él, apoyando el brazo sobre su muslo. Él soltó un gruñido como respuesta.

—Han sellado la puerta.

—Lo he oído —murmuró—. ¿Puedes acercarte un poco más?

—¿Por qué?

—Tengo que saber lo que te han hecho.

Su tono era afilado, letal, e hizo que se me pusiesen los pelos de la nuca de punta. Me acerqué un poco más y él entrecerró los ojos al contemplarme. Su mirada ensangrentada me recorrió el rostro, posándose unos segundos de más en mi mejilla enrojecida. Su cuerpo irradiaba furia, cargando el ambiente.

Whit soltó una palabrota.

La vela solitaria que había sobre una de las cajas de madera proyectaba sombras siniestras a nuestro alrededor. Si pudiésemos librarnos de las cuerdas, podríamos encontrar algo útil dentro de alguna de esas cajas o barriles. Las paredes parecían estar cerniéndose sobre nosotros por momentos. Robándome el aire de los pulmones. Sabía que no teníamos mucho tiempo, dentro de poco nos quedaríamos sin oxígeno y sin luz. Se me pasó por la cabeza la imagen de un reloj de arena. Cada vez que pestañeaba, menos arena nos quedaba.

—¿Podríamos usar las horquillas que me sujetan el sombrero para cortar la cuerda?

Él negó con la cabeza, sentándose lentamente mientras gruñía de dolor.

—Creo que no. ¿Qué más tienes escondido en el pelo?

—Me temo que nada más.

Whit bajó la mirada hacia sus zapatos.

—Ojalá no hubiesen encontrado mi navaja.

—¿Qué vamos a hacer, Whit? —le pregunté en un susurro—.

¿Cómo vamos a salir de esta?

—Quizá pueda zafarme de la cuerda —comentó—. Estaba consciente cuando me ataron las manos a la espalda, y me aseguré de mantener los codos alejados cuando la anudaron.

—No sé para qué sirve eso.

—Así el nudo queda un poco suelto —explicó, tensando los músculos de los brazos al tiempo que intentaba librarse de las ataduras—. Si me estiro y tenso la cuerda al mover las muñecas, podría soltar un poco el nudo.

—Es un buen truco. ¿Dónde lo aprendiste?

Un destello de tristeza le cruzó el rostro, como si estuviese caminando por debajo de una nube de tormenta.

—Me lo enseñó un amigo, por si algún día me secuestraban.

—¿Alguna vez te han secuestrado?

Un mechón de su cabello revuelto le cayó por la frente. Me hormigueaban los dedos con el deseo de apartárselo.

—No, hasta ahora, no —repuso.

—¿Qué le pasó a tu amigo?

Whit guardó silencio durante unos segundos, antes de responder.

—Murió.

Me moría de ganas por seguir insistiendo, por que me contase algo más, pero me fijé en el dolor que reflejaba su mirada, y el instinto me gritó que me contuviese. Los dos guardamos silencio mientras Whit luchaba por liberarse de las ataduras, murmurando alguna que otra palabrota de vez en cuando. Había dejado caer por completo su fachada encantadora y, en cambio, a quien tenía en frente era a un hombre que ya había tenido que sobrevivir antes. Un luchador experto, no quedaba ni rastro de su anterior brillo y elegancia. Estábamos muy lejos del alcance de las normas de etiqueta de la alta sociedad, lejos de las expectativas y del deber. Este era el Whit que yo había sabido que se escondía bajo la superficie todo este tiempo, el que había mantenido oculto porque dejaba entrever su yo más vulnerable. El hijo menor, con una carrera militar frustrada.

—Olivera —susurró Whit—. Creo que lo he conseguido, menos mal.

Se puso de pie y la cuerda que le había mantenido atrapadas las muñecas cayó al suelo con un ruido sordo, y después se agachó para desatarme las mías. Estaba mareada del alivio.

—*Gracias*.

—No me des las gracias aún —repuso, ayudándome a levantarme —. Todavía tenemos que encontrar una manera de salir de aquí. —Bajó la mirada hacia el corte profundo que le recorría el brazo, ensangrentándole la camisa de lino—. Pero, primero, si no te importa sacrificar tus enaguas.

Me agaché y desgarré un largo trozo de tela. Whit lo tomó y, en un movimiento fluido, usó sus dientes y su mano izquierda para envolverse la herida con él. Lo hizo en menos de un minuto, como si se hubiese tenido que ocupar de heridas y puñaladas como esa cientos de veces.

Se llevó el brazo a un costado, agarrándose el torso con fuerza, y se acercó a la entrada. Yo lo seguí, sabiendo que era imposible que pudiésemos abrir esa puerta de piedra los dos solos. Él debió de llegar a la misma conclusión, porque se dio la vuelta, enfadado.

—Bastardos —gruñó.

—Echemos un vistazo a lo que hay en las cajas —sugerí.

Whit se ocupó de una pila y yo de otra. La caja que destapé no guardaba nada en su interior. Se me formó un nudo en la garganta cuando pasé a la segunda, y después a la tercera, obteniendo el mismo resultado.

—Nada —dijo Whit.

—Aquí tampoco.

Los dos nos volvimos hacia los barriles y los revisamos en silencio.

Tampoco encontramos nada.

La gravedad de nuestra situación me golpeó de lleno y me fallaron las piernas. Whit gritó mi nombre y salió corriendo hacia mí, dejándose caer de rodillas en el suelo a mi lado y atrayéndome sobre su regazo. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que me limpió las lágrimas que se deslizaban por mi rostro, cayéndome hasta la barbilla.

—Tranquila, Inez —me susurró—. Te tengo.

Me apoyé en su pecho y él me rodeó con los brazos. Inhalé su característico olor, mezclado con el aroma de su sudor y de la sangre, y lo sentí todo tan real. Whit estaba lleno de fuerza, de vitalidad y de *vida*, y en solo unas horas le arrebatarían toda esa energía. No podía soportar la idea de que eso sucediese.

—Creo que estamos condenados —murmuré contra su pecho—. ¿Has llegado a la misma conclusión que yo?

Me abrazó con más fuerza.

Pasaron los minutos, y el único ruido que rompía el silencio en el interior de aquella tumba era el sonido de nuestras respiraciones entremezclándose en la oscuridad.

—Una vez me preguntaste por qué me expulsaron con deshonor del ejército.

Alcé la mirada hacia su rostro.

—¿Y me lo vas a contar ahora que vamos a morir?

—Cariño, ¿quieres saberlo o no?

Volví a recostar la cabeza contra su pecho, aquella palabra

cariñosa me tranquilizó como un bálsamo. Whit me quitó las horquillas que sujetaban el sombrero y me lo sacó, antes de lanzarlo a un lado.

—En aquel entonces me habían destinado a Jartum —comenzó—. Bajo las órdenes del general Charles George Gordon. ¿Sabes quién es?

Negué con la cabeza.

—¿La pistola era suya?

Whit asintió.

—Esos bastardos me la han robado. —Me pasó los dedos por la frente en una suave caricia, apartándome los rizos rebeldes del rostro —. Su misión era imposible —siguió diciendo—. Los madhis se estaban acercando demasiado rápido, con la intención de hacerse con el control de la ciudad, pero Gordon se mantuvo firme. Gran Bretaña le ordenó que se retirara, pero no lo hizo; en cambio, evacuó a las mujeres, a los niños y a los enfermos a Egipto, para que escapasen del ataque a Jartum. En total, evacuó a más de dos mil quinientas personas. Con el tiempo, las ciudades circundantes que habían sido ocupadas por los británicos se rindieron a los madhis, y Jartum quedó aislada y vulnerable ante un ataque.

Alcé la mirada hacia su rostro y me aparté lo suficiente como para poder observarlo bien mientras me contaba la historia.

—Gordon permaneció en la ciudad, negándose a marcharse. Me obligó a reunirme con los refuerzos que habían enviado desde arriba, para que los ayudara a entrar en la ciudad. Obedecí, oponiendo resistencia, pero al final terminé reuniéndome con los soldados británicos que llegaron a través del Nilo. —Hizo una mueca de disgusto—. El capitán de los refuerzos, Wolesley, decidió contratar a *canadienses* en lugar de a egipcios para que los llevasen por el río, y perdió *meses* esperando a que llegasen desde *Norteamérica*.

Apretó el puño libre contra mi muslo.

Le clavé el dedo en el brazo con delicadeza, no quería que se cerrase en banda, no ahora.

—¿Qué pasó entonces, Whit?

—Les dije que me adelantaría por mi cuenta —respondió Whit en un susurro—. Pero Wolesley se negó. Me prohibió marcharme a ayudar al general Gordon. Así que desobedecí a la Corona y me marché a hurtadillas. Recorrí el Nilo yo solo. Atravesé todas esas zonas donde la guerra tan solo había dejado muertos a su paso. Huesos de humanos, de caballos, de camellos. Huesos de todos los tamaños. Todo un desperdicio de vidas. —Su voz se redujo a un susurro angustiado—. Regresé todo lo rápido que pude pero, al final, no tuvo importancia. Llegué dos días demasiado tarde. Los madhis habían decapitado al general Gordon en las escaleras del palacio. Una semana después, me expulsaron con deshonor por deserción.

Alzó la mirada hacia el techo, con sus ojos azules refulgiendo bajo la tenue luz.

—Habría tomado la misma decisión. Pero ojalá la hubiese tomado antes. Tal vez, de ese modo, podría haberlo ayudado, podría haberlo salvado.

Había estado cargando con el peso de una culpa que no le pertenecía durante todo un año. Una culpa que lo había atormentado y con la que no se merecía cargar. Ahora comprendía por qué siempre se ocultaba detrás de esa máscara, por qué intentaba convencer a todo el mundo de que no le importaba nada en absoluto. Me moría por quitarle ese peso de los hombros, como si fuese algo tangible que le pudiese arrebatar, tan solo para que se permitiese volver a *sentir*, a ser libre.

—Él se habría quedado atrás igualmente, sin importar si estabas allí o no, Whit.

—No estaba allí cuando me necesitaba.

—Fuiste a buscar ayuda —repuse—. Él sabía que habrías hecho cualquier cosa por ayudarlo. *Hiciste* todo lo que pudiste, incluso aunque supieses que ibas a salir perdiendo con ello. —Le acaricié el hueco del cuello. Sabía lo mucho que costaba decir en voz alta aquello que más nos avergonzaba. Un peso que llevaba mucho tiempo soportando en silencio—. Creo que eres mucho más noble de lo que crees. Prácticamente eres un héroe.

—El tribunal militar no pensó lo mismo.

—No me importa lo que pensasen los jueces de ese tribunal. —Suavicé un poco mi tono—. Gracias por contármelo.

—Bueno, jamás lo habría hecho si no estuviese tan seguro de que estamos condenados a morir de un momento a otro.

Negué con la cabeza. Sabía que eso era parte del motivo. Quizás incluso le habría creído si me lo hubiese dicho antes, pero me había contado esa historia para intentar contrarrestar el pánico que amenazaba por consumirme.

—Me la has contado porque sabías que me tranquilizaría.

—Sí. —Tragó con fuerza—. Y porque quería que alguien supiera la verdad.

—Nunca pensé que esto terminaría así —susurré—. Whit, en algún momento tendrán que hablar con mi madre. Cuando ella se entere de lo que han hecho, vendrá corriendo a buscarnos.

Él no respondió. No tenía por qué hacerlo. Sabía que no me creía.

—Vendrá. Si no le importase no me habría dejado esos billetes ni me habría advertido. Soy su debilidad, ¿recuerdas? Su punto débil.

—Estamos hablando de muchísimo dinero, Olivera.

—Vendrá. Ya lo verás.

Whit esbozó una sonrisa triste. Me temblaba el labio inferior y, al

verlo, Whit se acercó un poco a mí y me pasó suavemente el pulgar por encima.

—*No lo hagas*.

Una sensación cálida me recorrió el bajo vientre y, por primera vez, fui consciente de lo cerca que estábamos, de que todo mi cuerpo estaba apoyado sobre sus largas piernas, de que sus brazos me envolvían con fuerza, de la tentadora caricia de su aliento en mi frente. Los dos nos quedamos quietos, como si nos acabásemos de dar cuenta de lo peligroso que sería movernos aunque fuese unos centímetros, como si el movimiento fuese a romper el hechizo. El corazón me latía acelerado cuando nuestros ojos se encontraron. Me observó con dulzura, lanzándome una mirada que nunca había visto, de la que no lo creía capaz. Cedí a la tentación contra la que había estado luchando y le aparté el rebelde mechón que le caía por la frente, lo que le hizo cerrar los ojos ante la caricia, con la respiración entrecortada.

Cuando volvió a abrirlos, en su mirada no había más que decisión.

—Inez —susurró—. Vas a tener que perdonarme por lo que estoy a punto de hacer.

En el momento en el que sus labios cubrieron los míos, cada pensamiento, cada preocupación, desapareció. Me acercó a su pecho, con sus brazos clavándose en mi cuerpo al rodearme la cintura. Una de sus manos se deslizó en un camino ascendente por mi espalda, sujetándome por la nuca y enredando sus dedos entre mi cabello revuelto. Profundizó un poco más el beso y yo me derretí contra su cuerpo. Le pasé las manos por los anchos hombros y él se estremeció ante mi caricia. Su lengua me recorrió los labios, invitándome a dejarlo entrar, y después nos enzarzamos en un dulce duelo. Gemí y él se bebió el sonido, aferrándome más fuerte contra su pecho. Sentí un pinchazo en el vientre cuando pegué más nuestros cuerpos. Soltó un gemido de aprobación que le subió desde el fondo de la garganta, y sus manos se deslizaron hasta mi trasero, atrayéndome hacia él, hasta que solo nuestra ropa nos separaba.

Abrí los ojos de golpe cuando noté lo mucho que me deseaba.

Whit se apartó de mí lo suficiente como para leer mi expresión, y esbozó una tierna sonrisa. Yo me sonrojé con violencia, casi febril.

—Nunca he tenido una amiga como tú —dijo—. Ese día, en el puerto, cuando huiste de mí, cuando dejaste atrás prácticamente todo lo que tenías con esa sonrisa tan insufrible dibujada en tu rostro... Por Dios, me tomaste por sorpresa. —Volvió a besarme, mordiéndome el labio inferior—. Cuando me obligaste a perseguirte al montarte en ese maldito carruaje, no me podía creer que tuvieses tanto valor.

Me reí y él me volvió a besar. Me pegó a su cuerpo y me acarició

el pecho, rozando con el pulgar mi piel sensible por encima de la tela, y su caricia me hizo estremecer.

—¿Besas a todas tus amigas así? —le pregunté, sin aliento.

—¿Sabías que sabes a rosas? —me susurró contra los labios.

Negué con la cabeza, mareada por sus caricias, por la fuerza de sus brazos rodeándome por la cintura. Su pecho, firme y plano, me hizo sentir segura, como si pudiese protegerme de cualquier cosa. Lo besé, sabiendo que no volvería a tener otra oportunidad. Lo besé, sabiendo que sería la última vez.

La vela se consumió.

Nos quedamos helados, con nuestras respiraciones entremezclándose en la oscuridad. Whit me pasó ambos brazos alrededor de la cintura, con nuestros cuerpos tan apretados el uno contra el otro que ni siquiera un secreto podría pasar entre nosotros. Se me formó un sollozo en la garganta y salió en forma de un jadeo ahogado. Las lágrimas me caían por el rostro y Whit las besó todas.

—¿Este es el final, Whit? —le susurré.

Él me abrazó con fuerza y presionó ligeramente sus labios contra los míos.

—Si lo es, estoy justo donde quiero estar.

Estábamos completamente pegados en medio de la oscuridad más absoluta. Whit me acariciaba la espalda de vez en cuando, y el único ruido que rompía el silencio era el sonido de nuestras suaves respiraciones y el correteo de algún insecto sobre el suelo de piedra. Intercambiamos besos en medio de la profunda negrura, distrayéndonos del miedo que nos invadía a medida que pasaban las horas, lentamente, minuto a minuto. Perdí la noción del tiempo. En toda mi vida, jamás había conocido tanta oscuridad. Era fría e infinita.

Entonces oímos un ruido sordo que provenía de la entrada.

Me volví hacia allí, con el pulso acelerado.

—¿Has oído eso?

Whit nos puso de pie y nos dirigimos hacia la puerta de piedra que sellaba la entrada.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Oímos una respuesta ahogada que provenía del otro lado de la roca. Me volví hacia él y sonreí, tan profundamente aliviada que casi me fallaron las piernas.

—¡Es mi madre!

Whit negó con la cabeza, inseguro.

—Creo que no.

—Sé que es ella. Te dije que vendría.

Whit frunció el ceño y apoyó la oreja contra la puerta de piedra, escuchando atentamente. Me acerqué para imitarlo, pero antes de que pudiese hacerlo, él me colocó a su espalda. Oímos un fuerte ruido

proveniente del exterior. Whit se dio la vuelta y me rodeó con los brazos, empujándome hasta protegernos tras una de las pilas de cajas.

Y la explosión nos envolvió.

36

Un pitido infernal resonaba en mis oídos, persistente como el zumbido de un mosquito. Los brazos de Whit me rodearon la cabeza, protegiéndome, y su cuerpo me resguardaba del aluvión de rocas y gravilla que caía a nuestro alrededor. Se encogió de dolor y yo alcé la mano hacia su rostro, acariciándole con suavidad la mejilla. Él se inclinó hacia mi contacto, con los ojos cerrados con fuerza.

Lentamente, se alejó de mí, apretando los dientes y con una expresión de dolor dibujada en su rostro.

—Whit, ¿estás bien?

Él soltó un gruñido.

Yo me incorporé y me arrastré hasta él, intentando ver dónde estaba herido. Con cuidado, apoyé su cabeza en mi regazo. Una figura se acercó a nosotros. A mí me sudaban y me temblaban las manos. Mi madre había venido a buscarme. Había llegado a tiempo.

—¿Mamá? —grazné—. ¡Mamá!

—No es... —tosió— tu... —otra tos— madre.

Una figura se acercó a nosotros corriendo. Cuando me di la vuelta me encontré con el rostro polvoriento de mi tío Ricardo. Estaba sobre nosotros, jadeante, con una pistola en la mano. Cubierto de tierra de la cabeza a los pies. En algún momento había perdido su sombrero, y me miraba con una expresión indescifrable dibujada en su rostro, tenso y sin pestañear.

Como si, en realidad, no pudiera verme.

Mi madre no había venido. Un sollozo se abrió paso por mi garganta. Después de todo, resultaba que yo no era su debilidad.

—*Inez* —jadeó mi tío—. Inez.

Whit se puso de pie, ayudándome a mí también a levantarme, tambaleándose ligeramente.

Mi tío Ricardo se acercó a nosotros y lo sostuvo con la mano libre. En la otra, agarraba con fuerza el mango de la pistola.

—¿Cuán herido estás?

—Tengo algunos rasguños, creo —jadeó Whit, con los ojos llorosos—. Nada roto. Puedo andar... o correr si es *necesario*.

—Es necesario. Habrán oído la explosión. Tenemos que irnos ahora mismo, antes de que vengan.

Lo seguimos al exterior, el corazón me latía a toda velocidad tras las costillas. Corrimos por el túnel, con las paredes cerniéndose sobre nuestras cabezas, resguardando los recuerdos de siglos pasados. Whit se quedó a mi lado, sosteniéndome la mano y ayudándome a sortear

los escombros que llenaban el pasadizo. Este lugar no me resultaba familiar.

—¿Dónde estamos?

—En el Valle de los Reyes —me respondió mi tío Ricardo sin volverse, abriéndose camino entre los escombros. Salimos a la luz del sol. Parpadeé con fuerza, esperando a que mis ojos se acostumbrasen al cálido resplandor. Mi tío Ricardo empezó a bajar inmediatamente por la empinada colina, cubierta de arena y peñascos afilados. Eché un vistazo a mi espalda, y me sorprendí al toparme con un impresionante acantilado que se alzaba desde el suelo del desierto. Habíamos salido de un túnel que llevaba hasta una tumba que se escondía en las profundidades de la pared de piedra caliza. Había otros orificios abiertos que salpicaban todo el acantilado y aquella estampa me hizo detenerme para admirarla, con los ojos entrecerrados. Mi prima podría estar atrapada en una de esas tumbas.

—Daos prisa —gritó mi tío Ricardo. Había llegado hasta el final y se había dado la vuelta, fulminándonos con la mirada.

—No —le respondí también a gritos—. No podemos irnos sin Elvira. Está aquí, en alguna parte.

Un disparo cortó el aire.

Solté un grito aterrado cuando vi a mi tío volando por los aires, arrojado contra el suelo por la fuerza del impacto. Una flor sangrienta se extendió por la manga izquierda de su camisa. Salí corriendo hacia él, deslizándome por la pendiente, y me tropecé con el dobladillo de la larga falda de mi vestido.

Whit me agarró en cuestión de segundos, ayudándome a recobrar el equilibrio. Me liberé de su agarre y seguí bajando, y después me dejé caer de rodillas junto al cuerpo tendido de mi tío.

—¡Tío!

Él alzó los ojos hacia mí, parpadeando, con la mirada aturdida y desenfocada. Rasgué el dobladillo de mi falda y le presioné la herida con la tela.

—*Mierda* —soltó Whit, agachándose para recoger la pistola de mi tío—. Aquí vienen.

Cuatro hombres montando a caballo se acercaron a nosotros, con el sonido de los cascos resonando por el valle. Formaron un semicírculo a nuestro alrededor, uno de los hombres tiró de las riendas de su montura y me miró con furia. No lo había reconocido. Llevaba ropa oscura, el cabello repeinado con demasiada cera. Se había quitado las gafas y ya no tenía esa sonrisa pomposa.

El hombre de negocios estadounidense que me había invitado a cenar con timidez y que me había hecho llegar el correo.

El señor Burton.

Sus socios, incluyendo al hombre alto y rubio, tenían las armas

alzadas y nos apuntaban directamente.

—Señor Hayes, por favor, me haría el favor de bajar el arma —le pidió el señor Burton—. Bien, ahora, aléjela de una patada. ¿Tiene algún otro truco bajo la manga? ¿Algún cuchillo o algo así? ¿No? Bien.

Entonces el señor Burton se volvió directamente hacia mí. Y la furia que rezumaba su mirada casi me hizo estremecer.

—Levántate y aléjate de Ricardo, Inez —ordenó, y su voz había perdido todo rastro de amabilidad. Desmontó por el costado izquierdo de su caballo y sus compañeros imitaron el gesto, sin dejar de apuntarnos con sus armas.

Reconocí al hombre más corpulento de todos, por sus brazos musculosos. Los otros dos, el alto y rubio y el otro, con una barba espesa, se acercaron a Whit. Uno de ellos llevaba el revólver de Whit, con las iniciales del general grabadas a lo largo de la empuñadura.

—Si me hicieseis el favor de alzar las manos, os estaría de lo más agradecido —dijo el señor Burton.

Whit obedeció con una mueca de dolor.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Levántate, Inez —ordenó el señor Burton—. Y aléjate de tu tío.

—Pero está herido. Por favor, dejadme que lo ayude.

—No sabía que ahora eras médica —espetó el señor Burton, cortante. Desenfundó su pistola y la apuntó directamente a mi pecho, sobre mi corazón—. No pienso repetírtelo. Levántate.

—Levántate, Olivera —me pidió Whit, todo el color había abandonado su rostro.

Me dispuse a levantarme pero mi tío se aferró a mi muñeca. Abrió ligeramente los ojos y después bajó lentamente la mirada por su cuerpo, hacia su pañuelo. Sin pararme a pensarlo dos veces, tiré del nudo y este se aflojó. Me puse de pie, llevándome conmigo el pañuelo y me lo metí rápidamente en el bolsillo del vestido sin que nadie se diese cuenta.

Me alejé de mi tío y pensé rápido. No era un arma, pero era algo.

—Traed a la chica —le ordenó el señor Burton al hombre corpulento. Este pasó junto a mí, golpeándome el hombro. Yo me tambaleé y me costó mantener el equilibrio.

Whit se dio la vuelta, gruñendo. El hombre fornido se carcajeó y desapareció en el interior de uno de los túneles que se abrían en la superficie rocosa.

—Parece que enterraros vivos no bastó como aliciente —comentó el señor Burton.

—¿Qué quieres? —exploté.

—Quiero los artefactos que tu madre me robó. Quiero saber a dónde ha ido. Trabajasteis mano a mano en Filé; está claro que

confiaba en ti.

—Me abandonó y se llevó el tesoro. No sé a dónde fue después. La última vez que la vi estaba con ese caballero tan alto que tienes al lado.

—La muy zorra nos traicionó en cuanto llegamos a El Cairo —escupió el rubio.

El señor Burton cargó el arma y Whit corrió a ponerse frente a mí.

—Bájala —gruñó—. Te está diciendo la verdad. No sabe dónde está su madre.

—Oh, *ahora* la creo —dijo el señor Burton—. Pero, por suerte, mi plan sí que sirvió para atraer a la persona que conoce la respuesta a mi pregunta. —Señaló a mi tío con el cañón del arma—. La bala tan solo lo ha rozado, sentadlo.

Dos de los hombres del señor Burton desmontaron de sus caballos, se acercaron a Ricardo y tiraron de él hasta ponerlo de rodillas. La sangre manchaba su camisa de algodón, y el movimiento le hizo esbozar una mueca de dolor.

—Vamos a esperar un momento a estar todos juntos —repuso el señor Burton.

La mirada de Whit pasó del señor Burton al resto de sus hombres, posicionados a nuestro alrededor. Tenía los hombros en tensión y las manos cerradas en puños. El hombre fornido apareció en la boca del túnel, con una pequeña figura doblada de dolor a su lado. Jadeé y di un paso adelante.

—Asegúrate de que no se vaya a ninguna parte, señor Hunt, por favor —dijo el señor Burton.

Uno de los hombres que había estado sosteniendo a mi tío Ricardo se acercó a mí, pero Whit se puso delante, bloqueándole el camino.

—Atrás.

Me quedé helada, aterrada por que a Whit pudiese pasarle algo. No me gustaba la forma en la que lo miraban los matones del señor Burton, como si no fuese más que un estorbo. El señor Burton me miró con los ojos entrecerrados, con perspicacia, y yo aparté la mirada, furiosa por haber delatado lo que sentía por Whit.

El hombre fornido se acercó a nosotros, arrastrando a Elvira por la colina rocosa. Un moratón se extendía por su mejilla y tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando. Alguien la había amordazado con una cuerda gruesa. El tejido le había dejado la piel del rostro en carne viva. La ira me hizo hervir la sangre, amenazando con desbordarse, pero el señor Burton seguía apuntándome con su pistola.

—Elvira —la llamé, jadeante.

Nuestras miradas se encontraron. En tan solo veinticuatro horas

había perdido algo muy esencial y que era solo suyo. Su capacidad de mirar al mundo y ver un futuro lleno de posibilidades. Ahora observaba el mundo aterrada. Quería decirle que todo saldría bien, pero no quería mentirle.

—¿Dónde está tu hermana? —El señor Burton se volvió hacia mi tío—. Tú la conoces mejor que nadie.

Él respondió lentamente, pronunciando cada palabra como si fuese una verdadera agonía.

—No tan bien como creía.

—Sospechaste que estaba involucrada con la Compañía —espetó el señor Burton—. Y sé que tú la seguiste hasta el almacén, señor Hayes. ¿A dónde podría haber ido? Porque no está en El Cairo.

Mi tío se encogió de dolor. Estaba claro que tenía una idea de a dónde había ido mi madre.

—Dímelo —le ordenó el señor Burton.

—Cuando sueltes a mis sobrinas, y a Whit. Ellos no tienen nada que ver con esto.

El señor Burton lo observó con los ojos entrecerrados.

—No creo que eso sea cierto.

—Es la verdad.

Se hizo el silencio mientras el señor Burton y mi tío se sostenían la mirada.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó en voz baja—. Creo que sabes cuánto dinero puedes ganar si te quedas con todos los tesoros. Quieres lo que Lourdes robó tanto como yo.

—En primer lugar —respondió mi tío Ricardo, arreglándoselas de alguna manera para sonar disgustado aún jadeando de dolor—, no son tesoros, son objetos históricos para los egipcios...

El señor Burton barrió el aire con la mano.

—Eso no me importa una mierda. Créeme cuando te digo que vas a preferir tratar conmigo antes que con mi socio. Él no se tomará tu negativa a colaborar con tanta amabilidad como yo.

Parpadeé, sorprendida ante ese descubrimiento.

—¿Hay alguien más?

—Todo el mundo trabaja para alguien, querida —repuso el señor Burton—. Ricardo. La ubicación.

—Suéltalos primero.

El señor Burton tenía un brillo demencial en su mirada. Movió la pistola, apuntando primero a Elvira y después a Whit.

—¿De verdad vas a dejar que mueran?

Seguía siendo incapaz de relacionar cómo este hombre que tenía enfrente era el mismo caballero elegante y amable que me había entregado el correo, el que me había invitado a cenar. No podían ser la misma persona y, aun así, lo eran. El señor Burton hizo una seña

con el dedo y el hombre que había ido a buscar a Elvira la arrastró hacia él, mientras ella intentaba liberarse de su agarre.

—Voy a dispararle —dijo el señor Burton.

—El jefe ha dicho que no le hiciésemos daño a la chica —comentó el hombre fornido, inquieto.

Elvira se estremeció cuando el señor Burton le acarició la mejilla.

—Sí. Pero eso era antes de saber que teníamos un repuesto.

Jadeé, como si me hubiesen asestado una patada en el estómago.

—Thomas —dijo mi tío Ricardo, con tono persuasivo—. Solo te lo diré una vez…

El señor Burton alzó la pistola hacia la sien de Elvira. Ella gritó, un grito ahogado y amortiguado, lleno de miedo. El tiempo pareció detenerse cuando se volvió a mirarme, con los ojos abiertos de par en par, aterrados. Se me encogió el corazón en el pecho. En un momento, los recuerdos me asaltaron. Uno tras otro.

Elvira en su decimosexto cumpleaños, de pie en medio del jardín de mi madre, por primera vez estaba muy quieta y paciente mientras yo la retrataba escribiendo en su diario.

Parpadeé, en ese otro recuerdo tenía nueve años, estábamos sentadas a la mesa durante la cena, y me estaba quitando a escondidas las zanahorias hervidas de mi plato porque sabía que las odiaba y que me metería en problemas si no me terminaba toda la comida.

Parpadeé de nuevo, y Elvira estaba sentada a mi lado, era la noche en la que había leído la carta de mi tío por primera vez. En la que me había abrazado con fuerza mientras yo lloraba hasta quedarme dormida.

Volví a parpadear y estaba de vuelta en el desierto, y esa estampa aterradora se dibujaba frente a mí. El cañón de la pistola apretado contra su sien.

Mi tío y yo hablamos a la vez.

—Espera, *no* —supliqué—. *Por favor, no…*

—¡Para! Te diré…

Whit se lanzó hacia él.

El señor Burton apretó el gatillo. El disparo reverberó por todo mi cuerpo, la desesperación me invadió, grité.

Y grité.

Y grité.

Tenía la cara manchada de sangre y fragmentos de huesos. Elvira cayó al suelo, sobre un charco sangriento. Las lágrimas me ardían en los ojos cuando salí a su lado, con la vista nublada y teñida de rojo. La ira me hizo hervir la sangre. Su hermoso rostro estaba irreconocible. El disparo lo había destrozado para siempre. Su vida se había apagado en tan solo un segundo.

Me tiré del pelo, incapaz de quedarme quieta. Incapaz de dejar de

gritar. El dolor me distraía. No me di cuenta del peligro que corría en realidad hasta que capté el olor de la colonia cara del señor Burton. Se arrodilló a mi lado, cargando la pistola de nuevo y apuntándome directamente al corazón.

La bala lo destrozaría. No podría sobrevivir.

Whit me miró, angustiado. Con el ceño fruncido, desesperado. Deslicé la mano hacia mi bolsillo.

—Ricardo —murmuró el señor Burton, volviéndose hacia mi tío —. Ella es la siguiente. ¿Dónde está? Y más te vale no mentirme.

Lentamente, saqué el pañuelo de mi tío del bolsillo. Whit se fijó en lo que hacía. Nuestras miradas se encontraron y me dedicó un leve asentimiento.

—*Por favor* —suplicó Ricardo, con la voz rota—. Solo puedo hacer una suposición.

—Está bien —repuso el señor Burton—. Oigamos esa suposición entonces.

—Creo que podría estar en Amarna —dijo mi tío.

—¿Por qué? —le preguntó el señor Burton, con voz gélida.

—Puede que haya ido en busca de una tumba oculta —adivinó. Al ver que el señor Burton no bajaba el arma, añadió rápidamente—. Nefertiti.

—Nefertiti —repitió el señor Burton—. Esa era la...

Escurrí el pañuelo sobre el rostro del señor Burton, el agua hirviendo le cayó por la frente, las mejillas y los ojos. Se echó hacia atrás, aullando de dolor y cubriéndose la cara con las manos. El agua hirviendo cayó al suelo, siseando sobre la arena caliente del desierto. Volví a sacudir la tela, lanzando más gotas abrasadoras en su dirección, empapándole los pantalones oscuros y la camisa. A mi espalda, oí cómo alguien peleaba, el ruido de unos puños impactando contra la carne y el hueso, gruñidos y maldiciones ahogadas. Me giré a tiempo para ver cómo Whit le propinaba un puñetazo a uno de los hombres.

El hombre corpulento se acercó a Whit, con la pistola en alto...

—¡Cuidado! —le advertí.

Whit se dejó caer al suelo al tiempo que la bala pasaba zumbando sobre su cabeza. Tomó un rifle que había allí tirado y disparó a su atacante al estómago. El hombre cayó como un peso muerto en la arena. Me puse de pie de un salto, el aroma metálico de la sangre y de la pólvora flotaba por el aire. El sudor me caía por la espalda. Intenté no volver a mirar la figura inmóvil de Elvira, con su vestido amarillo arremolinándose alrededor de sus muslos.

—Serás zorra —oí que gruñía una voz ronca.

El señor Burton tiró de mí hacia atrás, estampándome contra su camisa empapada. Me tapó la boca con las manos. Tenía la piel en

carne viva, y unas cuantas ampollas habían empezado a formarse por todo su brazo. Whit se puso de pie de un salto, alzando el rifle hasta llevarse la mirilla a los ojos. En un abrir y cerrar de ojos, deslizó el cañón hacia delante y hacia atrás para cargar el arma y disparó.

El sonido me resultó ensordecedor durante un momento aterrador. Una ráfaga de viento me acarició las mejillas.

El señor Burton salió disparado hacia atrás.

Me di la vuelta y me lo encontré derribado en el suelo en un ángulo extraño, y con un agujero entre las cejas.

—Te lo advertí —siseó Whit con frialdad. Después salió corriendo hacia mí y me atrapó entre sus brazos, estrechándome con fuerza—. ¿Estás bien?

No sabía cómo responder a esa pregunta. Mis palabras salieron ahogadas.

—No estoy herida.

Pero tampoco estaba bien.

37

Estaba en el balcón de la suite de mis padres, con la luz de la luna bañando con su resplandor plateado la ciudad de los mil minaretes. Había llorado hasta quedarme dormida. Una pesadilla me había despertado y me había echado a llorar de nuevo. Y me había vuelto a despertar después cuando aún quedaban unas cuantas horas para que amaneciese.

El dolor no me dejaba dormir.

La noche se había vuelto fría. El invierno se había asentado sobre la ciudad, y un escalofrío me recorrió la espalda, haciéndome estremecer. Regresé a la suite y cerré las puertas del balcón con las manos temblorosas. El dormitorio estaba demasiado lejos y no tenía fuerzas para llegar hasta él, por lo que me dejé caer sobre el sofá. El pequeño joyero estaba sobre la mesita de madera. Distraída, alargué la mano hacia él y lo acuné entre mis manos.

Un recuerdo me invadió. El peor de todos.

Los soldados romanos estaban poniendo patas arriba los aposentos de Cleopatra. Destruyendo o quemando los ingredientes para sus hechizos. Habían vaciado los frascos llenos de tónicos por las ventanas. Le habían robado todo su poder y ahora tenía que enfrentarse a su emperador, mientras sus sirvientas lloraban horrorizadas.

Sus emociones me inundaron. Rabia. Desesperanza. Pena por haberlo perdido todo.

El deseo de que la dejasen a solas y en paz con su amante.

Parpadeé y el instante desapareció, el recuerdo se desvaneció como la niebla matutina. El silencio que reinaba en la suite del hotel era ensordecedor. Había dejado que mi tío se fuese por fin a descansar, pero mi sangre zumbaba, llena de energía nerviosa.

Quería darle caza a mi madre.

Donde quiera que estuviese, la encontraría. Pagaría por lo que me había robado.



Mi tío dormía como un muerto. Intenté ponerlo lo más cómodo que pude, tapándolo hasta la barbilla, pero él se había destapado durante la noche, dando vueltas en medio de un sueño febril. Me senté en una silla junto a su cama. Su habitación del Shepheard estaba desordenada y llena de libros y mapas enrollados, con algunos baúles abiertos y su ropa apilada en el suelo.

Yo no podía dejar de pensar en la sangre.

No importaba cuánto tiempo me hubiese quedado en la bañera esa mañana. No podía deshacerme de la arena que se me había quedado metida bajo las uñas, tras las orejas o en el pelo. Nunca estaría lo bastante limpia. No podía quitarme de la cabeza la imagen del rostro de Elvira antes de morir. La desesperanza en su mirada.

Había muerto por *mi* culpa.

Había venido a buscarme, me había seguido hasta aquí, y yo no había podido protegerla. ¿Cómo iba a poder perdonármelo? Ella nunca debería haberse visto involucrada en esto. Confiaba en mí para que la protegiese. Debería haber trabado la puerta de la suite para que no hubiese podido salir. Debería haberme despertado antes que ella y haberle prohibido que acudiese a esa cita.

Debería haber sabido cómo era mi madre en realidad.

Pero nada de eso había pasado, y ahora ella estaba muerta.

Me llevé la mano a los labios, intentando contener un sollozo. No quería despertar a mi tío. Me hundí en el asiento y traté de mantener los ojos abiertos. No había dormido ni comido nada desde hacía… en realidad, no sabía cuánto.

Un día se había mezclado con el siguiente y, dos días después, mi tío por fin abrió los ojos. Se quedó mirando fijamente el techo de la habitación poco iluminada. Whit había venido antes y se había sentado a mi lado mientras yo le limpiaba a mi tío el sudor de la frente con un paño frío.

—*Hola, tío*. —Me puse de pie y me acerqué a su cama—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué ha pasado?

—Te llevamos a Tebas para que te curasen y después te trajimos de vuelta a El Cairo. Las autoridades se encargaron de detener a los hombres que nos secuestraron. Whit y yo tuvimos que… —se me quebró la voz— dejar a Elvira en un cementerio de Tebas. No sabía qué otra cosa hacer con… su cuerpo. Me dijeron que siempre podría trasladar su ataúd adonde hiciera falta. Supongo que se referían a Argentina. Mi tía querrá llorar su muerte.

Whit se levantó y dejó caer una mano sobre mi hombro, dibujándome círculos con el pulgar en una caricia.

Mi tío me dedicó una mirada cariñosa y afligida a partes iguales.

—Lo siento mucho, Inez. No quería que pasase nada de esto.

Lo miré fijamente a los ojos.

—Quiero que me cuentes todo. Merezco saber la verdad.

Él asintió y tragó con fuerza.

—Llevo excavando con Abdullah más de veinte años ya. Tu madre empezó a actuar de una manera muy extraña poco después de llegar. Decía que los yacimientos la aburrían, por lo que siempre se

quedaba atrás, en El Cairo, buscando cualquier clase de diversión. Un día, empezó a mentirme y se obsesionó con buscar documentos alquímicos.

Me volví a mirar a Whit, pero su expresión no dejaba al descubierto nada de lo que estaba pensando en ese momento. Mi tío siguió con su relato.

—A medida que pasaron los años, empezó a poner más excusas sobre por qué no podía venir con nosotros a los yacimientos. Tu padre comenzó a preocuparse, pero amaba tanto lo que hacía en las excavaciones que decidió hacer la vista gorda ante su comportamiento. Cayo siempre fue demasiado permisivo cuando se trataba de mi hermana.

—Sigue —le pedí—. ¿Qué pasó después?

Mi tío bajó la mirada hacia sus manos.

—Durante esta última temporada, tu padre y yo regresamos a El Cairo sin avisar. Un día, cuando iba a reunirme con Maspero, vi a tu madre con un grupo de hombres que sabía que eran conservadores y que trabajaban para la Compañía, gracias a las investigaciones de Whit. Intenté advertirla, pero se negó a escucharme. Creo que fue entonces cuando tu padre empezó a sospechar que estaba teniendo una aventura. Y tu padre de pronto actuaba de un modo muy extraño, me escondía cosas, desconfiaba de mí.

Whit se alejó de mí y se sentó en la cama junto a mi tío, y reemplazó el paño que le cubría la frente por uno nuevo.

—Tal vez fue entonces cuando encontró la tumba de Cleopatra —dije—, cuando decidió enviarme el anillo desde Filé.

Mi tío Ricardo asintió.

—Sí, eso creo. Siempre había muchos turistas entrando y saliendo de la isla. Habría podido enviártelo en aquel entonces fácilmente.

Asentí.

—Todavía hay algo que no entiendo. ¿Por qué papá no te lo contó? ¿Por qué estabas enfadado con él?

—Le insistí mucho a Cayo para que perdonase a tu madre por su aventura —dijo Ricardo en un murmullo—. El escándalo habría destrozado la reputación de Lourdes, y yo seguía pensando que podría hacer algo para ayudarla. Nos pasábamos casi todos los días discutiendo, hasta el punto en el que llegó a ponerse paranoico y pensó que yo estaba involucrado en los engaños de tu madre.

Me humedecí los labios.

—No confiaba en ti. Por eso me mandó el anillo.

—Eso creo.

—¿Y qué pasó entonces?

—Tus padres se marcharon. Probablemente regresaron a El Cairo. Esa fue la última vez que los vi.

—Y *supuestamente* fue entonces cuando mi padre murió —repuse.

—¿Por qué supuestamente? —preguntó Whit.

—Porque mi madre es una mentirosa —dije. Tenía lo último que papá me había escrito en su carta grabado en la mente. «Por favor, nunca dejes de buscarme». No lo defraudaría—. ¿Y si mi padre sigue vivo en alguna parte? Podrían tenerlo secuestrado en cualquier lugar.

—Olivera —me llamó Whit con dulzura, con la mirada llena de amabilidad y compasión.

—Podría estar vivo —insistí. Aparté la mirada de él, quería aferrarme a esa chispa de esperanza de que mi padre pudiese seguir vivo. Era una estupidez. Probablemente fuera imposible. Pero podía ser cierto—. Cuéntame el resto de la historia, tío.

—Al ver que habían pasado semanas desde que tus padres se habían marchado y que no regresaban, que no respondían a mis cartas, me fui de Filé y volví aquí. —Se le anegaron los ojos de lágrimas—. Inez, los busqué por todas partes, pero habían desaparecido. Nadie sabía dónde estaban. Me temí que la Compañía los hubiera asesinado. Después de haberme pasado semanas buscándolos, tuve que inventarme una historia plausible para su desaparición.

—Y entonces me escribiste.

Mi tío asintió con tristeza.

—Y mientras tanto mi madre estaba planeando cómo culparte por el asesinato de mi padre. Dejó una carta en su dormitorio para que alguien la encontrase, dirigida a monsieur Maspero, advirtiéndole de que eras peligroso y estabas involucrado con delincuentes.

—Después —dijo Whit, añadiendo fragmentos de la historia—, debió de regresar a Filé, con la esperanza de que descubrieses la tumba porque su marido ya la había encontrado antes.

—Y yo la llevé hasta allí —añadí con amargura—. Se llevó todos esos tesoros, después traicionó al señor Burton y su *socio* planeó secuestrarme para intentar atraerla de vuelta hacia ellos, con la esperanza de hacer un intercambio.

—Quienquiera que sea su socio debe de tener muchas conexiones dentro de la Compañía.

—¿No es obvio? —repuse con amargura—. Tiene que ser el señor Sterling.

Whit negó con la cabeza.

—O podría ser sir Evelyn. Al fin y al cabo, mandó a uno de sus espías a Filé.

—Y tú nunca llegaste a descubrir quién era —dijo mi tío con sorna.

—Interrogué a todos los posibles sospechosos —repuso Whit, cortante—. Discretamente, por supuesto. Ninguno me pareció nuestro

culpable.

Nos estábamos alejando del tema. Ya no estábamos en Filé y Elvira estaba muerta. Eso era lo único que me importaba.

—Es culpa mía que Elvira haya muerto, tío. ¿Tienes alguna idea de a dónde podría haber ido mi madre? ¿De verdad piensas que podría estar en Amarna?

—¿Cómo podrías haber sabido que Elvira te seguiría hasta aquí?

—Porque siempre lo hacía —repuse. La angustia me formó un nudo en el estómago—. Siempre hacía lo mismo que yo. Y mi madre la sacrificó en mi lugar. —Me eché hacia delante, fulminando a mi tío con la mirada—. Pero pienso arreglar esto, tío. Recuperaré los artefactos y haré que mi...

—¡No me importan los artefactos! —gritó mi tío Ricardo, alzando la voz e interrumpiendo mis pensamientos—. Me importa tu seguridad. —Alargó la mano hacia las mías y dejé que me las tomase —. Inez, tienes que volver a casa.

—Si piensas que voy a irme después de todo lo que ha pasado, estás muy equivocado. —La rabia me invadió, haciendo que me pitasen los oídos—. No pienso irme hasta que mi madre haya pagado por lo que ha hecho. Elvira *ha muerto*. No puedo... no pienso olvidarlo *jamás*. Solo ella sabe lo que le pasó a papá en realidad, y no pienso abandonarlo a él también. No mientras viva. Alguien tiene que detener a mamá, y pienso ser yo quien lo haga.

—Pero... —empezó a decir mi tío.

—Tú mismo lo dijiste —lo interrumpí, impaciente—. Probablemente haya ido a buscar otra tumba, más artefactos. Documentos alquímicos. ¿Quién sabe cuántas personas más saldrán heridas por sus actos? ¿Cuántas morirán? ¿Es que quieres cargar con sus muertes en tu conciencia? Porque yo no pienso cargar con ese peso.

—Bien, quédate si quieres —repuso mi tío Ricardo, con la misma frialdad con la que me solía hablar al principio—. No sé dónde vivirás, pero puedes quedarte en Egipto si es lo que deseas.

Parpadeé, y lo miré confusa.

—¿Qué quieres decir con que no sabes dónde viviré? Pienso quedarme en el Shepheard. Con vosotros.

—¿En qué habitación? ¿Con qué dinero?

La ira se apoderó de mí, haciéndome hervir la sangre. Me tembló la voz al hablar.

—Con *mi* dinero. Soy la heredera de la fortuna de mis padres, ¿no? Debería tener dinero suficiente para comprar todo un reino. Estoy segura de que tengo dinero para poder quedarme aquí.

Whit pasó la mirada de uno a otro, frunciendo el ceño con fuerza.

—¿Un *reino*? —preguntó.

—Inez —repuso mi tío, con tono afilado—. Yo controlo tu dinero hasta que te cases.

Parpadeé, incrédula, tenía que haberlo oído mal.

—¿Te acuerdas de la primera carta que me enviaste?

—Pues claro que sí —espetó.

—Me *autorizaste* a controlar mi fortuna. Tú mismo lo escribiste, ¿o es que también me estabas mintiendo entonces?

Me miró con los ojos ardientes, furiosos.

—Te dije que podrías tener una paga mensual. Además, eso fue antes de que te entrometieras en mis asuntos...

—*¿De que me entrometiera?*

—Eso fue antes de que pusieras tu vida en peligro de la forma más estúpida del mundo, antes de que supiese lo mala que eres juzgando a las personas. Confías en la gente equivocada, no haces más que poner tu seguridad en peligro, casi te ahogaste en el Nilo. Ya he tenido que soportar demasiado, ya has tenido que soportar demasiado. Vuelve a casa, Inez.

Respiré profundamente.

—Tío...

—Sin dinero, no puedes vivir en un país extranjero, Inez —repuso, implacable—. No pienso ayudarte a arruinar tu vida.



Whit

El telegrama me estaba esperando cuando regresamos al Shepheard. No era de quien yo esperaba que fuera. Ella nunca me había escrito antes. Ni siquiera una vez. No es que hubiese esperado que me sacase de su vida. Pero lo había hecho. Totalmente.

Maldita sea.

Me senté como en un trance en el balcón de mi pequeña habitación de hotel, con la mirada puesta en la calle a mis pies, aunque sin ver realmente. Los sonidos del ajetreo de la ciudad se elevaban hasta mi balcón, familiares aunque apagados, y yo ya estaba un tanto mareado por la bebida. Todo es culpa del whisky, pensé. Entrecerré los ojos, observando la botella, y vi la etiqueta borrosa.

Sí. Whisky. Hola, viejo amigo.

Me bajaba por la garganta como una llamarada. Y sería un verdadero infierno cuando recorriese el camino de vuelta para salir. Pero no pensaba dejar de beber hasta que lo hubiese olvidado todo. Porque todavía podía ver el rostro aterrado de Inez con demasiada claridad en mis recuerdos. Todavía recordaba cómo sabía.

Besarla había sido un error.

¿Y si mi plan no funcionaba? El miedo me sabía ácido en la garganta. Corrí hacia el baño que había más cerca de mi dormitorio y

vomité. Después de enjuagarme la boca, me acerqué dando tumbos al estrecho escritorio de mi cuarto, pensando en mis opciones, aunque no tenía ninguna.

Tan solo me había quedado en Egipto por la mera ilusión de libertad. En busca de algo que pudiese cambiar mi destino. Pero, todo este tiempo, había estado buscando en el lugar equivocado. En el fondo, sabía que todo tenía una fecha de caducidad. Mis padres chasquearían los dedos y esperarían que obedeciese sus órdenes. Y yo terminaría cediendo porque ellos conocían todos mis puntos débiles.

Se me había agotado el tiempo, y el deber me acababa de dar un ultimátum.

El folio en blanco que tenía junto al brazo me miraba fijamente. Era severo e impaciente. Volví a pensar en mi plan y en cómo podría funcionar si no la cagaba. Lo que era bastante probable. Tomé la pluma y escribí dos frases, y después puse a la dirección de mi familia. El sudor me perlaba la frente. Les encantaría tener noticias mías. Su hijo díscolo por fin cumplía lo que les había prometido.

Metí la carta en un sobre y escribí en el dorso el nombre de mi hermano, antes de lanzar la pluma a un lado. Esta rodó por el suelo hasta desaparecer, probablemente cayéndose a la calle por el balcón abierto. Fantástico. Alguien acababa de recibir un regalo de mi parte.

Llamaron a mi puerta cinco minutos después. Me tambaleé por la habitación, todavía sujetando la botella de whisky por el cuello, y pestañeé, echando un vistazo a mi alrededor. Se suponía que solo había una cama. Alguien volvió a llamar a la puerta, esta vez más fuerte, y la abrí con el ceño fruncido.

—¿Ha pedido que subiera alguien?

Le lancé el sobre al empleado del hotel. Era joven y su sonrisa desapareció por completo cuando se fijó en mi rostro. Ali, creo que se llamaba.

—Entrega esto en la oficina de telégrafos. —Me sorprendió que todavía pudiese hablar con coherencia. Tenía que seguir bebiendo, entonces.

—¿A qué dirección?

—¿Es que no te la has aprendido a estas alturas? —le pregunté con amargura—. He mandado unos cuantos telegramas a esa misma dirección estos últimos días.

Ali parpadeó, sorprendido.

—No recuerdo la dirección, señor.

—Al noveno círculo del infierno, Inglaterra.

—¿Disculpe?

Me recosté contra el marco de la puerta y suspiré.

—Está ahí escrita.

—Muy bien, señor. Me encargaré de que lo envíen mañana a

primera hora.

—Fantástico.

—¿Eso es todo?

Bajé la mirada hacia la botella y asentí. Todavía me quedaba bastante líquido ambarino. Más que de sobra. Ali salió corriendo por el pasillo.

—Shokran —murmuré, antes de cerrar de un portazo. Le di un largo trago a la botella, sin disfrutar del regusto ahumado del licor.

Ya no había vuelta atrás.



38

A la mañana siguiente me desperté furiosa. Mi tío me había cortado el grifo por completo y ahora solo me quedaba suplicarle que lo volviese a abrir. Mi madre iba a salirse con la suya y, un día de estos, más pronto que tarde, tendría que enfrentarme a mi tía y explicarle por qué todo esto era culpa mía. Me quedé mirando fijamente mi rostro demacrado en el espejo que colgaba sobre el lavabo del baño. El pañuelo de mamá, con sus brillantes flores bordadas, parecía burlarse de mí. Me lo había quedado como recordatorio de lo que me había hecho. Lo llevaba al cuello como una bandera de guerra y no pensaba quitármelo hasta que la encontrase.

Aparté la mirada, con la ira haciéndome hervir la sangre en las venas, y cerré la puerta del baño de un golpe al salir. Sin más ceremonia, abrí el baúl de mi equipaje y empecé a lanzarlo todo dentro. Seguro que, para estas alturas, mi tío ya me habría comprado un pasaje para el primer barco que saliese de Egipto de vuelta a Argentina.

De repente, alguien llamando a la puerta de la suite interrumpió mis furiosos pensamientos.

Crucé la habitación y abrí la puerta.

—Eres tú.

—Bien visto. —Whit se dejó caer contra el marco de la puerta. Hasta que no estuvo allí, no me había dado cuenta de que lo había estado esperando. No habíamos hablado de lo que había pasado en aquella cueva, de lo que significaba.

—¿Puedo entrar?

Abrí un poco más la puerta para dejarlo pasar. Él se internó en la habitación rozándome al entrar, y su olor familiar me envolvió, aunque estaba entremezclado con algo más. Arrugué la nariz al percibir el aroma del whisky por el aire. Se pegaba a su cuerpo como una segunda piel.

—Has estado bebiendo.

Whit soltó una carcajada. No sonaba ni remotamente amable.

—Esta mañana estás especialmente avispada, Olivera.

La decepción me hizo dejar caer los hombros. Había vuelto a alzar las murallas a su alrededor, no sabía por qué, y no saberlo me molestaba. Era imposible que *este* Whit me llamase «cariño» jamás. Aparté la mirada, no quería que viese lo mucho que me había afectado su comportamiento. La tensión crepitó entre nosotros.

—Inez —me llamó con dulzura—. Mírame.

Tuve que obligarme a alzar la barbilla y lo observé. Nos quedamos mirándonos el uno al otro, con el saloncito de la suite interponiéndose entre nosotros, y Whit tenía las manos metidas en los bolsillos.

—¿Por qué te has alejado hasta allí? —le pregunté.

Whit pensó qué responderme y después se volvió hacia el dormitorio, hacia mi baúl abierto, y me preguntó en un murmullo:

—¿Qué estás haciendo?

No me gustaba ni un pelo su rostro pétreo. Cerrado y lejano. Me recordaba a una fortaleza. La persona que me había abrazado en medio de la oscuridad hacía tiempo que había desaparecido. La persona que me había consolado, que me había besado con desesperación, que me había salvado la vida, ya no estaba.

Esta persona que tenía enfrente era un completo desconocido.

Tal vez eso era lo que quería.

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —repuse, tensa—. Estoy haciendo las maletas. Mi tío me manda de vuelta a casa.

—Te vas a rendir —dijo rotundamente—. ¿Después de lo que tu madre le hizo a Elvira, a tu padre? ¿Después de todo lo que les robó a Abdullah y a tu tío?

Sus preguntas me enervaban. El dolor y la culpa me invadieron.

—¿Es que no le has oído antes? —pregunté, sin preocuparme por ocultar la amargura que impregnaba mis palabras—. No tengo dinero. No tendré acceso a nada hasta que me case. ¿Qué otra cosa puedo hacer sino volver a casa? Igualmente, tengo que enfrentarme a mi tía. Y supongo que podría buscar a alguien con quien casarme una vez allí. El hijo del cónsul. Ernesto. —Solté una carcajada amarga, quería hacerle daño con mis palabras, del mismo modo en el que él me lo había hecho—. Mi madre lo aprobaría.

—¿Eso es lo que quieres? —exigió saber.

—¿Qué más puedo hacer?

—No puedes casarte con él. —Se llevó la mano al rostro y se frotó los ojos. Los tenía enrojecidos, cansados. Pero después volvió a clavar su mirada en mí, con un fuego ardiendo tras sus ojos azules.

—¿Por qué no?

—Porque —dijo en un susurro ronco— él jamás será capaz de besarte como yo.

El suelo se tambaleó bajo mis pies. ¿Cómo podía decirme algo así y quedarse donde estaba, lejos de mí? Como si aquel momento en la cueva jamás hubiese ocurrido.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… —repitió Whit, en ese mismo susurro ronco. Su voz me puso la piel de gallina.

Se acercó a mí, y cada paso resonó en mis oídos. Dobló el brazo,

me rodeó la cintura y tiro de mí hacia él, pegando por completo nuestros cuerpos. Solté un jadeo ahogado. Whit bajó la cabeza hacia la mía, con sus labios a tan solo unos centímetros de los míos. Su aliento me acarició las mejillas, impregnado del aroma a whisky.

—Cásate conmigo.

EPÍLOGO

Porter clavó la mirada en el Mediterráneo, agarrando el telegrama con fuerza. El papel estaba arrugado de todas las veces que lo había leído, pero todavía se aferraba a él como si fuese un salvavidas. Probablemente lo fuera. Los otros pasajeros llenaban la cubierta, todos ansiosos por vislumbrar el puerto de Alejandría en el horizonte. Leyó aquel corto mensaje por enésima vez.

INEZ SE LO HA CREÍDO.

Había sido un viaje horrible. Pero nada de eso importaba ya.

Whit había cumplido su palabra.

Y ahora había llegado el momento de cobrar.

NOTA DE LA AUTORA

LA PRIMERA vez que me imaginé esta historia, la primera chispa, fue la de una joven navegando por Egipto, aunque no para hacer turismo. Intuí que ahí había una historia que tenía que contar, y me interesaba especialmente el poder explorarla desde la perspectiva de una joven en una posición un tanto privilegiada, que decide defender con valor algo que va en contra de los ideales de la época. Inez sabe que no puede, que no debe, enfrentarse a aquellos que gobiernan Egipto, pero tampoco puede evitarlo, ni aunque eso signifique que tenga que actuar en contra de su propia madre.

Mientras que *El secreto del río* es una novela de fantasía histórica, quise basarla en el siglo xix tanto como fuese posible, dejando todos los detalles que pudiese. En aquella época, Egipto experimentó un fuerte incremento del turismo, llegaron a sus costas turistas procedentes de todo el mundo y El Cairo se convirtió en una ciudad metropolitana, con nuevos hoteles surgiendo en cada década, dándoles la bienvenida a dignatarios, exploradores, empresarios, misioneros e innumerables visitantes de todas partes del mundo que acudieron en busca de trabajo o para empezar de cero. Fue una época de expansión colonial y dominio imperialista, y también un punto de inflexión para la arqueología.

Después de que Gran Bretaña bombardease Alejandría, muchos egipcios perdieron sus trabajos como funcionarios del gobierno en favor de los inmigrantes europeos, y también se les prohibió estudiar su propia historia y su patrimonio. Tendrían que pasar décadas antes de que los egipcios pudiesen volver a dedicarse a la arqueología y, mientras tanto, el turismo sin restricciones dejaba tras de sí la profanación y el saqueo de templos, monumentos y tumbas. Las estatuas del antiguo Egipto se convirtieron en adornos de jardín en las casas solariegas. Desaparecieron millones de artefactos arqueológicos, la mayoría de los cuales Egipto nunca ha vuelto a ver.

En *El secreto del río* he incluido dos personajes históricos que jugaron un papel fundamental a finales del siglo xix, con la esperanza de que permitieran entrever las inquietantes actitudes de los no egipcios que ocupaban cargos de poder en Egipto en aquella época. Monsieur Gaston Maspero fue un egiptólogo francés y el director general de excavaciones y de antigüedades para el gobierno egipcio. Permitió que los duplicados saliesen del país, a pesar de que la legislación prohibía la salida del país de artefactos egipcios desde 1835. Este sistema, conocido como *partage*, benefició enormemente a los museos e instituciones educativas que patrocinaban los proyectos arqueológicos británicos porque les allanó el camino para apropiarse

de innumerables hallazgos arqueológicos. Muchos egipcios jamás llegaron a ver siquiera estos descubrimientos. Maspero creó la infame sala de ventas del Museo Egipcio, que permitía a los turistas comprar piezas históricas legítimas.

Sir Evelyn Baring, o conde de Cromer, como se lo conoció años más tarde, ejerció como comisario británico de la oficina de Deuda Pública en Egipto, controlando sus finanzas y el gobierno. Sus políticas fueron atroces, sobre todo por su creencia en la superioridad moral del mundo occidental sobre Egipto y por su insistencia en que los egipcios no eran capaces de gobernarse a sí mismos. Su gobierno impidió que muchos egipcios pudiesen acceder a una educación superior, tanto hombres como mujeres. En cuanto a estas últimas, siempre trató de desacreditarlas profesionalmente. En mi opinión, él es el verdadero villano, y quise representarlo como tal en mi historia. Me tomé ciertas libertades con su manera de hablar y sus acciones, pero espero haber representado el espíritu de su indecoroso razonamiento con la mayor exactitud posible, y también con tanto cuidado y sensibilidad como he podido.

La experiencia de Whit en el ejército británico se inspiró en el intento verídico de rescate del general Charles Gordon en Jartum, pero en aras de la ficción, adelanté unos tres años los sucesos que rodearon su muerte. Hay varias fuentes contradictorias que hablan sobre cómo fueron sus últimos días, pero el consenso general dicta que fue capaz de evacuar a aproximadamente dos mil mujeres, niños, enfermos y soldados heridos de Jartum antes de morir. Con Gordon quise crear una figura paternal y amable para Whit, y aunque en realidad el propio hombre, a quien a veces se lo ha idealizado como un mártir y un santo a ojos de los británicos, no fuese así, la verdad es complicada. Pero para que esta fantasía histórica funcionase, encajaba como un personaje de fondo que se había preocupado por Whit en el pasado.

El final del siglo xix fue una época muy interesante para la fotografía, y espero que me perdonéis por haber incluido una Kodak. Fue la primera cámara portátil que existió, que permitió que todo el mundo pudiese sacar una foto con solo pulsar un botón, pero no empezó a comercializarse hasta 1888, ¡aunque la patente se registró en 1884!

Lo último que quiero añadir es con respecto a la gramática del árabe egipcio coloquial. No existe una versión romanizada estándar o universal, por lo que la lengua difiere de una región a otra y depende de las épocas. Por ejemplo, *shokran*, que significa «gracias» también se puede escribir *shukran*, dependiendo de dónde estés. Al final terminé utilizando la grafía árabe egipcia que me enseñaron unos amigos egipcios y unos egiptólogos.

Por cierto, el árabe egipcio difiere mucho del árabe de otros países. Se dice que los otros países no tienen problemas a la hora de entender el árabe egipcio, y que este tiende a ser mucho más informal, mientras que un egipcio sí que tendría problemas para entender el árabe de otros países árabes. Esto se debe a que la mayoría de las películas y los programas de televisión árabes se ruedan en Egipto y, por eso, el árabe egipcio está tan extendido y se entiende tan fácilmente.

AGRADECIMIENTOS

MI FASCINACIÓN por Egipto comenzó cuando era niña. Solía devorar libros sobre el tema, tanto de ficción como de no ficción. Durante años soñé con visitar el país y perderme entre las calles de El Cairo, con explorar los templos antiguos y contemplar las pirámides. Cuando Inez apareció en mi cabeza, vestida de negro y fingiendo ser viuda, supe que iba rumbo a Egipto.

El resto, como suele decirse, es historia.

Este libro no habría sido posible sin la orientación, la aportación y la ayuda de muchas personas, y les estoy increíblemente agradecida por su apoyo. A Sara Landis, gracias por creer tanto en esta historia, y por encontrarle el hogar perfecto.

A Eileen Rothschild, mi maravillosa editora, me alegro tanto de que este libro y yo estuviésemos en tus atentas manos. Gracias por leer y leer y releer. Esta historia es mucho más fuerte gracias a tu sabiduría y perspicacia. Todavía recuerdo la primera vez que te hablé de la escena de la tumba, en la que Inez y Whit se quedan atrapados, mientras paseábamos por el aparcamiento del supermercado. Ya entonces te diste cuenta de lo emocionada que estaba y del cariño que le tenía a esta historia. Gracias por ayudarme a darle vida.

Un gracias gigantesco al equipo de Wednesday Books, porque hay muchas cosas que transcurren entre bambalinas para darle vida a un libro y os estoy increíblemente agradecida por lo que hacéis. Al equipo de marketing: Brant Janeway y Lexi Neuville (que me alegró el día al enviarme por correo su reacción con ese final, ¡lo siento, aunque no lo siento, Lexi!). A Mary Moates (publicista), Melanie Sanders (editora de producción), Devan Norman (diseñador del interior), ¡¡gracias, gracias!! A Kerri Resnick, mi extraordinaria diseñadora de portadas, eres genial. A Lisa Bonvissuto, por su inconmensurable paciencia con todos mis correos y preguntas. ¡¡Un gracias *enorme* a Micaela Alcaino, que ilustró la cubierta de mis sueños!! ¡No sabes cuánto te agradezco todo lo que has hecho por mí y nuestra amistad, amiga!

En octubre de 2021 cumplí mi sueño de visitar Egipto. Tuve la increíble oportunidad de viajar para investigar para la novela durante tres semanas, prestando atención a lo que veía y comía, pensando en lo que mis personajes podrían haber comido y visto. Siempre que podía, me quedaba en hoteles o comía en restaurantes que existieron en 1884 (un sueño hecho realidad). Estoy en deuda con Adel Abuelhagog y con el egiptólogo Nabil Reda por su orientación y paciencia al responderme pregunta tras pregunta, por llevarme de un templo a otro (y por mostrarme sus lugares favoritos donde comer).

Durante mi estadía, pude viajar en dahabiya por el Nilo durante seis días y jamás me olvidaré de esa experiencia. Un gracias enorme a su maravillosa tripulación: Reis Ahmed, Adam, Hassan, Mahmood, Magarak, Hamdy, Husam, Mahmood, Ramadan, Asmaell, Shiku y Mohammed. Me enseñaron a navegar, me invitaron a sus cocinas y me dejaron marchar con bolsas llenas de especias y cargada de recetas. Siempre os estaré agradecida por esos maravillosos recuerdos.

Un gracias de corazón también al Dr. Chris Naunton, egiptólogo, que se leyó mi manuscrito y me dio su valiosa e increíble opinión al respecto. Gracias por mandarme correo tras correo electrónico lleno de notas, sugerencias e imágenes de momias. La visión de la arqueología de la clasicista Katherine Livingston fue fantástica. ¡Gracias por leer el manuscrito con tanto detalle, por tus comentarios y por el libro que me recomendaste!

A Kristin Dwayer, de nuevo, por salvarme de todo lo que sentí al escribir, gracias. A Mimi Matthews, que leyó el manuscrito desde un punto de vista histórico, gracias por recordarme que Inez necesitaría botones a su alcance para poder meterse y quitarse sus vestidos. A Alexandra Bracken, muchísimas gracias por leer esta historia y por tus comentarios, sobre todo aquellos relacionados con el sistema de magia. ¡Eres toda una inspiración! Gracias a Natalie Faria y a Jordan Gray, por ser unos lectores beta tan excepcionales. Gracias a Kerri Maniscalco, que se pasó una hora hablando conmigo por teléfono para escaletar cierta escena bastante peliaguda. Un gracias enorme a Adrienne Young, que me ayudó a saber salir de los enredos en los que me había metido yo sola con ciertos argumentos.

A Rebecca Ross, mi más fiel animadora, mi primera lectora, mi compañera de borradores y mi crítica más leal. Esta historia siempre me recordará a ti. Gracias por ver su potencial desde la primera frase, gracias por venir conmigo a Egipto a través de estos párrafos. No te haces una idea de lo agradecida que me siento porque estemos juntas en esto. ¡Y ahora somos compañeras de editora y de editorial!

Y a Stephanie Garber, que se enamoró de esta idea desde el principio y supo lo que podía llegar a ser. Muchas gracias por leerte todo el manuscrito con tan poco aviso previo, gracias por decirme todo lo que había hecho bien pero, sobre todo, gracias por tu sinceridad cuando perdí el rumbo. Tu apoyo siempre lo significará todo para mí. Me muero de ganas de hornear cientos de dulces con sabor a calabaza contigo.

A todos los maravillosos autores que dijeron algo bonito sobre *El secreto del río*: Ava Reid, Elizabeth Lim, Mary E. Pearson, Amélie Wen Zhao, Stephanie Garber, Rebecca Ross, Rachel Griffin, Heather Fawcett, Jodi Picoult y J. Elle. Leer vuestros correos electrónicos me hizo muy feliz.

Un millón de gracias a Emily Henry, que me escuchó quejarme cuando no sabía cómo llevar el romance de esta historia demasiadas veces. Gracias por distraerme con una sesión improvisada del club de lectura de Sherry Thomas. Lector, si has llegado hasta aquí, por favor, tienes que hacerte con *The Luckiest Lady in London*. De nada.

Tengo una suerte increíble de poder contar con el apoyo inconmensurable de mi familia, amigos y la comunidad de escritores. Me animan, celebran mis logros y se quedan a mi lado en los altibajos del camino. Ya sabéis quiénes sois, y os quiero muchísimo.

A mis padres, gracias por fomentar mi amor por la lectura desde bien pequeña. Por alimentar mi amor por Egipto desde que solo era una niña y porque no os temblase el ojo cuando una niñita de siete años os dijo que quería ser egiptóloga. Ahora cuento historias gracias a vosotros.

Rodrigo, este tienes que leerlo. Creo que te gustará. ▯

A Andrew James Davis, el amor de mi vida. Gracias por no dudarlo ni un momento cuando te dije que quería ir a Egipto. Durante tres semanas. En *octubre*. También conocido como el mes más bonito de Asheville, cuando las hojas de todos los árboles se tornan rojas y doradas. Cuando me aterrorizaba escribir este libro, cuando tenía miedo de equivocarme de alguna manera, tú me recordaste que lo estaba haciendo lo mejor que podía y que era humana. Gracias por recordarme que escribía con el corazón. Tenías razón. Lo hice. Esto va por pasar muchos más octubres en nuestra ciudad favorita. Te amo, te amo, te amo.

Y a Jesús, por quererme.

Título original: *What The River Knows*
Editor original: Wednesday Books, un sello de St. Martin's Publishing Group
1.a edición: mayo 2024

Plaza de los Reyes Maggos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com
ISBN: 9788419936981
Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.